

HISTORIA DE SANTA MÓNICA

POR MONSEÑOR BOUGAUD

Vicario general de Orleans.

VERSIÓN CASTELLANA

PUBLICADA POR D. GERARDO VILLOTA

CANÓNIGO DE BURGOS.

Leed la Historia de Santa Mónica, y en ella veréis el cuidado que tuvo de San Agustín, y muchas cosas que os consolarán.

(*Cartas de San Francisco de Sales á la Sra. de Chantal.*)

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

2.^a EDICIÓN.

MADRID—1891

IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

8, *Pontejos*, 8



8^{ta} Rónica y su hijo 8.^o Agustín

A las Madres Cristianas.

El deseo de proporcionar á las Madres católicas de España y América una lectura amena y provechosa, me ha movido á publicar este libro, que con gusto dedico en general á todas; pero muy especialmente, á las que forman la Asociación de Madres cristianas.

Recíbanle, pues, éstas, como una prueba del afecto que les profesa desde que en Santander fué su Director

G. V.

PREFACIO DEL AUTOR



CUANDO nos resolvimos á escribir la historia de Santa Mónica, que nadie aún había emprendido, debemos confesar que, conociendo el pensamiento, no faltaron entre nuestros amigos quienes manifestasen cierta admiración y no poca inquietud; porque ¿dónde, decían, hallar los datos y materiales necesarios al efecto? y ¿cuál podría ser el interés de semejante historia? ¡Los materiales! hacía ya más de un año, que veníamos estudiándolos, cada día con mayor entusiasmo; y en cuanto al interés de la historia ¿dónde hallar un asunto más interesante que el de este drama, en que se nos presenta un hijo salvado por las lágrimas de su madre, consiguiendo hacer de él un gran genio y un gran santo? Resolvimos, pues, pasar adelante en nuestra empresa, contando con la bendición de Dios, y con que, si en ella había algo de temerario, el cora-

zón de las madres había de absolvernos. En efecto, publicada la primera edición de esta obra, la numerosa tirada que de ella hicimos, quedó expendida en muy pocas semanas, sin que, aun deseándolo vivamente, nos haya sido posible corresponder antes al afán con que el público viene pidiendo una segunda edición.

Pero lo que, aparte tan solícita y cariñosa benevolencia, entraña para nosotros una prueba de la bendición de Dios sobre este libro, son los sentimientos que ha logrado excitar. Desde que se publicó, no pasa un solo día sin que recibamos alguna carta, generalmente de personas desconocidas, pero que expresan siempre bien la ansiedad de las madres que escriben. Seis meses hace ya que sentimos el latido de sus corazones y el grito de sus almas, recogiendo incesantemente testimonios inequívocos de expresivo reconocimiento.

Apenas se publicó la Introducción á nuestra historia, cuando una señora elevada y víctima de extraordinarias desgracias, á cuya circunstancia debió el haber crecido mucho en virtud, nos pedía permiso para hacer de ella una tirada de cien mil ejemplares; «con objeto, dice en su carta, de procurar á muchísimas madres el consuelo que yo misma he hallado con su lectura». A la vez, recibimos también de un pa-

dre, hombre de fe y de corazón, como se encuentran pocos en la sociedad moderna, la siguiente carta, de la cual nos vemos obligados á suprimir algunos párrafos, por la excesiva benevolencia con que habla, dice así: «Al leer vuestro Prefacio á la VIDA DE SANTA MÓNICA, un grito de admiración se escapa de nuestro pecho. Semejantes palabras han sido escritas para consolar muchas miserias, y devolver la esperanza á no pocos corazones abismados en el dolor. Las madres, al oirlas, se enternecen profundamente, y los padres mismos enjugan sus lágrimas. Sí, Monseñor, creo ser eco fiel de todos los jefes de familia, al deciros que nos habéis subyugado. Vuestra emoción nos ha conmovido; vuestros acentos, tan verídicos, tan elocuentes y tan apasionadamente expresados, han excitado vivamente toda nuestra sensibilidad, obligándonos á entrar de nuevo en el camino de los severos, pero seguros gozos que proporciona la fe, y despertando la energía de nuestra voluntad, por el amor más noble y más puro que puede inflamar el corazón. Gracias. Señor, el servicio que nos habéis prestado no tiene precio, pero, si algo vale el reconocimiento de un padre, dignaos aceptar los homenajes, etc.»

Escuchemos ahora la voz de una madre: «Si

»reflexionara en mi atrevimiento al escribiros, no
»cogería la pluma; pero cedo á los impulsos ve-
»hementes de mi alma abrumada por el dolor, y
»que aún teme entregarse á la esperanza. Acabo
»de leer vuestro libro, y he bañado con lágrimas
»la página donde decís que una madre puede sal-
»var á su hijo, si ella quiere. Pero, ¿podré yo con-
»seguirlo, no siendo más que una pobre pecadora?
»Hubiera debido ser santa, pues que estuve ca-
»sada con un hombre de bien, á quien Dios se
»sirvió probar de mil maneras; que ha sido ven-
»dido, calumniado y arruinado; y con el que he
»vivido, entre llantos y lágrimas, catorce años,
»terminando su vida el último pasado á fuerza de
»disgustos. Me queda un hijo, pero ¡ah! él ha
»sido manantial fecundo de dolores para mi
»pobre marido. Rogad por este desgraciado hijo,
»á fin de que se resuelva á abandonar la vida
»que hoy lleva, y por la cual lo ha sacrificado
»todo: su padre, su madre, su nombre y su for-
»tuna. ¡Ah! ¡que no pierda al menos su alma!
»Señor, Santa Mónica debe amarnos mucho: pe-
»didla por una madre que muere de dolor,
»pensando en que peligra mucho la salvación de
»su hijo, etc.»

Tengo á la vista más de cincuenta cartas ba-
ñadas con las mismas lágrimas, é hijas de igua-
les emociones. De ellas tomaré una escrita en

bien diferente tono, pero que ha impresionado mi corazón. Su autora lleva nombre muy respetable, y es alma grande que cayendo por casualidad, se levantó después aún más grande, transfigurada por el arrepentimiento, y el doloroso sacrificio que le arrancara el amor de Dios. Tras de algunas palabras sobre el conjunto del libro: «Os referiré ahora, añade, mi emoción al leer «las páginas que, aunque rápidamente, se ocupan de la *desgraciada joven que olvida á Dios por Agustín..... y por la cual Agustín olvida á Dios*. Para mí, *esta figura velada*, no tiene «velos. Es mi misma alma, que lucha hace quince años, que al fin huye, que no halla consuelo «sino en Dios, y que pasa el resto de su vida en «orar, en purificarse y en amar. La historia no «dice nada de las eficacísimas gracias que fueron necesarias, para arrancarla del lado de Agustín y de Adeodato; mi alma reconocida está allí «para contarlas. La historia no refiere tampoco «que ella lo abandonara todo, para darse enteramente á Dios, á fin de que su hijo hiciera «otro tanto; para aprisionar su joven alma con «sus oraciones, á fin de que, si algún día llegaba «á conocer la verdad, ó conocida, la olvidaba, supiese la manera de levantarse; y por último «tampoco cuenta que ella había llorado tierna «y constantemente la desgracia que le hizo na-

«cer! Pues aquí estoy yo también para decirlo.
«Mi mal es de difícil curación, pero no dudo que,
«curada ó sin curar, terminaré mis días en el
«amor de Dios, que es más fuerte que todas las
«cosas. Rogad por mí, y pedid conmigo que se
«realicen los designios de Nuestro Señor Jesu-
«cristo sobre mis ruinas. Yo espero orando y llo-
«randosin cesar, pero tranquila.» Aludiendo lue-
go á un pasaje de mi obra, añade esta señora:
«Dios está en el cielo, y los que yo he amado,
«consagrados se hallan á Dios, rescatados á fuer-
«za de lágrimas; esto me basta. ¿Acaso es nece-
«saria, para ir al cielo, otra cosa que un arre-
«pentimiento lleno de amor?»

He aquí ahora otros acentos, por cierto bien diferentes. Es una señorita muy joven, uno de esos ángeles de piedad, de pureza y de modestia, que en las familias numerosas, pero pobres y poco afortunadas, se consagran á ayudar á la madre, y á suplir su falta, cuando llegan á perderla; y que, jóvenes todavía, á los diecisiete ó veinte años han sentido en sus corazones virginales todas las penas de la maternidad. «Ha-
«ce ya algún tiempo, me escribe, que leí la
«introducción á vuestro libro en los *Anales de*
«*Orleans*, experimentando cierto disgusto, al
«considerar esta vida múltiple, gracias á la cual
«puede una madre tener hijos, y de la que yo

»parecía excluida. Fui á quejarme de ello á Dios
 »Nuestro Señor, y me hizo entrever luego vues-
 »tro pensamiento; pero leyendo la nota que ha-
 »béis añadido al prefacio de vuestra obra, re-
 »ferente á Eugenia Guerin ¹, mi satisfacción
 »ha reaparecido, y me encuentro consolada. ¡Ah!
 »es que yo también tengo Agustinos, pequeños
 »Agustinos. Dios, infinitamente bueno, los ha
 »creado *proporcionados á su Mónica*, y al leer
 »hoy vuestra historia, he comprendido mejor que
 »hasta aquí la necesidad, de sacrificarme com-
 »pletamente por ellos. La debilidad, el desalien-
 »to y la poca fe que he tenido, me afligen sobre-
 »manera; si hubiese creído mejor en Dios, y si
 »hubiera confiado más en el poder de las lágri-
 »mas que por ellos llevo vertidas, acaso serian
 »hoy unos santos. Por otra parte, ¿es que no
 »hay más almas, fuera de los míos, en que deba
 »yo pensar? ¡Veo tantas! ¡Ah! ¡quisiera que la
 »Iglesia sola poseyera todos los corazones!»

Tócase aquí como con la mano, y siéntese la dulce comunicación con las almas, de que tan fer-
 vorosamente hablaba el P. Lacordaire, cuando al principio de su ilustre apostolado empezó á cono-
 cer sus encantos. «El trato con las almas, escri-
 »bía, era para mí como una revelación. Este tra-

¹ Véase la nota, páginas 23 y 24.

»to y comunicación constituyen la felicidad del
»sacerdote, cuando es digno de su cargo; y
»hace que se complazca en el sacrificio de aban-
»donar por Jesús las afecciones, las amistades
»y las esperanzas del mundo. Veía yo nacer
»en mí estos sentimientos, que no proceden de
»ninguna disposición natural, y que unen el
»hombre al apóstol con lazos, cuya dulzura y
»cuya fuerza son enteramente divinas. Iniciado
»ya el hombre en estos goces, que se perciben
»como aroma anticipado de la otra vida, todo lo
»demás desaparece, y el orgullo no sube al es-
»píritu sino como un hálito impuro, cuya feti-
»dez no puede engañarle. Había experimentado
»esta dulce comunicación con las almas, al leer
»la *Historia de Santa Juana Chantal*; pero la
»de Santa Mónica me la revela hoy con más vi-
»veza y mayor ternura.»

No era de creer que un libro de este género cayese siempre en manos tan piadosas; va alguna vez á manos completamente mundanas, pero aun de allí nos llegan acentos que tienen también su luz y encanto. «Preciso es que lo confiese, Monseñor, me escribe una madre, jamás había creído la vida de un santo lectura interesante; y si mi hijo no me hubiese remitido vuestro libro, ganado en una lotería, nunca, sin duda, me le hubiera yo proporcionado. Doy gracias

»al cielo por su buena suerte, y porque ha te-
 »nido la idea de hacerme este regalo, sin prever
 »que esa obra iba á ser en mí una nueva y
 »poderosa manifestación de Dios al alma que
 »le busca. A San Agustín, particularmente, es
 »á quien debo tan extraordinario bien, encon-
 »trando, ¡ah! mucha más analogía entre su alma
 »atormentada y la mía, que entre mis miserias
 »y la incomparable virtud de Santa Mónica.
 »¿Permitís que os diga mi parecer sobre vues-
 »tra obra? Temo que el modelo que ofrecéis á
 »las madres sea tan perfecto, que ninguna se
 »sienta con bastante valor para seguirle. ¡So-
 »mos tan débiles! ¡amamos tan poco á Dios! y
 »si amamos mucho á nuestros hijos, ¡los ama-
 »mos tan poco para Dios! Yo creía amar á mi
 »hijo como buena madre cristiana, especial-
 »mente desde hace algun tiempo, que recibí del
 »cielo la gracia de ser un poco más grave; y ha-
 »biendo triunfado de los obstáculos, que se me
 »presentaban para ponerle en una casa de educa-
 »ción cristiana, creía haber hecho todo lo que
 »debía. Pero ¡cuán desengañada he quedado.
 »Monseñor, á la vista del modelo que me habéis
 »puesto delante! ¡Ah! ¿quién en nuestros tiempos
 »podrá elevarse jamás á tanta altura? Estoy casi
 »desanimada: me pregunto á mí misma si Dios
 »exige de todas las madres un amor semejante,

»y si lo exige ¿cómo conseguirle? ¡Amar á sus
»hijos hasta desear perderlos antes que se man-
»chen con el pecado! Algunas veces, en mis ora-
»ciones, yo también digo á Dios que tal es mi
»deseo, pero ¡qué de reticencias! Me parece que,
»al decirlo, blasfemo mi amor.»

¡Oh! no, no blasfemas, no maldices tu amor,
oh madre que empiezas á vislumbrar las cumbres
divinas de la perfección, y que vacilas en prin-
cipiar á subirlas: valor, que no está lejos la hora
en que seas una verdadera madre.

¿Qué podré yo añadir á las cartas que acabo
de citar? Es ventura para un libro como éste, que
habla y se dirige á los sentimientos más nobles
del alma, penetrar hasta en países que se hallan
completamente separados de nosotros, y excitar
allí emociones llenas de esperanza. Entre otras
cartas, he aquí una venida de Inglaterra, y fir-
mada por un ministro protestante, hombre de
esos que se afanan por hallar la verdad, y de los
que hay no pocos en tan noble país. «Acabo de
»leer, por fortuna, vuestro bello libro sobre Santa
»Mónica, y me apresuro á daros las gracias. Pa-
»réceme que tiene tanta más actualidad, cuanto
»que nuestro siglo podría compararse con el fo-
»goso Agustín. ¡Ah! ¡que la voz divina *Toma y*
»*lee*, resuene victoriosa! y consiga la Escritura
»que el mundo vuelva al seno de la Iglesia; de esta

»madre afligida, cuya misión es perseverar en la
 »plegaria y el llanto. Porque, ¿no pensáis como
 »yo, Monseñor, que se aproxima el día, según
 »la promesa de Malaquías, en que el corazón de
 »los padres y el de los hijos se reconciliarán? Se-
 »tecientos millones de criaturas humanas espe-
 »ran nuestra unión, para abrazar el Evangelio.
 »Procuremos, como Santa Mónica en otro tiem-
 »po, apresurar su libertad á fuerza de oraciones,
 »suspiros y santos ejercicios. La noche misma
 »que acabé la lectura de vuestro libro, le pre-
 »senté en cierta reunión protestante á una señora
 »de elevada posición, gran admiradora de Fre-
 »miot Chantal, y que ha copiado para su edifi-
 »cación muchas páginas. El sentimiento nos ha
 »dominado pensando en los males de este siglo:
 »es menester que suframos por él las angustias
 »de Mónica por Agustín.»

No me cansaré de hojear estas cartas que, con
 acento tan verídico, profundo y vivo expresan el
 gran amor paternal y maternal, hoy nuestra su-
 prema esperanza; y en las que se ve á la vez,
 cuán profundas son las dolencias, pero también
 gracias al Señor, cuán grandes son los remedios.
 Citemos todavía otro ejemplo, y otra carta con-
 soladora en extremo. «Permitid á una simple
 »mujer, á una madre vendeana, conmovida aún
 »con la lectura de vuestra VIDA DE SANTA MÓNICA

»CA, que os dirija las más expresivas gracias, en
»nombre de todas las madres cristianas. Creo que
»no habrá una sola que, al leer vuestro libro,
»deje de levantar su corazón á Dios, profunda-
»mente conmovida y entusiasmada por la gran-
»deza de su vocación y por la sublimidad de sus
»deberes. Sí, Monseñor, tenéis razón: si por sal-
»var la vida temporal de un hijo, debe arros-
»trarse todo, hasta la muerte, ¿con cuánta más
»razón cuando se trata de salvar su alma! Y cuan-
»do se tiene este ánimo, sí, yo lo creo, estoy de-
»ello segura, es imposible no obtener el triun-
»fo. Me he estremecido al leer las páginas, en
»que presentáis á la madre de los Macabeos, á la
»de San Sinforiano y otras muchas, excitando
»ellas mismas á sus hijos, jóvenes aún, á morir
»antes que ofender á Dios. Pero ¿cómo es que
»sólo citáis á las madres de la antigüedad? ¿creéis
»á las de hoy incapaces de tanto heroísmo? ¿no
»conocéis iguales ejemplos en los tiempos mo-
»dernos?» Y esta madre, poseída de una noble
envidia, me citaba el de dos ó tres mujeres que,
durante los horrores de la revolución, se habían
puesto á la altura de cuanto hay más sublime
en la madre de los Macabeos. La Señora de la
Roche Saint-André, por ejemplo, que, conde-
nada á muerte con sus tres hijas, pide y obtie-
ne que éstas suban antes que ella al cadalso, á

fin de que yo vea asegurado, decía, *lo que más amo*. O la señora Saillous de Samour que, conducida al cadalso con su amada hija, de dieciocho años y extremadamente bella, observando con inquietud el vivo interés que la demostraba el oficial de la escolta, conocido por un miserable; y viendo en su hija ciertas vacilaciones que, de continuar, acaso podrían librarla del cadalso, ofreció al verdugo una recompensa, para que el fruto de sus entrañas, la hija idolatrada, muriese antes que ella. Esta Señora vió rodar la cabeza de su hija, y en el momento en que la suya iba á sufrir igual suerte, desatando los cabellos, saca unas monedas de oro que había ocultado, las da al verdugo, y muere contenta, pensando en que ha salvado la virtud de su hija.

Esto me escribía una madre vendeana, y á estos dos hechos heroicos hubiera podido añadir todavía la historia, de otra madre irlandesa que citaba un día O'Connell. Vacilaba su hijo en votar á favor de la libertad de Irlanda, ante el temor de que, tanto su anciana madre, como su joven esposa y tiernos hijos pudieran ser arrojados de la casa, y condenados al hambre y á la miseria: entonces y en el momento mismo en que, bajo la impresión de tan afflictivas imágenes, iba á sucumbir depositando un voto culpable, le coge del brazo y le grita: «Acuérdate

»de tu alma y de la libertad de tu patria.»

Lloraba yo al leer esta carta, y me decía: ¡Oh! sí, este siglo está muy perturbado; pero el corazón de las madres late de un modo demasiado fuerte y eficaz, para que no deba esperarse todo de ellas. Sí, sí, el siglo de los Agustinos será rescatado por el siglo de las Mónicas.

Para ayudar tal movimiento he escrito esta historia, y bendigo á Dios que la hace producir tan grandes ecos; como bendigo también á las madres que ha completado mi pensamiento, viendo en él, por la intuición de su amor, lo que mi débil ingenio no acertó á expresar.

Comprendo bien que esta obra debería responder á la grandeza de su argumento, mas ¡ay de mí! ni siquiera responde á la idea que me había propuesto; pero entre las diversas objeciones que se me han hecho, hay una que no puedo admitir: la de haberme ocupado de San Agustín con demasiada extensión. «Dejad que digan »lo que quieran, me escribía un distinguido »orador, la historia de Santa Mónica no será nunca otra que la de San Agustín. En esto precisamente consiste su grandor y su belleza: ahí están la novedad y la originalidad de vuestro »libro.» Y una madre me escribía igualmente: «Los que se quejan de que en la historia de Santa Mónica San Agustín ocupe el primer tér-

»mino, es decir, el puesto de preferencia, no sa-
 »ben lo que es una madre. La felicidad de ésta
 »consiste en colocar siempre á sus hijos en el
 »primer lugar, ocultándose ellas detrás; pero al
 »obrar así, continúan siempre dirigiéndolos. Vi-
 »ven con ellos; y por lo que á mí hace, no pue-
 »do concebir la historia de una madre, sin que
 vaya unida á ella la de sus hijos.»

Lejos, pues, de haber disminuido en esta nue-
 va edición la parte relativa á San Agustín, he
 creído oportuno darle mayor extensión, siguiendo
 con gusto el consejo que en atentísima carta me
 daba un contemporáneo, gran defensor de la Igle-
 sia ¹. Después de expresar los temores que su ca-
 riño hacia mí le había inspirado, al anunciarse la
Historia de Santa Mónica, añade lo siguiente:
 «Gracias á Dios, que ha bendecido vuestro desin-
 »terés y vuestro piadoso celo. Mis temores se
 »han convertido en la más grande satisfacción,
 »porque la *Historia de Santa Mónica* está bien
 »escrita como la de *Santa Juana Chantal*, y
 »la supera en vigor: hay en ella más entusiasmo
 »y no menos corrección. Habéis superado feliz-
 »mente la dificultad del argumento, ganando
 »en profundidad y elevación, lo que os faltaba
 »en variedad y extensión; y más corta y menos

¹ Augusto Nicolás.

»complicada que la de Santa Juana, vuestra nueva obra no describe una época ni un acontecimiento de la historia de la santidad: es más y es menos. Es una figura realzada por otra figura, como en el cuadro de d'Ary Schefer; pero refiriéndose á una madre y á un hijo, habéis expresado con toda perfección el sentimiento cristiano. La sencillez y la exigüidad misma del argumento harán de vuestra Santa Mónica una flecha, guarnecida con plumas de San Agustín.» Y á continuación de estas palabras, por cierto lisonjeras para mí, añadía en su carta: «¿Me atreveré á indicaros, que un capítulo escrito para demostrar, sumariamente y en sentido retrospectivo, el vuelo del ingenio y de la santidad de Agustín después de la muerte de Santa Mónica, sería acaso un fondo de oro, sobre el cual esta madre aparecería aún más realzada?»

Dócil á los consejos de tan buen maestro, he ensayado este capítulo; pero, para que fuese un fondo de oro, debiera yo tener el pincel del elocuente apologista que ha dado la idea.

Es la única diferencia que hay en esta segunda edición, y si á ella se añaden algunos retoques de los lugares más difíciles, algunas pinceladas de exquisito sentimiento y gusto que benévolamente me indicaron, y he aceptado con gratitud,

queda expresado todo en lo que difiere esta segunda edición de la primera.

¡Emprenda pues, de nuevo su camino este libro que Dios se ha dignado bendecir! ¡que de nuevo también vaya á consolar y á fortificar las madres! ¡que su lectura las enseñe á engrandecerse, dedicándose con abnegación á salvar este siglo y salvarse á sí mismas, mediante el amor cristiano de sus hijos! Cierta historiador protestante decía de la antigua Francia, que era un reino creado por los Obispos: ¡ay de mí! ni los Obispos, ni los sacerdotes podrán regenerar el mundo moderno, si las madres cristianas no vienen en su apoyo; porque Dios ha confiado á éstas la cuna del hombre: la cuna, es decir, casi todo!

Meurseault 29 de Julio.

INTRODUCCIÓN



Esta historia, que me propongo narrar, no debiera escribirse; debía cantarse, porque es un poema. El poema en efecto del amor más bello que ha existido; del amor más profundo y más tierno, del más elevado y más puro, como también del más fuerte, más paciente y más invencible; del amor que á través de veinticinco años de pruebas y de lágrimas, sin un momento siquiera de descanso, no disminuye, antes bien crece con las contradicciones, y viene á ser tanto más ardiente y más tenaz cuanto mayores son los obstáculos que ha de vencer; y que triunfando al fin, (porque ¿quién sería capaz de resistir á tanto amor), termina dichosamente en una especie de arrobamiento y éxtasis.

¿Habéis visto alguna vez la bella pintura de Ary Scheffer, que representa á Santa Mónica y

San Agustín á la orilla del mar ¹? San Agustín, que aparece sentado en primer término, semeja un joven como de treinta años. Su rostro es apacible y simpático, pero algo triste como el de un enfermo convaleciente; sus ojos negros y hundidos no expresan quizá toda la sensibilidad y ternura que debieran, pero brota de ellos un fuego extraordinario; su boca comprimida y cerrada es la de un hombre, habituado á trabajos intelectuales. Sus cabellos cortados por igual dejan al descubierto su ancha frente, sobre la cual refleja un rayo de luz, símbolo del estado que á la sazón tiene su poderosa inteligencia. El codo derecho se apoya sobre la rodilla, y el antebrazo parece levantarse para sostener una cabeza fatigada; mas la cabeza no tiene necesidad de apoyo, está firme y un tanto inclinada hacia atrás, á fin de que sus ojos miren fácilmente al cielo. Con su mano izquierda estrecha Agustín las de su madre, como para demostrar que, si después de tantos errores, decepciones y luchas, puede al presente dirigir hacia Dios una mirada pura y feliz, lo debe sólo á ella.

Y esta madre, ¿cómo brilla al lado de su hijo! La luz la baña por completo, mientras Agustín está un poco á la sombra, cual conviene al pe-

¹ Véase el grabado de este libro.

nitente. Su cabeza domina la figura de Agustín, como para demostrar que le ha precedido, y que hasta aquí se ha elevado más que él en la verdad y el amor. Yo hubiera deseado que en la expresión de su rostro, radiante de alegría, se percibiesen un poco más las huellas de sus lágrimas; pero ¡cuán bellos son sus ojos! como lo son cuantos miran al cielo; ¡qué ternura en esa alma enamorada deja ver su boca entreabierta!, y ¡cómo revela la alegría pura, serena y reconocida de una madre que logra encontrar á su hijo! Vestida de blanco, y envuelta en largos velos que se pliegan como las alas del cisne cuando posa, diríase que sólo espera una señal para echar á volar. Y en el estado que disfruta, habiendo conseguido que su Agustín vuelva de nuevo á Dios; dejándole cristiano, arrepentido y en camino de ser santo, ella, en efecto, volaría en busca de otras regiones mejores, si con sus manos no estrechase la de su hijo. He aquí lo que la retiene todavía, pero mirando de cerca estas dos manos, que no estrechan tanto la de su hijo como la de éste estrecha las de su madre, al parecer próximas á abrirse, presíntese que tal lazo no la retendrá por mucho tiempo.

La historia de esta madre me he propuesto escribir. Quisiera hacerlo, para consolar á tantas que lloran hoy como ella lloró en otro tiempo:

para advertir á las que, jóvenes aún, no tienen sino vagas inquietudes; para revelar á todas la fuerza que han recibido de Dios, cuando se trata de la salud eterna de sus hijos, y los recursos desconocidos pero inagotables, que El ha ocultado en esa cosa cosa augusta, llamada paternidad y maternidad.

Leibnitz decía «que se reformaría el mundo, «si se reformara la educación»: yo á mi vez digo, que se reformaría el mundo y los hijos y la juventud, y dominaría el presente siglo la terrible crisis religiosa que viene atravesando, si se llegara á transformar las madres. ¿Y qué sería menester para transformarlas? Una cosa bien sencilla y, sin embargo muy rara, de que carecen aun las consideradas como mejores, á saber: la conciencia de las fuerzas divinas con que la maternidad las ha dotado, y el valor de llegar hasta lo último, cuando se trata del alma de sus hijos.

Generalmente hablando, hay pocos hombres que lleguen hasta donde sus fuerzas alcanzan: ¿cuál es el pensador que va hasta donde su razón termina? ¿cuál el orador que sabe sacar de su corazón todos los acentos que en él se contienen? ¿Dónde está el hombre público ó privado, dónde el cristiano que, aplicado á un trabajo del tiempo ó á una obra de la eternidad, sepa consagrarse á este trabajo y á esta obra con toda su alma?

Para llegar hasta el fin de las fuerzas del ingenio ó del corazón, se necesita un penosísimo esfuerzo, ante el cual casi todos retroceden; y esto precisamente es la causa de que haya tan pocos héroes ó Santos. De la misma manera y bajo otro punto de vista, lo que constituye la desgracia de nuestra época y sus terribles peligros, es que ya casi no se encuentran madres que, para salvar á sus hijos, lleguen hasta donde alcanzan las fuerzas divinas de la maternidad.

¿De qué tenéis miedo? decía yo cierto día á una madre cristiana á quien atormentaba el porvenir de su tierno hijo, y que me confiaba sus inquietudes: «vuestro hijo será lo que vos le hagáis, bueno, noble, generoso, probo y temeroso de Dios, no teniendo nada que temer si vos misma guardáis estas virtudes en el alma, y si sabéis infundírselas en el corazón tan profundamente que nadie pueda arrancárselas». ¿Lo creéis así? me dijo, ¿mas las pasiones, el aire corrompido del siglo y otros mil peligros que una madre no puede prever ni conjurar? Sin duda, repliqué yo, que hay peligros que una madre no puede prever; pero peligros que una madre no pueda alejar, no existen, si ella emplea bien las fuerzas que Dios le ha dado. Podrá el hijo sucumbir por un momento, pero saldrá del abismo del mal, y la virtud le regenerará el

día que su madre quiera. ¿El día que su madre quiera?—Sí, sólo querer. ¿Y si yo quiero con todas las fuerzas de mi alma, salvaré á mi hijo?—Ciertamente que sí.—Pues bien, yo lo haré, replicó esta madre con un acento y un ademán que me es imposible olvidar. En efecto, esta noble y cristiana madre ha querido y quiere salvar á su hijo; y aun cuando no esté todavía completamente regenerado, pues fluctúa como ligera barquilla, á impulsos de las tempestades propias de sus diecinueve años, todo anuncia que la voluntad de la madre vencerá al fin; y será más fuerte que las pasiones y la inconstancia del hijo.

Tal es la doctrina del libro que ofrezco hoy al pueblo cristiano, pero antes de traer en su apoyo un ejemplo memorable, séame permitido insistir en las anteriores ideas; porque esta doctrina tan sencilla y fuera de la cual la maternidad se convierte en un doloroso suplicio, no siendo otra cosa que un ministerio sin fuerza; esta idea tan popular en otro tiempo, que entusiasmaba los corazones de los buenos, es una de las que más se han olvidado en nuestros días. Confieso que no puedo comprenderlo, y mucho menos consolarme de que así suceda.

Mirad, en efecto, á la vida temporal; fijáos, y veréis lo que ha hecho Dios bondadoso, para que tanto la paternidad como la maternidad

tengan sobre ella un poder soberano. Nace el niño, fruto de una afección preexistente que es la más tierna, la más dulce y la más profunda de todas las afecciones. Mucho antes de venir al mundo, vive ya en el pensamiento de su padre; ocupa, es objeto de los ensueños de su madre, y cuando, por fin, llega á sentarse en el hogar paterno, no es ni un desconocido ni un extraño. Es la misma vida de los padres, lleva su sangre en sus venas, tiene en sí la doble imagen de sus rostros; de tal manera que, cuando el padre le mira, encuentra sobre sus labios y en su sonrisa el encanto de la que se le ha dado; y que ésta también, cuando mira á su hijo, descubre igualmente en sus ojos y frente la inteligencia y la nobleza de aquel á quien le debe ¹. Y como si estos lazos tan poderosos no fuesen bastante fuertes todavía, para asegurar al hijo una protección eficaz, en el momento que, por decirlo así, sale del corazón de sus padres, los inflama, dándoles una afección, una ternura, un desinterés y una abnegación admirables; y porque no habría cosa más triste que

¹ ¿ Pueden olvidarse las admirables palabras que la madre de San Juan Crisóstomo dirigía á su hijo, y éste nos refiere en el primer libro del *sacerdocio*? «Yo no podía, dice, cansarme de mirarte, porque me parecía ver en tu rostro la imagen de mi amado esposo, que ya no existe.» (*De sacerd.*, lib. I, n.º 5.)

un amor semejante, si estuviese desarmado, añádele una fuerza incomprensible que no es de la tierra. ¿En qué consiste que ese joven ligero, disipado y profundamente vicioso haya cambiado tanto? Consiste en que ya es padre. Esa joven que ayer necesitaba un alimento delicado, finas ropas y blando lecho; y á quien incomodaba el más ligero viento, hoy no la importa el pan áspero, el vestido ordinario y el jergón sólo con un puñado de paja, siempre que tenga en sus pechos una gota de leche con que alimentar al hijo, y en su andrajosa vestidura una punta de manto con que cubrirle ¹. Ayer, la más insignificante mirada de un hombre la intimidaba; hoy ¿dónde están los ejércitos, los rayos y los peligros que la hagan palidecer? Cítase una madre que, sabiendo que su hijo había sido robado por los bárbaros, se lanzó en medio de ellos, haciéndoles retroceder con la majestad de su dolor y el grito augusto de su cariño. ¿Y quién no ha oído hablar de esa otra madre que, viendo á su hijo arrebatado por un león, le sigue como loca, y encuentra en sus entrañas un sollozo capaz de enternecer á aquella fiera indomable?

Esta fuerza y este amor tienen tal elevación, y emanan tan visiblemente del corazón de Dios

¹ Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*.

y de las entrañas de su infinita bondad, que puede decirse con exactitud, que el corazón de un padre y de una madre son la obra más hermosa salida de sus manos. Podrán perecer todas las cosas, pero en tanto que exista en este mundo un corazón de madre, habrá en él una prueba irrecusable de la bondad divina; porque si humildes mujeres hacen tales cosas por sus hijos ¿qué no hará Dios por los suyos? y ¿qué milagros de generosidad y fuerza no brotarán de su infinito amor, si una sola gota de este mismo amor, depositada por Dios en un corazón frágil, los produce á veces tan grandes?

Por eso la Iglesia, que desconfía de todos los amores de la tierra conociendo su fragilidad; la Iglesia, que dice al hijo mejor: «ama siempre á tu madre, y no olvides nunca el seno que te ha »concebido»; la Iglesia, que dice á los jóvenes esposos, cuando risueños y felices se aproximan al altar, para prometerse allí un amor eterno: «Hijos míos, amaos siempre»; la Iglesia, en fin, que, como los ancianos, no cree en la firmeza de los juramentos, y en la duración de las amistades del mundo, está tranquila y tiene seguridad tratándose de la más humilde madre: cuenta siempre con su corazón, y el amor maternal es el único de que no desconfía.

Dios mismo, cuando quiere excitarnos á la

confianza, hacernos comprender su grandísimo amor para con nosotros, y por tanto la seguridad de su socorro omnipotente, no busca otra imagen que la de una madre. «¿Puede la madre olvidar á su hijo, y dejar de socorrer al que ha llevado en sus entrañas? No. Pues bien, aun cuando vuestra madre os olvidara, yo no os olvidaré jamás ¹.» ¡He aquí el padre y la madre tales como salieron del corazón de Dios! ¡he aquí ese incomparable amor y esa fuerza invencible, á cuya sombra crecen en paz los niños!

¿Pero acaso ha obrado Dios tales milagros sólo para la vida del tiempo? Por cosas perecederas, por una vida que ha de extinguirse acaso en la cuna, Dios ha hecho la paternidad tan grande, ¿y por el alma no habrá hecho nada? Cuando se trata de esta vida divina, que Dios nos ha dado y que tantos enemigos pretenden arrancarnos, ¿habrá dejado la maternidad desarmada é impotente, destinándola á ver peligros que no puede conjurar, y ruinas que jamás podrá reconstruir? ¡Ah! no blasfememos de la obra de Dios. Con relación á la primera vida la madre puede mucho, pero cuando se trata de la segun-

¹ «Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui.» (*Isaiae*. XLIX, 15.)

da, lo puede todo. ¡Sí, todo! y el mundo se salvaría, si las madres llegaran á convencerse de esta verdad.

El Conde de Maistre escribió á su hija, la viva y espiritual Constancia, que no encontraba bueno el papel de las mujeres en la sociedad, y quería tomasen la pluma convirtiéndose en literatas: «¡Cómo te engañas, mi querida, acerca de la importancia y verdadera misión de la mujer! Las mujeres no han escrito *La Iliada*, ni *La Eneida*, ni *La Jerusalén libertada*, ni la *Atalia*, ni el *Discurso sobre la Historia Universal*, ni el *Telémaco*, etc.; hacen empero otra cosa más grande que esto: forman sobre sus rodillas lo más excelente que hay en el mundo (1).» He aquí la primera de las fuerzas divinas que Dios ha concedido á la maternidad. No sólo le ha dado el poder formar el cuerpo de su hijo, sino también el grande honor de formar su alma.

No hay que dudarlo: si el padre es de un carácter tan vulgar que no se distingue por cualidad alguna, y si la madre se ocupa sólo de futilidades y bagatelas, no llegarán á infundir en el alma de su hijo más que sus mismas vulgaridades. Pero figuráos una verdadera madre, una

(1) De Maistre, *Cartas inéditas*, tomo I, pág. 194.

alma llena de fe y fervor, que preferiría morir antes que hacer traición á su Dios y á su conciencia, según la heroica divisa de nuestros padres: *Potius mori quam fœdari*; é imagináos también lo que acontecerá en el alma de un niño durante los nueve meses que habita el seno santificado con tal amor; y en los dos ó tres años que, inclinada la madre sobre su cuna, le prepara para la virtud al mismo tiempo que para la sociedad. Representáos esa dulce primavera de la adolescencia en que el niño cree á su madre, y, por decirlo así, no cree más que á ella; y después considerémosle también en esa juventud tan peligrosa, durante la cual, no recibiendo ya la verdad de nadie, todavía la escuchamos de una madre cristiana; y considerémosle, en fin, durante toda la vida, pues, en tanto que tenemos madre, brota de su corazón como de hermoso sol una influencia que ilumina, enardece y vivifica: ¿qué sucederá? que aquello que una madre semejante grabó en el corazón de su hijo, no se borrará jamás, resistirá á toda profanación. Ó el hijo subirá á la luz, y será virtuoso permaneciendo allí siempre, ó si llega á sucumbir, conservará al menos los restos del fuego sagrado que recibiera: chispas de probidad y honor, prontas á reanimarse, tristeza y disgusto, pruebas evidentes de que no ha nacido para el mal; y en fin, otras señales preciosas que

revelarán al menos avisado, que ha tenido una madre cristiana; á la manera de esas estatuas antiguas que sin respeto á su mérito mutilara la mano de los vándalos, pero que á través de sus deformidades, conservan aún señales evidentes del gran artista que las esculpió.

Quisiera que el tiempo me permitiese desarrollar aquí los anales de la paternidad y maternidad cristiana, en cuyo caso pondría de manifiesto, á fin inflamar los corazones en generoso entusiasmo, dos generaciones de almas grandes: la que derechamente marcha hacia la luz y la virtud, y la que no sigue esta senda, según el mismo De Maistre, sino describiendo una curva. ó mejor dicho, un círculo vicioso que las conduce al punto mismo de donde habíau partido (1): tanto en las unas como en las otras se patentiza cuánta es la profundidad de ese carácter divino, cuando ha sido grabado sobre el alma por una verdadera madre. ¿Quién formó á San Bernardo? por ejemplo: ¿quién le creó tan puro,

(1) «Si la madre se ha impuesto el deber de imprimir en la frente del hijo un carácter divino, casi puede asegurarse que la mano del vicio no le borrará jamás. Este hijo podrá llegar á extraviarse, pero, si me es permitida la expresión, describirá una curva y círculo vicioso, que le conducirá de nuevo al punto de partida.» (De Maistre, *Soirées de Saint-Petersbourg*, tomo I, página 87.)

tan fuerte y tan abrasado en el amor de Dios? Su padre Tescelin, su santa madre Aleth. ¿Y á Santa Juana Chantal? ¡Ah! ésta no tenía madre, pero no vacilaré en asegurar que tuvo un padre ó una madre, ó ambos á la vez, en ese incomparable magistrado, el presidente Fremiot. ¿A quién debió Santa Sinforosa el heroísmo de su vida y de su muerte, sino á su intrépida madre Augusta? ¿Es posible pronunciar el nombre de Orígenes, de ese genio tan grande y tan ilustre, sin descubrir á su venerable padre Leonidas recostado sobre la cuna, y besando respetuoso el pecho de su hijo, como templo del Espíritu Santo? ¿Y San Juan Crisóstomo, elevado, aun siendo ya Obispo, á tan nobles pensamientos y magnánimas resoluciones por el valor y la decisión de su sublime madre? ¿Y San Atanasio, y San Ambrosio, y San Gregorio el Grande? ¿y más tarde San Luis, San Eduardo, San Francisco de Asís? y en los tiempos modernos ¿San Francisco de Sales y Santa Teresa? Sería menester citar todos los héroes y todos los Santos, porque tal vez jamás se vió aparecer siquiera uno, sin que Dios le haya dado padre ó madre dignísimos, como precursores capaces de prepararle á sus grandes destinos. Y si la obscuridad de la historia no permite siempre descubrir las manos venerables, que formaron su alma, no vaciléis en afirmar su exis-

tencia; á la manera que cuando veo una escultura de Miguel Angel ó un cuadro de Rafael, me importa poco que estén ó no firmados: los miro, y á través de las sombras que cubren sus autores y ocultan sus nombres, saludo al genio que los ha concebido, y que dotó al mundo de ellos.

Hace mucho tiempo que dijo un escritor brillante y profundo, al par que ligero: «*Fortes creantur fortibus et bonis*: los fuertes nacen de los fuertes, los buenos son creados por los buenos (1).» Y la Santa Escritura se explica mejor aún, proyectando sobre tan bello pensamiento un rayo de luz divina: «*Generatio rectorum benedicetur*; los justos engendrarán hijos dignos de ser bendecidos por Dios»; lo cual, para honra de las madres cristianas, será siempre una verdad.

Respecto á esas almas, buenas también, que antes de volver á encontrar el camino de la luz, permanecen algún tiempo en las tinieblas, si bien tristes siempre, inquietas, atormentadas por la ausencia de la verdad, y sufriendo la herida que su madre les ha inferido; creo presentar en este libro un ejemplo de tal naturaleza, que hará inútil citar otros. Por él se verá cómo se infunde en el alma de un hijo ese carácter divino; y cómo

(1) Horacio.

no es posible que las pasiones, aun las más violentas, puedan jamás borrarlo, cuando ha sido obra de una verdadera madre.

¡Pero cuánto, oh madres, es menester que sufráis, para que vuestros consejos se graben en el alma de vuestros hijos! ¡nada son los dolores del parto al lado de aquéllos! y es por lo demás muy justo, pues se trata de formar lo más grande que hay en este mundo. Cierta autor decía, al concluir una de sus obras: «He terminado este »duro trabajo en diecisiete noches, y tembloroso »todavía por los sufrimientos que me ha causado, »lemiro con inquietud, y pregunto, si su voz será »escuchada por los hombres.» ¡Oh madres! ¿Podéis vosotras decir otro tanto? ¿Tembláis también al contemplar lo que habéis sufrido, para formar el alma de vuestros hijos? Y ¿se podrá escribir un día de vosotras, lo que Agustín ha dicho de la madre admirable cuya vida os presento? «Ella »ha sufrido más para darme á la verdad y á »la virtud, que para darme al mundo.» Es la primera lección que encierra este libro, y creo que, en los tristísimos tiempos que atravesamos, no carece de interés ni de oportunidad.

Pero encierra aún otra segunda verdad, importantísima también, y consecuencia necesaria de la primera. ¿De qué hubiera servido, en efecto, que diera Dios á las madres fuerza para im-

primir en el alma de sus hijos una huella sagrada, si, cuando despiertan las pasiones y amenazan borrar la huella, no las invistiese de una fuerza soberana é infalible también, para proteger eficazmente á sus hijos, y arrancarles de todos los peligros?

¿No ha puesto Dios, precisamente por esto, la ley admirable de que cuando el joven sube las cimas abrasadoras de la vida, el padre las baje; y cuando la joven aproxima á sus labios la seductora copa en que á los dieciséis años cree beber la felicidad, la madre acabe de vaciarla hasta las heces; y que pierda ésta el encanto de las vanidades é ilusiones mundanas, precisamente cuando sus hijos corren el peligro de ser deslumbrados por esas mismas ilusiones? ¿Y á qué todo esto sino para que hallen en labios, de cuya sinceridad no sospecharán jamás, la única palabra capaz de salvarles, sacándoles de su error?

¿No será también por esto mismo, que Dios ha dotado la paternidad de una especie de intuición, que revela al padre y á la madre los peligros á que está expuesto su hijo; y el camino que es preciso hacerle seguir, para evitar los escollos? ¿Y no será también por iguales razones, y á fin de que el hijo tenga un director en senda tan peligrosa, que el Señor hace santa la pater-

nidad, sin quererlo ella; y ha condenado tantos padres á esos sublimes contrasentidos que se ven frecuentemente, y á la vez hacen sonreír y llorar?

Conocí un magistrado, hombre de bien, muy amable y de mucho talento, pero del que nunca se había servido sino para burlarse más ó menos humorísticamente de las cosas santas. Una de las veces que fui á verle, tenía sobre las rodillas á su hija, encantadora niña de once años, que se preparaba para la primera comunión. Hacíala recitar el catecismo, y en el momento de entrar yo, acababa de explicarle lo que es un misterio; que los hay en todas partes, en la naturaleza, en la sociedad, y sobre todo en el hombre, no siendo de admirar que se encuentren también en Dios; y encantado de lo bien que su hija había aprovechado las lecciones, me repetía sus respuestas, y algunas de esas ocurrencias que tan gratas son en los labios de los niños. Esta conmovedora escena me hizo recordar á Diderot, conduciendo su hija á la doctrina de la iglesia de San Sulpicio, y explicándola él mismo; y me trajo también á la memoria otro escritor, que no quiero nombrar porque vive todavía, el cual severamente ha prohibido á sus hijos la entrada en el despacho, por miedo de que sus ojos se manchen, leyendo los papeles de su mesa. Quiere corromper el mundo, pero es padre,

y no quiere corromper á sus hijos: inconsecuencias felices y dignas de respeto, que observamos á cada paso en nuestros tiempos. Con frecuencia el hombre es superficial, escéptico, impío y se burla hasta de las cosas más santas; pero el padre, en cuanto padre, es siempre santo: Dios lo ha querido así para proteger á los hijos.

Para esto, sobre todo, ha puesto Dios en el corazón de los padres y en el de las madres esa fuerza invencible, que acabo de probar con grandes ejemplos, y que saben emplear cuando peligran sus hijos. Gracias al Altísimo por tanta bondad; pues aunque sean grandes las aflicciones sufridas por las madres para salvar la vida temporal de sus hijos, todavía han sufrido y hecho más para salvar sus almas. Las ha habido que, para evitarles crueles sufrimientos, no han temido la fiereza de un león; han desafiado el furor de ejércitos enemigos, y han pasado días, noches y semanas enteras sin comer ni dormir, junto á la cama de sus hijos enfermos. Yo lo he visto frecuentemente, admirado de su fuerza más que de su amor ¡y también las he visto morir por ellos! ¿Qué más puede hacerse por aquellos á quienes se ama? Sin embargo, lo repito, para salvar sus almas han hecho mil veces más; pues morir por quien se ama, no es el supremo esfuerzo del amor, ya que no es el col-

mo del sacrificio; el colmo del sacrificio y la cima del dolor para una madre no consiste en dar su propia vida; el gran martirio para ella es dar la vida de su hijo. Consiste en amar la verdad, la virtud, el honor, la verdadera hermosura del alma y la vida eterna de su hijo hasta tal punto, que prefiera verle muerto, á ver marchitarse en su alma cosas tan preciosas y tan santas.

No recuerdo qué filósofo, preguntándose á sí mismo, ¿qué es el hombre? dió esta sublime respuesta: «El hombre es un ser capaz de dar la »vida por la justicia.» La madre cristiana es una maravilla de género bien diferente: es un ser capaz de dar la vida de su hijo por la justicia; es un ser que ama tanto la verdad y la justicia, es decir, á Dios habitando en el alma de su hijo, que para que no salga de este santuario, en donde ella misma le ha depositado, vería con satisfacción rota y deshecha la envoltura de su carne. ¿Qué digo? es un ser que, cuando la persecución estalla, y ve claramente el mal; en la terrible alternativa de que perezca su hijo en el tiempo, ó de perderle para la eternidad, no vacila un momento en presentarle ella misma al verdugo, prefiriendo la muerte del cuerpo á la condenación de su alma. He aquí lo que la antigüedad pagana no pudo sospechar, y lo que Jesucristo ha dado al mundo en sublime y admirable espectáculo.

creando la madre cristiana. En efecto, tan luego como apareció Jesucristo, viéronse humildes mujeres que poniendo á sus hijos sobre las rodillas, entre besos y caricias que interpolaban con austeras lecciones de doctrina cristiana, «hijo mio, »decían, preferiría verte muerto, á que cometieras un solo pecado mortal.»

Y estas sublimes criaturas obraban, según lo decían. Unas, como la madre de los tres Santos gemelos de Langres, que bajaba á las prisiones, donde sus hijos habían sido encerrados por la fe; besaba sus cadenas, y yendo de uno al otro radiante de alegría: «¡Oh! hijos míos, les decía, »de todos mis gloriosos antepasados ninguno ha »relegado á mi nombre aureola tan brillante, »como la que ha de darme vuestra cristiana »muerte.»

Otras, como la madre de San Sinfiriano de Autun, que sabiendo iban á decapitar á su hijo por la fe de Jesucristo; cuando ya caminaba á la muerte, temerosa de que en la flor de su juventud, (contaba dieciséis años) pudiera tener un momento de vacilación ó pena por la vida que iba á perder, corre en su busca, y así que le divisa: «hijo mío, le grita, no te van á quitar »la vida, vas á cambiarla por otra mejor.»

En fin otras, como Santa Dionisia, que se mantiene firme delante del potro que martiriza á

su hijo idolatrado; le anima con sus miradas cuando estaba agonizando; luego que muere, carga con su cuerpo macerado y deshecho, y le da, por fin, sepultura entonando cánticos de alegría cristiana, mezclados con dolorosos gemidos de amor maternal.

Y por si acaso no eran suficientes las miradas y exhortaciones de una madre, para confortar á su hijo sobre el cadalso; y por si era preciso añadir á éstas los ruegos y las lágrimas, veíase-las también postrarse ante sus hijos, y pedirles que, por piedad para con ellas, murieran animosos: semejantes á la heroica madre de los Macabeos que, si bien nacida antes de Jesucristo, ardiendo ya en el fuego que éste iba á esparcir sobre la tierra, ha dejado á las madres cristianas muy grande ejemplo de valor y fortaleza. Después que esta heroína había animado á los seis primeros hijos á morir con firmeza; y cuando otras tantas veces, transida de dolor pero con frente serena, había recibido la incurable herida que en el corazón de la madre causa la muerte de un hijo; al llegar al séptimo, el más joven de todos, hermoso niño de trece años y que era su Benjamín; temiendo que careciese de valor para imitar á los hermanos, se arroja á sus plantas, y mostrándole su pecho: «hijo mío, le dice, acuérdate que te he llevado nueve meses en mis en-

»trañas, y que te he alimentado con mi leche
»durante tres años: por piedad, por conmisera-
»ción hacia mí, no tengas miedo al verdugo;
»muere valerosamente como lo han hecho tus
»hermanos (1).»

Lo que una mujer, lo que una madre sobre todo, debe sufrir en tales momentos; cuánta fué la amargura, cuán profundo y cuán desgarrador el dolor de una Sinforosa, de una Felicidad y de tantas otras que las imitaron, jamás pluma alguna podrá expresarlo. Para semejantes madres, que así llevan al cielo sus hijos, una eterna felicidad en unión perpetua de ellos, no parece excesiva recompensa.

Verdad es que Dios no exige sino muy rara vez esta clase de sacrificios; pero tampoco es menos cierto, que la madre que no sea capaz de dar la vida temporal de su hijo, para salvar su vida eterna, no es una madre cristiana: que la madre que no se siente el valor de arrojarle entre su hijo y un crimen, entre su hijo y una villanía, es una madre degradada é indigna de llevar este glorioso nombre. Ahora bien, cuando

(1) «Fili mi, miserere mei, quæ te in utero novem mensibus portavi, et lac triennio dedi et alui... Peto, nate, ut aspicias ad cœlum... Suscipe mortem, ut in illa miseratione cum fratribus tuis te recipiam.» (II Machab., VII, 27, 28 y 29.)

una madre está decidida á sacrificarlo todo, su tiempo, sus sentimientos, su vida y la vida misma de su hijo, antes que verle sumergido en el mal ¿podrá perecer este hijo? No, ciertamente: podrán sí arrastrarle las tempestades de un siglo malvado; podrá fluctuar á impulsos del oleaje, marchar por algunos instantes sin rumbo seguro por el camino del mal, pero perecer, jamás! Quédale siempre un ánchora; y ¿sabéis dónde está? en las manos de su madre: ved aquí por qué nada le hará sucumbir. Esta historia nos presenta un ejemplo sensible de tal verdad; y me atrevo á creer, que no terminará madre alguna su lectura, sin comprender que en lo más fuerte de la tempestad debe sostener las áncoras, para impedir que zozobren las débiles barquillas de sus hijos.

Pero, aunque sea muy conveniente recordar á las madres cristianas el doble poder que han recibido de Dios, para formar y proteger el alma de sus hijos, si mi libro enseñase sólo estas dos lecciones, acaso no le habría escrito. Al publicarle, he querido poner de manifiesto una doctrina mucho más sublime, y enseñar á las madres un secreto muy importante pero muy ignorado, y que constituyendo la grandeza más augusta de la paternidad cristiana, es su recurso supremo en los días de crisis.

Jamás olvidaré la emoción que se apoderó de

mí, cuando por primera vez tuve que ejercer el ministerio sacerdotal con un pobre joven moribundo. Todavía veo á su padre que, mudo, abatido y agobiado de ese dolor sin lágrimas que tanto apena, se paseaba por la habitación; y á su madre que, sentada ante aquel lecho de muerte, dejaba estallar los sollozos, contenidos durante la agonía de su hijo. Yo estaba junto á esta infeliz madre, con el corazón desgarrado, pero mudo no sabiendo cómo consolar á los esposos, y sin determinar-me á intentarlo. Recuerdo muy bien que durante el largo silencio, natural después de los grandes dolores, porque nada oportuno puede decirse en estos casos, me preguntaba á mí mismo, cómo Dios, que es la bondad misma, podía permitir tales cosas, y causar heridas tan crueles en el corazón de una madre. Mas lo que yo me preguntaba entonces lo comprendí dos años después, al asistir en la misma habitación, y al pie del mismo lecho, á la agonía de esta pobre madre; y al oír de sus labios moribundos las siguientes palabras, que casi fueron las últimas, y me causaron honda impresión: «Volveré luego á encontrar á »mi hijo.» Entonces fué cuando, iluminado por luz sobrenatural, comprendí que la vida de este mundo no es la última palabra de las cosas; y que si Dios, para elevar las almas, para purificarlas y ornarlas con grandes virtudes, separa algunas

veces á los que se aman, es porque puede reunirlos de nuevo en una región en que se amarán más, para no volver á separarse. Yo cerré con dedo trémulo por la emoción los ojos de esta madre; y muchas veces, después, pensando en ella y su hijo, ambos ya fuera de este mundo y al presente reunidos en el Cielo, me he preguntado, qué podía quedar en esta madre y en este hijo de la cruel herida, que dos años antes habían recibido, hallando que apenas conservarán algún recuerdo. ¿Y quién sabe si acaso este recuerdo contribuirá á su felicidad?

Pero permítaseme decirlo: hay aún otro lecho de muerte, en presencia del cual no se concebiría que Dios hubiese dejado á la madre absolutamente impotente. Suponed que, en lugar de ver morir á su hijo por un día ó por dos años, la madre cristiana le ve morir por toda la eternidad: figuraos que una madre verdaderamente santa, y que ama á Dios sobre todas las cosas, ve á su hijo separarse para siempre de ese mismo Dios, y atraer sobre sí la maldición eterna; é imagináos que en el momento en que va á consumarse la terrible separación, esta madre no puede hacer nada para salvarle. Yo no interrogo á las Sagradas Escrituras, escucho á mi razón, á mi buen sentido, á mi corazón, á mi corazón especialmente que, después de todo, no puede ser me-

jor que el de Dios, y digo sin vacilar: no, esto no es posible; en presencia de semejante desgracia, no ha podido Dios dejar á una madre desarmada é impotente: Dios ha debido ocultar en lo mejor y más puro de su alma, en las profundidades más augustas de la maternidad, un no sé qué, un arranque, un esfuerzo, un grito, una lágrima ó un sollozo, que acaso no sabrán encontrar todas las madres, como no todas habrían hallado el grito que conmovió al león de Florencia; pero que está allí sin embargo, y que, si sale del alma, como saldrá siempre bajo la doble influencia del amor de Dios y del amor del hijo, salvará infaliblemente el alma de éste: es lo que yo creo.

Sí, cuando una madre, para traer al buen camino á su hijo culpable, ha agotado los consejos, las advertencias, las reconvenciones, y al parecer ya nada puede, quédale todavía una fuerza, la más grande de todas; le quedan sus lágrimas. Que ruegue, que llore, que vaya á buscar una lágrima que Dios ha hecho y ocultado allá en las más recónditas profundidades del corazón, donde, por decirlo así, se tocan el alma de madre y el alma de cristiana, y el hijo se habrá salvado. Véanse diariamente jóvenes que habiendo abusado de todo cuanto hay, y después de arrastrarse por mil ignominias, han vuel-

to al camino de la virtud, porque sus madres han llorado mucho (1).

¡Cuán acordes están con estos consoladores pensamientos las Santas Escrituras! ¡Leed en los días de vuestras grandes amarguras la historia

(1) Lo que digo de las madres, lo digo igualmente respecto á las esposas, á las hijas y á las hermanas. Para acabar de alistar en esta noble cruzada de la oración á todas las almas dignas de entrar en ella, citaré un caso sumamente conmovedor que puede servir de ejemplo. ¿Quién no ha oído hablar de ese encantador grupo fraternal, que tan pronto ha desaparecido de este mundo, Mauricio y Eugenia Guérin? Arrastrado Mauricio por las disipaciones de París, había olvidado á Dios y la fe de su infancia. ¿Qué hacía entretanto su joven hermana? Temblaba por él, gemía y oraba. «Mauricio, escribía esta buena hermana después de su muerte, yo te creo en el cielo. ¡Oh! sí, tus sentimientos religiosos y la confianza que me inspira la misericordia de Dios, me hacen creerlo así. Dios tan bueno, tan compasivo, tan amante y tan buen padre, ¿no habrá tenido misericordia de un hijo que ha vuelto á Él? ¡Oh! tres años ha que me afligen tus extravíos; ¡quisiera borrarlos con mis lágrimas!...» «Yo fundaba en ti sólo todas mis esperanzas, como una madre en su hijo; porque yo no era sólo tu hermana sino también tu madre. ¿Te acuerdas cuando me comparaba á Mónica llorando por Agustín? ¿Cuando hablábamos de mis aflicciones por ti, por tu alma querida que vivía en el error?» ¡Oh! ¡cuánto he pedido á Dios su salvación! ¡cuánto he orado y suplicado por ella! Un venerable sacerdote me decía: *«vuestro hermano volverá...»* ¡Oh! sí, ha vuelto, y después me ha dejado para ir al cielo... al cielo, yo lo espero!...

de Agar, arrojada de las tiendas de Abraham, internándose en el desierto, y llevando de la mano á su hijo. El sol arde sobre su cabeza, la arena abrasa sus pies; su hijo, devorado por la sed, llora y va á morir en su presencia. Detiénese un instante, y busca con ansiedad algún socorro; mas el horizonte es de fuego, y por ningún lado descubre esa gota de agua, que pagaría con su misma vida! Entonces, como desesperada, sintiendo venir la muerte que ya se aproxima, deposita á su hijo bajo de una palmera, y se aleja de él diciendo: «al menos no veré morir á mi »hijo.» Bien pronto (pues no estaba muy lejos, y si no quería verle morir, tampoco quería perderle de vista), bien pronto, decimos, cuando esta desgraciada madre se apercibe de que los suspiros de su hijo iban debilitándose, loca de dolor se postra, exhala un grito desgarrador que llega hasta el corazón de Dios, é instantáneamente brota á sus pies un manantial de agua: como si con este hecho milagroso hubiese querido Dios demostrar, que no sabe resistir al dolor de una madre, cuando le pide la vida de su hijo. Ahora bien, siendo esto así, ¿con cuánta más razón escuchará los ruegos de esta madre, cuando llora por un hijo extraviado, culpable y expuesto á la única muerte que no tiene remedio, pues durará siempre?

Pero esta consoladora enseñanza aparece con muy especial ternura en el Nuevo Testamento. ¿Habéis visto jamás que el grito de un padre, ó de una madre, hayan encontrado insensible el corazón amantísimo de Nuestro Jesús? Cuando el centurión, por ejemplo, va á decirle: «Señor, mi hijo está muy malo» ¿qué responde el buen Maestro? «Marcha, tu hijo está curado.» Jairo y la esposa, desconsolados, se arrojan á sus pies (habían perdido una hija de doce años, en esa edad amable, cuando la infancia que se retira y la juventud que viene, dan á los niños tan inefable encanto), conmovido Nuestro Señor, lo deja todo, les sigue, entra en la casa, y tomando á la niña por la mano, se la vuelve á su madre. Ciertamente que hace esperar un poco á la cananea, aparentando indiferencia; pero es para que salga de su corazón un grito de fe más viva, y cuando ese grito se ha exhalado, «Oh madre, grande es tu fe, la dice el Salvador; vete, tu hija está curada.» ¿Quién no ha leído la conmovedora historia de la viuda de Naín? Ésta no va á encontrar á Nuestro Señor, y ni siquiera le ve: sigue, absorta en su dolor y cegada por las lágrimas, el féretro de su hijo único; pero Jesucristo la mira, se conmueve, se aproxima á ella, y deteniendo el cortejo fúnebre, dice: «¡Oh madre, no llores!» y le devuelve su hijo.

¿Qué se proponía Nuestro Señor al multiplicar tales milagros? Preparar las madres á comprender el inmenso poder que en ellas ha depositado; enseñarlas á encontrar en su corazón ese grito á que nada resiste; decidir las por consiguiente á no desanimar jamás, cualesquiera que sean las tempestades levantadas en el alma de sus hijos, y como precisarlas á que les acosen con sus lágrimas, atrayéndolos hacia Dios á fuerza de oraciones, de sufrimientos y de sacrificios.

Pero era tal la importancia de esta enseñanza, y tan necesario grabarla profundamente en las almas, que los anteriores ejemplos, por conmovedores que fuesen, no bastaban; necesitábase aún mayor luz y fuerza, para llevar al corazón de las madres una esperanza inquebrantable; y Dios resolvió dársela en un ejemplo tal, que el mundo no pudiese olvidar jamás.

Veráse aquí, en esta historia, un joven educado por muy santa madre, objeto durante toda la infancia de su activa vigilancia, y de una protección tan tierna como fuerte; dotado del más raro talento, y de un corazón todavía superior á su espíritu; que ama á su madre con pasión. y que por todas estas razones debiera tener, después de la infancia más pura, la más feliz y casta juventud. Y la habría tenido en efecto, si su madre hubiese sido exclusivamente la en-

cargada de su educación; pero por desgracia estaba casada con un insensato. Y ¿qué otro nombre puede darse al padre que, tan poco cuidadoso de la virtud de Agustín como de la suya propia, violento y despótico en su proceder, parece mostrarse durante quince años de la inocencia de su hijo, abandonándole á los mayores peligros? Víctima de las temeridades de su padre, se ve á este pobre joven marchar de precipicio en precipicio, conocer muy luego todas las tempestades del corazón, y atraído fuertemente por la excesiva ternura de su alma, y aprisionado en una cadena ennoblecida, si el vicio puede ennoblecerse, por un resto de honor y de fidelidad inviolable, vésele arrollado en una segunda cadena completamente vergonzosa; y desde el principio de sus desórdenes hasta el fin pasar dieciséis años en degradante esclavitud. Más tarde, como las tinieblas del espíritu son por lo común castigo de los desórdenes del corazón; después de haber extinguido y abjurado públicamente la fe de su infancia, se le verá fluctuar á impulsos de todo viento de doctrina; enamorarse de la filosofía antigua, pero disgustarse de ella bien pronto; y con razón, ya que no le ofrecía sino terreno arenoso y movedizo, sobre el cual su gran genio nada seguro podía fundar; arrojarse luego en una herejía seductora á la vez que grosera, y, á pesar

de sus dudas é inquietudes, agitarse en ella siempre intranquilo por espacio de nueve años; y finalmente, cansado de tantos esfuerzos inútiles, y desesperando de la verdad sin dejar de amarla, caer desanimado, triste y enfermo en el último de los abismos, el escepticismo; en vísperas por tanto de perder corazón, conciencia, genio; y en camino de ser no San Agustín, sino un sofista, un Libanio acaso, y cuando más un Symmaco.

Pero, ¡cosa singular! cuando ya todo parecía perdido, veréis de repente que vuelve á emprender su vuelo; primero lentamente como un águila herida, con más viveza luego, y por último con toda rapidez, batiendo sus alas al descubrir la luz, y saludando con voces elocuentísimas á la *Verdad* que de nuevo encontraba, ó más bien, recibiendo humildemente entre suspiros y lágrimas la *Belleza*, siempre antigua y siempre nueva que había conocido demasiado tarde, y demasiado tarde había amado; y desde los abismos de la pasión y de la duda, veréisle por fin remontarse triunfante á las cimas de la luz y del divino amor.

En vano investigaréis la causa de conversión tan admirable; aun cuando interrogaseis al mismo Agustín, no encontraríais más que una: ¡las oraciones de su madre; los llantos y lágrimas poderosísimas de Mónica! Ésta, después que hubo formado el corazón de su hijo, como jamás madre

alguna lo hiciera; después de conocer que en el alma de Agustín comenzaban á despertarse las pasiones; cuando, para mejor protegerle, hubo atraído á su madre política, convertido á su marido, y purificado ¡demasiado tarde! la detestable atmósfera en que se vió precisada á criar un hijo tan querido; después, en fin, que le hubo seguido sin descanso á Cartago, á Roma y á Milán, haciendo resonar siempre en sus oídos las palabras más dulces y más penetrantes, acompañadas de viril energía; viendo que todo era inútil, que su hijo no escuchaba nada, antes por el contrario corría de precipicio en precipicio, se vuelve resueltamente á Dios, como en otro tiempo la desgraciada Agar, y, cierto día en que el peligro era más inminente, exhala de su corazón un grito tan penetrante, y un sollozo tan profundo y conmovedor, que no sabiendo ni queriendo Dios resistirse á él, como en tales casos no resistirá jamás, la devolvió su hijo. Esta madre murió de gozo y completamente dichosa, dejando á todas las madres que lloran como ella había llorado, el secreto de consolarse. Esta es la historia de Santa Mónica según que yo la concibo y como aspiro á escribirla, si Dios que me hizo la gracia de inspirarme la idea, se digna bendecir y dirigir mi pluma.

Acaso se me pregunte, dónde he encontrado

materiales para tal historia; pero yo á mi vez preguntaré á los que tal hicieren, si creen que Dios ha creado semejantes maravillas para que permanezcan ocultas, y encendido tales astros para que no derramen su luz. Dios mismo ha proporcionado materiales para la historia de Santa Mónica, preparando un historiador muy digno de ella: y ¿quién podía ser este historiador sino *el hijo de tantas lágrimas*? Agustín amaba con delirio á su madre; hablaba de ella sin cesar, y ha embalsamado con su recuerdo casi todos los escritos de su pluma. Veinte años después de la muerte de Mónica, envejecido por el trabajo más que por los años; encanecido en la penitencia, y cuando hubo llegado á ese estado en que el amor de Dios, rompiendo los diques é inundando su corazón, debería haber destruído en él todos los demás amores, Agustín no podía recordar á su madre, aun estando en el púlpito, sin que asomaran las lágrimas á sus ojos. Abandonábase entonces á los encantos de este recuerdo; hablaba de él á su pueblo de Hipona, y en sus sermones, donde no se esperaba cosa semejante, tenía palabras encantadoramente bellas, manifestándose juntamente la reconocida piedad del hijo y la grande elevación de su ciencia y santidad. En ninguna parte, sin embargo, preciso es decirlo, ha hablado de su madre esta

grande alma con más detalles, mayor alegría y emoción más profunda, que en el libro de sus *Confesiones*; y no obstante, al leer esta obra, se comprende que Agustín no lo dice todo. Un como pudor detiene su pluma, y en muchos lugares se ve bien claramente que él mismo amortigua expresos la aureola de su madre, temeroso de que algún rayo de luz vaya á reflejarse sobre su propia frente. Pero lo que él no dice, el corazón lo sospecha, la tradición lo indica, y á menudo lo canta la Iglesia. La Iglesia que es también madre, y que no sabe hablar friamente de sus hijos, ha celebrado á Santa Mónica con esa elocuencia propia únicamente de la esposa de Jesucristo. Los Santos que pasaron por este mundo, los Doctores, los Pontífices, las vírgenes, los grandes escritores y los grandes oradores, todos la han aclamado, por espacio de muchos siglos, con palabras dignas de ser conocidas. Yo he recogido de ellos varias perlas, y formado este precioso joyero que ofrezco hoy á las madres cristianas.

Por lo demás, me apresuro á decirlo, la idea de esta obra no me pertenece; la debo á un hombre á quien soy deudor de muchos beneficios; á un grande y santo Obispo que, desde hace algunos años especialmente, derrama sobre mí torrentes de luz y de paz; y entre otras cosas que guardo en secreto, me ha enseñado á consagrar

el alma al culto de la verdadera grandeza, que no es otra que la verdadera santidad. Este santo Obispo, tan amable como grande, cuyo nombre no necesito revelar á los que han leído la *Historia de Santa Juana Chantal*, es San Francisco de Sales. Al estudiar sus obras, he quedado admirado de la devoción y tierno entusiasmo que la Santa le inspiraba, de lo cual se hallará una prueba en el curso de este trabajo. Al presente diremos sólo que San Francisco habla de la Santa en muchas páginas de sus obras; que sin cesar la presenta por modelo á todas las señoras, á las casadas, á las madres y con especialidad, á las que tienen Agustinos. Haremos notar particularmente que, cuando San Francisco de Sales quiso elevar á la señora de Chantal al grado de perfección que Dios exigía de ella, no la buscó otra patrona que Santa Mónica; exigiendo que durante los primeros años de su viudez, en que sin abandonar el mundo la enseñaba á portarse como santa, tuviese constantemente ante sus ojos la heroína de nuestra historia; y á ella también quiso dirigiese sus miradas, cuando se propuso separar á la señora Chantal del propósito de hacerse Religiosa, mientras que sus hijos demasiado jóvenes todavía, necesitaban de sus cuidados; y por último, no hay para qué decir, que más tarde, durante la brillante pero

peligrosa juventud de Celso Benigno, cuando la madre veía empeñado á su hijo en aquellas amistades, que la hacían estremecer pensando en el riesgo que corría su alma; San Francisco de Sales la representaba más á menudo y con mayor ternura el modelo de Santa Mónica. Al lado de la Virgen de los Dolores que el santo Obispo le había enviado, y que ella tenía colgada en su gabinete á los pies del crucifijo, quiso aquél pusiese también para contemplarla á menudo, la de esta madre afligida, sobre cuyo corazón reposaba el hijo que había salvado con sus lágrimas; y por fin, cosa aún poco conocida, cuando el santo Obispo había ya desaparecido de la tierra, dejando á la venerable madre llena de dolores é inquietudes, inquietudes como fundadora y dolores como madre; un día en que éstos la afligían más que nunca, por correr la voz de que su Celso Benigno podría morir decapitado como el Duque de Boutteville, á causa de su funesta é incorregible costumbre de batirse en duelo; un día, digo, en que Santa Juana sucumbía al peso de su aflicción, puede decirse que San Francisco de Sales salió de su tumba, para obligarla á leer la historia de Santa Mónica; pues estando tan afligida madre arrodillada al pie del altar, se dejó oír una voz, que reconoció ser de su bienaventurado Padre, diciéndole: *Lee el libro octavo de las Confesiones de San Agustín. Y*

al leer de nuevo estas páginas admirables, en donde se ve al hijo redimido por las lágrimas de su madre, tuvo el presentimiento de que ella también salvaría á su Celso Benigno, á fuerza de orar, de llorar y de inmolarse por él, lo cual sucedió en efecto. Repito, pues, que todas estas cosas han de verse naturalmente desarrolladas en el curso de esta historia, según observarán mis lectores.

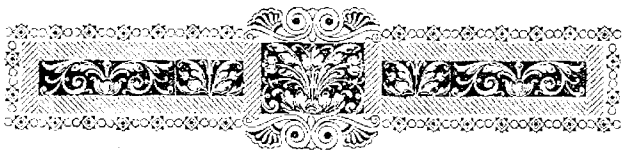
Creo haber dicho lo bastante para explicar cómo vino á mi mente la idea de esta obra, y para rendir un homenaje de reconocimiento al amable y santo Obispo que me la ha inspirado. Si en el siglo XVII San Francisco de Sales, presentando como modelo á Santa Mónica, ha sostenido, consolado y fortalecido á tantas madres afligidas, ¿por qué hoy ese mismo ejemplo no ha de producir idénticos efectos? El mundo entonces se mostraba obscurísimo, la Reforma desgarraba el seno de la Iglesia, los escándalos se multiplicaban, las apostasías públicas y privadas asustaban las almas, las madres temblaban; y para animarlas y consolarlas, y para enseñarles que los hijos no corren peligros que sus madres no puedan conjurar, San Francisco de Sales decía muy alto: «Leed la historia de Santa Mónica, y »en ella veréis el cuidado que tuvo de San Agustín, y muchas cosas que os consolarán.»

Hoy el mundo no es mejor que lo era á fines del siglo XVII, los peligros no son menores, ni menos apremiantes; con los principios han desaparecido las costumbres, el aire que respira la juventud está impregnado de sofismas; turbado el hogar doméstico, la cuna de los pequeñuelos no está más segura; quizás nunca como hoy las esposas y las madres dignas de su misión, estén llamadas á llenar tan importantes deberes. Séame, pues, permitido decirlas, si no ya con la autoridad de un San Francisco de Sales, ni mucho menos con el encanto de su palabra, siquiera con un corazón que comprende sus dolores, y sabe compadecerlos: *Leed la historia de Santa Mónica: aprended de esa esposa y de esa madre á pedir, á rogar como ella; á esperar siempre, á no desanimaros jamás; y no olvidéis que, si la juventud corre hoy tan grandes peligros, es porque no hay bastantes lágrimas en los ojos de las esposas y de las madres.*

EM. BOUGAUD,

Vicario general de Orleans.

Orleans, víspera de Todos los Santos.



CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA.
PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.—SU MATRIMONIO

Años 332 al 353.

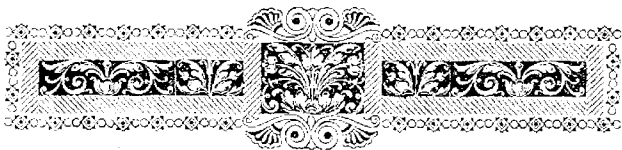
EL camino que de las ruinas de Cartago conduce á las de Hipona pasando por la antigua *Sicca Veneria*, atraviesa uno de los países más bellos de la tierra. Los antiguos alababan su fertilidad; y en efecto, aunque por espacio de doce siglos, el desierto envió sobre este contorno sus estériles y abrasadores vientos, ha bastado el golpe de las azadas francesas, para que renaciesen selvas de olivos, limoneros y naranjos, y bosques de rosales y de vides, que producen abundantes cosechas. No ha sido menester más, para que salieran también de entre las arenas una multitud de monumentos bellísimos del arte romano, fragmentos de estatuas, trozos de columnas y sarcófagos cubiertos de inscripciones,

Hoy el mundo no es mejor que lo era á fines del siglo XVII, los peligros no son menores, ni menos apremiantes; con los principios han desaparecido las costumbres, el aire que respira la juventud está impregnado de sofismas; turbado el hogar doméstico, la cuna de los pequeñuelos no está más segura; quizás nunca como hoy las esposas y las madres dignas de su misión, estén llamadas á llenar tan importantes deberes. Séame, pues, permitido decirles, si no ya con la autoridad de un San Francisco de Sales, ni mucho menos con el encanto de su palabra, siquiera con un corazón que comprende sus dolores, y sabe compadecerlos: *Leed la historia de Santa Mónica: aprended de esa esposa y de esa madre á pedir, á rogar como ella; á esperar siempre, á no desanimaros jamás; y no olvidéis que, si la juventud corre hoy tan grandes peligros, es porque no hay bastantes lágrimas en los ojos de las esposas y de las madres.*

EM. BOUGAUD,

Vicario general de Orleans.

Orleans, víspera de Todos los Santos.



CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA.
PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.—SU MATRIMONIO

Años 332 al 353.

EL camino que de las ruinas de Cartago conduce á las de Hipona pasando por la antigua *Sicca Veneria*, atraviesa uno de los países más bellos de la tierra. Los antiguos alababan su fertilidad; y en efecto, aunque por espacio de doce siglos, el desierto envió sobre este contorno sus estériles y abrasadores vientos, ha bastado el golpe de las azadas francesas, para que renaciesen selvas de olivos, limoneros y naranjos, y bosques de rosales y de vides, que producen abundantes cosechas. No ha sido menester más, para que salieran también de entre las arenas una multitud de monumentos bellísimos del arte romano, fragmentos de estatuas, trozos de columnas y sarcófagos cubiertos de inscripciones,

ruínas de teatros, de termas y de templos, vías romanas y, en fin, las huellas todas de una brillante civilización. Cuando, después de haber andado algunas horas por medio de este renacimiento de la naturaleza, y de tan preciosos restos del arte, se remonta el viajero con el pensamiento á la época, en que la naturaleza y el arte ostentaban unidos sus maravillas; y cuando se recuerda el paso por tan dilatados horizontes de esa valiente raza que, al mando de Amílcar, Anníbal y Yugurta, hizo vacilar, aunque por poco tiempo, la omnipotencia romana; y que, más tarde, fecundada por Jesucristo, y aceptado su yugo rechazando antes el de todos, dió á la Iglesia un San Cipriano, un Lactancio, un Arnobio y un San Agustín; y entre las vírgenes y los mártires una Santa Perpetua, una Santa Felicitas y á tantas otras; comprende cualquiera que pisa en esos suelos fecundos donde, como cantaba Virgilio, las cosechas crecen aún con menor prontitud y gallardía que los hombres.

Como á la mitad de este camino, y á corta distancia del famoso campo de batalla llamado *Zama*, en la vertiente de dos colinas doradas por el sol de Levante, y á la sombra de espesos olivares, se encuentra un lugarcillo, que los árabes llaman hoy *Souk-arras*. Sus blancos edificios se levantan sobre una parte del sitio que ocupara

un día la antigua ciudad romana, llamada Thagaste. En otra parte, por cierto de bastante amplitud, sobre una meseta extensa y á la vez accidentada, se descubren diferentes ruinas, medio sepultadas en la arena. Bosques de acanto, algarrubos y preciosas angélicas crecen en medio, prestando á las ruinas un poco de sombra. Al pie de la meseta se extienden bastantes praderas, refrescadas por corrientes que van á perderse en *Medjerda*, la antigua *Bragadas* de los romanos. Mas lejos, se descubren esos terrenos incultos y arenosos que el hombre no ha podido arrebatarse aún al desierto; y por último, frondosos y sombríos bosques de alcornoques cierran el horizonte con su verde cortinaje. A larga distancia y sin que se divise desde la población, está el mar con sus calmas y sus tempestades.

Allí, sobre estas ignoradas colinas de las que, á pesar de la belleza de su situación, ningún autor antiguo se ha ocupado; pues nadie habló de Thagaste, si se exceptúa Plinio que, en una preciosa frase hace alusión al orgullo de la raza que la habitaba; allí, bajo horizontes llenos de luz y de vida, colocó Dios la cuna de Santa Mónica, cuya historia me he propuesto escribir (1).

(1) No puede dudarse que Souk-arras ocupa, efectivamente, si no todo, al menos una parte del sitio donde

Parece que al escoger semejante sitio, Dios pensaba ya en San Agustín; y que para él había creado esa elevada meseta, encumbrada como un nido de águila en la inmensa campiña; pero también colocó allí la cuna de Santa Mónica, á fin de enseñarnos, que en una madre todo está ordenado á los hijos; hasta el sitio mismo de su nacimiento, y el en que recibe la vida que más tarde ha de comunicarles.

Era el año 332, hacía dieciocho que el Papa San Silvestre gobernaba la barca de San Pedro, y veinte que el Emperador Constantino, vencedor de Magencio, había proclamado el triunfo de la religión cristiana. La Iglesia salía de las catacumbas, y á la manera que, después de un largo invierno, bajo la activa influencia del sol de Mayo, se siente en la naturaleza una especie de acción vital, indicio claro de que todo va á desarrollarse, así también la Iglesia, fecundada por tres siglos de dolores y de humillaciones, se preparaba á dar á luz los más sublimes frutos. Y efectivamente, el mismo año que Santa Mónica vino al mundo en Thagaste, nació San Jerónimo en Stridón (Dalmacia); San Gre-

estuvo la ciudad de Thagaste: como prueba damos los documentos que han llegado á nuestras manos, y se hallarán en la nota 1.^a del Apéndice.—(N. del A.)

gorio Nacianceno había nacido cuatro años antes; San Basilio tenía tres, y San Gregorio de Nisa dos: San Hilario de Poitiers y San Martín de Tours eran de más edad, éste iba á cumplir los diecisiete años, aquél estaba á punto de hacerse sacerdote. Ni San Ambrosio, ni San Juan Crisóstomo, ni San Paulino de Nola habían nacido aún; pero las piadosas jóvenes llamadas por Dios al honor de ser sus madres, se recogían y preparaban ya á la gran misión que habían de llenar, y que por cierto no sospechaban siquiera. Completaba este brillante grupo San Atanasio, que, joven aún y cuando tenía apenas veintisiete años, fué elevado á la Silla episcopal de Alejandría, para ocuparla durante medio siglo, siempre firme, invencible y llevando el peso de la lucha, dando así lugar á que esos grandes hombres llegasen al completo desarrollo y madurez.

Por aquel tiempo, entre los mártires que acababan de morir víctimas de las persecuciones parciales, que el mismo Constantino no podía impedir, y los doctores que se apresuraban á nacer, apareció en un hogar de paz, de honor y de antiguas virtudes la niña privilegiada entre todas, porque Dios la había escogido para ser madre de San Agustín, el Doctor más ilustre de aquel siglo, recibiendo al nacer el nombre de Mónica; nombre que ninguna santa había lleva-

do hasta entonces, y que ella había de convertir en un símbolo sumamente expresivo y eficaz de consuelo y de esperanza.

Su padre, cuyo nombre se ignora, y su madre, que parece se llamaba Faconda (1), eran cristianos y piadosos (2). No es fácil averiguar el puesto que ocupaban en la sociedad; créese pertenecían á una de esas familias nobles, que se ven en siglos perturbados por las revoluciones, las cuales conservan cierto brillo heredado de sus mayores, pero no la fortuna; que tienen aún numerosos sirvientes, pero viven con estrechez; bien relacionadas y emparentadas con familias de distinción, pero cuya vida es cada vez más retirada y más oculta. Veinte años antes, cuando casi toda la ciudad de Thagaste se había dejado seducir por las novedades del cisma de Donato, esta familia permaneció católica, lo cual había aumentado su aislamiento, á la vez que las desgracias del Imperio aceleraban su ruina; y si al advenimiento de Constantino y del Cristianismo, hubo un momento en que los pa-

(1) Es tradición de todas las Órdenes que siguen la regla de San Agustín, y en las liturgias agustinianas se le da el nombre de *Faconda* ó *Facundia*.

(2) «Erudivit eam (Monicam) in timore tuo virga Christi tui, regimen unici Filii tui, in domo fidei, bono membro Ecclesie tuæ.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VIII.)

dres de Santa Mónica, lo mismo que las antiguas y ricas familias de provincia arruinadas por el fisco, pudieron esperar algún alivio en sus males; como los esfuerzos de Constantino y Diocleciano fueran inútiles, esta esperanza empezaba á desvanecerse; y los padres de Santa Mónica pudieron prever, que del antiguo esplendor no conservaría su hija sino un recuerdo y un nombre (1).

Los padres de Santa Mónica trabajaron vigorosamente para fijar de un modo indeleble en el alma de su hija estos pensamientos, que abatían y entristecían á todos: y probablemente á ellos

(1) Esto es lo que resulta del detenido estudio de las *Confesiones* de San Agustín, y de la confrontación de muchos textos importantes: por ejemplo, los en que se habla de numerosos criados en la casa de Santa Mónica (lib. IX, caps. VIII y IX); de continuas relaciones con las familias más distinguidas (lib. IX, cap. IX); y de su parentesco con las personas nobles y de elevada jerarquía. (*Cartas de San Agustín*, 39.^a en la edición benedictina.) Los en que San Agustín dice, que su patrimonio era bastante modesto (*Confes.*, lib. II, cap. III), y que él era pobre é hijo de padres pobres (*Serm.* 356), no deben tomarse tan á la letra, porque hablaba movido por un sentimiento de humildad. Noble, pero arruinada por las desgracias públicas, como todos los nobles de su época; consideramos que de este supuesto ha de partirse, para conocer la verdadera posición de la familia de Santa Mónica.

debió la Santa ese precoz desprecio de lo perecedero, y ese vivo entusiasmo por la eternidad, que constituyeron siempre uno de los más bellos rasgos de su fisonomía (1).

Pero cuando Santa Mónica habla de su primera educación, no sólo alaba el celo de su madre, sino que recuerda agradecida la vigilancia de una antigua sirvienta, á cuyo cuidado estuvo durante la infancia. Esta criada, había sido nodriza del padre de Santa Mónica, y le había llevado á la espalda como las muchachas acostumbran llevar á los niños pequeñitos (2); y después de haberle visto crecer y celebrar su matrimonio, respetada y

(1) San Agustín nos ha dejado pocos detalles sobre la juventud y primeros años de su madre, pero felizmente la tradición ha venido á suplir esta falta, dándonos á conocer cierto número de hechos del mayor interés, que sirven para completar la fisonomía de Santa Mónica. Estos hechos son idénticos en todas partes: se encuentran consignados en antiguos documentos, y muy particularmente en las diferentes *Liturgias* de las Órdenes que siguen la regla de San Agustín. Los Canónigos regulares, sea cual fuere su congregación; los Ermitaños de San Agustín, los Servitas ó Siervos de María, los Religiosos Premoustratenses, y los Hermanos Predicadores, todos conservan y celebran la memoria de los hechos con un acuerdo tal, que no es posible dudar de su autenticidad.

(2) «Quæ patrem ejus infantem portaverat, sicut dorso grandiuscularum puellarum parvuli portari solent.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VIII.)

venerada á causa de estos servicios, como también por su ancianidad y pureza de costumbres, había pasado á ser la sirvienta y, mejor aún, la segunda madre de sus hijos. Celosa, prudente, austera, un tanto dura y regañona, pero íntimamente unida á su joven pupila; verdadero tipo de esos fieles sirvientes que el Cristianismo empezaba á dar al mundo, y que no eran por cierto una de sus menos bellas creaciones, rodeaba de la más activa vigilancia aquella cuna, que contenía tan grandes y gloriosos destinos.

Preservada así de todo peligro, y cultivada con exquisito esmero, jamás planta alguna se vió tan luego coronada de flores y de frutos como nuestra santa niña. Aun era pequeñita, y acechando el momento de que nadie la mirase, marchaba sola á la iglesia (1), y allí, oculta en un rincón, de pie, con las manos juntas y los ojos modestamente bajos, encontraban tal encanto conversando con Dios, que olvidaba la hora de volver á su casa. Cuando aparecía en ésta tímida y medrosa, era severamente corregida, y aun

(1) «Dum adhuc puella esset, sæpe domo parentum se subtrahens, ad ecclesiam fugiebat. Ibi, aliquandiu in angulo permanens, virginales orationes ad Christum fundebat.» (*Breviario de los Canónigos Regulares del Orden de San Agustín*. París, 1523, en 16.º, caracteres góticos, *ad prim. Noct., lect. I.*)

castigada algunas veces, por el temor que causara su tardanza y el haber salido sola; pero ni los golpes, ni las reconvenciones pudieron arrancarla jamás una queja, ni mucho menos disminuir en nada el afectuoso reconocimiento que profesaba á su aya (1).

Algunas veces también, estando en diversión con sus amigas y compañeras, desaparecía instantáneamente, y se la encontraba inmóvil al pie de un árbol, olvidada del juego por la oración. Levantábase á menudo por las noches con el mayor sigilo, arrodillábase en el suelo, y juntando sus manos, recitaba con recogimiento y fervor impropios de sus años, las oraciones que su buena madre le había enseñado (2). Dios sin duda al penetrar tan de lleno en su alma, quería familiarizarla desde niña con el divino arte de la oración, que más tarde había de poseer admirablemente, y enseñarla muy luego á manejar esta arma poderosa, con que había de obtener tan grandes triunfos.

(1) «Dum autem domo tarde rediret, a bajula sua verberabatur. Et totum ipsa puella patienter portabat.» (*Boll.*, 4 de Mayo.)

(2) «Et frequenter in nocte de lecto surgens, flexis genibus, orationes, quas a matre sua, nomine Facundia, didicerat, Domino devotè offerebat.» (*Breviario de los Canónigos Regulares, etc., ad prim. Noct., lect. II.*)

Despertábase al mismo tiempo en el corazón de Santa Mónica un grande amor á los pobres (1). Muchas veces, cuando comía, ocultaba en su seno una parte del pan que se le daba, y procurando que no la viesen, corría á la puerta de la casa en busca de algún pobre á quien socorrer (2). De éstos había dos clases, los caminantes y los enfermos, á quienes la piadosa niña miraba con especial predilección. Siempre caritativa con ellos, cuando alguno se dirigía al techo hospitalario de sus padres, le hacía sentar sobre un banco, y aunque niña todavía, reclamaba para sí el honor de lavarle los pies, según la costumbre antigua: visitaba además á los pobres enfermos, prestándoles aquellos servicios que podía en su corta edad (3).

Observábanse al mismo tiempo en Santa Mónica una dulzura y paz encantadoras: cuando jugaba con sus compañeras, era bastante una

(1) «Mirum in modum ab infantia secum crevit miseratio. Ita ut quasi naturali affectu pauperes diligeret.» (*Dicho Breviario, ad prim. Noct., lect. II.*)

(2) «Sæpe panem de mensa in sinu collocabat, et de paterna domo fugiens, pauperibus tribuebat.» (*Boll., 4 Mayo.*)

(3) «Hospites et infirmos visitabat, pedes eorum semper lavabat, et eis, ut puella poterat, serviebat.» (*Boll., 4 Mayo.*)

palabra suya para apaciguar las disputas. En su rostro, en su voz y en su porte había una serenidad tal que, sin pretenderlo, se comunicaba á los demás, transmitiendo á todos su propia tranquilidad (1).

A estos dones que venían del cielo, y con los cuales la preparaba Dios á darnos un gran Santo, uníanse otras virtudes, debidas á la austera vigilancia de su aya. «Usando, dice San Agustín, según las circunstancias, de un prudente rigor al corregirla, y de una admirable prudencia al instruirla, venía preparándola desde el principio á la práctica de las más sublimes virtudes. Fuera de las horas de su modesta comida, que hacía la niña en la mesa de sus padres, no la permitía beber ni una gota de agua, por mucha sed que tuviera, á fin de habituaria á la sobriedad, formar en ella un alma fuerte y dotarla del espíritu de abnegación, sin cuyas virtudes no es posible que la mujer sea ni cristiana, ni esposa, ni madre, ni santa.» «Así es, Dios mío, cómo Vos la formasteis, exclama San Agustín, sin que su padre ni su madre llegaran á sospechar nunca, lo que había de

(1) «Litigantes, ut erat mansuetissimi ingenii puella, reprehendebat.» (*Breviario de los Ermitaños*, etc., un tomo en 12.^o, 1475, edición gótica.)

»ser con el tiempo. Pero Vos habíais ya preparado para su niñez una casa fiel, de las mejor arregladas de vuestra Iglesia; y en ella, bajo la dirección de vuestro unigénito Hijo, iba poco á poco creciendo en el santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría (1).»

Entre tan dulces resplandores de naciente virtud, vióse aparecer en Santa Mónica, no precisamente una mancha, pero sí una de esas ligeras sombras, que Dios permite á veces, para que sus Santos sean más vigilantes y más humildes. Habíase encargado á esta piadosa niña, según es uso, cuando se quiere que las jóvenes de alguna edad vayan iniciándose en el gobierno doméstico, que fuese todos los días á la despensa, en busca del vino necesario para la mesa. «Acontecía algunas veces, nos dice San Agustín, que después de haber llenado el vaso y antes de verterle en el frasco, la niña le aproximaba á sus labios; no precisamente por afición al vino, pues la causaba cierta repugnancia, sino más bien por esa travesura y propensión de la juventud á hacer aquello que le está prohibido; travesura y propensión que desaparece bien pronto bajo el peso de la autoridad paterna. Mas, como al despreciar las pequeñas faltas,

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VIII.

»se cae poco á poco en otras mayores, aconteció
»que añadiendo gota á gota, concluyó por beber
»una copa casi llena.» ¿Dónde estaba entonces
su antigua é inteligente directora? ¿Qué había
sido de sus austeras prohibiciones? ¿Cómo reme-
diar un mal que tan cuidadosamente se oculta-
ba, si Vos, Señor, no vigilarais sobre nosotros?
En ausencia de sus padres, Vos que siempre es-
táis presente, y que salváis las almas aun por la
mano misma de los malvados, ¿qué hicisteis, oh
Dios mío? ¿por qué medio la curasteis? Bajaba
siempre á la bodega con Santa Mónica una sir-
vienta de la casa, siendo por tanto testigo com-
placiente de su falta; y ella fué de quien como
de afilado acero, Dios se valió para cortar de raíz
esta gangrena, haciendo salir de sus labios un
sarcasmo frío y penetrante. Cierta día que las
dos estaban solas, disputando como suelen sir-
vientas y señoritas, echóla aquélla en cara su
defecto, y sin intentar corregirla, y si sólo son-
rojarla, llamóla con insultante desprecio «borra-
chuela». Este ataque tan directo hizo avergonzar
á Mónica que, reconociendo la fealdad de su falta,
se condenó á sí misma severamente, corrigiéndole
para siempre (1). Dicese también que enton-
ces tomó la resolución de no beber más que agua;

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VIII.

pero de cualquier modo, esta falta tuvo para la piadosa joven las más felices consecuencias, como sucede casi siempre en la vida de los Santos: arrancó de sus ojos las primeras lágrimas de arrepentimiento, inspiróle deseo de mortificarse, hizo la humilde y desconfiada de sí misma, y, sin que de ello se aperebiese, la preparó anticipadamente á rodear de la más tierna y activa vigilancia la cuna, que un día había de confiársele. Mientras esto sucedía, por los años 348 ó 349, fué testigo Mónica de un acontecimiento que, llenándola de profunda alegría, acabó de madurar los frutos de su bella juventud. Como hemos dicho ya anteriormente, la ciudad de Thagaste se había dejado arrastrar por los errores y cisma de Donato, y hacía veinte años, que esta herejía violenta venía siendo origen de continuas luchas. En la época á que nos referimos, éstas habían llegado á ser tan graves y tan continuas en todas las ciudades de Africa; y ocasionaban tantos robos y aun asesinatos, que los Emperadores tuvieron que intervenir para cortarlos; y en su virtud Constantino promulgó una ley prohibiendo la profesión pública de esta herejía. Gran número de ciudades, y entre ellas Thagaste, volvieron al culto del Catolicismo; pero ésta lo hizo con un entusiasmo tan vivo, tan unánime y tan sincero, que resultó evidenciado, que sólo el temor de las violencias

la había mantenido en el cisma. Pocos años después, según dicho de San Alipo, en vano se habría buscado en Africa ciudad más dichosa, más unida y más obediente á la Iglesia romana (1).

Cuando se realizó este dichoso acontecimiento, gracias al cual, Thagaste, ciudad natal de nuestra heroína, oprimida hasta entonces por un partido fanático y privada de su libertad, pudo volver al Cristianismo, Santa Mónica llegaría á la edad de dieciséis años. Es indudable que, al asistir y presenciarse este nuevo abrazo de la Iglesia y de la patria, debió entusiasmarse y hasta conmoverse profundamente; y si, como algunos han creído, la libertad religiosa de Thagaste coincidió con otro hecho no menos glorioso para Santa Mónica, el de su bautismo y su primera comunión, debió causar en ella una de esas profundas emociones, que forman época en la vida, y de que no es posible olvidarse.

A la vez que Santa Mónica crecía en años, desarrollábanse también sus dotes naturales. De recto criterio, y de elevado y penetrante ingenio, ha merecido los elogios más entusiastas del único capaz de juzgarla, y de quien puede decir-

(1) August., *Ep.* 48.—Labbé, *Conc.*, t. XI, capítulo CXXXVI.

se con certeza que, no obstante ser su madre, jamás la habría ensalzado á costa de la verdad. San Agustín afirma en muchas ocasiones, que Santa Mónica tenía una gran perspicacia; y en efecto, más tarde vémosla tomar parte en importantes cuestiones de filosofía y religión con San Agustín y sus amigos, que la rodean «creyendo, »dice éste, escuchar sentencias de un gran talento». Desde luego empezó á manifestarse en ella profundo y raro ingenio, sintiendo al mismo tiempo sed insaciable de saber. Era todavía pequeña, cuando dejaba sus juegos y compañeras, para seguir atentamente las conversaciones de los mayores; sobre todo, si eran personas instruídas y dignas de consideración. Veíasela pasar horas enteras á los pies de su abuela, mujer venerable por su edad y fe, y contemporánea de los mártires, cuyas conmovedoras historias entusiasmaban á la piadosa joven (1).

A estos dones de inteligencia con que Dios la

(1) «Inerat quoque in ea quedam insatiabilis adiscendi cupiditas... Et propterea jugiter satagebat aliquid præclarum aut audire, aut adiscere. Et ideoque quam maxime aviam suam christianissimam, pro modulo sue capacitatis, sequebatur, eidemque adhærebat.» (*De plurimis claris mulieribus*, a Fr. Jacobo Philippo Bergomensi, Ordinis Heremitarum Divi Augustini; un vol. in folio, 1493, edición gótica.)

había dotado, para ejercer sobre Agustín toda clase de influencias, unía Mónica otros dones, todavía mas excelentes; dulzura indecible, rara constancia, y una paz que no se agotaba nunca; un carácter firme á la vez que intrépido, y un corazón siempre tierno, y sin embargo lleno de energía en su amor y en su acción. Era una de esas naturalezas privilegiadas, que escasean mucho, y en que se juntan las más raras armonías con los más sorprendentes contrastes.

En cuanto á los dones exteriores, á cuya investigación conduce naturalmente el orden de esta historia, aun tratándose de una Santa, nos es mucho más difícil satisfacer por completo la legítima curiosidad de nuestros lectores: parece, sin embargo, que era bastante alta y singularmente agraciada. Al menos, cuando se hallaba en la edad de dieciocho á veinte años, la fe, la piedad, la modestia, el amor de Dios y del prójimo brillaban en ella de tal modo, que el autor de uno de los más antiguos monumentos referentes á la historia de Santa Mónica, se declara impotente para hacer su retrato. Y esto se concibe, porque de la belleza de los Santos hay que decir lo que la Sagrada Escritura de la felicidad en que viven: *Exuperat omnem sensum*, que es una hermosura de orden especial, y superior á toda idea. La belleza de los justos es semejante

á la de los templos, que eleva siempre el alma á Dios.

Una modestia muy natural venía también á aumentar su encanto. Los padres, orgullosos de su hija, como lo están generalmente aun los más prudentes, no pensaban sino en realzar su belleza, al paso que ella rechazaba con dulce energía los preciosos y perfumados tisús, de que deseaban verla adornada (1). Santa Mónica había aprendido de los grandes doctores de Africa, Tertuliano y San Cipriano, cuánto valen la sencillez y la modestia; así como también cuán difícil es conservar un corazón mortificado y dispuesto al sacrificio bajo esos lujosos trajes; y por tanto, prefería á los adornos preciosos la sencilla túnica blanca sin franjas ni bordados, que llevaban entonces las jóvenes cristianas, según se ve en las antiguas pinturas de las Catacumbas.

Así pasó la infancia y la niñez de Santa Mónica, bella aurora de días aún más bellos. Cuando salía de la adolescencia, y entraba en la de la juventud, fué solicitada para contraer matrimonio. Sus padres accedieron á la demanda, y por un incomprensible designio de la Providen-

(1) «Cum autem parentes ejus, more secularium, vestibus delicatis eam ornare voluissent, ipsa contristata respuebat.» (*Boll.*, 4 Mayo.)

cia divina, esta joven virgen, que hubiera acaso preferido seguir las huellas de las Ineses y Aguedas, esta santa y amable niña que, aun permaneciendo en el mundo, parecía destinada á bodas más dichosas, fué concedida á un hombre, al parecer, el menos digno de aspirar al honor de semejante enlace.

Patricio, á quien es indispensable conocer, pues fué escogido para esposo de Santa Mónica, nació en Thagaste; y aun cuando ningún crítico ha llegado á disipar las espesas sombras que ocultan su origen y su cuna, es probable perteneciese á una antigua y noble familia, quizás más noble aún que la de su prometida: esto al menos han conjeturado los antiguos, no hallando otro medio de explicar semejante matrimonio. En efecto, Patricio tenía pocos bienes (1), y la posición que ocupaba en Thagaste era menos elevada que lo que algunos historiadores creen, pues era sólo curial; es decir, uno de los magistrados que administraban la ciudad. Pero entonces tal cargo era obligatorio para quien poseyese veintiséis fanegas de tierra, y, si siempre en las pequeñas poblaciones fué de bien escasa importancia, en Thagaste había llegado á ser tan oneroso, por una ley que obligaba á los curiales

(1) *Confes.*, lib. II, cap. III.

á recaudar los impuestos á su costa y á completarlos de su propio peculio, que todos á porfía huían de honores tan tremendos en una población, que no podía pagar más, y ante un fisco hambriento que no quería oír sus quejas (1). Arruinado, pues, ó en vísperas de arruinarse, como casi todos los curiales de aquel tiempo, pero noble y de antigua raza, tal parece haber sido la posición de Patricio.

Respecto á sus cualidades personales, San Agustín asegura que tenía el corazón más grande que la fortuna, y así lo dió á conocer en adelante (2); pero estas cualidades, que poco á poco veremos desarrollarse bajo la mano delicada del ángel que Dios le había dado por compañera, no sólo disminuyeron por entonces en su alma hasta el punto de que era difícil percibir las, sino que se hallaban oprimidas, y como sofocadas por

(1) Posidio afirma en su *Vida de San Agustín*, que Patricio era curial ó decurión, lo cual quiere decir que era del número de los magistrados que, en las colonias y en los municipios, administraban los pueblos. Formaban para ello una especie de consejo municipal, *curia decurionum*, y sus decretos están indicados en las inscripciones con los signos D. D., *Decretum Decurionum*. Para aspirar á la curia era preciso tener veinticinco años, y poseer en propiedad más de veinticinco fanegas de tierra.

(2) *Confes.*, lib. IX. cap. IX.

las más tristes y vergonzosas pasiones. Patricio, ante todo, era pagano; lo cual en pleno siglo IV, á raíz del Concilio de Nicea, y cuando brillaban los Atanasios, los Pablos y los Antonios, indicaba bien claramente, ó una deplorable indiferencia respecto á las cuestiones más importantes de la vida, ó una extraña ceguedad, causada tal vez por secretas pasiones. Efectivamente, de todo había en el alma de Patricio: su indiferentismo religioso era tal, que dieciocho años de unión con una santa apenas lograron conmoverle, y le eran tan indiferentes el vicio y la virtud, que por satisfacer la soberbia, expuso mil veces su hijo al peligro de corromperse; uniendo á todo esto un carácter tan violento, que difícilmente podríamos formar hoy una idea aproximada. Veíanse todos los días en el rostro de las jóvenes casadas, parientas ó amigas de Santa Mónica, marcas de los brutales tratamientos de sus maridos, y apenas esto llamaba la atención: tan acostumbrada estaba á proceder indignos aquella bárbara sociedad africana, que el Cristianismo no había podido aún transformar (1); y sin embargo, todos temblaron al saber que Mónica iba á casarse con Patricio, porque tenía reputación de más violento y brutal que ningún otro.

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. IX.

Pero había más: aun para ser marido digno de Mónica, y para hacerla feliz y ser él dichoso, érale necesario conocer ese santo amor que llenaba su corazón; esa reserva, esa modestia, esa delicadeza, ese respeto mutuo y todas las excelencias, en fin, que constituyen el honor, el encanto y la santidad del matrimonio. Mas ¡ay! esto era imposible; porque Patricio había llevado hasta entonces una vida deshonorada por vergonzosas debilidades, en que le veremos reincidir casi al día siguiente de sus bodas. Y por si esto no bastara para poner de manifiesto tan triste situación, diremos que mientras Mónica no había cumplido veintidós años, Patricio contaba más del doble; y habremos de convenir, por consiguiente, en que esta diferencia de edades, á la vez que de espíritu, de corazón, de carácter, de gustos y, sobre todo, de principios, no dejaban lugar á esos sueños de felicidad tan propios en tales casos; antes bien todo presagiaba inevitables tristezas, grandísima soledad de espíritu y corazón, y como consecuencia, muchos peligros, y acaso muchas faltas, al menos que, para sobre llevar noblemente estas tristezas, evitar estas faltas, y acaso, ¿quién sabe? para transfigurar y disipar estas sombras, nuestra joven desposada supiese elevarse á la virtud más heroica. Al consignar y reflexionar sobre estos hechos, preguntámo-

nos instintivamente, cómo los padres de Santa Mónica pudieron decidirse á aceptar un enlace semejante; porque al fin, la vida tiene cargas bastante pesadas, sin que voluntariamente se aumenten, y la naturaleza humana es de suyo demasiado frágil para llegar hasta el heroísmo. Por otra parte, ya que eran cristianos y hasta piadosos, ¿ignoraban acaso lo que es el matrimonio? ¿cuán penosa es su cadena, cuando une á dos seres que no han sido hechos el uno para el otro? y por último, ¿que el asociar una joven piadosa con un libertino é indiferente, es coronarla de rosas punzantes, y condenarla, joven todavía, á martirio sin fin? Los antiguos usaban uno muy parecido á éste: ataban el hombre vivo á un cadáver y los encerraban así unidos.

Si los padres de nuestra Santa hubiesen pensado en estas cosas que la fe, y á falta de ésta, la razón, la experiencia ó por lo menos el corazón debieran enseñarles, se habrían estremecido y, tal vez, retrocedido en su empeño; pero no hay circunstancias, en que los padres, aun los más cristianos, se dejen cegar y deslumbar tanto, como cuando tratan de casar á sus hijos. Patricio era pagano, indiferente y sin principios religiosos; pero Mónica le convertiría... Era violento y colérico; pero tenía buen corazón... En su proceder era ligero, pero la juventud y el fue-

go de las pasiones habían pasado; y como por otra parte descendía de buena prosapia y de una antigua familia, mostrándose leal, probo y honrado, ¿qué más se necesitaba? He aquí cómo se decide un matrimonio, ó mejor dicho, cómo se condena la más digna joven á una vida de lágrimas, tanto más dolorosa, cuanto que se verá precisada á verterlas en secreto.

Respecto á Mónica, posible es que ignorase muchas de estas cosas, nada satisfactorias: creyó á su madre, descansó en el juicio de su padre, y, como la mayor parte de las jóvenes piadosas y buenas hijas, al unir su mano con la de Patricio, más que otra cosa realizó al pie del altar santo un acto de obediencia filial.

Sin embargo, afirman algunos autores, que Santa Mónica experimentó repugnancia á este matrimonio; que hizo á sus padres humildes y respetuosas observaciones (1); y que obligada á ceder, ya que Dios tenía dispuesto llegase por amarguissimas pruebas al honor de ser madre de San Agustín, se consoló pensando el bien que podría hacer á la pobre alma de su esposo; y ca-

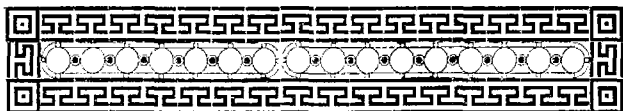
(1) «Monicam nobili viro, de numero curialium sed gentili, licet plurimum renitentem, parentibus tamen non obsistentem, in conjugem tradiderunt.» (*Breviario de los Canónigos Regulares de San Agustín, prim. Noc. lec. I.*)

sándose, se sacrificó heroicamente. No consta con certeza nada de esto, pero sí, que, después de haber orado mucho, y recibido en cambio, pues nunca se ora en vano, tesoros de fe y de generosidad, ignorando su suerte ó resignada con ella, compareció ante el altar con tal brillo de virtud, que enterneció á los presentes.

—« ¡Oh! exclama un antiguo escritor, al hablar de Santa Mónica. ¡Quién sería capaz de expresar cómo se presentó esta santa joven al pie del altar, para hacer los sagrados juramentos que iban á ligarla por toda su vida! ¡Qué santo pudor, qué belleza de alma aparecerían en su rostro! ¡Qué incomparable modestia!» Pero estas cosas no es posible decirlas sin haberlas presenciado (1).

(1) *Boll.*, 4 de Mayo.





CAPÍTULO II

INTERIOR DE UNA FAMILIA PAGANA.—DULZURA Y
PACIENCIA DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA,
HACIÉNDOLA TRES VECES MADRE.—PRINCIPIO DE LA
EDUCACIÓN DE AGUSTÍN

Años 355 al 369.



ADA más triste que los primeros meses de una unión inconveniente: cada día se desvanece un ensueño, y las ilusiones desaparecen como las hojas de los árboles en día de otoño. Se descubre la desigualdad y oposición de carácter, la diferencia en el modo de ver las cosas, y viene, por último, la dura realidad; y si la fe y el amor de Dios no nos ayudaran, caeríamos en la postración, nos dominaría el desaliento y desaparecería toda esperanza.

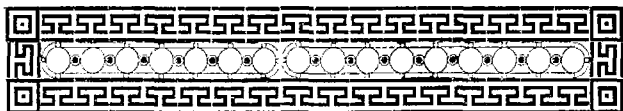
Santa Mónica, que hasta entonces había vivido en la paz de un hogar cristiano, no sospechaba, ni podía sospechar, lo que eran las interioridades de una familia que Dios no preside.

sándose, se sacrificó heroicamente. No consta con certeza nada de esto, pero sí, que, después de haber orado mucho, y recibido en cambio, pues nunca se ora en vano, tesoros de fe y de generosidad, ignorando su suerte ó resignada con ella, compareció ante el altar con tal brillo de virtud, que enterneció á los presentes.

—« ¡Oh! exclama un antiguo escritor, al hablar de Santa Mónica. ¡Quién sería capaz de expresar cómo se presentó esta santa joven al pie del altar, para hacer los sagrados juramentos que iban á ligarla por toda su vida! ¡Qué santo pudor, qué belleza de alma aparecerían en su rostro! ¡Qué incomparable modestia!» Pero estas cosas no es posible decirlas sin haberlas presenciado (1).

(1) *Boll.*, 4 de Mayo.





CAPÍTULO II

INTERIOR DE UNA FAMILIA PAGANA.—DULZURA Y
PACIENCIA DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA,
HACIÉNDOLA TRES VECES MADRE.—PRINCIPIO DE LA
EDUCACIÓN DE AGUSTÍN

Años 355 al 369.



ADA más triste que los primeros meses de una unión inconveniente: cada día se desvanece un ensueño, y las ilusiones desaparecen como las hojas de los árboles en día de otoño. Se descubre la desigualdad y oposición de carácter, la diferencia en el modo de ver las cosas, y viene, por último, la dura realidad; y si la fe y el amor de Dios no nos ayudaran, caeríamos en la postración, nos dominaría el desaliento y desaparecería toda esperanza.

Santa Mónica, que hasta entonces había vivido en la paz de un hogar cristiano, no sospechaba, ni podía sospechar, lo que eran las interioridades de una familia que Dios no preside.

y donde las pasiones desencadenadas convierten la vida en tempestad continua. Su madre política vivía aún, y como si todo se conjurara para hacer más penosa la posición de Mónica, las circunstancias iban á obligarla á vivir en su compañía. Pagana aquélla, como su hijo Patricio, semejábale también por su genio y carácter. Era mujer imperiosa, violenta á la par que astuta, y para que nada le faltase, era además celosa, como acostumbran las suegras. Los criados se mostraban dignos de tales amos: no pudiendo herirla de otro modo, motejaban á su joven señora; y bien pronto veremos que, para complacer á la suegra, calumniaban bajamente á la nuera. Si, aun contando ciertamente con el apoyo de su esposo amante, sería esta posición cruelísima para una joven de veintidós años, ¿cuánto más lo sería para Mónica, que diariamente descubría los mil abismos que la separaban de Patricio? Éste no comprendía la vida de su santa compañera. Sus oraciones le causaban hastío; sus limosnas le parecían excesivas, y juzgaba extravagancia el que su esposa visitara los pobres enfermos, y tratase con amor á los esclavos. A cada paso encontraba nuestra Santa en su camino las mil trabas, descritas por Tertuliano, que una mujer cristiana hallará siempre en la compañía del marido que no participa de su mis-

ma fe. ¿Cómo, decía este genio observador, podrá servir á Dios una mujer cristiana, teniendo á su lado un hombre que no le adora? Si debe asistir al templo, él la citará para el baño antes de la hora: si debe ayunar, dispondrá un festín para el mismo día; y si piensa salir de casa, los criados estarán muy ocupados. ¿Permitirá este marido que su mujer vaya de calle en calle, visitando las tristes moradas de sus pobres hermanos, que viven en la miseria? ¿Llevará á bien que se levante para asistir por la noche á las solemnidades de la Pascua? ¿Le tolerará acercarse á la mesa santa, que tanto desacreditan los paganos? ¿Encontrará plausible el que su mujer penetre en las prisiones para besar las cadenas de los mártires, y para lavar los pies á los Santos? ¿Si fuere necesario dar alguna cosa á los extranjeros y caminantes, el granero y la cueva estará cerrado! (1)

Ésta era la vida de Santa Mónica, ó mejor

(1) «Ut si statio facienda est, maritus de die condecet ad balneas. Si jejunia observanda sunt, maritus eadem die convivium exerceat. Si procedendum erit, nunquam magis familiæ occupatio adveniat. Quis denique in solemnibus Paschæ abnoctantem securus sustinebit? Quis in carcerem ad osculanda vincula martyris reptare patietur? aquam sanctorum pedibus offerre, etc.» (Tertuliano, *Ad uxorem*, lib. II, cap. IV.)

dicho, el martirio de cada día. Sin duda que se habría resignado á todo, si la pureza de su corazón no hallara en ello peligro alguno; pero ¡ay! continúa Tertuliano, ¿acaso la mujer cristiana dejará de ser estimulada por su marido pagano á complacencias paganas? ¿No exigirá de ella un primor, unos adornos, un cuidado de su cuerpo y un género de amor que Dios no aprueba (1)?

Mónica experimentó estas cosas desde los primeros días, y, aunque joven aún y sobremanera inocente, conoció al instante, no sin admiración, cuántas debilidades se albergan en el alma del hombre, no tocado todavía por la gracia de Jesucristo. Pero esta perspectiva no debilitó sus fuerzas: lejos de abatirse, como suelen por lo común tantas cristianas, y en lugar de alejarse del techo conyugal, como acababa de hacerlo Fabiola (noble romana, casada con un pagano harto parecido á Patricio), levantando su corazón á regiones más elevadas, comprendió que Dios no le había enviado aquella pobre alma para que la abandonase, sino que al contrario se la había confiado para que procurase su curación, la convirtiera y la iluminara. ¿Para qué, en efecto, el matrimonio con su dignidad, sus gracias y sus estrechos lazos, sino es para la iluminación re-

(1) Tertuliano. *Ad uxorem*, lib. II, cap. IV.

cíproca de las almas de ambos esposos? ¿Para qué el amor natural cuando Dios le da, y el sobrenatural que debe perfeccionar y transformar el primero, sino para que sirva de luz? Sí. ¿Para que quien vive en la luz, ilustre al que está en tinieblas! ¿Para que el fuerte ayude, como dice el Apóstol, al que está enfermo en la fe! ¿Para que el muerto sea resucitado por el que tiene vida! Y si para llenar estos deberes, fuera preciso sufrir, padecer, verter lágrimas y dar hasta su sangre, ¡oh! ¡qué bello martirio para el alma cristiana que sepa sufrirle generosamente!

San Agustín, que nos revela este gran pensamiento de su madre, le expresa de modo inmejorable, exponiendo á la vez clarísimamente el método de que ella se sirvió, para triunfar en tan difícil empresa. «Educada, dice el Santo, con »lecciones de modestia y discreción, y sumisa á »Dios y á los padres; desde el momento que contraí »matrimonio, obedeció y respetó siempre á »su esposo; y como deseaba ardientemente »quístároslo ¡oh Dios mío! procuraba mucho que »en sus propias costumbres tuviese una revelación tan sensible, que le aproximara á Vos (1).»

(1) «Sategit eum lucrari tibi, loquens de te illi moribus suis, quibus eam pulchram faciebas et reverenter amabilem atque mirabilem viro.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

Es decir, que, lejos de valerse de la palabra, de la discusión y de las reconvenciones, para ganar el corazón de su marido y hacer que viniese á Dios; en lugar de predicar la virtud, empezó por practicarla ella misma. Procuraba ser amable, humilde, paciente y consagrada en absoluto á su esposo; segura de que si, en lugar de mostrarle siempre la verdad en sus labios, lo cual no es difícil, conseguía ponérsela de manifiesto con el ejemplo de su vida, llegaría un momento en que Patricio no podría resistirse á ella, y cambiaría por completo ante una luz tan suave, tan discreta y tan verdadera. Pero como, para realizar esta manifestación de la verdad por la virtud, se necesitaba algún tiempo y no poco heroísmo, Mónica buscaba lo uno y lo otro; y aun cuando conocía las debilidades y mala correspondencia de su marido, nunca le decía una sola palabra áspera y desabrida, y todo lo sufría en silencio (1). Mónica lloraba en ausencia de su esposo, pero como sabía que era locura exigir de quien no ama á Dios, que ame con fidelidad á las criaturas, contentábase con pedir para su dé-

(1) «Ita autem toleravit cubilis injurias, ut nullam de hac re cum marito haberet unquam simultatem.»
(*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

bil marido la ferviente fe y el amor divino, únicos medios de hacer castos á los hombres (1).

Cuando Patricio se dejaba dominar de su carácter soberbio, Mónica guardaba el mismo silencio, mostrando siempre dulzura, humildad, discreción y verdadero amor; porque, á la verdad, ¿qué puede decirse á un hombre que no sabe dominarse? Aguardaba á que pasara el furor, y cuando Patricio había recobrado la razón, aprovechando esos momentos de ternura en que los hombres violentos, pero afectuosos, procuran olviden sus excesos los que de ellos fueron víctimas, con gran confianza, especial delicadeza y á solas con él, entraba en explicaciones, y aun le hacía alguna reconvención llena de ternura, que casi siempre era bien recibida (2).

Esta misma destreza y el gran secreto del silencio y de la abnegación, aconsejaba Mónica á todas sus amigas. Cuando veía á éstas con el rostro acardenalado, y ultrajadas por las violencias de sus jóvenes esposos, al quejarse amarga-

(1) «Expectabat enim misericordiam tuam super eum, ut in te credens castificaretur.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

(2) «Noverat hæc non resistere irato viro, non tantum facto sed ne verbo quidem. Jam vero refracto et quieto, cum opportunum videret, rationem facti sui reddebat.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

mente, «en tales casos, les decía con particular agrado, procurad contener vuestra lengua, es decir, guardad silencio».

Y á la verdad que en esto tenía razón, pues, á pesar de ser su marido más violento que ningún otro, jamás se permitió castigarla; llegó sí á amenazarla alguna vez en sus excesos de cólera, pero nunca pasó de aquí; porque Mónica supo contenerle siempre con la dulzura de sus miradas (1). Y no solamente contenerle, lo cual era en Thagaste motivo de admiración para cuantos habían conocido á Patricio antes de sus bodas, sino que, continuando este método con la paciencia y fidelidad que se había propuesto, llegó insensiblemente á adquirir ante su marido una belleza especial y desconocida. Cayendo suavemente, pero de continuo, sobre el alma de Patricio esta dulzura, esta delicadeza y mil pruebas de su adhesión y sacrificio; llegaron, sin que apenas él se apercibiera, á abrir en su alma un surco cuya profundidad no pudo conocer hasta más tarde. Su amor, porque en medio de las violencias y debilidades él amaba á Mónica, se

(1) «Cumque mirarentur illæ, scientes quam ferocem conjugem sustineret, numquam fuisse auditum, aut aliquo indicio claruisse, quod Patricius ceciderit uxorem.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

transformó insensiblemente, ganando en elevación y nobleza, y apareciendo mezclado con un respeto de que jamás Patricio había tenido idea. «Mónica le parecía cada vez más bella, dice San Agustín, y esta belleza, que provenía de su virtud, empezaba á granjearla el amor respetuoso, y hasta la admiración de su marido (1).»

En medio de tales penas, y de aun bien vagas y lejanas esperanzas, queriendo Dios consolar á Mónica, unirla más y más á Patricio, no obstante las infidelidades de éste, y hacerla también más soportable y hasta querido el hogar donde tanto había de sufrir, permitióle gustar por vez primera la mayor felicidad que acaso haya en la tierra, después de consagrarse á Dios. Mónica fué madre, y cuando estaba aún en la flor de su vida, vió pender de su cuello tres hermosos niños, que empezaron á hacer menos amargas sus lágrimas.

El primero que recibió de las manos del Señor, fué este hijo, para siempre célebre, llamado Agustín: dióle al mundo á la edad de veintidós años, el 13 de Noviembre del 354. Cuéntase que, durante su embarazo, tuvo revelación de las maravillas que obraría su hijo algún día, si sabía

(1) «Pulchram et reverenter amabilem atque mirabilem viro.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

criarle para Dios; y preciso es convenir en que, leyendo con detenimiento las *Confesiones*, parece confirmada la idea de un presentimiento misterioso: á no ser que la vehemencia del dolor y las fervorosas oraciones de Santa Mónica durante los extravíos del hijo, la firmeza de su esperanza y más aún la seguridad que parece haber tenido siempre de la conversión de Agustín, proviniesen de su gran fe en Dios y de su extraordinario amor al hijo; cosa á que yo me inclino de buen grado, y supuesta la cual se haría más interesante y admirable nuestra Santa.

El segundo hijo de Mónica se llamó Navigio, dulce y piadoso niño á quien no agitaron las tempestades que á su hermano, ni sufrió sus pesares ni tuvo sus arranques sublimes; pero que, sin elevarse á tanta altura como él en la virtud, dejó en la Iglesia una memoria que, aun envuelta en el misterio, no carece de belleza. Navigio era instruido, pero tímido, silencioso y enfermizo; uno de esos seres sensibles que pasan su vida, más ocupados en otros que en sí mismos. Le veremos aparecer en esta historia dos ó tres veces, siempre al lado de Santa Mónica, á quien puede decirse no abandonó jamás; y de la que fué siempre, pero con especialidad durante los extravíos de su hermano Agustín, consolador afectuoso, fiel y constante guardián. Según se cree,

el joven Patricio, sobrino de San Agustín y subdiácono de Hipona (1), era hijo suyo, é igualmente otras sobrinas del Santo Doctor que, muy jóvenes todavía, tomaron el velo de esposas de Jesueristo (2). Por esta parte, al menos, resulta que Santa Mónica tuvo poco que sufrir, y que experimentó grandes consuelos.

No fueron Agustín y Navigio los únicos hijos que Mónica «concibió en su seno para la vida temporal, y en su corazón para la vida eterna» (3), según la magnífica expresión del primero. Tuvo también una hija á quien, se cree, dió el nombre de Perpetua, la célebre mártir de Cartago, y hoy Santa muy popular en África. Desgraciadamente esta niña, que ocupaba el tercer lugar entre los hijos de Mónica, pasó más desapercibida aún que su hermano Navigio; y difícilmente podrá hallarse rasgo alguno de su fisonomía. Piadosa como su madre, llegó á contraer matrimonio; pero quedando bien pronto viuda, y al parecer sin hijos, vivió al lado de su hermano Agustín hasta el día de la ordenación; ya que, según Posidio, á partir de este momen-

1) Sermón 336.

2) Posidius, XXVI.

3) «Que me parturivit, et carne ut in hanc temporalem, et corde ut in æternam lucem nascerer.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XIII.)

to, no permitió que mujer alguna habitara en su casa, inclusa la misma hermana. Entonces se consagró ésta á Dios abrazando la vida religiosa, en la que llegó á ser Superiora de uno de los monasterios fundados por San Agustín; y fué tal el perfume de virtud que desde la cuna á la tumba exhaló su vida, que el gran Doctor le da constantemente el nombre de Santa (1). Tanto á Perpetua como á Navigio se tributa culto en Roma, y así como en otros muchos lugares de la cristiandad, que les han erigido altares.

Tal es el aspecto que ofrece la familia de Santa Mónica. Era pagano el padre, la madre de éste, los criados, las criadas, y todos parecían conspirar á que fuese imposible la educación cristiana; no obstante, los tres hijos de Santa Mónica subieron á los altares, como si por este medio se hubiese propuesto Dios patentizar el poder de una madre cristiana, aun cuando se encuentre sola para educar á sus hijos; y ¡cuánta es la felicidad de éstos al ser concebidos en un corazón do habita el amor de Dios, y en que se albergan todas las virtudes!

Mónica, ya que no dichosa, habría tenido al menos algún consuelo recibiendo de Dios familia, si un dolor más amargo que cuantos hasta

(1) *Cartas de San Agustín*, carta XXIV.

entonces conociera, no hubiese venido á acibarar sus alegrías y á emponzoñar su existencia. Patricio se dejaba dominar cada vez más de sus vergonzosas debilidades: ni la hermosura del espíritu y corazón de su santa esposa, ni el grande y tierno amor que ésta le profesaba, ni el nacimiento sucesivo de sus tres hijos, habían sido bastante á encadenar esta alma ligera; y no obstante las lágrimas y ruegos de Mónica, Patricio empezaba á alardear de sus desórdenes. ¿Cómo pintar lo que en semejantes casos sufre una mujer cristiana, una esposa, y una madre? Sufre el martirio del alma, de que habla San Ambrosio. el cual, aunque se realiza en el secreto del hogar doméstico, no es por eso menos espantoso, ni menos desgarrador que cualquier otro martirio (1).

Pero nada pudo separar á nuestra Santa de la línea de conducta que se había trazado á sí misma. Abandonada en la flor de su edad, y vendida por el padre de sus hijos, Mónica, que podría tener entonces veintisiete años escasos, y que después de cuatro ó cinco de matrimonio, veía desvanecerse las esperanzas en que se meciera desde los primeros días de sus bodas, lejos de abatirse, redobla, por decirlo así, su fervor y su

(1) «Sunt quedam, inter domesticos parietes, secreta martyria.» *Obras de San Ambrosio*, t. II, pág. 497.)

confianza en Dios; y sin cambiar nada sus hábitos de silencio, de discreción, de dulce y paciente espera respecto á su marido, antes bien perfeccionándolos, se consagró por completo al cuidado de la familia. Todas las madres aman á sus hijos, pero, ¿quién podrá expresar cómo los aman las que no encuentran en el estado del matrimonio sino abandono y dolor? Y si el siglo, en que Dios las hace madres y á la vez desgraciadas, es un siglo pervertido; si, al dar al mundo sus hijos, comprenden que van á colocarlos en un terreno insano y corruptor, tanto más perjudicial á su inocencia cuanto que no han de hallar en el padre la necesaria protección, ¿quién podrá pintar su temor é inquieta vigilancia? Tal es el espectáculo que vamos á presenciar en el curso de esta historia; y que sería mucho más bello é interesante, si un espeso velo no ocultara la juventud de los hermanos Navigio y Perpetua. Dejemos pues, aunque con pena, á estos dos hijos de nuestra Santa, y concentremos toda nuestra atención sobre la cuna y la infancia de Agustín.

¿Será preciso decir que, para emprender la gran obra de la educación de su hijo, no aguardó Mónica á que pudiese hablar? Ni aun esperó á que viniese al mundo, pues á la primera sospecha de la felicidad que Dios le había concedido, se recogió en sí misma; y como por los libros santos,

que desde esta época no abandonó jamás, aprendiera que durante los nueve meses, en que su hijo y ella iban á vivir una misma vida, podía ya santificarle, y, por decirlo así, bautizarle en el amor de Dios; redobló su vigilancia, su piedad y pureza de corazón, á fin de que aquella alma, que debía modelarse por la suya, no recibiese sino impresiones santas. Inquieta también, no sin razón, por la responsabilidad que acababa de contraer, levantó sus ojos al cielo; y temiendo carecer de la suficiente luz y del amor necesario para tamaña empresa, ofreció á Dios su hijo con todo el ardor de que era capaz. «Santa Mónica, dice San Francisco de Sales, estando en »cinta del gran San Agustín, le dedicó muchas »veces al servicio de la religión cristiana y de »la gloria de Dios, atestiguando él mismo *que »en el seno de su madre había empezado á sentir el gusto de la sal de Dios* (1).»

Esta expresión tan interesante: *«ab utero matris mece: desde el seno de mi madre»*, se encuentra muy repetida en las páginas de las *Confesiones*. Si Agustín ha aprendido á amar á Jesucristo; si lleva en sí esos como filamentos, que vibran siempre por Dios y la verdad; si aun en

(1) *Introducción á la vida devota*, parte 3.^a, capítulo XXXVIII.

medio de sus extravíos, ha conservado esas chispas de honor que jamás llegaron á extinguirse; si es natural en su corazón el horror á lo que degrada y envilece, así como á las cosas fugaces; todo esto, no cesa de repetir que lo adquirió ya desde el seno de su madre: *ab utero matris mee*; como si al expresarse de este modo quisiera enseñarnos cuánta había sido en esos nueve meses la hermosura, la elevación, la grandeza y la santidad de los pensamientos que ocuparon á aquella que le dió el ser.

Apenas hubo nacido, hizo Mónica le condujesen al templo; y como en aquella época no se acostumbraba á bautizar á los niños inmediatamente, según se ve por la historia de Constantino, de Teodosio, de San Ambrosio, de San Martín, de Santa Eusebia y otras muchas, quiso que, al menos, fuese inscrito en el número de los catecúmenos, es decir, en el de los que aspiraban al santo bautismo; é ínterin Jesucristo tomaba completa posesión de esta alma que, después de mancharse momentáneamente, había de tornar á ser tan hermosa, grabóse la cruz sobre su frente, y la sal, símbolo de la fe, se depositó en sus labios, que tan sublimes intérpretes de la misma habían de ser algún día (1).

1) *Confes.*, lib. I, cap. IX.—*De la utilidad de creer* cap. I.

No era de temer que una madre, en quien concurrían tan relevantes cualidades, quisiese alimentar á su hijo de una leche, que no fuera suya. Habría temido que cierta influencia extraña, mundana y acaso culpable, viniese á contrariar la empresa que ella emprendía, conociendo todas sus dificultades; y para evitar este peligro, se encargó animosa de hacer gustar á su hijo, lo que él llama con belleza inimitable «las delicias de la leche maternal» (1). Con esta leche hizo beber á su hijo el nombre y el amor de Jesucristo; y así como en el seno de su madre había recibido ya una profunda impresión de fe, tuvo ahora la felicidad de recibir también de la misma con las caricias que le prodigaba sobre la cuna, una nueva impresión no menos misteriosa, pero ciertamente más profunda que la primera. ¡Felices los hijos que, naciendo de este modo para la vida celestial á la vez que para la terrestre, al despertar en este mundo, leen en los ojos de su madre la fe, la pureza, el honor y la virtud que deben comunicarles!

Esta felicidad de su infancia nos la describe San Agustín de una manera que encanta. «¿De dónde he venido yo, oh Dios mío, á esta vida,

(1) «*Consolationes lactis humani.*» (*Confes.*, lib. I, cap. VI.)

«que no sé si la llame vida mortal ó muerte vital?
«Lo ignoro. Lo que sé, según me enseñaron mis
«padres, es que, al entraren en ella, fui recibido en
«brazos de vuestra ternura, y que en vuestro co-
«razón he reposado un instante.» Después de tan
delicadas palabras, continúa diciendo: «Recibí en
«seguida una segunda gracia, que fué gustar la
«dulzura de la leche de mi madre. Bendito seáis.
«Dios mío, por este beneficio; porque no era mi
«madre la que por sí llenaba sus pechos, erais
«Vos quien, por su mediación me alimentabais.
«Vos me hacíais desearla á medida que la nece-
«sitaba, y Vos también inclinabais á mi madre
«para que satisficiera mi deseo. El amor la in-
«ducía á comunicarme sin medida, lo que á la
«vez recibía de Vos también sin medida; y por
«una ley admirable, al hacerme á mí dichoso.
«ella lo era también... Y en esta leche, que yo
«bebía con tanta delicia, mi corazón, todavía
«más dichoso, bebía amorosamente el nombre de
«Jesucristo... Esto es lo que yo he sabido des-
«pués; porque entonces, ¿qué sabía yo? Gustar
«la leche, saborear el placer, llorar cuando sufría
«y nada más (1).»

Por delicados y penosos que fuesen estos cui-
dados de Santa Mónica para con su hijo, no eran

(1) *Confes.*, lib. I, cap. VI; lib. III, cap. IV.

sino el preludio de la grande obra que, á su juicio, la encargaba Dios. Lo primero y más urgente era formar la conciencia de Agustín; pues muy pronto iba á sonar la hora en que, desde la vigilancia esmerada de su madre, debía pasar á ver los ejemplos lamentables de su padre, y en que desde el corazón y seno de Mónica había de caer en una sociedad hondamente corrompida y hábilmente corruptora: la cual, seguramente, no atravesaría sano y salvo, de no tener su alma muy empapada en la virtud.

Para lograr esto, ponía Mónica sin cesar á la vista de su hijo los grandes principios de la fe, y las vivas y puras luces del Evangelio (1); pero muy especialmente, como tesoro que había recibido de sus padres, procuraba transmitirle el desprecio hacia las cosas terrenas, y el desapego de todo lo finito, limitado y perecedero. Mostrábale sin cesar el cielo, y se aplicaba con esmero á abrir en su corazón un abismo tan profundo, que nada terreno pudiera llenar. Sabido es que esta madre llegó á conseguir sus deseos. Ese espíritu tan delicado que de todo se desencanta; esas inquietudes tan profundas y tan melancólicas que, aun humanamente hablando, forman la interesante hermosura del alma de Agustín; y esos gritos sublimes: «Vos nos habéis hecho para Vos, oh Dios

(1) *Confes.*, lib. I, cap. XI.

«mío, y nuestro corazón vivirá siempre agitado, «hasta que en Vos descanse», todo esto, absolutamente todo, lo recibió San Agustín de los labios de su madre en las primeras instrucciones.

A esta enseñanza que, repetida continuamente, debía penetrar hasta lo más hondo del corazón, Mónica añadió otra, que tendía á infundir en su hijo sensibilidad y ternura. Hablábale sin cesar del amor de Dios, del pesebre en que había nacido, haciéndose pobre y esclavo por nosotros, y de la cruz adonde había subido, y desde la que ensangrentado, nos dió la medida de su amor (1). ¡Imagínese tal enseñanza, cayendo de los labios conmovidos de una Santa en corazón tan tierno y tan amante como el de Agustín! La impresión fué tan profunda, que jamás, ni aun en medio de los errores y pasiones de la juventud, pudo Agustín olvidar la radiante y amable figura de nuestro Señor Jesucristo, «que descendió «y se humilló hasta nuestro orgullo»: bastaba, como vamos á verlo, que no hallase en un libro el nombre de Jesucristo, para que, por bueno que fuese, lo rechazara con disgusto (2).

(1) «Audieram enim ego adhuc puer de vita æterna nobis promissa per humilitatem Domini Dei nostri descendantis ad superbiam nostram.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.) He aquí la punta de las primeras enseñanzas de Santa Mónica á su hijo.

(2) *Confes.*, lib. III, cap. V.

Al mismo tiempo que hacia esto, esforzabase Mónica en inspirar á su hijo horror al mal, y aborrecimiento de todo cuanto mancha el corazón y le degrada; dando de esta manera la última mano á su obra. Con esa abnegación maternal, que no teme humillarse para preservar del pecado á los hijos, le confesaba hasta sus propias faltas. Contábase minuciosamente lo que ya sabemos: el peligro que había corrido, siendo niña, en la despensa de sus padres; la copa que aplicaba á sus labios, al bajar en busca del vino para la mesa; las reconvenciones de la criada, el duro epíteto con que la echó en cara su falta, y en fin, toda esta humillante historia con los más insignificantes detalles; contemplándose dichosa, si por este medio acababa de formar la conciencia de su hijo, y le inspiraba temor de los menores peligros, y horror á la más ligeras faltas.

Hablando así con él, teniéndole sobre sus rodillas y ocupándose alternativamente, según la ocasión, de la vanidad de las cosas de la tierra, del amor infinito de Dios, de la fealdad del vicio y del horror al mal, Mónica fué poco á poco formando el alma de Agustín; dióle, por decirlo así, una conciencia, de la que jamás pudo desembarazarse (y que, aunque en vano, ensayó extinguir, para tener al menos algún sosiego ya que no hallaba la felicidad); conciencia que le siguió

por todas partes; que llevó siempre adherida á sí, como el ciervo la sangrienta flecha que le ha herido, y que le torturó sin cesar hasta el día en que, arrepentido y vencido, se volvió hacia el Dios de su cuna y de su madre, pidiéndole la paz, el honor, la dignidad del alma, la pureza y la alegría que ardientemente deseaba y que tanto echaba de menos.

Un rasgo que se ha conservado de la primera infancia de Agustín, demuestra cuán hondamente se imprimió en el alma del buen niño la fe, no obstante la incredulidad de su padre; al mismo tiempo que pone de manifiesto, cuán difícil y delicada era la posición de Santa Mónica, á pesar de su tacto y su prudencia.

Necesitamos citar algunas páginas de las *Confesiones*, que contienen un cuadro pequeño, pero bien acabado: «Era niño todavía, dice San Agustín, cuando cierto día fui repentinamente acometido de un dolor de estómago tal, que se me creyó próximo á la muerte. Yo me ahogaba, y se desesperaba de mi vida; pero en este estado, Vos sabéis, Dios mío, Vos que erais ya mi guardián, con qué energía y con qué fe tan ardiente, pedía se me administrase el bautismo de Jesucristo vuestro Hijo, mi Señor y mi Dios. Le pedía á mi madre, le pedía á la Iglesia, que también es mi madre, é instaba

»para que se apresurase el acto (1).» He aquí un niño que moribundo, de siete ú ocho años lo más, y víctima de horribles sufrimientos, sólo pensaba en Dios, en su alma y en la eternidad.

Pero la madre es quizá más admirable. «Mi madre, dice San Agustín, quedó desconcertada y conmovida, hasta en el fondo de sus entrañas.» ¿Y por qué? ¿Acaso por el temor de ver morir á su hijo? Sin duda, pues era madre; «pero Vos sabéis, oh Dios mío, continúa el Santo, que el anhelo y desco, que tuvo de llevarme al cielo, fueron mucho mayores que la satisfacción que recibió, al darme á luz y venir yo al mundo. Su casto corazón tenía prisa por comunicarme segunda vida, procurándome la eterna por medio del bautismo. No encontraba sosiego en ningún lado, corría inquieta de una parte á otra, pidiendo á grandes gritos el bautismo para mí, á fin de que fuese purificado é hiciese profesión de creer en Vos, oh mi Jesús, que sois mi Salvador (2).»

(1) «Cum adhuc puer essem, et quodam die pressu stomachi repente æstuarem pene moriturus, vidisti, Deus meus, quoniam custos meus jam eras, quo motu animi et qua fide baptismum Christi tui, Dei et Domini mei, flagitavi a pietate matris meæ, et matris omnium nostrum, Ecclesiæ tuæ.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

(2) «Et conturbata mater carnis meæ, quoniam et

En presencia de tan vivo y hermoso arranque de fe, por parte del hijo y de la madre, ocurre una cosa que causa admiración; y es lo que dice el mismo San Agustín: «Los sofocos desaparecieron, el mal cesó repentinamente, y no se pensó más en darme el bautismo», que no recibió en efecto, sino pasados veinte años largos. Pero mayor y más justa sería la admiración de semejante conducta, si á través de las delicadas y discretas reticencias de San Agustín que evita nombrar á su padre, no se viese la mano de Patricio; quien, mientras su hijo estuvo en peligro, de nada se había ocupado, en tanto que Santa Mónica sufría y obraba. Tenía en efecto gran indiferencia religiosa, pero al mismo tiempo era suficientemente honrado y generoso, para contrariar al borde del sepulcro la conciencia de su hijo, y para herir el corazón de Mónica; añadiendo al amargo dolor de perder su Agustín, el mil veces más amargo de ver expuesta la eterna salvación de su alma. Pero tan luego como cesó el peligro, reaparecieron el indiferente y el pagano, y Patricio significó su voluntad de que se aplazase el bautismo para más adelante (1).

sempiternam salutem meam charius parturiebat corde casto in fide tua, jam curaret festinabunda, ut Sacramentis salutaribus iniciarer et abluerer; te Domine Jesu, confitens.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

(1) «Nimio dolore stomachi vexatus est, hortante

Mónica no insistió, sabiendo que con Patri-
cio era excusado oponerse; y pues la Iglesia to-
leraba esta costumbre, y por otra parte no la era
posible seguir distinto camino, resignóse silen-
ciosa á las disposiciones de su marido. Ni hay que
extrañar tal resignación: el estado tristísimo de
la nueva sociedad en que Agustín iba á entrar,
el de las escuelas á que necesariamente debía
asistir; los libros, los teatros y los juegos, de
que sería imposible alejar su corazón y su espi-
ritu, contribuyeron no poco á que Mónica abra-
zase valerosamente una determinación, repug-
nante por demás á sus principios. La sociedad
estaba tan profundamente corrompida, que, á no
huir de ella para sepultarse en un desierto renun-
ciando á toda instrucción, como había hecho San
Antonio, era casi imposible que un joven no su-
cumbiese; y si, como dice San Pablo en una de
sus cartas, es cierto que después del bautismo las
faltas son más graves, las caídas más profundas y
las manchas más difíciles de borrar, entonces, ¿á

beata matre ut baptizaretur, sed, renuente patre, bap-
tismus dilatus est.» (*Breviarium secundum ritum almæ
Ecclesiæ Arosiensis, in festo Sancti Augustini, ad matut.,
secunda lectio.*) Un tomo en 12.^o, sin fecha, caracteres
góticos, aprobado en 1504.

Por todas partes se encuentran noticias de esta tra-
dición.

qué apresurarse á administrar el bautismo? ¿Por qué no reservar su gracia poderosa para el día en que Agustín, caso de extraviarse un momento, volviera al camino de la fe y de la virtud? «Hé aquí, dice San Agustín, cómo mi madre vislumbra y presentía las tentaciones, las agitaciones y tormentas, á que yo, casi por necesidad, estaba reservado: consolándose con la idea de que, en lugar de exponer la imagen de Jesucristo á tantos peligros, expondría sólo una tierra informe, sobre la cual grabaría más adelante su divina imagen (1).»

Pero al resignarse Mónica á seguir este peligroso camino, impuesto por la voluntad de su marido, comprendió también que contraía una obligación más estrecha de velar sobre el alma de su hijo; y advertida por el peligro que acababa de correr, aunque á la vez regocijada y fortalecida con la llama de fe que brillara en Agustín, resolvió no perderle de vista un momento; y renunciando más y más á los placeres mundanos, se constituyó su ángel custodio y su Providencia visible.

Pero no se limitó su acción á esto: para que

(1) «Quot et quanti fluctus impendere tentationum post pueritiam videbantur, noverat eos jam illa mater, et terram potius unde postea formarer, quam ipsam jam effigiem committere volebat.» (*Confes.*, lib. I, capítulo IX.)

nada viniese á contrariarla en su importante tarea, Santa Mónica se aplicó con más celo que nunca á tener con su marido, suegra, parientes y hasta con sus criados, ese trato dulce y sufrido de que hemos hablado ya, ayudada del cual pensaba desarmarlos á todos, y acaso, ¿quién sabe? hacerles un día auxiliares de su grande obra.

La suegra, mujer altiva é imperiosa, cuya mala voluntad contra Mónica se había agriado, por las falsedades que de ésta le contaban sus esclavas, fué la primera á quien consiguió dulcificar. Mónica la desarmaba á fuerza de consideración y de respeto, y sus preocupaciones fueron desapareciendo poco á poco. «Reconoció, dice »San Agustín, que eran verdaderas calumnias, y »ella misma, sin saberlo Mónica, fué á denunciar ante Patricio la perversidad de aquellas malas lenguas, que turbaban la paz doméstica. »Éste, nada aficionado á burlas, hizo azotar á las »esclavas, y después del castigo, la suegra misma declaró terminantemente que en adelante, »quien pensando agradarla, viniese con parecidas »relaciones de su nuera, debía prometerse parecida ó idéntica recompensa.» Desde entonces, ninguna esclava volvió á ocuparse en chismes ni en enredos, y Santa Mónica comenzó á vivir en buena armonía con la suegra; disfrutando las

dulzuras de un afecto, que no debía ya desaparecer (1).

Como las esclavas habían enmudecido obediendo al terror, Mónica aspiró á hacerlas callar por el amor; y en efecto ganó sus corazones viéndose servida de todas con cariñosa fidelidad.

No hubo un solo pariente ni vecino de Santa Mónica, que dejara de sentir su amable ascendiente. «Vuestra fiel esclava, cuyo seno, gracias á Vos, Señor, me dió la vida, dice San Agustín, había recibido también de Vos un don precioso: nunca intervenía en las diferencias ó disputas de sus convecinos, sin que los pusiera en paz (2).» De esta manera llegó poco á poco á ser la confidente de toda la vecindad, que venía á exponerla sus cuitas. Si alguno, presa aún de la ira, se permitía en su presencia esas palabras violentas que suelen escaparse, le escuchaba con mucha benevolencia y procuraba apaciguarle, reconviniéndole á la vez su acaloramiento con tal comedimiento y dulzura que nadie como ella sabía emplear. Su gran ciencia consistía en el silencio; cuanto se le confiaba, caía en su alma como en un profundo pozo de donde nada vuelve á salir. Si de vez en cuando refería algunas

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. IX.

(2) *Confes.*, lib. IX, cap. IX.

cosas oídas en conversación, era únicamente para calmar un resentimiento ó cicatrizar alguna llaga. «Yo, continúa San Agustín, alabo aquí á »mi madre, por una virtud que me parecería in- »significante, si una triste experiencia no ense- »ñase, cuán grande es el número de los que, no »contentos con referir al hombre irritado lo que »han oído decir á su enemigo, se complacen en »añadir alguna cosa para atizar el fuego; suce- »diendo por otra parte, que sirve de poco el abs- »tenerse de los relatos que agrian y exasperan »los ánimos, si á la vez no se procura extinguir »con buenas palabras el odio y la mala volun- »tad.» «De este modo obraba mi madre, añade el Santo, porque Vos, oh Dios mío, se lo en- »señasteis allá en la secreta escuela de su cora- »zón (1).» Resumiendo: la paz brillaba á su rededor, y la casa semejaba á esos santuarios silenciosos, que comunican tranquilidad y encanto á cuantos van á depositar en ellos sus agitaciones y sus penas.

Pero si para con alguno desplegaba Mónica todas sus bellas cualidades, empleando los grandes recursos de su noble alma y las riquezas de su admirable método, era para con su marido. Patricio era pagano, y quería ganarle para Dios;

(1) *Confes.*, lib., IX, cap. IX.

era padre, y quería asociarle á su obra, sin que él llegara á sospecharlo, ó conseguir por lo menos que no la contrariase. San Agustín *nos describe*, de una manera que encanta, ese don y arte con que triunfaba de las especiales dificultades de su posición. «En aquella época, dice, yo creía, mi madre creía, y toda la casa creía con nosotros: sólo mi padre permanecía infiel (1).» Tal era el interior de esta familia en el siglo IV. ¡Ab! ¡También lo es el de muchas familias de nuestros días! Pero escuchemos las palabras que siguen. ¡Cuán bellas son y cuán verídicas, y de cuánto consuelo pueden llenar á ciertas almas! «Sin embargo, continúa San Agustín, mi padre nunca pudo quitar el ascendiente que mi madre ejercía sobre mi espíritu; y por más seductor que fuese el ejemplo que se me daba, jamás pudo conseguir que, como él, dejara yo de creer en Jesucristo. (2)» Esto sucederá siempre: entre un padre sin creencias y una madre que cree, el hijo no vacilará jamás y crecerá con su madre.

Mónica sabía que más tarde acaso no sería

(1) «Ita jam credebam, et illa (mater) et omnis domus, nisi pater solus.» (*Confes.*, lib. I, cap. IX.)

(2) «Qui tamen non evieit in me jus maternæ pietatis quominus in Christum crederem, sicut ille nondum crediderat.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

lo mismo, que vendrían las pasiones y se apoderarían de su hijo, con tanta más rapidez cuanto que tenía á la vista el ejemplo de su padre; y no ignorando tampoco, cuán á propósito son los primeros años de la juventud para formar el corazón de los hijos, no perdía un solo día. «Ella, »dice San Agustín, me enseñaba á poner á Dios »sobre todas las cosas, aun sobre mi mismo padre; á no escuchar más que á Él, y á amarle con »un amor superior á todos los amores (1).»

«Verdad es que mi madre guardaba á su »marido indecibles consideraciones y deferencias. »Alguna vez se veía obligada á contradecirle, y »aun á resistir en cosas de la fe; pero siempre y »en todo le servía con la mayor humildad y dulzura. Mejor que él, es decir, más avisada y más »virtuosa, humillábase siempre ante él, complaciéndose en llamarse su servidora» (2); y si algunas veces sufría haciendo estos sacrificios, encontraba grata recompensa en la libertad que obtenía, para ingerir á Jesucristo en el alma de su hijo. En esto empleaba todo el tiempo y trabajaba con todo el corazón, resumiéndose su

(1) «Illa (mater) satagebat ut tu mihi pater esses, Deus meus, potius quam ille.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

(2) «Et in hoc adjuvabas eam ut superaret virum, cui melior serviebat, quia et in hoc tibi utique id jubenti serviebat.» (*Confes.*, lib. I, cap. XI.)

vida, cada día más, en sólo dos palabras: Dios y su hijo. ¡Su hijo en la tierra y Dios en el cielo! ¡Cautivar al uno, contemplar al otro! ¡Amar á los dos! esto le bastaba. ¿Y qué más se necesita para consolarse en toda aflicción?

Pero, ¡ay de mí, cuán pronto disipa la inquietud estas santas alegrías, y cuán poco dura para una madre el tiempo que está el hijo junto á sí, y que gasta en instruirle! Apenas salía Agustín de la infancia, y ya era preciso pensar en que comenzase sus estudios: pero Santa Mónica, que temía se desfigurase su conciencia y corazón al querer dar forma á su cabeza, no se apresuraba á alejarle, y le confió á maestros residentes en Thagaste, que bajo su vigilancia maternal le fueran instruyendo en los primeros rudimentos de la ciencia.

Era de creer que un genio, tan distinguido y tan completo, brillaría apenas escuchase la voz del maestro; y que al menos en lo relativo al espíritu, no podría proporcionar á su madre más que satisfacciones; pero no fué así. Lo primero que se vió en él fué una pereza insuperable, y un desapego al estudio que no puede expresarse (1). Aprender á leer y á escribir, repetir sin cesar, uno y uno hacen dos, dos y dos son cuatro, era para

(1) *Confes.*, lib. I, cap. XII.

él no solamente insípido sino hasta odioso (1). No tenía menos repugnancia al estudio de la gramática, y, si se exceptúa la lengua latina que aprendió sin trabajo y como por juego entre las caricias, chistes y sonrisas de la niñez; y la lengua púnica que, por ser la de su madre y de su país, miraba con especial predilección, jamás pudo Agustín dominar el tedio que le producían estos primeros estudios. Conociendo sus maestros el gran fruto que se podría esperar de un talento como el suyo, emplearon sucesivamente la amenaza y el castigo; pero estas severidades, en lugar del resultado apetecido, consiguieron sólo aumentar su horror al estudio, y enseñarle á que, para huir del castigo, inventase mil mentiras y astucias, con que engañaba á su padre, á su madre y á sus maestros (2).

Alarmada Mónica con esta aparición del mal en el alma de Agustín, y comprendiendo que la noble naturaleza de su hijo necesitaba otro aguijón bien diferente y hasta opuesto al del castigo, le confió á la vigilancia de «personas temerosas

(1) «Illas litteras, ubi legere et scribere et numerare discitur, onerosas pœnalesque habebam.» (*Confes.*, lib. I, cap. XIII.)—«Unum et unum duo; duo et duo quāmor odiosa cantio mihi erat.» (*Id.*, *id.*)

(2) «Fallendo innumerabilibus mendaciis, et pedagogum et magistros et parentes.» (*Confes.*, lib. I, cap. XX.)

»de Dios y dadas á la oración» (1), que con estímulos más elevados le ayudasen á vencer su aversión al estudio. «Yo, dice San Agustín, aprendí »de ellos á conoceros, oh Dios mío, como un Ser »sublime, que, sin hacerse visible, puede no obstante venir en nuestra ayuda. Empecé á implorar de Vos el consuelo en mis penas, y á miraros como mi refugio y mi apoyo; y aunque pequeño todavía, os pedía con extraordinario fervor »que no me azotasen en la escuela. Pero, ¡ah Señor! Vos, que queríais mi bien, no me escuchabais siempre, y entretanto hasta mis padres se »burlaban de los palmetazos que, si para ellos eran »bagatelas, á mí me causaban gran disgusto y »terror (2).»

Desgraciadamente no era el único defecto de Agustín su aversión al estudio, uníase á ésta el orgullo que, no obstante la timidez y la reserva que le eran naturales, se dejaba ver en una pasión desordenada por el brillo y los aplausos, y en un amor singular al juego y á los placeres. «Engañaba, dice, con mil mentiras á mis padres »y á mis maestros; les afligía con mi amor al

(1) *Homines rogantes te*. No precisamente, *hombres que oran*, como se traduce comúnmente, sino hombres dedicados á la oración, es decir, sacerdotes; pues no parece que hubiera monjes en Africa.

(2) *Confes.*, lib. I, cap. IX.

»juego, con mi pasión violenta por los públicos
 »espectáculos y con mi deseo inquieto de imitar
 »lo que veía en ellos. Tanto por satisfacer la
 »glotonería como por tener que dar á los niños,
 »mis compañeros de juego, ocultaba maliciosa-
 »mente cuanto podía coger de la despensa y de
 »la mesa de mis padres. En el juego obtenía des-
 »lealmente la victoria, saciando mi deseo de sobre-
 »salir entre todos; y así como para triunfar me va-
 »lía de la astucia, así también pretendía no ser
 »engañado de otros: si sorprendía á mi amigo *in*
 »*fragranti*, le increpaba y reconvenía sin piedad:
 »y al contrario, cuando yo era descubierto, mon-
 »taba en cólera antes que confesar mi falta (1).»
 En una palabra, la sangre pagana que había re-
 cibido de Patricio, empezaba á hervir en sus venas.

No debemos ocultar que, si bien Agustín tenía los dichos defectos, á la vez le acompañaban otras buenas cualidades. Era amante de la verdad, celoso de su honra, bueno, sensible, afectuoso y agradecido. Tenía admirables arranques, pagaba con usura el cariño que le profesaban, y amaba á su madre con delirio (2). Todo esto, be-

(1) *Confes.*, lib. I, cap. XIX.

(2) «Veritate delectabar, falli nolebam, memoria vivebam, locutione instruebar, amicitia mulcebar; fugiebam dolorem, abjectionem, ignorantiam, etc.» (*Confes.*, lib. I, cap. XX.)

llas cualidades y defectos manifiestos, buenos impulsos y malos instintos, comenzaba á fermentar en los primeros ardores de su juventud. ¿Qué iba á suceder? ¿de qué lado iba á inclinarse la balanza? ¿dominaría la sangre pagana que tenía de su padre, ó la savia cristiana que á ella mezclara su madre? Pero, ¿qué habría sido de Agustín, al desarrollarse intelectualmente, si en sus primeros años no hubiera participado de una influencia sagrada y vigorosa; y si al lado de tantos peligros, no hubiesen crecido también la constante vigilancia y las oraciones fervorosas de Mónica?

Precisamente en el momento de hallarse inquieta y dominada nuestra Santa por tales pensamientos, fué cuando repentinamente se vió separada de su hijo. Agustín empezaba á crecer, y Thagaste era población reducida que contaba pocos recursos para la educación de la juventud. Patricio, orgulloso de su hijo que, á pesar de la pereza y desapego al estudio, pasaba ya por niño de grandes esperanzas, acababa de decidirse, no obstante su escasa fortuna y el disgusto que pudiera causar en casa, á no retroceder ante ningún sacrificio, ni de dinero ni de afecto, para que Agustín recibiese una educación correspondiente á sus talentos.

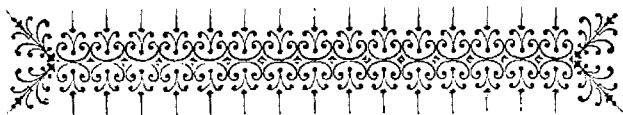
Existía á seis leguas de Thagaste una ciudad donde, con las tradiciones del gusto se conserva-

ba cierta cultura intelectual: esta ciudad era Madaure, la patria de Apuleyo (1). Su bello foro, enriquecido con estatuas de los dioses, estaba rodeado de sabias escuelas (2). Allí fué donde Santa Mónica condujo y dejó á su hijo, después de darle toda clase de buenos consejos, acompañados de las amorosas lágrimas que vierte una madre en tales momentos; dichosa sin embargo al pensar, que le tenía próximo, y que al primer peligro podría correr en su auxilio; pero sin dejar de comprender por esto, que el mal de que había preservado su cuna con tan singular cuidado, y cuyos primeros síntomas acababan de manifestarse, tomaría muy pronto desarrollo, causando en el alma de su hijo, alejado de ella por algún tiempo, anchas y profundas heridas.

(1) Hoy *Madaourouche*, á 28 kilómetros de Souk-Arras. Ptolomeo escribió *Maduros*. «La Reseña de Numidia» cita un Obispo de Madaure, *Mataurensis episcopus*.

(2) *Cartas de San Agustín*, carta VI, pág. 28.






CAPÍTULO III

JUVENTUD DE AGUSTÍN.—PRINCIPIA LA CRISIS DE LAS PASIONES.—SUS CAUSAS, SUS PROGRESOS, SUS CARACTERES.—PARA CONSOLAR Á SANTA MÓNICA Y SOCORRER Á AGUSTÍN, DIOS PERMITE QUE PATRICIO DÉ EL PRIMER PASO HACIA LA RELIGIÓN CRISTIANA.—PATRICIO ABJURA DE SUS CREENCIAS PAGANAS.

Años 368 al 370

UIERO contar mis faltas pasadas y las miserables sensualidades que han empañado el brillo de mi corazón. Si las refiero, oh Dios mío, no es porque yo halle en ello complacencia, sino para excitarme más á vuestro amor. Al presente yo os amo, oh Dios mío, é impulsado del amor, quiero repasar en mi memoria con pena y amargura los desórdenes de la juventud; á fin de que tan triste recuerdo me haga saborear mejor vuestra dulzura y las delicias

»verdaderas de que disfruto hoy con tanta seguridad (1).»

Con estas humildes y expresivas palabras empieza San Agustín á pintar cómo las pasiones fueron despertando en su alma, y á describir esa terrible crisis que empieza sorda y secretamente en Madaure hacia el año 368, estalla dos años después en Thagaste por el 370 y 371, y acaba tristisísimamente en Cartago dentro del 372, con la más vergonzosa defección y con una esclavitud bochornosa, que ha de durar por espacio de quince años. Pero debemos oírle á él mismo describir con esa elocuencia que le caracteriza, el origen de la crisis, sus progresos y sus terribles consecuencias, para empezar á ver lo que son en ocasiones los dolores de una madre.

Cuando Agustín llegó á Madaure, podría tener de trece á catorce años: era hacia el 367. No se sabe bien si fué allí donde empezó á manifestarse su grande imaginación y talento, ó si ya en Thagaste había dado algunas pruebas de lo que podría llegar á ser; pero es lo cierto que, tan lue-

(1) «Recordari volo transactas cupiditates meas et carnales corruptiones animæ meæ: non quod amem eas, sed ut amem te, Deus meus. Amore amoris tui facio istud, recolens vias meas nequissimas in amaritudine recogitationis meæ, ut tu dulcescas mihi, dulcedo non fallax, dulcedo felix et secura.» (*Confes.*, lib. II, cap. I.)

go como Agustín aprendió los primeros elementos de las letras, y pudo vislumbrar lo que era la elocuencia y la poesía, todo cambió en él, desapareciendo su repugnancia al estudio. Leyó á Virgilio, Homero, Cicerón y Ovidio, lo cual bastó para despertar su genio. Virgilio, sobre todo, le causó impresión tan extraordinaria que no podía leer la relación de los dolores de Dido, sin regarla con sus lágrimas. Si para no excitar su sensibilidad se le quitaba este libro, se afligía; y si á ruego suyo se le permitía la lectura, lloraba más aún (1). Su alma exquisitamente tierna y profundamente sensible, no sabía desprenderse de este poeta.

Según parece, nuestro Santo no era tan aficionado á las obras de Homero. «Este dulce mentor, dice, causaba amarguras en mi alma.» No porque en su grande penetración, dejara Agustín de comprender la diferencia entre Virgilio y Homero, cuánto más grande y sublime sea este último, y que en la serie de cuadros que forman sus obras hay mayor profundidad y viveza; sino porque, como él mismo asegura, el poco afecto que tenía á la lengua griega no le dejaba saborear aquellas invenciones ni gustar, como habría deseado, el ingenio y en-

(1) *Confes.*, lib. I, cap. XIII.

canto del más sublime entre los poetas (1). Acaso también la exquisita sensibilidad de Virgilio, no más profundo que Homero, pero sí de expresión más viva, se adaptaba mejor á su carácter. Como quiera que sea, tanto en este período como después, Virgilio fué siempre su maestro favorito. Leyó además con diversas emociones á Terencio, Plauto y Ovidio; aspiró sus perfumes, y, como embriagado, abrió su alma á todas las imágenes poéticas; pero entraron también con ellas todos los peligros, porque ¡ah! también el veneno se bebe en copas de oro.

Para desarrollar el talento de los jóvenes, se les encargaba á veces traducir las ardientes é inflamadas palabras de la Juno de Virgilio, ó los lastimeros ayes de su Dido. Dábase el premio al que más vigorosamente sabía expresar los arrebatos, quejas ó pasiones de esos personajes imaginarios, y al que los hacía aparecer más vivos y naturales; acertando á sostener con lenguaje selecto el nervio del discurso y la ilación de las ideas. Aquí era donde Agustín triunfaba siempre: los aplausos de sus condiscípulos y los

(1) «Homerus dulcissimè vanus est, et mihi tamen amarus erat puero... Difficultas omnino ediscendæ peregrinæ linguæ quasi felle aspergebat omnes suavitates græcas fabulosarum narrationum.» (*Confes.*, lib. I. cap. XIV.)

elogios de sus maestros se lo decían, pero también aquí era donde estaba la ruina de su alma. Movido de los encomios, para mejor expresar estas pasiones criminales, procuraba sentir las; y como durmiesen aún en su corazón, no contento con leer asiduamente aquellos poetas que más al vivo las habían pintado, empezó á frecuentar los teatros, á fin de ver allí practicado con palabra y acción cuanto había oído de la boca de sus maestros.

Y si hoy en que tales escenas han perdido ya mucha fuerza, después de dieciocho siglos de Cristianismo, son necesarias no pocas precauciones para evitar que el casto corazón del joven escolar se conmueva demasiado, ¿qué sucedería entonces, cuando no se conocían ediciones expurgadas por la censura, ni había profesores cristianos, y los teatros se encargaban de sensibilizar lo que los maestros mismos no habían sabido decir? El Cristianismo acababa de abandonar las catacumbas, y no había podido purificar los libros de las escuelas; de manera que se continuaba aún educando á la juventud cristiana, como hasta allí se había educado á la pagana. Todos se lamentaban, ciertamente, pero la costumbre, reina del mundo, prevalecía sobre las inquietudes de los padres, y era más fuerte que el dolor de las madres. «¡Oh torrente

»funesto de la costumbre! exclamaba San Agus-
»tín, ¿cuándo te secarás? ¿Cuándo dejarás de
»arrastrar á los hijos de Eva por ese vasto y pe-
»ligroso mar, que aun los marcados con el sig-
»no de la cruz atraviesan difícilísimamente? ¿No
»he leído yo en los libros, no sé que historia de
»un Júpiter, á la vez tonante y adúltero? El po-
»der divino jamás podrá asociarse con semejante
»corrupción; pero los historiadores han armado
»de mentirosos rayos á un hombre culpable, á
»fin de traernos así á la imitación de sus crí-
»menes, que son demasiado ciertos. ¿No he vis-
»to yo á Terencio, poner en escena á un joven li-
»bertino que se excitaba al mal con el ejemplo
»del jefe de los dioses, y diciéndose á sí mismo:
»Un dios, (¡y qué dios!), se ha permitido este
»placer, y yo miserable mortal ¿tendré vergüen-
»za de imitarle? No ciertamente... ¡Y los hom-
»bres retribuyen tales lecciones! ¡y las honran
»con su presencia! ¡y los maestros se confiesan
»á la faz de todos, recompensados con un salario
»privado y otro público!» Ahora bien, ¿quién no
comprende que semejantes palabras son muy
á propósito, para hacer que los hombres cometan
parecidas infamias?

«No es, continúa San Agustín con el buen
»sentido y mesura el que de ordinario acompa-
»ñan al genio, no es que yo condene esas palabras

»de los poetas y de los oradores; pero sí condeno
»el ponzoñoso vino que nos servían, en bellas co-
»pas de oro, maestros ebrios de corrupción y de
»errores. ¡Y se nos castigaba, si no bebíamos.
»prohibiéndonos apelar de ellos á un juez so-
»brio!... Y sin embargo, Dios mío, yo que al
»presente examino mi pasado en vuestra presen-
»cia, aprendía todo esto voluntariamente, y me
»complacía en ello... ¡desgraciado! (1)»

No es difícil comprender el efecto, que tales libros y espectáculos debían producir en un joven dotado de gran sensibilidad y de corazón exquisitamente tierno; en un joven que no estaba bautizado todavía, y que, hallándose separado de su madre, no tenía quien le protegiera en tan terribles peligros, si se exceptúan los maestros de quienes ha dicho «que estaban más ebrios que él». «¡Qué maravilla, exclama, que me per-
»diese dejándome llevar de las vanidades, y an-
»duviese tan apartado de Vos, Dios mío, cuando
»se me daban por modelos á unos hombres que se
»habrían avergonzado de confesar una buena ac-
»ción, cometiendo al hacerlo solecismo; mien-
»tras que, empleando en la relación de sus des-
»órdenes ciencia y estilo brillante, se gloriaban
»de los aplausos que por ello recibían! Véase

(1) *Confes.*, lib. I, cap. XVI.

«cómo, niño aún, y en el umbral de la vida,
«tuve la desgracia de hallarme expuesto al peli-
«gro, y cuál fué mi aprendizaje para los comba-
«tes que debía librar (1).»

Bien pronto, efectivamente, empezó á circular el veneno por las venas de Agustín. En la flor de su juventud, cuando apenas había cumplido catorce años, en esta edad peligrosa pero encantadora, que si dilata el corazón, le marchita también cual si fuera una flor, sintióse acometido de turbación desconocida. «Yo no tenía más que
«un pensamiento: amar y ser amado. Pero no
«me contenía, dice humildemente, dentro de la
«amistad casta y luminosa, donde el alma ama
«al alma. Los vapores groseros que subían del
«cenagal de la concupiscencia, nublaban mi co-
«razón y mi espíritu de tal manera, que no ha-
«llaba diferencia entre la clara serenidad de un
«amor casto, y la tenebrosa turbación de un
«amor impuro y culpable. Así se encendía el
«fuego devorador, y mi juventud, impelida por
«el violento desarreglo de las pasiones, y corrien-
«do por escarpadas rocas y espantosos precipicios,
«se sumergía en un abismo de pecados vergon-
«zosos (2).»

(1) *Confes.*, lib. I, caps. XVIII y XIX.

(2) «Quid erat quod me delectabat, nisi amare et amari? Sed non tenebatur modus ab animo usque ad

Desde luego se apoderaron de su espíritu los más tristes pensamientos; sin tardar penetraron en su corazón los malos deseos; y como no había quien pudiera arrancar estas espinas que tanto le punzaban, crecieron con rapidez colocando á Agustín en inminente peligro. «Adolescente apenas, dice, descaba con ardor los placeres criminales, y no me avergonzaba de consumir la vida en deshonorosos deleites. La belleza de mi alma se marchitaba, y yo, Dios mío, no era á vuestros ojos más que una llaga hedionda; lo cual, sin embargo, no impedía que me agradase á mí mismo, y procurase agradar y parecer bien á los ojos de los hombres (1).» Pero tímido y naturalmente reservado, cubría Agustín con el más tupido velo los desórdenes de su alma; y ninguno, aun entre los amigos y condiscípulos, podía sospechar las borrascas que agitaban su corazón.

animum, quatenus est luminosus limen amicitiae; sed exhalabantur nebulae de limosa concupiscentia carnis et scatebra pubertatis, et obnubilabant atque offuscabant cor meum, ut non discerneretur serenitas dilectionis a caligine libidinis. Utrumque in confuso aestuabat et rapiebat imbecillam aetatem per abrupta cupiditatum, atque mersabat gurgite flagitiorum.» (*Confes.*, lib. II, caps. II y III.)

(1) *Confes.*, lib. II, cap. I.

Entretanto Agustín conseguía diariamente nuevos triunfos, y su alma conmovida, pero aún no dominada por el mal, aparecía cada vez más bella.

Empezó á brotar su elocuencia, y todos predecían que al desarrollarse por completo, eclipsaría á los más ilustres retóricos. Patricio andaba entusiasmado con estas noticias, y así como había alejado á su hijo de Thagaste para enviarle á las mejores escuelas de Madaure, así también resolvió hacer un esfuerzo supremo para llevarle, si no á Roma, pues sus recursos eran escasos, al menos á Cartago donde encontraría escuelas, maestros, bibliotecas, un concurso de jóvenes escogidos, y cuanto pudiera serle necesario para el perfecto desenvolvimiento de su inteligencia.

Mas para llevar adelante semejante designio, no bastaba tener corazón tan generoso y, digámoslo también, orgullo tan grande como el de Patricio; necesitaba tiempo para hacer algunas economías, debiendo imponerse además no pocas privaciones, pues no era rico; y con este fin, al empezar las vacaciones del 369, dispuso que su hijo volviese á Thagaste, y que permaneciera en su compañía por espacio de un año. Agustín volvió en efecto, y no es preciso decir con cuánto gozo le recibió su madre que no tenía

noticia de tal disposición. Al verle de nuevo cubierto de tantas coronas, é ilustre ya por su gran talento; orgullosa y feliz, como se siente en tales casos toda madre, así sea la más humilde, y creyéndole aún inmaculado, pudo depositar en su frente un beso placentero y tranquilo.

Si Agustín hubiera sido inocente conservando la pureza, ó si hubiese tenido el valor de confesar á su madre el primer asalto de las pasiones, esta suspensión de sus estudios le habría ocasionado mucho bien, trayéndole á la compañía de Mónica y preparándole bajo su influencia á afrontar mejor los peligros de Cartago; pero en el triste estado que su alma tenía, y en la resolución, más triste aún, que había tomado de ocultar á su madre las pasiones desarrolladas en su corazón, nada había de serle tan perjudicial.

El reposo involuntario á que se veía condenado, la falta de trabajo asiduo, los desvaríos, consecuencia natural de la vida ociosa, y el vacío mismo del corazón, todo debía contribuir á acelerar y acrecentar la explosión de sus pasiones. «Cuando tenía dieciséis años, habla él mismo, »negocios domésticos me obligaron á suspender »los estudios, y á volver al hogar paterno. Entonces los deseos impuros, que hasta allí no »habían hecho más que punzarme el alma, cre-

»cieron de repente y se levantaron poderosos por
»encima de mi cabeza (1).»

Cuanto más violento era en Agustín el influjo de las pasiones, menor era la atención que prestaba á la voz de su conciencia; y esto era lógico, porque no hay cosa que debilite más en un alma el pensamiento y, sobre todo, el amor de Dios. «Como castigo de mi infidelidad, dice, el
»ruido de las cadenas que arrastraba, me impedía oír vuestra voz, oh Dios mío; y privado de
»los grandes recursos y poderosas fuerzas que de
»Vos proceden, me sentía cada vez más entregado al furor de los malos instintos. Mi corazón se ilusionaba, ardía en un fuego vivísimo
»é imposible de explicar, y todo él se vaciaba
»traspasando los límites en que debiera contentarse, y sumergiéndose en un mar de desórdenes. ¡Qué ceguedad la mía! ¡Yo no os escuchaba, y cada vez me alejaba más de Vos (2)!»

Apresurémonos á decir en honor de Santa Mónica que había formado ese corazón, y tan perfectamente le había inoculado la savia de sus virtudes, que en medio de tantos y tan culpables goces, Agustín no era feliz: con sus primeras

(1) *Confes.*, lib. II, cap. II.

(2) «Et jactabar, et effundebar, et ebulliebam per fornicationes meas.» (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

faltas, habían empezado sus gloriosas tristezas. sufría cruelmente. Buscaba la paz y la felicidad, y ni siquiera hallaba el placer: al salir de una alegría culpable, á que se entregaba como á grato sueño, causábase horror á sí mismo. «Vos. »Dios mío, derramabais sobre mis placeres des- »arreglados amarguísimos disgustos. á fin de »precisarme por este medio á buscar los verda- »deros goces que no causan pena ni remordi- »mientos (1). Pero yo no quería dirigir la vista »hacia esto, y agitado siempre, vivía en un so- »berbio envilecimiento, á la par que en un aba- »timiento inquieto (2).»

Si Agustín no hallaba la felicidad en su olvido de Dios, tampoco encontraba su libertad. Este fantasma brillante, uno de los que más vivamente impresionan á la juventud, es á la vez uno de los que más la engañan. «Quería ser libre, dice, y era tan desgraciado que no veía »yo mismo cómo me forjaba las cadenas. Para go- »zar de mi pretendida libertad, ponía sobre la »cabeza un enorme peso que me era imposible

(1) «Tu semper aderas misericorditer sæviens, et amarissimis aspergens offensionibus omnes illas jucunditates meas...» (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

(2) «Ibam longe a te in plura et plura sterilia semina dolorum, superba dejectione et inquieta lassitudine.» (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

»sacudir; y cada día me encontraba más fuertemente aprisionado en los lazos de una voluntad endurecida.»—«Tal era, dice Bossuet, la esclavitud de Agustín, cuando gozaba en el siglo la libertad de los rebeldes (1).»

Recurría alguna vez á la oración, levantaba hacia el cielo sus brazos encadenados y pedía la virtud, pero al mismo tiempo temía ser oído. Rogaba á Dios que le concediese la castidad y la continencia, mas á la vez, en el secreto de su corazón, deseaba que esta gracia se dilatase por algún tiempo. Así, culpable y desgraciado, y temiendo consumirse en esta ardentísima fiebre, pero con más miedo aún de verse curado, sentía que por instantes, á la par de su debilidad, iba en aumento la penosa corrupción de mi vida (2).

Tal era el triste estado de Agustín á los dieciséis años. La obra de Mónica había venido á tierra en menos de tres ó cuatro, y esta ruina causaría admiración, si no fuese fácil indicar

(1) Sermón para la toma de hábito. Obras completas. (Edición Gautier, t. VI, pág. 188.)

(2) «At ego adolescens miser, valde miser, in exordio ipsius adolescentiæ etiam petieram a te castitatem, et dixeram: Da mihi castitatem et continentiam, sed nolumodò. Timebam enim ut me citò exaudires et citò sanares a morbo concupiscenti, qua malebam expleri, quam extingui.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VIII.)

sus causas. La indiferencia de un padre que, no teniendo hasta entonces religión ninguna, se preocupaba apenas de la inocencia y costumbres de su hijo, siempre que estudiara con provecho y llegara á sobresalir; las imprudencias de los maestros de Agustín, que pensaban sólo en excitar su sensibilidad é imaginación, sin cuidarse de oponer á estas fuerzas peligrosas el indispensable contrapeso de la razón, de la conciencia y de la religión; la lectura de libros peligrosos, y la frecuente asistencia á los teatros, más peligrosa aún; las amistades culpables que veremos, y que ya empezaban á rodearle; y, en fin (lo diremos también, no para afear sino compadeciendo á la madre piadosa que, casada con un infiel, no pudo dirigir la educación de su hijo como ella hubiera deseado, y que á veces debía sufrir el yugo de una voluntad tiránica), la ausencia de todo socorro religioso, á la edad en que éste para un joven es absolutamente necesario; sin el bautismo ni la confirmación, sin la confesión ni sagrada Eucaristía; cuando, despertándose las malas pasiones del joven, le suministran, si es que puede vencerlas, una verdadera grandeza y un extraordinario triunfo; pero que, si se deja vencer por ellas, le rebajan, le tiranizan y le sepultan en profundo abismo; todo esto, á no dudarlo, causa es más que suficiente para explicar el

escaso resultado de los esfuerzos de Santa Mónica, y la poca duración de una obra en que había trabajado con tanto esmero. Pero guardémosnos de creer, que la obra había desaparecido por completo; no era así en verdad, porque lo que Dios y una madre cristiana hacen de consuno en el alma del hijo, no perece tan pronto; y si el huracán de las pasiones puede debilitar momentáneamente la llama sagrada de la conciencia, cuando esta llama ha sido producida por una madre cristiana, casi puede afirmarse que no se extingue jamás.

Entretanto, cual si Dios, que vigilaba amoroso sobre el hijo y sobre la madre, hubiese querido consolar á Mónica y venir en socorro de Agustín, presentándole en su mismo padre un ejemplo eficaz, Patricio dió su primer paso hacia la Religión y hacia la Iglesia.

Diecisiete años habían transcurrido desde que se desposara con Mónica, y los mismos, día por día, llevaba ésta trabajando con una discreción indecible para convertir á su marido; empleando para ello esa dulzura, esa paciencia y exquisito tacto que poseen las mujeres verdaderamente cristianas. Había hablado poco, nunca amonestado; había amado mucho, orado constantemente y, como resultado de esto empezaba á vislumbrar la conversión de su marido: el tiempo,

de parte siempre de los que saben esperar, había venido en su ayuda. La calma de las pasiones permitió á Patricio comprender mejor la futilidad de los ídolos, y percibir el perfume de Jesucristo que exhalaba finísimo el corazón de su santa esposa. Había resistido por mucho tiempo, y jurado interiormente que no se dejaría vencer; mucho más tiempo aún había vivido incierto, vacilante y pronto á hacer lo que su conciencia le pedía; pero aplazándolo para más adelante, y atento siempre á ocultar á Mónica el estado de su alma. Ella lo adivinaba todo y no decía nada, pero redoblaba sus oraciones, hasta que por fin, dominado Patricio por la verdad, vino á declarar á su piadosa compañera la resolución que tenía de abjurar el paganismo. ¡Con cuánto gozo acoge Mónica esta revelación! ¡Qué felicidad para ella oir que su marido se hacía cristiano, precisamente cuando Agustín, próximo á cumplir dieciséis años, iba á necesitar protección más vigilante y más eficaz! Da gracias al Altísimo con gran efusión de su alma, y bañados los ojos en lágrimas, le ruega encarecidamente que, fortificando en Patricio su propósito, apresure el día en que pueda tener la dicha de verle inscrito entre los catecúmenos.

El catecumenado era entonces como el noviciado de la Religión cristiana. Existiendo aún el

paganismo, eran de temer las apostasías, y por eso, antes de administrarse á los neófitos adultos el santo bautismo; se les hacía esperar un poco, con el fin de saber ciertamente que entraban en la Iglesia con plena libertad y vocación; y con el fin también de instruirles en los grandes deberes que iban á contraer.

Decidido Patricio á dar el primer paso, se trasladó á la iglesia para abjurar públicamente del paganismo, y hacer allí su profesión de fe cristiana. Mónica le siguió radiante de alegría, y Agustín le acompañaba también; teniendo lugar este acontecimiento, según todas las probabilidades, al empezar la Cuaresma del año 370.

Llegado Patricio al pie del altar, se arrodilla é inclina la cabeza, en tanto que el Obispo le impone las manos, y ruega al Señor le admita en el número de sus hijos. Hácesele al mismo tiempo sobre la frente el signo de la cruz, á fin de que éntre en la iglesia honrando desde el primer paso las humillaciones del Salvador Jesús; y se le pone en los labios la sal bendita, como símbolo de la incorruptibilidad que el corazón cristiano ha de conservar siempre. Desde entonces, quedó inscrito en los libros de la iglesia, y se le contó entre los catecúmenos (1).

(1) Tertuliano, *De Pœnitentia*.—Cipriano, epístola XVIII.

Si después de este primer acto, se hubiese decidido Patricio á realizar sin dilación el segundo, es decir, á atravesar con rapidez los diferentes grados del catecumenado, y á recibir el bautismo en las próximas solemnidades de la Pascua, se habría completado la dicha de Mónica, pero Patricio no lo pensó así (1).

Había entonces á las puertas de la iglesia una multitud de hombres que no eran ya paganos, pues habían abjurado del paganismo; pero que tampoco eran cristianos, porque inscritos entre los catecúmenos, rehusaban obstinadamente la recepción del bautismo. En vano los Padres de la Iglesia agotaban su celo en demostrarles la inconsecuencia y el peligro que corrían, en vano también, al aproximarse las festividades de la Epifanía y de la Pascua, gritaban los Obispos en varios tonos: «Llegan los »grandes días, inscribíos y preparaos al bautismo»; nada podía destruir su indiferencia. Llevando el título de cristianos, pero negándose á aceptar sus deberes; exentos de la confesión, de

(1) La duración del catecumenado era de dos años en los primeros tiempos, según el canon 42 del Concilio de Elvira, *Si bonæ fuerint conversationis*, y en el caso contrario se prolongaba la prueba; mas en el siglo IV, la Iglesia tendía á abreviar el tiempo de preparación.

la comunión pascual y de toda ley eclesiástica, puesto que no habían sido bautizados; rechazando también alguna vez el freno de la conciencia, según el triste dicho que entonces se usaba: «dejadlos pecar, ¿qué importa? no están bautizados»; y creyendo por otra parte que era bastante recibir el bautismo á la hora de la muerte y quedar así purificados de todas sus faltas, jugaban su vida y su eternidad en tal confianza. Cada siglo tiene sus achaques, sus enfermedades y peligros; y el IV sufría la dicha enfermedad, á cuyo influjo sucumbía una multitud de hombres (1). Patricio, como muchos, fué atacado también de ella, y se necesitó largo tiempo, muchas oraciones y no pocas lágrimas de parte de Santa Mónica, para decidirle, cuando estaba ya moribundo, á recibir el santo bautismo y á reconciliarse con Dios.

(1) Este abuso ha sido reprobado enérgicamente por los Padres de la Iglesia, y en especial por San Cipriano (Epist. XXVI, *ad Magn.*), por San Gregorio Nacianceno (*Orat. XL*), por San Juan Crisóstomo (*Homil. XXIII super Act. Apost.*) etc.; y los Concilios, ocupándose de él, llegaron á amenazar con las mayores penas de la Iglesia á los que cayeren en dicha falta. Para conocer cuán general era, basta repasar las grandes colecciones de epitafios cristianos. Encuéntranse inscripciones de catecúmenos en Boldetti (pág. 807), Bosio (pág. 433), Mattei (*Mus. Veron.*, pág. 180, núm. 3), Perret (pági-

Aunque era incompleto el paso de Patricio, no dejó sin embargo de alegrar á nuestra Santa: porque, al menos, ya no era pagano, adoraba al verdadero Dios, creía en Jesucristo y, si aún no tenía el consuelo de ir con él á la Mesa santa, iban siquiera juntos á la iglesia; asistían á una parte de la Misa y á las instrucciones, y después de diecisiete años de matrimonio, vislumbraban ambos esa unidad de espíritu y de corazón, por la cual debieron empezar si querían ser felices.

Al leer la descripción de estas escenas antiguas, vienen á la imaginación, aun sin quererlo, las que todos los días pasan á nuestra vista en este siglo agitado y revuelto, que tanto se asemeja al siglo IV. ¿Quién entre nosotros, testigo de iguales ruinas, no ha asistido á parecidas resurrecciones? ¿Quién ha visto á algunas jóvenes piadosas dar su mano y corazón á hombres indiferentes, y al presenciarlo, no se ha dicho á sí

nas 6, 16 y 53), etc. Estos epitafios se refieren á catecúmenos de todas edades. Fortunato murió catecúmeno á los treinta y seis años (Lupi, *Dissert.*, t. I, pág. 132), Perpetuo á los treinta (Rossi, t. I, pág. 109), Inocencio, á los veintitrés (Vignoli, *Vet. inscript. rel.*, pág. 333), Junio Basso á los cuarenta y tres (Bosio, pág. 45), Stratónica á los cincuenta y cinco (Corsini, *Dissert. II, post not. Græc.*), etc. Débese tener presente que la mayor parte de estas inscripciones son del siglo IV.

mismo: Dios mío, qué va á suceder? Mas, pasan diez años, y el joven indiferente da un paso hacia el bien: no practica, es verdad, pero ya empieza á dirigir preces al cielo. Corren otros diez años, y he aquí que vuelve al camino casi olvidado de la Iglesia, por donde le conducía su madre siendo niño, y rara vez muere, sin haber antes reconocido y adorado á Jesucristo.

¡Oh siglo desgraciado, en que un alma cristiana necesita emplear tanto tiempo, para que se abran los ojos de la persona que más ama, á una luz tan hermosa! Pero también, ¡oh grande y conmovedora bendición la de este tiempo, en que, si no un día, otro, el joven descreído logra ver á su lado una joven cristiana, que sea para él como el ángel de su guarda! ¡Ah! ¡Que esta joven esposa no olvide nunca la misión que le está confiada! ¡Que sepa que ha de tener la fuerza misma de los ángeles, á condición de tener también su misma paciencia, su fidelidad, su delicadeza, su tierno y vigilante amor, su dulce silencio y su continua oración!... «La misión de las mujeres cristianas, ha dicho un célebre escritor, se parece á la de los ángeles de la guarda: pueden dirigir el mundo, haciéndose invisibles como los espíritus (1).»

(1) Ozanam, *Obras completas*, t. II, pág. 93.



CAPITULO IV

CONTINÚA LA CRISIS DE LAS PASIONES.—SANTA MÓNICA SE APERCIBE DE LOS PELIGROS QUE CORRE SU HIJO. — MODO DE PORTARSE. — DIOS PARA CONSOLARLA, HACE QUE SU MARIDO SE CONVIERTA AL CRISTIANISMO CUANDO AGUSTÍN SE ALEJA.—MUERTE EDIFICANTE DE PATRICIO.

Años 370 al 372.



Qué impresión hicieron en Agustín los hechos que acabamos de referir? No lo sabemos, pero es probable que ninguna; porque hay momentos durante la vida, en que, como dice el Profeta, teniendo ojos, no se ve: al menos es cierto, que la impresión no fué bastante fuerte para detener la marcha de las pasiones.

En efecto, cuando Santa Mónica empezó á traer á Patricio hacia la religión cristiana, su hijo huye veloz de ésta; y por días se deja llevar

más y más de sus desvaríos. Asusta leer en las *Confesiones* esas páginas de verdad tan elocuente, donde á manera de un gran médico que sigue paso á paso la marcha de cierta enfermedad, describe y analiza Agustín los incesantes progresos del fuego mortífero, encendido en su alma; y al leerlas, no es posible dejar de preguntarse con espanto: ¿qué va á ser, no ya de su virtud, porque ésta había desaparecido mucho tiempo hacía, sino de su alma, de su corazón, de su carácter y de su inteligencia misma? Preciso es decir de tan maléfica combustión, lo que está escrito en el libro de Job: «Es fuego que »todo lo consume, que abrasa los gérmenes de la »vida y reduce á cenizas sus raíces (1).» Destruye la salud, deseca el corazón y esteriliza el alma. Los castos movimientos del más puro amor, las poéticas ideas de la adolescencia, próximas á manifestarse, los entusiastas pensamientos de la juventud, el conocimiento de lo infinito, las fuerzas potentes de la razón viril y las inspiraciones llenas de sensibilidad y ternura, todo desaparece prematuramente. ¿Y quién no sabe que de todas estas fuerzas, el amor, la amistad, la caridad y la piedad son las primeras

(1) «Ignis est usque ad internectionem devorans, et omnia eradicans genimina.» (*Job.*, XXXI.)

que se aniquilan, y que el corazón, planta tan delicada, parece aún más pronto que el espíritu (1)? Necesitábase, pues, un nuevo y poderoso socorro, ya que la voz de Dios, el ejemplo de su padre, la paz del hogar doméstico y el perfume de las virtudes de su madre habían sido insuficientes para proteger á Agustín: era menester que resonase al oído de este joven arrebatado la única voz que puede aún impresionar, cuando todas las otras no tienen ya fuerza, y para ello era indispensable, que su santa madre, á quien su hijo había llegado á ilusionar, que como tantas otras no se persuadía de la culpabilidad del hijo y descansaba tranquila creyéndole inocente, empezara á conocer los vicios de Agustín.

La luz vino de Patricio, porque hay cosas que el ojo del padre ve más pronto y mejor que el de la madre. Convertido poco tiempo hacia, un tanto superficial y más sensible á la satisfacción de ver á su hijo desarrollado, que al peligro de verle con la inocencia perdida, fué lleno de regocijo á confiar á su santa esposa, que Agustín, el

(1) Véase en la obra *Conocimiento del alma*, por el P. Gratry, el lindo capítulo sobre los *dos hogares*, ó la admirable conferencia del P. Lacordaire sobre la castidad.

fruto de sus entrañas, llegaba al estado de virilidad; congratulándose de que pronto podía ser abuelo. A la primera palabra que pronunciaron sus labios, apoderóse de Mónica una emoción indefinible; porque hasta entonces basaba su reposo y alegría en la confianza de que su Agustín era todavía niño; pero la idea de que, llegado á la pubertad, las pasiones iban á despertar, que acaso rugirían ya en su corazón, y que la inocencia se vería bien pronto amenazada, le causaba mortales inquietudes, sumiéndola en angustia profundísima. «Mi padre, dice San Agustín, era catecúmeno hacía poco tiempo,» y no era extraño que sus pensamientos no fuesen más levantados; «pero mi madre estaba adelantadísima en la piedad. Vos habíais comenzado, oh Dios mío, á edificar vuestro templo en su corazón, y habitaba ya en él vuestro espíritu. Por eso, ella se sintió en aquel momento profundamente turbada, apoderándose de su alma un temor enteramente cristiano, por los peligros que me amenazaban (1).» ¡Cristiano temor, efectivamente, el de Santa Mónica! ¡inquietud sublime y

(1) «Sed matris in pectore jam inchoaveras templum tuum, et exordium sanctæ habitationis tuæ... Itaque illa exilivit pia trepidatione et tremore.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

divina, la que hace olvidar á una madre la viril hermosura de su joven hijo, para no pensar más que en su inocencia! ¡Y gracias á Dios, que ese temor é inquietud sublime, á pesar de los tristes días que atravesamos, no haya desaparecido de entre nosotros, y conmueva todavía muchos corazones cristianos!

Corrió Mónica en busca de Agustín y, bien porque confesase, ó porque, con esa intuición propia de las madres, adivinase lo que pasaba en él, empezó á manifestarle con su emoción y lágrimas lo que sabía de su tristísimo estado. Frecuentemente, paseando con él á solas, le hablaba de Dios, de la fe de su infancia, de la tranquilidad que disfrutaban los corazones puros, del honor que la pureza les proporciona, de la fealdad del pecado y del horror que debe inspirarnos; pero á pesar de que Mónica, al exponer estas cosas á su hijo, lo hacía con ese acento penetrante y conmovedor que sale naturalmente del corazón de las madres, sobre todo cuando están llenas de fe y ven á sus hijos en peligro; este lenguaje no era comprendido de Agustín: las palabras que debían transpasar su alma, no le hacían mella alguna, y como por otra parte no quería replicar á su madre, empezaba á rehuirla, pues su mirada inquieta y penetrante era para él un martirio.

Agustín pasaba días enteros en la caza, solo, errante de una parte á otra, entregado á las mil ideas que agitan una alma de dieciséis años, y pasando sucesivamente de los sentimientos más nobles y sueños más bellos, á los pensamientos más bajos y proyectos más vergonzosos; parecía á un barco que, próximo á perderse, sube y baja á merced de los vientos y las olas, sin tomar nunca dirección fija (1).

Cuando no iba á cazar, pasaba el tiempo con sus amigos en conversaciones y juegos indignos é impropios de su profesión y clase. «¿Hay algo »más feo que el robo? ¿á quién se le perdona? »ni aun al indigente impulsado por la miseria: »pues bien, yo, dice San Agustín, yo he queri- »do robar, y he robado en efecto sin necesidad, »ya que de nada carecía; sólo por mi ningún amor »á la justicia y por mi gran falta de probidad. »Había inmediato á las viñas de mi padre un »peral cargado de fruto, y á media noche, des- »pués de haber prolongado nuestros juegos hasta »aquel momento según costumbre; una cuadrilla »de jóvenes viciosos y libertinos nos dirigíamos á »aquel sitio, y sacudiendo fuertemente el árbol, »llevábamos grandes cargas de peras, no para »regalarnos con ellas, sino para arrojarlas á los

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXI.

»puercos y simplemente por el gusto de hacer
»mal (1)».

A estas travesuras maliciosas, propias de niños mal educados, que ni siquiera mencionáramos, si no hubiesen dado motivo á San Agustín, para elevarse á las más altas consideraciones filosóficas sobre la depravación del hombre, que se complace en hacer mal, y á las más profundas reflexiones morales sobre el peligro de las malas compañías, gracias á las cuales se cometen faltas en que sin ellas jamás se incurriría, á estas travesuras se unían desgraciadamente entonces juegos y conversaciones más culpables aún, por la malicia en que iban envueltas. «Ligado á mis
»amigos, cuando hacían público alarde de sus
»desórdenes gloriándose tanto más cuanto más
»infames eran; me avergonzaba yo de no ser tan
»corrompido como ellos; y me precipitaba en el
»mal, no sólo por encontrar placer al cometerle,
»sino por la vana satisfacción de verme aplaudido. Nada hay más vergonzoso que el vicio, y
»sin embargo, por extraño desorden de mi razón,
»¡yo era vicioso por temor á la vergüenza! Cuando no había hecho cosa que pudiese igualar los
»desórdenes de los más perdidos, aparentaba haber obrado mal, para no aparecer á sus ojos tan-

(1) *Confes.*, lib. II, cap. IV.

»to más despreciable cuanto más inocente y tan-
»to más vil cuanto más casto. Con estas compa-
»ñías recorría yo las plazas de aquella Babilo-
»nia corrompida y empezaba á revolcarme en el
»fango (1).»

Es cosa fácil seguir los dolores siempre cre-
cientes de Santa Mónica. No satisfecha de con-
fiar á Dios sus inquietudes con fervientes y no
interrumpidas oraciones, hacía resonaren los oídos
de su hijo los más saludables consejos y, según el
mismo San Agustín, las palabras más penetran-
tes y más fuertes. Principalmente una vez lla-
móle aparte, y «con qué solicitud, aún me acuer-
»do de ello, me rogó que fuese casto y que
»si no tenía el valor de guardar en mi corazón
»esta virtud tan preciosa, al menos la respetase
»en el corazón de los demás; y sobre todo, aña-
»día, no turbes jamás con tus desórdenes la
»tranquilidad, el honor y la felicidad de las fa-
»milias (2).»

(1) «Præceps ibam tanta cæcitate, ut inter coætaneos meos puderet me minoris dedecoris... Quid dignum est vituperatione, nisi vitium? Ego, ne vituperarer, vitiosior flebam, et ubi non suberat quo admissis æquarer perditis, fingebam me fecisse quod non feceram, ne viderer abjectior quo eram innocentior, et ne vilior haberer quo eram castior.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

(2) «Volebat enim illa (mater), et secreto memini, ut monuerit cum sollicitudine ingenti, ne fornicarem, ma-

Pero, ¡con qué rapidez se desarrollan las pasiones en el alma! y ¡cuán pocos momentos necesitan para llegar á dominarla por completo! Este amable joven, de espíritu elevado y corazón tan excelente y que tenía una madre como Mónica, la cual le profesaba amor tan tierno y verdadero, no bien empieza á sentir en su alma el aguijón de las pasiones, cuando ya no escucha los consejos de madre tan celosa, y lo que es peor aún, ¿para qué ocultarlo? empieza á despreciarla. «Las palabras de mi piadosa madre, dice, no eran ya á mis ojos sino palabras de mujer, y yo, joven como era, me habría avergonzado de ser dirigido por una mujer. He aquí cómo despreciaba ¡á mi madre!; pero no, oh Dios mío, era más bien á Vos, á quien yo despreciaba en ella (1).» Esto descorrió completamente el velo, si es que aún cubría los ojos de Mónica, y por vez primera empieza á sentir el gran dolor de las madres. ¡Qué de lágrimas vertería! ¡qué de consejos á cual más enérgicos, debió dar á su culpable hijo! y ¡qué súplicas tan ardientes dirigi-

ximèque ne adulterarem cujusquam uxorem.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

(1) «Qui mihi monitus muliebres videbantur quibus obtemperare erubescerem. In illa (matre) contemnebaris a me, filio ejus, filio ancillæ tuæ, servo tuo.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

ría sin duda al Altísimo, para que Él salvara y protegiera á su Agustín, de quien ella no sabía ya qué hacer!

No obstante todo esto, veinticinco años más adelante, examinando Agustín el proceder de su madre en tan crítica circunstancia; después de hablar de sus consejos, de sus lágrimas, de sus oraciones, de su vigilancia, en una palabra, de cuanto acabamos de referir; encuentra que no había hecho aún lo bastante para salvar el alma de su hijo. Era necesario cortar, rajar y sacrificarlo todo, hasta sus estudios y su porvenir, antes que dejarle marchar por un camino, en que necesariamente iba á perecer y condenarse. «Mi madre, dice, tuvo el cuidado de prevenirme que fuese casto; pero después de las revelaciones de mi padre, no se cuidó bastante de cortar por lo vivo esos instintos malos, cuya violencia preveía. A toda costa debió ponerse remedio á esas nacientes pasiones, aunque para ello fuera preciso casarme seguidamente en el mismo Thagaste; pero mi madre retrocedió ante el remedio que pudiera destruir mi porvenir. No mi eterno porvenir, porque en cuanto á éste, mi madre había puesto toda su confianza en Dios; sino mi porvenir literario, del que así Patricio como Mónica se mostraban demasiado celosos: él, porque olvidado de Vos, oh Dios

»mío, soñaba lauros para su hijo; ella, porque
»lejos de figurarse que estos estudios pudieran
»perjudicarme, los miraba como escalones que
»debían conducirme hasta Vos. Entretanto, le-
»jos de dirigirme con una prudente severidad,
»las riendas ondulaban libremente, y yo, sin
»freno alguno, me dejaba arrastrar por desorde-
»nadas pasiones (1).»

Así hablaba Agustín de su madre, y porque se contentó con llorar y gemir en esta primera aparición de las pasiones de su hijo, dice «que ella marchaba aún lentamente por el camino de la virtud» (2). ¿Y qué diremos nosotros, ¡gran Dios! de tantas cristianas que, débiles para con los hijos, no quieren ver sus desórdenes, cierran los ojos, excusan con facilidad sus vicios, y no comprenden que el primer deber de las madres, después de educarlos debidamente, es protegerlos, defenderlos y salvarlos á toda costa?

Durante este tiempo, se había reunido el dinero necesario para la continuación de los estudios de Agustín. Patricio quería apresurar la marcha de su hijo, pero Mónica estaba llena de inquietud; pues si por una parte, comprendía que

(1) *Confes.*, lib. II, cap. III.

(2) «Ibat tardior mater carnis meae.» *Confes.*, lib. II, cap. III.)

era necesario separarle de la vida monótona y desarreglada de Thagaste, por otra le sobresaltaba la idea de dejarle solo, tan lejos y en ciudad tan corrompida como Cartago. Era preciso, sin embargo, resolverse á esto último, ya que Patricio lo exigía; y por tanto, llena de sobresalto y procurando persuadirse, de que el estudio de las letras humanas distraería tal vez á Agustín de sus desórdenes, le condujo á Cartago, hacia fines del año 370, es decir, al abrirse las clases. La historia no cuenta las lágrimas que derramaron sus ojos en esta ocasión; ni los saludables y terminísimos consejos que Mónica le diera, á fin de que permaneciese puro y conservara su fe; ni nos refiere en fin, cuáles y cuántas fueron las emociones de esta madre al separarse de tal hijo en tan críticas circunstancias, pero no es difícil conjeturarlo.

Cartago, reedificada en la época más brillante de la civilización romana, era por su lujo y sus riquezas una de las primeras ciudades del Imperio, no cediendo en ostentación ni á Antioquía ni á Alejandría. Más moderna que estas dos últimas, tenía el aspecto de una población nueva que, si bien no llenaba á las personas de gusto exquisito, era sin embargo ponderada por la generalidad de los viajeros. Tenía un hermoso puerto, recientemente construído por Augusto,

extensos muelles, calles anchas, rectas y bien ventiladas, regadas por abundantes fuentes, y siempre muy concurridas. Una de estas calles, llamada Celeste, estaba llena de templos, y otra que se titulaba de los Banqueros, brillaba por el oro y los mármoles que la embellecían. A alguna distancia estaban las fábricas de telas preciosas, los mercados de trigo, de frutas y de ganados, los cambiantes de monedas y, para decirlo de una vez, el movimiento de la ciudad industrial y mercantil, animada del antiguo espíritu cartaginés. No por esto andaban descuidadas las ciencias: poco griega, de gusto puramente latino, y más inclinada al Occidente que al Oriente, era, por el movimiento intelectual recibido de Roma, lo que Antioquía y sobre todo Alejandría habían sido por el que recibieran de la Grecia: el foco y centro de las letras. Sus escuelas, señaladas con grandes banderas blancas que ondeaban á sus puertas, eran numerosas y célebres á la vez. Enseñábase en ellas la Gramática, la Elocuencia y la Filosofía, afluyendo allí la juventud africana: ésta, aunque inteligente, era superficial, disoluta y sin freno alguno; aclamaba hoy á un profesor y entraba al día siguiente tumultuosamente en su clase, destrozando con furor y escarnio cuanto se le ponía delante. Los jóvenes que capitaneaban estos desórdenes, y eran los

más libertinos á la vez que los más elegantes, habían tomado ó recibido un sobrenombre de que se vanagloriaban; llamábanse *eversores*, como si dijéramos, trastornadores y pendencieros.

Al gusto de las letras unía Cartago una afición decidida por las artes: en sus teatros se representaban las obras selectas de la Grecia, y las más bellas del arte dramático romano. No se contentaba poniendo en escena á Sófocles, Euríppo, Terencio y Plauto, sino que á esto unía los juegos circenses y los combates de animales y gladiadores; siendo tal la avidez del pueblo por esta clase de espectáculos y tanta la pasión de los jóvenes en las apuestas que se hacían durante ellos, que casi siempre terminaban injuriándose, golpeándose los unos á los otros y produciendo con frecuencia tumultos y asonadas. Por lo dicho se concibe cuáles podían y debían ser las costumbres de semejante pueblo; así es que, bajo este punto de vista, Cartago rivalizaba con Roma, que es cuanto puede decirse.

Tal era la ciudad adonde llega un joven de diecisiete años, dotado de imaginación vivísima; dominado por las pasiones que acababan de desarrollarse, y que aún no había entrevisto, sino en sueños, esa copa seductora en la cual se cree hallar la felicidad, y que estaba decidido á apurar hasta la última gota. ¿Qué eran los peli-

gros de Madaure al lado de las seducciones de Cartago? Y si Agustín, inocente aún, había sucumbido tan pronto en Madaure, ¿qué iba á ser de este mismo Agustín que entraba ya pecador en Cartago?

Su llegada causó sensación entre los estudiantes. Agustín poseía ya muchas lenguas, tenía una disposición especial para la Filosofía y la Metafísica, grande amor al estudio, un entusiasmo singular por la Poesía y las Bellas Artes en sus diversos géneros, y sobre todo, cierta elocuencia natural que brotaba sin esfuerzo de su alma sublime á la vez que apasionada. Dejó pues admirados á sus condiscípulos y aun á sus maestros, presintiendo todos que muy en breve llegaría á ser la gloria del Foro cartaginés.

En medio de estos triunfos, la reserva y timidez añadían cierto encanto á su persona; no gustándole hacer ostentación del talento ni dejándose llevar de la vanidad. Llevaba en su fisonomía, cada vez más bella, ese candor que tan bien sienta en un carácter elevado, y que, al mismo tiempo, es señal y compañero del verdadero talento. Tal era Agustín á la vista de los hombres, pero él nos confiesa humildemente que en su interior era muy otro: que soñaba con la gloria y con el renombre, que sus miras, llenas de ambición, se dirigían al Foro, y que bajo esa

apariencia modesta, de que jamás se despojó y le era natural, ocultaba un alma, cada vez más enamorada de sí misma. «Yo, dice, ocupaba el »primer lugar en las escuelas de Retórica, lo »que me ensoberbecía y llenaba de vanidad. »Sin embargo, oh Dios mío, continúa, Vos sabéis que era más circunspecto que los otros, y »que me alejaba de las locuras de mis camaradas, llamados *eversores*. Llegué á experimentar una especie de vergüenza, porque no »era como ellos; y me complací en su amistad, »aunque siempre tenía horror á sus desordenadas travesuras, esto es, á los engaños y »chascos, con que descaradamente perseguían la »cortedad é ignorancia de los forasteros y desconocidos, inquietándoles sin razón ni interés alguno, y perjudicándoles sólo por hacer burla, »y fomentar así sus bromas de mal género. Con »tales compañeros estudiaba yo Elocuencia, en la »cual deseaba sobresalir únicamente por brillar; »deseo tanto más reprehensible, cuanto que era »citado por la vanidad (1).»

Pero, por grandes que fuesen entonces su

(1) «Et major jam eram in schola rhetoris; et gaudebam superbè, et tumebam typho... Inter hos ego, imbecilla tunc ætate, discebam libros eloquentiæ fine dannabili et ventoso per gaudia vanitatis humanæ.» (*Confes.*, lib. III, cap. III et IV.)

vanidad y ambición, no eran éstas las mayores llagas de Agustín; su corazón estaba más enfermo que su espíritu. A los primeros desvaríos de las pasiones, que tan violenta y terriblemente se manifestaron en Thagaste, había sucedido cierto malestar, acaso más terrible aún. Su alma, olvidada de Dios y entristecida, buscaba algo que pudiese satisfacerla; pero este algo que le faltaba y echaba de menos, no sabía dónde hallarle; vivía en una inquietud indefinible que le atormentaba continuamente. Lleno de vagos deseos, sin objeto ni límites, había llegado á esa situación que de ordinario precede las grandes caídas, y á menudo las anuncia. «Yo no amaba aún, dice, pero descaba amar; y devorado por este desco, buscaba un objeto á mi pasión. Recorría la ciudad para encontrarle, y me causaba tedio y aburrimiento no hallar luego lo que quería.» Continúa Agustín hablando de esto mismo, y lo hace con palabras de admirable profundidad. «Olvidado de Vos, oh Dios mío, mi corazón desfallecía, aconteciendo esto porque el alimento interior, que sois Vos, faltaba á mi alma y no sentía hambre, antes bien experimentaba hastío; ni era porque hubiese comido de él hasta saciarme sino por inapetencia, así que mi alma enferma, cubierta de úlceras y muriendo de inanición, se arro-

»jaba, ¡infeliz!, fuera de sí misma, mendigando de las criaturas algo que pudiera calmar sus ansias. Yo quería amar y ser amado, pero amado con un cariño absoluto y sin reserva de ninguna clase (1).» Agustín no tenía posición, ni podía figurar en una ciudad tan populosa; pero en cambio era joven, agradable y de porte distinguido (2): ¿cómo, pues, para desgracia suya, no había de caer, un día ú otro, en aquellas redes que tanto deseaba le aprisionaran?

Los teatros, á que, desde su llegada á Cartago, concurría con la pasión que tuvo siempre por esta clase de placeres, acabaron de precipitarle en el abismo. Para su viva imaginación y sensibilidad exquisita, que le hacía llorar á la simple lectura de unos buenos versos, ó al oír la relación de un acto generoso inspirado por el

(1). «Nondum amabam et amare amabam, et secretiore indigentia oderam me minus indigentem. Quærebam quod amarem, amans amare, et oderam securitatem et viam sine muscipulis. Quoniam fames mihi erat intus ab interiore cibo, teipso, Deus meus; et ea fame non esuriebam, sed eram sine desiderio alimentorum incorruptibilium, non quia plenus eis eram, sed quo inanior, eo fastidiosior. Et ideo non bene valebat anima mea; et ulcerosa projiciebat se foras miserabiliter scalpi avida contactu sensibillum. Sed si non haberent animam, non utique amarentur. Amare et amari dulce mihi erat, etc.» (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

(2). «Elegans et urbanus.» (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

amor, el teatro era de encanto irresistible. «Los »teatros, llenos de las imágenes de mi flaqueza y »abundantes en incentivos del fuego que en mí »ardía, también me arrebatában (1).» Al salir de allí, quedaba tan enamorado de aquellas bellezas y tan conmovido por aquellos grandes sacrificios, que no buscaba sino ocasiones de hallarlas en cualquiera cosa para sentir placer, y anhelaba realizar parecidos sacrificios, así fuesen tan penosos como los representados en el teatro.

Pero ¡ah! que estas ocasiones las buscaba hasta en el templo, pues en los primeros días de su permanencia en Cartago Agustín asistía á los actos religiosos, si bien sólo corporalmente; y tenía el corazón dominado por las pasiones, no buscando sus ojos más que un objeto que correspondiese á sus deseos. Es difícil averiguar qué le aconteció cierto día, ni cuál fué el sacrílego intento que le condujo á la iglesia, como tampoco el castigo que Dios le impusiera; porque sobre esto dice muy pocas palabras, y de sentido demasiado vago. «Mi impudencia, escri- »be, llegó á tal punto que, en una de vuestras »más solemnes festividades y en vuestra iglesia

(1) «Rapiebant me spectacula theatrica, plena imaginibus miseriarum mearum, et fomitibus ignis mei.» (*Confes.*, lib. III, cap. II.)

»misma, tuve el atrevimiento de concebir un
»pensamiento culpable, procurando á la vez cier-
»to convenio funesto, cuyas consecuencias ha-
»bían de ser necesariamente mortales. Vos me
»castigasteis por ello muy severamente, Dios
»mío, pero no en proporción de mi crimen. ¡Tan
»grande sois cuando usáis de vuestra misericor-
»dia! ¡Vos, mi Dios y mi refugio ante aquellas
»mujeres seductoras, con que yo me extraviaba
»presuntuoso y altanero; alejándome cada vez
»más de Vos, prefiriendo mis caprichos á vuestros
»santos mandamientos y amando más que vues-
»tra libertad la de los esclavos fugitivos (1)!»

Han creído algunos que aquí, en esta igle-
sia, ante el altar y en día de gran fiesta, Agus-
tin encontrara lo que de tiempo atrás venía de-
seando. Como quiera que sea, no tardó en ha-
llarlo para desdicha suya. «Caí, dice, en esas
»redes que tanto deseaba, ¡oh mi Dios! y con
»cuánta amargura sazonó vuestra bondad esta

(1) «Ausus sum etiam in celebritate solemnitarum
tuarum intra parietes ecclesiæ, concupiscere et agere
negotium procurandi fractus mortis; unde me verberas-
ti gravibus poenis, sed nihil ad culpam meam, o tu præ-
grandis misericordia mea, Deus meus, refugium meum
a terribilibus nocentibus, in quibus vagatus sum, præ-
fidente collo, ad longe recendendum a te, amans vias
meas et nontuas, amans fugitivam libertatem.» (*Confes.*,
lib. II, cap. II.)

»miel. Amé y fuí amado, y lanzándome en un
»mar de placeres, llegué á conocer los ardientes
»celos, las sospechas, los temores, las iras y las
»tempestades del amor (1).» ¿Quién era esta des-
graciada joven que, olvidando á Dios por Agus-
tín, como éste olvidaba á Dios por ella, cautivó
de tal suerte su corazón, que le siguió por mar y
tierra durante quince años, á Thagaste, á Carta-
go, á Roma, á Milán, y que no le dejó hasta el
momento de su conversión, en que bañada en
lágrimas y convertida también, se retiró á un mo-
nasterio, dándose enteramente á Dios? No lo sa-
bemos: Agustín, con reserva delicadísima, ocultó
el nombre de aquélla, especialmente á su piadosa
madre, así como también el lazo que encadena-
ba su vida, y que, ni los ruegos de Santa Móni-
ca ni sus muchas lágrimas pudieron romper.
Bien pronto, sin embargo, se vió obligado á con-
fesar su bochornoso secreto, pues en el año de 372
tuvo ya un hijo, ese memorable Adeodato á quien
más tarde, en los días de su arrepentimiento, no se

(1) «Rui etiam in amorem quo cupiebam capi, Deus
meus, quanto felle mihi suavitatem illam, et quam bo-
nus aspersisti! Quia et amatus sum, et perveni occulte
ad vinculum fruendi, et colligabar lætus ærumnosis ne-
xibus, ut cæderer virgīs ferreis ardentibus zeli, et sus-
picionum, et timorum, et irarum, atque rixarum.»
(*Confes.*, lib. III, cap. I.)

atrevíá á llamar con otro nombre que con el de hijo del pecado; pero á quien en los días de su amorosa pasión y en las primeras emociones de su triste felicidad, le llamó *A Deo datus*, dado por Dios. «Tal era entonces mi vida, exclama San Agustín, pero, ¡Dios mío! ¿era vida »esto (1)?»

Cuando supo Mónica los desórdenes de su hijo, sintió dolor tan profundo que llegó á temerse por ella. Sus lágrimas corrían día y noche, y ni aun en público lograba contenerlas. A veces, cuando salía de orar ó de asistir al Santo Sacrificio, dejaba el puesto que había ocupado todo bañado en lágrimas que á raudales brotaban de sus ojos. La Iglesia ha instituido en honor de Santa Mónica una fiesta que celebra el 4 de Mayo, y que pudiera llamarse con toda propiedad fiesta de las lágrimas de una madre cristiana; porque es lo que muy especialmente se menciona en ella. Escuchemos los términos:

ANTÍFONA 1.^a—Esta madre lloraba y oraba asiduamente, á fin de obtener la conversión de Agustín.

ANTÍFONA 2.^a—Oh feliz madre, que habíais de ser

(1) «*Talis vita mea; numquid vita erat, Deus meus?*»
(*Confes.*, lib. III, cap. II.)

un día escuchada según vuestros deseos! Entretanto, lloraba día y noche, y pedía ardientemente por su hijo.

ANTÍFONA 3.^a—Miradla, ahí está la viuda que sabe llorar, y vertió tantas y tan amargas lágrimas por su hijo.

ANTÍFONA 4.^a—Las lágrimas, que á torrentes derramaba esta Santa, llegaron hasta Vos, Señor.

ANTÍFONA 5.^a—Las lágrimas de esta madre inconsolable no cesaban de correr (1).

He aquí lo que llamo la fiesta de las lágrimas de Santa Mónica; porque todo el Oficio continúa así, revelándonos en esta madre admirable, según veremos en el curso de la historia, un dolor sin segundo en los fastos de la Iglesia.

Había no obstante una circunstancia que sostenía á nuestra Santa en su dolor, y era que no

(1) «1. Flebat et orabat assidue pia parens super filium, per quem Dominus impiorum capita conquassavit.—2. Beata mater, quæ implevit desiderium suum, dum pro salute filii plorans jugiter rogaret Dominum. Exaudisti eam nec despexisti lacrymas ejus, cum profluentes rigarent terram.—3. Hæc est illa vere flens vi-
dua, quæ filium diu et amare deflevit.—4. Elevaverunt flumina lacrymarum. Domine, per sanctam matrem, elevaverunt flumina vocem suam.—5. Flebat uberrimis lacrymis, etc.» (*Brev. Rom., Aug. 4 Maii.*)

lloraba sola: Patricio, asociándose á la fe de su esposa, empezaba á asociarse también á sus lágrimas. Es verdad que andaba lentamente, como quien venía de lejos, pero al fin iba marchando hacia la virtud, al mismo tiempo que á la verdad.

La Iglesia canta en las bellas oraciones de su liturgia (1), y San Agustín afirma (2) que esta conversión, lo mismo que la suya, se debió á las oraciones y lágrimas de Mónica; pero también, según hemos ya indicado, debe atribuirse á los encantos y celestiales atractivos de la virtud, cada día mayor, á la dulzura, á los sacrificios y á la humilde y casta ternura con que siempre había correspondido á los desdenes de su marido; y en fin, al perfume de piedad que subía al cielo de aquella alma inmolada, y ofrecida siempre en sacrificio por la salud espiritual del mismo. Todas estas virtudes reunidas, habían creado en torno de Patricio una atmósfera, en la cual, sin conocerlo, respiraba la fe. Cuando el bien, la belleza y la verdad encarnan así en la criatura, ejercen una fascinación tan suave y

(1) «Benedictione tua copiosa, quæsumus Domine, hæc munera sanctifica, quæ, in solemnitate beatæ Monicæ tibi, suis precibus et lacrymis Patritium virum suum lucrata, offerimus etc.» (*Missa Sanctæ Monicæ*, 4 *Maii*. Miss. Rom. Aug. Secr.)

(2) *Confes.*, lib. IX, cap. IX.

poderosa, que no se la resiste: es necesario huir ó sucumbir, no hay término medio.

Patricio sucumbió por dicha suya, é iba mejorando de año en año, sin apenas percibirlo; pero últimamente cambió su vida por completo. Obrando anticipadamente el sacramento del Bautismo que deseaba recibir, había comprendido cuánto valen la pureza de corazón y la bondadosa ternura, y, arrepentido del pasado, quería hacer olvidar á su esposa las crueles aflicciones que le había causado (1).

Aunque un corazón haya vivido siempre en tristeza y sufriendo, si se derrama en él una gota de cariño, luego se olvida de todo. Santa Mónica recibía entonces esta gota preciosa, y después de diecisiete años de matrimonio, su alma y la de su marido se unían con ese amor delicado y sublime á la vez, que tan bien nos describe un autor contemporáneo. «Cuando alguno ha sido para una criatura extraviada la luz que le revela su caída y el instrumento que la levanta á la altura de que nunca debió descender; este favor sublime que la libra de una muerte segura y eterna, suele inspirar á am-

(1) «Virum suum in extrema vita temporali ejus lucrata est tibi, nec in eo jam fideli planxit quod in nondum fideli toleraverat.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

«bos un atractivo indefinible, nacido del bien que el uno ha hecho, y de la dicha que el otro ha recibido (1).» Patricio y Mónica experimentaron este noble atractivo antes de separarse para la eternidad; y la ternura de la esposa para con aquella alma querida, salvada de la muerte eterna, y el reconocimiento del esposo para con ese corazón amante, tan dulce como fuerte, que le había sacado del abismo en que yacía, causaron en sus almas, que en la vejez ya no eran dos, uno de esos amores que no hay nombre con que expresar.

Ignóranse las circunstancias que ocurrieron en la muerte de Patricio, y sólo se sabe que, habiendo enfermado hacia el 371 y comprendiendo se aproximaba la última hora, pidió y recibió el bautismo con gran fervor, durmiéndose en Jesucristo cristiana y tranquilamente, asistido de aquel ángel que Dios le diera por esposa; y que á fuerza de dulzura, de paciencia, de afectuoso amor y sacrificios, había logrado traerle de muy lejos para presentarle á Dios. Retrocedamos con el pensamiento diecisiete años. Cuando Patricio contrajo esponsales con Mónica, la nobleza, la generosidad, la rectitud y la delicadeza de Patricio estaban comprimidas tan hon-

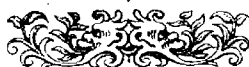
(1) El P. Lacordaire, *Santa Magdalena*.

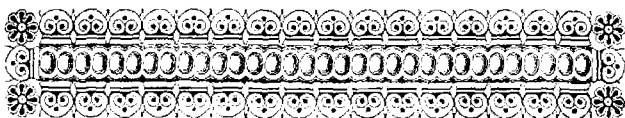
damente, que ni el ojo más penetrante, incluso el suyo, hubiera podido distinguirlas: sólo se dejaban oír el orgullo, la soberbia, el indiferentismo religioso y las malas pasiones que se habían apoderado de su alma. Pero poco á poco, y bajo la suave influencia de Mónica, todo había cambiado; las malas pasiones se retiraron al fondo del alma, mientras las buenas cualidades que un día la embellecieron, abandonando las sombrías mansiones de se habían refugiado, volvieron á aparecer y manifestarse. La luz de la fe había concluido por triunfar de todo, y cuando Patricio exhaló el último aliento, iluminaba su postrera mirada, llena de reconocimiento y felicidad. Mónica asistía á esta escena llorando de gozo y dolor á la vez; no acordándose ya de las flaquezas y de los rigores de su marido y sintiendo mucho perderle, precisamente cuando iba á gozar de su cariñoso afecto. Algún tanto consolada con la idea de volverle á encontrar en día no lejano, y preparándole modesta sepultura, reservóse en ella un puesto, á fin de estar siempre al lado de aquel cuya alma había resucitado (1).

Así consolaba Dios á su sierva, sin dejarla sucumbir al vivísimo dolor, que producían en ella los extravíos de su hijo. A cada paso que éste

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. XI.

daba en el mal, había correspondido en aquél un nuevo paso hacia el bien. Cuando Agustín empezó á alejarse de Dios, á frecuentar los teatros y á dejar arder en su corazón el fuego del vicio; Patricio, aproximándose al Ser Supremo, se hacía catecúmeno. Cuando Agustín, despreciando los consejos, ruegos y lágrimas de su madre, había encadenado su vida con un amor culpable é iba á deshonorarse á los dieciocho años con una vergonzosa paternidad; Patricio pidió el bautismo, renaciendo á la vida en sus aguas saludables, purificándose más y más en las de la penitencia, y muriendo como cristiano. Esto que vemos al principiar nuestra historia, lo veremos hasta el fin: siempre junto á los dolores de Santa Mónica hallaremos un consuelo. La recompensa era bien merecida, y Dios se la dispensaba con mucha justicia; porque si en medio de tales dolores había tenido resignación, era debido á su muy ardiente fe, y si lloraba por Agustín al parecer más de lo que debía, era por tener á Dios un amor tan grande, que no reconocía límites.





CAPITULO V

SANTA MÓNICA VIUDA. — IMPÓNESE LOS MAYORES SACRIFICIOS PARA TERMINAR LA EDUCACIÓN DE AGUSTÍN.— ROMANIANO LE AYUDA. — EN MEDIO DE SUS GRANDES AFLICCIONES MÓNICA NO PIERDE LA ESPERANZA.— PRIMER ESFUERZO DE AGUSTÍN PARA VOLVER Á LA VERDAD.

Años 372 y 375.



La primera obra que Dios había confiado á Santa Mónica, estaba terminada. Había empleado diecisiete años en cumplir su misión; pues si bien la cronología de esta historia se halla envuelta en cierta obscuridad, no obstante, cuantos se han ocupado de la Santa están de acuerdo en que la muerte de Patricio tuvo lugar el año 371. Mónica contaría entonces sobre treinta y nueve.

Conviene consignar aquí un hecho, que constantemente hemos observado en nuestros estudios hagiológicos; y es, que casi todas las grandes Santas han sobrevivido á sus maridos. Santa Mónica, Santa Paula, Santa Isabel de Hungría, Santa Eduvigis, Santa Juana Chantal, la Bienaventurada María de la Encarnación y otras muchas presenciaron la muerte de sus respectivos esposos. Toman el estado del matrimonio, pero no hacen más que atravesarle pasando por él de largo: gustan por un instante sus dulces satisfacciones, enseñando al mundo que ha de hacerse esto santamente; pero bien pronto Dios, cual si ambicionara para sí la posesión de tales corazones, desarraiga y destruye todo cuanto los rodea; dando acaso á esas grandes almas, en los dolores que sufren, ocasión y facilidad de llegar al sumo grado de la virtud, para cuyo logro rara vez hay en el matrimonio suficiente libertad. Podría creerse que cuanto más felices son en este estado, más expuestas audan á quedarse luego viudas. Santa Isabel, por ejemplo, contaba sólo veinte años, Santa Eduvigis veintitrés, y Santa Juana Chantal veintinueve, cuando Dios les arrebató la dicha de su vida conyugal. Verdad es que Santa Mónica no fué viuda hasta la edad de cuarenta años próximamente; pero también lo es que Dios no había

esperado ese tiempo sino para coronarla de espinas, y que ella en su matrimonio sólo había tenido dolores; pareciendo á causa de esto natural que no se rompiesen tan pronto sus cadenas.

No obstante, apenas hubo muerto Patricio, cuando empieza Mónica á elevarse; y, no encontrando ya obstáculos que vencer las nobles aspiraciones de su alma, limitadas y comprimidas durante el matrimonio, tienden y marchan rápidamente hacia la virtud más sublime.

No consta que Mónica recibiera del Obispo de Thagaste el velo y hábito, con que la Iglesia solía vestir las viudas deseosas de perseverar hasta la muerte en aquel estado, y que consagradas así á Dios, desempeñaban por entonces en la Iglesia muchos é importantes cargos (1).

(1) Desde su origen pensó la Iglesia, para honrar y preservar á las viudas de todo peligro, en convertir la viudez en una especie de consagración á Dios. San Jerónimo llama á este estado el *segundo grado de castidad* (Epístola XXVI), y mucho tiempo antes se había prescrito la forma de consagración que tenía lugar, no en el templo, sino en el *secretarium* ó sacristía. Desde entonces la viuda pertenecía á la Iglesia que debía cuidar de su subsistencia, y por esto en los *títulos* de ciertas viudas cristianas, se hace constar expresamente, que no le fueron gravosas: «*Ecclesiam nunquam, ó nihil gravavit.*» (Marchi, *Monumentos del arte cristiano*, pág. 98.) Desde entonces también, se las empleaba en ciertos ministerios apostólicos, verbigracia:

Es posible que el deseo de conservar la libertad para ir en socorro del hijo, que tanto necesitaba de su madre, la impidiera esta consagración; pero es también seguro que, por un sentimiento de fidelidad á la memoria de su marido, Mónica juró en su corazón no volver á casarse, y no pertenecer jamás sino á Dios. San Agustín mismo lo enseña, y al trazar algunos rasgos de su madre en aquella época, añade: « Vos sabéis »oh Dios mío, lo que era entonces mi madre: »una viuda casta, sobria y llena de caridad para »con los pobres; que prestaba á vuestros Santos »toda clase de homenajes y servicios, y que no »dejaba pasar un solo día sin asistir al Santo

visitar los enfermos, instruir los catecúmenos, etc. Hallamos además en sus epitafios esta fórmula, sorprendente para las personas poco familiarizadas con la disciplina de la Iglesia primitiva: « *Vidua sedit: ha tomado asiento* en calidad de viuda veinte años, treinta años etc. *Venerigine Matri vidue quæ sedit vidua annos LX.* (Morini, *Inscripciones de Alb.*, pág. 195.) Se lee también sobre un fragmento de piedra (*Boldeti*, pág. 452), *Vidua sedit*, aludiendo á la silla ó cátedra que ocupaban las viudas para enseñar; resultando fuera de toda duda que muchas de las sillas ó asientos que se ven en las catacumbas, estaban destinadas para ellas. (Véase Martini, *Diccionario de antigüedades cristianas.*) Pero en tiempo de Santa Mónica esta ocupación de las viudas había desaparecido; siendo reemplazada con la práctica de buenas obras fuera del templo, que el Obispo les recomendaba al bendecir el hábito.

»Sacrificio de la Misa; siendo tan asidua en la
 »iglesia que diariamente permanecía en ella
 »largas horas recogida, silenciosa y ocupada, no
 »en las novedades del día, ni en hablar con las
 »demás que iban al templo, sino en comunicar
 »con Vos, oh Dios mío, y en escucharos (1).»
 Era una de esas viudas de que habla Bossuet,
 que *verdaderamente viudas* y desoladas, puede
 decirse, se sepultan en la tumba de su mari-
 do; enterrando con sus cenizas queridas todo
 amor humano, y que, solas en el mundo, se con-
 sagran enteramente á Jesucristo, su nuevo es-
 poso (2).

A este luto que llevó toda su vida, y que es
 singularmente notable teniendo en cuenta lo
 que habia sufrido de Patricio, uníase entonces
 otro luto que, si por fortuna no había de ser eter-
 no, era sin duda más doloroso: la aflicción de una
 madre que ve perecer el alma de su hijo, y que
 para salvarla no puede hacer más que inmolarse

(1) «Viduae castae ac sobriae frequentantis eleemosy-
 nas, obsequentis atque servientis tuis, nullum diem
 prætermittentis oblationem ad altare tuum: bis in die
 manè et vesperè, ad ecclesiam tuam sine ulla intermis-
 sione venientis, non ad vanas fabulas et aniles loquaci-
 tates, sed ut te audiret in tuis sermonibus. et tu illam in
 suis orationibus.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

(2) Bossuet, *Oración fúnebre de la Princesa Palati-
 na y Cartas de piedad y discreción.* (Carta LXXXIII.)

y orar por él. En tal situación, para que sus lágrimas fuesen poderosas, y sus oraciones proporcionadas á la necesidad de Agustín, se retira y se consagra con más empeño que nunca al silencio, á la vida oculta, á consolar toda clase de miserias y, sobre todo, al puro y generoso amor de Dios.

Jamás, ni aun en su juventud, había amado Mónica los atavíos mundanos, antes bien miraba con desprecio los excesivos adornos; así que, apenas fué viuda, renunció resueltamente á todas estas cosas, y empezó á vestirse con aquella severa sencillez que distingue á las mujeres de quienes San Pablo ha dicho muy bien, que son verdaderamente viudas. A esta bella cualidad unía también una mortificación muy austera: apenas comía, y sus ayunos eran tan frecuentes y rigurosos que no había quien la igualara, no obstante ser aquélla una época en que la mortificación corporal se practicaba animosamente. Cuando por casualidad no ayunaba, y esto acontecía sólo en días festivos, se sentaba á la mesa suspirando, y miraba los alimentos como uno de esos brebajes amargos, que se suministran á los enfermos (1). El continuo recuerdo de los extravíos de

(1) «Tantâ autem gratiâ ancilla Christi jejunando alios præcellebat, quod diebus quibus ad cœnam vocabatur, tanquam ad amaram medicinam accedebat.» (*Boll.*, 4 Maii.)

su hijo y de los dolores de Jesucristo, no la permitían en la mesa goce alguno. Su conversación era dulce, inocente, humilde, franca y tan completamente cristiana que, cuando murió, y aun mucho tiempo después, nadie recordaba haberle oído una palabra que no reflejara su ardiente fe (1).

Mónica había amado siempre mucho á los pobres, y podía decirse que este amor fué su primera pasión. Desde la más tierna infancia, sentía gran placer en esperar los peregrinos para lavarles los pies, ó en trasladarse á las casas de los enfermos para prestarles sus servicios. Su desgraciado matrimonio reprimió esta inclinación, pero sin destruirla, ó más bien aumentándola, como sucede á un torrente cuyo curso se quiere detener; así es que, tan luego como fué viuda, el torrente se desbordó, y aumentado con las aguas que estaban represadas hacía diecisiete años, tomó extensión tan grande y altura tal, que ya no se contentaba con dar de comer á los pobres; sino que también los curaba, ungía con aceite sus asquerosas llagas, los besaba respetuosa, los cubría de caricias y los bañaba con lágrimas. Los

(1) «Nunquam verbum seculare... Sed in omnibus verbis suis et factis, semper Christum nominabat.» *Boll.*, 4 Maii.)

pobres á su vez, como fuera de sí y llenos de gratitud, no se contentaban cual en otro tiempo con llamarla su madre, sino que la llamaban también su criada. El primero de estos títulos significaba la ternura y caridad de Mónica para con los mismos pobres, y el segundo revelaba su heroísmo y los humildes y bajos oficios, á que descendía impulsada por el gran amor que los tenía (1).

Entre la multitud de pobres, de afligidos, de desgraciados y enfermos que Mónica llevaba siempre en el corazón, habia sus categorías y preferencias, creadas por ella siendo niña, pero que recobraron su puesto, tan luego como envinó (2).

(1) «Ut non solum mater pauperum vocaretur, sed ancilla. Et quia, dum vir ejus vivebat, potestatem proprii corporis non habebat, ideo eleemosynas non ita largiter tribuebat. Sed postea ita vixit, ut non solum eleemosynas largiter tribueret, sed etiam cicatrices pauperum liniret.» (*Boll.*, 4 Maii.)

Hæc egenis ministravit
Et in eis Christum pavit.
• Mater dicta pauperum:
Curam gerens infirmorum
Lavit, stravit et eorum
Tersit sordes vulnerum.

(Adan de San-Victor. *Himno de Santa Mónica.*)

(2) *Confes.*, lib. V. cap. IX; lib. IX. cap. IX; lib. IX. cap. XIII.

Su especial afición era cuidar de los enfermos pobres á domicilio y en los hospitales; pues en aquel Imperio romano tan conmovido, empezaban á nacer ya estos establecimientos (1). y en tanto que la Iglesia los proveía de Hermanas de la Caridad, creación más hermosa aún que los mismos hospitales, Dios infundía en el corazón de las mujeres cristianas el pensamiento de servir á los enfermos; y la Iglesia confiaba este cuidado especialmente á las viudas, que se relevaban para que día y noche no careciesen éstos de asistencia. Santa Mónica era de las más fervientes y asiduas, y pasaba largas horas á la cabecera de los enfermos, contemplándose feliz cuando servía á nuestro Señor Jesucristo en la persona de los pobres (2).

(1) Los hospitales, *nosocomia*, que empezaron á crearse en el imperio de Constantino, porque hasta entonces la Iglesia, sin libertad para obrar, cuidaba de los pobres á domicilio, por medio de diáconos regionarios y de viudas consagradas á Dios; no eran, como los hospitales de nuestra época, vastos edificios que revelan unidad, sino un conjunto de casas independientes, (*domunculae*), de modo que cada enfermo tenía su habitación separada. (Procopio, *De Aedif.*; Justinian., t. I, caput II; *Hist. Bizant.*, III; Gregorio Nacianceno, Orat. III. Véase el nuevo y excelente *Diccionario de antigüedades cristianas*, por el Abate Martini.

(2) «Die noctaque infirmos visitabat... Satagebat mirabiliter opera pietatis pro posse cordialiter implere, super omnia infirmis servire.» Idem, *itidem*.

Además del cuidado de éstos, obra tan laudable y meritoria, había otra en aquel tiempo más necesaria aún, y que recomendaban mucho los Obispos á todos los cristianos, pero especialmente á las viudas: era la de enterrar á los muertos. Procuraba la Iglesia crear un tierno y delicado interés por los restos mortales del hombre, y nada contribuía á su desarrollo tanto como el ver á señoras distinguidas, á nobles y elegantes patricias lavando, por sí mismas, los cuerpos de los pobres é infelices esclavos, aromatizándolos, amortajándolos y dando á veces sus más ricos vestidos para sepultarlos (1). Santa Mónica seguía estos bellos ejemplos: cuando, por sí misma, había asistido y cuidado á un pobre, no cedía á nadie el honor de darle sepultura. Le lavaba, le cubría con un sudario, y como no había podido llenar este deber con nuestro Señor Jesucristo, se consideraba dichosa y honrada haciéndolo con uno de sus miembros. Ultimamente, acompañaba el cadáver hasta el cementerio, encargando luego que se pidiese á Dios por el alma del difunto (2).

Aun había para Mónica otra cosa que intere-

(1) August., *De Civit. Dei*, lib. XII, cap. XIII; Lactant., *Instit. divin.*, lib. VI; Tertull., *Apolog.*, XLII; Euseb., *Hist. Eccles.*, VII, XVI.

(2) Boll., 4 de Mayo.

saba mucho más su corazón, y á la que se aplicaba con ardiente celo y especial cariño. Profesaba grande amor á los niños huérfanos que se hallaban expuestos á perder la fe, por no haber quien en ella les sostuviese. Se esforzaba por servirles de madre, los educaba y muchas veces hasta los recogía en su misma casa, sentándolos á su propia mesa. ¿Quién no ve en esto una bellísima inspiración de su corazón de madre, y de madre afligida? Mónica daba estos hijos á Dios, para que Dios la devolviese su Agustín; infundía la fe y el amor en estas tiernas almas, á fin de obtener de Dios la conservación de la fe y el renacimiento del amor divino en el corazón de su hijo (1).

Pero la más bella de todas las obras, la más necesaria y delicada á que se entregaba con todo el corazón, y á que Dios la había destinado de un modo especial, era el consuelo de las viudas y de las mujeres casadas (2). Mas ¡ay! que para las primeras aún puede haber consuelo; pero en cuanto á las segundas ¿quién piensa en ellas? ¿quién podría hallar medio de consolarlas? No hay á veces llaga más dolorosa, pero tampoco más secreta: va el dolor en el alma, y es nece-

(1) Boll., 4 de Mayo.

(2) «Viduas et maritatas consolari.» — *Boll.*, 4 Maii.

sario soureir. ¡Cuántos hogares domésticos hay donde el amor no ha penetrado jamás! ¡Qué de matrimonios, más tristes todavía, en donde por un instante brilló la llama del amor; pero sobrevinieron luego la indiferencia, el olvido y el abandono; quedando sólo cenizas frías de los primeros ardores! ¡Qué de almas, cuya suerte es generalmente envidiada, y llevan, sin embargo, en el fondo del corazón llagas para las que no hay consuelo posible! Santa Mónica lo sabía por experiencia, y se consagraba á estas curas difíciles, empleando toda su dulzura, su exquisita delicadeza, su profundo y luminoso ingenio, y obteniendo en tal empresa maravillosos resultados. He aquí algunas obras de caridad, en que Santa Mónica pasaba su vida. Mas como acontece que si los placeres cansan, los continuos sacrificios llegan á fatigar; cuando desmayaba, corría á reponerse y tomar nuevos bríos cerca de Jesucristo, siempre presente en el augusto Sacramento, manantial vivo é inagotable de amor y de sacrificio.

Cualquiera que por la mañana ó por la noche entraba en la iglesia de Thagaste, veía allí á Santa Mónica en oración, recogida, inmóvil, arrodillada (probablemente en el mismo rincón de que tanto gustaba en su niñez), y llevando sobre su rostro hermoso, pero surcado de lágrimas, la expresión viva de su fe y de su amor á

Dios. Además de las horas en que se celebraban los divinos oficios, á los cuales no faltaba nunca, iba de ordinario dos veces á la iglesia; orando largo rato, y leyendo los libros santos que no dejaba de la mano, especialmente los salmos que solía regar con sus lágrimas (1).

Profesaba Mónica tierna devoción á los Santos, particularmente á los mártires; y con frecuencia iba en peregrinación á los sepulcros y lugares que ilustraron con algún hecho heroico. El día de la fiesta, llevaba á sus altares un canastillo lleno de pan, vino y viandas, que luego depositaba sobre los sepulcros, y después de tomar algo, pues, según la creencia de aquellos tiempos, era esto medio y modo de participar las virtudes y méritos de los Santos, distribuía el resto á los pobres; teniendo sí particular cuidado de no incurrir en los abusos que empezaban á deshonrar esta antigua y veneranda costumbre, y que habían de ocasionar su desaparición. «Cuando ella, dice San Agustín, llevaba á la tumba de los mártires su canastillo de ofrendas fúnebres, gustaba alguna cosa de las mismas, y distribuía el resto; no reservándose sino una pequeña cantidad de vino, la que el honor de las santas memorias podría exigir de su extrema

(1) *Confes.*, lib., V, cap. IX.—*Boll.*, 4 de Mayo.

»sobriedad. Si en el mismo día se celebraban dos
»ó más piadosos aniversarios, llevaba para todos
»los sepulcros un pequeño frasco de vino agua-
»do, que dividía entre los suyos con el fin de sa-
»tisfacer á su piedad, pero de ningún modo á su
»gusto (1).»

Todas las mañanas asistía Mónica á la santa Misa, comulgando con profundo respeto, y entonces y después, cuando oraba, recibía de Dios especialísimas gracias. Pero entre todos los misterios, el que más levantaba su alma y más la enternecía, era el de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo en la cruz, resultando para Mónica insostenible: ¡tanto la afligía y sacaba de sí (2)!

Un día, en particular, que contemplaba el misterio de la Redención, procurando comprender la inmensidad de beneficios que derivan de la Pasión del Salvador, llenó Dios su alma de tan brillante luz y vivo amor, y sintió afluir á sus ojos tal abundancia de lágrimas, que, próxima á desfallecer y queriendo ocultar esta gracia, salió precipitadamente de la iglesia; pero era tarde, pues ya sus lágrimas corrían á torrentes. Apresuráronse á socorrerla los que allí estaban, procu-

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

(2) «Crucem ejus in corde ejus infixit et passionem.»
(*Boll.*, 4 Maii.)

rando consolarla, en la creencia de que sus lágrimas eran producidas por el dolor; pero ¿qué pueden las criaturas en tales momentos? Su corazón acababa de recibir una de esas profundas heridas, que el amor de Dios causa á veces en las almas buenas, y sus lágrimas crecían siempre, sin agotarse nunca (1).

Es el único hecho de este género, que en la vida de Santa Mónica no se ha relegado al olvido. Pero, ¡qué horizonte nos descubre! ¡qué de virtudes indica! ¡qué unión con Dios nos hace vislumbrar! y por el contrario, ¡qué disgusto produce la imposibilidad de contemplar en todos sus detalles una vida que ha sido sin duda tan bella

(1) «Dum autem quadam die, pręventa et visitata a te, Domine, beneficia tua, quę tu in carne humano generi clemens exhibuisti, ancilla tua consideraret, tantam gratiam tantamque lacrymarum copiam, torculari tuę crucis expressam. in passione tua adinvenit, quod vestigia ejus per ecclesiam lacrymę desuper pavimentum defluentes ostendebant; et quanto plus ab effluentia lacrymarum hortabatur desistere, tanto plus fluxius lacrymarum oriebatur.» (*Boll.*, 4 Maii.

O matrona gratiosa
 Quam transfigunt amorosa
 Crucifixi stigmata.
 His accensa sic ploravit,
 Lacrymis quod irrigavit
 Pavimenti schemata.

(*Hymn. Sanctę Monicę.*

y tan perfecta! No será ésta, ciertamente, la única vez que hayamos de sufrir semejante disgusto, pues se renovará muchas veces en el curso de la historia. ¿Dónde está, por ejemplo, la vida de oración de Santa Mónica? ¿dónde encontrar los detalles de sus mortificaciones y penitencias, que tan prodigiosas debieron de ser durante los extravíos de su hijo? ¿y sus ejemplos de desapego á las cosas terrenas, y sus ejemplos de abnegación? ¿y sus humildes virtudes en la vida de familia? ¿y los rasgos heroicos de su caridad? Diríase que Dios ha querido ocultarnos cuanto á ella se refiere: la hija, la esposa, la servidora de los pobres, la mujer contemplativa, y que sólo ha querido dejarnos ver la madre...

Pero esta madre se engrandece más y más en cada prueba, y bajo este punto de vista, si la muerte de Patricio fué para ella una de las más crueles, que hasta entonces había experimentado, también le fué la más beneficiosa. Patricio tenía pocos bienes, y, como hemos dicho antes de ahora, sólo á fuerza de privaciones podía cubrir los gastos de la educación de su hijo; pero como éstos hubieran excedido á los recursos, quedaba la viuda en situación muy embarazosa. Ciertamente que Mónica se preocupaba poco de tal situación en cuanto pudiera afectar á su persona: tenía vocación á la pobreza, y la pobreza no bus-

cada, es decir, la que Dios envía, es á los ojos de los Santos mejor que otra alguna; pero Mónica era madre, y las privaciones que una madre acepta para sí, no las quiere para sus hijos. Por otra parte, como considerase que era una desgracia para Agustín la interrupción de sus estudios, porque su corazón y su espíritu se debilitarían con la vida ociosa, monótona é insubstancial de Thagaste; antes que consentirlo, resolvió imponerse los más duros sacrificios y condenarse á toda clase de privaciones.

Agustín realizaba entonces, ó mejor dicho, superaba las esperanzas que había hecho concebir durante su adolescencia; el esplendor de los estudios literarios era nada comparado con el brillante éxito que coronaba sus estudios filosóficos. Empezábase á ver que su principal don no estaría, ni en la elocuencia que fué en él admirable, ni en su sensibilidad que era exquisita, ni aun en su ingenio, tan natural, tan brillante, tan perspicaz. Por encima de estas cualidades que se manifestaron las primeras, debía descollar una especialidad llamada á eclipsarlo todo; y precisamente el año 372, cuando Mónica sufría todas las torturas de una madre que no halla medio de completar la educación de su hijo, fué el tiempo en que ese don, superior á todo, vino á revelarse con inusitado estrépito. Veamos cómo.

Cuando Agustín no se ocupaba más que en los estudios literarios, había oído hablar muchas veces á sus maestros en Retórica de las *Categorías* de Aristóteles, como de un libro tan profundo, que no se podía comprender sin la cooperación de hábil profesor y mediante figuras trazadas en la arena, para hacer más perceptibles las obscuridades metafísicas que contenía. Impaciente por conocer estos arcanos, y no teniendo suficiente fuerza de voluntad para esperar la época en que tales cosas debían explicársele, abrió el libro y empezó á estudiar por sí solo. Grande fué su admiración al ver que no encontraba dificultad alguna, resolviendo fácilmente los más arduos problemas; y efectivamente, cuando más tarde hubo de asistir á las explicaciones públicas, nada nuevo pudo ya enseñársele, porque todo lo había entendido perfectamente.

Del mismo modo, sin la ayuda de nadie, leyó todos los libros de Dialéctica, de Geometría, de Música y de Aritmética, no hallando en tales materias la menor dificultad; que experimentaba, sí, cuando quería explicarlas á los demás, palpando y admirando entonces lo mucho que, aun á personas dotadas de gran inteligencia, costaba el comprenderlas. Era muy pequeño el número de los que podían seguirle, aunque siempre á gran

distancia (1); y no contando entonces más que diecinueve años, era evidente que ya poseía esa mirada de águila, á que no ofusca luz alguna, y ese poderoso vuelo que le permitía remontarse hasta las más elevadas esferas.

A la par que se descubría el gran genio de Agustín, manifestábase también su especial caridad y generoso corazón. La rebeldía y caprichos de su infancia habían desaparecido, siendo reemplazados por la más encantadora dulzura. Era cada vez más reservado y modesto, no gustaba de elogios ni de aplausos, evitaba las bulliciosas reuniones de sus condiscípulos, amaba la dignidad, era celoso de su honra y, por último, vivía siempre agradecido á quien le hiciere algún bien: así como lucía en su cabeza un talento extraordinario, llevaba igualmente en el corazón un don soberano del que fluía siempre delicada ternura.

Empezábase á ver al mismo tiempo lo que serían sus facciones, su fisonomía, su exterior y la forma, en fin, del vaso precioso llamado á contener tan brillante ingenio. Su estatura era sobrecorta, no pasando de mediana; el temperamento delicado y nervioso, cual es de ordinario el de las almas grandes, según San Gregorio Nacian-

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. XVI.

ceno; la piel fina y transparente, y la mirada escrutadora, pero dulce, reposada y llena de ternura. Su voz débil, su garganta delicada y su pecho comprimido é irritable le hacían más apto para contemplar que para hablar; ó al menos, mejor para persuadir con palabra íntima y afectuosa en un círculo de amigos escogidos, que para dominar con arranques de gran elocuencia en asambleas tumultuosas. Su conjunto, en fin, era sobremanera elegante y distinguido (1).

Si hubiese sido Mónica como las señoras del mundo, tal conjunto de cualidades y talento tan precoz y brillante, le habrían entusiasmado llenándole de maternal orgullo; pero bajo un exterior tan bello, descubría ella horribles estragos y una llaga que se dilataba cada vez más, un espíritu, un alma inmortal, ¡el alma de su hijo

(1) Así está representado San Agustín en un retrato muy antiguo que se conserva en Milán: aparece joven, en época anterior á su conversión, cuando enseñaba Elocuencia en aquella ciudad. *«Le presenta, nos dice persona muy competente, vestido con un traje que el vulgo llama MAXIQUEO, pero muy propio de aquellos tiempos, ó por lo menos de los países de Africa, y que no difiere cosa del que, aun en nuestros dias, se usa de ordinario en Lercante. El color es bermejo, tirando á sonrosado: su frente espaciosa, su mirada penetrante, sí, pero dulce y tranquila; y el conjunto esbello y gentil.»* Cuantos autores han hablado del santo Doctor, nos le pintan del mismo modo.

idolatrado que iba á perecer! Tal perspectiva lo cubría todo con un velo mortuario, y completaba la desolación maternal el ver que con la virtud iba desapareciendo del alma de su Agustín, hasta la misma fe! Desde el corazón, do habían nacido como nacen siempre, empezaban las tinieblas á subir hasta su espíritu; pudiéndose predecir que, después de abandonar la virtud, renegaría de la fe; mejor dicho, ya no había que predecir: del primer abismo había caído en el segundo, y la pérdida de la fe había seguido inmediatamente á la desaparición de la virtud. «¡Ay de mí! dice San Agustín, ¿de qué me sir-
»vieron entonces esa prontitud y vivacidad de
»comprensión, con la cual y sin auxilio de nadie,
»adquiría las ciencias, y entendía los libros obscuros y difíciles; puesto que había caído en excesos tan horribles y en un indiferentismo tan
»vergonzoso respecto á las obras de piedad? ¿No
»eran más dichosos los que, por su corta edad
»unos, y otros por su menor inteligencia, no se
»extraviaban como yo, y resguardados en el nido
»de la santa Iglesia, esperaban allí seguros á robustecerse en la fe y á adornarse con las alas de
»la caridad (1)?»

(1) «Quid ergo mihi tunc proderat ingenium per illas doctrinas agile, et nullo adminiculo humani magisterii tot nodosissimi libri enodati, cum deformiter et sacrí-

Mónica seguía los progresos de ese terrible mal, sobresaltada, pero sin decaer de ánimo. Tenía fe en Dios, en el corazón generoso de Agustín y también en la solidez y fuerza de su espíritu: por esto, esperando que la ciencia le atraería de nuevo á Dios, antes que verle interrumpir sus estudios se decidió á los mayores sacrificios, imponiéndose, á fin de sostenerle en Cartago, toda clase de privaciones. Pero, ¡ah! ¿qué recursos pueden proporcionar las privaciones de una mujer? Mónica sufría silenciosa y discreta esta pena que se mezclaba con tantas otras, cuando un amigo de Patricio llamado Romaniano, (caballero de Thagaste, cuyo nombre debe pasar á la posteridad, rodeado del reconocimiento de la Iglesia y del mundo), adivinando las ansiedades de Mónica, vino con delicadeza suma á ofrecerle cuanto fuera menester para cubrir los gastos necesarios, hasta que Agustín concluyera sus estudios.

Era Romaniano sobremanera rico, pero su alma, su nobleza, la generosidad y ternura de su corazón, á la par que su clara y bella inteli-

lega turpitudine in doctrina pietatis errarem? Aut quid tantum operat parvulis tuis longe tardius ingenium, cum a te longe non recederent, ut in nido Ecclesiæ tuæ tuti plumescerent et alas charitatis alimento fidei nutrent?» (*Confes.*, lib. IV, cap. XVI.)

gencia, valían mucho más que todas las riquezas (1). Conoció, mejor dicho, adivinó el gran talento de Agustín, y á fin de que pudiese con menos dispendios continuar sus estudios, propuso á Mónica que fuera á Cartago, y se alojase en una casa de su pertenencia.

Siempre es bueno, por lo demás, obligar corazones como el de este distinguido joven, que en las páginas todas de sus escritos hace oír la voz del reconocimiento. «¡Oh Romaniano! ¿cómo podré manifestarte mi gratitud? ¿no fuiste tú quien
»al partir yo, joven y pobre, para continuar los
»estudios en una ciudad lejana, me ofreciste
»casa, bolsillo, y lo que es más todavía, afectuoso apoyo? Y cuando tuve la desgracia de
»perder á mi padre, ¿no fuiste tú también, quien
»me consoló, me aconsejó, y me ayudó con dinero? En Thagaste, nuestra pequeña ciudad,
»me distinguiste ya, honrándome públicamente
»con tu amistad, y poniendo á mi disposición la
»mitad de tu casa (2).»

(1) Aug., *Conf. Acad.*, lib. I, c. I; lib. II, c. I et III.

(2) «Tu me adolescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem, et domo et sumptu et, quod plus est, animo suscepisti: tu patre orbatum amicicia consolatus es, hortatione animasti, ope adjuvisti. Tu in nostro ipso municipio favore, familiaritate, communicatione domus tue pene tecum clarum primatemque fecisti.» (*Contra Acad.*, lib. II, cap. II.)

Si grande fué la gratitud de Agustín por tanta generosidad, unida á tan rara delicadeza, todavía fué mayor la de Santa Mónica. Conservó ésta siempre en su corazón el recuerdo de sus beneficios, y cuando Romaniano tuvo un hijo, al cual llamó Licencio, Mónica cuidaba de él con el amor más tierno, y le vigiló con solicitud y vivo interés, durante su brillante, precoz y peligrosa juventud; patentizando así que deseaba servir de madre á Licencio y manifestar agradecimiento á Romaniano, ya que éste habia sido un segundo padre para Agustín.

Sostenido por generosidad tan oportuna, menos agitado por las pasiones que, en el lazo culpable y criminal parecían tener una especie de freno, y elevado quizás á pensamientos más altos, efecto de la muerte de Patricio, (pues, aunque entregado al pecado, su preclaro ingenio y gran corazón no dejaban de comprender la lección clarísima que brota siempre de la tumba de un padre), Agustín emprendió de nuevo sus estudios, hacia los que su madre le empujaba con ahínco. Esta mujer eminente, que parecía tener el presentimiento de la vuelta de su hijo á la senda de la virtud por medio de la ciencia (1), y en su clara penetración compren-

(1) «Non solum nullo detrimento, ac etiam nonnullò adjumento ad te adipiscendum futura existimabat ma-

día que todo lo que eleva al hombre, le aproxima á Dios, demasiado discreta para poner en manos de su hijo los libros santos, de que su corazón viciado no habría sacado provecho alguno, ó los apologistas cristianos, que su débil fe no comprendería; le impulsaba hacia las extensas playas de la Filosofía antigua, y, bajo pretexto del estilo, le instigaba sin cesar al cultivo de su espíritu (1).

Las excitaciones de Mónica, su imaginación que empezaba á tomar vuelo y el curso natural de los estudios, que le llevaba á las imperecederas obras de los sabios antiguos, hicieron que por el año 373 cayera en manos de Agustín el *Hortensio* de Cicerón. Era éste un libro en que el eminente orador exponía y discutía todos los sistemas filosóficos, ilustrándolos con su clara inteligencia. Descartaba, ó mejor dicho, despreciaba á los miserables sofistas, que á fuerza de sutilezas habían obscurecido la verdadera Filosofía, ó que haciéndola objeto de especulación, la habían deshonorado; y se volvía á Platón y á Sócrates, para ensalzar esa Filosofía bella y noble que eleva el alma á Dios, alejándola de la

ter) usitata illa studia doctrinae» (*Confes.*, lib. III, cap. III.)

(1) *Confes.*, lib. II, cap. IV.

tierra, y de la que Sócrates ha dicho muy bien, que «filosofar es aprender á morir»: al hacerlo brotaban de sus labios torrentes de elocuencia, de luz y de armonía. Cicerón es efectivamente uno de los hombres que mejor han hablado, es decir, que han sabido dar más energía y vida á sus escritos; porque la elocuencia no es otra cosa, que un lenguaje que arrebatara el alma y la enajena, olvidándose de sí á vista del bien y de la belleza. Verdad es que en Cicerón ese lenguaje es tan amplio y anda revestido de formas tan espléndidas, que el común de los hombres se detiene admirado; pero el alma que late bajo tan elegante vestidura, es todavía más grande, más profunda, más harmoniosa y más espléndida (1).

San Agustín quedó encantado leyendo el *Hortensio*, sus ideas rastreras y bajas se elevaron repentinamente, tomaron nueva fuerza, y él, despreciando mundo, fortuna, ambición, triunfos y hasta la gloria, empezó á pensar en Dios de todas veras energía. «Este libro, dice, renovó mi alma: mis deseos, mis votos, y mis aspiraciones, aun las más profundas, tomaron otra dirección; el mundo me pareció vil y despreciable, consumíame en un amor ardiente por esta sabiduría

(1) «Ciceronis cujas linguam fere omnes mirantur, pectus non ita.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

«inmortal, y empecé á levantarme. oh Dios mío, para volver á Vos (1).»

Si esta variación se hubiese verificado un año antes ¿quién es capaz de juzgar lo que habría hecho Agustín? Posible es que, sacudiendo sus alas hasta entonces sólo entorpecidas, hubiera volado por el camino de la luz y de la verdad: pero en 373, después de la caída que hemos referido, su alma estaba aprisionada y había perdido toda su fuerza. Esto era natural, pues no sólo el Evangelio, sino también Platón, á quien explica Marco Tulio, enseña que el *bien* es padre de la *bea*; que el movimiento del espíritu, cuando sube á Dios, debe apoyarse en las fuerzas del amor; que este proceder llamado por él con gran propiedad, *movimiento de las alas del alma*, implica una condición moral, la de purificar el corazón; y que el alma, en fin, no desarrolla sus alas sino por la virtud (2).

Aunque Agustín no tuviese el valor de re-

(1) «Ille liber mutavit affectum meum... Vota ac desideria mea fecit aliter.—Viluit mihi repenté omnis vana spes, et immortalitatem sapientie concupiscebam æstu cordis incredibili, et surgere ceperam ut ad te redirem.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV).

(2) Gratry, *Del conocimiento de Dios*, tomo I, cap. II: *Teodicea de Platón*, pág. 51.—Se hallan en ésta los textos mismos del filósofo.

mover todos estos obstáculos, y careciera por tanto de verdadera resolución, ¡con qué ardor se lanzó en busca de la sabiduría! «¡Oh! exclama, » ¡cuán vehemente era en mí, oh Dios mío, el » deseo de olvidar las cosas de la tierra, para » emprender el vuelo hacia Vos! Sentíame excita- » do vivamente á amar, á buscar, á tocar, á abra- » zar la sabiduría, fuera lo que fuese. Éxtasiába- » me el que el *Hortensio* no propusiese la elección » de tal ó cual secta, sino la sabiduría misma, y el » que no ofreciese á mi amor, á mis deseos y solici- » tud más que su casta posesión; así que me halla- » ba enardecido y rebosando entusiasmo (1).» Por espacio de muchos años fué esto en Agustín una especie de delirio, constituyendo la primera de las grandes crisis, porque debía atravesar en averiguación de la verdad.

No obstante lo dicho, existían dos causas que, poco á poco, mitigaron su ardor en el estudio de la sabiduría antigua. Leyó con avidez, y en breve espacio, cuanto la filosofía ha concebi- do sobre Dios, sobre el alma y sobre el mundo; pero la incertidumbre, que bien pronto echó de

(1) «Quomodo ardebam, Deus meus, quomodo ardebam revolare á terrenis ad te!... Sapientiam ut diligere, et quærere, et assequere, et tenere, atque amplexare fortiter, excitabar sermone isto, et accendere, et ardebam.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

ver en los diversos sistemas, le desanimó por completo. Agustín buscaba la luz, y la deseaba, como todos, abundante, positiva é inmutable; pero no encontraba sino chispas, vislumbres y pequeños rayos de esa misma luz que tanto apetecía; no consiguiendo, por fin, cosa precisa, completa ni segura. Todo pendía de un hombre, ó más bien de él; pues él mismo, ante aquel caos filosófico, se veía obligado á investigar lo que cada uno había dicho; á coger de todos y formar después un cuerpo con aquellas partes que creía más en armonía; viniendo de este modo á ser él mismo su maestro y su juez. Así lo practicó en efecto; pero lo que hoy juzgaba verdad inconcusa, era mañana verdad pálida, y al día siguiente había perdido toda su fuerza. Cada día de estudio le ofrecía una nueva luz, y frecuentemente una nueva duda: pensaba siempre que iba á asir, estrechar y poseer la verdad; pero al apercibirse luego de que no era sino sombra y fantasma lo que había creído realidad, cual se cree burlado el sediento á quien sólo se le ofrece una gota de agua, empezó á persuadirse de que la verdad no estaba donde había pensado, al menos tan segura y positiva cual él la buscaba.

Pero aún existía otra segunda causa y motivo de que Agustín empezara á alejarse de este estudio. Encontraba en él admirable luz sobre Dios, el alma, lo infinito, el bien, la perfección,

la verdad y el orden, pero, ¿por qué no decirlo? no encontraba allí á Jesucristo. «El nombre de »Jesucristo, dice San Agustín, le había yo »mamado amorosamente con la leche de mi »madre y se conservaba en el fondo de mi corazón. Sin este nombre, no había libro alguno, »por lleno que estuviese de doctrina, elocuencia »y verdad, capaz de entusiasmar-me, quedando »aún en lo más íntimo de mi ser bastantes fibras »sin conmoverse (1).» ¿Y qué fibras eran éstas, tan dichosamente rebeldes? Se comprende fácilmente: eran las que Mónica había excitado en su niñez y que, consagradas por tan cristiana excitación, no había cosa capaz de impresionarlas, fuera del nombre de Jesucristo.

Dominado por esta viva impresión, deseoso de arribar á la verdadera sabiduría, y persuadido de no hallarla fuera de Jesucristo, abrió Agustín las Santas Escrituras. Pero ¡ah! si no estaba en disposición de volver á Dios por medio de Platón, mucho menos podía por la vía de Jesucristo.

(1) «Hoc solum me in tanta flagrantia refrangebatur, quod nomen Christi non erat ibi, quoniam hoc nomen secundum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris mei, Filii tui, in ipso adhuc lacte matris tenerum cor præbiberat et alte retinebat; et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum, et expolitum, et veridicum, non me totum rapiebat.» (*Confes.*, lib. III. cap. IV.)

Para saborear el Evangelio, se necesita un espíritu humilde y un corazón puro y tranquilo; los espíritus orgullosos no son dignos de comprender tales misterios, y los corazones agitados no son capaces de llegar á percibirlos: así es que, apenas había empezado su lectura, cuando ya la abandonó. «Abrió la Santa Escritura, dice él mismo, y he aquí lo que vi en ella: un edificio donde no penetrarán los soberbios, con entrada baja, bóvedas inmensas y profundidades misteriosas; pero entonces no era yo tal que pudiese entrar en tan majestuoso templo, bajando mi cerviz y acomodándome á su narración y estilo. Habiéndome á la palabra sonora de Cicerón, despreciaba el lenguaje sencillo de las Santas Escrituras, y mi orgullosa mirada no era capaz de penetrar sus profundidades. Después he conocido, que esta doctrina se muestra sublime y elevada á los que son humildes y pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño, y en mi orgullo me figuraba muy grande (1).» Pero aún dice más en otra parte, con no menor hu-

[1] «Et non eram ego talis ut intrare in eam possem, aut inclinare cervicem ad ejus gressus... Visa est mihi indigna quam Tullianæ dignitati compararem... Verum illa erat, que cresceret cum parvulis, sed ego declinabar esse parvulus, et turgidus fastui, mihi grandis videbar.» (*Confes.*, lib. III, cap. V.)

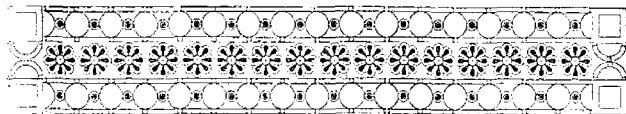
mildad: «Creed á mi experiencia: yo en la juventud intenté leer las Santas Escrituras, pero la vida culpable me impedía su inteligencia: y como tenía el corazón manchado, no pude jamás penetrar en ellas (1).»

¡Cosa admirable, en efecto, y bastante á probar la divinidad de los libros santos! ni el talento, ni la ciencia, ni el ingenio, ni la pasión estudiosa han llegado jamás á penetrar los conmovedores, y profundos misterios del cristianismo; se ha necesitado unir á estas cualidades la humildad, la pureza de corazón, el amor, sobre todo, y esto por una razón muy sencilla; porque son misterios de amor, y en consecuencia, de humildad, de pureza y sacrificio. Esperemos, pues, á que un rayo de estas preciosas virtudes penetre en el corazón de Agustín, y ese libro que hoy cierra sin comprenderlo, le abrirá mañana de nuevo, y la primera línea que lea, le arrancará torrentes de lágrimas, las cuales más aún que el talento, han de perpetuar su nombre. Pero este mañana está todavía lejos, y necesitamos esperarle largo tiempo.

(1) «Loquor vobis aliquando deceptus, cum primo puer ad divinas Scripturas ante vellem afferre acumen discutiendi quam pietatem querendi, ego ipse contra me perversis moribus clauderam januam Domini mei...» (*Serm. 65 de Diversis*, cap. V.)

Estudiando la vida de Agustín á los diecinueve años, veíase claramente que no tornaría pronto á la verdadera fe; porque era necesario purificar el corazón y romper los lazos culpables, para lo cual no tenía suficiente fuerza; pero también podía preverse que Agustín ni volvería al paganismo, ni siquiera á su filosofía; porque hay abismos, á que no descienden las almas educadas por madres cristianas, y si algún error, en el extravío de su razón, podía cautivarle, sería aquel donde hallase el nombre de Jesucristo sin tropezar con su cruz, y que le ofreciese las luces del Evangelio, sin exigirle ningún sacrificio. Así sucedió en efecto.





CAPITULO VI

PRINCIPIO DE LA CRISIS MANIQUEA.—AGUSTÍN, DESPUÉS DE APROXIMARSE AL CRISTIANISMO, CAE EN EL ERROR MANIQUEO POR FALTA DE HUMILDAD Y DE PUREZA.—CONDUCTA INCOMPARABLE DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA.—ES IMPOSIBLE QUE PEREZCA EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS.

Años 374 al 377.

HABÍASE propagado por entonces cierta doctrina, que ejercía sobre los espíritus un encanto singular, y que, antigua sin duda, no se sabía con precisión cuándo naciera; constando sólo que procedía de las doctrinas persas, caldeas y egipcias fusionadas, á las que se había unido la filosofía griega, después de las conquistas de Alejandro y de las expediciones romanas hasta el Asia. ¿A quién se debió esta mezcla singular? Difícil era saberlo, y á la verdad

que nadie procuraba averiguarlo. Decíase que cierto árabe llamado Escitiano, un siglo atrás, había ocupado sus ocios en preparar dicho sistema, pero que no ofreciéndole porvenir alguno, le había cedido á un amigo llamado Terebinto; que éste procuró su propagación, y no hallando prosélitos, le había legado con sus bienes á una viuda rica, única que había creído en él; que ésta, no teniendo hijos, había comprado un esclavo llamado Manés, á quien, adoptado é instruido, encomendó á su fallecimiento la famosa doctrina que, secular ya, permanecía aún desconocida: cosas por el estilo corrían entre el pueblo, pero importaba poco que dichos pormenores fuesen inventados ó reales; pues el hecho es que la doctrina viene de Manés, siendo él en efecto quien la dió el espíritu y la forma que dan vida al sistema; él quien la lanzó al mundo dos veces, y la primera, bajo una forma puramente pagana, sin obtener éxito alguno. Esto le hizo comprender que el Cristianismo estaba muy extendido, y que un sistema, donde no se le mencionaba para nada, no podía progresar: abrió pues el Evangelio, y mezclándole hábilmente con doctrinas orientales y occidentales, formó ese célebre sistema, condenado por la Iglesia repetidas veces, y sin embargo lleno siempre de vida; sistema que los Emperadores persiguieron, sin lograr extin-

guirle; que reapareció en la Edad Media, poniendo en peligro á la Europa cristiana, precisamente cuando la Iglesia llegaba á su mayor influencia, y que volvió á desaparecer, sin estar acaso hoy completamente muerto: porque ¿quién se atreverá á responder de que en la actualidad no haya Sociedades secretas que, por una sucesión no interrumpida, se remonten hasta Manés?

Bien pronto los hechos nos dirán que Agustín cayó en una herejía ridícula, la menos sólida, y la más irracional de todas (1). Muy cierto es esto, porque ¿hay cosa más ridícula que el suponer dos principios eternos, el uno del bien y el otro del mal? ¿dos dioses irreconciliables, que uno á otro no pueden tolerarse, ni tampoco vencerse? ¿qué cosa más absurda, que suponer dos almas en el hombre, la una que le impele hacia la justicia, y la otra que le determina á pecar? No solamente no hay nada más absurdo, sino que tampoco más inmoral. Si el hombre pudiera convencerse de que una necesidad fatal le impele á obrar, y que puede considerarse irresponsable, no hay duda alguna, sus pasiones se excitarían sobremanera, y escandalizaría al mundo con su grandísima corrupción. Esta era sin duda la doctrina de Manés, pero guardóse

(1) Tillemont, *Hist. Eccles.*, tomo XIII, pág. 18.

bien de presentarla con claridad: sola la verdad no necesita velos que la cubran, mas el error los toma siempre de los tiempos en que nace y de las ideas y pasiones de los hombres, á fin de no aparecer como es. Sabiendo el estado del espíritu humano y de la sociedad en el siglo IV, no es difícil explicar el origen de la doctrina de Manés, ni la causa del incontrastable atractivo que entonces ejercía.

Acababa el Cristianismo de despertar la inteligencia humana que, cansada de examinar los grandes problemas sin llegar á resolverlos, se había dormido en el indiferentismo, y se recreaba en el sofisma. Rejuvenecida y fortificada por la nueva luz, se entregaba con ardor al examen de esas cuestiones, objeto obligado del pensamiento humano: Dios, el alma, la caída del hombre, la lucha del bien y del mal, el porvenir del mundo y el triunfo definitivo de la verdad. Hacía tres siglos que, acerca de estos puntos, aparecían sin cesar nuevos sistemas siempre profundos, pero peligrosos: descubriéndose en ellos á la vez las antiguas ideas sobre la lucha de los dos principios; la doctrina de Pitágoras sobre la caída de las almas; las de Platón, sobre la pureza del alma; y en una palabra, todas las tradiciones de Oriente y Occidente, unidas y armonizadas, según ellos, en Jesucristo: porque en todos estos siste-

mas, y particularmente en el de Manés, apoyado más que ninguno en el Evangelio, se hablaba sin cesar de Jesucristo. La venida del Mesías, la encarnación del Verbo, la redención por la Cruz y la ilustración por el Espíritu Santo, todo esto, aunque interpretado á su manera, formaba la base y eje principal del sistema de Manés.

Al lado de las cuestiones sobre Dios y el alma, tratábase también la temporal, la cuestión de la sociedad. Sufría ésta entonces de horrible manera, y cualquiera doctrina que se hubiese presentado indiferente y sin buscar remedio á sus gravísimos males, no habría conmovido á nadie: pero el maniqueísmo anunciaba la reforma del mundo mejorando sus leyes, sus costumbres y sus instituciones, y una regeneración inmediata y absoluta á impulso del Espíritu Santo. Doctrina bastante mística, no lo negamos, y que hoy seduciría á muy pocos pero que se adaptaba perfectamente á una época en que no se tenía ya fe en el hombre, y en que el mundo, desanimado al ver que los Emperadores cristianos no daban mejores resultados que los Césares paganos, creía que nadie, fuera de Dios, podía sacarle de su fatal estado.

He aquí el maniqueísmo: era á la vez filosofía y teología, religión y culto, con la perspectiva

además de una próxima y completa reforma social. No hay duda que á todas estas ideas poco acordes entre sí, les faltaba el lazo de la lógica; pero ¿cuándo la lógica ha gobernado al mundo? y sobre todo ¿quién hay en él que se esfuerce por ser siempre consecuente? Sin disputa que en este caos, pues no puede dársele otro título, había cosas absolutamente inútiles; pero estaban mezcladas con ideas sublimes, con aspiraciones elevadas y, aunque no faltasen consecuencias bochornosas, se proponía la consecución de un fin divino, aunque por medios irrealizables; es decir, precisamente lo que se necesita para seducir á los jóvenes irreflexivos y ardorosos. Mostradles una idea grande, un fin elevado, y los veréis precipitarse, sin que de ello se aperciban, en un cúmulo de absurdos.

A estos atractivos añadamos el gran encanto de las iniciaciones sucesivas y misteriosas; porque el maniqueísmo era una Sociedad secreta, y su doctrina no se revelaba á los sectarios sino poco á poco y á medias palabras, lo cual les hacía creer, si hallaban algo incomprensible, que esta dificultad desaparecería más adelante, llegando luego el día en que, por una revelación completa, brillase la luz con todo su esplendor; y dando esto lugar también á que la profunda inmoralidad, que deshonraba á la secta, se ocul-

tara bajo un velo que no se descorría sino rara vez, y á pocos.

Pero no era éste el último lazo que empleaba para aprisionar las almas: avanzando paso á paso en la iniciación, el espíritu privado conservaba su absoluta independencia, y no había autoridad alguna que gobernase al hombre; la severa y tremenda de la Iglesia, como decía entonces San Agustín, era escarnecida y despreciada, creyendo cada uno lo que más le acomodaba. ¡Mil años antes que Lutero la doctrina del libre examen estaba erigida en dogma!

¿Qué más se necesitaba para seducir á un joven cansado de autoridad, é infatuado con la fuerza de su razón (1), ávido de verdad, pero queriendo hallarla con sus propias fuerzas (2); apasionado por la solución de los grandes problemas, que no concebía pudieran obtenerse sin Jesucristo (3); y dominado por las pasiones, anhelando una doctrina que no exigiese la enmienda, y le librase de remordimientos (4)? Allí estaban todas las seducciones, y en ellas quedó aprisionado Agustín: protegido en vano por la

(1) *De utilitati credendi*, cap. I, pág. 35.

(2) *Confes.*, lib. III, cap. VI.

(3) *Confes.*, lib. III, cap. IV.

(4) *Confes.*, lib. IV, cap. VII y VIII.

Iglesia á quien ya no escuchaba, y sin consultar á su madre, antes bien ocultándose de ella, renunció públicamente á la fe de su infancia, y mandó se le inscribiese en el número de los oyentes, primer grado de iniciación maniquea.

Detengámonos aquí un momento, para contemplar el inmenso espacio que, antes de los veinte años, había corrido Agustín: asusta pensar en ello. ¡Cuán rápida y espantosa es la marcha de las pasiones! A los dieciséis años, las siente Agustín rugir en su alma y las deja crecer lejos de sofocarlas: á los diecinueve le vemos ya aprisionado con una paternidad culpable, y en una de esas situaciones miserables y vergonzosas que envenenan la vida, y que había de durar por espacio de quince años; sucediendo que, á la vez que su corazón se corrompía, se oscurecía también su inteligencia, las tinieblas se espesaban y su fe se extinguía. Agustín busca la verdad, y no descubriéndola en la Iglesia, (porque aquélla se deja ver sólo de los corazones puros) se arroja á ciegas en una herejía grosera, donde por espacio de nueve años ha de agitarse miserablemente. Aun no había llegado á los veinte, y arrastraba ya dos cadenas á la vez: una mujer ilegítima, y una doctrina inmoral! ¡Oh eterno Rey de los siglos! exclamaría aquí Bossuet, ¡he aquí lo que Agustín

prefiere, olvidándose de Vos! ¡he aquí lo que ha seducido esta alma grandísima!: tanta es la fuerza de las pasiones, y tanto llegan á ofuscar el espíritu y á cegar el corazón (1).

La entrada de Agustín en el catecumenado de los maniqueos, se fija hacia el año 374: más tarde veremos por qué no salió de los primeros grados, ni fué elegido siquiera sacerdote entre ellos; al presente diremos sólo que, apenas fué admitido en la secta, manifestó el ardor, la sinceridad y decisión de siempre en las investigaciones de la verdad; cualidades que le dieron mucho honor, y fueron también su salvación en medio de los diversos errores que abrazara. Hizose apóstol del maniqueísmo, propagándole por doquiera que iba. Invitó á los católicos para unas conferencias que aceptaron, y en las que, desgraciadamente para ellos, Agustín rayaba siempre muy alto; aunque más desgraciadamente para el mismo Agustín, pues semejantes triunfos le envanecían muchísimo, y le iban conduciendo poco á poco al mayor peligro de los que viven en el error: la terquedad y la obstinación (2).

Excusado es decir que en ninguna parte cau-

(1) *Oración fúnebre de la Princesa palatina.*

(2) August., *De duabus animabus*, cap. IX.

saba Agustín tanto número de víctimas como entre sus amigos y condiscípulos (1). Empezaban á rodearle esas amistades tan bellas y tan íntimas, que la ternura de su alma, el encanto de su imaginación y palabra incomparable, así como el ardor de su cariño, habían de conservarle para siempre. Conocemos ya á Romaniano, y conoceremos luego á todos sus amigos: el dulce y casto Alipio, Nebridio, adolescente todavía pero de un carácter admirable (2), y Honorato, á quien sólo la palabra «Verdad» conmovía. ¡Cuán ardorosamente los amaba Agustín, y con qué entusiasmo ha cantado la felicidad de vivir en su compañía! «Comunicación amistosa de alegres proyectos, »dice él mismo, lecturas agradables hechas en »común; bromas, chistes honestos, afectuosos »obsequios, disputas sin incomodarse, cual las »tiene uno consigo mismo, poniendo la contradicción de manifiesto la intimidad de sus almas; »instrucción recíproca, impaciente anhelo por los »ausentes, alegre acogida de los que volvían; »dulces testimonios de afecto, que nacen de los »corazones amantes, y que labios, ojos y lengua

(1) August., *Ad Prosperum et Hilarium*, lib. II, cap. XX.—*Confes.*, lib. IV, cap. I, y lib. III, cap. XII.

(2) «Nebridio adolescenti, mirabilis animæ.» (*Confes.*, lib. VII, cap. VI.)

»revelan en mil movimientos llenos de ternura,
»y hogares diversos, que el fuego de la amistad
»funde convirtiéndolos en uno solo, ¿quién podrá
»describir los atractivos poderosos que encerra-
»bais, y el modo con que encantásteis mi alma
»y mi juventud (1)?» Ved ahí el corazón de Agustín: amaba mucho, y por esto era amado, siendo tal el ascendiente que ejercía sobre sus amigos, que la mayor parte dejaron el Africa para seguirle á Roma, á Milán, á Ostia y adonde quiera que fué. Una vez conocido, no era posible vivir sin él, ¿cómo, pues, sus errores no habían de seducir á los amigos? ¡Ah! que casi todos sucumbieron! Alipio, Honorato, Nebridio, Romaniano mismo, y hasta otro joven, cuyo nombre ignoramos, pero cuya muerte arrancó de Agustín ternísimas lágrimas!

Santa Mónica vivía alerta, y siguiendo á su hijo con mirada tan atenta, que no pasaba desapercibido uno solo de sus pasos. Ya había visto que al triunfo de las pasiones en Agustín, había seguido la debilitación de su fe; y si por un instante pudo concebir alguna esperanza viendo despertarse en su hijo el amor á la verdad, y el disgusto del mundo con la lectura del *Hortensio*; el desprecio con que Agustín cerró los libros san-

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. VIII.

tos, la orgullosa confianza que en sí tenía, y el desdén con que miraba la autoridad de la Iglesia, hacíanla presentir nuevas catástrofes, sumergiéndola de nuevo en la más grande aflicción. Mónica contemplaba esta recrudescencia de las malas pasiones en el corazón de Agustín, semejante á una madre que desde la orilla del mar ve á su hijo entre las olas irritadas, y sintiendo desgarrarse las velas del buque y romperse sus amarras, cree ya presenciar el naufragio, abismándose impotente en profundísimo dolor.

Pero cuando, después de tantos extravíos, supo Mónica de improviso que Agustín había apostatado públicamente, cosa que jamás había temido; cuando las desoladas familias de Alipio, de Romaniano y de otro joven amigo, todos thagastinos, le refirieron el hecho y la tenacidad de Agustín en su herejía, ¿quién podrá describir la consternación y el dolor que de ella se apoderaron? San Agustín busca una comparación para hacerlo comprender, y después de habernos dicho bajo mil formas, que las lágrimas de su madre corrían copiosamente; que por su abundancia semejaban á los ríos, y que inundaban la tierra; no contento con estas imágenes imperfectas, y buscando otra mejor, sólo encuentra que el dolor de Mónica pueda compararse al de una madre que ha perdido su hijo único. «Mi madre,

«dice, me veía muerto ante Vos, oh Dios mío, con los ojos de la fe, y con esa luz que Vos habíais puesto en ella; así que vertía por mí más lágrimas, que las derramadas por madre alguna sobre el féretro de su hijo (1).»

Al recibir Santa Mónica tan terrible nueva, no se contentó con llorar: esto era bueno cuando Agustín sólo tenía el corazón enfermo, sin haber olvidado aún la educación, y brillando todavía la fe en su espíritu cual refulgente luz, pues entonces quedaba alguna esperanza; pero al presente, que, después de ofender á Dios con sus crímenes, había apostatado de Jesucristo y de su Santa Iglesia, no bastaba llorar y pedir la salvación de su hijo, era preciso desplegar las fuerzas todas con que Dios ha dotado á las buenas madres.

Aproximábanse las vacaciones, y Agustín debía volver á Thagaste. Santa Mónica resolvió aguardar, para cerciorarse de su apostasía; pues no podía creer que su hijo fuese capaz de tan enorme crimen, y, como todas las madres, esperaba todavía contra la esperanza misma. Pero cuando ya no fué posible hacerse ilusiones, y cuando, al volver Agustín á la casa paterna, se presentó con el orgullo del sectario; á la primera

(1) «Flebat amplius quam flent matres corporea funera.» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

palabra que dejó escapar referente á su herejía, Santa Mónica, ¡oh deberes de las madres cristianas, cuán terribles sois! se irguió indignada, y hasta diré que ultrajada y herida en lo que tenía de más delicado, y más hondamente arraigado en el alma. Entonces su amor á Dios, su adhesión á la Santa Iglesia, la ternura para con el hijo extraviado, el temor de verle perdido para siempre y su horror al pecado, todo unido, la inspiró uno de los actos más heroicos de energía cristiana, que nos recuerda la historia de los Santos: Mónica arrojó á Agustín de su casa. Le declaró que no quería verle, ni en su mesa ni bajo su techo; y detestando las blasfemias de que hacia alarde, y llena de ese augusto enojo que reviste á la madre de autoridad irresistible, le ordenó que saliera de su morada, y que no volviese á aparecer en ella. A semejante intimación no era posible resistir: Agustín bajó la cabeza, y se refugió en casa de Romaniano (1).

No cabe duda que estos deberes son dolorosos, y lo son tanto que, si Dios no viniese inmediata y directamente con su auxilio, hay madres que no sobrevivirían á dolor semejante. Tal era el estado de nuestra Santa, pudiendo decirse que acababa de destrozar su corazón y entrañas con

(1) August., *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

un dolor inexplicable, y más profundo que todos los de la tierra. Pero Mónica, que tanto amaba al hijo, y no podía pasar sin él un solo día, luego que Agustín salió de su casa, despedido por ella misma, empieza á acordarse que era madre, y dejando correr sus lágrimas, cae de rodillas llamando á Dios en su ayuda (1).

Dios la escuchó, pues luego, acaso la noche siguiente á tan terrible día, cuando la Santa, agotadas sus fuerzas, reposaba inquieta, tuvo un sueño que le traía tranquilidad y esperanza. «Parecíale, dice San Agustín, estar en pie sobre »una regla de madera sumamente triste y abatida, cuando vió venir un joven radiando luz »y alegría. Al acercarse, preguntóle la causa »de sus lágrimas; pero en su aire y manera »de hablar indicaba claramente no desconocerla, y que sólo interrogaba para darle consuelo. Habiéndole respondido Mónica que lloraba la pérdida de su hijo: ¡*Oh!* replicó aquel »joven, *no os inquietéis así*, y señalándole con »el dedo la regla de madera sobre la cual estaba; »*mirad vuestro hijo, está á vuestro lado, y »en el mismo sitio que vos*; y en efecto, dice »Agustín, mi madre miró entonces con más atención, y se apercibió de que yo estaba á su lado y

(1) *Confes.*, lib. III, cap. XI.

»en pie sobre la misma regla.—Y ¿de dónde, exclama, podía venir esta consoladora luz sino de
»Vos, oh Dios mío, que os dignasteis escuchar
»las súplicas y gemidos de su corazón?»

Mónica, cuya alegría brillaba á través de sus lágrimas, corrió conmovida á casa de Romaniano en busca de su hijo, contándole el sueño que acababa de tener. Escuchó éste con serenidad la relación que le hacía su madre y sin ponerla en duda, conociendo su sinceridad; pero trató de interpretarla en su favor. La visión, según Agustín, debía significar que algún día Santa Mónica iría adonde él estaba. «No, no, replicó la Santa, el
»joven aparecido no ha dicho: dónde él está tú
»estarás, sino él estará donde estás tú (1)» y llena con esto de esperanza, y segura de que Dios la devolvería su Agustín cuando hubiese llorado bastante, acusándose humildemente de no saber orar ni inmolarse debidamente, levantó una prohibición tan dolorosa para ella como para Agustín, devolviéndole su puesto en la casa y mesa paterna.

Estos acontecimientos debieron tener lugar el año 374, durante las vacaciones de Septiembre. Poco después, Agustín, que contaba entonces

(1) «Non, inquit, non enim mihi dictum est: Ubi ille et tu: sed ubi tu et ille.» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

veinte años y había terminado sus estudios, dejó definitivamente á Cartago; y en tanto que podía entrar en el Foro, hacia el cual le arrastraban sus inclinaciones y talento, volvía á fijarse en Thagaste abriendo una clase pública de Gramática (1). Mas ¡ah! ¡que Agustín no volvió solo! y aun cuando Mónica le había levantado la prohibición de entrar en su casa, no pudiendo, acompañado como venía, habitar con su madre, aceptó del generoso Romaniano una de las casas que éste poseía en la ciudad; habitándola todo el tiempo que enseñó allí. Esto no obstante, Agustín estaba continuamente al lado de Santa Mónica, porque «mi madre, dice él mismo, me amaba tanto, que »no podía ni verme triste, ni pasar un solo »día sin visitarme»; y por otra parte, á pesar de sus pasiones y del influjo de la herejía, Agustín era siempre un hijo tierno, amante y respetuoso.

Entre madre é hijo no había nunca discusión, pues ambos la evitaban con cuidado: Agustín, por respeto á su madre; Mónica, porque tal había sido siempre su táctica, y respecto á su hijo, esperaba más de las oraciones que de las controversias. «En tanto que yo caía de abismo en »abismo, y me revolcaba en el fango, escribe

(1) Possidius, *Agustini vita*, cap. I.

»el Santo, esta viuda casta, piadosa y sobria,
»como Vos, ¡oh Dios mío! la queriais, llena de
»esperanzas, pero siempre contristada y llorosa,
»no cesaba de elevar por mí sus ruegos en vues-
»tra presencia. Vos los acogisteis, ¡oh Dios mío!
»aun cuando no había llegado la hora de sacarme
»de las tinieblas en que estaba sumergido (1).»

Pero si Mónica evitaba toda discusión con su hijo, creyendo en su humildad que no podría convencerle, y porque, tierna como era, temía herirle inútilmente; en cambio buscaba por todas partes los hombres de más autoridad y talento que pudieran influir sobre Agustín. Se hacía encontradiza, y les rogaba con ardor que discutiesen con su hijo; pudiendo decirse que les asediaba para que le hiciesen ver la verdad y belleza de la fe católica.

Un día, por ejemplo, supo Mónica la llegada á Thagaste de un venerable y sabio Obispo, cuyo nombre, por cierto, no se ha conservado, el cual tenía profundo conocimiento de la Religión cristiana y de las Santas Escrituras; reuniendo,

(1) «Cum illa vidua casta, pia et sobria, quales amas, jam quidem spe alacrior, sed fletu et gemitu non segnior, non desineret horis omnibus orationum suarum de me plangere ad te... Cum profluentes lacrymæ rigarent terram sub oculis ejus, in omni loco orationis ejus...»
(*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

además, la circunstancia de haber sido maniqueo antes que católico. Era esto hallar unido en un solo hombre cuanto podía desearse. Mónica, pues, corre en su busca muy esperanzada, y hasta persuadida de que iba á realizarse su ensueño; cuenta al venerable Prelado todos los extravíos de Agustín, y le suplica venga en su ayuda; pero este anciano Obispo, que poseía la ciencia de las almas y el discernimiento de los espíritus, mejor todavía que las demás ciencias, respondiéndola moviendo gravemente la cabeza, «que no había llegado aún el momento; que su hijo era demasiado novicio en la herejía, y por consecuencia demasiado indócil, efecto de la presunción y vanidad que el error le había infundido». «Dejadle, le dijo; rogad »por él mucho, que es lo único que podéis hacer», y entonces, para consolarla, pues Mónica lloraba al escuchar este consejo, le contó su propia historia. El mismo Obispo, en su infancia, fué entregado á los maniqueos por su propia madre, á quien habían seducido primero. Ya en edad madura, se había dedicado á leer y aun á copiar casi todas sus obras, y haciendo este trabajo, sin controversia ni lucha de argumentos, había visto cuán abominable era tal herejía, saliendo de ella por sí, y sin que nadie le ayudara con sus consejos. «Esto, añadió, sucederá con vuestro hijo; él, por »sí mismo, reconocerá la vanidad de la secta.»

Mas como á Santa Mónica costase trabajo el creerlo, y, deshecha en lágrimas, le apremiase para que viera y discutiese con Agustín: «idos, idos, »le dijo el Obispo, enternecido al verse tan solícitado: es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas (1).»

Estas palabras sentenciosas hirieron en lo más vivo el corazón de Santa Mónica, pareciéndole que bajaban del cielo; y en efecto, venían de allí para su consuelo, y también para alivio é instrucción de todas las madres que habían de hallarse en parecidas circunstancias. Si ahora fuese ocasión oportuna, y nuestros lectores no tuviesen demasiado anhelo por llegar al término de la presente historia, procuraríamos manifestar en breves frases, cuánta luz, cuánto consuelo, y cuán profunda instrucción encierra esta sencilla pero bellísima sentencia: «Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.»

Según nuestro modo de ver, las palabras del anciano Obispo tenían dos significaciones ó sentidos. Eran ante todo uno de esos grandes pensamientos que inspira la fe, y una intuición viva de la bondad, de la ternura y del amor infinito de Dios al hombre, así como también de

(1) «Vade, fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat.» (*Confes.*, lib. III, cap. XII.)

la necesidad en que se hallara aquél siempre, de inclinarse dulcemente hacia el ser que sufre, que llora y que invocándole se humilla. Quería decir, que si el hombre logra enternecer al hombre á fuerza de ruegos y de súplicas, es imposible que ruegue á Dios una madre con lágrimas cordiales y humildes, sin que Dios se conmueva. Quería decir, que si llegaban días tan tristes, en que la oración no saliese ya de los labios del hombre, hay una oración que no cesará jamás, la de la madre que llora por su hijo; y que si amaneciesen días más tristes aún, en que Dios justamente indignado, no quisiese escuchar ya las súplicas de los hombres, hay lágrimas que Dios acogerá siempre: las que vierte una madre por el alma de su hijo expuesta á perecer. Quería decir, que si Dios no escuchase tal oración, la más elevada, la más pura, la más perseverante, la más desinteresada, la que más entiernece, y, me atreveré á decirlo, la más divina de todas las oraciones; si este grito, que algunas veces ha conmovido hasta las bestias más feroces, encontrase á Dios insensible, sería porque Dios no tuviese ni corazón ni entrañas.

Pero en tal caso ¿cómo sería Dios el Ser grande y bueno en quien confiamos, hasta cuando no hay ya motivo de esperanza? Por consecuencia, ¡oh madres! cuyos hijos se extravían, no

acuséis de ello al cielo, acusáos á vosotras mismas: haced penitencia, llorad por no saber llorar bastante, y estad seguras de que los hijos os serán devueltos el día en que hayáis llenado la medida de lágrimas, que exige la redención de un hijo. Ved aquí el primer sentido de esta célebre sentencia: «¡Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas!»

Pero al lado de este pensamiento, acaso el más elevado, había, á nuestro juicio, otro tan profundo y no menos admirable por su belleza: intuición propia no tanto de teólogo, como de moralista, y no tanto del hombre de fe que conoce á Dios, como del hombre práctico que ha estudiado las almas. Este notable dicho, «es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas» hubiera podido traducirse así: «es imposible que perezca el hijo de madre semejante!» como si el anciano Obispo, viendo á Mónica abismada en dolor tan sublime, se hubiese dicho á sí mismo: es imposible que la madre que llora de esta manera por su hijo extraviado, no le haya dado una educación muy sólida; que no le haya comunicado algo del fuego sagrado, que arde en su pecho y la consume; que una madre, en fin, que tiene fe tan inquebrantable, tan grande horror al mal, y amor de Dios tan intenso y puro, no haya embalsamado é impregnado con

estas virtudes el alma de su hijo hasta un punto donde las pasiones no descienden jamás.

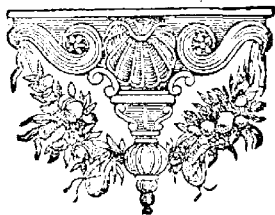
Este hijo podrá extraviarse un momento, y el fuego de la juventud y la corriente del siglo lograrán tal vez arrastrarle; pero aun cuando olvidara la fe que mamara en su infancia, llegara á renegar y á apostatar del Dios de su madre, ¡ah! que esta madre no se desanime, que no pierda la esperanza, porque el fuego está oculto bajo la ceniza; la flecha está en la herida, y bajo la ardiente lava de las pasiones, quedará siempre la educación de una madre cristiana, algo de las lecciones que de ella recibiera, y cierta huella de fe que no se borra nunca; como sucede en los vasos de alabastro que han encerrado un bálsamo precioso, los cuales á través de mil profanaciones, conservan siempre exquisito aroma.

Este era el significado de tan bella y profunda sentencia, pronunciada por aquel venerable Prelado. Mónica volvió á su casa meditando en ella, y como sucede á veces, que con el último rayo de luz cesan los vientos y vuelve la serenidad á la atmósfera, así también la sola palabra del anciano, unida á la visión que había tenido en sueños, comenzó á tranquilizarla y á reanimar su espíritu.

Por lo demás, Dios añadió todavía otras señales que Agustín no ha creído oportuno darnos

á conocer: «Arras preciosas que Mónica conser-
»vaba en su corazón, y especie de promesa fir-
»mada por el mismo Señor, que ella le recordaba
»incesantemente en sus oraciones, á fin de acce-
»lerar el cumplimiento (1).»

(1) «Absit ut tu falleres eam in illis visionibus et
responsis tuis quæ jam commemoravi, et quæ non com-
memoravi; quæ illa fideli pectore tenebat, et, semper
orans, tanquam chirographa tua ingerebat tibi.» (*Con-
fes.*, lib. V, cap. IX.)





CAPITULO VII

RESTOS DEL FUEGO SAGRADO. — LLEGADA DE FAUSTO. — EMPIEZA Á VERSE LO QUE PUEDEN LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE. — FIN DE LA CRISIS MANIQUEA.

Años 377 al 383.

BASTABA observar á Agustín en los peligros de su juventud y en el primer ardor de sus pasiones, para conocer cuán perfectamente había visto el anciano Obispo lo que pasaba dentro de su alma. El corazón y el espíritu se habían alejado de Dios, pero no le aborrecían; algo del fuego divino se ocultaba aún en los pliegues más secretos de su conciencia; la fe había desaparecido, pero la probidad, el honor, la elevación y la delicadeza de sentimientos, el amor á la verdad y, en medio de sus extravíos, cierto pudor, llenaban su alma, y como bálsamo impedían que la corrupción se hiciese irremediable. Eran las asas, según expresión de San Francisco de Sales, por las que Dios debía coger un día esta

alma, y sacarla del caos en que andaba sumergida (1).

Háblase mucho de los desórdenes de San Agustín, pero es menester comprenderlos, y no abusar de las palabras que, más de una vez, su humildad ha acentuado. Sin duda que el corazón estaba dañado, y su voluntad enferma; pero no había descendido hasta ese desorden tan profundo de que no se sale nunca, y en que, á la vez que la educación, desaparecen totalmente el honor, la fidelidad y toda clase de afecciones. Unido inviolablemente á la madre de Adeodato (2); consagrado á este hijo que tuvo á los diecinueve años y que tanto lloró en su libro de las *Confesiones*, aunque, cual lo suelen hacer otros, pudiera muy bien haberle olvidado; y dedicándose además á trabajos ingratos que le fatigaban y entorpecían su porvenir, sólo por dar á la madre y al hijo lo necesario, «todo esto, dice muy oportunamente Villemain, conservó la dignidad de su alma, hasta en medio de los desórdenes que tan amargamente se ha reprochado él mismo (3).»

(1) *Tratado del amor de Dios*, primera parte.

(2) «In illis annis unam habebam... Sed unam tamen, ei quoque servans tori fidem.» (*Confes.*, lib. IV, cap. II.)

(3) *Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV*, pág. 378.

No puede dudarse que el espíritu de Agustín, así como su corazón, estaban bastante enfermos, pero no tanto que pudieran decirse depravados. El error que había acogido, que esparcía por todas partes y del que era apóstol entre sus parientes y amigos, sólo le hizo suyo y predicaba, creyéndole verdad. «¡Oh Verdad, Verdad! cuán entrañablemente y desde lo íntimo de mi alma »suspiraba yo por Vos, aun entonces cuando los »maniqueos me hablaban frecuentemente de ti »ya personalmente, ya también en sus libros »que eran muchos y voluminosos; pero en los que »erais sólo un sonido sin significado! Ansioso, »como estaba, de hallaros y saciarme de Vos, se »me presentaban sólo fantasmas luminosos; pero »erais Vos á quien yo buscaba, oh Verdad! yo »que tenía hambre y sed de conoceros (1)!» Y más adelante continúa: «¡Pobre infeliz de mí! »¡por qué grados fuí cayendo, hasta dar en el »profundo abismo do me hallaba! Pues yo, »Señor, á quien confieso todas mis miserias, »(ya que os mostrasteis misericordioso antes que

(1) «O veritas, veritas, quam intíme etiam tum medullæ animi mei suspirabant tibi; cum te illi sonarent mihi frequenter et multipliciter voce sola et libris multis et ingentibus?... Te, veritas, esuriebam et sitiebam!» (*Confes.*, lib. III, cap. VI.)

»pensase confesarlas), con mucha fatiga y ansia, »hambriento como estaba de verdad, os buscaba, »Dios mío, con los ojos y demás sentidos del »cuerpo; y no con la potencia intelectiva, en que »quisisteis me distinguiese y aventajase á los »irracionales; siendo así que Vos estabais en lo »más íntimo de mi alma y sobre mis más ele- »vados pensamientos (1).» He aquí lo que Dios descubría en Agustín: estaba adherido al error, pero en realidad no le amaba; buscaba sólo la verdad.

Es indudable que el orgullo le dominaba, que se creía con alas y ojos de águila; que quería subir y brillar; que era fanático por la gloria, y que soñaba con los aplausos del teatro y las coronas del circo, dedicadas á los vencedores en poesía y elocuencia; pero para llegar á estas alturas, jamás habría vendido su pluma, ni hecho traición á su conciencia, y mucho menos se hubiera deshonrado. «Me acuerdo, »dice, que resolví entrar en un concurso público, donde habían de leerse ciertos versos que

(1) «Laborans et æstuans inopia veri, cum te. Deus meus, (tibi enim confiteor, qui me miseratus es et nondum confitentem), cum te non secundum intellectum mentis, sed secundum sensum carnis quererem. Tu autem eras interior íntimo meo, et superior summo meo.» (*Confes.*, lib. II, cap. VI.)

»había yo compuesto; y como cierto adivino me
»mandase á preguntar, qué estaba dispuesto á
»darle por obtener el triunfo, yo le rechacé in-
»dignado (1).» Y esto no impidió que obtuviese
el premio, pues el Procónsul Vindiciano le co-
ronó en pleno teatro, según todas las probabili-
dades hacia el año 378.

Mostraba Agustín la misma probidad y ele-
vación de sentimientos, en el desempeño de sus
deberes como profesor de Gramática y Retórica.
La palabra estaba entonces muy decaída, y los
sofistas habían degradado este arte sublimísimo,
en el cual, para que se vea toda su belleza,
ha de entrar así la virtud, como el ingenio:
para algunos era un juego, para otros un mo-
nopolio, y para todos un oficio. Tal espec-
táculo sublevaba el ánimo de Agustín, que
soñaba con que la palabra fuese lo que siempre
debió ser, el órgano incorruptible de la ver-
dad, de la virtud, de la justicia y del dere-
cho, con frecuencia desatendidos y despreciados
en el mundo; y sólo para este gran ministerio
se proponía instruir y formar á los jóvenes, cuya
educación le estaba confiada (2). Tal era Agus-
tín á los veintidós años: cautivo, repetimos, del

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. II.

(2) *Confes.*, lib. IV, cap. II.

error, seducido por un amor culpable, alejado de la verdadera fe y corriendo hacia el abismo; pero conservando aún bellos restos de lo que su madre le había enseñado é infundido desde la infancia: la elevación de espíritu, la dignidad, la delicadeza, la abnegación y la fidelidad, virtudes que, si no excusan los grandes desórdenes, piden al menos perdón para el culpable, y le obtienen á menudo. «Esto, oh Dios mío, fué, dice »Agustín, lo que descubríais en mí; y en tanto »que, vacilante, recorría yo camino tan resbaladizo, veíais Vos brillar en mi alma, como en »centro de espesísima humareda, los últimos »restos de mi probidad y honor (1).»

Santa Mónica que, en la desolación profunda á que había venido por las pasiones y errores de Agustín, vivía de la esperanza mirando con particular interés cualquier ráfaga de luz, que apareciese en el alma de su hijo, presenció por entonces una prueba nueva y más palpable del fuego santo que ardía en su corazón. La muerte inesperada de un amigo descubrió en él tan abundante manantial de lágrimas, que para los conocedores del corazón humano fué ya evidente que el de Agustín no estaba del todo corrompido; pues los desórdenes matan la sensibilidad, y quien ha

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. II.

entregado su alma á los excesos del amor culpable, no sentirá jamás los sencillos, dulces y delicados goces de la verdadera amistad.

«En los primeros años que enseñé en Thagaste, dice San Agustín, adquirí un amigo que, por haber estudiado con él, ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó á serme muy querido; juntos nos habían criado, juntos fuimos á la escuela y juntos también nos divertíamos. Pero entonces no me era tan querido como después, aunque nuestra amistad, añade, no haya sido jamás verdadera; pues lo es sólo aquella que formáis Vos entre quienes viven unidos por la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (1).»

Después de esta declaración, hecha por el anciano Obispo al escribir sus *Confesiones*, reaparece el joven Agustín, diciendo: «No obstante, aquella amistad era para mí dulcísima, y estaba sostenida por el ardor en los estudios y por las aspiraciones que nos eran comunes: yo también,

(1) «In illis annis, quo primum tempore in municipio in quo natus sum docere coeperam, comparaveram amicum societate studiorum nimis carum, coævum mihi et conflorentem flore adulescentiæ. Mecum puer creverat, et pariter in scholam ieramus, pariterque luseramus.» (*Confes.*, lib. IV, cap. IV.)

»aunque no entera y radicalmente, le había des-
»viado de la verdadera fe que seguía en la ju-
»ventud, y le había inclinado á aquellas false-
»dades supersticiosas y nocivas que tanto hi-
»cieron llorar á mi madre; de modo que hasta
»en el error éramos iguales, y yo no podía
»cosa alguna sin él (1).»

Había corrido próximamente un año, desde que Agustín y su amigo vivían en tan dulce unión, cuando se declaró la enfermedad mortal que iba á destruirla para siempre. Devorado por la fiebre, sin conocimiento, bañado ya en sudor frío, síntoma de muerte, y no habiendo ya esperanza alguna, se le administró el bautismo, sin apercibirse de ello; pues el joven, como la mayor parte en aquella época, no era más que catecúmeno. Presente Agustín al acto, dióle apenas importancia, persuadido de que un poco de agua, derramada sobre el cuerpo de su amigo, no sería capaz de borrar los sentimientos que él había inspirado en su alma. «Por eso, continúa, cuan-
»do yo pude hablarle, que fué en el momento que
»él pudo oírme (pues no me separaba de su lado,
»y mutuamente pendíamos el uno del otro), quise

(1) «Sed tamen dulcis erat nimis, coacta fervore parilium studiorum... Non poterat anima mea sine illo.» (*Confes.*, lib. IV, cap. IV.)

»burlarme del bautismo que le habían adminis-
»trado, creyendo yo que él también se burlaría,
»pues no ignoraba entonces que le hubieran bau-
»tizado; pero me rechazó con horror, cual si fue-
»ra su enemigo, y luego, con una libertad admi-
»rable é invocando nuestra amistad, me prohi-
»bió hablarle de aquel modo (1).»

Admirado Agustín, guardó silencio y contuvo sus naturales impulsos, esperando que la convalecencia del enfermo le permitiría razonar con él á su gusto; pero Dios había resuelto librar á este joven del peligro que le amenazaba, y algunos días después, justamente cuando Agustín se había ausentado, un nuevo acceso de fiebre le arrebató la vida.

Difícilmente podría comprenderse el gran dolor de Agustín, cuando á su vuelta no encontró ya al amigo, ni las lágrimas que vertiera, ni lo profundo de su aflicción; si él mismo, para mitigar su dolor, no lo contara. «Sentí tanto
»su pérdida, dice, que mi corazón se llenó de ti-
»nieblas, y en cuanto miraba no veía más que
»la muerte. El país mismo era para mí un su-
»plicio, la casa de mis padres la morada más in-
»feliz é insoportable; y el recuerdo de lo que ha-
»bía tratado y comunicado con él, se conver-

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. IV.

»tía en cruelísimo tormento viéndome sin mi
 »amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos,
 »y en ninguna le encontraban; aborrecía todas
 »las cosas, porque en ninguna le hallaba, ni po-
 »dían ya decirme como antes, cuando vivía y
 »estaba fuera de casa: espera, que ya vendrá.
 »Todo mi ser se había convertido en un enigma,
 »y preguntando á mi alma, *por qué estaba tris-*
te, y por qué me afligía tanto, nada sabía res-
 »ponder (1). »

En vano su madre procuraba consolarle, y los
 amigos distraerle: como no abrigaba pensamien-
 tos religiosos, que mitigaran el dolor é hiciesen
 más llevadera la carga, sucumbía bajo su peso.
 «Me acongojaba, dice, suspiraba, lloraba, anda-
 »ba turbado é incapaz de descanso ó de consejo.
 »Traía mi alma como despedazada, ensangren-
 »tada y mal avenida conmigo mismo, no sabien-
 »do donde ponerla. No encontraba gozo algu-
 »no ni en los bosques frondosos, ni en los ver-

(1) «¡Quo dolore contenebratum est cor meum! et
 quidquid aspiciebam, mors erat. Et erat mihi patria
 supplicium, et paterna domus mira infelicitas; et quid-
 quid cum illo communicaveram, sine illo in cruciatum
 immanem verterat. Expetebant eum undique oculi mei,
 et non dabatur mihi; et oderam omnia, quia non habe-
 rent eum, nec mihi jam dicere poterant: Ecce veniet, si-
 cut cum viveret, quando absens erat.» (*Confes.*, lib. V,
 cap. IV.)

»des prados, ni en los jardines olorosos, ni en
»los banquetes espléndidos, ni en el blando lecho,
»y finalmente no le hallaba, ni en los libros ni
»en los versos. Todo me causaba horror, hasta la
»misma luz, y cuanto no era mi amigo, érame
»insufrible: todo menos el gemir y llorar, pues
»en esto hallaba algún consuelo (1).»

Por esto, Agustín no pudo ya vivir donde su amigo había muerto: las calles que pasearon juntos, las plazas públicas en que tantas veces se habían encontrado, las casas de sus estudios, de sus juegos y de su pura y estrecha amistad, todo le causaba hastio. Cuando las veía concurridas, y frecuentadas por hombres de negocios que iban y venían, admirábase de que pudiera haber quien viviese, una vez muerto su amigo. «Me admiraba, dice el Santo, de que los demás mortales viviesen, después de la muerte de aquel á quien yo amaba como si no hubiese de morir; y me maravillaba más aún de que, habien-

(1) «Æstuabam, suspirabam, flebam, turbabar, nec requies erat nec consilium. Portabam enim concisam et cruentam animam meam, impatientem à me portari, et ubi eam ponerem non inveniebam.... Horrebam omnia, et ipsa lux, et quidquid non erat quod ille erat, improbum et odiosum erat, præter gemitum et lacrymas. Nam in eis solis aliquantula requies.» (*Confes.*, lib. IV, cap. VII.)

»do muerto mi amigo, pudiese yo vivir, siendo
»otro él. ¡Oh! ¡qué bien decía Horacio, cuando
»hablando de un amigo le llamó mitad de su al-
»ma! pues yo creía que la mía y la de mi amigo
»eran una sola alma en dos cuerpos; y me cau-
»saba horror la vida, porque no quería vivir á
»medias y como dividido (1).»

Habiéndose empezado á temer por la salud de Agustín, á causa de la debilidad que le consumía, y porque pasaba días enteros llorando y alejado de sus habituales tareas; fué preciso evitarle tales emociones, y con este intento le aconsejaron que, dejando sin dilación á Thagaste, se trasladara de nuevo á Cartago; en lo cual consintió Agustín, persuadido de que la variación de lugar, el ruido de una ciudad más populosa y los arduos trabajos que debería allí emprender, dulcificarían en parte su dolor (2).

Santa Mónica sufrió sin duda viendo partir á su hijo; pero se resignó, ya que se interesaba

(1) «Mirabar cæteros mortales vivere, quia ille quem quasi non moriturum dilexeram, mortuus erat; et me magis, quia illi alter eram, vivere, illo mortuo, mirabar. Bene quidam dixit de amico suo: Dimidium animæ meæ. Nam ego sensi, animam meam, et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus.» (*Confes.*, lib. IV, cap. VI.)

(2) Possidius, *Vita sancti Augustini*, cap. I.

en ello la salud y acaso también la vida de Agustín: ¿mas podría no inquietarse al verle volver á Cartago? Allí había perdido su inocencia y su fe, ¿cómo pues no temer que pudiera perder aún en ese país abominable lo poco bueno que el vicio había respetado y, como si dijéramos, los últimos restos del fuego sagrado?

Felizmente el dolor es una gran escuela, sobre todo para las almas grandes: Agustín volvió á Cartago, no digo convertido, pues aún estaba lejos su conversión; pero ni siquiera desilusionado, pareciendo, al contrario, que ideas de ambición le trasladaron á aquella ciudad (1). Sin embargo, empezó á comprender la vanidad de este mundo: el gemido de Job había asomado á sus labios y empezaba á entonar el canto fúnebre que restituye la calma, apenas se cantan sus primeras notas.

Este canto abraza dos partes: la primera estris-te, todo en ella pasa, todo se agosta y seca en los labios que desean beber y refrescarse; pues bien, este lúgubre canto era precisamente el que ocupaba á Agustín en su viaje á Cartago. « ¡Oh Dios mío!, » decía, adonde quiera que se vuelva el corazón del » hombre, ha de tener que sufrir, si no se vuelve » hacia Vos; aunque se abraza á las criaturas más

(1) August., *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

»bellas. No tuvieran éstas ser alguno, á no haber-
»le recibido de vuestra bondad: nacen ahora y
»luego mueren; naciendo empiezan á ser, crecen
»seguidamente y se perfeccionan; después de
»perfectas, envejecen y acaban, porque todo de-
»crece y todo muere. De modo que cuando na-
»cen y se apresuran á ser más, la prisa con que
»andan para lograr el complemento de su ser, esa
»misma se dan para no ser... ¡Que mi alma,
»Dios mío, no se aficione; porque ellas se van, y
»el alma que las ama, queda sumérgida en el
»dolor!... Mas en las cosas transeuntes y pasa-
»jeras el alma no puede reposar, porque ellas,
»como no paran, se alejan, huyen, y ¿quién es
»capaz de seguirlas con la vista, cuanto más de
»reternerlas (1)?»

Tal es la primera parte del canto fúnebre: canto muy provechoso para el alma, aunque se limite á dirigir sobre el mundo una mirada triste. ¿Qué sucederá, pues, al subir más alto y llegar á la segunda parte, donde la tristeza se convierte en gozo? Sí, todo pasa, pero para volver; todo se seca, para florecer de nuevo; todo muere, para renacer y mejorarse! Esto cantaba Agustín algunos años después con elocuencia verdaderamente divina, cuando convertido, bautizado y elevado

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. X.

á altísimo amor de Dios, llegó á encontrar la verdad de la vida, y á comprender lo que la vida representa. «¡Oh alma mía! exclamaba, ¿qué es
»lo que tú conoces? algunas partes del todo y
»nada más. Desconoces el conjunto admirable,
»del que cada criatura es una partícula, y tú te
»complaces en estas partecillas. ¡Ah! ¡si conocie-
»ses el conjunto y la reunión de todas ellas! Su-
»pón que Dios, para castigar tu orgullo, te hu-
»biera reducido á no ver más que fragmentos
»de la tierra, ¡con qué impaciencia solicitarías
»que lo que ves hoy, pasara pronto á fin de po-
»der llegar á ver el todo! Cuando escuchas un
»bello discurso ¿deseas que el orador se deten-
»ga? ¿No quieres que le continúe con rapidez
»á fin de conocerle por completo? Lo mismo,
»pues, sucede con el mundo del espíritu, en el
»que, si cada una de sus partes es hermosa, el
»todo es sobremanera admirable (1).»

He aquí la gran idea que calma los dolores, y sostiene á la alma en el cambio continuo de las cosas: feliz el que las mira desde punto tan alto, y si no entusiasmado, al menos complacido, asiste á esta sucesión. Pero en los tristes días de nuestra historia, Agustín no había llegado todavía á tanta altura; amargas quejas salían

(1) *Confes.*, lib. IV, cap. XI.

constantemente de sus labios, y aunque procuraba mirar hacia arriba, el cielo le parecía vacío, hallando allí sólo un fantasma, incapaz de consolarle. ¿Qué hacer pues en tal situación? entregarse de lleno al estudio, para distraerse y olvidar. Esto hizo Agustín, y tomando la pluma, escribió su primer libro.

El asunto que eligió, revela la elevación de sus ideas en aquellos días, verdadera tregua en sus extravíos: quería tratar de lo bello. ¿Qué amamos nosotros más que lo bello? ¿qué busca la juventud en sus sueños? ¿adónde se dirige el anciano con los recuerdos del pasado? ¿qué pedimos á la naturaleza, al cielo, al mar, á las montañas, al hombre y al arte? ¿cuál es el suspiro de todas nuestras facultades? ¿no es siempre lo bello? Agustín entonces con los recuerdos de Platón y Cicerón, y con las bellas ideas que empezaban á ocupar su cabeza, definía, describía y pintaba lo bello, lo ideal y lo sublime.

Este libro, cuya lectura sería hoy de mucha utilidad, dándonos á conocer el espíritu de Agustín en su juventud y revelándonos el estado de su corazón al cumplir los veinticuatro años, nadie debió leerle, bajo este punto de vista, con más interés que Santa Mónica; y por lo que dice San Agustín, debemos creer que halló en su lectura bastante gozo y consuelo. Nada al menos, había

en él que pudiera herir sus creencias, nada que dejara traslucir al sectario, ocupado, como otras veces, en quitar á los demás la fe que él había perdido; y ¿quién sabe también si la belleza del estilo, la elevación de ideas y la pureza de sentimientos no fortificaron en su corazón maternal las vivísimas intuiciones y el presentimiento de que un alma de tal temple no podía permanecer mucho tiempo alejada de Dios, único bien capaz de satisfacer todas sus aspiraciones? Mas sobre este particular nos vemos precisados á simples conjeturas, porque el libro no se ha conservado: primer tallo de una elocuencia naciente, ha desaparecido como los crepúsculos que preceden á la salida del sol, de quienes nadie se acuerda, una vez que éste ha aparecido.

Al bello estudio de la poesía y del arte, que ocupaba á Agustín con frecuencia y á que, puede decirse, dedicó toda su vida, unía entonces otro estudio más austero y sublime: el de las ciencias físico-matemáticas y astronómicas. Estudiábalas con la pasión que él solía, aplicando las fuerzas de su luminoso ingenio á resolver tan difíciles problemas, encantado por las relaciones que empezaba á descubrir entre los números y el Arte, la Harmonía, la Música y la Poesía misma, y que había de desarrollar más adelante con tanta originalidad y maestría: así reanima-

ba estos estudios, engrandeciéndolos con los conocimientos generales de la Filosofía, y remontábase por el Arte, por la Poesía y la Astronomía, por la Física, por los números y todas las vías hasta Dios, á quien él descubría en la base, en el medio y en la cima de las cosas, según el profundo método de los grandes ingenios, que nadie como él debía aplicar en mayor extensión, ni con resultados más felices.

Estudiando detenida y concienzudamente las ciencias, y en particular las Físicas y Matemáticas, empezó Agustín á sentir alguna duda sobre la verdad del maniqueísmo, cosa que le hería en lo más vivo. Hecho singular y claro que iba á confirmar los presentimientos de su madre; pues no se ha de olvidar que ésta le empujaba constantemente á los estudios profundos, persuadida de que algún día la ciencia le conduciría de nuevo hacia el Dios que nunca debió dejar. Veamos cómo se realizó.

A las doctrinas que Manés enseñó sobre Dios y el alma, erróneas sin duda alguna, pero atractivas porque explicaban con novedad los problemas del destino humano, había añadido él mismo, no se sabe por qué, una multitud de cosas sobre el curso de los astros, los equinoccios, solsticios y eclipses, que decía habían sido divinamente reveladas como todo lo demás: mas estas

doctrinas, tomadas sin duda de autores antiguos y ordenadas por hombres poco peritos en ciencias astronómicas, eran ya insostenibles en muchos puntos, estando desmentidas por recientes descubrimientos y por mejores observaciones. No pudiendo Agustín ocultar su admiración; «¿quién» ha inspirado, decía, á este hombre la temeridad »de hablar de cosas que no sabía? ¿Qué confianza puedo ya tener en él? Si en lo que me es posible comprobar, ha errado de este modo, ¿cómo »creer en lo que se halla fuera de mi alcance (1)?» Preciso pues, ó mejor dicho, obligado á examinar más de cerca las doctrinas de Manés, desde luego descubrió formidables objeciones.

Además de esto, hacía poco tiempo que un tal Helpidio predicó y disputó públicamente en Cartago contra los maniqueos, demostrando que su doctrina estaba en contradicción consigo misma, é igualmente con clarísimos textos del Antiguo y Nuevo Testamento: sus explicaciones (que Agustín había escuchado con atención) le causaron heridas que al principio despreció, pero que renovadas, cuando menos lo esperaba, producían en él honda ansiedad (2). Cinco años antes había abandonado la filosofía antigua, porque

(1) *Confes.*, lib. V, cap. V.

(2) *Confes.*, lib. V, cap. XI.

le ofrecía sólo un terreno movedizo sobre el cual nada cierto podía fundar; y he aquí que hoy cuando sufre, y tanta necesidad siente de hallar algo sólido en que descanse su cabeza fatigada, las doctrinas de Manés palidecen á su vez, y Agustín ve oscilar esa luz fija y soberana, que le era tan necesaria, y que por largo tiempo creyó tener en el maniqueísmo, encontrándose al presente lleno de incertidumbre.

Añadamos, para ser exactos y comprender bien esta cosa tan complicada que llamamos alma, que la necesidad de luz, de certeza y de paz que experimentaba San Agustín, no provenía solamente de las bellas condiciones de su naturaleza, sino también de lo más bajo y abyecto de su ser. Agustín se hallaba contento en este error que no molestaba sus pasiones, y descaba instintivamente seguir profesándole; pero inquieto con la naciente vacilación, temeroso de que sus dudas pasasen adelante y de caer de nuevo en las dolorosas ansiedades que habia sufrido, fué á consultar á los maniqueos. Por más que presentara sus dificultades con claridad y precisión á los que en la secta se tenían por más sabios, y que como tales ocupaban los primeros puestos, no pudo obtener las soluciones anheladas: hábiles y elocuentes cuando refutaban las doctrinas opuestas, manifestábanse extremada-

mente débiles cuando sostenían las suyas: semejantes, decía nuestro Santo, á los diestros cazadores que ponen sus lazos alrededor de una fuente, y para traer á ella los pájaros sedientos, desecan ó cubren con ramaje los demás manantiales, así los maniqueos creían haber hecho bastante, cuando habian refutado los sistemas opuestos al suyo.

Tratándose de espíritus vulgares, semejante sistema podía efectivamente darles resultado, pero Agustín era de entendimiento harto elevado y penetrante para no comprender cuánta debilidad ocultaba; así es que su alma, sedienta de la Verdad infinita (única que podía llenar sus deseos) no hallando sino vanas conjeturas, había empezado á inquietarse y á sufrir: reproducía sus consultas y acosaba á los maniqueos con mil problemas, pero sin obtener soluciones capaces de darle la tranquilidad que buscaba.

Para calmar un tanto la impaciencia que tenía, anunciaron sus correligionarios la próxima llegada de Fausto, Obispo, y hombre, según ellos, de gran doctrina, que refutaría victoriosamente sus objeciones, disiparía sus inquietudes, y le aclararía todo lo obscuro. Recibió Agustín con alegría esta noticia, porque deseaba confirmarse en el maniqueísmo que no ponía traba alguna á las pasiones; y entreteniéndose su deseo de

llegar á la verdad, le había proporcionado algunos años de calma, nada sólida, es verdad, pero agradable (1).

Las agitaciones de Agustín no pasaron inadvertidas al ojo vigilante de su madre; todo lo había visto y observado, siguiendo su curso con satisfacción; y propensa como todas á concebir esperanzas, segura por otra parte del sueño que había tenido y de lo que sobre él se había dicho, luego que vió á Agustín intranquilo y turbado, creyóle ya convertido. Por esto se presentó ya ante el altar santo con un corazón en que la confianza había triunfado de la inquietud; pero cuando supo que debía llegar muy pronto Fausto, y que se ponderaba públicamente su fascinadora elocuencia, empezó á temblar de nuevo: las lágrimas se multiplicaron, y encerrándose y redoblando las oraciones y austeridades, esperó con la ansiedad de una madre que presiente va á decidirse la vida ó muerte de su hijo.

Llegó por fin Fausto, precedido de gran reputación: no era solamente, al decir de algunos, un orador ilustre, sino también una de esas almas nobles y bellas que se sacrifican por la verdad, abandonando padres, hijos, mujer y hasta

(1) *Confes.*, lib. V, cap. VI.—*De utilitate credendi*, cap. III.

su país, para entregarse de lleno á las fatigas del apostolado. Fausto despreciaba las riquezas y contento con el pan de cada día, no se cuidaba del siguiente; pobre, dulce, pacífico, de corazón puro y espíritu elevado y generoso, se hubiera creído feliz muriendo por la justicia (1). Esto era lo que se decía, pues, por lo demás, el tiempo se encargó de probar que no era tanta su abnegación; pero como esto se ignoraba entonces, la doble reputación de elocuencia y de virtud, atrajo al pie de su cátedra una concurrencia inmensa.

Agustín, que fué á escuchar al nuevo apóstol, quedó enamorado de él. La finura y vivísima imaginación de Fausto, el giro acertado de sus ideas, la modestia y dignidad de su continente, así como la belleza de la palabra, todo le encantó. «Confieso, escribía Agustín, que me deleitaba »en oírle, le alababa y ensalzaba como la generalidad, y aun mucho más (2).» Andando el tiempo oyó á San Ambrosio, pero su palabra tan pura y armoniosa no le hizo olvidar la de Fausto. Hablando de la elocuencia del santo Obispo, se

(1) August., *in Faustum*, lib. I, cap. I, et lib. V, cap. V; *Confes.*, lib. V, cap. III et VII.

(2) «Delectabar eum multis, vel etiam præ multis laudabam ac efferebam.» (*Confes.*, lib. V, cap. VI.)

expresa en estos términos: «Deleitábame la dul-
 »zura y suavidad de sus sermones, que eran más
 »doctos y eruditos que los de Fausto; pero no
 »tenían ni el encanto ni la seducción que los
 »discursos de éste (1).» Como se ve, el peligro
 era inminente, mas por fortuna. Mónica estaba
 prevenida y oraba.

Después de la natural impresión que produ-
 ce toda palabra elocuente, Agustín empezó á re-
 flexionar y examinar. Lo primero que se le ocu-
 rrió, como efecto de sus observaciones, fué que
 Fausto no enseñaba nada nuevo. «Vi, dice, que
 »era un hombre dulce, de palabra agradable, y
 »que cuanto decían los demás en forma ordina-
 »ria lo expresaba él con gracia particular, pero
 »¿de qué servían á mi sed, añade, sus bellas
 »frases? Eran vasos preciosos, ofrecidos de muy
 »buena voluntad y hasta con elegancia, pero
 »completamente vacíos (2).» En efecto, si la pa-

(1) «Delectabar suavitate sermonis (Ambrosii),
 quanquam eruditioris, minus tamen hilarescentis at-
 que mulcentis quam Fausti erat, quod attinet ad dicen-
 di modum. Cæterum rerum ipsarum nulla comparatio.»
 (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

(2) «Ergo ubi venit, expertus sum hominem gratum
 et jucundum verbis, et ea ipsa quæ illi solent dicere
 multo melius garrientem.. Sed quid ad meam sitim
 prætiosorum poculorum decentissimus ministrator?»
 (*Confes.*, lib. V, cap. VI.)

labra de Fausto era más brillante que la de otros maniqueos, no por eso era más sólida. Presentaba las cuestiones difíciles con más destreza, pero no las resolvía mejor; y cuando Agustín esperaba con ansiedad que afrontase las grandes dificultades que atormentaban su alma, y le veía esquivarlas con destreza ó dar sólo contestaciones de ningún valor, experimentaba un despecho que no podía contener. Quisiera interrumpirle, precisar el punto difícil y, sin tanta armonía y gracejo, oír una respuesta luminosa que disipase sus dudas. Pero entonces, como hoy, no estaban en uso las interrupciones, y rogó á sus amigos le proporcionasen ocasión de ver á Fausto y conversar con él.

No le fué difícil obtener lo que deseaba, y en su primera visita expuso ya una de las dudas que agitaban su espíritu, viendo claramente confirmado lo que empezaba á sospechar: que Fausto no era filósofo, y en efecto, sólo había estudiado Bellas Letras, y aun éstas muy superficialmente. Conocía algunos discursos de Cicerón, ciertos tratados de Séneca, versos de varios poetas, los mejores libros de la secta, y nada más; pero como se ejercitaba en hablar, y era por naturaleza elocuente, aprendió á dar encanto á su palabra, pero nada más que encanto. Agustín, pues, salió profundamente disgustado de esta

primera entrevista; porque cuando esperaba y confiaba hallar la paz tan deseada, veía desvanecerse lo que por tanto tiempo fué el consuelo de su vida.

Queriendo hacer segunda prueba, volvió días después en busca de Fausto, y le consultó sobre un punto, no ya de Filosofía sino de ciencias. Recordarán nuestros lectores, que lo que empezó á turbar á Agustín, fué la oposición que existía entre los datos científicos y matemáticos de Manés, y las observaciones de los astrónomos romanos más exactos en sus cálculos. Los maniqueos no habían podido aclararle esta duda; pero le habían prometido que Fausto la disiparía completamente, así como las demás que le preocupaban. Algo más confiado fué ahora á Fausto, pero éste desde la primera palabra se excusó, rehusando responderle. «No era, dice San Agustín, de esos habladores, de quienes tanto he sufrido y que, pretendiendo instruirme, no decían cosa de fundamento. Era franco y modesto como los hombres de honor, y aunque respecto á Dios viviese en la ceguedad, no sucedía otro tanto con relación á sí mismo; conocía su ignorancia, y no se avergonzó de confesármela (1).»

Esta conducta de Fausto aumentó la estima-

(1) *Confes.*, lib. V, cap. VII.

ción en que Agustín le tenía, pero también le desilusionó por completo; y pues el hombre, á quien los maniqueos presentaban como el primero y como el enviado del cielo para enseñar la verdad, no había podido aclararle sus dudas, se convenció de que ninguno llegaría jamás á disiparlas (1). «A partir de este día, continúa Agustín, cesaron mis esfuerzos por avanzar en la »secta y, sin romper del todo con sus secuaces, »me resigné por entonces á permanecer en ella, »esperando que una nueva luz me determinase »á otra elección más acertada. De este modo ese »Fausto, que para tantos había sido un lazo mortal, empezó, sin quererlo ni entenderlo; á sacarme del en que yo me había enredado (2).»

¿A quién era debido este feliz resultado de una conferencia que tan peligrosa parecía? Aquí, como siempre, el reconocido corazón de Agustín se apresura á proclamarlo: «¡Oh Dios mío! exclama, si Vos no me abandonasteis en estos »críticos momentos, fué debido á que mi madre »lloraba noche y día, ofreciendo por mí en sacrificio toda la sangre de su corazón (3).»

(1) *De utilitati credendi*, cap. VIII.

(2) «Ita ille Faustus, qui multis laqueus mortis extitit, meum quo captus eram relaxare jam cœperat, nec volens nec sciens.» (*Confes.*, lib. V, cap. VII.)

(3) «Manus tuæ, Deus meus, non deserebant animam

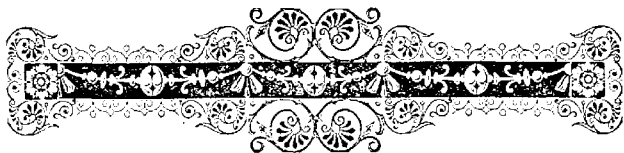
Debe observarse cuánta fuerza y cuánta energía va adquiriendo la palabra de Agustín, á medida que vamos avanzando en esta historia. Ya no eran lágrimas las que su madre derramaba, como en los primeros extravíos de su hijo: era sangre lo que brotaba su corazón. ¡Tan herido y maltrecho había quedado con el inminente peligro de Agustín!

Así terminó, después de nueve años, la crisis maniquea, es decir, el segundo gran peligro que corrió Agustín en sus investigaciones para hallar la verdad; pudiendo, no obstante la escasez de documentos, vislumbrarse bastante bien la conducta admirable de Santa Mónica durante estos años de terribles ansiedades. Al principio advierte á su hijo la grandeza del mal con aquel arranque de santa energía que dejamos mencionado, arrojándole de casa y prohibiéndole volver á su presencia. Luego, mientras dura la crisis, le sostiene con sus lágrimas nunca interrumpidas, con sus consejos y diarias amonestaciones; con la mediación de hombres eminentes, teólogos y Obispos, verbigracia, que le envía; con los sacrificios de humildad, abnegación y

meam, et de sanguine cordis matris meae, per lacrymas ejus diebus ac noctibus; pro me sacrificabatur tibi. Et egisti mecum miris modis.» (*Confes.*, lib. V, cap. VII.)

penitencia que sin cesar ofrece á Dios; y por último, después de haberle advertido al principio de la crisis y sostenido durante ella, en la hora suprema del peligro le protege con más eficacia que nunca, y le salva haciendo una oración tan eficaz y lanzando un grito tan doloroso, que San Agustín mismo, no sabiendo cómo explicarse, le compara al de una mujer cuyo corazón chorreara sangre. ¡Revelación incomparable de lo que puede una madre, y lección elocuente de lo que está obligada á hacer!

Pero Santa Mónica no tuvo tiempo para regocijarse del feliz resultado que sus lágrimas habían alcanzado, porque á la vez recibió una carta de su hijo, que le causaba nueva inquietud; y, armándose de paciencia y fuerza, prepara el alma para pruebas mucho más dolorosas. Agustín no estaba aún dispuesto á volver al Cristianismo, ó, para expresarnos con más claridad, saliendo de la actual crisis, iba á caer en otra todavía más peligrosa de la que su madre había de sacarle también; pero desplegando mucho más celo, haciendo mayores sacrificios, multiplicando sus oraciones y con una abnegación y un amor de Dios y de su hijo tal, que va á rayar en lo heroico.



CAPITULO VIII

SALE AGUSTÍN PARA ROMA.—SU ENFERMEDAD EN ESTA CIUDAD.—CADA VEZ SE VE MÁS Á LAS CLARAS CUÁNTO VALEN LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE.—NUEVA CRISIS MÁS TERRIBLE QUE LAS ANTERIORES.—LA DUDA ABSOLUTA.—CORRE MÓNICA EN SOCORRO DE SU HIJO.

Años 333 al 385.



Agustín escribió á su madre, que había resuelto dejar á Cartago para ir á establecerse en Roma, hacia donde sus amigos hacía largo tiempo le impulsaban, presagiándole que haría fortuna y obtendría á la vez grandes aplausos: abrigaba en efecto tales esperanzas, pero no era éste el único ni aun el verdadero motivo de su partida, sino el estar cansado de la grosería é insolencia de los estudiantes de Cartago y esperar que en Roma serían los discípulos

los más atentos, más respetuosos y más entusiasmados por la Filosofía y Bellas Letras (1).

No obstante las nobilísimas razones que Agustín alegaba para tomar semejante resolución, Santa Mónica experimentó gran sentimiento al leer esta carta; porque, si penoso le era separarse de su hijo, á quien siempre tuvo junto á sí, para correr en su auxilio cuando fuese necesario, la sola idea de que iba á partir nada menos que para Roma, la hacía estremecer sobremanera.

Porque Roma entonces no estaba aún transformada, y no era la ciudad apacible, llena de santas imágenes y tranquilos templos, donde se va para olvidar el mundo y dar reposo al alma con recuerdos y sentimientos que sólo allí se encuentran. Al final del siglo IV, para una cristiana y una Santa, Roma era la perseguidora de Dios; era el pueblo de donde salieron las leyes que habían hecho correr torrentes de sangre é inmolar millones de víctimas; la tierra donde el paganismo, arrojado de todas partes, se había refugiado, conservando aún su imperio, y el foco permanente de las malas costumbres, de los teatros impuros y de los bailes culpables. Jerónimo había estado á punto de naufragar allí, y los

(1) *Confes.*, lib. V, cap. VIII.

riesgos de aquella vida, atormentando á este gran atleta retirado ya al desierto, acababan de arrancarle palabras de arrepentimiento y dolor, que se conservan aún frescas en la memoria de las madres cristianas.

Júzguese, pues, cuál sería la inquietud de Santa Mónica al saber resolución semejante. Porque si Agustín se hubiera conservado sano de espíritu y de corazón, piadoso y ferviente, aún esta buena madre se habría alarmado no poco; pero verle partir para Roma con la fe extinguida, con un espíritu que, vacilante en materias religiosas y ansioso de la verdad, se dejaba arrastrar por todo viento de doctrina, y con un alma dominada por las pasiones, era para ella como ver que se precipitaba en un abismo: por eso tomó al instante su resolución. Era Mónica muy decidida, enérgica y de voluntad tan firme para llevar adelante sus proyectos, que nada era capaz de hacerla retroceder; así que movida de su gran amor á Agustín, acordó que éste no partiera para Roma, y caso de que partiese, ir ella con él, viendo claramente que en el grave peligro que el alma de su hijo corría, no debía abandonarle por nada de este mundo.

No pensaba lo mismo Agustín: quería ir solo y sin la compañía de Mónica; pues había perdido ya aquella ternura de corazón y aquel amor filial,

que hacen dichosos á los hijos bajo el ojo vigilante de su madre, y no habia llegado todavía á esa edad en que viendo algunos pasar los años sobre la venerable cabeza de su madre, no se atreven á pensar en lo por venir, y queriendo gozar aún mucho de existencia tan querida, experimentan un nuevo amor que se eleva en su alma hasta una especie de culto. Agustín tenía sólo treinta años, y para sentir tan sublime afecto era una edad nada á propósito: el corazón no conserva ya su primitiva inocencia y, por otra parte, es demasiado vehemente; así que, joven, libre, resuelto, entreviendo la vida y dispuesto á entrar en ella, Agustín hallaba en su madre un obstáculo, y, por más que la amase tiernamente, resolvió marcharse solo.

Pero no se dió mucha prisa: así que, cuando se ocupaba en los preparativos de su viaje, Mónica se presentó allí. Había pasado á Cartago luego que tuvo noticia del proyecto, y decidida á impedirlo, se arroja al cuello de su hijo, le estrecha fuertemente entre sus brazos y, anegada en lágrimas, le rogaba que no partiese, ó en otro caso, que la llevara con él. Fué tal en esta ocasión su insistencia, y tanta la fuerza de sus ruegos y razones que, no sabiendo Agustín cómo desembarazarse de ella, y conmovido profundamente ante el dolor de la madre á quien tanto

amaba, le prometió que no se iría (1). Esto no obstante, continuaba en secreto sus preparativos y, llegado el momento, pidió permiso á su madre para acompañar hasta el buque á un amigo con quien había arreglado su viaje, reiterando la promesa de no partir, y de volver inmediatamente. «Yo mentí así á mi madre ¡oh Dios mío! ¡y á una madre como ella! exclama San Agustín; pero «Vos me habéis perdonado este crimen, como «también otros muchos (2).»

Al mentir así y querer engañar á su madre, Agustín había creído que le dejaría ir solo con su amigo hasta el puerto; pero Mónica pensó de otra manera, y siguiendo sus pasos, bajó con él á la orilla del mar. La noche venía ya, y el mar agitado se iba apaciguando lentamente; pero sus olas se estrellaban aún contra las rocas. Un viento de mar adentro traía los buques á la costa, y el en que Agustín debía partir, aguardaba anclado el cambio, para hacerse á la vela.

Eutretanto que llegaba la noche, paseábanse

(1) «Quæ me profectum atrociter planxit, et usque ad mare secuta est. Sed fefelli etiam violenter me tenentem ut aut revocaret aut mecum pergeret.» (*Confes.*, libro V, cap. VIII.)

(2) «¡Et mentitus sum matri, et illi matrili» (*Confes.*, libro V, cap. VII.)

Agustín y su amigo en la ribera con Mónica, cada vez más embarazados por su presencia. Pero las horas corrían, el crepúsculo iba desapareciendo, la noche se echaba encima y, como continuase el viento, así Agustín como su amigo empezaron á decir que no se podía marchar aquella noche, y que era necesario retirarse á descansar, sobre todo Mónica, fatigada y llena de emoción; consiguiendo, por fin, á fuerza de ruegos y de nuevas promesas de no abandonarla, que se retirase á reposar un poco.

Había sobre la misma ribera y muy cerca del buque detenido por el mal tiempo, una capilla dedicada á San Cipriano, el ilustre Obispo de Cartago, cuyas ruinas se ven hoy aún. Mónica prefirió retirarse á ella, porque estando emocionada, más que de reposo tenía necesidad su espíritu de entregarse á la oración. Allí pasó la noche llorando y orando (1): «Y que os pedía »mi madre, ¡oh Dios mío! exclama San Agustín. »Os pedía que no consintieseis este viaje, y Vos, »Señor, que nos mirabais de muy alto, oyendo »benignamente su súplica en cuanto al objeto »principal de sus deseos, no tuvisteis á bien conceder lo que solicitaba entonces, para que algún

(1) «Illa autem remansit orando et flendo.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

»día viese que obrabais en mí lo que ella constantemente pedía (1).»

En efecto, el viento cambió durante la noche, levaron anclas, hincháronse las velas y, antes que rayara el alba, Agustín, sentado sobre la popa y fijos los ojos en la capilla, donde oraba su madre, vió desaparecer poco á poco la costa africana.

Cuando había ya amanecido, salió Mónica de la capilla, y al ver la playa desierta y que el buque no estaba allí tampoco, se apercibió de la marcha de su hijo; y loca de dolor (2) vagaba por la orilla del mar gritando desesperada, acusando á su hijo y quejándose de Dios, porque no había escuchado sus oraciones (3). Descaba unirse á Agustín y surcar las mismas olas en que él podía perecer; mas cuando reflexionó que su hijo, dentro de pocos días iba á entrar en un mundo mucho más tempestuoso que el mismo mar, cayó en desmayo y abatimiento tal que no fué ya dueña de sí misma. «Es que mi madre me amaba,

(1) «Et quid a te petebat, Deus meus, tantis lacrymis, nisi ut navigare non sineres? Sed tu, altè consulens et exaudiens eardinem desiderii ejus, non curasti quod tunc petebat, ut in me faceres quod semper petebat.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

(2) «Illa insaniebat dolore.» (*Confes.*, lib. V, c. VII.)

(3) «Et quereliis et gemitu implebat aures tuas contemnentes ista.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

»dice San Agustín, como jamás madre alguna ha
»amado á sus hijos, y lloraba y exhalaba doloro-
»sos gemidos porque ignoraba el porvenir, y por-
»que no comprendía, ¡oh Dios mío! las satisfac-
»ciones que Vos le preparabais con mi ausencia:
»el hijo que en otro tiempo diera á luz entre
»acerbos dolores, pediale ahora á grandes gritos,
»y con el corazón desgarrado por dolor inten-
»sísimo (1).» Finalmente, agotadas sus lágrimas, abatida y sin fuerzas, después de haber acusado á su hijo de cruel y engañador (2) y no teniendo medio de seguirle, Mónica volvió á Thagaste para derramar allí «hasta el día de mi conversión, dice Agustín, ríos de lágrimas con que inundaba diariamente el sitio donde oraba» (3).

San Agustín llegó á Roma el año 383, probablemente en el mes de Septiembre durante las vacaciones. Sería digno de saberse qué impresión

(1) «Amabat enim secum presentiam meam more matrum, sed multis multo amplius, et nesciebat quid in illis gaudiorum facturum esses de absentia mea... Nesciebat; ideo flebat et ejulabat cum gemitu querens quod cum gemitu pepererat.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

(2) «Post accusationem fallaciarum et credulitatis meæ, conversa rursus ad deprecandum te pro me, abiit ad solita.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

(3) «Flumina maternorum oculorum, quibus pro me quotidie tibi rigabat terram sub vultu suo.» (*Confes.*, lib. V, cap. VIII.)

experimentó viendo aquella gran ciudad; porque Roma conservaba aún todo su esplendor, y ni los bárbaros la habían destruido, ni el tiempo había tocado sus célebres monumentos más que lo justamente preciso, para darles ese color de oro y bronce que tanto realza su belleza. Veinte años antes, un joven dalmata, San Jerónimo, la había paseado con viva emoción corriendo del Capitolio al Panteón, y del Coliseo al Mausuleo de Adriano; y había relatado largos periodos de Cicerón en el Foro y hasta en las catacumbas, á que descendía con sus amigos, repitiendo estos versos de Virgilio:

Luctus ubique pavor et plurima mortis imago.

¿Hizo otro tanto Agustín? Su alma era menos entusiasta que la de San Jerónimo, pero en cambio era más tierna y de exquisita delicadeza. Aquellos monumentos de tan elevado estilo, cubiertos por el más bello horizonte; aquellos acueductos, aquellos templos, aquellos palacios, aquellos arcos de triunfo, testimonios del poder y grandeza de los hombres, y aquella campiña llena de ruinas y de tumbas, testimonios también de la vanidad romana, debieron penetrar hasta lo más profundo de su espíritu: y si es verdad que en esta tierra, empedrada de restos humanos, cuanto más apenado está el corazón, tanto

más goza viviendo en ella, Agustín debiera hallar allí un encanto indecible.

No obstante, el año que pasó en Roma fué para él de amarguras. Las escasas creencias que conservaba, desaparecieron por completo, y viólas caer una á una de su alma como las hojas secas caen de los árboles en tiempo de otoño, indicando sus despojos los pasos de Agustín por la Ciudad Eterna.

Habitaba en Roma la casa de un maniqueo á quien estaba recomendado; pues, aun cuando no creía ya las doctrinas del maniqueísmo, conservaba relaciones con los de la secta. Allí, ya fuera por vivir más familiarmente con ellos, ya porque, no habiendo dado á conocer sus dudas, se tomasen con él menos precauciones, vió claramente lo que en Cartago empezó á sospechar: costumbres abominables, orgías escandalosas y una corrupción, cuyo distintivo consistía en crecer con las iniciaciones y dignidades; pero lo que acabó de abrir sus ojos, fué que esta corrupción era resultado de la doctrina más secreta del maestro, y estaba justificada con sus más confidenciales enseñanzas. El alma noble de Agustín se indignó ante semejantes escenas, jurando que en lo sucesivo cortaría sus relaciones con los discípulos de Manés (1).

(1) August., *De Moribus Manichæorum*, cap. XIX et XX.

Esto era ya un gran paso, no restándole al parecer otra cosa que dirigir sus miradas á la Iglesia católica y pedirle esa Verdad que inútilmente había buscado en otra parte; con lo cual se hubiera abreviado mucho el doloroso camino que debía recorrer antes de llegar á ella.

Brillaba la Iglesia con esa luz hermosa, pero mezclada de sombras que Dios, para probarnos, permite en su santa Esposa durante los días de destierro. Veíanse á veces en los fieles y sacerdotes manchas, que hacen reir á los impíos y causan llanto á los fieles; pero al lado de estas sombras, ¡qué admirables resplandores! San Dámaso, que gobernaba la barquilla de Pedro, era un Santo y un gran Papa. Tenía de secretario á ese mismo Jerónimo, cuyo entusiasmo y cuyas faltas acabamos de mencionar, el cual, domado con la penitencia y transformado por el amor de Dios, empezaba á iluminar la Iglesia con los resplandores de su elocuencia. Un año antes de la llegada de Agustín á Italia, el Papa, para resolver ciertas cuestiones que agitaban los ánimos, había convocado en Roma un Concilio general á que concurrieron los Obispos más ilustres de la cristiandad: San Ambrosio de Milán, San Epifanio de Chipre, San Valeriano de Aquilea, Paulino de Antioquía y una porción de ancianos, célebres por su virtud. Entrando pues, en Roma, presen-

ció Agustín una de esas espléndidas pruebas de universalidad é indefectibilidad, que sólo dieciocho veces ha dado Dios á su Iglesia.

Bajo diverso punto de vista la Iglesia romana ofrecía otro espectáculo más á propósito aún para conmover el corazón de Agustín. La virginidad y la caridad, esas dos hermanas nacidas en un mismo día al pie del Calvario, recorrían el mundo entrelazadas y sembrando su camino de lirios y de rosas. Veíase en Roma misma á los descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Camilos y de los Marcelos, crear hospitales; y á sus hijas servir en ellos á los enfermos, curando sus llagas, besando sus pies y obligando al mundo á reconocer la verdad en el amor. Pero como las almas santas, desasidas y alejadas de la tierra por la fe y por la piedad, aspiran siempre á encontrar quien las guíe y ayude á la perfección, veíase á esas mujeres admirables, las Paulas, las Fabiolas, las Eustaquias, las Marcelas y otras muchas, agruparse alrededor de San Jerónimo, que les explicaba los libros santos; derramando en sus almas torrentes de luz, los cuales se convertían, como sucede de continuo, en heroico desprendimiento é inmolación absoluta (1).

(1) En un excelente libro que muy luego publicará mi tiel amigo el señor abate Lagrange, Vicario general de

Si Agustín hubiera dirigido una mirada hacia semejante espectáculo, no hay duda que le habría admirado; pero hay situaciones de espíritu en que no se repara, y situaciones del corazón en las que se mira y no se ve. Pues bien, Agustín estaba tan persuadido de que la Iglesia católica enseñaba sobre Dios y sobre el hombre cosas absurdas, incompatibles con la razón y contrarias á la inteligencia, que ni siquiera pensó en mirar hacia este lado (1). Sin embargo, como su alma era naturalmente recta, vinole la idea de conferenciar con algún hombre sabio de la Iglesia romana, que pudiese explicarle la verdadera doctrina; pero ya fuese por creer inútil este paso, ó por un temor secreto é instintivo de la verdadera luz y de los sacrificios que ella exige, lo cierto es, que no realizó tan buena idea (2).

Preocupado con la de que en la Iglesia católica no estaba la verdad; habiendo conocido por experiencia propia, que no se hallaba en la doctrina de Manés; recordando que la buscó inútilmente hacía ya mucho tiempo en los filósofos, y

Orleans, con el título de *Historia de Santa Paula*, podrán hallarse interesantes detalles sobre el estado de la Iglesia en la época á que nos referimos. (*N. del Autor.*)

(1) *Confes.*, lib. V, cap. X.

(2) *Confes.*, lib. V, cap. XI.

teniendo muy presente que jamás había podido estar tranquilo y cierto de poseerla, Agustín llegó á dudar de todo, y diciéndose á sí descorazonado, «la verdad no es más que un sueño», entró en la escuela de ciertos filósofos que se llamaban *académicos*, y enseñaban que nada se sabe con certeza.

¡Extraña miseria la del hombre! ¡La más bella inteligencia, el ingenio más penetrante, el más capaz, el más activo, el que durante larga serie de años se dedicaba sin descansar á la investigación de la verdad, después de haber fluctuado como buque sin timón, llevado acá y allá por los vientos y las olas; concluye plegando sus alas y desesperando de la verdad! ¡Todo es dudoso para él! La luz no existe en ningún lado, y por todas partes la burla, la befa y el escarnio! ¡Ved aquí la almohada en que deseaba Agustín apoyar su cansada cabeza y cerrar sus ojos centelleantes de desesperación! *¡Et nunc, reges, intelligite!* Y ahora, reyes de la inteligencia, ¡aprended, y los que buscáis la luz, instruíos!

¿Es posible que alguien pueda disfrutar sobre este lecho de dudas, no ya del sueño tranquilo que repara las fuerzas, pero ni siquiera del agitado y amargo que da Dios en las mayores penas? Lo ignoro, pero sé ciertamente que Agustín no pertenecía á esa clase de hombres: su es-

píritu era muy elevado y su corazón, aunque corrompido, no abrigaba la malicia que hace al hombre complacerse en las tinieblas: por tanto, ni las distracciones de Roma, ni los placeres intelectuales que allí gustaba, ni el éxito de que veía coronados sus trabajos, llegaron á calmar la agitación de su alma. Le consumía una profunda tristeza, y como enfermo que no halla postura cómoda, se volvía y revolvía en ese lecho que no le era propio.

Bien pronto se presentó la fiebre, y una enfermedad, fruto de sus inquietudes, le acometió con tal violencia que puso en peligro su vida. «Yo me moría, dice Agustín, y caminaba á la tumba cargado de todos los crímenes que había cometido contra Dios, contra mí mismo y contra el prójimo: fardo pesado, al que debía añadirse el pecado original, del cual aún no estaba purificado.» Pero agravaba más el peligro, que Agustín ni siquiera pensaba en dirigir al cielo una mirada suplicante. Veintidós años antes, niño todavía y junto á una madre cristiana, había olvidado el mal que le devoraba, para pensar en su alma y en la eternidad: mas hoy, hombre ya, morador en una gran ciudad y lejos de la vigilancia protectora de su madre, Agustín moría sin arrepentimiento, sin oración, sin Cristo y sin Dios: ó mejor

dicho, iba á morir con el sarcasmo en los labios, y la impiedad en el corazón. «En peligro tan »grande, dice el Santo, yo no pedía el bautismo; »y no sólo no pensaba en él, sino que de él me »reía y mofaba. ¡Oh Dios mío! añade, ¿adónde »habría yo ido, si hubiese muerto en aquel momento? A las llamas del infierno y á los tormentos que merecían mis crímenes, según el orden »inmutable de vuestra soberana Providencia (1).»

Por fortuna la enfermedad se detuvo, fué declinando la fiebre poco á poco, las fuerzas reaparecieron, y al cabo de algún tiempo Agustín estaba fuera de peligro.

Con ese espíritu profundamente investigador que le inducía á buscar la causa ó razón de todo, preguntábase por qué Dios le había sacado de aquel peligro, y cuál era la mano que en el momento mismo de hallarse al borde del sepulcro insultando á Dios, había detenido la cólera divina pronta á castigarle; y aquí como siempre, no vacila en proclamar que sólo á su

(1) «Neque enim desiderabam in illo tanto periculo baptismum tuum; et melior eram puer quando illum de materna pietate flagitavi... Sed in dedecus meum creveram, et consilia medicinæ tuæ demens irridebam... ¿Quo irem, si tunc hinc abirem, nisi in ignem atque tormenta digna factis meis in veritate ordinis tui?» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

madre puede atribuir tan gran beneficio. «Mi madre, dice, ignoraba que yo estuviese enfermo, pero pedía constantemente por mí: no he explicado aún, ni podré explicar jamás el ternísimo amor que me tenía, y cómo procuraba dar á mi alma el ser y vida de la gracia con mayor dolor aún que el que tuvo para darme el ser y vida del cuerpo (1).» Después de esto, con la elocuencia más sublime que puede brotar de labios y corazón humano concluye diciendo: «Vos, Dios mío, no habéis permitido que yo muriese en estado tan funesto; porque mi muerte, que sería eterna, hubiera traspasado las entrañas de mi amorosa madre, infiriendo á su corazón una herida tal, que nunca se habría curado (2).»

Dícese que las madres no se consuelan jamás de la pérdida de los hijos. Queda efectivamente en su corazón una herida, cuyo dolor ni dulcifica el tiempo, ni hay quien pueda aliviarlo. ¿Qué sería, pues, si la madre cristiana viese morir á su hijo sumergido en la impiedad y en el crimen? Imagináos una alma completamente en-

(1) «Et illa hoc nesciebat, et tamen pro me orabat absens. Non enim satis eloquor quid erga me habebat animi, et quanto majori sollicitudine me parturiebat spiritu quam carne pepererat.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

(2) «Quo vulnere si feriretur cor matris, nunquam sanaretur.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

tregada á la Religión, y que no sabe mirar al crucifijo ó al tabernáculo sin viva emoción de fe y de amor; pues bien, suponed que viera al hijo de sus entrañas, al amado de su alma separarse de Dios para siempre; «¡No, no, dice »San Agustín, una herida semejante no se hubiera curado jamás en mi madre!»

«Y por otra parte, continúa elocuentemente, »¿de qué hubieran servido, oh Dios mío, sus oraciones, tan vivas, tan ardientes, tan continuas y »que sólo á Vos buscaban? Y qué, ¡Dios de misericordia y de amor! ¿habríais despreciado las »lágrimas de una viuda casta y sobria, que hacía tantas limosnas, que servía con sumisión á »vuestros Santos, y que no dejaba pasar día alguno sin contribuir con su ofrenda al sacrificio »del altar? Y qué lágrimas las tuyas, ¡oh Dios »mío!

»No eran esas con que se os pide el oro, la »plata y demás cosas perecederas, sino lágrimas »santas, con las cuales mi madre os pedía »el alma de su hijo. Vos, con cuya gracia era »ya tan virtuosa, ¿habríais desatendido y rechazado las oraciones y lágrimas de una madre »que os pedía favor y auxilio? ¡Oh! ¡No, Dios »mío! ¡Esto no es posible, y no sucederá jamás! »Así es que Vos oísteis á mi piadosa madre y os »preparasteis á hacerlo que en sus oraciones pe-

»día, aunque procediendo según el orden inmutable de vuestro supremo amor (1).»

En efecto, según hemos dicho ya, Agustín salió bien pronto de la enfermedad y reanudó sus estudios y excursiones por Roma, frecuentando las bibliotecas y visitando los monumentos; pero no recuperó ni su fe ni su alegría, antes bien, continuando en la duda de todo, persuadido de que nada cierto hay en el mundo, y decidido á no ocuparse en adelante de cuestiones doctrinales, metido de tristezas más profundas que las anteriores.

Sobrevinole además otra clase de disgustos: había abierto en Roma una escuela libre, y á pesar de su gran talento, no pudo reunir sino algunos discípulos poco estudiosos y tan faltos

(1) «Et ubi essent tantæ preces et tam crebræ sine intermissione? Nusquam nisi ad te. An vero tu, Deus misericordiarum, sperneres cor contritum et humilatum viduæ castæ et sobriæ, frequentantis eleemosynas, obsequentis atque servientis sanctis tuis, nullum diem præmittentis oblationem ad altare tuum: bis in die, mane et vespere, ad ecclesiam tuam venientis, non ad fabulas et aniles loquacitates; sed ut te audiret in tuis sermonibus, et tu illam in suis orationibus? Hujusne tu lacrymas, quibus non á te aurum et argentum petebat, nec aliquod mutabile aut volubile bonum, sed salutem animæ filii sui contemneres et repelleres?» etc. (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

de delicadeza, que hirieron profundamente su hermosa alma llenándole de pena (1). Agustín pues, dudaba de Dios y empezaba á dudar de los hombres: ¡qué martirio para una imaginación y, sobre todo, para un corazón como el suyo!

En tal estado, hallábase ya próximo al abatimiento, cuando supo que estaba vacante en Milán la cátedra de Eloquencia, posición que le halagaba mucho y parecía creada para él; pues retribuido el profesor por la ciudad, no estaba á merced de jóvenes inconstantes y sin delicadeza. hallando á la vez en la enseñanza pública consideración, fortuna y, sobre todo, libertad. Esta cátedra tenía mucha importancia, particularmente desde que los Emperadores, fijando en Milán su residencia, habían hecho de aquella ciudad la nueva capital del mundo. Agustín, por tanto, la solicitó sin demora, y habiéndola obtenido después de un ejercicio público brillantísimo, hecho en presencia del célebre Símaco, Prefecto de Roma, se fué al instante á Milán un tanto consolado, ya por este honor, ya por ver más claro su porvenir; pero dudando como nunca de la verdad, decidido á no ocuparse de ella y dispuesto á consagrar en adelante su gran genio sólo al estudio de la forma (2).

(1) *Confes.*, lib. V, cap. XII.

(2) *Confes.*, lib. V, cap. XIII.

Entretanto, Santa Mónica que no olvidaba un solo instante á su hijo, bien fuese por la tristeza que rebosaban sus últimas cartas, ó porque sintiera en su alma de madre los hondos gemidos del corazón de Agustín, resolvió marchar y unirse con él. Largo y penoso era el viaje: debía atravesar el Mediterráneo, dejar su país, su casa, sus costumbres y, como pobre, ¿quién sabe si, para sufragar los gastos, no se vió también obligada á vender lo poco que tuviera? Pero, ¿qué sacrificio hay capaz de contener á una madre, sobre todo cuando es santa?

Mónica se embarcó el año 385, probablemente en el mismo puerto donde un año antes había sido abandonada por su hijo; y, si tuvo tiempo, de suponer es que haría oración en la ermita de San Cipriano, (donde pasó entonces una noche tristísima) para pedir á Dios la dicha de ver á su hijo, y la más grande aún de consolarle y convertirle.

Hubiérase dicho en los primeros momentos que Dios no quería concederle esta felicidad; porque apenas había salido de las costas africanas, cuando se desencadenó una horrible tempestad. La mar estaba muy agitada, olas espantosas se levantaban cerca del buque, estrellándose en sus costados con imponente estruendo: los pasajeros temblaban, y á los marineros mis-

mos se les veía asustados; sólo Mónica estaba serena: porque ¿había de morir sin ver á su hijo, é impediría Dios que fuese á convertir á Agustín? Ella veía claramente y sentía en su corazón de madre, de cristiana y de santa, que esto era imposible; y así, de pie sobre el puente del buque, tranquila y firme, declaraba y aseguraba á los marineros que la tempestad pasaría luego, y que llegarían felizmente al puerto. Bien pronto, en efecto, los vientos se apaciguan y, desapareciendo las nubes, dejáronse ver las risueñas costas de Italia (1).

Mónica, que deseaba abrazar á Agustín y ver por sí misma el estado de su alma, marchó seguidamente en dirección á Roma; pero imaginemos su sorpresa cuando, al llegar á ella, no encontró al hijo, porque había salido ya para Milán. Es de creer que se cruzara con la carta en que Agustín le comunicaba su marcha, pues no es posible admitir que un hijo, tan respetuoso y tan amante de su madre, dejase de participarle sus designios; y hasta es probable que esas cartas

(1) «Jam venerat mater pietate fortis, terra marique
me sequens, et in periculis omnibus de te secura. Nam
et per marina discrimina ipsos nautas consolabatur, á
quibus rudes abyssi viatores, cum perturbantur, con-
solari solent; pollicens eis perventionem cum salute.»
(*Confes.*, lib. VI, cap. I.)

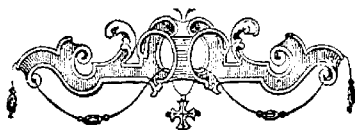
antes mencionadas, llenas de tristeza, desaliento é irresolución, fuesen las que le decían que no quería continuar en Roma, que había cerrado su escuela y que iba á trasladarse á Milán; y las que, conmoviendo profundamente el alma de Santa Mónica, la determinaron á partir tan de repente. Pero entretanto se había arreglado el negocio, y Agustín partió apresuradamente para Milán, después de escribir á su madre, y sin figurarse que ella pudiera venir, ni mucho menos que estuviese ya en camino.

Por grande que fuese la aflicción de Mónica al encontrarse con que su hijo había salido ya de Roma, no vaciló en la resolución que debía tomar. Milán está á doscientas leguas, y para trasladarse allá hay que atravesar los montes Apeninos; pero ¿qué importaba esto á una madre, que acababa de hacer sobre olas encrespadas un viaje de cuatrocientas? Partió, pues, inmediatamente llena de ardor, sosteniéndola en los trabajos de viaje la fe inquebrantable que tenía, de llegar á ver á su hijo y de traerle al buen camino.

Para semejante fe basta ser madre y amar á Dios sobre todas las cosas, mas al presente Dios la aumentaba en esta madre admirable para que no hubiera obstáculo capaz de detenerla. Era necesario que Mónica estuviese en Milán, porque Agus-

tín iba á entrar en la gran crisis que precede al renacimiento de la fe; iba á adquirir la felicidad de creer á costa de una agonía dolorosísima, y la que tanto había llorado para conseguirlo, no podía estar ausente en tales momentos: era indispensable que prestara á su hijo el último y supremo socorro.

Después de tantos años de angustias, de inquietudes y lágrimas, Dios había resuelto consolar á su sierva, y he aquí por qué la traía á Milán, cuando Agustín iba á salir de las tinieblas y á penetrar en la luz. Había asistido á la muerte de su hijo, era muy justo que estuviese presente á su resurrección y á su gloria.





CAPÍTULO IX

ÚLTIMA CRISIS.—LAS DUDAS DE AGUSTÍN LLEGAN AL EXTREMO.—SANTA MÓNICA LLAMA EN SU AYUDA Á SAN AMBROSIO, Y REDOBLA EL FERVOR PARA ADQUIRIR LA SEGURIDAD DE QUE SE SALVARÁ SU HIJO.

Años 384 al 386.

Agustín había llegado á Milán y tomado posesión de su cátedra de Elocuencia, en la peligrosa situación indicada últimamente; habiendo buscado la verdad por todas partes sin hallarla en parte alguna, amándola siempre, pero desesperanzado de encontrarla, y persuadido de que eran muy sabios los que de todo dudaban, último abismo, el más profundo, el más obscuro y fatal en que Agustín iba á sumergirse por espacio de dos años, y del que debia salir cristiano por dicha suya, pues de otro modo, habría llegado á embrutecerse. Por esto y porque Agus-

tin corría el mayor de los peligros, Dios le enviaba á Santa Mónica, á fin de que le ayudara á encontrar otra vez el camino de la luz.

Mas por conveniente que fuese la presencia de su madre en esta suprema crisis, no bastaba sin duda. Los corazones maternales abundan en pureza, ternura y fuerza; sin embargo me atreveré á decir, que no son ni bastante fuertes, ni quizá bastante puros, para que los hijos puedan renacer, mediante ellos solos, á la luz del Evangelio que perdieran. Para esta obra verdaderamente divina, son necesarias almas que en una consagración altísima hayan bebido mayor fuerza vivificadora. Lo que la madre empieza con sus lágrimas, el sacerdote lo acaba con la autoridad y la sangre de Jesucristo, y cuanto más sumergido esté en el abismo del mal aquel á quien se quiere salvar, mayor es el cuidado con que Dios prepara la madre cristiana y el sacerdote, que han de trabajar á una en esta cura sublime. Por esto Dios, después de dar á Agustín una madre como Mónica, dispone que San Ambrosio le ayude en tan grande empresa.

Parecía que este eminente Obispo había sido hecho de intento para entender á Agustín, joven inquieto, triste, ardiente y dispuesto así á entusiasmarse como á abatirse, según la influencia que le dominara. Había pasado aquél su juventud en el mundo, consagrado á los negocios

y al estudio, lo cual establecía cierta relación entre su alma y la de Agustín. Posteriormente se había dedicado á la Elocuencia, y joven aún, había adquirido en el foro grandísima celebridad, en lo cual también se parecían; y por último, nacido como Agustín de madre cristiana, había permanecido catecúmeno como él hasta los treinta años; si bien debemos consignar que el catecúmeno Ambrosio no conoció jamás las dudas, ni los desórdenes, ni los errores de Agustín. Pero acaso esto fuese una razón más de simpatía, ya que, para inclinarse con ternura hacia el corazón culpable y para sentir debidamente las agitaciones dolorosas de un alma, es mejor á veces haber vivido siempre en la serenidad, en la luz y en la paz. Se ve pues que, fuera de la vida desarreglada, estos dos hombres habían tenido singulares semejanzas hasta la edad de treinta años.

Un acontecimiento imprevisto había cambiado la carrera de Ambrosio. La Silla episcopal de Milán estaba vacante, y dos partidos se disputaban la elección con una animosidad, que podía fácilmente convertirse en ruidoso choque. Ambrosio, Prefecto de la ciudad, se presenta en la iglesia para evitar el desorden, y mientras habla al pueblo con arrebatadora elocuencia, un niño exclama: «¡Ambrosio Obispo! ¡Ambrosio Obispo!» Esta voz de la inocencia parece como venida del

cielo, acógenla todos unánimes, y los dos partidos se ponen de acuerdo para proclamar á Ambrosio Obispo de Milán.

Este, que era sólo catecúmeno, recibió con tal motivo el bautismo, y después de ocho días de retiro y soledad, de oraciones y lágrimas, fué ordenado primero sacerdote, y seguidamente Obispo, el 7 de Diciembre de 374. Entonces, como flor que para derramar sus perfumes, espera sólo un rayo de luz, Ambrosio con la consagración desarrolló y manifestó los tesoros de su bellísima alma. Obispo y hombre de Estado á la vez, ocupado en procurar el bien de las almas y de la sociedad, corriendo el mundo para establecer la paz y hacer que Príncipes degenerados respetaran la justicia; encerrado horas enteras con los pecadores á quienes enternece con sus lágrimas, escribiendo á los Reyes cartas atrevidas y componiendo cánticos de ternura exquisita para las vírgenes de Dios, Ambrosio era el hombre de todas las edades, de todas las posiciones y de todas las virtudes; tal, en fin, como Dios quiere al Obispo y aquella sociedad tuvo la dicha de poseerle.

Pero estas cosas no eran más que preludios: avanzando cada día en santidad, este ilustre Obispo se preparaba á dos actos imposibles de prever; pero que iban á coronar su cabeza de

aureola inmortal, y para los cuales acaso Dios le había creado tan grande. ¿Quién no ha oído hablar de esa escena admirable, en que Ambrosio detuvo á las puertas de su catedral al Emperador, manchado todavía con la sangre de Tesalónica? Mas Teodosio fué digno del Obispo, y estos dos actos, tan bellos el uno como el otro, no se olvidarán jamás, marcando siempre una honda y larga huella de dignidad y grandeza.

Pero aunque fuese muy poderosa la palabra de Ambrosio en ese día, ha pronunciado otra que había de dar mayor gloria á Dios. Entremos en la morada del santo Obispo, fijémonos en el joven que allí se presenta y escuchemos las expresiones que van á brotar de los labios de San Ambrosio: ellas han regenerado á Agustín haciéndole santo y son también las que han dado á la Iglesia el más grande entre los doctores.

Uno de los primeros pasos de Agustín, cuando llegó á Milán, fué visitar á San Ambrosio; paso que debía dar, viniendo á ejercer un cargo público en la misma ciudad donde el Obispo residía; pero que esta vez dió también á impulso de otro orden más elevado. «Es dicha grande para un joven, ha dicho cierto escritor, hacer sus primeras visitas á los hombres que no son de su edad y le han precedido en la vida pública, sobre todo, cuando la gloria parece guardar el

»umbral de sus moradas (1).» Pero con más razón aún debe rendirse este tributo de veneración y respeto, si á la gloria va unida la santidad, y ambas aureolas adornan á uno mismo.

«Estando ya en Milán, dice San Agustín, fui
»á ver al Obispo Ambrosio, conocido en todas
»partes como una alma de las más grandes, y
»como vuestro piadoso servidor, ¡oh Dios mío!
»¡Yo estaba ciego, y vuestra mano me dirigía á
»él, para que me abriera los ojos y me conduje-
»se á Vos! Este hombre venerable me recibió
»como un padre, y tuvo á bien decirme con la
»caridad propia de su ministerio, que mi llega-
»da á Milán le había llenado de alegría. Desde
»entonces le amé, pero no era el doctor de la
»verdad á quien yo amaba en él, habiendo per-
»dido la esperanza de poder hallarla en la Iglesia;
»lo que yo amaba era el hombre benévolo para
»connmigo (2).»

El Santo é ilustre Ambrosio recibiendo al jo-

(1) *Notice sur Frédéric Ozanan*, del P. Lacordaire.

(2) «Et veni Mediolanum, ad Ambrosium episcopum, in optimis notum orbi terræ, pium cultorem tuum; suscepit me paterne ille homo Dei, et peregrinationem meam satis episcopaliter dilexit. Et eum amare cœpi; non primo quidem tanquam doctorem veri, quod in Ecclesia tua prorsus desperabam, sed tanquam hominem benignum in me.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

ven Agustín, la paz del uno y la agitación del otro, y aquel astro que va á ocultarse, y este otro mayor, pero rodeado aún de sombras, forman una de esas escenas conmovedoras y solemnes que debiera ser descrita por mano maestra.

Después de haber visitado á Ambrosio, quiso oírle hablar en público. El Santo Obispo instruía los domingos á su pueblo, explicaba la Santa Escritura con sencillez, evitando la controversia y reemplazando la erudición con finas é ingeniosas alegorías, derramaba mucha luz sobre los pasajes oscuros de los divinos libros. Nada tan conveniente como esta palabra dulce, elegante, harmónica y elevada, para el alma herida y enferma de Agustín, que la escuchaba con encanto indecible, y sin temor ni sospecha de que lenguaje tan poco acerado pudiese causar heridas profundas.

Pero siguiendo en oír á San Ambrosio, advierte que la llaga de su corazón se dilata; que las dudas respecto al maniqueísmo se engrandecen sobremanera, y que los últimos restos de sus creencias desaparecían viendo claramente la vanidad de cuanto hasta entonces había admitido; y juzgando, sin examinar detenidamente tan importante asunto, que la verdad no existía tampoco en la Iglesia católica, desesperó más que nunca de poderla hallar en parte alguna. ¿Qué le restaba hacer? Despreciar las

doctrinas, no ocuparse de las cosas y dedicarse exclusivamente á la forma, al estilo y á sus diferentes matices; en una palabra, al arte por el arte, única cosa en que Agustín creía. «He aquí, »dice él mismo, adonde había yo llegado; perdiendo la esperanza de poseer la verdad, había »caído en el más profundo de los abismos (1); pendiente de las formas de la palabra, había llegado á ser indiferente y desdeñoso en cuanto al »fondo (2), y nada me conmovía, fuera del »arte de hablar, único amor que había sobrevivido en mi alma á la ruina de todos los »amores (3).» Es decir, que Agustín estaba en camino de ser un sofista, un artista de la palabra, inventor de antítesis y coordinador de frases; corriendo por consecuencia el más terrible de los peligros, no ya en su alma solamente y en su conciencia, sino en la inteligencia también.

(1) «Et diffidebam et desperabam de inventione veri.» (*Confes.*, lib. V, cap. I.)—«Dubitabam de omnibus, et inveniri posse viam vitæ minime putabam.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

(2) «Verbis suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor astabam.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

(3) «Cum enim non satagerem discere quæ dicebat, sed tantum quemadmodum dicebat audire (ea mihi quippe desperanti ad te viam patere homini, inanis cura remanserat).» (*Confes.*, lib. V, cap. XIV.)

Santa Mónica llegó á Milán precisamente en estas circunstancias, y no es difícil adivinar lo que sería la entrevista de tal hijo y de tal madre. Jamás se sienten mejor las puras y profundas afecciones de familia que en momentos de tristeza: Agustín y Mónica pasaban por ellos; así que sus almas se unieron en largo y estrecho abrazo mezclándose también las lágrimas de sus ojos.

Luego que pudieron hablarse. Agustín para consolar á su madre que á la vez que lloraba, le dirigía miradas inquietas y escudriñadoras, se apresuró á decir que ya no era maniqueo. Al comunicarle esta noticia, esperaba Agustín verla llena de alegría, pero no fué así; Mónica no demostró ni admiración ni contento (1). No se admiró, porque ¿tenía algo de particular que Agustín no pudiera fijarse en arena tan movediza y en tierra tan estéril como la herejía de Manés? Así lo esperaba ella. No se mostró contenta, porque le parecía poco que su hijo hubiese abandonado este error, y esperaba más de sus lágrimas, queriendo que Agustín se hiciera cristiano y católico ferviente. Todo esto deseaba, y estaba segura de obtenerlo.

Mónica replicó vivamente á Agustín, que su

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. I.

aspiración era hacerle católico; y mezclando la intuición de madre á la fe viva de santa, predíjole con energía y repetidas veces, que antes de morir le vería convertido. Agustín meneó la cabeza y respondió con una sonrisa dolorosa, porque dudando de todo y desesperando de la verdad, estaba decidido, según hemos dicho ya, á no ocuparse más de cuestiones doctrinales (1).

Pero esto precisamente llenaba de esperanza el corazón de Mónica: conocía demasiado á su hijo, para pensar que permanecería en semejante vacío; recordaba que era propenso á creer y amar, y por eso, viéndole sumergido en la duda absoluta, y sin tabla alguna de salvación á que asirse en el naufragio, nuestra Santa comprendió que estaba en el principio de la suprema crisis, la cual, aunque le ponía ahora al borde del abismo, ella misma había de traerle á la vida. Consolada con esto, bien que temerosa siempre, resolvió no perder un instante y redoblar sus oraciones, sus sacrificios y piadosas gestiones,

(1) «Invenit me periclitantem quidem graviter desperatione indagandæ veritatis. Sed tamen ei cum indicassem non me quidem manichæum, sed neque catholicum christianum, non quasi inopinatum aliquid audierit exilivit lætitiæ... Placidissime et pectore pleno fiduciæ respondit mihi credere se in Christo quod priusquam de hac vita emigraret, me visura esset fidelem catholicum», etc. (*Confes.*, lib. VI, cap. I.)

para obtener de Dios abreviara los días del extravío de su hijo y apresurase el de su conversión (1).

Fija en esta idea, su primer pensamiento después de abrazarle, fué ver á San Ambrosio, noticiosa de que él habia puesto á Agustín en la crisis que atravesaba. Tenia deseos de manifestarle su agradecimiento, y anhelaba saber lo que el Santo pensaba de su hijo, confiarle sus dudas, sus temores, sus presentimientos y sus esperanzas; ansiando también rogar al anciano Obispo, á quien conoció en Thagaste, que entablase relaciones con Agustín, para hacerle cristiano á la mayor brevedad.

Ambrosio recibió á Santa Mónica con entrañable ternura, y no se cansaba de contemplar á esta madre, en cuyo rostro el amor de Dios y el afectuoso cariño de su hijo extraviado habían abierto tan venerables huellas. La entrevista no se borró jamás de su memoria, y cuantas veces hablaba con Agustín, le felicitaba por tener una madre semejante (2).

Santa Mónica, á su vez, se conmovió hasta

(1) «Tibi autem, fons misericordiarum, preces et lacrymas densiores, ut accelerares adjutorium tuum, et illuminares tenebras meas, et studiosius ad ecclesiam currere, et in Ambrosium ora suspendi.» (*Confes.*, libro VI, cap. I.)

(2) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

derramar lágrimas ante Ambrosio, de quien esperaba la salvación de su hijo, y cuyas primeras palabras pusieron á Agustín en estado de inquietud y fluctuación, es verdad, pero lleno de esperanza. La piedad, la dulzura, la ciencia y modestia del santo Obispo encantaron á Mónica y, así animada, le abrió su corazón, manifestándole desde luego el elevado y profundo afecto, que tendrá siempre una madre para el hombre de Dios, que dirige, que salva y, sobre todo, que convierte á su hijo (1).

Debe tenerse por cierto, que nuestra heroína confió también al santo Obispo la dirección de su propia conciencia, y que este grande hombre, que pasaba una parte de su vida en oír á los pecadores y en llorar con ellos, tuvo el consuelo de confesarla mientras permaneció en Milán. ¿A quién mejor podía encargar Mónica la dirección de su alma, que al que, según presentía, estaba por Dios escogido para la conversión de su hijo? ¿No era esto parte esencial de su vida por enton-

(1) «Diligebat autem illum virum sicut Angelum Dei, quod per illum cognoverat me interim ad illam accipitem fluctuationem jam esse perductum per quam transitarum me ab aegritudine ad sanitatem, intercurrente arctiore periculo, quasi per accessionem quam criticam medici vocant, certa præsimebat.» (*Confes.*, libro VI, cap. I.)

ces? Tenía efectivamente en aquellos instantes un solo pensamiento: rogar, llorar por su hijo y traerle á Dios con sus muchas lágrimas. Si se ocupaba de su propia alma, si velaba con delicadeza cada vez mayor sobre sus pensamientos, aun los más insignificantes; si cada día se esforzaba por ser más humilde y más recogida, todo era mirando á su hijo, y con el fin de que sus oraciones más puras, y su corazón más de Dios, pudieran conseguir lo que deseaba. ¿Quién, pues, como Ambrosio estaba en situación de comprender un alma semejante, y quién mejor que él podía dirigir á la que tanto necesitaba de luces especiales?

Pero Mónica, aunque joven, no debía permanecer ya en el mundo más que dos años, los más bellos de su vida y aquellos en que, como enseña la historia de los Santos, suelen éstos dar sazonados y preciosísimos frutos. En los designios de la Providencia estaba decretado, que los pasara bajo la vigilancia y siguiendo los consejos del mejor director espiritual que había en aquella época, cosa que hace Dios con frecuencia; pues cuando un alma se ha robustecido en la soledad y llega el momento del desarrollo, la trasplanta y coloca al lado de algún santo director que Él ha preparado en secreto para que dé la última mano á tan bella obra.

De acuerdo ya con el santo Obispo de Milán, Mónica procuró que las relaciones entre éste y su hijo fueran más frecuentes y más íntimas. Siempre que visitaba á San Ambrosio, y era frecuentemente, iba acompañada de Agustín. De cuando en cuando, ya con un pretexto ya con otro, le enviaba á casa del Prelado, aparentemente para pedirle consejo sobre cualquier punto que la concernía; pero en realidad, para que tuviese Agustín ocasión de conversar con el gran Obispo.

Un día, por ejemplo, Mónica dudaba si debía ayunar, pues era sábado, y en tal día la Iglesia de Africa acostumbraba siempre á hacerlo; pero no siendo en Milán día de ayuno, preguntaba si debería seguir la costumbre de Thagaste ó la de Milán. Bien pudiera informarse por sí misma del santo Obispo, mas por una de esas piadosas industrias que inventa fácilmente el corazón de las madres, prefería enviar á Agustín, y fué éste á quien dió San Ambrosio la respuesta que tan célebre ha llegado á ser: «Seguid la costumbre de la Iglesia, en que os halléis. Si estáis en Roma, ayunad con la Iglesia de Roma; pero si estáis en Milán, no ayunéis, porque la Iglesia de Milán no ayuna.»

Un hecho bien distinto demostró por entonces, cuán íntimamente enlazados estaban en San-

ta Mónica el amor que profesaba á su hijo, y la veneración, obediencia y profundo respeto con que miraba á San Ambrosio. Era costumbre de la Iglesia africana que, en las fiestas de los Santos mártires, se llevase á sus santuarios pan, vino y tortas que se depositaban en las respectivas tumbas, dándose luego una parte á los pobres, y comiendo los fieles lo restante. Según las ideas de la antigüedad cristiana, que hemos mencionado ya, se pretendía con esto una especie de comunicación de los méritos y virtudes del Santo. El primer día de fiesta que Santa Mónica pasó en Milán, fué por la mañana á la iglesia con su canastito, lleno de ofrendas según acostumbraba en Africa; pero al llegar al dintel, la detuvo el portero y prohibió que entrara; pues, temiendo los abusos que empezaban á introducirse con ocasión de costumbre tan bella y venerable en sí misma, Ambrosio la había suspendido ordenando que no se permitiese el cumplimiento de tal rito. Nuestra Santa que ignoraba la prohibición, como era natural, al verse detenida pública y enérgicamente á la puerta de la iglesia, sufrió algún disgusto; pero no le manifestó, ni dejó que apareciese en su rostro señal alguna de desagrado. «Ella, dice San »Agustín, renunció de buena voluntad y hasta con »alegría á esta costumbre, y en lugar del canasto »lleno de frutos, llevó en lo sucesivo á la tumba

»de los mártires el corazón repleto de los más puros sentimientos. Ni por esto perdieron nada los pobres, pues Mónica les daba en su casa lo que solía repartirles en la iglesia, sustituyendo ella á los frutos de la tierra con que se alimentaba en la tumba de los Santos, el cuerpo divino del Salvador (1).» He aquí cómo obedecía. «Yo creo sin embargo, añade San Agustín con gran delicadeza, que mi madre habría tenido más pena en dejar esta costumbre, si se le hubiese prohibido por otro á quien ella no amase tanto como á San Ambrosio; pero le quería por ver en él un instrumento de mi salvación, y San Ambrosio á su vez quería á mi madre por su vida ejemplar, su asiduidad en la iglesia y su fervor en el ejercicio de las buenas obras. El santo Obispo no podía dejar de alabarla en mi presencia, y me felicitaba por tener una madre semejante; pero él no sabía, añade humildemente Agustín, qué hijo tenía ella en mí (2).»

Cuando se estrechaban más y más estas relaciones, bastante íntimas ya entre Mónica y San

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

(2) «Sed tamen videtur mihi non facile fortasse de hac amputanda consuetudine matrem meam fuisse cessuram, si ab alio prohiberetur, quem non sicut Ambrosium diligebat; quem propter salutem meam maxime diligebat; eam vero ille propter ejus religiosissimam conver-

Ambrosio, Dios disponia las cosas de modo que con noble entusiasmo se inclinaran hacia el santo Obispo, no solamente el corazón de la madre, sino también el del hijo. Había llegado Ambrosio á uno de esos momentos en que el alma grande se sublima, y en que el empuje de la persecución y de la calumnia, rugiendo en torno suyo, sirven sólo para revelar mejor su magnanimidad y grandeza. La emperatriz Justina que hacía algunos años cometió la falta de introducir en Milán una falange de cortesanos pertenecientes á la secta arriana, y que á esta falta añadía la más grande aún de dejarse dominar por una minoría turbulenta, poco antes de la Pascua del año 385 pidió á San Ambrosio en nombre de su hijo Valentiniano, todavía niño, que cediese á los arrianos una de las iglesias que ocupaban los católicos en la Corte, ya fuese la basilica *Portia*, situada fuera de muros, ó la basilica nueva, es decir, la en que Ambrosio celebraba ordinariamente, y era la metropolitana de la ciudad. El santo Obispo denegó la referida petición con noble entereza, mandando se manifestase á la Emperatriz, que no podía un

sationem, qua in bonis operibus tam fervens spiritu frequentabat ecclesiam: ita ut saepe erumperet, cum me videret, in ejus prædicationem, gratulans mihi quod talem matrem haberem; nesciens qualem illa me filium.» (*Confes.*, lib. VI, cap. II.)

sacerdote entregar el templo como ella queria. Por tales palabras y la negativa que entrañaban, vióse sin tardar expuesto á las iras de una mujer que á su gran poder unía la cualidad de no saber respetar; así que los soldados se apoderaron de la basílica Portia, y la misma iglesia donde estaba Ambrosio, fué cercada por las tropas; pero como la población en masa se mostrase favorable al santo Obispo, se retiraron los soldados á la basílica Portia, seguidos del pueblo que estaba lleno de indignación, dando esto por resultado que durante muchos dias reinara en Milan una especie de guerra civil, fruto de la noble excitación de los católicos.

Mientras tanto Ambrosio permanecía siempre en su iglesia, unas veces al pie del altar santo con los ojos bañados de lágrimas, pidiendo á Dios fervorosamente que por su culpa no se vertiese sangre alguna; y otras, sentado en el púlpito, explicando los libros santos, calmando al pueblo, é invitándole á la paciencia y al respeto de las leyes; pero haciendo resonar al mismo tiempo enérgicas y preciosas frases sobre la libertad de las almas, y sobre la libertad de la Iglesia, que es como patria, refugio y verdadera madre de tan precioso don.

A los grandes y á los tribunos, por ejemplo, que venían á intimarle entregara inmediatamente la basílica, porque era del Emperador á quien todo

pertenecía: «Si el Emperador, contestaba, me
»pidiese lo que es mío, aunque lo mío sea patri-
»monio de los pobres, no se lo negaría; pero las
»cosas divinas no me pertenecen. Si se quieren
»mis bienes, tómense en buena hora; si se busca
»mi cuerpo, yo me presentaré. ¿Queréis encade-
»narme y conducirme á la muerte? Me felicitaré
»por ello, no me rodearé de pueblo que me de-
»fienda, ni me abrazaré á los altares pidiendo la
»vida. Tengo en mucha estima ser inmolado por
»defender los derechos de Dios y de su Iglesia.»

Al eunuco Calígono, Prefecto de la cámara del Emperador, que le decía «tú desprecias á
»Valentiniano, pero yo te cortaré la cabeza», Ambrosio contestaba con mayor energía y noble intrepidez: «Dios permita que cumplas tu ame-
»naza: en tal caso, yo sufriré como Obispo, y tú
»obrarás como eunuco.»

Por último, á los oficiales del Emperador que, viendo á las muchedumbres enardecidas y temerosos de un motín, le rogaban que apaciguara el pueblo: «De mí pende el no excitarle, »reponía, pero cuando se alborote, sólo Dios »podrá calmarle;» y como le llamasen tirano, diciendo que abusaba de su influencia sobre el pueblo, para echar por tierra el trono de Valentiniano, «¡oh! ¡oh! decía sonriendo, Máximo »no dice que yo sea enemigo de Valentiniano;

»se queja más bien de que le detuve yo cuan-
»do quería pasar á Italia.» Y en efecto, Ambro-
sio habia sido quien, cuando Máximo combatía
el Imperio de Valentiniano, atravesó los Alpes,
y viniendo presuroso á defender la causa del
niño huérfano, logró llevarla á feliz término.
«Por lo demás, continúa Ambrosio, si yo soy
»un tirano ¿qué os detiene, y por qué no me
»castigáis? No tengo otra arma que el valor de
»afrontar el peligro, y estoy dispuesto á morir;
»pero Dios me libre de entregar la herencia de
»Jesucristo, la herencia de mis predecesores, la
»herencia de Dionisio que por la fe murió en el
»destierro; la herencia del santo confesor Eus-
»torgio, la herencia de Mirocles y la de todos
»los santos Obispos mis antecesores y mis pa-
»dres. Doy al César lo que es del César, pero á
»Dios lo que es de Dios.» Y para demostrar que
estaba pronto á obedecer, dejaba su puerta abier-
ta día y noche, y permanecía en la habitación
de costumbre, dispuesto á salir para el destierro
ó para la prisión, según se le ordenara.

Asustada de tan noble y firme actitud Jus-
tina, retrocedió mas sólo por el momento; pues
sin tardar urdió en secreto una nueva intriga
llena de astucia. Cierta doctor arriano tomó el
título de Obispo de Milán, y negándose Ambrosio
á comparecer ante el tribunal que nombró la Em-

peratriz para juzgar en la competencia, el santo Obispo fué declarado intruso y condenado al destierro, yendo seguidamente los soldados á apoderarse de su persona para conducirle fuera de Italia. Ambrosio entonces se refugió en su catedral, como la primera vez, y era espectáculo admirable el que un anciano inerme, en quien estaban personificados los derechos de la conciencia, permaneciera en el santuario inmóvil, mientras se estrellaba impotente contra la escalinata de la iglesia el mayor poder de aquel tiempo. El pueblo entretanto no abandona el templo y, fiel á sus creencias, agrupábase alrededor del Obispo, pasando las noches arma al brazo y en actitud amenazadora (1).

Esta especie de asedio duró ocho ó nueve días al aproximarse la Pascua del año 386, y entonces fué cuando, para ocupar santamente tanto tiempo, introdujo Ambrosio en la iglesia de Milán el canto alternado de los salmos tal como le practicaba el Oriente, y se adoptó luego en todo el Occidente. Con objeto de darle variedad y animarle algún tanto, añadió Ambrosio los himnos que

(1) A las iglesias de aquella época estaban unidos muchos edificios, pórticos, habitaciones, salas y jardines, lo cual explica cómo el pueblo podía permanecer días y noches sin separarse para nada del templo: había allí donde comer y dormir cómodamente.

había compuesto, inspirado por las circunstancias, y de tal manera entusiasmaron al pueblo, que los enemigos de aquél decían que había hechizado á las masas con sus cánticos (1). Consérvase hoy la mayor parte de estos himnos (2), sin que pueda dudarse que fueron improvisados entre el ruido de las armas y los clamores del pueblo, agitado por un hombre que no sabía al amanecer si durante el día le obligarían á emprender el camino del destierro, ó le conducirían á una prisión. No hay cosa más dulce, más nueva, más elevada

(1) «Hymnorum quoque meorum carminibus deceptum populum ferunt. Plane nec hoc abnuo.» (Ambros., *Opusc. de Spiritu Sancto*, in Epist. XXXI.)

(2) Los himnos que con más fundamento se atribuyen á San Ambrosio, son en primer lugar los once siguientes: *Æterne rerum conditor: Deus creator omnium: Jam surget hora tertia: Veni, Redemptor gentium: Illuminans Altissimus: Fit porta Christi pervia: Orabo mente Dominum: Somno reffectis artubus: O lux beata Trinitas: Consors Paterni luminis: Æterna Christi munera.* (Véase á Cellier, *Historia de los autores eclesiásticos*, San Ambrosio.) Además de estos once himnos, B. Tomasi, en su *Himnario* (colección de himnos) añade otros cincuenta, y como principales los siguientes: *Jesu, nostra Redemptio: Conditor alme siderum: Rerum Creator optime: Splendor Paternæ gloriæ: Immense cæli conditor: Cæli Deus sanctissime: Nox atra rerum contigit: Magnæ Deus potentia: Tu Trinitatis Unitas: Æterna cæli gloria: Plasmator hominis Deus: Summe Deus clementiæ: Lux ecce surgit aurea, etc., etc.*

ni más pura: he aquí, como ejemplo, el himno compuesto para que se cantase al despertar por la mañana:

El autor pone en francés dos himnos de la mañana, y uno de la noche; pero como en nuestra traducción habian de salir pálidos, ya que no desfigurados, hemos preferido omitirlos movidos de lo que dice M. de Maisstre con igual motivo: «Quien sin especial vocación quiera ensayarse en este género al parecer tan fácil y tan sencillo, arrojando la pluma aprenderá dos cosas: cuánto vale la oración, y cuán alto raya el talento de Racine.» (*Soirées de Saint-Petersbourg*, tome VII, 11^e entretienne.)

El mismo autor, después de copiar los himnos de la mañana, hace notar lo joven y lozana que se ostentaba en los labios de un anciano la poesía; y escritos los de la noche, después de observar que en todos ellos se encuentra apenas una ligera alusión al estado de alarma, continúa diciendo:

Es preciso reconocer que se necesita alma grande y muy dueña de si misma, para expresar tales armonías en medio de la efervescencia popular. Los himnos fueron acogidos con entusiasmo tal, que el pueblo, electrizado, los cantaba día y noche mostrándose resuelto á morir con su Obispo. De tiempo en tiempo hacia Ambrosio suspender el canto, y subiendo al púlpito, su corazón tierno y reconocido á la vez, hallaba acentos nuevos para dar gracias al Todopoderoso y animar á aquel pueblo que tan fiel se le mostraba.

Ocurría esto por los años 385 y 386, en que

Agustín pasó enseñando en Milán. ¿Y un joven alejado de la verdadera fe, es verdad, pero amigo de la elocuencia y de la poesía, pundonoroso y entusiasta por la dignidad del alma, por los derechos de la conciencia y de la libertad, podía dejar de conmoverse en presencia de semejante espectáculo? ¿Y podría no entusiasmarse, al ver que un anciano venerable se expone á la violencia por no hacer traición á sus deberes; permaneciendo impasible sin echar mano de las armas, y recibiendo con tal motivo aplausos de todo género de personas? «Mi madre, dice San Agustín, queriendo ser de las primeras en participar de los sobresaltos y de las vigiliass, oraba sin interrupción: yo mismo, aunque frío y alejado de vuestro ardiente espíritu, estaba enternecido viendo la agitación de todo el pueblo (1).» La grandeza moral, rodeando á Ambrosio de brillante aureola, entusiasmaba á Agustín. «Yo, dice, tenía por feliz á Ambrosio, veía que se le tributaban altísimos homenajes, y le envidiaba por todo, menos por el celibato.»

«Sin embargo, añade, yo no sospechaba siquiera, en qué consistía su verdadera felici-

(1) «Ibi mater mea, ancilla tua, sollicitudinis et vigiliarum primas tenens, orationibus vivebat. Nos adhuc frigidi á calore spiritus tui, excitabamur tamen civitate attonita atque turbata.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VII.)

»dad. No tenía presentimiento ni experiencia de
»las grandes esperanzas que Ambrosio alimen-
»taba, de los rudos combates que sostenía con-
»tra la seducción de su propia grandeza, de
»los muchos consuelos que encontraba en la ad-
»versidad, ni del encanto que asimismo hallaba
»en una voz secreta que le hablaba al corazón:
»por último, yo no conocía los sabrosos goces
»que él gustaba alimentándose con el pan de la
»vida (1).»

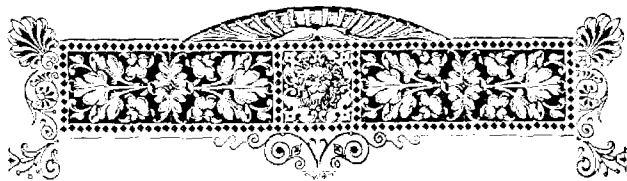
Por lo que hace á Santa Mónica, es difícil describir su grandísima alegría, viendo al padre de su alma, y á aquel, con quien contaba para salvar á su hijo, hecho un héroe y un santo. Siempre al pie del púlpito de Ambrosio y pendiente de sus labios, ella, como dice San Agustín, tomaba grandísima parte en las angustias y dolores de la Iglesia. No vivía más que para Dios, y marchando en todo bajo la dirección del santo Obispo, impulsada por la divina gracia y entre

(1) «Ipsam Ambrosium felicem quemdam hominem secundum sæculum opinabar, quem sic tantæ potestates honorarent: cælibatus tantum ejus mihi laboriosus videbatur. Quid autem ille spei gereret, et adversus ipsius excellentiæ tentamenta quid luctaminis haberet, quidve solaminis in adversis et occultum os ejus quod erat in corde ejus; quam sapida gaudia de pane tuo ruminaret, nec conjicere noveram.» (*Confes.*, lib. VI, cap. III.)

cánticos entusiastas y perfumes celestiales, adelantaba á grandes pasos en la perfección cristiana. La fe, el amor, la esperanza, la paz y la plena confianza en Dios, todas estas virtudes exhalaban en Mónica oloroso perfume. Era fácil prever que se acercaba la hora del cumplimiento de sus deseos (1).

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. I y II; lib. VII, capítulo VII.





CAPITULO X

EMPIEZAN Á SER OÍDAS LAS ORACIONES DE SANTA MÓNICA.—PRIMEROS RAYOS DE LUZ EN EL ALMA DE AGUSTÍN.—PROFUNDIDAD DEL PLAN ADOPTADO POR SAN AMBROSIO, Y SEGUIDO POR SANTA MÓNICA.—LA TEMPESTAD

Año 385.

Como acabamos de ver, Santa Mónica no se contentaba con hacerse acompañar de su hijo siempre que iba á visitar á San Ambrosio, sino que además, cada vez que este santo Obispo subía al púlpito, cuidaba de llevar á Agustín consigo para que le oyera. Esto, á la verdad, no le era difícil, pues el gusto con que escuchaba los elocuentes discursos de Ambrosio, era tal que á menudo, sin esperar á su madre, iba él espontáneamente. Todavía se conserva hoy en Milán el

púlpito de mármol en que el santo Obispo predicaba, y al cual puede asegurarse que, durante los años 385 y 386, nunca subió sin tener delante á Santa Mónica y al lado de ésta «al hijo de tantas lágrimas».

Mas para oir con fruto las instrucciones de San Ambrosio, era conveniente y aun necesario que Agustín llevase al templo las disposiciones indispensables, para recibir la palabra de Dios en su alma; pero desgraciadamente no sucedía así: á tan solemnes actos sólo iba Agustín como curioso y como juez. «Siempre que Ambrosio enseñaba al pueblo, dice él mismo, yo iba á escucharle muy atento; no con la intención que debiera, sino únicamente para ver si la elocuencia correspondía á su reputación, y si la fama exageraba ó disminuía. Pasaba horas enteras pendiente de sus labios, y quedaba encantado ante la harmonía de sus discursos; pero sólo me fijaba en la forma, sin cuidarme nada del fondo y de las cosas, antes bien las despreciaba (1).»

(1) «Et studiose audiebam disputantem in populo, non intentione qua debui, sed quasi explorans ejus facundiam; an major minorve proflueret quam prædicabatur. Et verbis ejus suspendebar intentus; rerum autem incuriosus et contemptor adstabam.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIII.)

Con estas disposiciones iba Agustín á escuchar la palabra de Ambrosio, pero, no obstante, la luz divina penetraba su espíritu con especial suavidad y como insensiblemente. «Al escuchar »al santo Obispo, dice Agustín, no me cuidaba »de aprender lo que él decía, sino únicamente »de juzgar la manera de decirlo; y sin embargo, »como las cosas son inseparables de las pala- »bras, no podía impedir que las unas entrasen »con las otras en mi espíritu. Y cuando aplicaba »toda mi atención sólo á la elocuencia de sus »discursos, descubría á la vez en ellos la fuerza »de la verdad, que no penetraba en mi alma sino »muy poco á poco (1).»

Encantado por esta palabra, Agustín empezó á iluminarse; pero tan suave y tenue fué el rayo de luz, que apenas llegó á advertirlo.

«Primero, dice, me pareció que lo que Ambrosio enseñaba, podía defenderse; y que había obrado yo mal creyendo era temeridad el »seguir la fe católica. Por esto, después de haberle oído, empecé á reconvenirme la falsa persuasión en que había estado, de que no era po-

(1) «Veniebat in animum meum simul cum verbis quæ diligebam, res etiam quas negligebam. Et dum cor aperirem ad excipiendum quam disertè diceret, pariter intrabat quam verè diceret; gradatim quidem.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIV.)

»sible contestar á los que se permiten mil burlas
 »é insultos contra la religión (1).» Este fué el
 primer rayo de luz, del cual prosigue Agustín
 diciendo: «Y aun cuando yo ignorase si lo que
 »Ambrosio afirmaba era verdad, oíale sin embar-
 »go con singular placer; porque al menos no de-
 »cía cosa que no fuese muy posible.» Y más
 adelante también: «Por de pronto, aun cuando
 »no estuviese cierto de si la doctrina católica
 »era ó no verdadera, lo estaba mucho de que no
 »enseñaba las cosas de que yo la había acusado.
 »Encontrábame, pues, confuso, cambiábase mi
 »modo de pensar y sentía una alegría secreta al
 »ver que la Iglesia católica en cuyo seno, niño
 »aún, había aprendido el nombre de Jesús, no
 »enseñaba cosa ridícula, ni mucho menos infun-
 »dada (2).»

(1) «Primo etiam ipsa defendi posse mihi jam coepe-
 ram videri; et fidem catholicam pro qua nihil posse dici
 adversus oppugnantes manichæos putaveram, jam non
 impudenter asseri existimabam.»

«Jam reprehendebam desperationem meam, illam
 dumtaxat qua credideram Legem et Prophetas detes-
 tantibus atque iridentibus resisti omnino non posse.»
 (*Confes.*, lib. V, cap. XIV.)

(2) «Itaque confundebar, et convertebar: et gaude-
 bam, Deus meus, quod Ecclesia unica, corpus Unici tui,
 in qua mihi nomen Christi infanti est inditum, non sa-
 peret infantiles nugas.» (*Confes.*, lib. VI, cap. IV.)

Se ve pues, cómo poco á poco iba modificándose el espíritu de Agustín: cada día entendía mejor, no sin sorpresa suya, que la enseñanza de la Iglesia era muy otra de lo que él se había figurado; ciertos pasajes de las Santas Escrituras que había tenido como absurdos, le parecían ya razonables, bellos y hasta elevados; dogmas de que él se había reído, impugnándolos al mismo tiempo, veía ahora que la Iglesia no los enseñaba, sino todo lo contrario, y que por tanto carecían de fundamento las objeciones con que la combatía. Agustín, naturalmente recto, se avergonzaba de haber atacado, no á la verdadera Iglesia, sino á una Iglesia ficticia, que sólo había existido en su imaginación. «Me roburizaba, dice, de haber sido tan temerario é impío, »vituperando en mis discursos cosas de que »debiera haberme informado antes; porque no »había yo gritado contra la religión católica, sino »contra las quimeras de mis pensamientos culpables (1).»

A este primer rayo de luz tan suave y casi imperceptible, siguióse poco después otro más vivo y brillante.

(1) «Gaudens erubui non me tot annos adversus catholicam fidem, sed contra carnalium cogitationum figmenta latrasse.» (*Confes.*, lib. VI, cap. V.)

Los discursos de San Ambrosio á que, como se ha dicho, Agustín asistía con asiduidad, indujéronle á examinar la manera de proceder los católicos en la investigación de la verdad y, al hacerlo, no pudo menos de sorprenderse. Los católicos quieren que se crea con sumisión lo que no se comprende con evidencia. La fe enseña ante todo que, existiendo una multitud de cosas incomprensibles para el espíritu humano, el hombre debe inclinarse respetuoso, confesando cuán limitadas son su razón é inteligencia; y Agustín comprendió desde luego, que tal proceder era más modesto y sincero que el de los herejes. «Porque éstos, dice, no hablaban más »qué de libertad, de evidencia, de razón y del »derecho absoluto de escudriñar y examinarlo »todo; y mientras trataban de crédulos y cándidos á quienes creían lo que ellos no llegaban »á comprender, exigían, proponiendo á renglón »seguido multitud de cosas difíciles de probar, »que se diese fe á su palabra (1).» A los ojos de Agustín había en esto no sólo orgullo sino contradicción manifiesta.

Pero no solamente le pareció más modesto y sincero el proceder de los católicos, sino que, aun no teniendo simpatía por el método de

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. V.

éstos, sintióse atraído hácia la verdad, reconociéndole muy conforme á la naturaleza humana. Conviene seguir oyendo á Agustín para conocer la marcha de su conversión. «Yo, dico, empezaba á considerar las muchas cosas que creía sin haberlas visto, y sin haberme hallado presente cuando se realizaron; por ejemplo, tantos sucesos que refieren las historias, tantas noticias de pueblos y ciudades que no había visitado; tantas cosas como he oído á los amigos, á los médicos y á otras mil personas, las cuales debemos creer so pena de no poder dar un paso en la vida; y por último, consideraba la seguridad que tengo de quiénes fueron mis padres, cosa que no podría saber si no la hubiera creído por el testimonio de otro. Y ¿qué puedo alcanzar yo de todo esto, si no tengo fe en quien así lo atestigua (1)?»

Ahora bien: si quitada la fe, es decir, la completa confianza en una palabra que se oye, no es posible vida alguna, ni la de los sentidos, ni la del entendimiento, ni la del corazón, ni la de la sociedad; si la fe es una necesidad de la vida humana, ¿por qué no ha de ser también una ley, una necesidad de la vida divina? Si todo hombre,

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. V.

al venir á este mundo, recibe enseñanzas de su madre y de su padre, de su país y de su siglo, ¿por qué no ha de aprender también lo que su Dios le enseña? Y si Dios, en efecto, ha enseñado al hombre, ¿qué otra cosa debe hacer éste sino escuchar, creer y confiar, fundando su asenso á la religión sobre la misma base en que se funda la familia, la amistad y todas las nobles y santas afecciones, que no es otra sino la confianza más completa y la fe más firme?

Así se expresaba San Agustín, y si no conociésemos su corazón tan tierno y afectuoso, creeríamos ver aquí las inspiraciones de su madre; porque precisamente en esta forma, y con esta misma luz, se deja ver la religión de la mujer cristiana. Sus primeras verdades, obscuras é inefables, misteriosas pero tan augustas que todo lo abrazan, la mujer no las estudia ni las discute, las siente. No necesita de gran talento para tener sobre ellas ideas claras é intuitivas, le basta seguir su corazón.

Agustín partió de este principio, y con la lógica propia de su gran talento, sacó de él abundantísimas luces.

«Supuesto, decía, que Dios haya hablado al »hombre, ¿cuál deberá ser el carácter de su »labra? Un carácter muy superior al que tiene »la palabra humana. El hombre es pequeño,

»finito, está limitado por el tiempo y el espacio, y otro tanto le sucede á su palabra. Dios, al contrario, es infinito, eterno, abraza todos los tiempos, todos los lugares y todas las almas; luego así también deberá ser su palabra.» Agustín abrió los libros sagrados de la Iglesia católica que contienen la verdadera palabra de Dios, tal como ha resonado en el curso de los siglos; y al encontrar en ellos cierta cosa que no se parecía nada á lo que ya él conocía, se llenó de admiración: halló allí en efecto una palabra tan antigua como el mundo, tan universal como el espacio; una como la verdad, santa como la virtud; inmutable é indestructible, aunque siempre impugnada; de una fecundidad prodigiosa, de una belleza moral superior, y tal, en fin, que no ha podido salir sino de un espíritu eterno, universal, inmutable, todo poderoso y santo; es decir, de Dios.

Pero lo que causó en él mayor admiración, fué la armonía de esta palabra con la razón humana; armonía tan profunda y tan perfecta, que es imposible no venga de *Aquel* que ha creado el espíritu del hombre. «Completábase mi pasmo, dice San Agustín, y hacíase me esta palabra muy venerable y digna de acatamiento, que, sencilla por una parte, y acomodada á la inteligencia de los no instruídos, contiene por otra secretos

»sublimes. Accesible á todos por la claridad y
»llaneza del estilo, ejercita y satisface á los que
»tienen mayor ingenio y penetración. Así por
»un lado recibe á todos los hombres en su vasto
»seno por la sencillez de su lenguaje, y por
»otro eleva las inteligencias eminentes al mayor
»grado de luz (1).»

Al descubrir Agustín este último carácter, que avalora los demás, empezó á salir de las sombras, y á presentarse ante sus ojos la Iglesia católica con su incomparable plan, abrazando, como Dios, todos los tiempos, todos los lugares y, lo que es más bello aún, todas las almas; alimentando con la misma luz á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á águilas y á palomas; diferenciándose de las falsas religiones que han sido siempre limitadas, estrechas y locales, como el espíritu del hombre que las formó; las unas hechas para grandes ta-

(1) «Eo mihi venerabilior et sacrosancta fide dignior apparebat auctoritas, quo et omnibus ad legendum esset in promptu, et secreti sui dignitatem in intellectu profundiore servaret; verbis apertissimis et humillimo genere loquendi se cunctis præbens, et exercens intentionem eorum qui non sunt leves corde; ut exciperet omnes populari sinu, et per angusta foramina paucos ad te trajiceret, multo tamen plures, quam si nec tanta apice auctoritatis emineret, nec turbas gremio sanctæ humilitatis hauriret.» (*Confes.*, lib. VI, cap. V.)

lentos y, en consecuencia, incomprensibles para el pueblo; las otras, hechas para el pueblo, pero despreciadas de los grandes; llevando, en fin, todas ellas, como signo de flaqueza, su impotencia para extenderse á todos los lugares y saciar todas las almas. «Meditaba sobre estas cosas, »exclama elocuentemente Agustín, y Vos, Dios »mío, Vos me asistíais. Suspiraba, y Vos me »oíais, fluctuaba sobre este mar, y Vos dirigíais »mi marcha. Me extraviaba aún en el ancho camino del siglo, y Vos no me abandonabais (1).»

Todas estas cosas, nuevas para Agustín y conformes á sus gustos, le encantaban, pero no le convencían. De que la fe católica pudiera oponer sólidas razones á los ataques de sus adversarios, y aun presentar al espíritu que la estudia ciertos caracteres de belleza moral, no deducía Agustín que fuese verdadera, juzgando únicamente que era razonable, excelente, grande y hasta sublime; que estaba sostenida por grandes genios, que la profesaban personas de cuya sinceridad no se podía dudar, como Santa Mónica y San Ambrosio, y que, por consecuencia, era digna de estudio y de ser tratada con respeto. Agustín ha

(1) «Cogitabam hæc, et aderas mihi, suspirabam, et audiebas me; fluctuabam, et gubernabas me, ibam per viam sæculi latam, nec deserebas.» (*Confes.*, lib. VI, cap VI.)

descrito admirablemente el estado de su alma, retratando á la vez el de muchas que había entonces semejantes á la suya. «En aquel tiempo, »dice, no había yo vencido á la fe católica, pero »tampoco había triunfado de mí (1).»

A partir de este día, Agustín no vuelve á burlarse de la Religión católica; arroja del corazón el desprecio que sentía hacia ella, y empieza á moverse en dirección de su luz bienhechora. «Renunciando definitivamente á toda otra doctrina, »pero sin abrazar todavía la de Ambrosio, resolví, »dice, permanecer simple catecúmeno de la Iglesia católica, en la que mi piadosa madre me »había hecho entrar, esperando allí una nueva »luz que iluminase mis pasos (2).»

Fácil le hubiera sido á Agustín encontrar esta luz que con tanto afán buscaba, si hubiese confiado sus inquietudes á alguna persona; pero, como enfermo que visitado por malos médicos sin conseguir alivio, teme entregarse á ningún otro por mucha que sea su fama, nuestro Santo repugnaba franquear á nadie su corazón, comunicándole sus dudas y pidiéndole remedio.

Sólo un hombre había en Milán que mere-

(1) «Non victa, sed nondum victrix.» (*Confes.*, lib. V, cap. XIV.)

(2) *Confes.*, lib. V, cap. XIV.

ciese la confianza de Agustín; pero, ¡cosa singular! este hombre, que era San Ambrosio, no pensaba al parecer en semejante cosa; hubiérase creído que ni siquiera tenía conocimiento de la agitación y angustia sufrida por el joven, á quien él tanto amaba y de quien era tan querido. «Ambrosio no sabía, dice San Agustín, »cuáles eran las fluctuaciones de mi alma, ni el »precipicio en que estaba próxima á caer; porque yo no podía consultar con él mis dudas, »aunque lo deseaba muy de veras. La multitud »de personas, que constantemente le asediaban »y cuyas necesidades debía atender, me impedían hablarle como yo quería; pues el poco »tiempo que le dejaban libre, lo aprovechaba en »reparar las fuerzas de su cuerpo con el alimento, »y las de su alma con la lectura (1).»

¿Cómo era posible que ignorase Ambrosio la vacilación y dudas de un joven con quien estaba en frecuentes relaciones, y el cual, por razón del cargo público que tenía en Milán y por su gran reputación, era conocido de toda la ciudad? Además, ¿no estaba allí Santa Mónica? ¿No veía á menudo á San Ambrosio? Y si le veía, ¿de qué había de hablarle esta madre inconsolable, sino de su Agustín, de las aflicciones y de la agitación de su al-

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. III.

ma, única cosa que la ocupaba siempre? Pero entonces, ¿cómo un Obispo tan sabio, tan celoso y de autoridad tan grande, no procuraba ganar para Dios á un hombre que habia de procurarle tanta gloria? Agustín nos dice, que Ambrosio estaba muy ocupado; pero ¿qué ocupación más noble, más brillante, más agradable á Dios y más digna de un Obispo, que la de explicar la fe á este joven que lo descaba sinceramente y que, una vez convertido, podía honrar á la Iglesia católica, y llegar á ser su firme apoyo?

Sin embargo, no sólo no buscaba esta ocasión Ambrosio, sino que hallándola todos los días, la dejaba pasar y desperdiciaba. Para comprender esto conviene leer una página de Agustín, preciosa miniatura, en la que se destaca como en fondo de oro, la hermosa figura de San Ambrosio recogido y sereno por la fe, y á su lado el inquieto y agitado Agustín que le observa en silencio, le admira y no se atreve á interrogarle. «Yo iba con frecuencia á visitar á Ambrosio, dice «San Agustín, penetraba en su habitación y hasta en su mismo despacho (cuya puerta no estaba cerrada para nadie, entrando cualquiera «sin ser anunciado), y siempre le encontraba «leyendo en silencio, y nunca de otro modo. Me «sentaba y, después de permanecer allí largo rato «sin hablar una palabra (porque ¿quién fuera tan

»osado que se atreviera á turbarle?) me iba,
 »presumiendo que en estos momentos consagra-
 »dos al descanso de su espíritu, fatigado por
 »tantos negocios como sobre él pesaban, le se-
 »ría enojoso el verse interrumpido. La causa de
 »leer bajo, acaso fuera que temía ser sorprendido
 »por alguno en cualquier pasaje obscuro que ne-
 »cesitase explicación, y que obligado á gastar en
 »ésta gran parte de su tiempo, no pudiese leer todo
 »lo que se habia propuesto: ó tal vez el conservar
 »su voz, que se enronquecía con mucha facilidad.
 »le obligase á leer de esa manera. En fin, cual-
 »quiera que fuese la razón de Ambrosio para
 »obrar así, no podía menos de ser muy respe-
 »table (1).»

(1) «Sæpe cum adessemus, non enim vetabatur quisquam ingredi, aut ei venientem nuntiari mos erat; sic eum legentem vidimus facitè, et aliter nunquam: sedentesque in diuturno silentio quis enim tam intento esse oneri auderet?) discedebamus et conjectabamus eum parvo ipso tempore, quod reparandæ menti suæ nancisceretur, feriatum ab strepitu causarum alienarum nolle in aliud avocari; et cavere fortasse ne, auditore suspensio et intento, si qua obscurius posuisset ille quem legeret, etiam exponere necesse esset, aut de aliquibus difficilioribus disceptare quæstionibus, atque huic operi temporibus impensis, minus quam vellet voluminum evolveret, quamquam et causa servandæ vocis quæ illi facillimè obtundebatur, poterat esse justior tacitè legendi. Quolibet tamen animo id ageret, bono utique ille vir agebat.» (*Confes.*, lib. VI, cap. III.)

Por esta última palabra se comprende la veneración de Agustín hacia San Ambrosio, y en consecuencia la facilidad con que este santo Obispo pudiera ayudarle provocando una explicación confidencial de parte de Agustín, ó respondiendo oportunamente á sus dudas en el caso de haberse las éste manifestado. Pero Ambrosio no daba señal de semejante idea, «así que, dice San »Agustín, yo no tenía medio de disipar las dudas »consultando á este santo oráculo, salvo algunas »preguntas á que con una palabra podía contestarse. Pero mis inquietudes exigían una persona »que pudiese concederme el tiempo necesario »para consultarlas todas, y yo no encontraba coyuntura para comunicar así con Ambrosio (1).»

No cabe duda que aquí se encierra algún misterio. Cuando diez años antes había suplicado Santa Mónica á un anciano y Santo Obispo de Africa que discutiese con su hijo, el Obispo le había dicho: «¿Y para qué?» Mas como ella insistiese en sus ruegos, «Orad, orad, añadió, es »imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.» Era la táctica que al presente seguía San Ambrosio: no ignoraba las dudas de Agustín, pero no quería discutir con él. ¿Quién ha sido jamás llevado á la verdad por la controversia?

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. III.

Agustín estaba engreído de su razón, de la fuerza admirable de su genio y del poder de su dialéctica; por consiguiente una objeción que no se hubiese resuelto bien á su parecer, ó un argumento al cual hubiera creído que no se contestaba, le habrían confirmado más en las dudas, fomentando su idea de que en la Iglesia católica no se halla la verdad, como no se encuentra tampoco en las sectas y filosofías que él había estudiado.

Por otra parte, suponiendo que su espíritu se hubiese convencido, ¿se habría rendido su corazón? Platón decía, que el bien es padre de la luz, y que el alma no puede desplegar sus alas sino á impulsos de la virtud. San Ambrosio comprendía esto mejor que Platón, y sabiendo las agitaciones del espíritu de Agustín, no ignoraba tampoco los desórdenes de su corazón. La mujer, que por espacio de catorce años venía disputando á Dios su amor, le había seguido á Milán y vivía públicamente con él, por consiguiente ¿á qué discutir con quien se hallaba en tal estado? ¿No valía más orar, pedir á Dios esta conquista, y esperar á que las lágrimas de Santa Mónica suscitasen en el corazón de su hijo emociones que no pudiese resistir?

Tal era el plan de San Ambrosio: así que, conservando buenas relaciones con Agustín, fin-

gía ignorar sus dudas, y evitaba cuidadosamente una discusión, que no daría resultados. No rehusaba coger ese fruto delicioso, cuyo sabor conocía perfectamente; pero juzgaba conveniente dejarle madurar.

En cuanto á Mónica, que había aprendido de San Ambrosio las profundas razones de su conducta, y que estaba decidida á seguir la dirección de una persona tan discreta en asunto tan delicado; aunque fuesen grandes sus deseos de ver convertido á Agustín, se limitaba á orar y verter doloridas lágrimas al pie de los altares. «Semejante á aquella madre que »oprimida de dolor seguía el féretro de su hijo, »y que á fuerza de lágrimas consiguió que Jesucristo se le devolviese, así, dice San Agustín, »las lágrimas de mi madre corrían sin interrupción. Su pensamiento era como el féretro, donde sin cesar me mostraba á Dios, á fin de que, »oyendo su súplica, me dijese, como en otro »tiempo al hijo de la viuda de Naín: levántate, »yo te lo mando (1).»

Los acontecimientos vinieron á justificar la

(1) «Me tanquam mortuum sed resuscitandum tibi flebat, et feretro cogitationis efferebat, ut diceres filio viduæ: *Juvenis, tibi dico, surge*; et revivisceret et inciperet loqui, et traderes illum matri suæ.» (*Confes.*, lib. VI, cap. I.)

profundidad del plan que San Ambrosio había adoptado, y que Santa Mónica seguía. Cuanto menos se disputaba con Agustín, más disputaba él consigo mismo. Se volvía y revolvía en todos sentidos, como enfermo que busca postura cómoda; los gritos de su conciencia crecían á impulso de las lágrimas maternas, y bien pronto estalló la tempestad. Él mismo la ha descrito en un diálogo admirable que sucesivamente da la palabra á la pasión y á la conciencia, dejando vislumbrar el oleaje que agitaba su alma. He aquí el diálogo:

«LA PASIÓN.

»¡Oh académicos! decía Agustín cuando la pasión le dominaba, vosotros sois quienes brilláis entre los filósofos por habernos enseñado que todo es dudoso, y que no hay cosa cierta en que pueda uno apoyarse para arreglar su vida (1).»

«LA CONCIENCIA.

»Pero no, investiguemos aún más; ¿á qué desesperar de esta manera? Es ya mucho que los pasajes de la Escritura no me parezcan absurdos como antes, y que reconozca puede dár-

(1) «O magni viri academici! nihil ad agendam vitam certi comprehendi potest.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

»seles un sentido razonable. Permanezcamos,
»pues, en las gradas del templo donde, niño to-
»davía, mi piadosa madre me depositara, y es-
»peremos con confianza que la verdad pura se
»dejará ver (1).»

«LA PASIÓN.

»Pero ¿dónde y cuándo podré yo buscar
»esta verdad? Ambrosio no tiene tiempo para es-
»cuchar mis dudas, y yo mismo no le tengo para
»leer tanto. Por otra parte, aunque tuviera tiem-
»po, ¿dónde encontrar los libros? ¿con qué recur-
»sos cuento para comprarlos? ¿quién me los dará
»prestados (2)?»

«LA CONCIENCIA.

»No obstante, es preciso buscar algunas ho-
»ras en que pueda ocuparme de la salvación del
»alma. Grande es mi esperanza al ver que la Reli-
»gión católica no enseña lo que yo me había figu-

(1) «Imo quæramus diligentius et non desperemus. Ecce jam non sunt absurda in libris ecclesiasticis quæ absurda videbantur, et possunt aliter atque honeste intelligi. Figam pedes in eo gradu in quo puer à parentibus positus eram, donec inveniatur perspicua veritas.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) «Sed ubi quæretur? quando quæretur? Non vacat Ambrosius, non vacat legere. Ubi ipsos codices quærimus? Unde aut quando comparamus? A quibus sumimus?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

»rado, y á la que sin motivo criticaba. Los católicos instruídos y doctos juzgan error grande el »creer, que Dios tenga la forma ó figura de un »cuerpo humano; pues ¿cómo dudo en volver á la »misma puerta, desde donde esto se descubre, »en busca de lo demás? Las horas de la mañana »están dedicadas á mis discípulos, pero ¿tengo »más que hacer durante el día? ¿Pues por qué »no emplearle en una ocupación tan necesaria (1)?»

«LA PASIÓN.

»Pero, ¿cuándo podré visitar á los amigos »poderosos, cuyos favores y protección tanto necesito? ¿Cuándo prepararé las lecciones que debo »á mis discípulos, que me pagan por ellas su »tipendio? Y ¿cuándo podré hallar el tiempo necesario para reparar mis fuerzas, agotadas con »tanto trabajo y tantas vigiliass (2)?»

(1) «Deputentur tempora, distribuantur horæ pro salute animæ. Magna spes oborta est: non docet catholica fides quod putabamus et vane accusabamus. Et dubitamus pulsare quo aperiantur cætera? Antemeridianis horis discipuli occupant: cæteris quid facimus? cur non id agimus?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

(2) «Sed quando salutamus amicos majores, quorum suffragiis opus habemus? quando præparamus quod emunt scolastici? quando reparamus non ipsos, animum relaxando ab intentione curarum?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

«LA CONCIENCIA.

»Piérdase todo, abandonemos estas cosas vanas é inútiles, y dediquémonos exclusivamente á la investigación de la verdad. La vida está llena de miserias, y es incierta la hora de la muerte. Si nos acomete repentinamente, ¿en qué estado saldremos de este mundo? ¿Dónde aprenderemos lo que por culpa nuestra no hayamos aprendido? ¿Y qué puede esperarnos en la otra vida, sino el castigo de tan criminal negligencia (1)?»

«LA PASIÓN.

»Pero es posible que, después de la muerte, no tenga el hombre ni sentimiento, y que, extinguida la vida, todas las inquietudes cesen con ella (2).»

«LA CONCIENCIA.

»¡Oh! este pensamiento es una blasfemia. No

(1) «Pereant omnia et dimittamus vana et inania: conferamus nos ad solam inquisitionem veritatis. Vita hæc misera est mors incerta, si subito obrepât ¿quomodo hinc exhibimus? et ubi nobis discenda sunt quæ hic negleximus? An non potiùs hujus negligentie supplicia luenda sunt?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XL.)

(2) «Quid, si mors ipsa omnem curam cum sensu amputabit et finiet?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XL.)

»en balde la Religión cristiana se ha elevado á
 »tanta altura, y ha adquirido tal y tan grande
 »autoridad por todo el orbe. Dios no hubiera he-
 »cho jamás por nosotros tantos prodigios y ma-
 »ravillas, si el alma debiera morir con nues-
 »tro cuerpo. ¿Por qué, pues, no renunciar desde
 »ahora á todas las esperanzas del siglo, dedicán-
 »donos única y exclusivamente á conocer á Dios,
 »y á procurar la vida dichosa (1)?»

«LA PASIÓN.

»Pero esperemos un poco todavía. La vida del
 »mundo tiene sus dulzuras, no conviene retirar-
 »se de ella con precipitación; porque sería ver-
 »gonzoso volver al mundo, después de haberle
 »abandonado. Estoy próximo á obtener un cargo
 »de consideración, y cuando le haya obtenido,
 »¿qué me faltará? Tengo amigos muy influyen-
 »tes, y, sin ambición, puedo aspirar á la presi-

(1) «Ergo et hoc querendum. Sed absit ut ita sit. Non vacat, nec est inane quod tam eminens culmen auctoritatis christianæ fidei toto orbe diffunditur. Nunquam tanta et talia pro nobis divinitus agerentur, si morte corporis etiam vita animæ consumeretur. Quid cunctamur igitur, relictâ spe sæculi, conferre nos totos ad querendum Deum et vitam beatam?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

»dencia de un tribunal: después, si es mi voluntad, podré tomar estado y casarme con una mujer rica que sostenga la familia, y entonces ¿no seré ya dichoso? ¡Cuántos hombres ilustres, y dignos de ser imitados, han vivido así (1)?»

«De este modo, dice Agustín, azotado por varios y contrarios vientos, é impelido tan pronto de un lado como de otro, el tiempo se pasaba y no concluía de resolverme, retardando mi conversión y aplazando de día en día el vivir con Vos (2).»

Tal es el principio de la lucha entre Agustín y su conciencia, lucha que ha de durar aún más de un año con terribles peripecias; y en la cual, herido veinte veces, derrotado y no queriendo aún rendirse, procurará sofocar la propia con-

(1) «Sed expecta! Jucunda sunt etiam ista: habent non parvam dulcedinem suam: non facile ab eis præcédenda est intentio, quia turpe est ad ea rursum redire. Ecce jam quantum est, ut impetretur aliquis honor; et quid amplius in his desiderandum? Suppetit amicorum major copia: et nihil aliud, et multum festinemus, vel præsidatus dari potest; ut ducenda uxor cum aliqua pecunia, ne sumptum nostrum gravet; et ille erit modus cupiditatis. Multi magni viri et imitatione dignissimi sapientiæ studio cum conjugibus dediti fuerunt.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

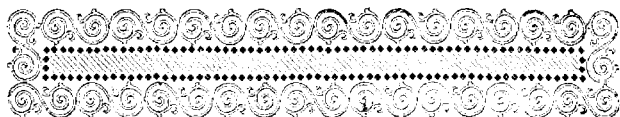
(2) «Et alternabant hi venti, et impellebant huc atque illuc cor meum; transibant tempora, et tardabam converti ad Dominum.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XI.)

ciencia; pero su madre, siempre alerta, procurará que reviva, sabiendo que la última esperanza de la salvación de Agustín se cifra en esta lucha; la cual terminará por una victoria obtenida á grande precio, si bien dos veces gloriosa por los esfuerzos que habrá costado á la madre, y por los sacrificios que habrá exigido del hijo. ¡Oh! y ¡qué admirable espectáculo nos ofrece la lucha de un hombre consigo mismo, y cuán bien revela su indisputable grandeza! Buscar la verdad, desearla ardientemente, vacilar ante el sacrificio y llorar ante él; pero al fin hacerle, es, según dijo Séneca en otra ocasión con elevado estilo, un espectáculo digno de Dios: *Ecce par Deo spectaculum; vir cum adversis compositus*. San Pablo, elevándose á mayor altura, después de haber visto al hombre oscilar entre el bien y el mal, y lamentarse del bien que debe hacer, pero practicarle al fin, contrariando el impulso de su naturaleza, exclama: *Spectaculum facti sumus Deo, et angelis, et hominibus*.

Mas, por bello y admirable que sea el espectáculo de semejante lucha, hay todavía otra cosa mucho más admirable, y es la fuerza que han recibido las madres para levantar tales tempestades en el corazón de sus hijos; ya depositando en ellos, desde la misma cuna, esas aspira-

ciones divinas que las pasiones muudanas no pueden ahogar jamás; ya también, cuando parece que todo está extinguido, reavivando con sus oraciones la chispa que se oculta bajo la ceniza, y que, como veremos después, llega á producir un grande y voraz incendio.





CAPÍTULO XI

EL VERDADERO OBSTÁCULO.—ENERGÍA Y DELICADEZA CON QUE SANTA MÓNICA PROCURA REMOVERLE.—

NACE LA FE EN EL ALMA DE AGUSTÍN

Año 386.

Si el corazón de Agustín hubiese permanecido libre y puro, bien pronto la llama de la fe y del amor divino habrían brillado en él; pero hacía quince años que arrastraba el yugo de un amor culpable, á que se había entregado sin reserva, y este amor le tenía fuera de sí habiendo encontrado lo que tanto descaba en su juventud. Pero si lo largo y peligroso de un viaje de seiscientas leguas no había detenido á la madre de Agustín, tampoco hizo vacilar á la madre de Adeodato que, despreciándolo todo, había venido á Roma en busca del padre de su

hijo, le acompañó hasta Milán y vivía con él en amigable consorcio; completando el cuadro que Adeodato crecía y los regocijaba con su precoz imaginación y clarísimo talento. ¿Cómo salir de tal estado? Y en tanto que estos lazos culpables no se desatasen, ¿cómo llegar á la fe, al bautismo, á la penitencia, á la sagrada Eucaristía y á la perfecta vida cristiana?

Mónica pensaba en ello incesantemente viendo que la lucha disminuía en el alma de Agustín, pero que crecía en su corazón. Entre Dios y él no había ya cuestión de luz sino cuestión de virtud: esto era evidente y asustaba mucho á Santa Mónica; porque conociendo el corazón de Agustín, sabiendo cuán estrechamente unido estaba á la madre de Adeodato, y persuadida de que su hijo no querría olvidar á esta mujer, se preguntaba aterrada de qué medios se valdría para remover el último y el mayor de los obstáculos.

Había entonces al lado de Agustín un joven llamado Alipio, á quien conviene conocer á fondo, y que era el mejor y el más querido de sus amigos. Estrechamente unidos en Africa, volvieron á verse en Roma, y no pudiendo vivir solos, juntos fueron á Milán. Agustín le llevó á los errores que profesaba, pero, esto no obstante, sentía tal y tan rara inclinación á la virtud, que, si en los primeros años cayó en alguna debilidad

propia de la juventud, se había levantado con vergüenza y remordimiento, viviendo después en completa continencia. Este joven asediaba á Agustín para que viviese como él, y le ponderaba con entusiasmo los goces de la vida austera, elevada, espiritual y que indemniza los sacrificios exigidos por la castidad, con una paz, una libertad y una fuerza, que sólo pueden hallarse en la silenciosa contemplación de la verdad; pero Agustín, desgraciadamente, estaba demasiado enfermo para aceptar estos consejos. La culpable unión que llevaba hacía quince años, le parecía tan necesaria, que sin ella la vida misma le fuera una desgracia y muerte continua. «Yo, »dice, no hubiera podido vivir jamás privado del »cariño de aquella á quien amaba; y como descon- »necía la fuerza que da Dios á las almas castas, no »me creía capaz de esta soledad. Si hubiese dirigido hacia Vos los gemidos de mi corazón, y »con fe viva os hubiera confiado mis inquietudes, Vos, oh Dios mío, me habríais concedido »esta gracia (1).»

Pero Agustín no pensaba en poner remedio á tanto mal. «Encantado, dice, por la criminal »dulzura del placer, y no pudiendo sufrir que se »tocase á mis llagas, arrastraba la cadena, te-

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. II.

»miendo que alguien viniese á romperla. Rechaza-
»ba cuanto pudiera decirseme en favor de la
»virtud, como rechazaría la mano que quisiera
»librarme de una esclavitud que yo amase (1).»

En situación semejante, para curar la herida profunda de su corazón, sólo había un remedio: puesto que Agustín no podía vivir en la soledad austera de la castidad, convenía bendijese Dios esta unión que tan necesaria le era. Santa Mónica pensaba en ello sin cesar, orando fervorosa con este fin; y estando persuadida de que, si Agustín no conociese otras afecciones que las santas y legítimas del matrimonio, desaparecerían bien pronto todas las dificultades, dirigía á Dios las más ardientes súplicas á fin de que se efectuase el casamiento.

Lo más sencillo y más lógico hubiera sido que Agustín se desposara con la madre de Adeodato; pero, aunque sea imposible señalar la causa, resulta cierto que no era realizable semejante matrimonio; pues conociendo, como se conoce, lo mucho que sufrió Agustín al separarse de ella, cuando esto fué imprescindible, no queda duda alguna de que las leyes, las costumbres ú otras

(1) «*Deligatus morbo carnis mortifera suavitate, trahebam catenam meam, solvi timens et quasi concusso vulnere repellens verba bene suadentis, tamquam manum solventis.*» (*Confes.*, lib. VI, cap. XII.)

causas que ignoramos, opusieron á esta unión obstáculos insuperables. No pudiendo, pues, desposarse con la madre de Adeodato ni tampoco despedirla, se comprende la situación difficilísima de Agustín en tal momento. Pero bajo de estas vacilaciones, angustias y aplazamientos, había otra cosa más profunda, más íntima y más difícil, el gran obstáculo de la virtud y la dificultad de siempre, el corazón.

¿Quién siente estas cosas mejor que una madre, y sufre más cuando ocurren? Sin embargo, no había en qué vacilar: puesto que las relaciones culpables no podían legitimarse, preciso era romperlas de una vez; y el único medio de conseguir que Agustín soportara este golpe, era ofrecerle la perspectiva de otra unión, noble y digna de él.

Es probable que Santa Mónica recurrió á los consejos y á la grande influencia de San Ambrosio, para que le ayudara en obra tan difícil; pero, sobre todo, oraba. «Ella, dice San Agustín, »dirigía al cielo fervorosos ruegos, pidiendo á »Dios la iluminase en momento tan importante »y dificultoso (1).» Hasta que, por fin, después de

(1) «Cum sanè et rogatu meo et desiderio suo; forti clamore cordis, à te deprecaretur quotidie, ut ei per visum ostenderes aliquid de futuro matrimonio meo.» (*Confes.*, lib. IV, cap. XIII.)

haber buscado con particular interés y orado mucho, tuvo la suerte de hallar la joven cristiana que parecía reunir cuantas cualidades puede desear una santa en aquella á quien va á confiar el alma enferma de su hijo. Mónica habló de ella á Agustín, excitándole á adoptar la resolución que le proponía, y éste, oprimido de dolor, es verdad, pero conociendo que era necesario resignarse al sacrificio, y no atreviéndose á negar ni á conceder aquello que le pedía, dejó que obrara su madre. Santa Mónica, siguiendo los impulsos de su alma, pidió para Agustín la mano de aquella joven en quien ella se había fijado, y su pretensión fué muy bien recibida; mas, como la joven había salido apenas de la adolescencia, se convino en que el matrimonio no habría de realizarse hasta pasados dos años. Acaso también; las familias creyeron necesario este aplazamiento, para dar lugar á que se regularizara y ennobleciese la posición de Agustín (1).

Pero éste no podía continuar á la vista de su

(1) «Et instabatur impigrè ut ducerem uxorem. Jam petebam, jam promittebatur, maximè matre dante operam, quo me jam conjugatum baptismus salutaris ablueret, cui me in dies gaudebat aptari, et vota sua ac promissa tua in mea fide compleri animadvertibat.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XIII.)

joven prometida en posición tan falsa y hasta poco delicada; así que procedió á separarse de la madre de Adeodato, consumando el sacrificio. San Agustín ha hablado muy poco de esta separación, pero ¿cómo lo hace! «Yo me dejé arrabatar la que participaba de mi vida; y como mi alma estaba íntimamente unida con la de aquella en quien tenía el corazón, me quedó éste tan lacerado y herido, que la llaga vertía sangre (1).» Después, en otra parte, añade lo siguiente: «La herida producida por esta separación no quería curarse, y durante mucho tiempo se inflamaba y me hacía sufrir los más terribles dolores (2).»

En cuanto á la madre de Adeodato, fácil es comprender cuáles fueron sus gemidos y sus lágrimas, aun cuando la historia nada dice sobre el particular; pero sí se sabe, y lo consignamos aquí con placer, que esta mujer, dueña quince años del corazón de Agustín, movida al fin por la gracia y dirigiendo al cielo sus miradas, se fué á ocultar en un monasterio y á pasar allí

(1) «Cor ubi adhærebat, concisum et vulneratum mihi erat et trahebat sanguinem.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XV.)

(2) «Nec sanabatur vulnus illud meum quod prioris præcisione factum fuerat, sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XV.)

sus últimos días, pidiendo á Dios perdón de haber encadenado el corazón de Agustín, y haber retardado tantos años el triunfo, que su gran talento preparaba á la Iglesia. «Ella, prosigue, valía más »que yo, é hizo su sacrificio con un valor y generosidad que nunca supe imitar (1).»

Santa Mónica bendijo al Señor con gran efusión de su alma, y empezó á confiar en el porvenir. ¿No había obtenido bastante caro el derecho de pensar que las pasiones de Agustín iban entrando en un período de calma, y el de esperar que, después de tamaño sacrificio, nada sería ya capaz de detenerle en el camino de la verdad y de la virtud?

Hubo efectivamente, por entonces, en la vida de Agustín un instante de calma y claridad, cual se percibe cuando entre dos nubes oscuras queda el cielo despejado. Los lazos estaban rotos, el sacrificio consumado, y semejante á un barco que, al quitársele la carga, sube. Agustín volvía á su elevación natural. Mónica era feliz al lado de su hijo, y los amigos de éste se entregaban con ardor al estudio de la Filosofía. A menudo llegaba de Africa algún compatriota de Agustín, deseoso de hallar en Milán á su joven maestro ó á su antiguo amigo: Romaniano, por ejemplo,

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. XV.

á quien los pleitos traían á la ciudad, y era el que, generoso siempre para el hijo de Patricio y Mónica, le proporcionó con delicadeza los recursos de su gran fortuna; Alipio, á quien ya conocemos, y que viniendo entonces al lado de Agustín, iba á servirle de especial consuelo y á proporcionarle amable compañía, y Nebridio, en fin, que había dejado en Cartago los inmensos bienes de su padre, su casa y hasta su madre, por entregarse al estudio de la Filosofía. Más joven que Agustín, aunque vacilante como él, buscaba la verdad sin encontrarla; y, dudando siempre, no obstante el ingenio profundo que tenía, Nebridio ocupaba un lugar distinguido en el corazón del hijo de Mónica. Algunos otros, siete ú ocho próximamente, dados á los mismos estudios, se agrupaban á su rededor y, así congregados, cultivaban la literatura y discutían sobre las sublimes cuestiones de Dios y del alma; pasando alegremente los días.

«Nos habíamos reunido, dice Agustín, muchos amigos que, abominando las inquietudes y molestias de la vida social, resolvimos retirarnos del bullicio para vivir tranquilos. Era nuestro plan reunir en un fondo común lo que cada cual tuviera, formando una sola familia y haciendo desaparecer entre nosotros la idea de lo tuyo y de lo mío: deseábamos que, en fuerza

»de la amistad, no hubiese una cosa de éste y
»otra de aquél, sino que de todos nuestros bie-
»nes se hiciese un solo caudal, y todo él fuese
»de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes
»á todos: seríamos unos diez los que así pensába-
»mos, y varios eran muy ricos. Romaniano, en
»particular, compatriota y amigo mío desde la
»infancia, era quien con más empeño deseaba
»realizar este proyecto, siendo su voto de gran
»autoridad para persuadirnos, por ser más rico
»que todos. Dos debían encargarse de la admi-
»nistración de los bienes, y los otros dedicarse
»única y exclusivamente al estudio de las cien-
»cias (1).»

Este era el ideal y proyecto de Agustín, y lo fué también de todas las almas grandes desde tiempos muy remotos; el ideal de Platón, de Sócrates, de Pitágoras, de Cicerón y de todos los que, por la elevación de sus almas ó el desencanto del mundo, quisieron dejar el bullicio de la sociedad, para alcanzar más fácilmente la verdadera sabiduría. Mil veces concebido, ensayado, desechado y vuelto á concebir, hubiérase creído que el proyecto iba por fin á realizarse; puesto que había personas dispuestas á aceptar el pensamiento, no faltaba tampoco un maestro inteligente, y

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. XIV.

no se carecía de los medios materiales indispensables al efecto. «Pero, cuando nos preguntamos, »dice Agustín, qué haríamos de las mujeres, pues »muchos eran casados y los otros aspiraban á »serlo; la arcilla, al parecer tan bien preparada »para la obra, se deshizo en nuestras manos, y »arrojándola todos, volvimos á los suspiros y »lamentos acostumbrados, y á seguir los anchurosos y frecuentados caminos del siglo (1).»

En efecto, para que el hermoso proyecto pudiera realizarse, faltaban dos cosas no pequeñas: que el edificio de esta república de almas estrechamente unidas, desligadas de las cosas terrestres y libres de todo para llegar más fácilmente á la luz, se cimentara en el amor divino, y que sus puertas las guardara la castidad. Pero esperemos algunos años, y San Agustín volverá á su proyecto, los amigos se le agruparán, el joven maestro les dará leyes porque se rijan; su *Regla*, recorriendo todo el mundo, será la admiración de los siglos y, cuando más tarde Santo Domingo, San Cayetano y San Francisco de Sales quieran crear sociedades parecidas, donde las almas puras, libres y generosas, lo abandonan todo pensando sólo en Dios, á San Agustín pedirán su plan y sus constituciones.

(1) *Confes.*, lib. VI, cap. XIV.

Pero ¡cuán inconstante es el corazón del hombre, y cuán imperiosas sus pasiones! Agustín, al separarse de la madre de Adeodato, había hecho á su fe naciente el mayor sacrificio que puede exigirse de un alma tan sensible como la suya, y este sacrificio le había sido recompensado con especial luz y tranquilidad; y, ¿quién lo creería? Agustín buscaba ya nuevos lazos culpables. No tenía fuerza para esperar dos años á esa tierna joven, que su madre le había escogido para esposa, y que él mismo había aceptado; la cual, ejercitándose en la vida cristiana, le preparaba silenciosa un corazón, cuyo amor seria exclusivamente suyo. Esclavo él de sus sentidos, y sin poder alegar el cariño, se echó encima otra nueva cadena más ignominiosa; porque no la crearon las afecciones del alma, y porque su ingratitud para con la madre de Adeodato, así como la falta de delicadeza en víspera del nuevo matrimonio que pensaba contraer, le marcaban con una señal sobremanera vergonzosa. «Infeliz de mí, dice él mismo, »incapaz de aguardar la mano de la que me estaba »prometida y esclavo de la pasión, buscaba otra »compañera, exasperando la enfermedad de mi »alma y continuando en los innobles placeres, »hasta la llegada de mi prometida. De este modo »la llaga que la primera separación me había causado, no cicatrizaba, sino que, después de vivos

»dolores, se dilataba más y se hacia más peligrosa, más insufrible é incurable (1).»

Tal es el hombre, cuando se separa de Dios, y, preciso es confesarlo, motivo hay en esto para que se cubra el rostro de vergüenza ante semejantes aberraciones. El talento más sublime y penetrante se deja arrastrar de los errores: el corazón más bello, el más sensible y el más grande, se deja dominar de las pasiones, y de la misma manera que el espíritu, una vez degradado, corrompe el corazón, así también el corazón corrompido degrada á su vez el espíritu. Funesto círculo vicioso que duraría siempre, si Dios no interviniese, y del cual se vió en Agustín, próximo á perecer otra vez, un triste y solemne ejemplo.

En efecto, apenas cayó bajo este segundo yugo, todas sus pasiones se despiertan, y cuanto hay de más feo y vergonzoso en los recón-

(1) «At ego infelix, nec feminae imitator, dilationis impatiens, tanquam post biennium accepturus eam quam petebam, quia non amator conjugii sed libidinis servus eram; procuravi aliam non utique conjugem: quo tanquam sustentaretur et perduceretur vel integer vel auctior morbus animae meae, satellitio perdurantis consuetudinis, in regnum uxorum. Nec sanabatur vulnus illud meum, quod prioris praecisione factum fuerat; sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat, et quasi frigidius sed desperatius dolebat.» (*Confes.*, lib. V, cap. XV.)

ditos senos del alma, sube á la superficie inspirándole pensamientos que jamás había tenido. De las alturas, no ya de la fe naciente sino de Platón, descendió á las ignominias de Epicuro, suspirando por el materialismo más grosero. «Yo »dice, conversaba con mis amigos Alipio y Ne- »bridio, confesándoles que me faltaba poco para »poner á Epicuro sobre todos los filósofos. Su- »poned, les decía, que fuésemos inmortales, y »que pudiésemos vivir en continua voluptuosi- »dad, sin temor de perderla jamás, ¿no seríamos »soberanamente dichosos? Y entonces, ¿qué nos »faltaría (1)?» Hasta tal punto se rebajaba y degradaba esta alma noble, elevada y llena de aspiraciones hacia lo infinito: consentía encerrarse en el materialismo más innoble, á condición de que éste fuese eterno. «Así me hundía, continúa »diciendo, más que nunca en el abismo de las »voluptuosidades carnales, deteniéndome sólo el »temor á la muerte y al juicio final. Por dicha »mía este temor se había grabado en mi corazón

(1) «Et disputabam cum amicis meis Alipio et Nebridio de finibus bonorum et malorum, Epicurum accepturum fuisse palmam in animo meo... Et quærebam, si essemus immortales et in perpetua corporis voluptate sine ullo amissionis terrore viveremus, cur non essemus beati, aut quid aliud quæreremus?» (*Confes.*, lib. VI, cap. XVI.)

»tan profundamente, que los errores pasados y
 »las más ardientes pasiones no pudieron jamás
 »arrancarle (1).»

¡Ah! y ¡cómo se respira al escuchar esta última palabra! La gran obra, fruto de las constantes vigiliass de Santa Mónica, subsistía aún, y nada había podido destruirla. ¡Oh poder de las enseñanzas de una madre! ¡Qué fuerza es esa que, á pesar de tantas y tan grandes caídas, continua aún protegiendo el alma de Agustín?

Pero precisamente, porque la caída había sido más vergonzosa, y el espíritu, el corazón y los sentidos habían descendido tanto, Agustín se hallaba en una agitación y tristeza profundísima. «¡Desdichada, dice, el alma insensata que, retirándose de Dios, espera encontrar algo mejor que Él! Esta alma se vuelve y revuelve sobre sí misma y hacia todos la dos; pero en vano, porque todo lo halla duro. No hay reposo sino en Vos, ¡oh Dios mío (2)!» Y continuía diciendo: «¡Qué

(1) «Nec me revocabat à profundiore voluptatum carnalium gurgite, nisi metus mortis et futuri judicii tui, qui per varias quidem opiniones nunquam tamen recessit de pectore meo.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XVI.)

(2) «Vae animæ audaci quæ speravit, si à te recessisset, se aliquid melius habituram! *versa et reversa* in tergum et in latera et in ventrem, et *dura sunt omnia: et tu solus requies!*» (*Confes.*, lib. VI, cap. VII.)

» tormentos sufría yo entonces! ¡qué suspiros ex-
 » halaba! Vos sólo, ¡Dios mío! sabéis lo que pade-
 » cía, y nadie más. ¿Qué hubiera yo podido decir,
 » ni aun á mis mejores amigos? ¿Y cómo mi fría
 » palabra hubiera podido hacerles comprender los
 » rugidos de la tormenta que estallaba en mi alma?
 » Afortunadamente estos rugidos los llegasteis
 » Vos á oír, y comprendisteis lo que en mi cora-
 » zón había (1). ¡Ay de mí! yo buscaba por to-
 » das partes donde poder reposar, y no encontra-
 » ba tal sitio; y si la casualidad me deparaba al-
 » gún punto de descanso, en vano me decía á mí
 » mismo: basta, estamos bien aquí, no pasemos
 » adelante. En vano, sí, porque Vos, ¡oh Dios mío!
 » me punzabais sin cesar con un secreto aguijón
 » y, bajo la influencia poderosa de tan saludable
 » remedio, conocía que mi alma se curaba insen-
 » siblemente (2).»

(1) «Quæ illa tormenta parturientis cordis mei! Qui
 gemitus, Deus meus! Et ibi erant aures tuæ, nesciente
 me. Et cum in silentio fortiter quererem, magnæ voces
 erant ad misericordiam tuam tantæ contritiones animi
 mei. Tu sciebas quid patiebar, et nullus hominum.
 Quantum enim erat quod inde digerebatur per linguam
 meam in aures familiarissimorum meorum! Numquid
 totus tumultus animæ meæ, cui nec tempora, nec os
 meum sufficebat, sonabat eis? totum tamen ibat in au-
 ditum tuum, quod rugiebam à gemitu cordis mei.» (*Con-
 fes.*, lib. VII, cap. VII.)

(2) *Confes.*, lib. VII, cap. VIII.

Su alma mejoraba, en efecto, echándose de ver por la creciente pena, por la mayor dificultad en hallar paz y sosiego y, digámoslo en honor de Agustín, porque cobraba diariamente nuevo aliento y mayores fuerzas: sus primeras relaciones habían durado quince años, éstas sólo duraron algunos meses. Es probable que Mónica intervino también para hacerlas desaparecer, y que llorara como no había jamás llorado; que hiciese á su hijo las amonestaciones más apremiantes, y le diese los consejos más eficaces y cariñosos; que le recordara con energía su ninguna delicadeza y su criminal conducta para con la joven, cuya mano había solicitado y que sólo vivía para él; así como también su proceder escandaloso para con Adeodato, lleno de inocencia angelical que acaso perdería presenciando tan deplorables debilidades; y sobre todo, su impio comportamiento para con Dios, cuyas gracias despreciaba, y cuya cólera se atraía de ese modo: Agustín cedió, y cansado de buscar en amistades carnales y culpables la felicidad que en ellas no hallaba, rompió la última cadena; prometiendo á su madre esperar, como era debido, el día ya próximo en que se realizara su concertado matrimonio.

Dios, que había recompensado el primer sacrificio de Agustín enviándole un momento de paz

y un principio de luz, le tenía acordada por este segundo sacrificio otra recompensa del mismo orden, pero mucho más preciosa. Apenas rompió los lazos que le tenían sujeto, cuando desaparecieron las sombras que obscurecían su espíritu, brillando por completo en él la viva luz de la fe.

Nuestros lectores habrán podido observar, que el alma de Agustín había comenzado á iluminarse hacía ya tiempo. Como sucede á veces que, después de una tempestaden ardorosa noche de verano, los astros aparecen poco á poco por entre las nubes que se disipan; así también desde algún tiempo á esta parte, se revelaban al espíritu de Agustín, unas en pos de otras, las grandes verdades de la fe. La duda en sus acometidas no pudo arrancar jamás de su conciencia las lecciones de Mónica sobre la existencia de Dios y la Providencia, sobre la inmortalidad del alma, la distinción del bien y del mal, y sobre el juicio. Rodando de duda en duda y de error en error, Agustín había comprendido la imposibilidad de que el hombre llegue á la verdad por solas sus propias fuerzas; la necesidad de una enseñanza divina, los caracteres de esta enseñanza y su existencia en el seno de la Iglesia católica, que empezaba á admirar. Tales eran los astros que brillaban en su alma con resplandor un tanto velado, pero de dulzura y vivacidad singulares.

Mas su luz, por bella que fuese, era insuficiente para hacer cristiano á Agustín; pues el astro mayor, el más dulce y el que ilumina todas las cosas, es decir, Nuestro Señor Jesucristo, no brillaba aún en su alma. Y no era que Agustín hubiese olvidado del todo este supremo nombre, bebido con demasiado deleite en los labios de su madre para que pudiera borrarse de la memoria, sino que, después de tantos malos libros como había leído, de tan perversas enseñanzas como recibiera, y después de ser esclavo de pasiones que tanto oscurecen el alma, esta divina figura había palidecido sobremanera á sus ojos. Agustín no comprendía ya ni la Encarnación, ni la Providencia ni la Divinidad de Cristo; y lo que es más todavía, la existencia misma del Verbo y la espiritualidad de Dios llegaron á serle problemáticas. Era pues preciso que, ante todo, se desvaneciesen estas sombras, y nadie podrá imaginar quién fué el apóstol escogido por Dios, para enseñar á Agustín la doctrina de su Verbo.

Tuvo la antigüedad, en los dias más brillantes para Grecia, un joven de espíritu tan elevado y de palabra tan sublime, que nadie ha podido superar. Discípulo de Sócrates, á quien inmortalizó prestándole sus alas, y maestro de Aristóteles, cuyo mérito habría triplicado comunicándole su fuego, en la primera mirada sobre

la creación comprendió, que ésta no era más que una imagen, un símbolo y una sombra, fundando toda la filosofía sobre el siguiente principio: *Detrás del mundo visible se encuentra el mundo invisible, y éste sólo puede servirle de explicación, como le ha servido de tipo.* Su segunda mirada fué todavía más transcendental. Remontándose del hombre á Dios, y descubriendo con profunda claridad el lazo que los une, vió que el hombre viene de Dios y vuelve á Dios; pero no está separado, sino unido y como suspendido de Dios por la raíz, según bella expresión suya; y que, por triste que sea nuestra condición en la tierra, puede elevarse el hombre al cielo de donde desciende, y tiene para esto en su corazón la fuerza necesaria, producida por el vivo sentimiento de Dios, por la necesidad que de Él experimentamos, y por la aspiración que tenemos hacia ese supremo Ser. Llama él á esto sentido divino que, unido con el sentido de lo invisible, forman las dos bases de su filosofía ó más bien de toda filosofía digna del hombre. Movidó, después, por lo que descubría en lontananza, y queriendo enterarse más, recorrió el mundo, visitó los templos; consultó á los sacerdotes guardadores de la tradición, estudió los misterios; examinó y restauró los símbolos alterados; y provisto de todos estos recursos, volvió á emprender su vue-

lo elevándose tan alto, que han vacilado los Padres de la Iglesia acerca del nombre que debería dársele. Unos creen que es el genio del hombre llevado á su mayor altura, otros le llaman Moisés pagano, profeta inspirado por Dios, ó propagador del Evangelio enviado á las naciones que vivían en sombras de muerte; pero todos están de acuerdo en saludarle con el calificativo de *Divino*.

Agustín no había podido leer todavía obra alguna de Platón, pues ignoraba la lengua griega, y sólo por Cicerón conocía una parte de sus producciones; pero felizmente, cuando pugnaba con las últimas sombras que el maniqueísmo derramara sobre él, y cuando se esforzaba por hallar un Dios completamente espiritual, ya que hasta entonces sólo le había concebido con mezcla de materia, uno de sus amigos le proporcionó en latín el libro de Platón, acabado de publicar en Roma por Victorino, retórico muy conocido. Agustín le tomó y, apenas abierto, sintió que caía de sus ojos el velo tejido por mano de la herejía, y que le había impedido comprender la espiritualidad de Dios y la existencia de su Verbo. Sin duda que esto no era todavía el Evangelio, pero era ya un como prefacio, tan bello que Agustín quedó deslumbrado. «En aquel tiempo, »dice, vino á mis manos un libro, que según la

»expresión de cierto anciano venerable, estaba
»lleno de finísimas esencias de la Arabia: ape-
»nas recibí su perfume, y derramó sobre el es-
»caso fuego de mi corazón algunas gotas del
»néctar divino que encerraba, cuando sentí que
»se apoderaba de mí un incendio, cuya fuerza no
»es posible expresar, siendo imposible que tú lo
»comprendas, Romaniano: completamente impo-
»sible. Los honores, las grandezas humanas, los
»deseos de gloria y los atractivos de esta vida
»terrestre dejaron de impresionarme, en presen-
»cia de la luz que empezaba á recibir (1).»

Mas permitamos al mismo Agustín que nos refiera minuciosamente sus felices descubrimien-
tos, mezclados aún con sombras que exigen otro
nuevo revelador; y aprendamos de él, cómo se
prepara en ciertas 'almas su venida al Cristia-
nismo.

«Yo hallé, dice San Agustín, en estos libros
»(no usa las mismas palabras con que lo refiero,
»pero sí las mismas sentencias), apoyado en mul-
»titud de pruebas y razones, *que en el princi-*
»*pio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y*
»*Dios era el Verbo; que éste estaba desde el*
»*principio con Dios; que todas las cosas fueron*
»*hechas por Él, y sin Él nada se hizo de cuan-*

(1) *Contra Acad.*, lib. XI, núm. 5.

»to tiene ser; que en Él está la vida, y la vida
»era la luz de los hombres; que la luz luce en
»las tinieblas, y las tinieblas no la comprendie-
»ron; que aunque el alma del hombre dé testi-
»monio de la luz, no obstante, ella no es la luz,
»sino que el Verbo de Dios, que es Dios tam-
»bién, es verdadera luz que ilumina á todo hom-
»bre que viene á este mundo. Y que Él estaba
»en este mundo, y el mundo fué hecho por Él.
»y el mundo no le conoció.» Como se ve, esto
era el principio del sublime Evangelio de San
Juan: IN PRINCIPIO ERAT VERBUM. «Pero que Él
»vino á los suyos, continúa, y que los suyos no le
»recibieron; y que á todos los que, creyendo en
»su nombre, le recibieron, les concedió la potes-
»tad de hacerse hijos de Dios, esto no lo leí ni
»encontré en aquellos libros.

»Leí también allí, que *el Verbo no nació de*
»*la carne ni de la sangre, ni por voluntad de*
»*varón ni por voluntad de la carne, sino que*
»*nació de Dios; pero que el Verbo se hizo carne*
»*y habitó entre nosotros, no lo leí allí.*

»Hallé asimismo en aquellos libros más de
»un pasaje, donde se dice muchas veces y de va-
»rios modos, que *el Hijo consubstancial al Pa-*
»*dre, nada le usurpa al juzgarse igual á Dios,*
»*siendo por su naturaleza una misma cosa con*
»*Él; pero que se anonadó á sí mismo tomando*

»*la forma de siervo, que se hizo semejante á los*
»*hombres, que fué reputado y tenido por hom-*
»*bre, y que se humilló á sí mismo, siendo obe-*
»*diente hasta la muerte y muerte de la cruz:*
»*esto no se contenía en aquellos libros.*

»También se dice allí que *antes de todos los*
»*tiempos y sobre todos los tiempos, es y per-*
»*manece incommutable vuestro unigénito Hijo,*
»*coetáneo á Vos, ¡oh Dios mío!; que de su ple-*
»*nitud reciben las almas lo que las hace bien-*
»*aventuradas, y que participando también de*
»*aquella infinita sabiduría, que es permanen-*
»*te y eterna, se renuevan y hacen sabias; mas*
»*no se refiere allí que Él sufrió muerte por*
»*los pecadores, y que no perdonasteis á vues-*
»*tro Hijo unigénito; ni se lee tampoco que le*
»*entregasteis á la muerte por todos nosotros.*
»Vos habéis ocultado estas cosas á los sabios y
»las habéis revelado á los pequeños, á fin de con-
»solar á quienes lloran y se ven agobiados; y
»también para que los mansos y humildes de co-
»razón busquen á Jesus que los alivia y con-
»forta (1).»

Es decir, que leyendo Agustín los libros de Platón, halló en ellos no el amor infinito y las humillaciones del Verbo, sino más bien su glo-

(1) *Confes.*, lib. VII, cap. IX.

ria, su generación eterna y sus irradiaciones sobre las almas, para quienes es verdadera luz. Entonces quedó enajenado, sintiendo con más viveza las mismas emociones que experimentara á los diecisiete años, cuando leía el *Hortensio* de Cicerón; pues su alma se había purificado ya de la sensualidad y, además el lenguaje de Platón es más elevado y arrebatador que el de Cicerón. «Entré en mí mismo, dice, me reconcentré, y al instante brilló sobre mi entendimiento y sobre todas mis facultades una luz incomparable: no era la vulgar que todo el mundo ve, ni tampoco otra que siendo de su misma especie, se distinguiera por la mayor claridad; sino una luz enteramente distinta, y de naturaleza muy diversa. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz; y el que la conoce, conoce la eternidad. Sólo la caridad puede ver esta luz (1).»

«¡Oh eterna verdad! exclama conmovido al sentir en sí este principio de luz. ¡Oh verda-

(1) «Non hanc vulgarem et conspicuam omni carni: nec quasi ex eodem genere grandior erat, tanquam si ista multo multoque clarius claresceret, totumque occuparet magnitudine. Non hoc illa erat, sed aliud, aliud valdè ab istis omnibus. Qui novit veritatem, novit eam: et qui novit eam, novit aeternitatem. Caritas novit eam.» (*Confes.*, lib. VI, cap. X.)

»dera caridad y amada eternidad! ¡Por Vos, Dios
»mío, suspiro día y noche!»

«Pero, ¡ay de mí! prosigue humildemente,
»cuando quise elevarme hasta Vos, ¡oh Dios mío!
»comprendí luego que era muchísimo lo que
»me restaba ver, y, sobre todo, que aún no
»estaba dispuesto para verlo. La luz sobre estos
»dos puntos era tan penetrante y viva, que
»temblaba de deseo y de terror: y hallándome
»tan lejos de Vos, allá en los tristes subte-
»rráneos adonde mis pecados me habían confi-
»nado, el desaliento se habría apoderado de mí,
»si no hubiese oído vuestra voz que decía: *Yo
»soy el alimento de los grandes y robustos: cre-
»ce y entonces me comerás. Pero no me con-
»vertirás en substancia tuya, como sucede con
»los manjares de que se alimenta el cuerpo,
»sino al contrario, tú te mudarás en mí.*»

Poco después, hallándose su corazón agitado por nuevas ansiedades, oyó la misma voz que le decía también con singular autoridad: «*Yo soy el que existo.*» «Al oírla, prosigue, no ya con mis oídos sino con mi corazón, todas las dudas desaparecieron cual humo, y desde aquel momento, antes habría dudado de mí y de mi existencia, que de la verdad (1).»

(1) «Et audivi sicut auditur in corde, et non erat

En tan sorprendente ejemplo se ve, cómo la verdad nace en las almas. Después de haberla buscado durante largo tiempo, de haber leído muchos libros y haber discutido consigo y con los demás, de repente, en pos de un sacrificio y sin que los hombres tomen parte, las objeciones desaparecen, las nubes se disipan y la verdad se posesiona del alma. Su presencia se manifiesta por una infusión de paz y de luz tal, que si hasta entonces ha podido dudarse, recibida esta luz, es imposible volver á la duda; y dáse á conocer también porque, si la luz y la paz vienen tras espesas tinieblas y crueles vacilaciones, producen un dichoso bienestar que nunca desaparece.

Pero por muy viva que fuere esta iluminación, era á no dudarlo insuficiente, ya que, si puede hablarse así, alumbraba sólo un lado de la fisonomía de Jesucristo. Leyendo Agustín las obras de Platón, había como vislumbrado la espiritualidad de Dios y la existencia de su Verbo; pero, como hemos dicho hace poco, no había visto ni el amor, ni las humillaciones del Verbo Encarnado. Habíase elevado hasta la idea de un Dios invisible, glorioso y distinto de la

prorsus unde dubitarem: faciliusque dubitarem vivere me, quam non esse veritatem.» (*Confes.*, lib. VII, capítulo X.)

creación; había también descubierto á través de los vivísimos fulgores de la naturaleza divina, algo de esta misma naturaleza, y una luz, salida de otra luz é igual á ella: grandes intuiciones sin duda, y tan grandes, que no es posible dejar de preguntarse, si el talento humano ha podido llegar á tanto, ó si son más bien un eco de las tradiciones antiguas, fielmente reproducido en la bella alma de Platón. Pero un Dios pobre, un Dios humillado, un Dios rebajado hasta el hombre y por el hombre; un Dios amante de él hasta la pasión, hasta la locura y hasta sufrir y morir por el hombre; ¡ah! esto ni Platón, ni Sócrates ni Cicerón, ni Virgilio pudieron, no ya comprenderlo, pero ni siquiera sospecharlo: tales cosas sólo pudieron concebirse por el corazón que ha sido capaz de realizarlas; y era preciso que, á fin de elevar el espíritu y, sobre todo, el corazón de Agustín á tan sublimes verdades, viniera en su ayuda otro que fuese más grande y más santo que Platón.

Guiado invisiblemente por la mano misericordiosa que le protegía, Agustín abrió las Epístolas de San Pablo; pero no sin temblar, y sin haber experimentado antes singular agitación y repugnancia, como presintiendo los sacrificios que esta lectura iba á imponerle. «Sentíame movido fuertemente, dice, á volver los

»ojos hacia esa religión santa que tan hondamente
»se grabó en mi corazón cuando era niño; pero
»vacilaba, no podía acabar de decidirme, y sin
»embargo, una fuerza desconocida me arrastraba
»hasta que, cruelmente atormentado por la in-
»certidumbre, y con voluntad ó sin ella, tomé en
»mis manos inquietas y como trémulas, el libro
»de las Epístolas de San Pablo (1).»

Allí esperaba Dios á Agustín. «El más gran-
»de entre los Doctores, dice Flechier, debía ser
»conquistado por el mayor de los Apóstoles.» San
Pablo es el teólogo del Verbo Encarnado, y él
sólo llevaría este título si San Juan no existiera;
pero, cosa singular, el que reposara sobre el pe-
cho del Salvador gozando de sus intimidades y
ternuras acá en la tierra, ha cantado especial-
mente las sublimidades del Verbo; y el que so-
bre el camino de Damasco, y más tarde en los
arrobamientos al tercer cielo, fué, según su
enérgica expresión, oprimido de gloria, ha refe-
rido principalmente las humillaciones. Persegui-
dor de Cristo antes de ser su discípulo, y hombre

(1) «Respexi tantum, confiteor, quasi de itinere, in
illam religionem quæ pueris nobis insita est, et me me-
dullitus implicata: verum autem ipsa me ad se nescien-
tem rapiebat. Itaque titubans, properans, hæsitans,
arripio Apostolum Paulum.» (*Contra Acad.*, lib. II, nú-
mero 5.)

del mal antes de llegar á ser Apóstol, San Pablo ha derramado sobre los misterios de la caída del hombre, de la Encarnación del Verbo y de la redención del mundo, una luz tan intensa que deslumbra, y ha usado un lenguaje tan enérgico, que causa como vértigo al alma no acostumbrada: así que, cuando á fuerza de leer, se va habituando á su frase sublime, y á la vez sencilla, produce una admiración que es difícil dominar. Nadie supera á San Pablo, ni David, ni Isaías, ni aun San Juan mismo; pues como sintió tan duramente la caída del hombre, llegando á estar lleno de furor contra los cristianos y á ser abatido por el mismo Dios, ninguno habló tampoco con tanta viveza de la necesidad de la redención, por las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo.

Al recorrer Agustín las primeras líneas de este libro, se llenó de pasmo, y si, leyendo á Platón, se había conmovido profundamente, experimentó aquí una agitación de que no tenía la menor idea. «¡Oh si supieses, escribía á Romano-
»niano, qué especie de luz se me apareció de re-
»pente! Habría querido la conocieses, no so-
»lamente tú, que hace mucho tiempo vienes
»deseando despejar esta incógnita, sino tu mis-
»mo enemigo; ese enemigo encarnizado que te
»lleva á los tribunales para quitarte los bienes.

»Ciertamente que si él la viese como yo la veo,
»todo lo abandonaría, jardines, casas, banquetes,
»todo, en fin, cuanto le seduce; y piadosa y dul-
»cemente enamorado, correría en pos de tanta
»hermosura (1).»

Pero todo esto no fué más que el primer golpe de vista; el segundo fué todavía mucho más transcendental. Agustín vió descorrerse el velo de un gran misterio que no conocía, y que Platón mismo ignoraba, por lo cual no pudo enseñarle el camino de la virtud; misterio que los maniqueos habían tratado de explicar, aunque en vano, por la doctrina de los dos principios, y que sólo San Pablo enseñaba con claridad deslumbradora. Vió que el hombre no se hallaba ya como Dios le formó: que había sido creado santo, inocente, lleno de luz é inteligencia, y que estaba destinado á ver la majestad de Dios, pero que el hombre no pudo gozar de tanta gloria sin caer en la presunción; que quiso hacerse centro de todo é independiente de Dios; que fué abandonado y apartado del Señor, viniendo á un estado tal de ceguera y corrupción tal, que el pecado habita en él; y por fin que en el hombre hay una criatura miserable, odiosa, enemiga de la verdad, incapaz de virtud y apasionada del mal;

(1) *Contra Acad.*, lib. II, núm. 6.

«el hombre del pecado» «el hombre viejo», como dice San Pablo; expresiones bizarras que envuelven profunda tristeza, es verdad, pero que entrañan también una enseñanza sublime, al indicar que no era éste el hombre criado por Dios, sino otro muy diferente.

Todo lo dicho aprendió luego, y continuando su lectura veía que para vencer al hombre, mezcla abominable de concupiscencia y de rebelión, el *Verbo se ha hecho carne*; que este mismo Verbo ha vivido en la humildad, en la obediencia y en el sacrificio, y que se ha rebajado tanto, á fin de exaltar al hombre que se enorgulleció. El misterio de la Encarnación y de la Redención se desarrollan entonces ante sus ojos, quedando extático de admiración; y conociendo que había recorrido los espacios creados, que no se hallaba tampoco en la región de las concepciones humanas, y que tocaba ya á ese punto sublime donde el hombre desaparece y se manifiesta Dios, Agustín se arrodilla deslumbrado y conmovido.

«¡Ah! decía. ¡qué diferencia entre los escritos de los filósofos y los inspirados por Dios! »Lo bueno que se encuentra en aquéllos, se encuentra también en éstos, dándonos además el »conocimiento de vuestra divina gracia, para »que no sólo no se gloríe quien tenga la dicha de

»conoceros, sino que, ayudado por ella, se cure,
»se robustezca y llegue hasta Vos.

»Además ¿qué saben los grandes filósofos de
»esta ley del pecado encarnada en nuestros miem-
»bros, que combate la ley del espíritu y nos
»arrastra hacia el mal? ¿Qué saben, sobre todo,
»de la gracia de Jesucristo, víctima inocente,
»cuya sangre ha borrado el decreto de nuestra
»condenación? Acerca de esto sus libros son mu-
»dos, no dicen una palabra.

»En ellos ni se aprende el secreto de la pie-
»dad cristiana, ni las lágrimas de la confesión,
»ni el sacrificio de un corazón contrito y humi-
»llado, y mucho menos aún la gracia de ese cá-
»liz santísimo, que encierra el precio de nuestra
»redención.

»No se lee tampoco este canto del Salmista:
»*¿No será justo que mi alma sirva y obedezca*
»*Dios, pues de su divina mano ha de venir mi*
»*salud? Él es mi Dios y mi Salvador, Él mi*
»*firme apoyo, de quien cosa ninguna me apar-*
»*tará jamás.* Tampoco se oye allí la voz de Je-
»sucristo que nos llama y dice: *Venid á mí los*
»*que estáis cargados de trabajos, y yo os con-*
»*solaré:* porque estos sabios se desdennan de
»aprender, que *el Verbo bajado á la tierra es*
»*manso y humilde de corazón.* Doctrina subli-
»me y misterios divinos, que Vos habéis oculto

»á los sabios y prudentes del mundo, y reve-
»láis á los humildes y pequeñuelos (1).»

He aquí las verdades que penetraban el alma de Agustín, mientras leía al que se llama á sí mismo *el menor de los Apóstoles*, verdades que le dejaron atónito á vista de tantas maravillas.

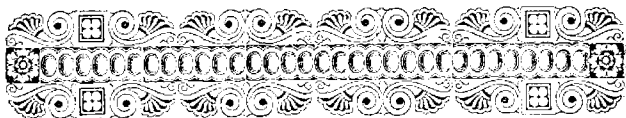
«¡Oh! decía cerrando el libro, ¡qué diferen-
»cia entre percibir de lejos y sobre alta roca la
»ciudad de la paz, sin encontrar un sendero que
»lleve á ella, y hallar este camino y un guía
»además, que os dirija y defienda contra el latro-
»cinio de los que quieran deteneros (2)!»

En pocas palabras: resulta que las últimas sombras desaparecían del alma de Agustín, que el calor volvía á su helado corazón; que la ternura renacía con la luz, y que, descubriendo las riberas de la patria, largo tiempo ocultas á sus ojos por la bruma, era fácil prever que las abordaría bien pronto arrepentido y triunfante.

(1) *Confes.*, lib. VII, cap. XXI.

(2) *Confes.*, lib. VII, cap. XXI.





CAPITULO XII

ÚLTIMAS INQUIETUDES DE SANTA MÓNICA ANTE LAS VACILACIONES DE AGUSTÍN, NO POR FALTA DE LUZ QUE ÉSTE YA POSEÍA, SINO POR MIEDO Á LA VIRTUD.—LAS LÁGRIMAS DE LA MADRE INCOMPARABLE SE CONVIERTEN EN GOZO.—CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

Año 386.



YA tenemos á Agustín en posesión de esa luz dichosa por la que había suspirado tanto tiempo, y que su madre había pedido con tantas lágrimas. Conociendo los misterios, y habiendo llegado hasta Dios y hasta Jesucristo su divino Hijo, muerto por amor al hombre, parece no le restaba otra cosa que levantarse, correr en busca de su madre y decirle: no lloréis más, soy cristiano.

Pero Agustín no pensaba así: el rayo de luz había traspasado las nubes, pero no las había

deshecho. Abrigaba aún muchísimas ideas falsas, inexactas é incompletas, de que no sabía desembarazarse, bebidas en los escritos maniqueos, últimas sombras que iban desapareciendo lentamente y que se hubieran desvanecido pronto, teniendo el valor de arrodillarse, golpear el pecho arrepentido, y prepararse á recibir los sacramentos de la Penitencia y sagrada Eucaristia. Efectivamente, para quien investiga la verdad, llega un momento en que el alma no merece ver claramente sino por un acto de humildad y de sumisión á Dios, y es necesario hacer este sacrificio, si se quiere que desaparezca toda sombra; pues sólo á este precio concede Dios sus favores.

Agustín, aunque con vaguedad, lo comprendía así, pero no se atrevía á practicarlo: quería ver claro antes de arrodillarse, no comprendiendo que para obtener esta claridad, es necesario un acto de humillación; redoblando entretanto el estudio y la lectura, y esforzándose por aumentar la luz cuyos primeros rayos había ya recibido.

Santa Mónica, aunque gozosa, asistía inquieta á este pausado renacimiento, y hubiera querido precipitar su desenlace. ¡Qué de veces, recogida al pie de los altares, en sus oraciones y coloquios después de la comunión rogaba á Dios

que acabase su obra penetrando, aunque fuese á viva fuerza, en el alma de su hijo querido! ¡Cuántas veces también, depositó en el corazón de San Ambrosio sus crecientes esperanzas, y aprendió de él á emplear con Agustín esa dulzura, esa paciencia y delicadeza que procura la luz, del mismo modo que se procura el alivio á un enfermo tiernamente amado! ¡Cuántas veces sobre todo, sabedora de los progresos de su hijo, debió urgirle diciendo: «Vamos, decídetes y, puesto que ya crees, ¿por qué no obras?»

¡Ah! el por qué no obraba, lo dice humildemente él mismo: faltábanle dos alas sin las cuales no es posible elevarse á la virtud, ni siquiera permanecer en ella por mucho tiempo; la humildad que es el ala del espíritu, y la pureza que lo es igualmente del corazón.

«Yo, dice Agustín, estaba seguro de todas
»las verdades de la fe, pero me sentía aún débil
»para gozarme en Dios; el orgullo, la vanidad y
»las pretensiones de sabio me devoraban. Lleno
»todavía de miserias, en lugar de llorar mis crí-
»menes, hacía alarde de mi ciencia vana (1).» Y

(1) «Certus quidem in istis eram; nimis tamen infirmus ad fruendum te. Garriebam plane quasi peritús... Jam cœperam velle videri sapiens... Et non flebam, insuper et inflabar scientia.» (*Confes.*, lib. VII, cap. XX.)

porque Agustín no era humilde, Jesucristo, en su esplendor sublime, era oscuro para él. «No
 »tenia la humildad necesaria, continúa, para re-
 »conocer á mi humilde maestro, Jesucristo, y
 »nada entendía aún de los profundos misterios de
 »su Pasión. Porque vuestro Verbo, ¡oh Dios mío!
 »cerniéndose muy por encima de toda la creación,
 »eleva á su misma altura cuanto quiere que se le
 »somete. Y por esto se edificó Él de nuestro barro
 »una humilde morada en las bajas regiones de la
 »tierra, á fin de que aquellos á quienes quería atraer
 »y subyugar, no tuvieran confianza en sí mismos,
 »sino que, viendo á la Divinidad humillada y
 »vistiendo el traje de nuestra naturaleza, recono-
 »cieran su propia pequeñez, y en sus apuros y
 »trabajos se postraran á los pies de esta divi-
 »nidad humanada que, al exaltarse gloriosa, los
 »levanta del polvo de la tierra, transportándoles
 »á las alturas celestiales (1).»

(1) «Non enim tenebam Dominum meum Jesum, humilis humilem. Verbum enim tuum, æterna Veritas, superioribus creaturæ tuæ partibus supereminens, subditos erigit ad seipsum: in inferioribus autem ædificavit sibi humilem domum de limo nostro, per quam subdendos deprimeret à seipsis, et ad se trajiceret, sanans tumorem, nutriendus amorem; ne fiduciâ sui progredierentur longius, sed potius infirmarentur, videntes ante pedes suos infirmam Divinitatem ex participatione tunice pelliceæ nostræ, et lassi prosternerentur in eam, illa autem surgens levaret eos.» (*Confes.*, lib. VII, cap. XVIII.)

Hé aquí la primer ala que faltaba á Agustín, para llegar hasta Dios por Jesucristo. Mas no era la única, pues aun cuando hubiese roto los más groseros y culpables lazos, conservaba todavía en el fondo del corazón ataduras secretas. Continuemos escuchándole ya que habla de esto con gran humildad. «Empezaba á amaros, ¡oh Dios mío! y de ello estaba admirado, mas no sabía permanecer en este amor: porque si de una parte el atractivo de vuestra belleza me elevaba hacia Vos, de otra un peso fatal me separaba y me hacía descender nuevamente á la tierra; no siendo esto otra cosa que los miserables hábitos de mis pasiones. No obstante, pensaba de continuo en Vos, y no dudaba que fueseis á quien yo debía unirme, aun- que comprendía perfectamente que no era todavía cual debiera para que esta unión se realizase; pues la corrupción de la carne agrava el alma y la casa de barro se inclina hacia el suelo, aunque el espíritu tienda á mirar el mundo desde cierta altura (1).»

Apesar de esto, y aun careciendo Agustín de las alas de la humildad y de la pureza, tan

(1) «Jam te amabam... Et non stabam frui Deo meo. sed rapiebar ad te decore tuo: moxque diripiebar abs te pondere meo; et ruebam in ista cum gemitu; et pondus hoc, consuetudo carnalis.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XVII.)

convenientes para subir y descender con facilidad, empezaba ya á elevarse. Emprendía su vuelo á través de las cosas creadas, subiendo gradualmente del mundo de los cuerpos al mundo de las almas: del alma al ángel, y del ángel á Dios. Iba penetrando los misterios, y cuando llegaba hasta ese Ser, cuyo resplandor hace temblar á quien le mira, « ¡Ah!, dice Agustín, yo no podía fijar mi atención » en Vos; antes bien, deslumbrado y vuelto á mi » natural flaqueza, quedábame sólo un recuerdo » amoroso de lo que había visto y un como disgusto de no poder disfrutar, según mis deseos, » los manjares cuyo olor había percibido (1). »

Esta claridad y estas nieblas que la siguen, esta memoria amorosa, esos como perfumes que desaparecen y los disgustos que vienen después; he aquí la vida humana. Así es cómo Dios sostiene las almas, especialmente al principio de su conversión; las levanta un poco de la tierra volviéndolas á dejar, y para animarlas al desprecio del mundo y á que aspiren al cielo, les envía sus divinas brisas, haciéndoles probar las delicias del Paraíso.

(1) « *Aciem figere non valui, et repercussa infirmitate redditus solitis, non mecum ferebam nisi amantem memoriam, et quasi olfacta desiderantem quæ comedere nondum possem.* » (*Confes.*, lib. VII, cap. XVII.)

Entretanto, con este aumento de luz crecían también los gritos de la conciencia, acosándole más que nunca; y esta misma conciencia empezaba á murmurar en los oídos de Agustín las siguientes palabras, que debían resonar siempre en su corazón é iban á estallar como un fragoroso trueno. «Tú protestabas hasta hoy, que la incertidumbre de la verdad era la única razón que te impedía cumplir con el deber; pues bien, ya no tienes dudas y la verdad brilla á tus ojos: ¿por qué no te rindes?» — «Yo oía, dice San Agustín, pero me hacía el sordo: no me movía á obrar, pero tampoco buscaba excusas, refutabas ya de antemano. Conteniame el temor y el miedo de abandonar y de oponerme á mis antiguas y funestas costumbres, que me habíau conducido á situación tan desesperada (1).»

En efecto, Agustín, que por mucho tiempo no había tenido la fuerza necesaria para creer, cuando ya creía, carece del valor indispensable para obrar. Las obscuridades le habían detenido al principio, y ahora le detienen y causan miedo los sacrificios que la virtud impone. «Había hallado una perla preciosa, exclama elocuente-mente, y, cuando para comprarla debía vender

(1) *Confes.*, lib. VII, cap. VII.

»mis bienes, esto es, hacer toda clase de sacrificios, me faltaba el valor (1).»

Agitado, indeciso, impelido por su madre y asediado por la conciencia, Agustín se resolvió por fin á consultar con un santo Sacerdote llamado Simpliciano, cuya vida ejemplar admiraba. Era de esos ancianos venerables que abundan en la Iglesia católica, los cuales, habiendo pasado de una juventud casta á una edad madura más casta todavía, y bendecidos por Dios con vejez anticipada, presentan á los hombres perfecta y venerable imagen de la paz que da la virtud; complaciéndose los jóvenes, dominados por pasiones, en aproximarse á sus blancas cabezas y calmar cerca de ellas el ardor que los devora.

Agustín, pues, fué á confiar á Simpliciano sus inquietudes, y las secretas debilidades que al presente le detenían, no originadas de falta de luz, sino de miedo á la ley.

Recibióle el buen anciano con dulce sonrisa, escuchó sin admirarse la relación de sus extravíos, y le felicitó porque, en lugar de abrir libros ateos y materialistas que degradan el alma, se habia dedicado al estudio de Platón y de Sócrates, que levantan el espíritu y ensanchan el co-

(1) «Et inveneram jam bonam margaritam; et venditis omnibus quæ haberem, emenda erat, et dubitabam.» (*Confes.*, lib. VII, cap. I.)

razón. Simpliciano, como viejo, tenía gran conocimiento de los hombres, y estaba íntimamente ligado, no solamente con San Ambrosio á quien había dirigido en su juventud y administrado el santo bautismo, sino también con gran número de filósofos, poetas y retóricos romanos, en particular con Victorino, el traductor de las obras de Platón, que en aquellos momentos estudiaba Agustín. Como suelen los ancianos, era aficionado á referir historietas; y hábil para manejar las almas, sabía enseñar diestramente con cualquier relación interesante.

Viendo, pues, cerca de sí á este joven de tan gran talento y carácter tan noble, el cual, iluminado por la gracia, dudaba aún si debía rendirse á ella, se aprovechó del nombre de Victorino que Agustín acababa de pronunciar; y después de decir que había conocido hacía tiempo en Roma á este hombre elocuente, queriendo mostrar á Agustín el camino del valor y de la dignidad cristiana, contóle su vida próximamente en los siguientes términos:

«Victorino se había distinguido en la misma
»carrera de Agustín. Siendo profesor de Elocuen-
»cia, había visto ante su cátedra, no solamente
»á toda la juventud romana sino también á mu-
»chos Senadores; había traducido, explicado y
»enriquecido con luminosos comentarios las me-

»jores obras de la filosofía antigua, y, merced á su
»grandísima elocuencia, había obtenido el honor,
»raro en todos tiempos, de ver erigida una esta-
»tua á su memoria. Cuando hubo concluído el
»estudio de las obras maestras del ingenio huma-
»no, vínole la idea de abrir las Santas Escrituras;
»leíalas con atención, y después decía al citado
»Simpliciano en secreto y en la intimidad de
»amigo: ¿Sabes tú que soy cristiano?—Yo no lo
»creeré, respondía éste, hasta que te vea en la
»Iglesia de Cristo; y Victorino replicaba sonrien-
»do y con cierta ironía: pues qué ¿son las pare-
»des del templo las que hacen al cristiano? En
»realidad Victorino tenía miedo de disgustar á
»sus amigos, y no quería exponerse á que de las
»cimas de la grandeza humana, y de los cedros
»del Líbano que Dios no había aún tronchado,
»vinieran sobre él abrumadoras enemistades.

»Pero entretanto, Victorino continuaba le-
»yendo, oraba mucho y, bebiendo más y más en
»las Santas Escrituras, sintió nacer en su cora-
»zón el valor y la fuerza. Llegó un día en que
»temiendo ser desconocido de Jesucristo y des-
»preciado por sus amigos, y deseando no hacer
»traición á la verdad, se trasladó á casa de Sim-
»pliciano, diciéndole: «Vamos al templo, porque
»quiero ser cristiano.» Roma entonces quedó ad-
»mirada, y la Iglesia se llenó de gozo.

»Cuando se acercaba el instante de hacer profesión de fe ante un público numeroso, propusieron á Victorino que la recitase en voz baja como solían hacerlo las personas, á quienes causan rubor las solemnidades públicas; pero él se negó rotundamente, subiendo á la tribuna con resolución. Al aparecer en ella, su nombre corrió de boca en boca, produciéndose en el concurso un movimiento de satisfacción y de alegría que no era fácil contener, diciendo todos por lo bajo: ¡es Victorino! ¡es Victorino! El deseo general de oírle restableció el silencio. Victorino entonces pronunció el símbolo con admirable fe, y los fieles que allí estaban, complacidos de tanta valentía, habrían querido meterle en su corazón: ¡tan grande era en efecto la alegría que les causaba y el amor que le profesaban! Después de esto, según Simpliciano, acentuando más sus palabras el sabio ilustre, se gloriaba de haberse hecho discípulo en la escuela de Jesucristo, de humillarse como un párvulo, y de renacer como niño en la fuente del bautismo; blasonando, por fin, de poner su cuello bajo el yugo del Evangelio, y de llevar en su frente y en aquella cabeza, tantas veces coronada, la señal de la cruz tenida antes por vergonzosa. La orden de Juliano el Apóstata, dada poco después, prohibiendo que los

»cristianos enseñasen ciencias, cerró sus elocuentes labios, y coronó su carrera con el más bello, á la par que con el más doloroso de los sacrificios.»

Este ejemplo, tan bien escogido y que tan perfectamente se adaptaba á la posición de Agustín, penetró su corazón de tal manera que salió de allí entusiasmado, reprendiendo su debilidad é indignado de su cobardía; y entró luego en su casa, donde le esperaba Mónica en oración como siempre, decidido á concluir de una vez, imitando á Victorino. «¡Oh! Dios mío, exclama en una especie de transporte, venid en mi ayuda, hacedlo todo Vos! ¡Despertadme, llamadme hacia Vos: encendedme y arrebatadme; arded Vos en mí y comunicadme vuestras dulzuras, para que os ame y corra tras de Vos (1).»

Pero ¡ah! la cadena que Agustín venía arrastrando ya tantos años, era más pesada de lo que él se había imaginado; y cuando quiso destruirla, se halló con que no tenía la fuerza necesaria. Agustín no decía que no; pero tampoco decía que sí. «Esta serie de excesos y desórdenes, continúa él mismo, como otros tantos

(1) «Age, Domine, fac; excita, et revoca nos; accende et rape, flagra, dulcesce: amemus, curramus.» (*Confes.*, lib. VII, cap. IV.)

»anillos enlazados, formaba la cadena que me
»tenía cautivo. Tenía, es verdad, la voluntad de
»servir á Dios con amor elevado y casto, y de
»gozar sólo de El; pero esta voluntad nueva y
»recién nacida, no era capaz de vencer á la otra,
»que se había robustecido con el hábito invete-
»rado de obrar mal. Así es que yo tenía dos vo-
»luntades, la una antigua y la otra nueva, la
»una carnal y la otra espiritual; y estas dos vo-
»luntades, luchando entre sí, desgarraban mi
»alma (1).» Entretanto Agustín procuraba tran-
quilizar su conciencia, y cuando ésta le gri-
taba que era necesario decidirse, no sabía que
contestar; respondiendo como un soñoliento ó
perezoso: «Luego, dejadme un poco; un instante
«más.» ¡Pero este luego no llegaba nunca y
este pequeño instante no tenía fin! (2).»

Fácil es imaginar las esperanzas, que haría
concebir á Santa Mónica la visita de Agustín al
sacerdote Simpliciano. Un paso de esta especie,

(1) «Ita due voluntates meae, una vetus, alia nova, illa carnalis, ista spiritualis, conflagabant inter se; atque discordando dissipabant animam meam.» (*Confes.*, libro VIII, cap. V.)

(2) «Non erat omnino quod responderem, nisi tantum verba lenta et somnolenta: Modo, ecce modo; sine paululum. Sed modo, et modo, non habebant modum. Et sine paululum, in longum ibat.» (*Confes.*, lib. VIII, capítulo V.)

en semejantes momentos, equivalía á convertirse; pues Mónica no dudaba que el Santo anciano haría adoptar á su hijo esta resolución costosa, es cierto, pero que le haría feliz: por eso al ver que vacilaba todavía después de la visita, y que no acababa de decidirse, se apoderó de ella un profundo abatimiento, nada fácil de describir. Su único consuelo era que Agustín continuaba sufriendo, que cada vez andaba más agitado; que nunca había asistido á la iglesia con tanta asiduidad, y que el tiempo que le dejaba libre la preparación de sus lecciones, le empleaba leyendo con interés las epístolas de San Pablo (1).

En tales momentos vino á visitarle un antiguo amigo llamado Potenciano, de Africa como él: existía entre ambos la notable diferencia de que, mientras Agustín había seguido en el error y en el olvido de Dios durante el largo período que acabamos de recorrer, Potenciano fué siempre un cristiano fervoroso, habitando en Milán y desempeñando cerca del Emperador un alto puesto militar. Mónica se había alegrado mucho de encontrarle en Italia, y de ver entre Agustín.

(1) «Augebam solita, crescente anxietudine, et quotidie suspirabam tibi; frequentabam ecclesiam tuam, quantum vacabat ab eis negotiis sub quorum pondere gemebam.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VI.)

Alipio y Nebridio, jóvenes vacilantes en la fe, un alma tan bien templada, que ni las vicisitudes de la guerra, ni las costumbres de la corte habían hecho titubear.

Aquel mismo día, hablando Potenciano con San Agustín y Alipio, vió sobre la mesa de juego un libro que cogió y abrió maquinalmente, como acontece durante la conversación, creyendo sería de Cicerón, ó acaso de Quintiliano; pero no, eran las *Epístolas de San Pablo* (1). Sorprendido por esto, miró sonriendo á Agustín, y habiendo éste confesado que desde algún tiempo leía la Sagrada Escritura con grande contentamiento, la conversación tomó un giro completamente cristiano.

Había viajado mucho Potenciano por las Galias, España, Italia y Egipto, y estos países los recorrió como cristiano, es decir, fijándose en las maravillas que obraba la verdadera Iglesia, ó sea la católica. Entre todas ellas ninguna le causó tanta admiración como el ejercicio de la virginidad, de la cavidad y de la vida religiosa. Los desiertos de Egipto y de la Tebaida exhalaban aromas cristianos; sobre las riberas del

(1) «Forte supra mensam laseoriam quæ ante nos erat, attendit codicem, aperuit, invenit apostolum Paulum, inopinatè sanè; putaverat enim de libris quorum professio me conferebat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VI.)

Nilo, regiones incultas y testigos de tantos horrores en la antigüedad, habían aparecido multitud de vírgenes que vivían como ángeles en cuerpos mortales y que, bajo un cielo de fuego y un clima enervante, desplegaban la más sorprendente energía, consagradas al ejercicio santísimo del amor de Dios. Allí se reunían cuantos abandonaban el mundo, despreciando sus vanidades, disgustados de sus corrupciones, horrorizados de sus bajezas y descosos de consagrar á Dios toda su vida: vírgenes sin mancha, madres inconsolables por la pérdida de sus hijos; doctores y filósofos formados en la escuela de Alejandría, sedientos de humildad y silencio; soldados que habían corrido el mundo, sin encontrar á Dios; confesores de la fe y mártires de la verdad, que, escapados de los potros y bañados en sangre, habían venido á reanimar sus fuerzas con las aguas refrigerantes de la oración y penitencia. Su número era prodigioso, y sólo en la montaña de Nitria había cinco mil anacoretas. Más lejos, á una media jornada hacia el interior del desierto y en un sitio llamado Cella, encontrábanse dos mil. En otro había cerca de diez mil bajo la dirección de San Serapión, y casi otros tantos bajo la de Macario. San Pacomio, que acababa de morir, había dejado siete mil penitentes en sus soledades de Tabenna, y en la congrega-

ción general, que se celebraba todos los años, de los monasterios que seguían su regla, llegaron á reunirse hasta cincuenta mil. Las ciudades mismas estaban inundadas: en Ancira había diez mil vírgenes, y el año 356, sólo en la ciudad de Oxpringue, halláronse veinte mil consagradas al Señor.

Estas maravillas, nunca vistas, empezaban á impresionar al mundo y á entusiasmar los corazones cristianos. San Atanasio había escrito poco antes la vida prodigiosa de San Antonio, el gigante del desierto; y muy luego se iban á publicar las de los ilustres patriarcas de la Tebaida, Pablo, Hilarión, Pacomio y Macario, que escribían entonces unos hombres de distinto género, ciertamente, pero sobremanera notables: San Jerónimo, San Epifanio y San Efrén.

Agustín no tenía la menor idea de estas cosas. Como muchos que pasan al lado de la Iglesia católica sin verla, había vivido treinta años en Africa y á las puertas de Alejandría, sin haber oído hablar, ni de Antonio, ni de los solitarios, ni de las vírgenes, ni de ninguna, en fin, de esas obras admirables, por las cuales la Iglesia mostraba que era la verdadera Esposa de Jesucristo. No se había tampoco apercibido de que en Milán, y á su vista, vivía una multitud de vírgenes en pureza angelical; para las cuales el mis-

mo Ambrosio había escrito sus tres libros de *Las Virgenes*, y en aquel entonces disponía el bello *Tratado de la Virginidad*. Agustín, pues, escuchaba todas estas cosas admirado y pendiente de los labios de Potenciano. «Nos quedamos, dice, extasiados y llenos de admiración al oír estas maravillas tan recientes y casi contemporáneas, obradas por la verdadera fe de la Iglesia; y nos causó sorpresa la vista de cosas tan extraordinarias, lo mismo que á Potenciano el que nos fueran desconocidas (1).»

Pero si tales maravillas habían pasado desapercibidas á los ojos de Agustín, no habían dejado de alegrar á la Iglesia, y de probar su divinidad manifestando el poderoso espíritu que la animaba; pues, del mismo modo que en otro tiempo la sangre de los mártires se convertía en semilla de cristianos, así ahora la virginidad y los virtudes del desierto daban á Dios apóstoles, doctores y héroes. Potenciano sabía un buen ejemplo de lo que vamos diciendo, y excitado por la silenciosa curiosidad de sus amigos, les refirió poco más ó menos lo siguiente:

(1) «Stupebamus audientes tam recentí memoria, et prope nostris temporibus testatissima mirabilia tua in fide recta et catholica Ecclesia. Omnes mirabamur, et nos quia tan magna erant, et ille (Potitianus), quia inaudita nobis erant.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VI.)

«Hallándose él mismo en la ciudad de Tréve-
»ris (interior de las Galias), fué una tarde, mien-
»tras el Emperador presenciaba los juegos cir-
»censes, á pasear en compañía de tres amigos por
»los jardines contiguos al muro de la ciudad.
»Allí ya, dos tomaron ruta distinta de la de
»sus compañeros, hallando luego una cabaña en
»que habitaban algunos siervos de Dios, de esos
»que profesan la pobreza de espíritu, y para
»quienes ha de ser el reino de los cielos. Entra-
»ron, y vieron allí el libro de la vida de San An-
»tonio Abad. Comenzó á leerla uno de ellos y
»también á admirarse, encendiéndose en amor de
»Dios y pensando, mientras leía, en abrazar aquel
»género de vida y emplear la suya en el servicio
»del Señor, sin cuidarse del porvenir terreno.
»Lleno entonces de un santo y religioso pudor, é
»indignado contra sí mismo, volvióse á su ami-
»go interpelándole de este modo:—Díme por fa-
»vor ¿á qué aspiramos con nuestras fatigas y tra-
»bajos? ¿qué es lo que buscamos? ¿cuál es el fin
»con que seguimos la corte? ¿podemos prome-
»ternos otra cosa que llegar á ser amigos del
»Emperador? y ¿qué hay en esa amistad que no
»sea frágil, de corta duración, y que no esté
»lleno además de peligros? y ¿por cuántos de és-
»tos hay que pasar por necesidad, para llegar á
»ése que es el mayor? y ¿cuánto tiempo sería

»necesario para conseguir esa amistad? Pues en
»cambio, si yo quiero ser amigo de Dios, puedo
»serlo desde este momento y en este mismo ins-
»tante.—Así hablaba, y como atribulado con el
»proyecto de mudar de vida, volvió á abrir de
»nuevo el libro: agitados su corazón y su alma
»mientras leía, por afectos y pasiones vehemen-
»tísimas, venció al fin la gracia, y, consagrán-
»dose interiormente al Señor, habló así á su
»compañero:—Estoy ya separado totalmente de
»cuanto hasta el presente fué objeto de nuestras
»esperanzas: me hallo resuelto á servir á Dios,
»y quiero empezar desde este momento y en
»este mismo sitio.—Su compañero le aplaudió.
»y, decididos ambos á no volver más al mundo,
»empezaron á edificar esa torre que se levan-
»ta con lo que se abandona por el servicio de
Dios.

»Yo, continúa Potenciano, llegué á la cabaña
»acompañado del otro amigo, precisamente cuando
»acababa de suceder lo que llevo dicho, y como
»yo lo ignorase, advertíles la proximidad de la no-
»che, y que ya era hora de retirarnos; mas enton-
»ces supe por su propia boca todo cuanto había pa-
»sado, y cómo les inspiró Dios la idea de consa-
»grarse á su servicio. Suplicáronnos por tan-
»to que, si no queríamos imitarlos, no contrariá-
»semos al menos sus proyectos; y nos retiramos

»llorando por nosotros, que tan poco fervor te-
»níamos, después de haberles felicitado, y de
»habernos encomendado piadosamente á sus ora-
»ciones. Volvimos, pues, á palacio con el corazón
»inclinado á las cosas de la tierra, mientras
»ellos, fijo el suyo en el cielo, habitaban la caba-
»ña; y como ambos tuviesen empeñada su palabra
»para contraer matrimonio, sabedoras sus pro-
»metidas de la determinación que habían toma-
»do, resolvieron también consagrar á Dios su vir-
»ginidad (1).»

Entusiasmado Potenciano con la relación de estos hechos, no advirtió la tempestad que rugía en el corazón de Agustín. Mientras habló de los ejemplos admirables de inocencia, de pureza, de respetabilidad y de valor, que ilustraban y embalsamaban los desiertos, Agustín no había hecho más que aplaudir tranquilamente: pero cuando Potenciano mostró á esos dos oficiales abandonándolo todo por Dios, cuando oyó que brotaban de los labios de uno de ellos estas fervorosas palabras: «¿Qué hacemos nosotros? ¿qué deseamos? ¿ser amigos del Emperador? ¿y para qué?... ¿No será mejor buscar la amistad de Dios?», había sentido fuertes como nunca los gritos de su conciencia.

(1) *Confes.*, lib. VIII, cap. VI.

«Mientras Potenciano hablaba, dice Agustín,
»mi corazón se deshacía y yo estaba lleno de con-
»fusión y vergüenza viendo mi deformidad, mis
»manchas, mis impurezas, mis úlceras; cuanta
»mayor era mi admiración ante las vidas castísi-
»mas que acababa de referirme, más me horrori-
»zaba de mí mismo, comparando mi vida con
»las de aquéllos. ¡Tantos años perdidos! ¡tanta
»vida inútil! ¡doce años y más desde que cum-
»plí los diecinueve de mi juventud, en cuya épo-
»ca con la lectura del *Hortensio* de Cicerón se
»había despertado en mí el amor y desco de la
»verdadera sabiduría! ¡Y yo difería aún sacrifi-
»car la vana felicidad terrestre, por ir tras esa
»felicidad que, no ya poseída sino buscada
»simplemente, es preferible á todas las deli-
»cias de la tierra!... Por mucho tiempo había
»venido diciéndome á mí mismo, que si no sa-
»crificaba las miserables esperanzas del siglo,
»era porque no veía claramente la luz: ¡ay! esta
»luz había aparecido, y mi conciencia me gri-
»taba: ¿en qué piensas tú que decías, ser la
»duda lo único que te impedía renunciar á la
»vanidad? Todo es cierto al presente, la verdad
»te acosa, y sin embargo, ¡el fardo de la vanidad
»te agobia aún!, mientras otros que no han tra-
»bajado ni empleado tantos años como tú en la
»investigación de la verdad, han desplegado sus

»alas, subiendo á Dios prontos y animosos (1)!»

»Es lo que yo me decía interiormente, añade San Agustín, mientras Potenciano hablaba. »Corroíame, lleno de confusión y entregado á »una rabia violenta que me atormentaba y turbaba así mi rostro como mi espíritu (2).»

Por fin se fué Potenciano, y Agustín, que no era ya dueño de sus movimientos, se dirigió hacia el jardín seguido de Alipio. Santa Mónica, fuera que habiendo asistido á la referida conferencia, adivinase con su corazón de madre el estado de su hijo, fuera que advertida por Alipio, y quién sabe si por Dios mismo, de que se aproximaba el gran momento, retiróse á su habitación, y allí,

(1) «Narrabat hæc Potitianus... Et videbam, et horrebam; et quo à me fugerem non erat... Tam vero, quanto ardentius amabam illos de quibus audiebam salubres affectus, tanto execrabilius me comparatum eis oderam. Quoniam multi mei anni mecum effluxerant, forte duodecim anni ex quo ab undevigesimo anno ætatis meæ, lecto Ciceronis *Hortensio*, excitatus eram studio sapientiæ, et differebam, contempta felicitate terrena, ad eam investigandam vacare... Et putaveram me propterea differre de die in diem, quia non mihi apparebat certum aliquid quo dirigirem cursum meum. Et venerat dies quo nudarer mihi, et increparet in me conscientia mea: nempe tu dicebas propter incertum verum nolle te abjicere sarcinam vanitatis: ecce jam certus es.» (*Confes.*, lib. VII, cap. VII.)

(2) «Ita rodebar intus et confundebar pudore horribili vehementer.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VII.)

cayendo de rodillas, pidió fervorosa con todo el ardor de su corazón maternal y con toda la fuerza de su santidad, el alma del hijo amado que por última vez iba á debatir con Dios (1).

Cuando Agustín se halló solo con Alipio, díjole muy conmovido; «¿Qué hacemos nosotros? »¿En qué pensamos? ¿Acaso no has oído nada? »¡Levántanse de la tierra los ignorantes apoderándose del cielo, y nosotros, con toda nuestra ciencia, sin corazón ni cordura, nos revolcamos en el cieno de la carne y de la sangre! ¿Es que tengamos á deshonra el seguirlos? y ¿no ha de ser deshonra el carecer de valor para imitarlos (2).» Pronunciadas estas palabras, sin esperar respuesta, é impulsado por la excitación

(1) Esta tradición se halla consignada en casi todas las liturgias agustinianas, y en la mayor parte de las obras compuestas en loor de su Patriarca por religiosos de las diferentes Ordenes que siguen la Regla de San Agustín. El P. Luis de los Angeles, eremita, la da por segura. (*Della Vita e Laudi del S. D. August.*, lib. II, cap. V); y el P. Arcángel de la Presentación, carmelita descalzo, la apoya á su vez en muchos lugares de sus numerosas y doctas obras sobre San Agustín. (*Comment in Confes.*, edit. Florent., 1757, op. et studio Fr. Archangeli à Presentatione, carmel. excalceati.)

(2) «Quid patimur? quid est hoc? quid audisti? Surgunt indocti et cælum rapiunt; et nos, cum doctrinis nostris sine corde; ecce ubi volutamur in carne et sanguine! An quia præceserunt pudet sequi, et non pudet nec saltem sequi?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. VIII.)

que sentía, se alejó de Alipio. Éste le miraba sorprendido, porque su acento era extraño; y su frente, sus mejillas, sus ojos, el color de su rostro y el timbre de la voz, mejor aún que sus palabras, daban á conocer el estado agitadoísimo de su espíritu.

Contiguo á la casa había un jardín: «A él, »dice San Agustín, me lanzó la tempestad que »rugía en mi alma. Allí nadie podía interrumpir el sangriento combate que había empeñado »contra mí mismo, y me retiré de Alipio cuanto »pude, para que ni aun su presencia me estorbaba, sentándome lo más lejos posible de la casa. »Entonces mi espíritu se estremecía, y se indignaba contra sí mismo; porque no me sometía á vuestra voluntad, ¡oh Dios mío!, y »porque no me unía á Vos, hacia quien todas las »potencias me impulsaban gritando: *valor, ánimo, aliento*. Se apoderaba de mí la más turbulenta indignación, sufría y me torturaba acusándome con acritud desconocida, volviéndome y revolviéndome, para romper la cadena »que sólo pendía ya de un débil anillo, pero que »sin embargo me sujetaba. Decíame en lo íntimo »del corazón: *ea, hágase al instante, ahora se ha de romper este anillo*, y mi corazón seguía »ya el impulso de la palabra, pero iba á obrar y »no obraba; y cuanto más se acercaba el momen-

to en que debía cambiar por completo, mayor era el sobresalto que de mí se apoderaba (1).

»Las cosas más frívolas y livianas, todas vanidad de vanidades, quiero decir, mis amistades antiguas, eran las que me detenían y, tirándome de la ropa, decían en voz baja: *Pues ¿qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿No hemos de estar contigo ya jamás? ¿Desde ahora y para siempre no te será permitido esto y aquello?* Pero ¡qué cosas eran las que me sugerían é indico con la palabra *esto y aquello!* ¡qué cosas me sugerían, Dios mío! Apartad, Señor, por vuestra misericordia, del alma de vuestro siervo, aun la idea y el recuerdo de las suciedades é indecencias que me traían á la memoria (2). Pero ya no se presentaban como antes cara á cara, sino que iban murmurando por la espalda, siguiendo mis pasos, llamando y co-

(1) «Sedimus quantum potuimus remoté ab ædibus. Ego tremebam spiritu indignans turbulentissima indignatione, quod non irem in placitum et pactam tecum, Deus meus, in quod eundum esse omnia ossa mea clamabant... Sic ægrotabam et exercebar accusans meipsum solito acerbius nimis, ac volvens et versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum quo jam exiguo tenebar, sed tenebar tamen.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

(2) «Retinebant nugæ nugaram, et vanitates vanitatum, antiquæ amicitie meæ, et succutiebant vestem meam carneam, et submurmurabant: Dimittisne nos? Et

»mo tirándome por detrás para que volviese á
»mirarlas. No obstante, entorpecían y retar-
»daban mi salida; pues no tenía valor para re-
»chazarlas con energía y libramme de sus impor-
»tunidades, saltando y atropellando por todo,
»y además el hábito inveterado no cesaba de de-
»cirme: ¿imaginas que has de poder vivir sin
»estas cosas?

»Pero esto me lo decían ya desanimadas.
»pues donde tenía más puesta mi atención, y ha-
»cía donde me daba miedo mirar, descubría la
»virtud de la continencia, serena, majestuo-
»sa y alegre, excitándome con gravedad y com-
»postura á que llegase á ella, y desecharse las
»dudas que me detenían; extendiéndome á la
»vez sus castas manos llenas de buenos ejem-
»plos, que se ostentan en innumerables personas
»de diferentes edades, en multitud de jóvenes,
»doncellas y otros de mayor edad, en venerables
»viudas y en ancianos también vírgenes; pero
»en todos ellos la continencia y castidad no era
»estéril, antes bien fecunda y abundante en ale-

á momento isto non erimus tecum ultra in æternum? Et á
momento isto non tibi licebit hoc et illud in æternum!
Et quæ suggerebant in eo quod dixi: hoc et illud! quæ
suggerebant, Deus meus! Avertat ab anima servi tui
misericordia tua! Quas sordes suggerebant! Quæ dede-
cora!» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

»grías y gozos espirituales, nacidos de Vos,
 »que sois su Esposo. Entonces la continencia,
 »como chanceándose y con sonrisa, me convi-
 »daba á seguirla, así, poco más ó menos:
 »¿Pues qué, no has de poder tú lo que han po-
 »dido y pueden todos éstos? ¿Por ventura lo que
 »éstos y éstas pueden, débenlo á sus propias
 »fuerzas, y no á las que de Dios recibieron junta-
 »mente con su gracia? Sí, su Dios y Señor les
 »dió la continencia; pues yo dádiva suya soy. ¿Y
 »entonces, para que te apoyas en tus propias
 »fuerzas, si no pueden sostenerte ni darte fir-
 »meza alguna? Arrójate confiado en los brazos
 »del Señor, y no temas, que no se apartará ni
 »permitirá que caigas: arrójate seguro, que El
 »te recibirá en sus brazos, y te sanará de tus
 »males (1).

»Yo me corría y avergonzaba mucho, oyen-

(1) «Et jam tepidissime hoc dicebat. Aperiebatur enim ab ea parte qua intenderam faciem et quo transire trepidabam, casta dignitas continentiae, serena et non dissolutè hilaris, honestè blandiens ut venirem neque dubitarem, et extendens ad me suscipiendum et amplectendum piæ manus plenas gregibus honorum operum. Ibi tot pueri et puellæ; ibi juvenus multa et omnis ætas, et graves viduæ, et virgenes anus; et omnibus ipsa continentia nequaquam sterilis, sed fecunda mater filiorum gaudiorum de marito te, Domine. Et irridebat me irrisione hortatoria, quasi diceret: Tu non poteris quod isti, quod istæ?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XI.)

»do aún el murmullo de las fruslerías que me te-
»nían perplejo y sin acabar de resolverme; mas
»la contienda pasó dentro de mi corazón que ba-
»tallaba contra sí mismo, aguardando Alipio en
»silencio el resultado de tan extraña lucha.

»Luego que por una profunda meditación hu-
»be condensado, y visto la extensión de mis mi-
»serias, sentí que se levantaba en mi alma una
»terrible tempestad con grandes nubes de lágri-
»mas. Para que descargasen totalmente, alejéme
»de Alipio, pues necesitaba estar solo para llo-
»rar más á gusto; y me retiré bastante lejos y á
»un lugar escondido, no queriendo ser molesta-
»do, ni siquiera por la presencia de amigo tan
»querido. Alipio lo comprendió; pues, con un sus-
»piro preñado de lágrimas, había indicado cla-
»ramente el estado de mi espíritu. Sentéme en
»tierra á la sombra de una higuera, y no pu-
»diendo contener el llanto, brotaron de mis ojos
»dos ríos de lágrimas. Entonces, Dios mío, ha-
»blando con Vos, decía muchas cosas: no sé con
»qué palabras, pero en cuanto al sentido y con-
»cepto eran como éstas: *Y Vos, Señor, ¿hasta*
cuándo? ¿hasta cuándo habéis de mostrarnos
enojado? No os acordéis ya de mis maldades
antiguas. Y pues comprendía que mis pecados
»eran los que me ataban, por esto decía á gritos
»y con lastimosos sollozos: *¿Hasta cuándo, has-*

«¿ta cuándo ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego y en este día? ¿Por qué no ha de ser esta misma hora, la en que ponga fin á todas mis torpezas (1)?»

»Cuando estaba diciendo esto y llorando con amarguísimo dolor, he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de niño ó niña, que cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee, toma y lee (2).

»Inmutado y un tanto sorprendido, me puse

(1) «Ubi vero à fundo arcano alta consideratio contraxit et congestit totam miseriam meam in conspectum cordis mei, oborta est procella ingens, ferens ingentem imbrem lacrymarum. Et ut totum effunderem cum vocibus suis, surrexi ab Alipio. Solitudo mihi ad negotium flendi aptior suggerebatur... Ergo sub quadam fici arbore stravi me nesciendo quomodo, et dimisi habenas lacrymis; et proruperunt flumina oculorum meorum... Et non quidem his verbis, sed in hac sententia multa dixi tibi: Et tu Domine, usquequo? usquequo, Domine, irascaris in finem? Ne memor fueris iniquitatum mearum antiquarum. Sentiebam enim eis me teneri; jactabam voces miserabiles: Quandiu? quandiu? eras et eras! Quare non modo? quare non hac hora finis turpitudinis meæ?» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(2) «Dicebam hæc, flebam amarissima contritione cordis mei: Et ecce audio vocem de vicina domo, cum cantu dicentis et crebro repetentis, quasi pueri aut puellæ nescio: Tolle, lege; tolle, lege.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

»á considerar atentamente, si los muchachos so-
»lian cantar aquello ó cosa semejante en alguno
»de sus juegos; pero no pude recordar haberlo
»oído jamás. Reprimiendo entonces el ímpetu de
»las lágrimas, me levanté seguidamente, y to-
»mando aquella voz como una orden del cielo,
»que me mandaba abrir el libro de las Epístolas
»de San Pablo, corrí hacia el sitio donde estaba
»sentado Alipio y había dejado el libro: toméle
»en mis manos y le abrí, leyendo silencioso el
»primer capítulo que hallé donde dice el Após-
»tol: *No viváis en banquetes y embriague-*
»*ces, ni en vicios y deshonestidades, ni en*
»*contiendas y emulaciones; sino revestidos de*
»*nuestro Señor Jesucristo, y no os cuidéis tam-*
»*poco de satisfacer los apetitos de la carne.*
»Ya no quise leer más, ni tampoco era menes-
»ter, pues al concluir el párrafo, como si hubiera
»recibido una luz clarísima, se disiparon todas
»mis dudas (1).

»Cerré pues el libro, dejando entre las hojas
»el dedo ó un registro para notar el pasaje, y con
»semblante ya quieto y sereno, declaré á Alipio
»lo que me acontecía. Éste me declaró lo que le
»pasaba, á él que yo en verdad desconocía, y mos-

(1) «Statimque mutato vultu, intentissimus cogitare
copi utrumnam solerent pueri in aliquo genere ludendi

»trándole lo que había leído, pues tal era su deseo,
 »siguió más adelante y encontró estas palabras en
 »que no me había fijado: *Asistid al débil en la*
»fe, recibidle con caridad. Aplicóselas á sí, ani-
 »mándose con tal consideración, y más dispuesto
 »que yo á recibir la fe, sin duda por la pureza de
 »costumbres, se unió á mí, corriendo ambos en
 »busca de mi madre (1).»

Así se rendía Agustín después de diecisiete años de resistencia, así sucumbía á las lágrimas de Mónica. Pero ¡cosa extraña y digna de observación! El golpe que ponía fin á semejante lucha, la más patética de cuantas narra la historia de la Iglesia y la historia del corazón humano, no era un rayo de luz más vivo que los anteriores, sino una infusión de pureza y de

cantitare tale aliquid; nec occurrebat omnino audivisse me uspiam. Repressoque impetu lacrymarum, surrexi nihil aliud interpretans, nisi divinitus mihi juberi ut aperirem codicem... Aperui, et legi in silentio capitulum, quo primum coniecti sunt oculi mei: *Non in comensationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudiciis, non in contentione et emulatione; sed induite Dominum Jesum Christum, et carnis providentiam ne feceritis in concupiscentiis.* Nec ultra volui legere; nec opus erat. Statim quippe cum fine hujusce sententiæ, quasi luce securitatis infusa cordi meo, omnes dubitationis tenebræ diffugerunt.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(1) «Alipius mihi sine ulla turbulenta cunctatione conjunctus est. Indeque ad matrem ingredimur.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

inocencia que penetró hasta el fondo de su corazón. ¡Tan cierto es que la gran dificultad no está en hallar la verdad, sino en volver á la práctica de la virtud!

Gran milagro de la gracia pareció á la Iglesia esta conversión, única, fuera de la de San Pablo, que celebra solemnemente, fijando con delicada atención, para hacerlo, el día siguiente al en que se celebra la fiesta de nuestra Santa, el 5 de Mayo. En esta solemnidad los últimos cantos del Oficio de Santa Mónica se mezclan con los primeros himnos de la conversión de San Agustín; y una misma fiesta reúne y honra las lágrimas de la madre que ha rescatado al hijo, y las lágrimas del hijo que han consolado á la madre.

El primer pensamiento de Agustín después de convertido, fué ir en busca de Santa Mónica; y, efectivamente, sin dilación arrójase en sus brazos, la baña con sus lágrimas, y madre é hijo permanecen estrechamente unidos por un mudo y apretado abrazo, lenguaje sobremanaera expresivo, y cuando la emoción no permite hablar (1).

Agustín quedó extasiado, pero lleno de nueva y clara luz, conoció cuánto valían las lágrimas de

(1) «Ad matrem ingredimur: indicamus, gaudet; narramus quemadmodum gestum sit; exultat et triumphat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

su madre. Así es que, no pudiendo hablar, la estrechaba contra el corazón, y decía con su silencio lo que ha repetido en variados tonos hasta el fin de la vida: «Sí, Dios mío, si soy
»vuestro hijo, debido es á que me disteis por
»madre á una de vuestras humildes servido-
»ras (1).» «A mi madre, á sus oraciones y á
»sus méritos debo todo lo que soy (2).» «Si pre-
»fiero la verdad, si no amo más que la verdad,
»si estoy pronto á morir por ella, se lo debo
»á mi madre; Dios no ha podido resistir á sus
»ruegos (3);» y por último: «Si no he perecido
»en el error y en el pecado, también lo debo á las
»lágrimas de mi madre: sus constantes y ferve-
»rosos ruegos me han obtenido gracia tan sin-
»gular (4).» Esto escribe Agustín siempre y en todas sus obras, esto es lo que sentía entonces con tanta viveza; esto también lo que decía á su madre con las miradas, con los ósculos y final-

(1) «O Domine, ego servus tuus et filius ancillæ tuæ.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

(2) «Nostra mater cujus meriti credo esse omne quod vivo.» (*De Beat. Vit.*, in fine *Præfat.*)

(3) «Mater cujus precibus indubitanter credo atque confirmo mihi istam mentem Deum dedisse, ut inveniendæ veritati nihil omnino præponam, nihil aliud velim, nihil cogitem, nihil amem.» (*De Ordine*, lib. II, cap. XX.)

(4) *De Dono Perseverantiæ*, cap. XX, núm. 53.

mente con aquellos fuertes abrazos que les unían tan estrechamente.

Santa Mónica, por su parte, no podía contener el gozo que la inundaba; así que regando á Agustín con sus lágrimas, le contemplaba llena de satisfacción. Verle buen cristiano, honrado, unido por el matrimonio y en camino de salvarse..... ¡ah! sus oraciones se habían dirigido todas á este fin; y si Dios entonces le hubiese concedido tal gracia, habría muerto feliz. Pero á medida que la emoción dejaba á Agustín abrir sus labios, Mónica entrevía maravillas inesperadas; no le bastaba ya á su hijo ser cristiano, quería más; quería la castidad, la continencia, la soledad, huir del mundo, despreciarlo todo, y no ocuparse más que en amar á Dios con toda su alma. Mónica se estremecía á cada palabra, y ¿quién sabe si Dios en aquel momento le hizo presentir las grandes cosas que iban á suceder, y para consolarla de veinte años de angustias, le permitió vislumbrar sobre la frente de Agustín la borla del doctor y la aureola de la santidad (1)?

¡Oh momento afortunado aquel en que una

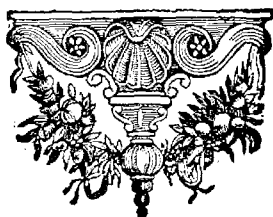
(1) «Benedicebat (mater mea) tibi qui potens es ultra quam petimus aut intelligimus facere, quia tanto amplius sibi à te concessum de me videbat, quam petere solebat miserabilibus flebilibusque gemitibus. Con-

madre encuentra al hijo, que había creído ya muerto! pero ¡oh momento, más feliz aún, el en que la madre cristiana ve renacer en el alma de su hijo la fe, la pureza, el valor y la virtud; y el en que, afligida por los dolores de la Iglesia, presiente que este hijo regenerado ha de ser la lumbrera, la gloria y el paladín de esa misma Iglesia.

Todavía se enseña en Milán, y se enseñará por muchos años, la habitación donde oraba Santa Mónica, y el jardín en que tuvieron lugar tan conmovedoras escenas: cuando el tiempo, que nada respeta, haya dispersado las últimas piedras, visitarése aún el sitio con gran veneración. La hermosura del joven Agustín en quien brillaban á la vez raro talento y alma extremadamente tierna; sus faltas, y, en medio de ellas, sus profundas tristezas que le conquistan las simpatías de cualquiera, sea inocente ó culpable; su tenaz oposición á la gracia, sus quejas y resistencias, parecidas á las del águila herida que no quiere rendirse; ante semejante

vertisti enim me ad te, ut nec uxorem quærerem, nec aliquam spem sæculi hujus, stans in ea regula fidei in qua me ante tot annos ei revelaveras. Et convertisti luctum ejus in gaudium multo uberius quam voluerat, ut multo charius atque castius, quam de nepotibus carnis meæ requirebat.» (*Confes.*, lib. VIII, cap. XII.)

conducta, la paciencia de Dios suministrándole con delicada ternura tanta luz, que sin coartar su libertad, le levanta victorioso desde los abismos de la duda y la pasión hasta las más elevadas cimas de la verdad, de la pureza y del amor divino; y sobre lo dicho, para coronar dignamente obra tan portentosa, las lágrimas de esta madre nunca vista, que obliga á Dios á venir en socorro de su hijo; cosas son que los hombres no olvidarán jamás, y que les obligarán siempre á visitar enternecidos los lugares de tan grandes maravillas.





CAPITULO XIII

CASIACO.—SANTA MÓNICA VA CON SU HIJO Á UNA CASA DE CAMPO PARA PREPARARLE Á RECIBIR EL SANTO BAUTISMO. —MÓNICA ASISTE Á LAS CONFERENCIAS FILOSÓFICAS DE AGUSTÍN Y SUS AMIGOS. —LA MADRE DEL PLATÓN CRISTIANO

Septiembre del 386 á Enero
del 387.

Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra; y pues habéis roto mis prisiones, quiero tributaros un sacrificio de alabanza. Que mi corazón y mi lengua os alaben; que todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién es semejante á Vos? que hablen, y Vos, Señor, responded y decid á mi alma: Yo soy tu Salva-

»dor. ¡Oh Cristo! ¡oh Jesús! Sí, Vos sois mi apo-
»yo y mi redentor (1)».

A este sentimiento de admiración y reconoci-
miento que llenaba el alma de Agustín al día si-
guiente de convertirse, uníase otro que no era
menos profundo ni menos suave: Agustín se en-
contraba renovado, pero de una manera que
jamás pudo pensar. Lo que admiraba ayer, hoy
no le causaba ya sino desprecio. «¡Oh cuán
»dulce y gustoso fuéme carecer de unos deleites,
»que sólo eran vanidad. Vos los arrojasteis de
»mi alma, oh Dios mío, reemplazándolos con vues-
»tra presencia, que es dulzura amable y supe-
»rior á todos los deleites; con Vos, más claro,
»hermoso y trasparente que la luz, aunque tam-
»bién más secreto y desconocido que lo más
»íntimo y recóndito; con Vos que sois más ex-
»celso, sublime y elevado que todos los honores,
»aunque no para aquellos que se consideran
»grandes á sí mismos. Y mi corazón se veía li-
»bre de los cuidados que producen la ambición,
»el amor á la riqueza y el deseo de placeres cul-

(1) «¡O Domine, ego servus tuus, et filius ancillæ
tuæ. Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam lau-
dis. Laudent te cor meum et lingua mea; et omnia ossa
mea dicant: Domine, quis similis tibi? Dicant, et res-
ponde mihi, et dic animæ meæ: Salus tua ego sum...
O Christe Jesu, Adjutor meus et Redemptor meus!»
(*Confes.*, lib. IX, cap. I.)

»pables; entonando cánticos de alabanza á Vos,
»que sois mi gloria, mi riqueza, mi salud, mi
»Dios y mi Señor (1)».

Santa Mónica oía enajenada los desahogos del alma de Agustín, y no menos entusiasmada que él, sostenía con su voz y su corazón esos primeros himnos; debiendo añadirse que como estaba ya en el apogeo de la perfección, y llena de santidad y de experiencia en las cosas celestiales, guiábale amorosa por ese bello camino nuevo para él, pero de ella muy conocido.

Deseando entregarse á los sentimientos de piedad, arrepentimiento y gratitud, que le dominaban, Agustín hubiera querido estar solo con su madre en un lugar ignorado de los hombres, y sin otra ocupación que contemplar, bendecir y alabar á Dios; pero desgraciadamente se hallaba abrumado de trabajo, debiendo asistir á la cátedra va-

(1) «Quam suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum! Et quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat. Ejiciebas enim eas a me, vera tu et summa suavitas; ejiciebas et intrabas pro eis, omni voluptate dulcior, sed non carni et sanguini; omni luce clarior, sed omni secreto interior, omni honore sublimior, sed non sublimibus in se. Jam liber erat animus meus à curis mordacibus ambiendi et acquirendi et volutandi atque scalpendi scabiem libidinum. Et garriebam tibi claritati meæ, et divitiis meis, et saluti meæ, Domino Deo meo.» (*Confes.*, lib. IX, cap. I.)

rias veces por semana, hablar también en público y, además, dar ante una juventud escogida y numerosa lecciones de Elocuencia, que exigían larga y meditada preparación. Esto lo miró como un martirio, así que su primer pensamiento fué presentar la dimisión y anunciar al público que dejaba la cátedra; pero estando ya á fines de Agosto, empezando las vacaciones el 16 de Septiembre y restando por consiguiente veinte días escasos, creyó preferible tener paciencia, retirarse sin ruido y no entregar al juicio de los hombres una determinación, que Dios sólo debía conocer. No era que Agustín temiese este juicio, puesto que él mismo exclama: «Vos habíais herido mi corazón con las flechas de vuestro amor, y vuestras palabras, oh Dios mío, atravesaban mi alma como saetas de fuego: los ejemplos de vuestros servidores, á quienes antes que á mí habíais convertido de las tinieblas á la verdadera luz, y de la muerte á la vida, me encendían de tal manera, que todas las contradicciones humanas, por vigorosas que fuesen, no habrían conseguido sino avivar la llama, bien lejos de extinguirla.» Pero si no temía las críticas de los unos, debía temer las alabanzas de los otros; y publicando su determinación, exponíase á que se fijasen en él, y á recibir acaso grandes aplausos. Estas razones le parecieron decisivas, y en

parte por prudencia, y en parte también por modestia, se resolvió, aunque le fué muy costoso, á desempeñar su cargo hasta las vacaciones (1).

Mas la retirada de Agustín, á pesar de tanta cautela, no era fácil de realizar. Hacía dos años que enseñaba en Milán con éxito extraordinario: su talento, su elocuencia, su corazón y su palabra, que eran de primer orden y, por el gusto entonces reinante, muy estimadas, le habían ganado las ardientes simpatías que acompañan siempre á quien sabe hablar con el corazón y con el alma. Por desgracia Agustín había entregado la suya con perjuicio de la salud, al joven auditorio que le favorecía; su pecho estaba irritado, y su garganta sólo producía una voz débil y sin extensión; presintiendo todos que, devorado por el excesivo amor al estudio, y dotado de organismo sumamente delicado, no podría continuar mucho tiempo dando lecciones de Elocuencia.

Cuando por primera vez comprendió Agustín su triste estado, no pudo contener las lágrimas; pero ahora que soñaba sólo con la contemplación y la soledad, no anhelando otra cosa que el amor de Dios, celebraba su situación y se regocijaba de poder conseguir el silencio, ocultan-

(1) *Confes.*, lib. II, cap. II.

do el verdadero motivo y fundando su dimisión en el mal estado de salud.

Todavía existía otra dificultad capaz de impedir la realización de sus planes; pues Agustín era pobre, y para vivir y sostener á su madre, no contaba con otros recursos que con los de su talento y de sus lecciones públicas; pero afortunadamente, Romaniauó, siempre generoso y delicado, se hallaba en Milán, y ya más de una vez había puesto á disposición de Agustín los recursos necesarios, para que se retirara á la soledad y al descanso que le eran indispensables. «Tú, »noble amigo, le escribía meses después San »Agustín, tú que ya habías protegido la cuna, »y por decirlo así, el nido de mis primeros estudios; y que más tarde animaste la iniciativa »de mis primeros vuelos; tú también has venido »ahora en mi ayuda. Si puedo disfrutar reposo, »y verme descargado de trabajos inútiles; si res- »piro, si soy dueño de mí mismo, y estoy re- »concentrado en mí dedicándome exclusivamen- »te á la contemplación de la verdad, á ti es á »quien debo tanta dicha; porque cuando te describí la turbación de mi alma, y te declaré que »no sería dichoso mientras no pudiese entregar- »me tranquilo al estudio de la sabiduría, manifestándote al mismo tiempo que mi madre y »mi hijo, á quienes debía sostener, me impedían

»realizar el proyecto; tú, ansioso de que el pensamiento pudiera ejecutarse, no sólo me prometiste la libertad necesaria, sino venir á disfrutar de ella conmigo (1).»

Tranquilo ya por esta parte, gracias á la generosidad de Romaniano, y vislumbando no lejos el retiro que tanto ansiaba, Agustín terminó el curso de Elocuencia; pero aquellos veinte días le parecieron un siglo: no pensaba ya en los estudios, su mente estaba en otra parte, y el único consuelo, al volver á casa fatigado por el trabajo, era cerrar su puerta y, á solas con su madre, conversar sobre las maravillas que había obrado Dios en él.

Como Santa Mónica deseaba, al par que su hijo, retirarse á la soledad y presenciar la transformación que en él venía realizándose, mediante la cual terminaría Dios la grande obra, comenzada hacía veinte días; tan luego como empezaron las vacaciones, se fué con Agustín á la casa de campo que les tenían preparada. Un amigo de éste llamado Verecundio, á quien había confiado su pensamiento, y era comprofesor, le había ofrecido su quinta, que Mónica aceptó sin vacilar; y sobre el 16 ó 17 de Septiembre del 386, fué á instalarse en ella con su hijo.

(1) *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

No se sabe con exactitud el sitio que ocupaba, pero tenemos de ella una buena descripción, y conocemos perfectamente la vega en que estuvo situada. Era una de esas vastas y agradables casas de campo, que acostumbraban á edificar los romanos en la decadencia del Imperio; con espaciosas salas, pórticos cubiertos, baños, biblioteca, terrados exteriores, hermosas arboledas á su redor, todo anchuroso, claro y bien ventilado; en una palabra, con cuanto puede desear el hombre que quiere hacer de su quinta un lugar de recreo, de goce y de descanso. Contiguo á ella había un prado que recreaba la vista y que, rodeado de grandes árboles, invitaba al paseo ofreciendo á la vez sombra para la lectura. Su extremidad estaba cortada por el lecho peñascoso de un torrente, seco una parte del año, pero caudaloso durante el deshielo de las nieves y después de las lluvias del otoño; interrumpiendo entonces la tranquilidad del valle con el ruido monótono de sus aguas. Desde las ventanas y terrados de la casa descubríase un paisaje sumamente delicioso, bastante extenso para explayar la vista, y terminado á lo lejos por elevadas montañas, que llevaban al cielo las miradas del espectador. Estas montañas, que eran las primeras de los Alpes y Apenninos, formaban un inmenso círculo, dentro del cual se distinguían praderas, viñas, huertos,

jardines, frondosos montecillos y azulados lagos, cuyas aguas brillaban con el sol; resultando un todo parecido por su verdor á las campiñas de Suiza, bien que con tonos más fuertes, efecto del clima italiano. Finalmente, la casa estaba edificada sobre una eminencia, á fin de gozar cómodamente de la grandeza y apacibilidad del admirable espectáculo (1).

El estio terminaba entonces, el sol de otoño derramaba sobre la campiña sus tibios rayos, y las hojas de los árboles, si no habían comenzado á caer, empezaban á tomar esos pálidos colores de amarillo y rojo, que por entonces dan al campo tanto esplendor: era la estación en que la naturaleza parece revestirse de gravedad y tristeza, cual si fuera á morir luego.

Hay estados del alma, durante los cuales se siente encanto extraordinario, paseando en sitios como éste. Pues bien, en uno de aquéllos llevó Mónica su hijo á tan bello lugar y á campiña tan recogida, para ocultar allí el gozo que á ambos dominaba, y prepararle al gran día del bautismo.

Habíanles seguido diferentes jóvenes á quienes las relaciones de parentesco y de amistad,

(1) La descripción está tomada con particular esmero de las diferentes obras que San Agustín escribió en Caslaco.

la identidad de origen y de estudios, y las mismas inquietudes y pasiones habían agrupado en torno de Agustín, vislumbrando casi todos la deliciosa aurora de la fe.

Conviene que nuestros lectores conozcan los principales. Era el primero Adeodato ó Diosdado, hijo de Agustín, el cual, salido apenas de la adolescencia, hacía ya presentir que igualaría á su padre en las buenas cualidades y en su gran talento. «Llevamos con nosotros, escribe, »al joven Adeodato, que era mi hijo natural y »fruto de mi pecado, al que Vos, Señor, habíais »dotado de buenas y excelentes cualidades. Aun »no tenía quince años, y ya aventajaba en ingenio á otros muchos que por su edad é instrucción figuraban entre los hombres graves y »doctos. Revelábanse en él cada día nuevas y »extraordinarias dotes, y su precoz imaginación me tenía pasmado (1).» Por fortuna á tan buenas cualidades acompañaban una piedad é inocencia nada comunes, siendo él quien, oyendo un día preguntar, ¿qué hombre lleva á Dios en sí mismo?, contestó sin vacilación: «el que

(1) «Adjunximus etiam nobis puerum Adeodatum ex me natum carnaliter de peccato meo. Tu bene feceras eum. Annorum erat ferme quindécim, et ingenio praeveniebat multos graves et doctos viros... Horreri mihi erat illud ingenium.» (*Confes.*, lib. IX, cap. VI.)

«vive castamente». Y como Agustín insistiera deseando saber si por esta palabra, entendía únicamente la huída de grandes faltas contra la virtud de la castidad, «¡Oh, no! respondió, »para que el alma sea verdaderamente casta, es »necesario que piense siempre en Dios sin dejar »de mirarle, y sin aficionarse más que á Él solo.» Aun no había recibido Adeodato el santo bautismo, pero se preparaba á hacerlo con tal ardor, que su abuela Santa Mónica creyó debía moderarle. Al ver su precoz ingenio y virginal candidez, preguntábase á sí misma qué tendría Dios reservado para el día en que el espíritu y el corazón de Adeodato alcanzasen su completo desarrollo. Pero ¡ah! este día no debía llegar. Una infancia angelical, una juventud purísima, el bautismo, que recibió con disposiciones santas, y la muerte poco después, he aquí la corta pero preciosa carrera de este niño. «Recuérdole siempre »con gozo, escribe San Agustín, porque ni en su »infancia, ni en su niñez, ni en tiempo alguno »de su vida, encuentro cosa que pueda empañar la »buena memoria que de él conservo (1).»

Sigue después Navigio, hermano de San Agustín, y segundo hijo de Santa Mónica. Bautizado hacía mucho tiempo, piadoso, tímido, de natu-

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VII

raleza delicada, casi siempre enfermo y sin nada del ingenio de Agustín, pero con mucho de la piedad contemplativa de su madre, pasaba la vida en el silencio y la oración.

Hallábase allí también Alipio, á quien nuestros lectores conocen ya. No era pariente de Agustín, pero sí el más íntimo de sus amigos y el hermano de su corazón, según dicho del mismo Santo. Participando de iguales inquietudes y turbado por errores idénticos á los de Agustín, aunque no esclavo de las mismas pasiones, acababa de ser iluminado por igual golpe de luz, en el mismo lugar y en el mismo instante que su amigo; así que no había querido separarse de él. Juntos se preparaban al santo bautismo, y la Iglesia debía verlos ún día Obispos, consagrándole ambos si no el mismo genio, al menos igual amor.

Había también llevado Agustín otros dos jóvenes de corta edad que no eran amigos, pero sí discípulos á quienes amaba como padre, y cuya educación dirigía con tierna solícitud: llamábanse Licencio y Trigencio.

Tenía Trigencio veinte años, era de elevado espíritu y aficionado al estudio, profesando grande amor á cuanto juzgaba noble, delicado y sublime. En un principio había pensado seguir la carrera de las armas, pero disgustado de la du-

reza y vulgaridad que en ella observaba, tornóse á su antiguo gusto por las bellas letras, y especialmente á la Historia, que cultivaba con el ardor de un veterano (1). La alegría y vivacidad de su carácter agradaban á Agustín, quien veía con singular placer cómo se preparaba á recibir el santo bautismo.

Licencio, de carácter tan fogoso que nadie podía contener, le inquietaba más. Estaba loco por la Poesía, se inmutaba oyendo una acción grande, y hacía versos hasta en la mesa. Cantaba con expresión extraordinaria los coros de Sófoeles, y leía á Virgilio hondamente conmovido; pero las cuestiones de Filosofía le interesaban poco, y menos aún las de religión (2). Estas tendencias atormentaban tanto más á Agustín, cuanto que Licencio era hijo de Romaniano, y se le había confiado desde muy niño. Podría decirse con San Paulino, que le había llevado en su

(1) «Illum enim adolescentem, quasi ad detergendum fastidium disciplinarum aliquantum sibi usurpasset militia, ita nobis magnarum honestarumque artium ardentissimum edacissimumque restituit... Qui tamquam veteranus adamavit historiam.» (*Contra Acad.*, lib. I, p. 424; *De Ordine*, lib. I, p. 533.)

(2) «Licentius admirabiliter poeticæ deditum.» (*De Ordine*, p. 533). «Excogitandis versibus inhiantem, nam de mediopene prandio clam surrexerat, nihilque biberat... In illis græcis tragædiis verba, quæ non intelligis, cantes.» (*Contra Acad.*, p. 463.)

seno, y que procuraba ser su padre, su madre y hasta su nodriza, á la vez que su maestro. En lo mucho que Agustín se desvelaba por este joven, veíase su deseo de pagar una deuda de reconocimiento; y para devolver al hijo lo que él recibiera del padre, no había sacrificio que no se impusiese, ansiando hacerle hombre distinguido y perfecto cristiano. Lo primero estaba ya hecho, y para lo segundo era preciso esperar algún tiempo todavía.

Los dichos, más dos primos de Agustín, llamados Lastidiano y Rústico (de los cuales nada sabemos), componían el grupo de jóvenes que acompañaban á Santa Mónica y su hijo, cuando llegaron á Casiaco.

Dos amigos faltaban, y por desgracia habían de faltar siempre: Nebridio y Verecundo.

Nebridio, en quien nos ocupamos ya, lo había abandonado todo, padre, madre y patria, por seguir á Agustín y oír sus lecciones, deseando hallar la verdad y suspirando por ella, no obstante profesar sistemas anticristianos: dulce, modesto, huyendo del mundo y del bullicio, buscando el retiro para dedicar más tiempo á las graves cuestiones que le ocupaban, y avanzando hacia la luz por el mismo camino que Agustín, debía ocupar un puesto en el retiro de Casiaco. Todos, y Agustín más que nadie, le echaban allí de

menos; pero si su cuerpo estaba ausente, su espíritu y corazón estaba en medio de ellos. Escribía sin cesar presentando cuestiones sobre las más culminantes verdades; y era tal su empeño de obtener pronta respuesta, que Agustín se veía precisado á rogarle no le apremiara. Por lo demás, Nebridio iba á recibir ya el bautismo con sus amigos, y desde la fuente regeneradora, que le inflamó en amor cual á un apóstol, pasó al seno de Abrahám, muriendo poco después lleno de fe y de piedad. «Sea lo que quiera esto que llaman seno de Abrahám, decía elocuentemente San Agustín, allí es donde él vive, mi Nebridio, mi dulce amigo; porque ¿correspondía otro lugar á un alma como la suya? Sí, él vive en la morada de los bienaventurados, sobre la cual solía preguntarme muchas cosas, teniendo yo poca luz para instruirle! Ya no aplica sus oídos á mi boca para escuchar, sino que, como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma á la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, ¡oh Dios mío! y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Sin embargo, no temo que se embriague hasta olvidarse de mí, porque él os bebe á Vos, ¡Dios mío! á Vos que os acordáis de mí siempre (1)!»

(1) «Quidquid illud est quod illo significatur sinu, ibi Nebridius meus vivit, dulcis amicus meus, tuus autem,

Verecundo, que había puesto su quinta de Casiaco á disposición de Santa Mónica, y era afable, honesto y de elevado espíritu, se había casado con una mujer cristiana, vacilando, sin saber por qué, en hacerse cristiano; pero bautizado poco después, murió adorando al Dios á quien merecía conocer. «Vos tuvisteis piedad no solamente de él, dice San Agustín, sino también de nosotros; »pues habría sido para el corazón de todos dolor »insufrible no poder contar á tal amigo en el »número de vuestros elegidos. Sí, Dios mío, Vos »disteis á Verecundo por pago de su hospitalidad »en Casiaco, donde gustamos tan feliz reposo des- »pués de ardorosas inquietudes, Vos le disteis »la amena y eterna primavera de vuestro pa- »raíso (1).»

Domine, adoptivus ex liberto filius, ibi vivit. nam quis alius tali animæ locus? ibi vivit, unde me multa interrogabat homuntionem inexpertum. Jam non ponit aurem ad os meum, sed spirituale os ad fontem tuum, et bibit quantum potest sapientiam pro aviditate sua. sine fine felix. Nec sic eum arbitror inebriari ex ea, ut obliviscatur mei, cum tu, Domine, quem potat ille, nostri sis memor.» (*Confes.*, lib. IX, cap. III.)

(1) «Misertus er non solum ejus, sed nostri: ne cogitantes erga nos amici humanitatem, nec eum in grege tuo numerantes, dolore intolerabili cruciaremur... Reddes Verecundo, pro rure illo ejus Cassiaco, ubi ab æstu sæculi requievimus in te, amænitàtem sempiternè virentis paradisi tui.» (*Confes.*, lib. IX, cap. III.)

Tal era Casiaco, el sitio antes descrito: la paz que allí se disfrutaba, lo delicioso del otoño, una reunión de amigos tan conformes en ideas, y la marcada consonancia de cuanto en este lugar habia, con las disposiciones, tendencias y aspiraciones de Agustín, sólo ocurrió á una madre el prepararlo, para que fuese cuna de su hijo al renacer á la gracia. Mónica habia adivinado con su corazón de madre la conveniencia de esta soledad, é iba á iluminarla ahora con la fe, la elevación, la ternura y el ardoroso amor de su corazón de Santa.

Pero el amor que tenía á su hijo, se reflejaba también sobre los amigos de Agustín, almas tiernas, atormentadas é inquietas, pero muy bellas: en las cuales, con el profundo instinto de la santidad, Mónica descubría ya buenos cristianos, futuros sacerdotes, obispos acaso, doctores y apóstoles también. «Por eso, dice muy bien »San Agustín, nos cuidaba á todos como si fuésemos hijos suyos; y servía á cada uno como »si fuese su padre (1).» Mas los cuidados y consideraciones no la impedían dar á estos jóvenes la dirección que de ella esperaban, y que su edad, su santidad y su título de madre y abuela, de

(1) «Ita curam gessit, quasi omnes genuisset; ita servivit, quasi ab omnibus genita fuisset.» *Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

parienta ó de venerable amiga, autorizaban plenamente. Advertíales con dulzura, reprendíales con gravedad, y con una palabra ó solo una mirada conseguía Mónica que sus almas se elevaran á Dios. En resumen, todo su espíritu y genio, todo su corazón, toda su fe, todo el ardor de su celo y todas las inspiraciones de su caridad las empleaba secundando en ellos la acción de Dios. Era el apóstol de este pequeño cenáculo.

Antes de abandonar á Milán, había tenido buen cuidado de avisar al santo Obispo el cambio maravilloso obrado en Agustín, y de pedirle consejo sobre el modo de prepararse éste á recibir el bautismo. Ambrosio, además de la soledad y de la oración, recomendó la meditación de las Santas Escrituras, indicando en particular al profeta Isaías. Pensaba sin duda, que la incomparable grandeza de sus pinturas, heriría el espíritu y corazón de Agustín; á más de que, entre todos los Profetas, es quien ha hablado más claramente de la conversión de los pueblos á Jesucristo, y quien ha escrito en sus inspiradas páginas bellísimas palabras sobre la conveniente preparación para recibirle. Sólo que, mientras el Profeta dirigía á los pueblos exhortaciones como ésta «levantáos, convertíos, enderezad vuestros caminos!», él escuchaba otras que arrastraban su alma, y arrastrarán la de todos á las profundida-

des de los misterios eternos. Agustín, pues, empezó esta lectura; pero detenido en las primeras páginas por dificultades que deseaba resolver, viendo que de ese modo la lectura iba á convertirse en estudio, cerró á Isaías y abrió en su lugar el libro de los Salmos, probablemente por indicación de su madre, satisfaciendo así la necesidad que sentía de orar y de llorar.

David en efecto, es la voz de la oración, y con especialidad de la oración penitente. Diríase que le había creado el Señor á fin de que no hubiera tristeza, peligro, ni pesar, dolor ó deseo que no haya tenido él, y de este modo nos suministrase cantos y lágrimas para las diversas situaciones de la vida. David nace en una cabaña, y muere siendo rey: guarda ovejas y carneros en el valle de Belén, y más tarde manda como general en los campos de batalla; llueven sobre él las glorias y las prosperidades, la poesía, la religión, la amistad y la victoria le ensalzan á porfía; y luego es vendido, perseguido, vencido, condenado al destierro y obligado á huir de su hijo, que parece ignominiosamente sin que le pueda salvar. ¡Alternativas de la buena y mala fortuna, que se le disputan y colocan sucesivamente en circunstancias extremas! Pero todo esto es solo parte de su vida: bendecido por Dios en la cuna, pasa desde una infancia y juventud san-

tas, á una edad madura más santa todavía; inundado de luz profética y saludando al Mesías en arranques del más vivo amor, cae veloz de tan elevadas cimas, y se hace adúltero, pérfido y homicida. Mas en el fondo de este abismo, no desespera ni de sí ni de la bondad de Dios: levanta hacia el cielo sus ojos llenos de lágrimas, y apoyado en el arrepentimiento, se remonta hasta una altura á que jamás había llegado. Entretanto corren sin cesar las lágrimas, y lleno de dolor, de reconocimiento y amor divino, entona al compás de su arpa cánticos nada inferiores á los de la ley de gracia, y cuyos ecos resonarán siempre en el fondo de las almas. ¿Cómo no había de encontrar allí Agustín el bálsamo de que tanto necesitaba? Las situaciones se parecían como las almas, así que, apenas abrió el libro de los Salmos, cuando los afectos de su corazón salieron de madre y se desbordaron.

«¡Qué gritos os daba yo, Señor, dice Agustín, cuando novicio todavía en vuestro amor, leía los salmos de David, esos cánticos animados de fe tan humilde y tan viva! ¡Qué voces os daba, Dios mío, y cómo su lectura me inflamaba en vuestro amor y en vivísimos deseos de irle publicando por todo el mundo, si me fuera posible, en presencia del orgullo y la soberbia del género humano! Yo me horrorizaba ante vuestra

»justicia, pero me entusiasmaba ante vuestra
»misericordia, ¡oh Padre mío! y cuando leía
»aquellas palabras del Espíritu Santo: *Hijos de*
»*los hombres, ¿hasta cuándo habéis de tener*
»*el corazón endurecido? ¿Para qué amáis la*
»*vanidad y buscáis la mentira?* ¡Ah! qué pro-
»funda emoción sentía yo, que tanto habia ama-
»do la vanidad y buscado la mentira, siendo por
»tanto de los aquí reprendidos.»

En los mismos salmos leía esto, «airaos, mas
»no pequéis.» ¡Y cuánto me conmovia, Dios mío,
»habiendo aprendido ya á enojarme contra mi
»por los pasados desórdenes, y estando resuelto
»á no pecar en adelante! A la verdad era justo
»airarme, porque allá en lo más secreto del alma
»y profundamente conmovido, os había sacrifi-
»cado mi antigua corrupción; y Vos, ¡Dios mío!
»habíais comenzado á ser benigno, y á inundar-
»me de tanto gozo, que cada palabra leída tras-
»pasaba mi alma, arrancándome un grito de
»dolor.

»¡Oh! y ¡cómo regaba con mis lágrimas el
»siguiente versículo: *Yo estaré en paz, yo es-*
»*taré en paz cuando descanse en Dios!* ¡Oh!
»¡Bienaventuradas palabras: *En esta paz y des-*
»*canso dormiré, y gozaré de un sueño delicioso!*
»Sí, Dios mío, porque Vos sois el Fuerte que no
»cambia jamás, y en Vos se halla el reposo y el

»olvido de las penas. Tal es la base de mi inquebrantable esperanza.

»Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecía; pero no hallaba medio de hacerme entender de los herejes, á cuya pestífera secta había yo pertenecido, cuando lleno de acrimonia y ceguedad, gritaba contra las Sagradas Escrituras que tienen dulzura semejante á la de preciosísima miel, y luz tan viva que es comparable sólo á la vuestra: por eso el dolor me consumía al pensar en los enemigos de esos libros divinos. ¿Cómo ¡Dios mío! podré yo describir los sentimientos experimentados en tan felices días (1)?»

Mientras Agustín prolongaba estas fervorosas lecturas, entregado á los trasportes de su nueva fe, Mónica permanecía llena de gozo al lado de su hijo. No sólo no le dejaba un momento, sino que le indicaba los salmos más convenientes y los leía con él. «Alipio, dice San Agustín, y mi madre que no sabían separarse, leían conmigo.» Ella, que en amar era superior al hijo, hasta explicaba los salmos; y, madre segunda vez, le descubría entusiasmada ese mundo luminoso, en que él apenas había entrado, y que recorría á tientas todavía. «Yo era novicio

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VI.

»en vuestro amor, ¡Dios mío!, continúa Agustín,
»y Alipio, mi amigo, era novicio y simple cate-
»cúmeno; mas no así mi madre, que llevaba en
»débil cuerpo de mujer la robusta fe de un hom-
»bre, la luz serena de un anciano, la ternura de
»una madre y el fervor de una cristiana (1).»

Por muy ocupado que estuviera en prepararse á la recepción del santo bautismo, no por eso olvidaba los estudios filosóficos. Después de emplear la mañana en la lectura meditada de los salmos, bien solo ó bien en compañía de su madre y Alipio, al rededor del medio día juntaba á sus amigos. Si el cielo estaba sereno y convidaba al paseo, iban á sentarse bajo un árbol en medio de la pradera (2). Si por el contrario estaba el tiempo lluvioso ó frío, refugiábanse en una sala de baños, cuya templada atmósfera venía bien al fatigado pecho de Agustín (3). En uno ú en otro sitio pasaban largas horas, en agradables á la par que serias conferencias sobre filosofía y

(1) «*Rudis in germano amore tuo, catechumenus in villa cum catechumeno Alypio feriat, matre adhærente nobis, muliebri habitu, virili fide, anili securitate, materna charitate, christiana pietate.*» (*Confes.*, lib. IX, cap. IV.)

(2) «Nosotros salimos, dice Agustín, con un día tan claro y sereno, que de veras parecía hecho para purificar é iluminar nuestras almas.»

(3) *Contra Acad.*, lib. III, cap. IV.

bellas letras. Unas veces se leía á Virgilio, en cuyos libros tanto había gozado y continuaba gozando Agustín (1); otras, un tratado de Cicerón, particularmente el *Hortensio*, que hojeaba siempre con respeto, y sin olvidar jamás lo mucho que le debía (2); pero lo general era tratar de las cuestiones fundamentales de filosofía, por ejemplo, del orden con que, como signo divino, ha marcado Dios todas las cosas (*De Ordine*); de la felicidad, y en qué consiste ésta (*De Beata Vita*); de la necesidad que tiene el alma de conocer la verdad, y de la imposibilidad en que se encuentra la filosofía de satisfacer por completo dicha necesidad (*Contra Manicheos*), y, por último, de Dios y del alma; cuestiones que estudiaba el Santo por entonces, y que debía ilustrar con los esplendores de su genio.

Llámase á San Agustín el Platón cristiano, y efectivamente lo fué en Cásiaco. Más tarde será obispo, controversista, doctor; escribirá contra los donatistas y contra los pelagianos, y, por

(1) «Dies pene totus cum in rebus rusticis ordinandis, tum in recensione primi libri Virgillii peractus fuit.» (*Contra Acad.*, p. 432.) «Septem fere diebus à disputando fuimus otiosi, cum tres tantum libros Virgillii post primum recenseremus.» (*Ibid.*, p. 445.)

(2) «Præsertim cum *Hortensius* liber Ciceronis jam eos ex magna parte conciliasse philosophiæ videretur.» (*Contra Acad.*, p. 425.)

último, llegará á cernirse cual águila en las alturas del dogma cristiano; pero al presente, demasiado joven todavía, no se atreve á tocar el arca, y se limita á abordar las interesantes cuestiones de Dios y del alma que Platón sólo había entrevisto, y que Agustín contempla en todo su esplendor. Son dos hermanos, pero de edad desigual: Platón, en la aurora de la vida, en su dulce y poética primavera, tiene más flores que frutos, presiente más que posee, vislumbra un ideal sublime y rebosa de entusiasmo; pero no llega nunca adonde aspira. Busca el camino, le ve, le describe; pero no acierta á entrar en él, y muere sin que den fruto las abundantes flores que había ostentado en su juventud. Agustín, después de crueles luchas y años enteros de trabajo y esfuerzo, entra resueltamente en el camino trazado por Platón. «Para conocer á Dios es necesario purificarse, curarse, olvidar las cosas del mundo, y romper los lazos con que nos aprisionan el amor á los placeres y el deseo de riquezas.» Agustín en vista de esto se purifica, y hace trizas todos los lazos. Platón había dicho: «Filosofar es aprender á morir», y también: «¿Qué es necesario para ver á Dios? ser puro y morir.» Agustín aplaude este arte sublime, y como le hubiese practicado ya en Casiacó, la luz, cual río sin diques, inunda la gran-

de inteligencia del hijo de Mónica. Este ve lo que Platón espera y conjetura; lo que pasa como un presentimiento confuso, aunque sublime, por la rica imaginación del filósofo, osténtase claro y preciso en la luminosa razón del Santo, brotando de su corazón con acentos tales que Platón no sospechó jamás. Quien quiera conocer á Agustín en los primeros ensayos de sus alas, y antes de comenzar el rauda vuelo, debe estudiar las pláticas y conferencias de Casiano. Percíbese en ellas una lozanía que no volverá ya á verse, cierta dulce claridad parecida á los resplandores de la aurora, especial frescura en las ideas y en los sentimientos, y un entusiasmo tranquilo con alegría angelical. Su espíritu, hasta entonces contraído, recobraba las fuerzas y subía con envidiable entusiasmo hacia la verdad y el bien, hacia lo bello y lo sublime.

Santa Mónica no abandonaba al hijo, ni en los vuelos de su ingenio, ni en las efusiones de su corazón penitente; siendo de notar que, cuando se trataba de sentimientos ó actos nacidos de la fe, era ella la que quería estar á su lado, y cuando se ocupaban de ciencia y de discusión filosófica, era Agustín quien á su vez exigía que no le abandonase. Deseaba, efectivamente, verla en las conferencias que tenía con sus amigos, y como ella se excusase modestamente, haciéndole

observar con placentera sonrisa, que nunca se había visto á una mujer sentarse en medio de los hombres, «aun cuando esto sea cierto, le respondía, ¿qué importa? ¿acaso la filosofía no es el amor á la Verdad? ¿ó por ventura, vos madre mía, no amáis la Verdad? Pues entonces ¿por qué no habéis de ocupar un lugar entre nosotros? Si aun cuando amaseis la Verdad de un modo vulgar, debería yo recibiros y escucharos, ¿con cuánta más razón, siendo cierto que la amáis más que á mi mismo, y eso que sé cuánto me amáis? Ni el temor, ni el dolor, ni la muerte misma, nada absolutamente sería capaz de separaros de la verdad; ahora bien, por confesión de todos el punto supremo de la filosofía se halla en esto, luego ¿cómo he de vacilar en declararosme vuestro discípulo? (1)» Mónica, ruborizada de los elogios que le tributaba en presencia de todos, acertó apenas á

(1) «Ne quid, mater, ignores, hoc græcum verbum, quod philosophia nominatur, latine amor sapientiæ dicitur. Unde etiam divinæ Scripturæ, quas vehementer amplectis, non omnino philosophos, sed philosophos hujus mundi evitandos esse præcipiunt.... Contemnerem igitur te in his litteris, si sapientiam non amares; non autem contemnerem, si eam mediocriter amares; multum minus, si tantum quantum ego amares sapientiam. Nunc vero, cum eam multo plus quam meipsum diligas, et noverim quantum me diligas, cumque in ea tantum profeceris, ut jam nec cujusvis incommodi fortuiti, nec ipsius

decirle con amable delicadeza, que nunca había faltado á la verdad como aquel día (1).

«Si yo dijese, añade el santo doctor, que expresáis vuestros sentimientos y vuestras ideas, sin que nadie pueda reprocharos, no diría la verdad; pues yo mismo, que por deber he estudiado la lengua, sufro cada día reconvenciones de los italianos, y hasta es posible que algún sabio, estudiando mis discursos, encuentre en ellos lo que llamamos solecismos. ¿No he dado yo con personas bastante hábiles para hacerme ver que el mismo Cicerón los había cometido? En cuanto á los barbarismos, son tan frecuentes hoy día, que hasta el discurso, á que se debe la conservación de Roma, está todo lleno de ellos. Sin duda, madre mía, que las delicadezas de estilo no os inquietan en manera alguna; pero es cierto que conocéis tan bien el genio y la fuerza excepcional de la gramática, que los verdaderos sabios comprenderán desde luego que, si no tenéis presentes todas sus reglas y habéis aban-

mortis, quod viris doctissimis difficillimum est horrore terrearis, quam summam philosophiæ arcem omnes esse confitentur, ergone me non libenter tibi etiam discipulum dabo?» (*De Ordine*, lib. I, cap. XI, n. 32.)

(1) «Hic illa cum blande ac religiose nunquam me tantum mentitum esse dixisset....» (*De Ordine*, lib. I, cap. XI, n. 33.)

«donado á los eruditos el cuerpo, conserváis sin
«duda todo el espíritu (1).»

Pero no sólo porque Mónica amara la verdad sobre todas las cosas y estuviese pronta á morir por ella, deseaba Agustín su presencia en las conferencias; sino también á causa de su penetración y viveza de espíritu que, si hemos de creer al Santo, rayaban en lo sublime. No había cuestión por elevada, difícil é intrincada que fuese, en la cual Mónica no terciara con prontitud y con acierto.

Un día, por ejemplo, trataba Agustín ante sus amigos de los números, y del papel que les

(1) «Si ego dicam te facile ad eum sermonem perventuram, qui locutionis et linguae vitio careat, profecto mentiar. Me enim ipsam, cui magna necessitas fecit ista perducere, adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; et á me vicissim, quod ad ipsum sonum attinet, reprehenduntur. Aliud est enim esse arte, aliud gente securum. Solæcismos autem quos dicimus fortasse quisque doctus attendens, in oratione mea reperiet: non enim defecit qui mihi nonnulla hujusmodi vitia ipsum Ciceronem fecisse peritissime persuaserit. Barbarismorum autem genus nostris temporibus tale compertum est, ut ipsa ejus oratio barbara videatur, qua Roma servata est. Sed tu, contemptis istis vel puerilibus rebus, vel ad te non pertinentibus, ita grammaticæ pene divinam vim naturamque cognoscis, ut ejus animam tenuisse, corpus reliquisse disertis videaris.» (*De Ordine*, lib. II, cap. XVII, n. 45.)

corresponde en la Geometría y la Música, cuando interrumpiendo el discurso, precisamente en lo más arduo de la cuestión, y mirando á su madre, le dirigió estas significativas palabras: «Que
 »otras se asusten y no se atrevan á tomar parte
 »en cuestiones y materias difíciles, porque son
 »para ellas cual un bosque impenetrable, lo
 »comprendo muy bien; mas á vos, madre mía,
 »no os asustarán, pues vuestro talento parece
 »renovarse diariamente, y vuestra alma, ya sea
 »efecto de la edad, ya de una especial virtud, se
 »eleva muy por encima de la frivolidad sensible:
 »así que estas cuestiones os parecerán tan fáciles,
 »como difíciles son para los ignorantes que pulu-
 »lan en la tierra (1).»

Tanto por estas razones, cuanto porque Mónica amaba la verdad hasta lo sumo, y estaba además dotada de espíritu elevadísimo y penetrante,

(1) «Quod vero ex illis ad id quod quærimus opus est, ne te quæso, mater, hæc velut rerum immensa quedam silva deterreat. Etenim quædam de omnibus eliguntur numero paucissima, vi potentissima, cognitione autem multis quidem ardua; tibi tamen ejus ingenium quotidie novum est, et ejus animam vel ætate vel admirabili temperantia remotissimum ab omnibus nugis et à magna labe corporis emergentem, in se multum surrexisse cognosco, tam erunt facilia, quam difficilia tardissimis misserrimeque viventibus.» (*De Or-dine*, lib. II, cap. XVII, n. 45.)

Agustín exigía incondicionalmente que su madre no faltase á las conferencias filosóficas; pero tenía también otra razón de un orden más elevado. En las conversaciones y conferencias de hombres, aun los más graves y serios, conviene la presencia de la mujer; porque impone cierta reserva exigiendo dulzura y delicadeza, y porque allí donde el hombre, sobre todo el sabio, pone sólo su inteligencia, ella pone también su corazón, é impide eso que tan oportunamente llamó Bossuet la ciencia seca. Además, cuando esas conferencias sobre Dios, el alma y lo infinito, terminan, como debieran siempre concluir, con himnos y oraciones, la mujer es quien da animación á los himnos y vida á las oraciones.

Casiaco nos ofrece un bellissimo ejemplo de lo que acabamos de decir. Agustín había tratado de la Providencia, presentándola admirable tanto en la distribución del bien, como en la permisión del mal. Cuando después de algunos rodeos, había llegado al momento en que la luz inunda el espíritu y la emoción domina el corazón, convirtiendo las deliciosas contemplaciones en adoración y amor, se detiene y, dirigiéndose á su madre, pronuncia estas palabras que revelan claramente el alma de Agustín, y bastan solas á perpetuar la buena memoria de Santa Mónica. «A fin de que las oraciones y votos sean hechos

»con mayor fervor, os encargamos, madre mía,
»su dirección; á vos, cuyas lágrimas, no puedo
»dudarlo, me han obtenido las buenas disposi-
»ciones en que me hallo de posponerlo todo á la
»verdad. Si, madre mía, si hoy no pienso más
»que en la verdad, si la deseo continuamente, si
»por ella suspiro y si la amo sobre todas las co-
»sas, sólo á vos lo debo. Por tanto, ¿cómo podría
»dudar, que habiéndome obtenido la gracia de
»querer con ardor la verdad, dejaseis de obte-
»nerme también por vuestras oraciones la dicha
»de poseerla plenamente (1)?»

Pero Santa Mónica no se contentaba con asistir á estas conferencias, sino que alguna vez tomaba parte en ellas; y como Dios da á la pureza y al amor una luz muy clara, solía pronunciar en ellas palabras tales, que Agustín las copiaba inmediatamente, y nosotros vamos á consignarlas para conocer mejor á la madre del Platón cristiano.

(1) «Que vota ut devotissime impleantur, tibi maxime hoc negotium, mater, injungimus, cujus precibus indubitanter credo, atque confirmo, mihi istam mentem Deum dedisse, ut inveniende veritati nihil omnino praeponam, nihil aliud velim, nihil cogitem, nihil amem. Nec desino credere nos hoc tantum bonum, quod te promerente concupivimus, eadem te petente adepturos.» (*De Ordine*, lib. II. cap. XX, n. 52.)

La más célebre de las conferencias de Casia-co, y en la que Santa Mónica derramó mayor luz, tuvo lugar el 13 de Noviembre del año 386: era el trigésimo segundo aniversario del nacimiento de Agustín, y Mónica, para celebrar este día, invitó y reunió en su mesa á todos los amigos del hijo, sirviéndoles una de esas comidas cristianas que, gracias á la sobriedad y á la alegría, dejan al espíritu toda su elevación y libertad. Durante ella, recayó naturalmente la conversación sobre la vida, pues, como hemos dicho, era aniversario del día en que Agustín había nacido y derramado las primeras lágrimas; y se habló también de la vida bienaventurada, ya que el hombre corre por sí é instintivamente á la felicidad. Terminada la comida, retiráronse á una sala de baños, porque el tiempo estaba frío y lluvioso; continuando la conversación sobre el mismo tema bajo la dirección de Agustín, que presentaba las cuestiones, incitaba á sus amigos y hacía con ellos lo que el águila, que toma á sus pequeñuelos y los eleva hacia el sol.

¿Qué es, pues, la vida? ¿en qué consiste? ¿dónde está el hogar que la renueva y sostiene? Descartóse desde luego, como indigna de fijar por largo tiempo la atención, esta vida miserable del cuerpo que se arrastra por la tierra y se sostiene á fuerza de alimento, viniendo seguidamente

á la única vida que merece este nombre, la vida del alma; y como preguntase Agustín cuál era su alimento, «el alma, replicó Mónica, no tiene »más que un alimento: conocer y amar la Verdad (1).» Trigecio manifestó que él admitía dos alimentos para el alma, uno bueno y otro malo, y que, si hay almas que se alimentan de la verdad, las hay también que se alimentan de errores, de vanidades y de ilusiones; pero San Agustín tomó la palabra inmediatamente contra el error de Trigecio haciendo ver que, lejos de alimentarse el alma con los errores, las vanidades y las ilusiones, la hacían sufrir hambre, produciendo en ella vacío, esterilidad y desfallecimiento; y que por tanto, tenía razón su madre al decir que la verdad era el único alimento del alma, y el solo capaz de satisfacerla.

Mas la vida ¿adónde tiende? Es actividad y movimiento, ¿cuál es, pues, su término? Sobre esta misera tierra y verdadero valle de lágrimas, donde todos bebemos el agua amarga que se llama vida, ¿qué es lo que deseamos, qué es lo que pedimos? ¿acaso deseamos y pedimos más

(1) «Quid ergo anima, inquam: nullane habet alimentum propria? An ejus esca scientia vobis videtur?—Plane, inquit, mater, nulla re alia credo ali animam quam intellectu rerum atque scientia.» (*De Beata Vita*, n. 8.)

que ser felices? Todos unánimes aplaudieron á Agustín aceptando su doctrina (1).

He aquí en efecto el gran término de la vida. Apenas nace el hombre, cuando ya siente en sí la aspiración de ser dichoso; mientras que vive, no abriga en su alma un pensamiento, una afección, un deseo, ni alienta una sola vez que no sea pidiendo la felicidad!

Pero, ¿dónde se encuentra la felicidad? ¿cómo alcanzarla? ¿cuáles son las condiciones necesarias para ser dichoso? San Agustín fija esta cuestión capital del modo siguiente: «Decidme, »¿cuál es el hombre que puede considerarse feliz? »¿no es aquel que tiene cuanto desea?—¡Oh! no, »replicó vivamente Santa Mónica, si desea el »bien y le obtiene, será dichoso, en efecto; pero »si desea el mal, aun cuando llegue á conseguirle. ¿cuán desgraciado será! »—Agustín entonces conmovido y risueño, «¡Oh madre mía! exclama, al expresaros así habéis llegado al punto »más alto de la filosofía (2),» refiriendo seguida-

(1) «Atque ego rursus exordiens: Beatos esse nos volumus? inquam. Vix hoc effuderam, occurrerunt una voce consentientes.» (*De Beata Vita*, n. 10.)

(2) «Omnis qui quod vult habet, beatus est?—Tunc mater. Si bona, inquit, velit et habeat, beatus est. Si autem mala velit, quamvis habeat, miser est.—Cui ego arridens, atque gestiens: Ipsam, inquam, prorsus, mater, arcem philosophiæ tenuisti.» (*De Beata Vita*, n. 10.)

mente para comprobarlo el siguiente texto del *Fortensio*, que es admirable: «La mayor parte, no de los filósofos sino de los disputadores, dice Cicerón, declaran dichosos á los que obtienen cuanto desean. Esto es un error, porque desear el mal es colmo de miseria; y sin duda es menos desgraciado quien no consigue lo que desee, que quien desea tener lo que no le conviene. En efecto, una voluntad que se adhiere á lo malo, causa más perjuicios, que bienes una gran fortuna (1).» Mónica había escuchado estas palabras con suma atención, y replicando, las explanó y realzó tan bien, que los asistentes, olvidados de quien era, «creían, dice Agustín, oír á algún hombre distinguido que estuviera en medio de ellos. En cuanto á mí, dice el Santo, contemplaba extasiado el manantial divino, de donde brotaban tan bellas cosas (2).»

(1) «Eccē autem, ait Tullius, non philosophi quidem sed prompti tamen ad disputandum, omnes aiunt esse beatos qui vivunt ut ipsi velint: falsum id quidem. Velie enim quod non deceat, idem ipsum miserrimum. Nec tam miserum est non adipisci quod velis, quam adipisci velle quod non oporteat. Plus enim mali pravitas voluntatis affert, quam fortuna cuiquam boni.» (*De Beata Vita*, n. 10.)

(2) «In quibus verbis mater sic exclamabat, ut, obli-
ti penitus sexus ejus, magnum aliquem virum consede-

Prosiguiendo la conferencia. Agustín quiso profundizar la cuestión de la felicidad. «Háse rechazado ya, dijo, todo lo malo, como incapaz de «hacer el alma dichosa: viniendo ahora á lo que, «sin ser malo, es pasajero, transitorio y caduco, «como las riquezas, la salud, la gloria y la hermosura, ¿puede el hombre encontrar la felicidad «en ellas?» «No, dice el mismo Santo, porque lo «pasajero, lo que desaparece y es mortal ¿cómo «conseguirlo cuando lo deseamos? y una vez obtenido, ¿cómo conservarlo?» Todos aplaudieron, «mas, esto no obstante, dijo Trigecio, hay quienes poseen lo frágil y perecedero en tal abundancia, que nunca podrá faltarles (1).»

Entonces replicó Agustín: «Dime, Trigecio, ¿el que teme, puede ser dichoso?

»—No, dijo Trigecio.

»—¿El que ama, si puede perder lo que ama, «podrá dejar de temer?

»—No puede menos.

re nobiscum credemus; me interim quantum poteram intelligente, ex quo illa et quam divino fonte manarent.» (*De Beata Vita*, n. 10.)

(1) «Sed Trigetius: Sunt, inquit, multi fortunati qui eas ipsas res fragiles casibusque subjectas, tamen jucundas, pro hac vita cumulate largeque possideant, nec quidquam illis eorum quæ volunt desit.» (*De Beata Vita*, n. 11.)

»—Ahora bien, ¿todo lo pasajero, caduco y perecedero, no puede perderse?

»—Sí, puede perderse.

»—Luego el que ama y posee las cosas perecederas, concluyó San Agustín, no puede ser feliz (1).

»—Sin duda, dijo Santa Mónica, pero yo voy más lejos todavía: dado que estuviese seguro de no perderlas nunca, aún sería desgraciado; porque lo pasajero no tiene proporción con el alma del hombre, y cuanto más las posea y disfrute, más miserable é infeliz se sentirá (2).

»—Pues qué, prosigue San Agustín ¿si el hombre poseyera todas las cosas de la tierra, y supiese refrenar sus deseos aprendiendo el arte de gozarlas con dignidad y moderación, no sería feliz (3)?

(1) «Cui ego: Qui timet, inquam, videturne tibi esse beatus?—Non videtur, inquit.—Ergo quod amat quisque, si amittere potest, potesne non timere?—Non potest, inquit.—Amitti autem possunt illa fortuita. Non igitur hæc qui amat et possidet, potest ullomodo esse beatus.—Nihil repugnavit.» (*De Beata Vita*, n. 11.)

(2) «Hoc loco autem mater: Etiam si securus sit, inquit, ea se omnia non esse amissurum, tamen talibus satiari non poterit. Ergo et eo miser, quo semper est indigus.» (*De Beata Vita*, n. 11.)

(3) «Cui ego: Quid, inquam, his omnibus abundans,

»—No, no, replicó Santa Mónica, todas las cosas de la tierra no podrán jamás hacer feliz á un alma (1).

»—¡Oh! y cuán bello es esto, replicó San Agustín (2). ¿Qué mejor respuesta podría darse á esta cuestión? Sí, si alguno quiere ser dichoso, que se sobreponga á las cosas perecederas; que busque lo que es eterno y lo que nunca podrán quitar los reveses de la fortuna. Dios sólo tiene este carácter, por consiguiente, sólo en Dios está la verdadera felicidad.»

Al oír esto, se inclinaron todos hacia á Agustín, aplaudiendo muy cordialmente.

Pero si nada humano y nada creado, por bello que sea, puede quitar el hambre que siente nuestra alma; y si Dios sólo puede producir esta hartura necesaria ¿cómo llegar á obtenerla? Pues siendo cierto, por una parte, que aspiramos á la felicidad, y por otra, que esta felicidad sólo se encuentra en Dios; es necesario que podamos lle-

atque circumfluens, si cupiendi modum sibi statuatur, eis-que contentus decenter jucundeque perfruatur, nonne tibi videtur beatus?» (*De Beata Vita*, n. 11.)

(1) «Non ergo, inquit, illis rebus, sed animi sui moderatione beatus est.» (*De Beata Vita*, n. 11.)

(2) «Optime, inquam, nec huic interrogationi melius, nec abs te aliud debuit responderi, etc.» (*De Beata Vita*, n. 11.)

gar hasta él, y que nos proporcione la satisfacción de todos nuestros deseos y el desvanecimiento de todos nuestros temores. San Agustín aborda la cuestión presentándola de esta manera: «Sólo es dichoso aquel que tiene en sí mismo á »Dios; pero decidme, ¿quién es el que tiene á »Dios en sí (1)?

«—Yo creo, dijo Licencio, que el que obra »bien, tiene en sí á Dios (2).»

Trigecio entonces replicó con viveza: «Sólo »el que hace la voluntad de Dios, tiene á Dios »consigo (3).»

En este momento, tomando Adeodato la palabra, dió la preciosa respuesta que ya mencionamos en otro lugar: «El que no lleva consigo el »espíritu impuro, ese lleva á Dios en sí mismo»; idea que aplaudió Santa Mónica (4).

(1) «Nihil ergo, inquam, nobis jam quærendum esse arbitror, nisi quis hominum habeat Deum? beatus enim profecto is erit. De quo, queso, quid vobis videatur.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(2) «Hic Licentius: Deum habet qui bene vivit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(3) «Trigetius: Deum habet, inquit, qui facit quæ Deus vult fieri. Lastidianus concessit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

(4) «Puer autem ille minimus omnium: Is habet Deum, inquit, qui spiritum immundum non habet. Mater vero omnia, sed hoc maxime approbavit.» (*De Beata Vita*, n. 12.)

«¿Y quién es el que no tiene el espíritu im-
»puro?» repuso San Agustín, apurando á Adeo-
dato con el fin de que explicara su pensamien-
to (1).

«—Es, dijo el niño, el que vive castamen-
te (2).

«—¿Y en qué consiste vivir castamente? ¿con-
siste acaso en evitar las grandes faltas (3)?

«—¡Oh! no, replicó Adeodato, sólo es verda-
deramente pura el alma que ama á Dios, y se
ocupa de Él con exclusión de lo demás (4).»

Así en tres palabras, y como de tres saltos,
este hijo de San Agustín, niño aún, había lle-
gado á lo más sublime de la filosofía y de la re-
ligión. «Nada humano, dice, nada terrestre lle-
na el alma; ésta sólo es feliz por la posesión de
Dios, y el único medio de poseerle, tanto en
esta vida como en la otra, consiste en amarle;
pues para el amor no hay distancias, ni espa-

(1) «Abs te, quero, tu puer, qui fortasse aliquando
sereniore ac purgatiore spiritu istam sententiam protu-
listi, quis tibi videatur immundum spiritum non habere?» (*De Beata Vita*, n. 18.)

(2) «Is mihi videtur, inquit, spiritum immundum non
habere, qui caste vivit.» (*De Beata Vita*, n. 18.)

(3) «Sed castum, inquam, quem vocas?» (*De Beata
Vita*, n. 18.)

(4) «Ille est vere castus, qui Deum attendit et ad ip-
sum solum se tenet.» (*De Beata Vita*, n. 18.)

»cios, une con Dios las almas á través del mundo.
»y uniéndolas las trasforma y las hace dicho-
»sas. Y si es verdad que, aun cuando el alma se
»fija en seres limitados y pequeños, el amor la
»hace como insensible á las molestias, á los do-
»lores y á las privaciones; si es cierto que le co-
»munica una paz, una seguridad y una fuerza
»invencible; y por fin, si es indudable que el amor
»terreno no sólo alegra el alma sino que la ele-
»va y extasia, ¿qué sucederá cuando el objeto de
»este amor sea Dios mismo? Por esto los Santos
»han sido felices aun bajo el peso de la cruz, y
»si el mundo no comprende la dicha que disfru-
»tan, es porque el mundo ignora lo que es amar.»

Al día siguiente se reanudó la conferencia, versando, muy á gusto de todos, sobre los que buscan á Dios. Habíase dicho que sólo son dichosos los que le poseen, pero ¿qué pensar de los que ni poseen ni buscan á Dios? Era Agustín quien presentaba la cuestión, y, al hacerlo, recordaba su grande alma, con pena indudablemente, á los que fluctúan en las incertidumbres que tanto le habían agitado.

Descartóse en el acto á los académicos, es decir, á esos filósofos que, habiendo buscado la verdad sin encontrarla, desespieran de ella, y concluyen por creer que debe dudarse de todo: «Felices ellos», dijo Santa Mónica sonriéndose y.

empleando un juego de palabras de difícil traducción: *¡Caducarii sunt!* como si dijera, *son aficionados á las cosas caducas, y á la vez epilépticos*, es decir, por todos lados infelices. Se-mejante idea, por su originalidad, hizo reir á los asistentes que aplaudieron sin reserva (1).

Realizada esta separación, tratóse de los que buscan á Dios.

«Supongamos un hombre que no desespera
»de la verdad, que tiene confianza en que Dios
»ha creado luz para él, y supongámosle tal que
»de hecho y por sí mismo busca esta luz, ¿ese
»hombre es feliz ó desgraciado?

»—Es desgraciado, dijeron los jóvenes que allí
»estaban, porque no lleva á Dios en sí.

»—¿Estáis bien seguros? dijo Agustín, que de-
»fendía entonces la causa de los que como él ex-
»perimentan vacilación é inquietudes. Tú, Li-
»cencio, dices, que quien hace la voluntad de
»Dios, tiene á Dios en sí; pues bien, ¿el que bus-
»ca á Dios, no hace lo que Dios quiere? Tú, Tri-
»gecio, dices, que tiene á Dios en sí el que obra
»bien, ¿acaso el que busca á Dios no obra bien?
»Y á ti, Adeodato, sólo te preguntaré una cosa.
»¿puede el espíritu impuro buscar á Dios?»

Sorprendidos los tres jóvenes al oír estas pre-

1. *De Beata Vita*, n. 17.

guntas, miraban á Agustín un tanto confusos, no sabiendo qué contestar; pero Mónica vino en su ayuda (1), y aclarando con perspicacia y habilidad admirables los argumentos un tanto sutiles de Agustín, demostró que para ser feliz no bastaba tener á Dios en sí; pues le tienen, lo mismo los que le buscan que los que le poseen, sino que era necesario tenerle por amigo, lo cual es propio de estos últimos, es decir, de los que le poseen.

Volviendo á hablar los jóvenes, repuso Licencio con viveza:

«—Si Dios no es amigo de los que le buscan, »habrá de ser su enemigo, y esto no lo admitiré »jamás.

«—Ni yo tampoco, dijo Trigecio, pero debe »haber un medio entre tener á Dios por amigo, ó »tenerle por enemigo.

«—Sí, dijo Mónica, valiéndose para ello de un »texto de la Sagrada Escritura, el que vive bien, »tiene á Dios en sí, como amigo; el que vive mal »le tiene también, pero como enemigo; y por último, el que buscando á Dios no le ha hallado »todavía, ni le tiene por amigo ni por enemigo;

(1): «Hic cum se cæteri concessionibus suis deceptos riderent, postulavit mater ut ei hoc ipsum quod conclusionis necessitate intortè dixeram, explicando relaxarem atque solverem.» (*De Beata Vita*, n. 19.)

»pero Dios está cerca de él. ¿Admitis vosotros esto (1)?

»—Sí, contestaron todos.

»—Esperad, replicó Agustín, que no encontraba aún bastante clara la posición de los que buscan á Dios, ¿acaso Dios no es amigo de aquellos en cuyo favor se inclina (2)?

»—Sí, dijeron (3).

»—¿Y no se inclina en favor de los que le buscan (4)?

»—Sí, ciertamente (5).

»—Luego debemos concluir: que el que busca á Dios y le encuentra, tiene á Dios por amigo y es feliz, que el que le busca y no le ha encontrado, tiene á Dios por amigo, pero aún no es feliz; y por último, que el que arrastrado por sus vicios, se aleja de Dios y le desconoce, ni es feliz ni tiene á Dios por amigo (6).»

(1) «Qui bene vivit, inquit mater, habet Deum, sed propitium; qui malè, habet Deum, sed adversum; qui autem adhuc quærit, nondumque invenit, neque adversum neque propitium, sed non est sine Deo.» (*De Beata Vita*, n. 21.)

(2) «Dicite mihi, queso, inquam: Non vobis videtur esse homini Deus propitius cui favet?»

(3) «Ecce confessi sunt.»

(4) «Non ergo, inquam, favet querenti sese homini?»

(5) «Responderunt: Favet.» (*De Beata Vita*, n. 21.)

(6) «Ista igitur, inquam, distributio erit, ut omnis qui jam Deum invenit, et propitiam Deum habeat, et

Doctrina admirable hasta en la exposición y digna seguramente del grande hombre que había recorrido todos estos estados, y sabía por experiencia, cuán cercano está Dios de las almas que le buscan, y cuán amable y cariñoso es para las que tienen la dicha de encontrarle.

Estas pláticas duraron hasta el tercer día, en que, desapareciendo las nubes que les obligaron á no salir de la casa de baños, y habiendo recobrado el cielo su serenidad: bajaron todos al jardín, sentándose al pie de un árbol (1). Habíase tratado el primer día de los que poseen á Dios, y el segundo de los que le buscan: debía, pues, hablarse en el tercero de los que están privados de él; de su miseria, de su indigencia y de su esterilidad. Mónica asistió á esta conferencia, y por dos veces tomó la palabra. Acababa Trigeccio de suscitar una cuestión bastante sutil, á saber, si todos los miserables se encuentran en la indi-

beatus est: omnis autem qui Deum querit, propitium Deum habeat, sed nondum sit beatus. Jam vero quisquis virtutis atque peccatis à Deo se alienat, non modo beatus non sit, sed ne Deo quidem vivat propitio.» *De Beata Vita*, n. 21.)

(1) «Tertius autem dies disputationis nostrae maturinas nubes quae nos cogebant in balneas, dissipavit, tempusque pomeridianum candidissimum reddidit. Placuit ergo in pratuli propinqua descendere...» *De Beata Vita*, n. 23.

gencia: citando un rico, de quien habla Cicerón, el cual poseía toda clase de bienes, nombre ilustre, inmensa fortuna y grande fama: que estaba bien mirado, y en general atendido y honrado, pero que no gozaba de nada porque temía perderlo todo. «Este hombre, dijo Trigeccio, era miserable, pero no vivía en la indigencia.»

Tomando entonces Mónica la palabra, dijo: «Yo no concibo bien esa distinción, ni veo que pueda separarse la miseria de la indigencia, y la indigencia de la miseria. ¿Por qué hemos de decir que una persona está en la indigencia cuando carece de oro y plata, y no hemos de decir que lo está asimismo cuando carece de sabiduría (1)?»

Esta doctrina que hacía de los bienes del alma un elemento de fortuna, admiró sobremanera á todos, quedando San Agustín muy complacido de que su madre atinase con la solución que él reservaba para el fin, como la más bella que había aprendido en los libros de los filósofos. «Ya

[1] «Nescio, inquit, et nondum plenè intelligo quomodo ab egestate possit miseria, aut egestas à miseria separari. Nam et iste qui dives et locuples erat, et nihil ut dicitis, amplius desiderabat, tamen quia metuebat ne amitteret, egebat sapientia. Ergone hunc egentem diceremus, si egeret argento et pecunia; cum egeret sapientia, non diceremus?» *De Beata Vita*, n. 27.

«veis, dijo á sus amigos, la diferencia que hay entre estudiar muchas cosas, y mantenerse unido á Dios siempre: porque ¿dónde encuentra el alma esos bellos pensamientos que nosotros admiramos en mi madre, sino en su íntima unión con Dios (1)?»

Para terminar y resumir las conferencias. Agustín pronunció algunas palabras llenas de fe y de entusiasmo, elevándose hasta Dios, manantial, alimento y patria de las almas. «Pensemos en Dios, dijo, busquémosle, tengamos sed de Él. Es Dios sol que ilumina interiormente al hombre, y aun cuando nuestros ojos, ó demasiado débiles ó menos acostumbrados, no puedan mirarle de frente; todo lo bueno y cuantas verdades decimos, vienen de Él. Por más que investiguemos, mientras no bebamos en el manantial de donde brota el bien, debemos confesar que no hemos llegado á la altura debida. Y no seremos sabios, ni poseeremos la verdadera felicidad, ni quedaremos satisfechos; hasta

1) «Ubi cum omnes mirando exclamassent, me ipse etiam non mediocriter alacri atque læto, quod ab ea potissimum dictum esset, quod pro magno de philosophorum libris, atque ultimum proferre paraveram: ¿Viderisne, inquam, aliud esse multas variasque doctrinas, aliud autem animum attentissimum in Deum? Nam unde ista, quæ miramur, nisi inde procedunt?» *De Beata Vita*, n. 27.)

«conocer bien y llevar en nuestro corazón al Padre que da la Verdad, al Hijo que es la Verdad misma y al Espíritu Santo que nos une á la Verdad, es decir, las tres Personas que no son más que un solo Dios para las almas iluminadas.»

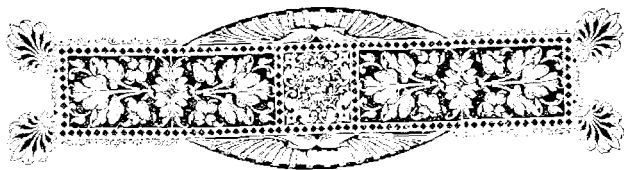
Al oír Santa Mónica estas palabras, muy grabadas en su memoria, porque eran del padre de su alma, San Ambrosio, y las había cantado á menudo en la iglesia de Milán, prorrumpió entusiasmada:

«Trinidad santa, acoge nuestros ruegos (1);

y después de haber recitado todo el verso con especial expresión: «¡Oh! sí, dijo, he aquí la vida feliz y la perfecta dicha, tras la que es necesario correr con fe invariable, firmísima esperanza y caridad sin límites.» En cuyas palabras se encuentra resumido cuanto se había tratado en aquella conferencia de tres días.

Así humildes mujeres hallan á veces en su corazón una luz que los más doctos no encuentran siempre en su espíritu: así la pureza y el amor suben hacia Dios de una manera que envidian sin duda los más ilustrados. Y siempre será lo mismo; porque las obras de Dios han salido todas de su corazón, y las comprenderán mejor los que más sepan amar.

(1) Himno de San Ambrosio: *Deus creator omnium*.



CAPITULO XIV

BAUTISMO DE SAN AGUSTÍN. — MÓNICA SE CONTEMPLA
FELIZ ASISTIENDO Á ESTA CEREMONIA. — FRUTOS DEL
BAUTISMO EN EL HIJO Y EN LA MADRE

25 de Abril del año 387.

Seis meses próximamente duró la vida íntima y deliciosa de Casiaco, en parte consagrada al estudio, y en parte, la mejor, dedicada á la oración y meditación de las Santas Escrituras.

Estos seis meses fueron para Agustín un bautismo anticipado: allí lavó su alma quitando las manchas que la afeaban, y creó, al fuego del amor divino, una segunda pero bellísima inocencia. «¡Cómo me avergüenzo, decía á sus amigos,

»viendo las llagas é imperfecciones de mi alma!
»Diariamente las baño con lágrimas, y pido á
»Dios me las cure; pero al mismo tiempo me
»siento indignísimo de semejante gracia.»

Y añadía sollozando: «Pero aún viven, Dios
»mío, aún viven en mi memoria, esas imágenes
»que una triste costumbre fijó en ella. Débiles y
»pálidas cuando estoy despierto, esperan á aco-
»meterme dormido, insinuándome el placer para
»lograr una sombra de consentimiento. ¡Misera-
»bles ilusiones que todavía influyen sobre mi al-
»ma! ¡Dios mío! ¿no tiene vuestra mano poder
»bastante para cicatrizar estas mis llagas? Con-
»fieso humildemente á mi Señor, que aún me
»encuentro en la miseria (1).»

A vuelta de llorar así sus pecados con la fre-
nte humillada y golpeando su pecho, tornábase á
Dios, cuyo amor habia empezado á inflamarle.
«Lo que yo, Señor, sé con certeza, es que os
»amo, y no tengo duda de ello. Heristeis mi
»corazón con vuestra palabra, y al punto os amé...
»Pero, ¿qué es lo que yo amo, amándoos á Vos?
»No es hermosura corporal, ni bondad transito-
»ria, ni luz material grata á los ojos; no suaves
»melodías de cualesquiera canciones; no la gus-
»tosa fragancia de las flores, ungüentos ó aro-

(1) *Confess.*, lib. X, cap. XXX.

»mas; no la dulzura del maná ó la miel, ni de-
 »leite alguno, en fin, que pertenezca al tacto ó á
 »otros sentidos del cuerpo.

»Nada de eso es lo que amo amando á mi Dios,
 »y, no obstante, es semejante á luz, y como
 »harmonía, y como fragancia, y como manjar,
 »y como deleite el amor de Dios... verdadera
 »luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de
 »mi alma. Resplandece con él una luz, que no
 »ocupa lugar; se percibe un sonido, que no
 »arrebata el tiempo; se siente una fragancia,
 »que no esparce el aire; se recibe un gusto, que
 »no concluye como el de la comida; y se posee
 »íntimamente un bien tan delicioso, que por
 »más que se goce y sacie el deseo, nunca llega
 »á fastidiar. Todo esto amo, cuando amo á mi
 »Dios (1).»

Muchas veces, para excitarse al dolor, pa-
 seando en las arboledas de Casiaco, tenía gusto
 en interrogar á la creación, y la soledad que res-

(1) «Non dubia sed certa conscientia, Domine, amo
 te. Percussisti cor meum verbo tuo, et amavi te. Sed
 et cœlum et terra et omnia que in eis sunt, ecce undi-
 que mihi dicunt ut te amem, nec cessant dicere omni-
 bus, ut sint inexcusabiles. Quid autem amocumte amo?
 Non speciem corporis, nec decus temporis, nec candi-
 orem lucis, ecce istis amicum oculis, non dulces melo-
 dias cantilenarum caninodarum, non florum et un-
 guentorum et aromatum suaveolentiam, non manna et

pira siempre paz, libertad, ausencia del hombre y presencia de Dios, fomentaba su contemplación sumergiéndole en admirable arrobamiento. «¿Pero qué es lo que yo amo, amando á Dios? »Pregunté á la tierra, y me respondió: «No soy »tu Dios», y cuantas cosas se contienen en la »tierra, me respondieron lo mismo. Pregunté »al mar y á los abismos, y á todos los ani- »males que viven en las aguas, y respondi- »ron: «No somos tu Dios, búscale más arriba de »nosotros.» Pregunté al aire que respiramos, y »respondió con todos sus habitantes: «Anaxíme- »no se engaña, porque no soy tu Dios.» Pregun- »té al cielo, al sol, la luna y las estrellas, y me »dijeron: «Tampoco somos nosotros ese Dios que »buscas», y dije entonces á cuantas cosas alcan- »zan mis sentidos: Puesto que afirmáis que no »sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. »Y con una gran voz clamaron todas:—Él nos »ha hecho (1).»

mella, non membra acceptabilia carnis amplexibus. Non hæc amo, cum amo Deum meum; et tamen amo quamdam lucem, et quamdan vocem, et quemdam odorem, et quemdam cibum, et quemdam amplexum, cum amo Deum meum, lucem, vocem, odorem, cibum, amplexum interioris hominis mei. etc.» *Confes.*, lib. X. cap. VI.)

(1) «Et quid est hoc? Interrogavi terram, et dixit: Non sum; et quæcumque in eadem sunt, idem confessa

Estas manifestaciones de Dios en la naturaleza le iluminaban mucho, y haciendo surgir en él la idea de su miseria, de sus pecados y de las angustias de su alma, lloraba diciendo: «¡Ay Señor! tened misericordia de este pecador! Mis tristezas culpables luchan con mis buenas alegrías, y no sé quién obtendrá la victoria. ¡Ay Señor, tened piedad de mí! Mirad, que no oculto mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo estoy lleno de miseria. ¿Podréis olvidar que la vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua? (1)»

Dirigiendo después sus miradas á la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, refugio, remedio, esperanza y consuelo de los pecadores, prorrumplía

sunt. Interrogavi mare et abyssos et reptilia animarum vivarum, responderunt: Non sumus Deus tuus; quære super nos. Interrogavi auras labiles, et inquit universus aer cum incolis suis: Fallitur Anaximenes, non sum Deus. Interrogavi cœlum, solem, lunam, stellas. Neque nos sumus Deus quem quæris, inquirunt. Et dixi omnibus iis quæ circumstant forēs carnis meæ: Dixistis mihi de Deo meo quod vos non estis, dicite mihi aliquid de illo. Et clamaverunt voce magna: Ipse fecit nos.» (*Confes.*, lib. X, cap. VI.)

(1) «¡Hei mihi. Domine, miserere mei! ¡Hei mihi! Ecce vulnera mea non abscondo: medicus es, æger sum: misericors es, miser ego, etc.» (*Confes.*, lib. X, capitulo XXVIII.

en expresiones como éstas: «¡Oh eterno y amantísimo Padre! ¡Qué grande fué el exceso de vuestro amor hacia los hombres, pues no perdonasteis á vuestro unigénito Hijo, sino que le entregasteis á la muerte por nosotros pecadores! ¡Qué extraordinario y nunca visto el amor que nos mostrasteis, llegando al extremo de ordenar que el Señor igual á Vos por su propia naturaleza, se sujetase á padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Él mismo fué vencedor (1) y víctima que se ofreció á Vos por nosotros: y fué vencedor, porque fué víctima. Hízose ante Vos sacerdote y sacrificio por nosotros; y fué sacerdote, porque Él también fué sacrificio. Finalmente, de siervos que éramos, nos hizo hijos de Vos El, que siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro hermano consiervo. Con razón, pues, Dios mío, tengo grande y firmísima esperanza de que sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor que está sentado á vuestra diestra y os ruega incesantemente por nosotros: sin eso, desesperaría de mi salud. Numerosas y grandes son mis enfermedades, graves son y sin número; pero mil veces mayores la eficacia de vuestras medicinas.»

(1) La alusión y contraposición de las palabras latinas no es posible expresarlas en castellano.

Y continúa con acento de admirable confianza: «Confieso que, aterrado por mis culpas y oprimido bajo el peso por mis miserias, había pensado varias veces y casi resuelto algunas, abandonar todo y huir á la soledad; pero Vos me lo estorbasteis, alentándome con estas palabras: »Jesucristo murió por todos, á fin de que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos. A Vos, Señor, dejo el cuidado de mi salud, y emplearme he sólo en contemplar vuestras maravillas. Vos sabéis mi ignorancia y conocéis mis dolencias. enseñadme, pues, y sanadme. Vuestro Unigénito, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre: no me calumnién, pues, los soberbios, porque conozco y medito el precio de mi rescate (1).»

Para imitar en algo los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Agustín hubiera querido unir á las lágrimas que vertía y á sus gritos de esperanza y amor, las mortificaciones corporales que admiraba en el fervoroso Alipio: «intrépido domador de su cuerpo, y prodigio de austeridades, el cual por humildad y penitencia, y como preparación al santo bautismo, se había conde-

(1) *Confes.*, lib. X, cap. XLII.

»nado á andar descalzo la Italia, cubierta entonces de nieve (1).»

Mas la débil salud de Agustín no le permitía cosa semejante, ni podía ayunar siquiera; aunque la soledad de Casiaco le fué benéfica, su pecho estaba aún enfermo, y el trabajo y la emoción le habían consumido, produciéndole una fiebre lenta. A menudo hasta el conversar le fatigaba, algunos días no podía ni escribir, y más de una vez hubieron de suspenderse las conferencias nocturnas por su gran debilidad. El alma había gastado el cuerpo, y necesitaba al presente de mucha tranquilidad y cuidado para recuperar su vigor primitivo.

Esta general decadencia de su salud manifestábase á veces en la cabeza, los dientes y los oídos, produciéndole crueles dolores. Un día se le fijaron con tal vehemencia en la cara y especialmente en la dentadura, que no podía ya sufrirlos. «Dispusisteis, Dios mío, dice el Santo, que me acometiese un dolor de muelas tan intenso que me imposibilitó para hablar. Víuome la idea de pedir á los amigos que rogasen por mí á Vos, que sois Dios y Señor de toda salud, escribiendo la súplica en una tabla encerada que les dí; y apenas habíamos doblado

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VI.

»la rodilla, cuando cesó por completo aquella
»mortificación insufrible. Su repentina desaparición me dejó atónito y aturdido: la verdad es
»que jamás había padecido dolor semejante (1).»

Compréndese bien que los que se pusieron de rodillas para pedir á Dios el alivio de Agustín fueron Mónica, Alipio, Adeodato y Navigio; pero ninguno con más ardor que la primera. Ésta lo suplicó con especial interés, á fin de que con este nuevo testimonio de la misericordia divina, acabara de inflamarse su corazón. Y lo consiguió en efecto, porque convencido Agustín de que la desaparición del dolor había sido un milagro, iba creciendo el amor que á Dios tenía; y no le era ya posible soportar su miseria, ni se atrevía á mirar su alma cubierta de llagas, muerta, seca, marchita, disipada (expresiones de que él mismo se vale), y suspiraba ardientemente por el agua purificadora. «¡Tarde os amé, Dios mío, hermosura siempre
»antigua y siempre nueva: tarde os amé! Vos
»estabais dentro de mi alma, y yo, distraído, os
»buscaba fuera, y dejando la hermosura interior,
»corría en pos de las bellezas exteriores que Vos
»habéis criado. ¡Y esas hermosuras, que si no estu-
»vieran en Vos nada serian, me apartaban y
»tenían alejado de Vos! Pero me llamasteis y tales

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. IV.

»voces disteis, que mi sordera cedió á vuestros
»gritos. Tanto brilló vuestra luz, tan grande fué
»el resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hi-
»cisteis que llegase hasta mi vuestra fragancia,
»y tomando aliento respiré con ella; por eso aho-
»ra suspiro y anhelo ya por Vos. Me disteis á
»gustar vuestra dulzura, que ha excitado en mi
»espíritu hambre y sed vivísimas. Por fin, Se-
»ñor, me tocasteis, y me encendí en deseos de
»abrazaros (1).

»¡Oh verdad y luz de mi corazón, no me de-
»jéis en tinieblas! continúa: arrastrado por las
»cosas de la tierra, me sumergí en la obscuridad,
»pero desde el fondo del abismo renacía á vues-
»tro amor. Extraviado, volvía á acordarme de
»Vos, y cuando me llamasteis, apenas pude oir
»por la tumultuosa agitación de mis pecados.
»Héme aquí, Dios mío, que vuelvo á vuestra
»fuente sagrada todo bañado en sudor y sin alien-

(1) «Serò te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova! serò te amavi! Et ecce intus eras, et ego foris, et ibi te quærebam; et in ista formosa quæ fecisti, deformis irruebam. Mecum eras, et tecum non eram. Ea me tenebant longè à te quæ, si in te non essent, non essent. Vocasti et clamasti, et rupisti surditatem meam. Coruscasti, splenduisti et fugasti cæcitatem meam. Fragristi, et duxi spiritum, et anhelo tibi. Gustavi, et esurio, et sitio. Tetigisti me et exarsi in pacem tuam.» (*Confes.*, lib. X, cap. XXVII.)

»to. ¡Oh, no me rechazéis! ¡Dejadme saciar la
»sed! ¡dejad que en Vos beba la vida (1).

»¡Oh amor que siempre ardes y nunca te
»apagas! ¡Oh Dios mío, caridad infinita, infla-
»mad mi corazón! Preceptuáis la templanza y
»continencia; dadnos lo que mandáis, y mandad
»lo que queráis (2).

»Al pensar en el santo bautismo, me aflijo,
»Dios mío, de verme tan imperfecto; pero confío
»que Vos completaréis la obra de vuestra clemen-
»cia, concediéndome aquella paz llena y perfec-
»ta, que mis potencias y sentidos han de disfru-
»tar el día en que la muerte sea vencida (3).»

(1). «O veritas, lumen cordis mei, non tenebræ meæ loquantur mihi. Defluxi ad ista, et obscuratus sum; sed hinc etiam, hinc adamavi te. Erravi, et recordatus sum tui. Audivi vocem tuam post me ut redirem, et vix audiivi propter tumultum impacatorum. Et nunc ecce redeo æstuans et anhelans ad fontem tuum. Nemo me prohibeat; nunc bibam, et hinc vivam.» (*Confes.*, lib. XII, cap. X.)

(2). «O amor qui semper ardes et nunquam extingueris! Charitas Deus meus, accende me. Continentiam jubes; da quod jubes, et jube quod vis.» (*Confes.*, lib. X, cap. XXIX.)

(3). «Exsultans cum tremore in eo, quod donasti mihi, et lugens in eo quod inconsummatum sum, sperans perfecturum te in me misericordias tuas usque ad pacem plenariam, quam tecum habebunt interiora et exteriora mea, cum absorpta fuerit mors in victoriam.» (*Confes.*, lib. X, cap. XXX.)

Mónica sentía las aspiraciones y deseos, los dolores y tristezas, los entusiasmos y santas alegrías de su hijo. Había pedido á Dios por mucho tiempo que traspasase el alma de Agustín con una flecha amorosa de las que menciona la Santa Escritura; y cuando la flecha estaba ya clavada, pedía con ardor que penetrase aún más y produjese tales estragos que no pudieran curarse. La que tanto tiempo había velado triste y afligida sobre las cenizas casi frías del corazón de Agustín, y había conseguido encender de nuevo el fuego del amor divino, soplaba con todas sus fuerzas este fuego, á fin de que le inflamase totalmente. ¡Arde pues, fuego sagrado, dos veces encendido por el soplo de una madre! ¡transfigura y consume el corazón de Agustín! ¡convierte á ese joven extraviado en un cristiano, en un sacerdote, en un doctor, en un mártir y en un modelo de castidad; hasta que tu llama, demasiado viva ya para un corazón mortal, le consuma, llevando al hijo con la madre desde este mundo de tristezas, á las regiones del amor eterno y de los goces perfectos!

Aproximábase la Cuaresma, y como fuese costumbre que los catecúmenos, que iban á ser bautizados en la Pascua, se inscribiesen el miércoles de Ceniza y asistiesen durante aquel santo tiempo á las instrucciones establecidas para

ellos, el hijo y la madre volvieron á Milán. Fácilmente se hubiera dispensado á Agustín de la asistencia á estas enseñanzas doctrinales, pero no quiso solicitarlo; y vióse al célebre orador, que, joven aún, igualaba y superaba á los más doctos, cual si fuera un niño, asistir á todas las instrucciones asiduo y con una atención, una piedad, una modestia y una humildad edificantes. Dios, á su vez, le recompensó el grande ejemplo que daba en la Iglesia; veinte años después, aún recordaba con satisfacción las dulces emociones que había experimentado durante aquella Cuaresma (1).

Llegó por fin el momento de que Agustín recibiera el santo bautismo, para el cual, según costumbre ya antigua, se había fijado la noche que precede á la Pascua. Todos velaban en ella, pues debía administrarse después del Oficio nocturno, y antes de la Misa de alba: esa noche memorable en la cual iba á nacer para Dios y para la Iglesia el más grande de sus doctores, era la del día 24 al 25 de Abril del 387 (2).

Aun visita el viajero en Milán con especial emoción la pequeña iglesia que servía de baptisterio, y que no ha desaparecido por completo.

(1) August., *De Fide et Operibus*, cap. VI.

(2) Possidius, *Vita August.*, cap. I.

Llevaba entonces el título de San Juan Bautista, pero después se ha dedicado á nuestro Santo, que nació á la gracia bajo sus bóvedas en aquella noche memorable (1).

Llegada la hora, se trasladó Agustín á la iglesia acompañado de su madre y también de Adeodato que, lleno de inocencia, candor y alegría, era digno hijo de Agustín por su talento, y de Mónica por su fe. Síguenles Alipio, conmovido y penitente, Trigecio, entusiasmado y satisfecho, y algunos otros que, unidos á Agustín, rodearon la fuente bautismal. Un corto número de cristianos escogidos penetran en el lugar santo: las miradas de todos se fijan en el joven que prometía á la Iglesia, despedazada por tantas herejías, un gran socorro, y su vista no acierta á separarse de aquel sobre cuya frente la fe y su gran genio, el arrepentimiento y el amor, parecían unirse colocándole toda clase de coronas. Mónica, entretanto, vestida con el traje blanco de las viudas y envuelta en largo velo, se esforzaba inútilmente por ocultar á los asistentes la alegría que inundaba su alma (2).

(1) Mabillon, *Iter. Ital.*, p. 16.

(2) «Baptizatus est á beato Ambrosio, matre Monica sibi adhærente et de illius conversione mirabiliter exultante.» (Brev. *Prædicat.*, in *Festo Convers. B. August.*, 15 Maii, lect. VI.)

Llega el Obispo Ambrosio, se arrodilla, ora un instante y empieza la ceremonia. Agustín estaba sentado cerca de la pila bautismal, vuelto al Occidente: á una señal del santo Obispo se levanta y mira al Oriente, para saludar esa luz que tanto tiempo había desconocido, y que brillaba por fin en su alma (1). Aproximase en seguida á la sagrada fuente, se sumerge en ella tres veces, y otras tantas vuelve á salir con palabras de fe en sus labios. La primera vez: *Creo en Dios*; la segunda: *Creo en Cristo*; y la tercera: *Creo en el Espíritu Santo* (2). Sube al altar después el santo Obispo de Milán, extiende los brazos, ora en alta voz, y diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (3), vierte el agua sagrada sobre la cabeza del joven Agustín que se daba golpes de pecho, y renacía entonces para Dios y la Iglesia, para las almas y para sí mismo.

A continuación y según la costumbre de la Iglesia de Milán, Ambrosio se ciñe una toalla, y se arrodilla delante de Agustín á quien lava los pies (4); el nuevo bautizado viste, como símbolo de la inocencia que el bautismo acaba de

(1) Ambros., *De Init.*, lib. I, cap. XI.

(2) Ambros., *De Sacram.*, lib. II, cap. VII.

(3) Ambros., *De Sacram.*, lib. II, cap. VII.

(4) Ambros., *De Sacram.*, lib. III, cap. I.

devolverle (1), una larga túnica blanca que su madre había tejido y que aún estaba humedecida por las lágrimas que el gozo la hiciera derramar (2). Toma luego Agustín un cirio encendido, imagen del suave y casto fuego que en lo sucesivo ha de consumir su alma; así, con el corazón ardiendo en el más puro amor, ornado de azucenas por la castidad reconquistada y llevando, aunque invisiblemente, la aureola de doctor, se dirige al altar para recibir al Dios que regocija y renueva su juventud.

No hay pincel capaz de trasladar al lienzo semejaute escena, en que las alegrías más puras se mezclan con los sentimientos más sublimes: ¡ese joven, que conmovido se dirige al altar, humilde pero animoso en su arrepentimiento! ¡ese anciano Obispo, atleta invencible de la fe, que próximo á abandonar esta vida mortal, vislumbra para la Iglesia un defensor más grande que él; y satisfecho ya, no le importa morir, porque va á hablar Agustín ante cuya avasalladora elocuencia puede bien callar! ¡y esa madre que esconde bajo su velo un rostro humedecido por

(1) Ambros., *Ad Virgin. laps.*, cap. V.

(2) «At beata mater, cum talia sueret vestimenta, tot lacrymas præ gaudio effudit, quot puncta impossuit, gratias Domino Jesu Christo ingentes referens. Alleluia.» (*Brev. Rom.*, Aug. die 5 maii.)

las lágrimas, y que inútilmente quiere encubrir el inmenso gozo que la domina!

Dicese que al fin de la ceremonia, y cuando el entusiasmo dominaba en todos, San Ambrosio se levantó inspirado, y con los brazos y el corazón elevados al cielo, entonó el siguiente canto:

«A Tí, oh Dios, alabamos, á Tí por Señor te »confesamos.»

Conmovido Agustín al oír aquel himno tan solemne, se levantó á su vez y continuó diciendo:

«A Tí, Padre eterno, reconoce y venera toda »la tierra.»

San Ambrosio replicó:

«A Tí todos los ángeles, á Tí los cielos y todas las Potestades.»

Y San Agustín:

«A Tí los Querubines y Serafines cantan sin »cesar:

«Santo, santo, santo es el Señor Dios de los »ejércitos.»

Y así mutuamente estimulados por el fervor, cual Serafines en éxtasis, improvisaron el bellísimo cántico: *Te Deum laudamus*.

El principio de este canto es ferviente, atrevido é impetuoso, como el entusiasmo de los dos Santos. Al tercer vuelo llegan hasta el empíreo. Allí se detienen un instante, oyen el canto de los ángeles y alaban con ellos al Pa-

dre, al Hijo y al Espíritu Santo, en cuyo nombre acaba Agustín de ser regenerado. Después, como atraídos de nuevo á la tierra por el vivo sentimiento de la realidad, cambian de tono, y el himno de alegría se convierte por un instante en gemidos y lágrimas; pero bien pronto levantando de nuevo sus ojos al cielo, renace el entusiasmo, y termina con un prolongado grito de amorosa esperanza en la infinita bondad de Dios.

Santa Mónica estaba allí de pie, cantando con el corazón, mientras los dos Santos cantaban con los labios: hallábase inundada de felicidad, y nada debió impresionar tan vivamente su alma como las expresiones de fe, de amor y de reconocimiento con que termina esa admirable deprecación (1).

Agustín salió transformado de la capilla en

(1) Conócese este himno en la liturgia de la Iglesia con el nombre de *Hymnus sancti Ambrossii et sancti Augustini*; y aun cuando sea imposible fundar en textos de la época de San Ambrosio el origen que le asignamos, es una opinión tan antigua, tan fundada y venerable, que se nos permitirá atenernos á ella, mientras no aparezcan pruebas en contrario. «El título de *Himno ambrosiano*, dice De Maistre, podría hacer creer que esta bella composición pertenecía exclusivamente á San Ambrosio; sin embargo, es opinión bastante general, apoyada en una tradición, que el *Te Deum* fué, si puede ha-

que recibió el bautismo, y donde por primera vez se acercó á la Sagrada Eucaristia, mostrándose tan humilde, tan olvidado del mundo y tan abrasado del amor divino, que no era conocido. Las tristezas é inquietudes que le ocasionaba el recuerdo de sus pasados extravíos, se habían desvanecido, y un solo pensamiento absorbía su alma: el de la misericordia de Dios, y el de los admirables caminos por donde le había sacado del abismo. Para corresponder á tantas mercedes Agustín necesitaba buscar en la Iglesia católica la vida divina, que le era indispensable. «Semejante á un hombre lleno de sed, y en consecuencia extenuado, me abalanzaba, dice él. »con avidez á los pechos de la santa Iglesia, y »gimiendo por mi miseria presente y llorando »por la pasada, los chupaba, estrujándolos con »todas mis fuerzas para sacar la divina leche de

blarse así, improvisado por los dos santos doctores Ambrosio y Agustín, en un transporte de fervor religioso; opinión que no tiene nada de improbable. Efectivamente este cántico sublime no ofrece señal alguna de trabajo meditado, ni es tampoco una *composición*: es una *efusión*, una poesía fervorosa que no se sujeta á metro, y un ditirambo divino, debido al entusiasmo que vuela libre despreciando las reglas del arte. Bien puede dudarse, si la fe y el reconocimiento han hablado alguna vez lenguaje más verídico y más expresivo.» (*Soirées de Saint-Petersbourg*, tome II, 7.^e entretienne.)

»que tanta necesidad tenía, para levantarme
»del abatimiento y recuperar una salud vigorosa (1).»

Poseído de este ardor, Agustín no podía entrar en una iglesia, oír los cantos que los fieles dirigían á Dios, ni mirar una santa imagen sin que reapareciera el manantial de lágrimas que brotó en el momento de su conversión. ¡Qué torrentes, dice, hacía correr el eco de los himnos y de los cánticos de vuestra santa Iglesia! Al mismo tiempo que sus armoniosos acentos llegarían mis oídos, sentía que vuestra verdad penetraba dulcemente en mi corazón; exhalaba éste impetuoso afecto de amor, y deshacíanse en lágrimas mis ojos, siendo ellas mi mejor deleite (2).»

Acrescentaba este llanto recordando que en otro tiempo había escuchado esos mismos himnos con corazón frío y ojos secos, sin experimentar la me-

(1) *De Utilitate credendi*, cap. I.

(2) «Nec satiabar illis diebus dulcedinem mirabili, considerare altitudinem consilii tui super salutem generis humani. Quantum fleui in hymnis et canticis tuis, suave sonantis Ecclesiæ tuæ vocibus commotus acriter! Voces illæ influebant auribus meis, et dignabatur veritas in cor meum; et exestuabat indè affectus pietatis, et currebant lacrymæ, et bene mihi erat cum eis.» (*Confes.*, lib. IX cap. VI.)

nor emoción (1): increíble parecía, en efecto, que quien por tanto tiempo gastó y deshonoró su vida con afectos culpables, fuese el mismo que reen-gendrado en las sagradas aguas del bautismo, ostentara ahora una alma llena de ternura, de sensibilidad y de purísimo afecto, delicado y exquisito conjunto, que es de ordinario recompensa y honor de los corazones castos.

Su espíritu no pertenecía ya á la tierra; habitaba la morada eterna, de que la iglesia en que había sido bautizado era sólo imagen, y al influjo de los cantos y armonías sagradas, que le recordaban la posesión eterna de quien acababa de adoptarle como hijo, brotaban de su corazón á torrentes el reconocimiento, el amor y otros afectos. «¡Oh morada admirable y refulgente, »centro de la gloria de mi Dios, exclama: cuán »apetecida me es tu dulzura! ¡cómo suspiro por »tí desde este destierro! ¡Ay de mí! me había des- »carriado, mas confío que los brazos del buen »Pastor me volverán á su redil... Entretanto, »mis cánticos os revelarán mi amor, mis ge- »midos el malestar y las penas de mi peregrinación, y mi alma, elevándose por encima de »esta tierra miserable en alas de la esperanza, »no suspirará sino por Jerusalén, mi patria, por

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. VII.

»Jerusalén, mi madre, por Jerusalén y Vos, su
»Rey, su sol, su protector y su esposo; por Vos,
»en fin, que sois también su casta delicia y
»su constante alegría! No, no cesarán mis sus-
»piros en tanto que no me hayáis recibido
»en la paz de esta madre querida, y vuestra
»mano, que ha quitado las deformidades de mi
»alma, no esté pronta á darle, ¡mi Dios y mi
»misericordia! esa hermosura que nunca pe-
»rece (1).»

Pero si grandes son los frutos que recogiera Agustín el día de su bautismo, acaso fueron mayores y más preciosos los que recogió su madre, siendo para su alma como la última mano de los grandes artistas en sus obras maestras. Esta mujer venerable á quien restaban ya pocos meses de vida, había llegado al momento en que la luz y las fuerzas que Dios le regalara, y la fe, la humildad, la pureza, la abnegación y el amor divino que atesoró con sus esfuerzos, se desarrollaban y tocaban á su madurez. Tienen los Santos al fin de su vida un estío consolador y fecundo: Santa Mónica había llegado á él, y todas sus virtudes fructificaban.

Nuestros lectores recordarán cuán viva y ardiente había sido la fe de Santa Mónica, lo mis-

(1) *Confes.*, lib. VII, cap. VI.

mo en su infancia que en los años de la juventud. Nada hay que tenga desarrollo más rápido que la fe, cuando debidamente se guarda: muéstrase al principio como en penumbra, pero después es ya luz que crece sucesivamente. Dios, que al principio se había ocultado, déjase ver, se descubre en las tentaciones y peligros, y se le toca en los dolores cuando, abandonándonos todo el mundo, viene y nos salva en lances desesperados. ¿Quién no ha tenido durante la vida uno de esos momentos en que la acción de Dios se ve clarísimamente? Así, poco á poco desaparece la obscuridad, y los últimos años del alma fiel pasan en una claridad casisin sombras. Este era el estado de Mónica: había creído en otro tiempo, al presente veía ya; y antes hubiera dudado de sí misma que de un Dios que tan á menudo y tan soberanamente la había cuidado y dirigido.

La esperanza había crecido en ella de la misma manera: Mónica sabe que Dios no falta á su palabra, y que concede cuanto se le pide. Había pedido fervorosamente la conversión de su marido, y, á pesar de los grandes obstáculos que á ella se oponían, Patricio se convirtió. Había pedido por mucho tiempo y con rara constancia la salud espiritual de su hijo, y obtuvo más de lo que ella pidiera; pues le veía ya piadoso, casto, ferviente y en camino de ser un

Santo. No tenía otro deseo que entrar en el cielo con su hijo, saciándose allí del amor divino, y estaba tan segura de obtenerlo, que todas las apariencias en contrario no eran capaces de hacer vacilar un instante la firme esperanza que abrigaba.

Así que una paz inefable de que no era ni sombra la de su juventud, llenaba el corazón de Mónica; y al modo que en bella noche de estío, queda todo en calma surgiendo del fondo de los valles un silencio que encanta, así en la tarde de la vida de nuestra heroína todos los afectos se apaciguan, todas sus inquietudes y todos sus deseos se calman; no quedándole más que inalterable serenidad y absoluta confianza en Dios. Sobre su frente brillaba un rayo de esta paz y seguridad, acabando de dar á su fisonomía cierto tinte celestial.

Mas no eran la fe, ni la esperanza, ni la confianza en Dios, ni la tranquilidad y paz de su espíritu las virtudes que sobresalían en Mónica: la más desarrollada y más perfecta era el amor. ¿Pero cómo pintar su incesante desarrollo? En la niñez empezó á amar á Nuestro Señor Jesucristo, con ese amor inocente, delicado, filial, lleno de encantos y que debe commover el corazón de Dios, puesto que commueve el corazón frío del hombre. Joven todavía, abrumada de tristeza, vendida y abandonada, Mónica había llorado á

los pies del Supremo Hacedor; y viendo que los amores humanos son ilusorios y engañosos, que Dios es el único amigo fiel que no hace traición ni abandona jamás, había acrecentado su amor, ayudada por los dolores y por la desaparición de todas sus ilusiones. Cuando llegó á la maternidad, después de gustar ligeramente en la cuna de sus hijos los placeres del amor correspondido, bien pronto inquieta ya por la salud espiritual de Agustín, y faltándole el apoyo de Patricio, entrégase á Dios como á su única esperanza: y durante treinta años fué el Señor único confidente de sus temores, de sus angustias, de sus esperanzas y de sus amargas previsiones. En todo ese tiempo, los agudos gritos que lanzaba al cielo, sirvieron para aumentar su amor, esforzándose en amar más y mejor, para conmover así el corazón de Dios: y al presente, que había ya triunfado y era madre afortunada, vertía aún lágrimas nuevas y de naturaleza desconocida. ¡Ah! ¿Quién podrá expresar la grandeza de su amor á Jesucristo! Cada dolor, cada aflicción, cada esperanza, cada temor, cada alegría le había aumentado en el alma de Mónica; y, si cada año variaba de forma, era para crecer en intensidad. Así que, pasaba horas enteras al pie de los altares, comulgaba todos los días con creciente amor, y ahora que el manan-

tial de lágrimas amargas se había agotado, derramaba á los pies del Salvador otras consoladoras y dulcísimas que no habían de cesar jamás, porque era el amor quien las vertía, y el mismo amor quien las recogía.

Pero lo sobremanera bello que había en la Santa, era que su amor á Jesucristo y su amor por Agustín se habían identificado. Ambos amores que ocupaban su corazón, se habían desarrollado fundiéndose en uno solo durante el curso de la vida, de modo que nunca pensaba en Jesucristo sin pensar en Agustín, jamás miró á Agustín sin mirar á Jesucristo; y si Mónica había sufrido tanto, y su corazón había sido tan destrozado, fué porque Jesucristo y Agustín, el único objeto de su amor, estaban divididos. Por esto, al ver ahora que Jesucristo era amado de Agustín, experimentaba una alegría indecible, y la que no pudo morir de pena, estuvo expuesta á morir de alegría.

Mónica había tenido ya algunos éxtasis en la oración, es decir, ciertos toques de la gracia, mediante los cuales Dios se apodera del alma y la saca de sí, no dejándole más que la facultad de contemplar y amar: después del bautismo de Agustín, éstos fueron más frecuentes. Tan embriagada estaba á veces, que pasaba el día entero sin hablar ni preocuparse de lo que

había en su derredor, gozando interiormente y á solas. Otras veces inundábala el espíritu de tal manera, que perdía hasta el uso de los sentidos y se intentaba en vano sacarla de tan dulce sueño (1), gozando su alma de tan gran dicha, sobre todo cuando recibía la sagrada comunión. El día de Pentecostés, cincuenta días después del bautismo de Agustín, fué Mónica circundada y penetrada de esta luz tan especialmente, que durante el día y la noche siguiente no pudo tomar alimento (2). Observaron sus domésticos y allegados que desde la conversión del hijo, el curso de sus ideas había cambiado por completo; sólo pensaba en el cielo, y fué fácil persuadirse que Mónica no se detendría ya mucho en la tierra.

Nuestros lectores recordarán que Agustín había concebido cierto proyecto, cuando la gracia empezaba á obrar en él. Aun no era cristiano, y

(1) «Tanta ebrietate Spiritus sancti rapiebatur, quod in ea fere per totum diem quiescens, dum esset Rex in accubitu sui cordis, neque vox neque sensus in ea audiebatur. Neque mirum: quia illa pax que exuperat omnem sensum, sepeliebat viduæ sensus corporales, in tantum ut vix matronæ nostræ et etiam vicinæ eam pungentes excitare valerent.» (*Boll.*, 4 Maii.)

(2) «Dum in die Pentecostes esset refecta refectione illius panis qui de cœlo descendit, post sumptionem sacramenti tanta satietate repleta fuit, quod per diem ac noctem absque corporali cibo perseveravit.» (*Boll.*, die 4 Maii.)

cansado ya del mundo y de la vida que Dios no llenaba, soñó con una soledad, en la cual acompañado de amigos de su edad, de sus sentimientos y de idéntico gusto por las cosas grandes, pasaría los días dulcemente, alejado del mundo y ocupado en la investigación y contemplación de la verdad; mas, al pensar en la realización de tan bello sueño, apercibióse de que su corazón estaba apegado, que no estaba libre, y que el de sus amigos no era menos esclavo que el suyo: así que el proyecto fué desechado como ilusión irrealizable.

Pero el dicho pensamiento había vuelto á asaltarle tan pronto como recibió el bautismo, pues los grandes obstáculos que se oponían á su realización habían desaparecido. «La hermosura »de la juventud, personificada en rica dama á »quien la naturaleza prodigara brillantes dones »de talento y belleza, y á quien pudiera entregarse en legítima y santa unión, seguramente »no le mereció una sola mirada (1).» Su corazón sería para Dios, y eso por siempre; sus amigos, tocados como él de la gracia, estaban animados del mismo espíritu: ¿qué obstáculo había, pues, para ensayar el proyecto que, si en otro tiempo ofreció dificultades insuperables, hoy era muy hacedero? Agustín habló de ello á Alipio que se

(1) *Solil.*, lib. I, cap. X.

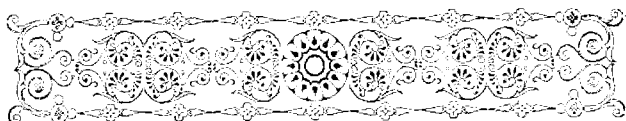
estremeció de gozo, Navigio aplaudió la idea, Evodio aceptóla igualmente uniéndose á ellos; y Adeodato, que no quería separarse de su padre, excusamos decir si estaría conforme: sólo Mónica pudiera oponer dificultad á este proyecto, pero ella, lejos de hacerlo, debía ser y era, en efecto, la madre, el modelo, el estímulo y la providencia permanente de la pequeña comunidad. Todos pues, estaban unánimes y, en consecuencia, se procedió al primer ensayo de la vida religiosa, que había de producir la *Regla* inmortal de San Agustín.

Vino luego la cuestión del punto donde convendría establecer la comunidad proyectada, y sobre esto no era posible la duda. Mónica, Agustín, Navigio, Adeodato, Evodio y Alipio todos eran africanos, nacidos en Thagaste ó sus inmediaciones; ¿qué podía retenerlos ya en Italia? ¿por qué no volver al país que los vió nacer, al hogar de sus padres, de sus parientes y amigos? ¿por qué no llevar á su patria los primeros perfumes de su fe reconquistada, y veteranos ya, emprender un ardoroso apostolado? No vacilaron. Hacia fines de Octubre (año 387) se dirigieron al puerto de Ostia, buscando medios de trasladarse al Africa.

¡Qué diferencia entre los dos viajes! Tres años antes habían venido cada uno por su lado, separados todos é inquietos: Agustín primero, huyen-

do de su madre á quien engañara, y llevando el corazón más turbado que la mar que surcaba: después Mónica, siguiendo á su hijo y resuelta á unirse á él, no obstante las tormentas y distancias, y regando con sus lágrimas el camino que Agustín había recorrido: al presente volvían todos juntos, tranquilos, felices, unidos y llevando en sus rostros la expresión y los rayos de una misma luz que reflejaba en un fondo de paz. ¡Y Mónica se había opuesto tanto al viaje de su hijo para Roma! ¡había llorado tanto en la ermita de San Cipriano! ¡había pedido tanto á Dios que sacase á su hijo de Italia, y le trajese al Africa! Ahora veía con perfecta claridad que si Dios no la había escuchado, era efecto de su amor, y que en aquel viaje tan doloroso ocultábase un pensamiento bienhechor y de bondad inmensa. Cosas son éstas que arrebatan el alma, la llenan de consuelo, y hacen que en ciertos momentos se confie todo á Dios; hijos, amigos, proyectos y porvenir, exclamando con acento de fe verdadera: «Señor, »que veis mejor que yo, y que aúnís mucho más »que yo, obrad como os agrade.»

San Ambrosio recibió á los viajeros, los bendijo por última vez, y estrechando á Agustín entre sus brazos, imploró las bendiciones del cielo para un viaje que debía ser tan fecundo como glorioso.



CAPÍTULO XV

SANTA MÓNICA MUERE GOZOSA VIENDO Á SU HIJO
CONVERTIDO

Año 387.

Poco antes de emprender la marcha, ó acaso cuando estaban ya en camino, pues no se conoce la fecha precisa en que Agustín y su madre dejaron á Milán, tuvo ésta un arrobamiento que marcaba bien la dirección de sus aspiraciones. Era precisamente el día de la festividad de San Cipriano (1), y Mónica había recibido aquella mañana la sagrada comunión, volviendo á su casa recogida y absorta, según solía. Tal vez en algún acto de acción de gracias, vino á su memoria la noche que, tres años antes (384), había pasado en

(1) 16 de Septiembre.

la ermita de San Cipriano, y este recuerdo inflamaría su alma; mas es lo cierto que de repente se la vió levantarse en el aire, y como enajenada gritar: «¡Volemos al cielo! ¡Volemos al cielo!» Lo cual causó no poca admiración, ya que Mónica era de carácter sumamente dulce, y los movimientos impetuosos no le eran naturales. Agustín, Adeodato y Alipio, conmovidos por los gritos acudieron en seguida; pero Mónica no satisfizo á sus preguntas, limitándose á mostrárseles llena de alegría celestial, y á repetir estas palabras de David: «Mi corazón y »mi carne se han conmovido, pensando en Dios »mi Salvador (1).»

(1) «In die B. Cypriani, dum hæc Christi ancilla mereretur accipere sacramenta, dum esset in domo, ferè à terra per cubitum elevata fuit, clamando quæ quietissima esse consueverat, dicens: «Volemus ad cælum, volemus ad cælum, fideles.» Quam cum post interrogaremus quid sibi acciderat, non respondebat; sed tanto gaudio replebatur, quod omnes ad festum perducebat, cantantes cum Propheta: «Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.» (*Boll.*, die 4 Maii.)

Pane cœli saturata,
 Stat à terris elevata
 Cubiti distantia;
 Mente rapta exultavit:
 Volitemus, exclamavit,
 Ad cœli fastigia.

(*Himn. Sanctæ Monicæ.*)

Desde entonces esta idea del cielo la ocupó constantemente, y aunque siempre sentía, como todos los Santos, gran desprecio de la tierra y ardiente aspiración á la patria celestial; sin embargo, abandonar este mundo antes de la conversión de Agustín, y dejarle acá abajo en tinieblas y peligros yéndose ella á gozar y reposar allá arriba, ni siquiera se le habia pasado por la imaginación; y de habérsele ocurrido tal idea, la habria rechazado con toda su alma. Mónica queria convertir á Agustín, y mientras no consiguiese esto, no podia pensar en otra cosa. Por eso, ahora que le veia ya convertido, piadoso y sin necesitar su protección, la idea del cielo volvía á dominarla, hablaba y dirigía sin cesar hacia él sus ardientes miradas; y como de los expatriados se dice que tienen el mal del país, así también podia afirmarse de Mónica que tenía la nostalgia del cielo.

El viaje no interrumpia esta idea, al contrario la fijaba, elevándose con el pensamiento de la inestabilidad de las cosas humanas á un deseo cada vez más vivo de las moradas eternas. Recogida, serena, unida á Dios y no ocupándose más que de la eternidad, iba satisfecha al Africa; porque en realidad, para ella era trasladarse al cielo.

Si el viaje no interrumpia la contemplación de Santa Mónica, mucho menos impedía la ora-

ción y el estudio de su hijo. Desde que se convirtió, había éste dividido el tiempo en dos partes: una la dedicaba á orar, á recitar los salmos, á la lectura de las Santas Escrituras y á la vida íntima con Dios, que es la verdadera felicidad y reposo de este mundo; y la otra parte la consagraba al estudio de las cuestiones más sublimes, así filosóficas como teológicas. Acababa de terminar en Milán el *Tratado contra los maniqueos*, bullía en su cabeza el *Tratado de la Religión*, y elevándose aún más, empezaba á fijarse en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación: todo esto durante el viaje.

Acababa también de preparar, siguiendo el consejo de su madre, el plan de vida común, grave, sencilla, ignorada y oculta en Dios, que poco antes había ensayado en Casiaco, y que estaba decidido á no abandonar jamás. Con esta idea, al pasar por Pisa Santa Mónica y San Agustín, se desviaron un poco del camino para ver una cosa que llamaba singularmente su piadosa atención. Los espesos Apeninos habían dado asilo á piadosos solitarios, que renovaban en ellos las maravillas de la Tebaida. San Agustín y Santa Mónica que, antes de salir de Milán, habían visitado á los religiosos y á las vírgenes dirigidas por San Ambrosio, á fin de adquirir en su piadoso trato luz é instrucciones sobre el gé-

nero de vida que iban á entablar, quisieron ver también á éstos y conferenciar con ellos. Desgraciadamente no se conserva noticia alguna de esta excursión, es uno de los sucesos sobre los que ha dicho San Agustín: «Paso en silencio muchas cosas porque tengo deseos de concluir. »Bendito seáis, Dios mío, no solamente por mis palabras sino también por mi silencio, y por tantísimos favores como de vuestra bondad he recibido (1).»

No encontraremos ya á nuestros viajeros hasta Civita-Vecchia (ciudad antigua). La tradición ha conservado allí el recuerdo de un hecho célebre, y que confirma lo antes dicho sobre las profundas investigaciones filosóficas y teológicas á que se entregaba Agustín, aun yendo de viaje. En una de esas largas paradas, á que la manera de viajar en aquella época obligaba muchas veces, paseábase Agustín á la orilla del mar procurando, tal vez temerariamente, entender el misterio de la Trinidad, cuando descubrió un niño encantador, que habiendo hecho un hoyo en la arena, se entretenía en coger agua con una concha y derramarla en él. Al ver esto el Santo, se detiene, le mira y, sonriendo con bondad, le pregunta si pensaba meter allí toda el agua del

(1) *Confes.*, lib. XI, cap. VIII.

Océano. «¿Y por qué no? replicó el niño: esto »sería más fácil que meter en tu razón el océa- »no incomprensible de la Santísima Trinidad.» Muéstrase todavía el sitio donde tuvo lugar esta graciosa é instructiva escena, honrado desde muy atrás por una iglesia bajo la advocación de San Agustín.

Nuestros viajeros pasaron de Civita-Vecchia á Roma; porque en el momento de abandonar á Italia para siempre, Agustín no podía menos de depositar en la tumba de San Pedro la alegría que le causaba su fe renacida, y Mónica la felicidad de ver á su hijo regenerado. Además, ya que pensaban en la vida religiosa, y se habian separado del camino para buscar en las gargantas de los Apeninos modelos vivos de esta misma vida, ¿podía Roma no ofrecer á su piedad monasterios de hombres y de mujeres, cuyo número, pureza y perfección tanto celebró Agustín?

Entraron, pues, en Roma todos nuestros viajeros, sin que de ello pueda caber duda alguna; mas temerosos del invierno que se adelantaba blanqueando ya las cimas de los Apeninos, sólo permanecieron unos días en la capital del Catolicismo. Mónica además temía que su hijo, enfermo del pecho, pudiera resentirse, y en vista de esto apresuró la marcha al puerto de

Ostia, donde esperaba hallar buque que les condujese al Africa.

Fué necesario esperar allí algunos días, y entonces tuvo Mónica un segundo arrobamiento menos impetuoso que el primero, pero que elevó mucho su alma. Hallábase sentada en la ventana de una casa próxima al mar, sucediendo esto por el Otoño cuyas tardes son allí bellas como en ningún país. El sol se ponía, los últimos resplandores reflejaban en la planicie del Mediterráneo, y para contemplar tan majestuoso espectáculo, sentose también Agustín al lado de su madre. El silencio que reinaba, la belleza del cielo, la ilimitada extensión de las aguas, la idea de lo infinito que llenaba el corazón de Mónica y Agustín, y su paz externa, inferior á la que gozaban interiormente, todo elevaba poco á poco sus almas, y puso en sus labios una de esas conversaciones que no se usan en la tierra.

«Estando solos en esta ventana, dice San
»Agustín, mi madre y yo empezamos á hablar
»dulcemente, y olvidando el pasado, atentos
»sólo al porvenir, llegamos á preguntar, cuál
»sería en la vida eterna la felicidad de los San-
»tos; esa felicidad que aquí nadie vió ni oyó, ni
»el corazón humano ha sospechado; y así ha-
»blando, aplicábamos los labios del alma á esos
»manantiales de vida que residen en Vos, Dios

»mío, á fin de que, regados y robustecidos,
»pudiéramos llegar á estancia tan elevada (1).

»Pero bien pronto echamos de ver que el ma-
»yor deleite de los sentidos corporales, y el ma-
»yor esplendor terreno que puede concebirse, no
»solamente era indigno de ponerse en paralelo
»con la felicidad eterna, sino que ni aun posible
»era compararlos.

»Subyugados por el amor hacia esa felicidad
»imperecedera, recorrimos una después de otra
»todas las cosas corporales; y hasta el mismo
»cielo resplandeciente con los rayos del sol
»próximo ya á desaparecer, así como también la
»luna y las estrellas que empezaban á brillar so-
»bre nuestras cabezas: subiendo aún más con
»nuestros pensamientos y atraídos por el encan-
»to de vuestras obras, llegamos hasta nuestras
»almas; pero sin detenernos, pasamos adelante
»queriendo llegar á esa región donde está la
»vida verdadera, abundante, inagotable y eter-
»na: una vez á tanta altura, sentimos hacia
»Vos, Dios mío, impulso de amor tal, arrebatá-

(1) «Colloquebamur ergo soli valdè dulcitèr; et præ-
terita obliviscentes, in ea quæ ante te sunt atenti, quæ-
rebamus inter nos apud præsentem veritatem, quod tu
est, qualis futura esset vita æterna sanctorum, quam nec
oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis as-
cendit.» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

»dor y poderoso en tanto grado, que llegaron
 »nuestros corazones como de un salto, á la re-
 »gión bienaventurada (1).»

En resumen, Santa Mónica y San Agustín se elevan hacia Dios á impulsos del amor, y, por decirlo así, de un solo vuelo llegan hasta su tro-
 no: he aquí lo que se llama raptó. ¿Cuánto tiempo permanecieron en tal estado, mudos y fuera de sí mismos? Ni el uno ni la otra podrían decirlo, pues en la suspensión de facultades y sentidos que se llama éxtasis, el tiempo no corre para el alma afortunada; y aun cuando durara un siglo, sería para ella menos que un relámpago, y como cortina que se levanta y vuelve á caer en

(1) «Sed inhiabamus ore cordis in superna fluente fontis tui, fontis vite qui est apud te: ut inde pro capitu nostro aspersi, quoquo modo rem tantam cogitaremus. Cumque ad eum finem sermo perduceretur, ut carnalium sensuum delectatio quantalibet, in quantalibet luce corporea, præ illius vite jucunditate, non comparatione, sed ne commemoratione quidam digna videretur; erigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambulavimus gradatim cuncta corporalia, et ipsum cælum unde sol et luna, et stellæ lucent super terram. Et adhuc ascende-bamus interiorius cogitando, et loquendo, et mirando opera tua; et venimus in mentes nostras, et transcendimus eas, ut attingeremus regionem ubertatis indeficientis. Et dum loquimur et inhiamus illic, attingimus eam modicè toto ictu cordis.» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

el acto. De tan venturoso estado no se sale jamás sino con pena. «Nosotros, dice San Agustín, »exhalamos un suspiro al pensar que era preciso »bajar de la altura á que habíamos subido, y de- »jando allí cautivo nuestro espíritu y corazón, »volvimos al común modo de hablar, según el »cual la palabra suena para ser oída, comien- »za y acaba (1).»

Después de este silencio cuya duración se ignora, y en el que Santa Mónica y San Agustín completamente absortos, se habían olvidado de sí mismos, la conversación continuó entre ambos, poco más ó menos en los siguientes términos: «Supongamos, que se encontrase un alma »enteramente libre de la ruidosa inquietud que »en ella causan las impresiones del cuerpo; que »no la conmovieran de modo alguno las sensa- »ciones que por la vista y demás sentidos recibe »de la tierra, de las aguas y de los cielos; que »esta misma alma no hablase consigo misma y »que, como olvidada de sí, no reflexionase; que »no la hablaran tampoco los sueños ni las ima- »ginaciones, y por último, que libre de todo len- »guaje, enmudeciesen las criaturas, después de

(1) «Et suspiravimus et reliquimus ibi religatas primitias spiritus, et remeavimus ad strepitum oris nostri, ubi verbum et incipitur et finitur.» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

»haberla dicho lo que están diciendo siempre á
 »cuantos quieren oírlas: *No nos hemos hecho á*
 »*nosotras mismas, sino que nos hizo el que*
 »*permanece y dura eternamente.* Supongamos
 »también que, después de decirlo, esta voz se
 »impusiera silencio á sí misma, y guardándole
 »todo el universo, como para atender y escuchar
 »á su Criador, hablase entonces Él sólo y por sí
 »mismo á aquella alma, y que ésta oyese su pa-
 »labra, no de boca de los hombres, ni de boca de
 »los ángeles, ni mediante el fragor de las tempes-
 »tades, ni por símbolos ni enigmas, sino del mis-
 »mo Criador que el alma adora en estas criaturas;
 »y que le oyera, digo, hablar sin ellas, como nos-
 »otros acabamos de experimentarlo, llegando por
 »un raptó de amor hasta la eterna é inmutable
 »sabiduría. Supongamos en fin, que esta sublime
 »contemplación dura siempre; que desaparecen
 »del espíritu todas las demás cosas que son de
 »un orden inferior; que sólo aquélla arrebate,
 »cative y absorba al contemplador en su gozoso
 »éxtasis, y que la vida sea eternamente igual á
 »la clara inteligencia que nosotros hemos tenido
 »ahora: ¿no sería esto cuanto se le promete al
 »alma diciendo: *Entra en el gozo de tu Señor:*
 »*Intra in gaudium Domini tui* (1)?»

(1) «Dicebamus ergo: Si cui sileat tumultus carnis, sileant phantasie terre et aquarum et aeris, sileant et

Tales eran los pensamientos del hijo y de la madre: rebosaban en sus almas la alegría espiritual, el olvido del mundo, el amor de Dios y la aspiración cada vez más ardiente hacia el cielo, que había producido las escenas referidas. Sentados á la ventana de su morada en Ostia, asidos de la mano, y con los ojos y el corazón levantados al cielo, contemplaban sucesivamente la tierra, el mar, los astros, en una palabra, todas las cosas creadas; y hallándolas transitorias y pequeñas, subían juntos, dejando este valle de lá-

poli, et ipsa sibi anima sileat, et transeat se non se cogitando, sileant omnia et imaginariæ revelationes, omnis lingua et omne signum, et quidquid transeundo fit, si cui sileat omnino; quoniam si quis audiat, dicunt te omnia: non ipsa nos fecimus, sed fecit nos qui manet in æternum. His dictis, si jam taceant quoniam exeruerunt aurem in eum qui fecit ea: et loquatur ipse solus, non per ea, sed per se ipsum, et audiamus verbum ejus, non per linguam carnis, neque per vocem angeli, nec per sonitum nubis, nec per ænigma similitudinis, sed ipsum quem in his amamus, ipsum sine his audiamus, sicut nunc extendimus nos, et rapida cogitatione attingimus æternam sapientiam super omnia manentem; si continetur hoc, et subtrahantur aliæ visiones longè imparis generis, et hæc una rapiat et absorbeat, et recondat in interiora gaudia spectatorem suum, ut talis sit sempiterna vita, quale fuit hoc momentum intelligentiæ, cui suspiravimus, nonne hoc est: *Intra in gaudium Domini tui?*» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

grimas, á la región de la hermosura imperecedera y del amor eterno.

«Hijo mío, dice Mónica con gravedad y ternura, al acabar esta conversación: nada al presente me detiene ya en la tierra, no me resta en ella cosa alguna, ni sé por qué vivo ya, hallándose todas mis esperanzas realizadas. Por una sola cosa deseaba vivir, y era el verte cristiano y católico antes de mi muerte. Pues bien, Dios ha hecho mucho más, y una vez que te veo despreciar la felicidad terrena por su divino servicio, ¿qué espero ya en el mundo (1)?»

Más adelante, aprovechando un momento en que Agustín no estaba presente, habló del poco valor de esta vida, y de la felicidad que la muerte acarrea; y como Alipio, Navigio y demás que la oían, admirados de tan varonil virtud, le preguntasen si no sentiría por lo menos morir y dejar el cuerpo lejos de su patria: «¡Oh! no,

(1) «Fili, quantum ad me attinet, nulla jam re delector in hac vita. Quid hic faciam adhuc et cur hic sim nescio, jam consumpta spe hujus sæculi. Unum erat propter quod in hac vita aliquantum immorari cupiebam, ut te christianum catholicum viderem priusquam morerer. Cumulatus hoc mihi Deus meus præstitit, ut te etiam, contempta felicitate terrena, servum ejus videam, quid hic facio?» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

»les contestó, nada hay lejos para Dios: ni hay
»que temer se le olvide ó no sepa el lugar donde
»reposa mi cuerpo, para resucitarle al fin del
»mundo (1).»

Esta abnegación é indiferencia, respecto del lugar de su muerte, era nueva en Santa Mónica, apareciendo preciosa como la última flor que se abre; pues hasta entonces, según San Agustín, siempre se había mostrado preocupada del lugar de su sepultura: habíala hecho construir en Thagaste, y precisamente porque su marido le causó grandes disgustos, quería que su cuerpo reposara en la misma tumba que él. Este deseo había crecido desde que Patricio, volviéndose á Dios, abrazara el Cristianismo; y desde que conducido á la luz, habían disfrutado la inefable ternura de que hemos hablado ya. Por eso, al salir de Africa en busca de Agustín, dió las órdenes necesarias á fin de que, si llegaba á morir, su cuerpo se trasladase á Thagaste; deseando dejar al mundo esta prueba de fidelidad, y queriendo se dijera siempre que, no obstante haber pasado el mar y haber muerto á tanta distancia, sus cenizas reposaban con las de su marido en una misma tumba (2).

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. X.

(2) *Confes.*, lib. IX, cap. XI.

Poco á poco y á medida que Mónica se aproximaba al cielo, estos pensamientos palidecían en ella. Dormir aquí ó allí, en Italia ó en Africa ¿qué importa con tal que vayamos á despertar en la gloria? Siempre que los corazones estén unidos, ¿qué importa que las cenizas reposen ó no en un mismo sepulcro? Patricio estaba en Dios, ella iba también al mismo Dios, y Agustín vendría sin tardar á unirse con ellos; lo demás no merecía la pena.

En tal estado, desprendida y olvidada de todo, no teniendo ya misión en la tierra, sin impaciencia ni temor y con la acostumbrada tranquilidad de ánimo, Mónica esperaba la señal que estaba próxima.

En efecto, cinco días después de la mencionada conversación, fué acometida de fiebre que la obligó á guardar cama. Creyóse al pronto no sería más que un poco de cansancio, ocasionado por el largo viaje; pero ella no se engañó, y entendiendo que la llamaba el Esposo, no pensó más que en prepararse á recibirle.

Pronto lo comprendió mejor; pues estando recogida y orando, tuvo un nuevo arrobamiento y tan dulce y vehemente éxtasis, que puso su cuerpo tan inmóvil como si estuviera muerto. Agustín, Adeodato y Navigio corrieron en su auxilio, y buscaban medios de volverle el sentido, cuan-

do abriendo los ojos suavemente, «¿Adónde estoy?» dijo asombrada, y para revelar las altas regiones de donde venía, y lo que allí había visto: «Aquí dejaréis enterrada á vuestra madre», añadió (1).

Al oir estas palabras bien claras por cierto, sintió Agustín que de su corazón subía un mar de lágrimas; pero tuvo fuerza suficiente para reprimirlas. No así Navigio que, más débil, exclamó diciendo: «¡Morir, y morir aquí! si al menos fuese en nuestra patria!» Al percibirlo Mónica, dirigióle una mirada de amable reconvención, y hablando después con Agustín como más fuerte: «Hijo mío, le dijo, ¿oyes lo que dice éste?» Y continuó: «*Enterrad mi cuerpo donde quiera, y no os preocupéis de él; lo que pido y recomiendo eficazmente, es que os acordéis de mí ante el altar del Señor, en cualquier lugar que estéis* (2).»

Desde entonces guardó completo silencio,

(1) «Cum ægrotaret, quodam die defectum animæ passa est, et paululum subtracta a presentibus. Nos concurrimus, sed cito reddita est sensui, et aspexit astantes, me et fratrem meum, et ait nobis quasi querentibus: «Ubi eram?» Deinde nos intuens mœrore attonitos, «Ponetis hic, inquit, matrem vestram.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XI.)

(2) «Ponite, inquit, hoc corpus ubicumque: nihil vos ejus cura conturbet; tantum illud vos rogo, ut ad Do-

ocupada únicamente en preparar su alma para la venida del Esposo. Examinóse tranquila y cuidadosamente, á fin de quitar el polvillo que se adhiere aun á las flores más bellas; y se esforzó cuanto pudo para que la fe, el amor, la esperanza, la humildad y el más completo desasimiento de las cosas de la tierra, llenasen completamente su corazón antes que llegare aquel á quien esperaba.

Mónica sufría dolores intensos, pero el dolor no es obstáculo á la transformación de las almas; al contrario, es obrero muy activo. El amor es más fuerte que el dolor y que la muerte, y cuando los tres trabajan de consuno en purificar y adornar una alma, adquiere ésta en pocas horas blancura y belleza incomparables.

Agustín presenciaba silencioso todo lo dicho. Un año atrás semejante espectáculo, para él incomprensible, le habría hecho sucumbir, pero de entonces acá en el hijo se había ingertado el cristiano, y en el cristiano había ya algo del sacerdote que iba á mostrarse luego. Así que, lleno de ternura filial y virilidad cristiana, Agustín no se separaba de su madre; y unas veces admirado, y otras lleno de dolor, seguía atentamente y ayudaba con su oración el maravilloso,

mini altare memineritis mei, ubi fueritis.» (*Confes.*, libro IX, cap. XI.)

aunque para él lamentable esfuerzo que iba á separar de la tierra á Santa Mónica.

Llena ésta de fortaleza, le animaba con sus miradas, y como, no obstante el sufrimiento, conociese que venía su postrera hora, y que necesitaba sólo un pequeño empuje, le daba gracias por su apoyo. Llamábale su buen hijo, y creyendo leer en su frente el disgusto que le causaba haber sido durante tantos años causa de sus lágrimas, le abrazó cariñosamente asegurándole que jamás pronunciaron sus labios palabra que pudiese mortificarla (1).

Pasaron así nueve días, al cabo de los cuales sonó la hora de la partida, añadiendo Dios un gran sacrificio á los dolores de sus últimos momentos. Mónica deseaba recibir la santa Eucaristia, como viático del largo viaje que iba á emprender; pero estaba tan mal su estómago, que fué preciso negarle este consuelo. A falta del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo toma una cruz en la mano, y hasta que exhaló el último suspiro, sus ojos la miraron sin cesar.

(1) «In ea ipsa ægritudine obsequiis meis inter blandiens, appellabat me piam, et commemorabat grandi dilectionis affectu, nunquam se audisse ex ore meo jaculatum in se durum aut contumeliosum.» (*Confes.*, libro IX, cap. IX.)

Orando silenciosa, llena de fe, olvidada de lo terreno, y feliz al pensar que iba la primera adonde más tarde se le uniría Agustín, dejaba ver sobre su rostro, cual sol que se pone en clara y esplendente tarde de verano, un reflejo de luz, de gozo y de tranquilidad.

Refiérese que en sus últimos momentos, como pidiese Mónica la Eucaristía que se le rehusaba por el mal estado de su estómago, apareció en su habitación un niño, semejante al que días antes encontrara Agustín á la orilla del mar, el cual aproximándose al lecho de la Santa, la abrazó, y que inmediatamente, cual si este niño la hubiese llamado, Mónica dejó caer su cabeza exhalando el último suspiro (1). Agustín, Adeodato, Navigio, Alipio y Evodio estaban de rodillas en torno del lecho, *cquando esta alma santa rompió las ataduras del cuerpo*, para volar al cielo. Era el noveno día de su enfermedad, el año cincuenta y seis de su nacimiento, el treinta y tres del de Agustín y un poco antes del 13 de Noviembre

(1) «Cum apud Ostia Tiberina infirmaretur, et sacramentum a nobis fideliter peteret, nec dolore stomachi vexata valeret retinere, visibiliter infantulus nocte media ad lectum Dei famulae venit, eamque in pectore amplectens, anima illa sancta ad coelum volavit.» (*Boll.*, die 4 Maii.)

(387); pero se ignora el día fijo en que esto tuvo lugar (1).

Al expirar Mónica, lanzó Adeodato un grito lastimero y se abrazó al cuerpo de su abuela, bañándola con sus lágrimas; mas se le hizo callar inmediatamente, pues siendo tal muerte un verdadero triunfo, no se quería deslucirle con el llanto. Apaciguado Adeodato, se arrodillaron todos para orar en silencio, mas Agustín no pudo reprimirse: sintiendo en su alma indecible dolor, y conteniendo á fuerza de energía los arroyos de lágrimas que venían á sus ojos, se levanta, se aproxima al lecho, mira detenidamente y contempla por última vez el rostro de su madre; y después de cerrar, lleno de gratitud, aquellos ojos que tanto habían llorado por él, huye de la estancia presuroso, no queriendo lanzar gemidos cuando, según la creencia y sentimiento cristiano, todo debiera respirar alegría (2).

Habiéndose esparcido entretanto por el pueblo la noticia de la muerte de Mónica, acudió á su morada gran número de cristianos y de piadosas mujeres. Hacía muy pocos días que la

(1) «Ego die nono ægritudinis suæ, quinquagesimo et sexto anno ætatis suæ, trigesimo et tertio ætatis meæ, anima illa religiosa et pia corpore soluta est.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XL.)

(2) *Confes.*, lib. IX, cap. XII.

Santa residía en Ostia, y sin embargo, sea que la fama de Agustín y la noticia de su conversión y bautismo la hubiesen precedido; sea más bien que las maravillas, que honraron los últimos días de Mónica, se hubiesen difundido entre las gentes del pueblo; sea tal vez que, como de ello hay ejemplos en la vida de los Santos, Dios hubiese revelado á algunas almas el misterio de piedad que acababa de cumplirse, la habitación donde había fallecido, se vió llena de cristianos que alababan á Dios por una muerte tan santa.

Mientras tanto, Navigio, Evodio, Alipio y Adeodato recitaban en alta voz los salmos de David, y Agustín, colocado en medio de ellos, sufría un doble y terrible dolor. Por una parte sentía desgarrársele la vida, compuesta de la de su madre y de la suya que formaban una sola, teniendo el corazón traspasado de un dolor tan espantoso que hacía afluir á sus ojos arroyos de lágrimas; pero á la vez estaba enajenado y como fuera de sí, al ver las maravillas ocurridas en la defunción. Persuadido de que su muerte había sido un triunfo, y creyendo por tanto que no debía llorarla, luchaba enérgicamente con las lágrimas, y ordenaba á sus ojos que continuasen secos. «Sentía, »dice, en mi corazón un dolor inmenso, y éste »me producía torrentes de lágrimas; pero mis ojos

»obedientes al imperio del alma, los reprimían
»permaneciendo enjutos: semejante lucha me
»desgarraba (1).»

En efecto, cuanto menos lloraba Agustín, mayor y más intolerable era su pena. No pudiendo abrirse paso las lágrimas, inundaban su corazón y le atormentaban. «Yo, continúa diciendo, impedía el curso de mi dolor que por de pronto cedía algo: pero se presentaba luego impulsado por su misma violencia, sin que á pesar de eso apareciesen mis lágrimas, ni mucho menos se alterase el rostro: sólo yo conocía la terrible lucha de mi corazón, agobiado por toda clase de penas (2).»

El día de la muerte y el siguiente le pasó Agustín velando, orando al lado de su madre, recitando los salmos en una sala inmediata, acompañado de sus amigos, hablando con ellos y, por último, siguiendo el cortejo fúnebre, pálido, si-

(1) «Quoniam itaque descrebar tam magno ejus solatio, sauciabatur anima mea, et quasi dilaniabatur vita, quæ una facta erat ex mea et illius.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XII.)

(2) «Increpabam molliem affectus mei, et constringebam fluxum mœroris, cedebatque mihi paululum; rursusque impetu suo ferebatur, non usque ad eruptionem lacrymarum, nec usque ad vultus mutationem; sed ego sciebam quid corde premerem.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XII.)

lencioso, abatido, devorado por la tristeza y lleno de turbación. «Seguí al cuerpo que se llevó á la iglesia, y volví, dice, sin haber vertido una lágrima. No lloré ni al recitar las oraciones que os dirigíamos al ofrecerse el santo sacrificio en sufragio de su alma, ni cuando el cadáver estuvo ya al borde de la fosa en que iban á sepultarle; no, ni una lágrima al oír esas oraciones, pero la tristeza me consumía, y mi corazón despedazado os pedía, Dios mío, según le era posible, que os dignarais sanarle (1).»

Por la tarde ensayó Agustín algunos medios usados entre los antiguos; pues novicio en la fe, embarazábanle no poco sus ideas estoicas. Buscaba en el baño, en el paseo y en el sueño, la dulcificación de su pena, no queriendo llorar, costárale lo que costara; pero á pesar de sus grandes esfuerzos, fuéle imposible contenerse.

Al día siguiente, cuando despertó y no vió á su madre; pensando en su bondad, en su ca-

(1) «Cum ecce corpus elatum est, redimus sine lacrymis. Nam neque in eis precibus quas tibi fudimus cum offerretur pro ea sacrificium pretii nostri, jam juxta sepulcrum posito cadavere, priusquam deponeretur, sicut illic fieri solet, nec in eis precibus ego fleui; sed toto die graviter in occulto mœstus eram, et mente turbata, rogabam te, ut poteram, quo sanares dolorem meum.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XII.)

riño, en el profundo é inalterable afecto con que le había tratado, y en los servicios, más de criada que de madre, que le prestara durante treinta años largos, su corazón se deshacía. «Solté pues, el dique á mis lágrimas, que hasta entonces había contenido, dice Agustín, y dejándolas correr cuanto quisieron, solo y sentido sobre mi cama, lloraba sin testigos la pérdida irreparable de una madre, que por tantos años no cesó de llorar por mí (1).»

Desde entonces hasta la muerte, Agustín estuvo siempre de duelo; ni por un momento olvidó á su madre. Todos los dias oraba por ella, y cuando fué sacerdote, todas las mañanas la tenía presente en el altar santo, cumpliendo la recomendación que le hiciera, próxima á morir. En cada instante veía la imagen de Mónica que, aproximándose, le excitaba cariñosamente á vivir en la virtud y á no separarse jamás de Dios. Hablaba de esto con frecuencia á los amigos, y algunas veces hasta refirió á los fieles las virtudes de su madre. Un dia, por ejemplo, siendo ya de edad muy avanzada, y pasados más de

(1) «Et dimisi lacrymas quas continebam, ut effluerent quantum vellent, subteruens eas cordi meo... Et libuit flere in compectu tuo de illa et pro illa, de me et pro me...» (*Confes.*, lib. XI, cap. XII.)

treinta años después de su muerte, hablaba de los difuntos, del respeto que se debe á su memoria, de la obligación de pedir por ellos y de las supersticiones que es preciso evitar, v. gr. la de que pueden volver á la tierra y aparecérsenos: entonces tuvo un vivo y amante recuerdo de su madre. «¡Oh! no, dijo el Santo, los muertos no »vuelven; porque si tuviesen esa facultad, no ha- »bria noche en que no viese yo á mi piadosa ma- »dre; á la que, mientras estuvo en el mundo, no »podía separarse de mí, y á la que, por mar y »tierra me ha seguido hasta los más lejanos paí- »ses queriendo estar siempre á mi lado. No per- »mita el cielo, añadía, que al entrar mi madre »en una vida más afortunada y más dichosa, »haya dejado de ser para mí tan amante como »era, y que haya de atribuirse á esta causa el »que no venga á consolarme cuando sufro: ella, »mi madre; me ha amado mucho más de lo que »yo pudiera decir.»

Pero lo que prueba aún más el tierno y profundo recuerdo que Agustín guardó siempre para su madre, es el libro de las *Confesiones*. En esa obra inmortal, que escribió para alejar de sí la admiración que excitaba, y que dió por resultado engrandecerle más todavía, es donde se ve el amor que había profesado á su madre, aunque deseando humillarse, haya debido dejarla como

entre sombras, temeroso de que la aureola de la Santa pudiera iluminar su propia frente; en ella, á pesar de sus reticencias y medias palabras, es donde se ve brillar la dulzura, la piedad, la modestia virginal, la castidad purísima, el heroísmo maternal y el amor divino de esta mujer incomparable; en esa obra, en fin, es donde aparece lo que es una madre cristiana, lo que puede hacer para salvar á sus hijos. y, después de curarlos y resucitarlos con ferviente oración, el piadoso, tierno é indestructible reconocimiento que hace germinar en sus corazones.

Demos de esto la última prueba, y terminemos la relación de muerte tan admirable, citando una página de las *Confesiones* que es de singular belleza, y hace resonar con acentos nunca oídos un dolor filial que el tiempo ha calmado sin debilitarle, y un amor que la separación ha purificado, pero robusteciéndole.

«Ahora, dice San Agustín, ahora, esto es,
»trece años después de la muerte de mi madre,
»ahora que estoy ya curado de aquella herida que
»sufrió mi corazón por exceso tal vez de mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mío, otro género
»muy diferente de lágrimas: las que me arranca
»el temor pensando en la triste suerte del alma
»que muere en el estado miserable de los hijos
»de Adán. Verdad es, Señor, que mi madre fué

»regenerada en Cristo, y mientras vivió en este
 »mundo, tuvo una conducta tan justificada que
 »da motivo á que se alabe vuestro santo nombre;
 »pero con todo eso no me atreveré á asegurar.
 »que, desde la recepción de la gracia en el bau-
 »tismo, no se escapase de su boca alguna pala-
 »bra prohibida en vuestros mandamientos. Por
 »esto, pues, Vida mía y Dios de mi corazón, ol-
 »vidando ahora las buenas obras de mi madre,
 »por las cuales os bendigo y rindo acciones de
 »gracias, os pido el perdón de sus pecados. Con-
 »cedédmelo, Señor, por los méritos de Jesucristo,
 »médico de las almas, que murió en la cruz y
 »que, sentado hoy á vuestra diestra, no cesa de
 »interceder por nosotros. Yo sé que mi madre
 »ejercitó las obras de misericordia, y perdonó
 »muy de corazón á todos los que la habían ofen-
 »dido; pues bien, Señor, perdonadla Vos también
 »á ella sus deudas, si contrajo alguna en tantos
 »años como vivió, después que fué lavada en las
 »aguas del bautismo. *Perdonadla, Señor, per-*
donadla, y no entréis con ella en juicio. Sobre-
salga, Señor, la misericordia por encima de
»vuestra justicia (1).

(1) «Ego autem jam sanato corde ab illo vulnere in
 quo poterat redargui carnalis affectus, fundo tibi, Deus
 noster, pro illa famula tua longè aliud lacrymarum ge-
 nus, quo manat de concusso spiritu consideratione pe-

»Pero ¿no habréis hecho ya Vos lo que os pido? Así lo creo, mas sin embargo aceptad, Señor, este mi deseo... que ninguno prive á mi madre de vuestra protección; que ni por la fuerza, ni por la astucia pueda el dragón infernal colocarse entre ella y Vos. Verdad es que no se atreverá á decir que no debe cosa alguna, temiendo ser convencida de lo contrario por su astuto acusador; pero responderá que su deuda le ha sido ya condonada por aquel Señor, á quien nadie puede satisfacer lo que pagó por nosotros sin deberlo (1).

riculorum omnis animæ quæ in Adam moritur. Quamquam illa in Christo vivificata, etiam nondum à carne resoluta, sic vixerit ut laudetur nomen tuum in fide moribusque ejus, non tamen audeo dicere, ex quo eam per baptismum regenerasti, nullum verbum exiisse ab ore ejus contra præceptum tuum. Ego itaque, laus mea et vita mea, Deus cordis mei, repositis paulisper bonis ejus actibus, pro quibus tibi gaudens gratias ago, nunc pro peccatis matris meæ deprecor te; exaudi me per medicinam vulnerum nostrorum quæ pependit in ligno, et sedens ad dexteram tuam, te interpellat pro nobis. Scio misericorditer operatam, et ex corde dimississe debita debitoribus suis; dimitte illi et tu debita sua, si qua etiam contraxit per tot annos post aquam salutis. Dimitte, Domine, dimitte: obsecro ne intres cum ea in judicium.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XIII.)

(1) «Et credo jam feceris quod te rogo, sed voluntaria oris mei approba, Domine. Nemo à protectione tua

»Descanse eternamente en paz con su marido,
 »único que tuvo; habiéndole servido de manera
 »que, mercediendo mucho para con Vos por su
 »paciencia, logró ganarle para vuestro servi-
 »cio. Inspirad, Dios mío, á vuestros servidores
 »que miro como á hermanos, é inspirad también
 »á vuestros hijos que venero como á señores
 »míos y á quienes sirvo con mi palabra, con mi
 »corazón y mis escritos, que al leer estas *Con-*
 »*fesiones*, hagan ante vuestros altares conme-
 »moración de Mónica vuestra sierva, y junta-
 »mente de Patricio su esposo, por quienes me
 »disteis el ser y me trajisteis al mundo sin sa-
 »ber yo cómo; y que se acuerden con afectuosa
 »caridad de los que fueron mis padres en esta
 »luz y vida transitoria, como se lo ruego á
 »todos.

»Así tendré yo el consuelo de haber procura-
 »do á mi madre las oraciones de muchos, y de
 »conseguirle por medio de estas *Confesiones*.
 »mejor que por mis ruegos, la última cosa que

dirumpat eam. Non se interponat nec vi nec insidiis leo
 et draco; neque enim respondebit illa nihil se debere ne
 convincatur et obtineatur ab accusatore callido, sed
 respondebit dimissa debita sua ab eo cui nemo reddet
 quod pro nobis non debens reddidit.» (*Confes.*, lib. IX,
 cap. XIII.)

me pidió y encargó desde su lecho de muerte (1).»

(1) «Sit ergo in pace cum viro, ante quem nulli et post quem nulli nupta est; cui servivit fructum tibi afferens cum tolerantia, ut eum quoque lucraretur tibi. Et inspira, Domine meus, Deus meus, inspira servis tuis fratribus meis, quibus voce et corde et litteris servio, ut quorquod hæc legerent meminerint ad altare tuum Monicæ famulæ tuæ, cum Patricio quondam ejus conjugē, per quorum carnem introduxisti me in hanc vitam quemadmodum nescio. Meminerint cum affectu pio parentum meorum in hac luce transitoria... Ut quod à me illa poposcit extremum, uberiùs ei præstetur in multorum orationibus per confessiones, quam per orationes meas.» (*Confes.*, lib. IX, cap. XIII.)





CAPITULO XVI

EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS

SANTA Mónica había muerto llena de felicidad y de contento, viendo á su hijo fiel y fervoroso cristiano; ¿qué hubiese sido si esta bondadosa madre hubiera presenciado la continuación de su bella obra, y asistido al desarrollo extraordinario de santidad é ingenio que debía efectuarse en Agustín, y del cual su vida de Casiano había sido pálida aurora? Dios no lo quiso, era tal vez demasiada felicidad para esta tierra, y debía gozarla sólo en la eternidad: mas á quienes por entre las obscuridades de la historia aspiramos á entender lo que fué esta santa mujer, permítase que nos fijemos en tan maravilloso espectáculo; y si es verdad que Mónica no tuvo solamente la misión de convertir á su hijo, sino

también la de preparar y dar á la Iglesia el mayor de sus doctores, según resulta de la historia, estudiar á la madre será contemplar en toda su extensión el genio y santidad del hijo que dejó en la tierra; y esta pintura del gran genio y corazón de Agustín, si lográramos hacerla debidamente, podría ser un *fondo de oro*, sobre el cual el rostro venerable de Santa Mónica aparecería esplendoroso.

Luego que Agustín dió sepultura al cuerpo de su madre, resolvió pasar á Roma. No sentía valor para abandonar tan querida tumba, y acordó quedarse en Italia, orar á menudo ante ella, y buscar allí las luces é inspiraciones que una madre no niega á sus hijos, aun después de bajar al sepulcro. Permaneció en Roma un año entero, continuando el género de vida que comenzara en Cásiaco: empleaba la mañana en la oración, en la meditación de la Santa Escritura que no abandonó ya jamás, y escribiendo muchas obras en que nos ocuparemos luego. Por la tarde visitaba las iglesias y lugares santos tan numerosos allí: las Catacumbas, donde conmovido besaba las reliquias de los mártires, y, sobre todo, los monasterios, de los que apenas salía, iniciándose así en la vida religiosa á que aspiraba su corazón, y que se proponía establecer en África. Cuando se leen las pocas cartas que

escribía en aquella época, se descubre el ardor santo que iba apoderándose de su alma. No respiraba sino humildad y pobreza, suspiraba por la soledad, en la cual, según sus palabras, se puede como en ninguna parte *santificarse* y hasta *deificarse*, y llamaba á la muerte «amiga del amor, »porque abre la puerta, y le permite llegar hasta »Aquel á quien ama». Las visitas de Agustín á la tumba de su madre no eran extrañas á tales pensamientos, que acababan por hacerle olvidar todo lo terrestre, y trasportar al cielo su corazón.

Terminado el año de este duelo filial, partió Agustín para el África en compañía de Adeodato su hijo, de Alipio y Evodio sus amigos, á quienes se unieron otros; y después de vender y distribuir entre pobres los pocos bienes que había heredado de su padre, tomando y dando á los que le acompañaban una túnica negra ceñida á los riñones por áspero cinturón de cuero, y afeitando la cabeza en forma de corona, según solían los monjes del Egipto, inauguró con sus amigos á las puertas de Thagaste la vida de oración, pobreza y obediencia con que venía soñando de tiempo atrás. «Agustín, dice su historiador, permaneció en aquel retiro cerca de tres años. »ajeno completamente á las inquietudes del mundo, viviendo con sus compañeros sólo para Dios, »ayunando, orando y ejercitándose en las buenas

»obras; meditando día y noche los misterios de la
»fe cristiana y trasmitiendo por conversaciones
»y cartas, tanto á presentes como á ausentes, las
»extraordinarias luces que Dios le comunicaba en
»la contemplación (1).» Escribía poco aún, no
salía del retiro casi nunca, y evitaba con parti-
cular cuidado aparecer en público, sobre todo
donde no había sacerdotes ni Obispos; porque
empezaba á esparcirse ya su fama, y temía le
sucediese lo que á San Ambrosio y á otros mu-
chos, de quienes el pueblo se había apoderado
obligándoles á ser sacerdotes ú Obispos.

Pero había llegado la hora de que esta luz
brillase sobre el candelero, y las humildes pre-
cauciones de Agustín fueron inútiles. Un día,
dominado por el deseo de atraer cierta alma que
parecía llamada á la vida religiosa, se trasladó á
Hipona; como asistiese al santo sacrificio de la
Misa profundamente recogido y sin la menor des-
confianza, pues en aquella ciudad había Obispo,
éste, que era un anciano venerable, subió al púl-
pito y empezó á lamentarse de su pesado cargo,
manifestando que tenía necesidad de algún sacer-
dote joven que pudiera ayudarle á soportar tan
gran peso. Al oír esto, las miradas de todos se fijan
en Agustín, y cogiéndole el pueblo, es condu-

(1) Prossidius, cap. III.

cido por fuerza á los pies del Obispo, pidiendo á gritos y con extremado ardor, que fuese ordenado sacerdote. El santo joven, que ni había sospechado la posibilidad de semejante escena, se deshizo en lágrimas y sollozos: «algunos que »no le conocían, añade el historiador, creyendo »consolarle, dijeron á su oído que el rango de »simple sacerdote, aunque inferior á su mérito, »le aproximaba al Episcopado; pero un pensamiento mucho más alto, según Possidio, era el »que le hacía gemir (1). Agustín recordaba su »vida anterior, y llorando pensaba en la cuenta »que sin tardar había de pedirle Dios de tan alta »dignidad y de tantas almas como iban á confiarse á su dirección.»

Una vez ordenado sacerdote, lejos de abandonar la vida de Thagaste, resolvió hacerla más pobre aún y más humilde. Previo el permiso del Obispo, ordenó se trasladasen á las inmediaciones de Hipona sus compañeros de soledad, que se habían ya aumentado; y en un sitio apacible y silencioso fundó el monasterio que muy pronto fué verdadera escuela de santidad, saliendo de allí los grandes Obispos que por aquella época tuvo el Africa: San Alipio, Obispo de Thagaste; San Evodio, Obispo de Ozala; San Severo, Obis-

(1) Possidius. cap. IV.

po de Milevi; San Possidio, Obispo de Calamo y escritor de una vida de San Agustín breve, es verdad, pero preciosa; San Profuturo, Obispo de Cirte y más de otros diez eminentes en santidad, que fundando á su vez monasterios, y «ce-
»losos, dice Possidio, de la exaltación del Ver-
»bo, fomentaron en todas partes la paz y unidad
»de la Iglesia». Asistido por ellos, empezó Agus-
tín á esparcir la luz que había atesorado en los
cinco años transcurridos desde su conversión pre-
dicando todos los domingos en la iglesia de Hi-
pona; retando los herejes á conferencias públicas,
multiplicando sus cartas é improvisando diferen-
tes trabajos; «siempre pronto, continuá Possidio,
»ya en público ya en secreto, en casa ó en la igle-
»sia, á enseñar la palabra de salvación». «Sus
»cartas y sermones, añade, producían en los cris-
»tianos verdaderos trasportes de admiración y
»gozo; y sus libros, que por especial gracia de
»Dios se sucedían y esparcían con rapidez, eran
»recibidos, á cual mejor, entre herejes y católi-
»cos que rivalizaban en deseos de leerlos, dispu-
»tándose la pluma de los notarios para recoger
»sus palabras, aun los de menos importancia.
»Así la Iglesia de Africa, humillada tanto tiem-
»po, levantaba su cabeza, y hasta la Ultrama-
»rina se mostraba orgullosa (1).»

(1) Possidius, cap. VII.

Pero lo que hizo brillar más el súbito desarrollo de genio y santidad que se había obrado en sujeto tan joven, bautizado hacía cinco años y sacerdote pocos días antes, fué la actitud de su anciano Obispo, «engreído como nadie y bendiciendo á Dios con lágrimas de gratitud por haberle enviado semejante socorro»; resistiendo á los envidiosos que alegaban no sé qué ley para hacer callar á Agustín; sonriendo dulcemente ante los que pretendían despertar contra él la envidia, y por último, ocultándole en un lugar retirado, mientras obtenía del Primado el poder nombrarle su coadjutor, temeroso de que otras Iglesias le arrebatasen tan poderoso auxiliar.

Conseguido esto, trabóse un interesante combate: por una parte el anciano Obispo subiendo al púlpito y anunciando lleno de alegría su intención de ordenar Obispo á Agustín; y Agustín por otra, negándose entristecido y alegando contra tal disposición las leyes de la Iglesia, las costumbres del Africa y hasta su indignidad. Ordenósele, no obstante, como á la fuerza, viviendo después siempre afligido por tal elevación, escribiendo bajo mil formas que él no era digno de semejante honor, y probando con los hechos que sólo quería su cargo para enseñar y defender la fe con más celo, más dignidad y mayor autoridad.

Así fué cómo tan bella antorcha fué colocada en el candelero, después de quince años de desórdenes y errores consentidos por Dios, para que Agustín conociese mejor la pequeñez del entendimiento humano y la debilidad del corazón del hombre. Después de cinco años pasados, el primero en Casiaco, el segundo en Roma, los otros tres en Thagaste, y consagrados todos al silencio, á la oración y al estudio de los misterios de la fe, Agustín ocupaba el lugar y puesto desde donde, por disposición de la Providencia, iba á iluminar la Iglesia y el mundo.

Dios le había dado para esta grande obra un talento profundo, poderosa imaginación y alma tan viva, tan capaz y tan penetrante, que instantáneamente iba á la raíz de las cosas, y de un solo vuelo se remontaba hasta el origen de ellas. Como si esto no fuese bastante, Dios le había dotado de corazón ternísimo y singularmente afectuoso, á fin de que no solamente tuviese las percepciones claras que suministra el talento, sino también las profundas intuiciones que nacen del corazón. La santidad, gracias á su admirable madre, vino á completar esta obra maestra; y como las circunstancias sean necesarias para despertar el talento, Dios hizo que naciese Agustín entre herejías, y cuando los arrianos, maniqueos, pelagianos y donatistas pulula-

ban en la Iglesia; á fin de que, adhiriéndose sucesivamente á todos los errores, se viera como precisado á explicar todos los dogmas, á estudiar todos los misterios, á defender todos los principios morales y á levantar, en visperas de la invasión de los bárbaros que iban á cubrir el mundo de tinieblas, un monumento religioso tan bello, tan vasto, tan luminoso y tan potente, que desafiara á los siglos y subsistiese incólume en medio de tantas ruinas.

Este monumento no fué levantado de una vez, ni Agustín tuvo semejante idea. La hora de que pudiese un hombre, como Santo Tomás, ensayar la exposición del plan de Dios, no había llegado aún. Anticipándose Agustín, pensó y volvió á pensar, examinó y volvió á examinar cien veces y bajo mil fases las partes de ese inmenso edificio, esparciendo á su rededor magníficos materiales, es decir, los diferentes asuntos tratados por él, y con los cuales puestos en orden, se debía construir. Dejóle ya casi acabado, y es tal vez el más sublime de los levantados por la mano del hombre en honor de la Divinidad. Procuremos ordenar sus obras maestras, para que nuestros lectores puedan formarse idea.

Convendrá, á mi juicio, colocar de frontispicio ó sea en primer lugar, las obras compuestas en Casiaco, á saber: el *Tratado de la vida feliz*,

los dos libros del *Orden* ó de la *Providencia*, así como los tres *Contra los académicos*, añadiendo los *Soliloquios*, de que no hemos hablado aún; el libro del *Maestro*, conversación de Agustín con su hijo Adeodato, los libros sobre *la música*, particularmente el último que tiene una teoría de Dios y de la creación, sumamente original y profunda; el libro del *Alma y de su origen*; el tratado *De la inmortalidad del alma*, y por último, otro pequeño titulado *De la grandeza del alma*, que compuso Agustín paseando con Evodio. En esta primera serie de obras escritas, ó concebidas al menos en Casiaco durante el período poético de su juventud y conversión, San Agustín aborda y examina bajo mil aspectos, resolviéndolas á la vez, estas tres interesantes cuestiones: Dios, el alma y el lazo que los une.

¿Qué es Dios? ¿qué es el alma? ¿cuáles son sus relaciones, sus diferencias, y cuáles sus armonías? He aquí el pórtico.

Llevando muchos despojos de la antigüedad profana y del *divino Platón*, como él le llama; del *venerable y casi divino Pitágoras*, así como del *maestro Aristóteles* (son sus palabras), Agustín adorna con ellos este pórtico; pero le ilumina con una luz que ninguno de ellos vislumbrara. ¡Con qué viveza escudriña las profundidades de Dios, su existencia, su naturaleza, su vida ínti-

ma y sus atributos! Como metafísico, es algo sutil, pero original, profundo, vigoroso y elocuente. Al lado de esta profunda investigación de Dios ¡qué bien estudia el alma! «Nada, dice, vale lo que un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los astros (1). Pero ¿de dónde viene el alma? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo se componen y descomponen sus facultades? ¿Por qué se halla unida al cuerpo? ¿Qué sucede cuando éste se disuelve? ¿Qué es del alma después de la muerte (2)? etc.» «Si sobre dichas cuestiones y las que se refieren á Dios, escribe Fenelón, un hombre ilustrado recopilase las sublimes verdades que este gran ingenio ha derramado en sus libros como al acaso, tal extracto ó recopilación hecho con esmero, resultaría superior á las *Meditaciones* de Descartes, por más que éstas sean un gran esfuerzo del insigne filósofo (3).»

Pero cuando más brilla el gran genio es al abordar la bella cuestión de las relaciones entre Dios y el alma. Entonces su corazón toma parte también, y cuando la cabeza y el corazón de

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXIV.

(2) *De Duabus animabus*, cap. IV.

(3) *Cortus sobre diversas materias de Metafísica y de Religión.*

Agustín unen sus luces, no hay cosa comparable á foco tan luminoso. Nadie como él ha señalado el abismo que separa á Dios del alma, y al alma de Dios; pero tampoco ninguno ha enseñado como él la manera de llenar ese abismo. «El alma es obra de Dios.—El alma es un ojo abierto que mira á Dios.—El alma es un amor que aspira á lo infinito.—Dios es la patria del alma (1).» Agustín examina una tras otra las facultades del alma, presentando á Dios como fin de todas. Es el alma para él como marca que sube: todas las facultades van á Dios impulsadas por olas sucesivas y crecientes, y pareciéndole aún poco esta comparación, añade que no es el alma solamente la que está hecha para Dios, llega casi á decir que Dios también está hecho para el alma. ¡Con qué magnificencia presenta á Dios completamente inclinado hacia el hombre, semejante al Océano que tiende á derramar sus aguas en la playa! ¡y al hombre aspirando á Dios por indigencia, como una tierra árida que pide y ansía recibir las aguas del cielo! ¡y con qué delicadeza analiza los grados de la ascensión del alma á Dios! «El alma purificada, dice Agustín, no puede elevarse á Dios de una sola vez, sino por grados y sucesivamente. Al alma que considera la fuerza y orden de los números, le parecerá soberanamente indigno y

(1) San Agustín, *Op.*, tom. I, pág. 401.

«lamentable componer versos armoniosos y producir en la lira sonidos acordes, mientras ella asigne un camino torcido, y dominada por las pasiones, deja oír el discordante estruendo de los vicios... Que éntre en cuentas consigo misma; que arregle, que sujete sus pasiones; que sea armoniosa y bella, y entonces, por sí misma subirá fácilmente hasta el manantial de la belleza, de la armonía y de la luz (1).» «Es pues necesario, continúa, que elevemos nuestro corazón grado por grado; es decir, que subamos los grados de nuestro corazón, y que entonemos el *Cántico de los grados* (2).»

Agustín le entona seguidamente, y va indicando los siete por donde debe pasar nuestra alma. Después de los tres primeros, menos importantes sin duda, llega al cuarto, «consistente en que el alma se prefiera no solamente á su propio cuerpo, es decir, á aquel en que reside, sino también á los cuerpos de todos los demás: en que coloque los bienes de su espíritu sobre los de la tierra: en que al comparar los bienes terrenos con su propio ser y hermosura, los mire con desprecio, y en que á proporción que se despegue del fango del mundo, más se

(1). *Le Ordine*, lib. II, cap. XIX.

(2). *Confes.*, lib. XIII, cap. IX.

«purifique, se desembarace y perfeccione. Con
«esto el alma, por un arranque sublime, se lanza
«hacia su Dios y empieza á contemplar, aspirando
«á la felicidad de verle; que es lo que constituye
«el quinto grado.» El sexto consiste en la acción:
no basta contemplar, es preciso obrar; sirve poco
ver la verdad, es preciso unirse á ella. Entonces,
y es el último y séptimo grado, la contemplación
unida á la virtud empieza y constituye la calma,
y la dicha anticipada de la eternidad. «¿Deberé
«yo emprender la descripción de tan feliz estado?
«exclama San Agustín. No. Almas superiores é
«incomparables nos han revelado cuanto creyeron
«necesario que supiéramos de lo que por ellas ha
«pasado, y yo puedo afirmar sin temor, que nos-
«otros con la gracia de Dios, llegaremos á tan di-
«chosa situación. Entonces veremos que todo lo
«de la tierra es vanidad y nada; que los grandes
«y maravillosos cambios de nuestro cuerpo pre-
«dichos y anunciados, aparecen claros y muy
«realizables; y que la resurrección misma de la
«carne, cuya creencia parece difícil, será para
«nosotros más cierta é indudable que la salida del
«sol al día siguiente cuando le vemos entrar por
«el ocaso. Entonces, finalmente, concebiremos
«de esos hombres vanos que se rien de los mis-
«terios de la eternidad, la misma idea que se for-
«ma del niño que, viendo á un pintor trazar so-

»bre el lienzo las primeras líneas de su bosquejo,
 »no puede comprender que salga del pincel una
 »figura. ¡Oh! ¡Y cuán poderoso encanto produce
 »la contemplación de la verdad! Deseosa el alma
 »de llegar al objeto que contempla; la muerte
 »misma mirada con horror en otras circunstan-
 »cias, llega á serle dulce y querida como el ma-
 »yor de los bienes (1).»

Pero si entre Dios y el alma hay completa armonía, si existe un lazo que les une (*religio*), ¿dónde está este lazo? La religión que ha debido existir y manifestarse siempre á los hombres de buena voluntad con caracteres clarísimos y luminosos, ¿dónde encontrarla? He aquí la primera cuestión que se presenta á nuestro espíritu. Agustín la meditaba ya al salir de Casiaco, ocupóle durante su viaje por los Apeninos, y para resolverla, escribió, apenas llegado á Roma, su *Tratado de la verdadera Religión*, en el cual se percibe aún el influjo de la filosofía platónica que de día en día abandonaba, adoptando forma más teológica y pudiéndose considerar ésta como la última obra de Agustín en su primitivo estilo.

El exordio es de una belleza y grandiosidad admirables: «Si Platón viviese todavía y me permitiera interrogarle; ó si mientras vivió, alguno

(1) *De Quantitate animæ*, caps. XXX-XXXIII.

»de sus discípulos le hubiese preguntado, qué
»juicio debía formarse de un hombre que, como
»Jesueristo, consiguiera acreditar la doctrina su-
»blime del Evangelio y esparcirla por todo el
»mundo de tal modo que los ignorantes no de-
»jaran de creerla; y que los espíritus bastante fuer-
»tes para sacudir el yugo de los errores y pre-
»ocupaciones vulgares, llegaran á practicarla,
»¿cuál sería, pregunto, su respuesta? No hay
»duda, le parecería que persona semejante estaba
»muy por encima de la humanidad entera, dis-
»curriendo así el sabio Platón. no es dado á nin-
»gún hombre obrar cambio tan maravilloso en el
»mundo, á menos que Dios sapientísimo y pode-
»rosísimo, por un milagro, le haya sacado de la
»condición ordinaria para unírsele íntimamente,
»y le haya iluminado desde la cuna, no con en-
»señanzas como las de los hombres, sino con in-
»fusión especial de altísimas verdades, y que por
»último, le haya enriquecido de tantas gracias.
»provisto de tanta fuerza y elevado á tan alto
»grado de excelencia y majestad que, despre-
»ciando cuanto la depravación humana desea:
»aceptando lo que más horror le causa, y obran-
»do ante su vista las cosas más portentosas y
»admirables, le hiciese aceptar esta fe saluda-
»ble, tanto con el atractivo del amor, cuanto por
»el peso de su autoridad.»

»Si, pues, todas estas maravillas se han cum-
»plido ya; si los escritos y monumentos nos las
»transmiten y hacen célebres por do quiera; si
»hombres escogidos y enviados por todas partes
»desde el sitio donde el Dios verdadero fue adora-
»do, y convino que naciera un hombre semejan-
»te, han encendido el mundo con el fuego del
»amor divino, mediante su palabra y el esplendor
»de sus milagros; si, al salir de esta vida, des-
»pués de haber enseñado la doctrina de salvación,
»esos hombres han dejado en herencia á su pos-
»teridad la luz de tan divinos conocimientos; y
»para omitir cosas pasadas que algunos resisti-
»rían, si se predica hoy el Evangelio por toda la
»tierra; si los pueblos le reciben con amor y res-
»peto; si, á pesar del esfuerzo de los Emperadores
»que han derramado tanta sangre, y á pesar del
»fuego y de la tortura, la Iglesia va creciendo
»siempre: si mil y mil jóvenes de uno y otro sexo
»renuncian al matrimonio y profesan continen-
»cia perpetua sin que á nadie cause admiración:
»si el universo ha llegado á ser un vasto templo
»en que todos gritan: *Sursum corda*: vuelvo
»á preguntar: ¿qué diría Platón? ¡Ah! y cómo
»exclamaría: ¡Lo que nosotros sólo imagina-
»mos, se halla ya cumplido: lo que no nos atre-
»vimos á proponer á los pueblos, ni hubiéramos
»conseguído que aceptasen, hoy se cree.

se practica y es amado en todo el mundo (1)!»

Después de tan magnífico exordio, habiendo demostrado de una parte la insuficiencia de Platón, es decir, de los antiguos sabios para dirigir el hombre á la verdad y á la virtud, y de la otra, el poder soberano de Jesucristo; examina San Agustín los fundamentos de la religión, su historia, que se remonta á la cuna misma del mundo; las profecías, mediante las cuales, señala y patentiza el fin de la tierra; el milagro, prueba manifiesta de la acción inmediata de Dios; la fuerza transformadora de la religión, pues, si viviendo al lado de un hombre sabio ó de un hombre virtuoso, no es posible dejar de crecer en sabiduría y en bondad, ¿cómo la religión no ha de hacer mejores á los hombres, siendo así que los aproxima á Dios? Y aquí se encuentra el célebre retrato del hombre perfecto, ante el cual es pálido el del justo de Platón, y se describe la belleza incomparable de Jesucristo, tipo del hombre regenerado. «Los hombres
»corrían con febril ardor, dice San Agustín, tras
»las riquezas de la tierra; Jesucristo ha querido
»nacer en la pobreza. El orgullo nos hacía mirar
»con horror los menores ultrajes, Jesucristo fué
»horriblemente ultrajado. Nos irritamos por

(1) *De Vera Religione*, cap. III et IV.

»cualquier injuria, Jesucristo fue tratado y lleva-
 »do injustamente hasta la muerte. El dolor nos es
 »insoportable, Jesucristo fué desgarrado con azo-
 »tes y traspasado de clavos y de espinas. Los
 »hombres huyen de la muerte, y Jesús la abrazó
 »de buen grado. Nada más infame que el suplicio
 »de la cruz, y sin embargo, Jesucristo le escogió
 »para morir. Por último, privándose de todos los
 »bienes cuyo amor nos pierde, y sufriendo todos
 »los males cuyo temor nos aleja de la virtud, Je-
 »sucristo ha puesto los unos y los otros bajo nues-
 »tros pies. No hay, pues, en la vida del hombre
 »Dios, cosa que no sea para nosotros lección im-
 »portantísima, encerrando un tratado completo
 »de moral cristiana.»

¿Cómo Villemain ha podido decir «que este
 »*Tratado*, monumento del corazón y genio de
 »Agustín, es más bien una fecha en el progreso
 »religioso de su espíritu, que no una prueba de la
 »verdad que había abrazado»? (1) Nosotros al con-
 trario, decimos con Arnould (2), Tillemont (3),
 Bossuet (4) y con todo el siglo XVII. «que este libro

(1) *Les Pères du IV^e siècle*, saint Augustin.

(2) *Préface du Traité de la vraie religion*, traduit par lui.

(3) *Mémoires, etc.*, tome XIII, pag. 139.

(4) A. Floquet, *Études*, tome II, pag. 517.

»cual ninguno, obliga á admirar la prodigiosa
»grandeza del talento y saber de este hombre
»incomparable». Porque, ¿á quién no admirará
que, habiendo empezado poco antes el estudio
de los misterios del Cristianismo y no teniendo
todavía otro carácter en la Iglesia que el de sim-
ple fiel, pudiese hablar Agustín tan noble y ele-
vadamente de esa religión divina y formarse una
idea tan sublime de su eminente grandeza? ¡No
es posible seguir su vuelo de águila, penetrar sus
profundos razonamientos y contemplar las altas
verdades que Agustín propone, sin quedar total-
mente deslumbrado!

El complemento de este precioso libro, con
cuya lectura se convirtió Romaniano á quien iba
dedicado, se halla, primero, en los cuatro libros de
Doctrina cristiana, donde demuestra que toda la
religión se reduce al amor, y de los cuales dice
Bossuet: «Me atreveré á afirmar que San Agustín
»nos dió en ellos más reglas para entender la Sa-
»grada Escritura, que todos los doctores juntos»;
y sobre todo, después, en la magnífica *Carta á*
Volusiano que, produciendo al principio cierta
extrañeza, excitó luego verdadero entusiasmo.
Movido allí no por las alas de Platón, sino por
las de los Profetas, se remonta hasta esa luz in-
accesible que es residencia del Verbo. El Verbo,
palabra inefable de Dios, guardáos bien de con-

cebirle como palabra que pasa. La eternidad de este Verbo, su generación antes del tiempo, su aparición sobre la tierra, sus grandes penas, sus obras admirables, su santidad y amor, la imposibilidad de que nadie pueda compararse con el Hombre-Dios: el pueblo hebreo creado para esperarle, para anunciarle, para desearle y para sostener en el mundo la idea de su promesa; y después de su venida, la Iglesia, naciendo de su sangre para hacerle conocer y amar de todos, y para restaurar al hombre en todas partes mediante su conocimiento y amor: todo esto se halla tratado con un lucimiento y profundidad, con tal gracia y con tal fuego, que arrancaba á Bossuet gritos de admiración. Allí ha tenido origen, y no lo niega el gran Obispo de Meaux, la segunda parte de su *Discurso sobre la historia universal*: luz nacida de otra luz, y genio despertado por otro genio, cuyo numen se excita más emulando que imitando.

Pero á esta religión que ha nacido con el mundo y no puede tener fin: á esta Iglesia de Jesucristo encargada de llevar su verdad, su santidad y su amor por todas partes hasta la consumación de los siglos, ¿qué señales la dan á conocer? Esta cuestión tenía agitada á Africa y era objeto de apasionada polémica, cuando Agustín llegó á su patria. Llevado por el curso de sus estudios, y

más aún por la discusión con los donatistas, á estudiar detenidamente el gran edificio que se llama Iglesia católica, Agustín empieza á hacerlo con placentero entusiasmo. Su noble y vasto ingenio se encuentra perfectamente en la inmensidad de este monumento, bajo las altas bóvedas de templo tan sublime. Contemplativo y diligente á la vez, multiplica los discursos (1), las conferencias (2), las cartas (3) y los tratados (4), para hacer brillar ante todos la verdad y belleza divina de la santa Iglesia. Trata sucesivamente y bajo diferentes aspectos el origen de ésta, su milagroso desarrollo y conservación, hechos en que se manifiesta la mano de Dios: el milagro

(1) *Serm.* 37, 45, 62, 75, 78, 79, 91, 116, 129, 138, 145, 267.

(2) *Conferencias* de San Agustín con Félix, maniqueo; con los donatistas en Cartago; con Emérito en presencia de muchos Obispos, etc., etc.

(3) *Epist.* 23, 33, 34, 35, 43, 44, 49, 51, 70, 76, 87, 93, 185, etc.

(4) *Liber de utilitate credendi.*—*De moribus Ecclesiæ catholicæ et de moribus Manicheorum, lib. II.*—*Libri XXXIII contra Faustum manicheum.*—*Psalmus contra partem Donati.*—*Contra Epistolam Parmeniani, libri III.*—*Contra litteras Petiliani, libri III.*—*Libri IV contra Cresconium.*—*Epistola ad Catholicos contra Donatistas.*—*Breviculus collationis cum Donatistis.*—*Liber ad Donatistas post collationem.*—*Sermo ad Cesareensis Ecclesiæ plebem.*—*Libri II contra Gaudentinum.*

de su unidad, de su verdad histórica y de su catolicidad, bajo la cual quedan aplastados los donatistas, reducidos á un punto del globo; su santidad que no transforma sólo á los hombres, sino que penetra, vivifica y transforma también las leyes, las costumbres y los pueblos, á pesar de la resistencia de las pasiones. Y cuando ha echado por tierra, confundido y derrotado á sus adversarios obligándoles en públicas conferencias á declararse vencidos, ó cuando ha pulverizado sus vanas objeciones, salen de su corazón gritos de amor: el gigante depone sus armas, y es ya un padre, mejor dicho, es una madre; pues jamás hombre alguno juntó lógica tan inflexible con corazón tan generoso y tan abrasado de amor. Por último, después de veinte años de lucha, para acabar la herejía y darle un golpe decisivo, promueve Agustín la reunión de los Obispos católicos y cismáticos, obteniendo de los primeros la promesa de renunciar sus cargos, si así conviniese á la unidad de la Iglesia: inaugura esta inmortal asamblea, en que tomaron asiento más de cuatrocientos Obispos, con un discurso sobre la *Paz* manifestando los ternísimos sentimientos de su alma; descendiendo después á la lid, sostiene durante muchos días la discusión, obliga á sus adversarios á declararse vencidos, y termina con aplauso de la Iglesia este gran com-

bate, devolviendo al Africa la paz y la unidad religiosa (1).

He aquí el principio de sus trabajos, y se comprende ya cuántos y cuán grandes habrán de ser en lo sucesivo: Dios y el alma, y como lazo, la Religión, y en el centro de la Religión Jesucristo, y como continuación de Jesucristo, la Iglesia; ¡qué conjunto! y es, no obstante, sólo el vestibulo del edificio.

Aquí Agustín, después de afirmarse sobre esta roca incommovible, entra en el templo, y animándose á medida que avanza, examina y estudia todas sus partes, así las más bajas como las más elevadas.

Primero Dios: no ya cual le veía en Casiaco con las luces de una razón cristiana, sino Dios uno y trino; uno en su naturaleza, trino en sus Personas; el Padre, que es el principio del Hijo; el Hijo, engendrado por el Padre desde la eternidad, y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo: estos inescrutables misterios son abordados sucesivamente en los quince libros que forman el tratado *De la Trinidad*, que Agustín empezó á escribir «siendo joven, terminándole en la vejez,» según él mismo confiesa (2). Nin-

(1) Cfr. *Lih. de Gestis cum Emerito*.

(2) Cfr. *Lih. contra sermonem Arianorum*.—*Collatio cum Maximino Arianorum episcopo*.—*Libri II contra Maximinum*.

guin Padre hasta entonces había sondeado tanto como Tertuliano estas difíciles cuestiones; pero el pensamiento de Agustín raya más alto, es más filosófico y más espiritual (perdónese la frase) sin que sea menos grandioso. Esta obra y las *Elecciones* de Bossuet sobre los misterios, contienen probablemente lo más sublime que puede escribirse, de esa luz impenetrable é inaccesible en que reside *Aquel* á quien nadie ha visto.

Pero Dios sale de su silencio y crea. ¿Cómo? ¿Por qué? Agustín aborda este segundo misterio, inescrutable como el de la Trinidad, y que tanto dió y da que pensar á los grandes filósofos, realizándolo de dos maneras: como metafísico le examina, como poeta le canta. Doce libros consagra á explicar los tres primeros capítulos del Génesis, exponiendo así ideas generales, como minuciosos detalles de Historia Natural con una erudición y amplitud, con una elocuencia y perspicacia que sorprende verdaderamente: rehusando encerrarse en los días propiamente dichos, y presintiendo las épocas que afirma la ciencia moderna; derramando sobre la creación de la luz, del agua, del aire y, sobre todo, del hombre, las chispas de su genio, y desarrollando bajo mil formas esa teoría, que se encuentra también al final de su tratado sobre la *Música*: «sorprendente intuición del fondo de las cosas.

»dice el P. Gratry, que está en perfecta armonía
»con la respuesta que hoy da la ciencia á esta
»pregunta: ¿Qué cosa es la materia (1)?» Y al
lado del metafísico, ¡qué poeta! poeta y metafísico á la vez y en una misma página. Leed los tres últimos libros de sus *Confesiones*, y allí hallaréis todo un poema en tres cantos, ó mejor dicho, una epopeya de singular grandeza, donde los mundos, uno en pos de otro, vienen á cantar las magnificencias del Dios que los crió (2).

Pero en el seno de esta creación tan bella se encuentra el mal, el desorden intelectual, moral y físico. ¿De dónde proceden? ¿Es que Dios ha creado el mal? Y si Dios no le ha creado ¿cómo existe? Cuestión formidable que, según recordarán nuestros lectores, ocupó á Agustín al comenzar sus estudios, le llevó al maniqueísmo, y torturó su gran espíritu durante diecinueve años; pero sobre la cual debía proyectar después viva y originalísima luz. Apenas convertido, empieza el estudio de este problema y no le abandona jamás. Desarrolla en veinte tratados (3) su pensamiento

(1) *Del conocimiento del alma*, tomo I, pág. 251.

(2) Véanse también los dos libros del Génesis contra los maniqueos.

(3) *Liber contra Epistolam Manichæi, quam vocant fundamenti.*—*De Actis cum Felice Manichæo, lib. II.*—*Liber de natura boni.*—*Liber de duabus animabus.*—

tan profundo como exacto de que el mal no es una substancia, sino una negación, una flaqueza, un desfallecimiento de la voluntad y la carencia de justicia, como la obscuridad no es más que la carencia de luz; que Dios no ha hecho la noche, como no hizo la muerte, como no hizo el mal, que le crearon, primero el ángel, después el hombre; el ángel con su rebeldía, el hombre con su depravación, y que Dios, no haciendo el mal, ha podido permitirle, porque le castigará, y que el castigado honra á Dios tanto como la virtud glorificada. Constantemente se ocupó Agustín del génesis del mal, y mil veces ha tocado y retocado los cantos de tan triste poema, en que se ve al ángel caído haciendo caer al hombre, y al hombre caído arrastando tras sí á todos los demás fuera poema que sería sumamente lúgubre, si un rayo de luz no viniese á iluminar sus escenas, dejando entrever la Redención.

Acta seu disputatio contra Fortunatum Manicheum.
 —*Libri III de libero arbitrio.*—*Liber contra Secundinum.*—*Serm. 1, 2, 12, 50, 153, 182, 237.*—*Enarratio in Psalm. CXL, n. 10, 12.*—*Libri IV de anima et ejus origine.*—*De peccatorum meritis et remissione, libri III.*—*Liber de spiritu et littera.*—*Liber de natura et gratia.*—*Liber de gestis Pelagi.*—*Liber II de gratia Christi et de peccato originali.*—*Libri II de nuptiis et de concupiscentiis.*—*Contra duas epistolas Pelagianorum libri IV.*—*Libri VI contra Julianum Pelagianum.*—*Opus imperfectum contra Julianum Pelagianum.*

Al llegar el momento en que Adán culpable pero arrepentido, y Eva caída pero levantada, se ponen en marcha llevando tras sí al género humano, San Agustín exclama: «Dos amores han »levantado dos ciudades: el amor divino, llevado »hasta el desprecio de sí mismo, ha erigido la »primera, que es la ciudad de Dios; el amor á sí »mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, ha »construido la segunda, que es la ciudad del »demonio. Estas dos ciudades están hoy mezcla- »das y confundidas, y así continuarán hasta el »fin del mundo; pero se hacen guerra continua, »la una sosteniendo la iniquidad, la otra defen- »diendo la justicia. Toleremos la una y ádhirá- »monos á la otra.»

Esta hermosa idea es la que desarrolla en la más admirable de sus obras, la *Ciudad de Dios*. Empieza su primer libro que sirve de introducción, poniendo de manifiesto las dos ciudades que se mezclan y confunden en el curso de los siglos, sometidas á las mismas catástrofes, á las mismas pruebas, y heridas por los mismos golpes; pero la ciudad del mal es castigada con el sufrimiento, y la ciudad de Dios, al contrario, embellecida, purificada y trasformada por el dolor, consignando allí en pocas palabras lo substancial de las bellas y profundas consideraciones, que quince siglos más tarde ha-

bía de hacer el conde de Maistre en medio de grandes ruinas y parecidos escándalos.

Después de esto, San Agustín arremete á la ciudad del mal con las armas y el vigor de un atleta preparado á la lucha por espacio de veinte años. Sus falaces dioses, sus incompletas ó falsas filosofías siempre orgullosas pero estériles, sus ridículas y corruptoras fábulas, sus costumbres vergonzosas, sus teatros impuros, su falso honor, sus aparentes virtudes y sus estúpidas objeciones contra la ciudad de Dios, todo lo hiere con ironía mordaz, y recorriendo la ciudad del mal, no deja en ella piedra sobre piedra.

Seguidamente, habiendo rebatido en los diez primeros libros todos los argumentos de los enemigos de la Ciudad Santa, empieza á tratar del nacimiento, desarrollo y fin de la ciudad de Dios: de su mezcla con la ciudad del mal, de su principio en el cielo con multitud de ángeles y de su aparición en la tierra con el hombre; de Abel, ciudadano é imagen de la ciudad celestial, y de Caín, ciudadano é imagen de la ciudad terrestre; de las promesas hechas á Abrahám, á Isaac y á Jacob; de David, Rey victorioso de la Ciudad Santa y figura de Jesucristo, y de los Profetas que van manifestándose uno después de otro para cantar la venida del Salvador, mien-

tras las grandes monarquías de los asirios, de los persas, griegos y romanos se suceden y arruinan una en pos de otra. Muéstrase allí á Jesucristo, apareciendo en la hora predicha y muriendo por el hombre y para el hombre; á la Iglesia, naciendo de Jesucristo y teniendo parecida suerte, agitada de continuo por ansiedades, dolores, trabajos y tentaciones, sin otro goce que el de la esperanza; á muchos réprobos mezclados con los elegidos y mallados en la red del Evangelio, yendo todos por la mar de este mundo hasta la orilla en que los malos serán separados de los buenos. Muéstrase también á los malos, como útiles á los buenos para su perfección; á las herejías, siéndolo igualmente para el desarrollo de los dogmas; á las diez persecuciones, encarnizándose con la Iglesia, pero sin poder abatirla ni impedir que salvase á los elegidos; al cielo abierto, conteniendo ya en su seno una parte de la Iglesia y aspirando á poseer la otra; en este cielo, á Dios, pronto á ser todo de todos; y por último, la separación de las dos ciudades, siendo Dios glorificado por el castigo de la una, y por el premio de la otra. He aquí lo que Agustín ha cantado con vigor sobrehumano en los veintidós libros *De la Ciudad de Dios*; toda la Teología se desarrolla en esta gran epopeya de la humanidad.

Al aparecer obra tan maravillosa, la Iglesia africana, ó mejor, la Iglesia universal se llenó de regocijo; pues nadie hasta Agustín la había dotado de un monumento parecido. Él, es verdad, para escribir sus obras sobre la Trinidad y el pecado original había consultado autores que le facilitaron el camino; pero nunca estuvieron éstos á la altura de Agustín.

Pero en tanto que el Santo hablaba así á las almas rectas y sabias, puliendo el estilo y consagrandó diez años á la formación de su obra maestra, sobre otra cuerda de su lira y en tono más entusiasta, canta el mismo poema á los barqueros de Hipona y á sus pobres mujeres que no se cansaban de escucharle. Tomad los *doce libros sobre el Génesis* de que he hablado ya, las *Cuestiones sobre el Antiguo Testamento*, el *Comentario sobre el libro de los Salmos*, los *ciento veinticuatro Tratados sobre el Evangelio de San Juan*; y leyéndolos, hallaréis en una conversación que tenía los domingos, viva, ingeniosa, familiar, tierna, espiritual y siempre elocuente, la reproducción del gran poema poco ha mencionado, el cual abraza la eternidad, *ab æterno in æternum*. El grande artista cambia de tono é instrumento, pero su alma y su elocuencia son las mismas.

Mas aunque resulten admirables estos tra-

bajos, es de necesidad pasar adelante y visitar el edificio levantado á Dios por el genio de Agustín, del cual apenas hemos visto una mitad.

Conocemos ya la Iglesia edificada por Jesucristo, y la Ciudad Santa venida del cielo y que vuelve á él. ¿Pero cómo entra el hombre en ella? ¿Dónde adquiere la fuerza necesaria para vivir como peregrino en la tierra, y portarse cual ciudadano del cielo? ¿Qué agente misterioso le sostiene á la altura de vocación tan divina? Todo lo hace la gracia, y á su impulso déjase ver una nueva serie de libros, es decir, sus inmortales obras sobre la gracia, que causaban en Bossuet tanta admiración que no sabía cómo alabar á Agustín: «ese maestro tan inteligente y, si puede decirse, tan maestro (1)», «esa águila de los Padres (2)», «ese Doctor de los doctores (3)»; «Agustín el incomparable», «el más grande de los ingenios, en quien se halla la mayor inteligencia que puede tener el hombre, el apóstol de la gracia y el defensor de la predestinación (4)». Aquí está en efecto el verdadero título

(1) *Obras completas*, tomo III, pág. 424.—*Defensa de la Tradición*, etc., lib. IV, cap. XVI.

(2) *Obras completas*, tomo III, lib. IX, cap. XIV.

(3) Sermón en la toma de hábito de una postulante bernarda, en Metz.

(4) *Defensa de la Tradición*, lib. IV, cap. IX.

de Agustín al reconocimiento y á la admiración de los siglos. Su gloria consiste en haber enseñado la necesidad, definido la naturaleza y explicado la misteriosa acción de la gracia, durante diez años de inmortales luchas y en veintidós obras de primer orden (1).

Llegaba á la madurez de su genio y santidad, cuando salió Pelagio enseñando que el hombre no tiene necesidad de la gracia; que su voluntad le basta, y que ésta es de suyo buena, ilustrada y provista de la fuerza necesaria para el bien. Pero ¿quién mejor que Agustín sabía lo contrario? ¿cuántos años buscó el bien sin encontrarle! ¿Y cómo se extravió su noble corazón, alejándose de Dios! ¿A qué indignidades descendió él, creado para tan altas virtudes! Conmovido ante tanta ingratitud para con Jesucristo, libertador de las almas y de la suya propia, toma la pluma y emprende la lucha á instancia de toda la Iglesia.

(1) *Libri VII de peccatorum meritis et remissione.*—*Liber de spiritu et littera.*—*Liber de natura et gratia.*—*Liber de perfectione justitie hominis.*—*Liber de gestis Pelagii.*—*Libri II de gratia Christi et de peccato originali.*—*Liber de gratia et libero arbitrio.*—*Liber de correptione et gratia.*—*Liber de prædestinatione.*—*Liber de dono perseverantiæ.*—Véanse también las obras sobre el pecado, citadas anteriormente.—Véase igualmente el *Sermón 2 y 169.*—La *Carta 140.* el *Tratado 26 sobre el Evangelio de San Juan,* y el *Enchiridion,* etc., etc.

«Los particulares, los Obispos, los Concilios, los
«Papas y todo el mundo, dice Bossuet, tanto en
«Oriente como en Occidente, volvieron la vista
«hacia este Padre, único que con su penetración
«podía desenmascarar la herejía pelagiana. Lle-
«vada al último grado de sutileza por una razón
«depravada (1).» Añádase á esto la importancia
de las cuestiones sobre la libertad y la gracia,
sobre el mérito y la predestinación, el pecado ori-
ginal y la perseverancia final; inmensas y pavoro-
sas cuestiones, que arrancaron á San Pablo este
grito de estupor: *O altitudo divitiarum sapien-
tiæ et scientiæ Dei* (2)! Agustín se empeña en
ellas con agudeza tal, que sus adversarios, aunque
perspicaces, no lograron extraviarle, y con ardor
tan incansable que consume los días de su vida
y emplea todas sus fuerzas escribiendo hasta en el
lecho de muerte. Pero ¡qué perfecta y admirable
exposición de los misterios de la gracia! No bien
aparecen sus obras, cuando se reconoce en ellas
una doctrina celestial, y reverenciándola todos,
se humillan y callan. El mismo San Jerónimo,
anciano ya y encorvado bajo el peso de los traba-
jos literarios, arroja su pluma, terror de las here-
jías, afirmando que después de los escritos de

(1) *Defensa de la Tradición.*

(2) *Rom., cap. II.*

Agustín, nada hay ya que decir. Ultimamente, la Iglesia le proclama Doctor de la Gracia, y como admirada, le concede el sobrenombre de divino: *divus Augustinus*.

Teólogo consumado y profundo filósofo á la vez, mientras estudia la naturaleza de la gracia, marcando sus verdaderas relaciones con la libertad, como en otro tiempo señalara las de la razón y de la fe, Agustín examina detenidamente los diferentes canales por donde la gracia vierte su aguas vivas en las entrañas de la humanidad. Son éstos los Sacramentos, y se ha ocupado en todos, defendiéndolos ó ponderándolos: en el Bautismo, que, estrechamente unido con la doctrina del pecado original, ha sido por lo mismo objeto de las discusiones mas serias y concluyentes (1); en la Confirmación, que entonces no separaban del Bautismo, y Agustín hacía lo mismo (2); en la Penitencia, que ha estudiado como sacramento (3), con un vigor y una lógica singulares; y.

(1) *Libri VII de Baptismo*.—*Liber de unico Baptismo*.—Véanse igualmente la mayor parte de las obras de San Agustín contra los pelagianos.

(2) *Expositio in Psalm. CXXXII*, n.º 2.—*Libri II contra Petilianum*, n.º 239.—*Contra Epistolam Petilianí*, lib. II, n.º 28.

(3) *Serm.* 275, n.º 2.—*Serm.* 278, n.º 12.—*Serm.* 147, n.º 7.—*Serm.* 99, n.º 9.—*Serm.* 351, n.º 9.—*Serm.* 98,

como virtud (1), con celestial ternura, dejando á los penitentes tan vivos afectos de arrepentimiento, que sólo David los ha superado; en la santa Eucaristia, que amaba tanto, y á cuya recepción se preparaba con las conmovedoras oraciones que la Iglesia emplea aún (2); en el Matrimonio, cuya indisolubilidad, unidad y santidad ha sostenido contra los maniqueos; y cuya belleza, ternura, pureza y paz, bajo el yugo de Jesucristo, ha celebrado en varias cartas de mérito extraordinario (3); en la Extremaunción (4) y preparación

n.º 6, 7.—*Liber de natura boni et mali*, n.º 48.—*Contra adversarium Legis et Prophetarum*, lib. I, n.º 3, 6.—*De Civitate Dei*, lib. XX, cap. IX.—*Epist.* 185, etc.

(1) Véanse con especialidad las *Confesiones*.

(2) *De Trinitate*, lib. III, n.º 10; lib. X, n.º 20.—*Contra Faustum*, lib. XX, n.º 18.—*De Civitate Dei*, lib. XX.—*Epist.* 2, 13.—*Serm.* 50, 95.—*Opus imperfectum contra Julianum*, lib. II, n.º 30.—*Contra Faustum*, lib. XII, n.º 10.—*Explanatio Psalmi XXXIII*.—*Serm.* 1, n.º 10; *Serm.* 2, n.º 2; *Serm.* 3 et 6, editi á Denis; *Serm.* 35, editi á Caillan; *Serm.* 143 et 193, id. á Mai.—*Epist.* 140, n.º 48.—*De Trinitate*, n.º 21, etc.

(3) *De bono Matrimonii*, lib. I.—*De Matrimonii adulterinis*, lib. II.—*De Matrimonio et concupiscentia*, lib. II.—*Epist.* 200, 262, 137, 150.

(4) *Unctionis Sacramentum, unctio invisibilis*, tomo XXXV, *Patrologia* de Migne, pág. 204.—*De Sacramentis ab infirmo suscipiendis*, id., XL, 1154.

á la muerte (1), sobre las cuales ha escrito muchas veces, explicándolas en períodos llenos de melancolía, grandeza y majestad. Da pena el recorrer tan excelentes obras sin citar nada de ellas, pero el tiempo apura, y no hemos recorrido aún el gigantesco monumento cuya descripción nos proponemos.

De tan divino riego sobre la humanidad ¿qué había de resultar? Debía resultar y resultó una efflorescencia divina, apareciendo virtudes nunca vistas que, nacidas en el suelo sagrado de la Iglesia y solamente en él, ostentarán siempre su celestial fecundidad. Agustín se ha ocupado sucesivamente en tan bellas flores: en la Fe, en la Esperanza, y en el amor con especialidad que ha cantado á menudo y tan sublimemente, que la Edad Media no ha sabido representarle de otro modo que con el corazón en la mano; después ha cantado otras virtudes sublimes también, la castidad, la pobreza, la obediencia, el misterioso estado de las almas enamoradas del Salvador y de las que aspiran al lecho sublime de la cruz, que con su virtud redime y trasforma al género huma-

(1) *Liber de cura gerenda pro mortuis*, n.º 1, 3.—*Enchiridion*, n.º 29.—*Serm.* 31, 32, 38, 96, 124, 345.—*Epist.* 22, 92, 263.—*Epistola consolatoria ad Probum, de obitu filie*.

no. Describe luego esta trasformación, que comienza en el individuo, restablecido á su primera dignidad; en la familia que se reconstituye; en la sociedad que se sujeta á las eternas leyes de la verdad; en los desórdenes paganos, que se ocultan; en la santa igualdad que se manifiesta; y aunque el mundo en aquellos años nefastos, que empiezan por Alarico y terminan en Genserico, creyese que la sociedad semejaba á un buque próximo á naufragar, y que á la humanidad le venia su última hora, Agustín niega enérgicamente que el fin del mundo se aproxime, y seguro de que el Cristianismo tiene fuerzas y remedios proporcionados á tantos males, saluda á través de las ruinas un porvenir mejor, vislumbrando los siglos futuros que uno tras otro han de venir, sometiéndose al suave yugo de Jesucristo (1).

Ved aquí una idea y como bosquejo del monumento levantado á la gloria de Dios por el gran

(1) *Liber de fide et operibus.*—*Liber de agone christiano.*—*De doctrina christiana*, lib. III.—*Liber de moribus Ecclesiæ catholicæ.*—*Libri II de sermone Domini in monte.*—*Speculum seu collectio præceptorum moralium.*—*Liber de patientia.*—*Liber de continentia.*—*Liber de bono conjugali.*—*Liber de sancta virginitate.*—*Liber de bono viduitatis.*—*Liber de opere monachorum.*—*Liber de catechizandis rudibus.*—Y la mayor parte de sus sermones con gran número de cartas.

genio de Agustín. Todo es admirable en él; la grandiosidad del plan, la belleza de sus líneas, la calidad de los materiales, y la perfección de sus partes, hechas de mano maestra; «y tan maestra, dice Bossuet, que nada les falta, á no ser un estilo que participara menos de la época en que fué concebido el monumento». Pero no insistamos demasiado en una cosa, al fin secundaria, á presencia de tanto ingenio, de tanta elocuencia, de tanta solidez y erudición, si no queremos que Bossuet nos diga: «Que Agustín tenga sus defectos, como el sol tiene sus manchas. ni lo confesaré ni lo negaré, ni lo reluiré ni lo defenderé. Lo que sé con certeza es, que quien tenga suficientes conocimientos para entender su teología tan sólida como sublime, celebrada lo mismo por el fondo que por la forma, no tendrá sino desprecio y compasión para quienes sin gusto ni sentimiento de lo grande, se creen autorizados para, con cualquier pretexto, despreciar lo que no comprenden (1).»

Concíbese el entusiasmo de los católicos, turbados por tantas herejías y asustados por el ruido sordo del mundo que creían iba á acabarse, al ver surgir el monumento una parte tras otra; hoy una piedra, mañana otra, y cada día nueva ma-

(1) *Defensa de la Tradición*, lib. IV, cap. XVIII.

ravilla. *¡Mil ciento treinta obras en cuarenta años!* Marchaban de sorpresa en sorpresa, y la admiración siempre creciente, les arrancaba gritos de entusiasmo que han llegado hasta nosotros; sintiéndose poseídos de cierto orgullo cristiano que hacía latir sus corazones: pero al saber que este gran hombre y genio extraordinario era el más amable, el más humilde, el más pobre, el más puro y más santo de los cristianos, experimentaban tan grata emoción que les hacía derramar abundantes lágrimas. Las chispas que brotaban de su ingenio, eran pálidos reflejos al lado de las llamas ardientes que salían de su corazón, abrasado en amor de Dios, y á este amor iba unido tal desprendimiento y desprecio de las criaturas, tal deseo de la muerte y tal espíritu de pobreza, que se descubría en las más insignificantes acciones. Su morada era humilde, su cama dura y su mesa frugal; no usando otros vestidos que los que llevaban de ordinario sus clérigos. «Esto podría ser bueno para un Obispo, decía con amabilidad á quien le llevaba alguna ropa de valor, pero es demasiado bueno para Agustín, que es pobre y nació de padres pobres (1).» En una ocasión de-

(1) «Hominem pauperem, de pauperibus natum.»
(*Serm.* 356.)

cía también: «Un traje precioso me causaría vergüenza: no conviene á mi estado y obligación de predicar; no conviene tampoco á un cuerpo quebrantado por la vejez, ni en fin, á estos cabellos blancos que llevo.» Sólo una vez preseindió de la ley que se había impuesto. Cierta joven bordó una túnica para su hermano que era sacerdote, y habiendo ido á llevársela á Hipona, le halló enfermo, muriendo sin poder estrenarla. Agobiada de dolor esta joven, fué á ofrecer la túnica á San Agustín, y el amable y afectuoso anciano, para consolarla, aceptó inmediatamente el regalo, usándola después constantemente.

De un corazón así formado y que se olvidaba de todo por amor á Dios, nacía una pureza angelical que le inspiraba reserva, pudor y precauciones. Recordando sus pasadas faltas, creyendo y diciendo á cada momento que era el más débil de los hombres, Agustín no recibía una mujer en su casa, ni quiso habitar con su hermana y sus sobrinas; y no por ellas á quienes amaba tiernamente, sino porque vendrían sus amigas, y esto, decía él, no conviene en la casa de Agustín, expresándose de una manera que hacía llorar.

Su humildad era extraordinaria: acaso no existió hombre tan admirado, pero cuanto más

le alababan, más se anonadaba. «Vosotros no »conocéis á Agustín », decía muchas veces, y para que cesase la universal admiración, lanzó cuando menos se esperaba, en medio de un mundo al pronto sorprendido, pero luego entusiasmado, el libro de las *Confesiones*. ¡Ah! Existe una manera de confesarse públicamente que no cuesta mucho; pero cuando oigo el acento con que Agustín habla de sus faltas; cuando en lugar de ocuparse sólo de los desórdenes de su adolescencia, de las amistades culpables de su juventud y del nacimiento de Adeodato, cosas todas más ó menos conocidas y buenas para una leyenda, penetra también en lo profundo de su conciencia, manifestando los secretos más vergonzosos; cuando pienso en cierta página de las *Confesiones* y en cierta recaída que no sólo pisotea la fe y la conciencia sino también el honor y la delicadeza, y ante la cual, aun sin quererlo, se siente vergüenza; y cuando considero que esta página ha sido escrita por un Obispo anciano y presentada por él mismo ante sus sacerdotes, ante sus fieles y ante toda la Iglesia, para impedir los aplausos que le tributaban, ¡ah! no se puede menos de exclamar, ¡he aquí la humildad elevada á la mayor altura! ¡no hay cosa tan bella en la historia como esta heroica virtud de San Agustín!

Pero ni la humildad ni la pureza perjudican á la autoridad y ternura de su celo. Es necesario remontarse á San Pablo y llegar hasta San Francisco de Sales, para encontrar un amor de las almas tan fuerte, y al mismo tiempo tan tierno. Como el primero, Agustín no quería ni aun el cielo, si se le separaba de sus queridos fieles. «¡No quiero salvarme sin vosotros, exclamaba: no, Dios mío, yo no quiero salvarme sin mi pueblo! ¡Ojalá que ocupando uno de los últimos puestos en el cielo, me vea allí rodeado de todos mis hijos! ¿Y cuáles son mis deseos? ¿Para qué hablo, para qué soy Obispo y para qué estoy en el mundo, sino para vivir en Jesucristo, y reinar después en la gloria con vosotros? ¡Esto es mi anhelo, mi honor, mi gloria y mi tesoro!»

En tanto que su caridad y su afecto se manifestaban por gritos de amor parecidos á los de San Pablo, tenía á la vez para con las almas tales ternuras, tan delicadas atenciones y paciencia tanta, que jamás se vieron parecidas, no siendo en San Francisco de Sales. Como el santo Obispo de Ginebra, reprendía á veces, pero con dulzura, con suavidad, temeroso siempre de apagar la mecha que aún humeaba, y queriendo á toda costa obrar como una madre. De cuando en cuando decía: «la gallina, al atravesar sen-

»deros estrechos, pisa á sus hijuelos, mas nunca
»con todo el peso, calentíndolos después y no de-
»jando un instante de ser madre.» Su amor á los
pecadores y su amor á los herejes se parecían mu-
cho, y mil veces se echó á los pies de los gober-
nantes pidiendo clemencia: ofrecía su vida y
su sangre, quiso abandonar la Sede, y con este
ejemplo los Obispos africanos adoptaron igual
resolución para ayudar á las almas. «Pongá-
»monos de acuerdo, hermanos, pongámonos de
»acuerdo, mis amados, decía sin cesar á los here-
»jes: nosotros os amamos, deseamos veros con nos-
»otros, y deseamos daros lo que buscamos para
»nosotros mismos. No es necesario que seamos
»Obispos, gritaba á los trescientos Prelados del
»Africa, lo necesario es salvar á nuestro pueblo.
»aun cuando para ello debamos sufrir y morir.»

Esta abnegación, esta pureza, esta humil-
dad y amor de las almas, no eran sino som-
bras, al lado de la grandeza, valentía, familia-
ridad é intimidad sobrehumanas de su amor á
Dios. Pasaba de rodillas ó sentado horas enteras.
con los ojos medio cerrados, los labios entreabier-
tos, inmóvil y como fuera de sí, aun cuando se
andaba en torno suyo; y al salir de estas largas
contemplaciones, era cuando tomaba la pluma,
exhalaba quejas sobre la duración de la vida,
sentía movimientos impetuosos hacia la patria

celestial, y escribía las ardientes efusiones de amor que llenan todas sus obras. «Yo os amo. »Dios mío, exclamaba, sí, lo sé, lo siento y estoy seguro de ello. Mis temores no son serviles, ni mis esperanzas interesadas. Extinguid los fuegos del infierno, pues si temo, es porque amo. Quitad el premio de ante mi vista, ya que mi gozo, mi esperanza y mi felicidad consisten sólo en amaros.» Todo su corazón se muestra en estas admirables palabras que Agustín repetía sin cesar: «Vivamos aquí abajo como aprendices de la vida del cielo, donde toda nuestra ocupación será amar siempre.»

En semejante vida y pensamientos iba ya envejeciendo el grande hombre: tocaba á los sesenta y siete años, sano así de cuerpo como de espíritu, y conservaba la vista, el oído y las facultades todas en su mayor vigor; cuando, viniendo sobre el Africa espantosas desgracias, destrozaron también su corazón, atacando juntamente la energía de su vida.

El torrente de los bárbaros, cuyas huestes devastadoras hacía un siglo que recorrían la superficie de la tierra, cayó de repente sobre el Africa, sembrando por doquiera la desolación, el pillaje, el asesinato, el incendio y otros mil horrores, sin perdonar ni á mujeres, ni á niños, ni á sacerdotes, destruyendo las iglesias y lleván-

dolo todo á sangre y fuego. «El hombre de Dios,
»dice Possidio, vió el principio y los progresos
»de este azote divino muy de otro modo que los
»demás hombres, porque descubrió males aún
»más terribles, los males y la muerte de las al-
»mas; y, como dice la Escritura Sagrada, *que*
»quien adquiere ciencia, se prepara á dolores
»intensos, y que la gran penetración deseca
»los huesos, Agustín pasó los últimos días de
»su ancianidad en tristeza y amargura incom-
»parables. Siempre tenía presentes las iglesias
»quemadas y desprovistas de sacerdotes; las
»vírgenes consagradas á Dios expirando al filo
»de la espada, ó perdiendo la vida del alma con
»la pureza de su cuerpo; los Obispos y sacerdo-
»tes despojados y reducidos á la última mise-
»ria; por todas partes descubría los altares profa-
»nados, imposibilitada la administración de Sa-
»cramentos, y á multitud de cristianos pidiendo
»el bautismo ó la penitencia, y muriendo sin
»poderlos recibir. El santo anciano lloraba día
»y noche, y el dolor le iba consumiendo (1).»

Bien pronto el ejército de los bárbaros, des-
pués de haber talado y destruído todas las ciu-
dades de Africa, excepción hecha de Cartago.
Cirta ó Hipona, vino á sitiar esta última donde

(1) Possidius, cap. XXIII.

estaban refugiados una multitud de Obispos, sacerdotes y religiosos; como si Dios hubiese querido reunir toda la Iglesia de Africa á fin de que aprendiese de Agustín, cómo se soportan las grandes desgracias y con qué resignación y heroísmo deben sucumbir las naciones cristianas. Él lloraba y gemía con los Obispos, pero su clarísima razón se elevaba á mayor altura. «Seríamos muy pequeños, decía, si mirásemos como »supremo mal los derrumbamientos de maderas »y de piedras, y las muertes de los cuerpos.» Sus lágrimas corrían previendo mayores males.

Así que, consumido de tristeza y no pudiendo resistir más, dijo á los Obispos: «Hermanos »y padres míos, oremos juntos á fin de obtener »que cesen estas desgracias, ó que Dios me »tire de este mundo.» Acometido poco después de una fiebre violenta, efecto acaso del dolor que acibaraba su alma, conoció bien pronto que iba á morir. Su corazón tan tierno y tan fuerte siempre, manifestó entonces una especial afectuosidad, empleando sus últimas fuerzas en dictar para los Obispos de Africa una carta admirable, donde les exhortaba á no abandonar sus pueblos, á darles ejemplo de resignación y paciencia, y á morir por ellos y con ellos. Esta carta, su última producción, fué como el canto del cisne, estando bien á su corazón tan grande

exhalar sobre la tumba semejante grito de amor.

Cuando se supo en Hipona que Agustín estaba próximo á morir, fué rodeada la casa por todos los fieles que querían ver á su Obispo por última vez. Los enfermos se agrupan ante su cama, y las madres llevan sus hijos para que los bendijera. Conmovido por tales testimonios de afecto, el moribundo ofrece á Dios sus oraciones mezcladas con lágrimas. Habiéndole pedido un padre que impusiese las manos á su hijo y le sanara, «Si yo tuviese tal poder, dijo sonriéndose el »bondadoso anciano, empezaría por curarme á »mí mismo.» Sin embargo, insistiendo el padre, puso las manos sobre la cabeza del niño, y éste quedó curado.

Pero Agustín no se ocupaba ya en lo que á la tierra pertenecía, ni llamaban su atención las ardorosas manifestaciones del pueblo. Dominado por el amor de Dios que le consumía, y ocupado con el recuerdo de los pecados que cuarenta años de expiación no habían borrado de su memoria, empleaba aún las últimas horas en purificar el alma. Había hecho escribir sobre tiras de tela los Salmos penitenciales, colocándolos sobre el muro de su estancia; y en los últimos días de su enfermedad leía desde la cama sus versículos, derramando abundantes y senti-

das lágrimas. «A fin, dice Possidio, de que nadie
»le interrumpiese en esta profunda meditación,
»unos diez días antes de su muerte nos rogó no
»permitiésemos á nadie la entrada en su cuarto,
»excepción hecha de los médicos. Obedeciósele
»puntualmente, y estos diez últimos días pasólos
»el grande hombre en completo silencio, atento
»sólo á Dios, y ocupado en pensamientos que
»eran mezcla singular de arrepentimiento y amor.
»Por fin, aproximándose ya su hora postrera, los
»Obispos se reunen alrededor del lecho, y entre
»sus abrazos y suspiros, el alma del santo anciano
»voló al seno de Dios. Hacía setenta y siete años
»que Mónica le había dado á luz, cuarenta y tres
»que le había convertido con sus lágrimas, y cua-
»renta y dos que le aguardaba en el cielo. Alipio,
»su antiguo amigo, le cerró los ojos, sepultó su
»cuerpo, y ¿quién duda que Mónica recibió su
»alma, llevándola ella misma al seno de Dios?»

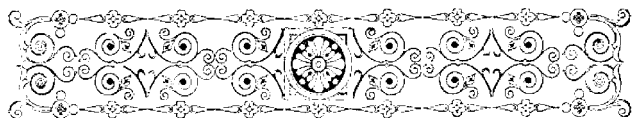
Fué dado á un gran Santo de los tiempos modernos, contemplar durante un éxtasis el encuentro en la eternidad de dos almas, que sobre la tierra se habían amado tierna, fuerte y santamente. San Vicente de Paúl vió descender del cielo en forma de un globo de fuego el alma de San Francisco de Sales, mientras que el alma de Santa Francisca Chantal se elevaba de la tierra en forma de otro globo inflamado; y los dos glo-

bos se aproximaron y confundieron de tal modo que bien pronto no se vió sino una sola llama, que fué á perderse en el cielo.

Algo parecido debió suceder en la muerte de San Agustín. El alma del hijo y el alma de la madre se elevaron hasta el centro divino de su mutuo amor; allí se unieron y, más dichosos que en Ostia, no volvieron á descender: por cierto tengo esto, aunque Dios no lo haya revelado. ¿Y á qué fin había de revelarnos lo que siente el corazón? Quien no halla esto en su alma como necesario, no merece recibirlo de lo alto.

¡Oh Agustín! ¡Bienaventuradas las entrañas que te llevaron, y que en este día se conmovieron inefablemente! ¡Oh Mónica! Abrid vuestros brazos á ese hijo que en todo es vuestro, y gozad para siempre de la felicidad que vuestras lágrimas le han conseguido!





CAPITULO XVII

PRINCIPIA EL CULTO DE SANTA MÓNICA.—INVENCION
Y TRASLACION DE SUS RELIQUIAS Á ROMA.—EL PAPA
MARTÍN V RECONOCE SU AUTENTICIDAD

Años 430 al 1586.

MIENTRAS Alipio, Possidio y los demás Obispos de Africa daban sepultura al cuerpo de Agustín en la iglesia de San Esteban de Hipona, que había de ocupar cincuenta y seis años antes de ser conducido á Cerdeña, y más tarde á Pavia donde reposa hoy, Mónica dormía el sueño de los justos en la tumba que la piedad de su hijo le erigiera en las orillas del mar de Ostia. El extranjero que visitaba esta tumba veneranda, veía un pequeño monumento de mármol tan antiguo, que su origen era desconocido y muchos atribuían al mismo San Agustín. ¿Quién duda,

en efecto, que éste fué muchas veces á visitar la tumba de su madre durante el primer año de duelo que pasó en Roma? ¿Y quién puede dudar tampoco que, sin la prohibición de Santa Mónica, Agustín habría tomado las medidas necesarias para llevar á Thagaste restos tan preciosos, y reunirlos á los de Patricio, su padre, en la tumba de familia? Pero ya que Mónica había dicho «enterraréis á vuestra madre aquí», Agustín no salió de Italia, ni dió el último adiós á sus restos venerados, sin cuidarse del sepulcro que los encerraba, adornándole convenientemente.

Cualquiera que sea el origen del monumento, es lo cierto que Mónica permaneció durante muchos siglos en el sarcófago de piedra que la piedad de su hijo le consagrara; que su nombre era venerado en Ostia, y que, conocidas ya las *Confesiones*, lo fué por todo el mundo; si bien no consta que se le rindiera culto. Su fiesta no está consignada ni en los martirologios universales de Usuardo, de Adón y del venerable Beda, ni tampoco en los calendarios especiales de la Iglesia africana, teniendo Dios acordado que Santa Mónica no llegase al honor del culto público sino después de mil años. ¿Por qué esto? ¿Por qué Santa Filomena, martirizada en las primeras persecuciones, no ha conseguido aquel honor hasta el siglo XIX en que fué ornada de

espléndida aureola? ¿Por qué hasta nuestros días no ha brillado el glorioso misterio de la Inmaculada Concepción? ¿Por qué hay en el cielo astros cuya luz, según el testimonio de los sabios, no nos ha llegado aún? Dios lo sabe; para los *hombres es un secreto*.

Sin embargo, en la hermosa vida de nuestra Santa el misterio se trasluce, y mirando de cerca es fácil descubrir por qué fué admirada, pero no honrada todavía en la humilde tumba que su hijo le abriera. Mónica debía ser patrona de las madres que tienen Agustinos, y su dulce imagen había sido creada para alentar un día, para sostener y consolar en determinado tiempo á *madres desgraciadas*, cuyos hijos se extravián alejándose de la fe que mamaron; y he aquí por qué los siglos cristianos de la Edad Media vieron á Santa Mónica y no la comprendieron: la admiraron, si, pero no tendieron hacia ella sus brazos suplicantes. Para apreciar esa consoladora fisonomía, es menester verla á través de lágrimas; pero en aquel tiempo aún no había bastantes en los ojos de las madres.

Pasan así mil años, durante los cuales sólo Dios vela para que tan preciosos restos no perezcan. «Por eso, dice un gran Papa, que Santa Mónica murió en Italia y Agustín la dejó allí: »pues trasladada al África, infaliblemente habría

»desaparecido en las repetidas invasiones que,
»después de las iglesias, los altares y cuerpos de
»los Santos, destruyeron hasta las poblaciones,
»convirtiendo en un desierto aquella inmensa y
»fértil comarca (1).» Y por la misma razón, más
tarde y en una época que no se conoce con seguridad, pero que debe coincidir con la invasión de los lombardos hacia el siglo VI ó VII, el cuerpo de Santa Mónica fué trasladado secretamente á la iglesia de Santa Aurea, en Ostia, y se colocó bajo el altar en una pequeña cripta, conocida sólo por los sacerdotes de la misma iglesia. Dios reservaba este santo cuerpo para otros tiempos, y le guardaba como un tesoro de su misericordia para siglos que habían de necesitarle más.

En fin, hacia la mitad del siglo XV, cuando el protestantismo iba á romper la unidad y á preparar los tristes tiempos en que Santa Mónica debía ser consuelo y luz, aparece su tumba providencialmente, según veremos, y es colocada sobre los altares.

Pero ya por los siglos XII y XIII nuestra Santa había empezado á salir de la obscuridad. Establecióse su fiesta en muchos puntos á la vez, señalándosele unánimemente el 4 de Mayo, víspera del día en que se celebra la memorable

(1) Véase el sermón del Papa Martín V.

conversión de su hijo; como diciendo á los fieles que si, después de tantos errores y extravíos, Agustín había vuelto á encontrar su fe, su conciencia, su corazón, su genio mismo; y si, disipadas las tinieblas en que vivía, pudo irradiar y comunicar su luz al mundo y á la Iglesia, lo debía á Santa Mónica. Levantáronse altares en las catedrales de la Edad Media; compusieronle himnos que se cantaban por los fieles, y en los frescos y vidrieras de las iglesias empezó á resplandecer su bella imagen. Ya un discípulo del bienaventurado Angel de Fiesoli, Benozzo Gózzoli, había pintado algunas interesantes escenas de su vida, y con especial esmero su muerte, en el coro de San Geminiano; mientras que una mano desconocida, impulsada de nobilísimo espíritu, puso su dulce imagen sobre el altar de la ya hoy devastada iglesia de Ostia.

Mas todo esto no era sino la aurora de un culto que tendía á generalizarse, procediendo ya que el Jefe supremo de la Iglesia interviniera y colocase en los altares á Santa Mónica. Para tan grande obra escogió Dios á Martín V.

Pocos Papas sufrieron como él, pues si su exaltación á la Santa Sede puso fin al cisma de Occidente, y si tuvo el inefable consuelo de ver que los miembros de la Iglesia se sujetaban á la cabeza, y que la misteriosa unidad, momentáneamente

velada, resplandecía con modo singular; fué también testigo de las dolorosas escenas del Concilio de Constanza que preparaban los escándalos del de Basilea; vió aparecer á Wiclef, Juan de Huss y Jerónimo de Praga, presencié los horrores de la guerra de los hussitas, y desde el trono de San Pedro, en que los consejos del genio y de la experiencia son débil crepúsculo al lado de la luminosa asistencia del Espíritu de Dios, tuvo amargo presentimiento de los abominables caminos en que, sin respeto á Dios ni á su Iglesia, el mundo pensaba entrar. Pero en este momento, y cuando las entrañas de la cristiandad sentían dolores tan intensos, presagio de mayores males, fué cuando por una de esas inspiraciones á que obedecen los Papas sin comprender siempre toda su importancia, Martín V autorizó y comisionó para buscar las reliquias de Santa Mónica y trasladarlas á Roma.

Para ello nombra á uno de los hombres más venerables de la época, á su confesor Fr. Pedro Assalbizi, eremita de San Agustín y Obispo de Aleth, tenido universalmente por santo. Gozoso éste de la misión recibida, asocióse un religioso de su misma Orden, el Bienaventurado Agustín Favaroni, Prior general que murió en olor de santidad, y ambos acompañados de algunos sacerdotes y religiosos, se trasladaron á Ostia sin dilación, pues estando próximo el día de Ramos,

deseaban que los preciosos restos viniesen á Roma ese mismo día.

El cuerpo de la Santa había sido trasladado á la iglesia de Santa Aurea, en Ostia, y sin duda sepultado allí en época muy remota, aunque la fecha no se precisa. Los comisarios apostólicos llegaron á dicho santuario acompañados por sacerdotes de la ciudad, y después de arrodillarse y orar con fervor, mandaron cavar á la derecha del altar. Allí, á la profundidad de ocho pies, poco más ó menos, se halló un enlosado antiguo de largas y anchas piezas, sobre las cuales se veían algunos esqueletos que podrían ser de santos, pero nada lo indicaba. Detuviéronse entonces, persuadidos de haber llegado al fondo de una cámara sepulcral, profanada acaso, y fijaron su atención en otras partes del santuario que hicieron sondear por diferentes puntos con instrumentos de hierro, sin que se descubriese cavidad de ningún género. Volvieron, pues, al dicho enlosado que costó gran trabajo remover, y bajo de una losa vieron una pequeña abertura diestramente ocultada, que conducía á otra bóveda más profunda y absolutamente desconocida. Llenos de esperanza los comisarios apostólicos, bajan y en una cripta bastante extensa descubren muchos sarcófagos de diferentes dimensiones: tres á la derecha, que contenían el cuerpo de San

Lino, Papa y mártir, el de San Félix, también Papa y mártir, y el de San Astero, igualmente mártir.

Examinaron sin dilación y con avidez los que estaban á la izquierda: el primero era la vasta tumba donde Santa Constanza fué sepultada con Santa Aurea; el segundo era caja más que tumba, y contenía los huesos de Santa Aurea, virgen y mártir, sacados del sepulcro de Santa Constanza en época desconocida. Más abajo había un ancho sarcófago de piedra, semejante á los usados en Roma, y los comisarios apostólicos aproximando sus lámparas, pudieron leer sobre una plancha de plomo el nombre de Santa Mónica.

El momento fué solemne: la madre de San Agustín aparecía después de doce siglos de obscuridad y silencio, y con ella todas las reliquias de la ciudad de Ostia.

Efectivamente, antes de ser invadidos por los lombardos que todo lo arrasaban, y con especialidad los cuerpos de los Santos, las habían ocultado en una cripta hábilmente disimulada, de más de ocho pies de profundidad, y volvían á rogocijar á los cristianos que las creían ya perdidas y á reanimar con sus inmortales ejemplos á los nuevos mártires que iba Dios á pedir á su Iglesia.

Luego que todos, religiosos y sacerdotes se

prosternarón, adorando ante las tumbas al Dios que triunfa en sus Santos, abrióse con mano temblorosa por la emoción, el sarcófago de piedra en donde el más grande de los doctores y el más amante de los hijos, había encerrado el cuerpo de su madre. No había allí más que huesos desecados, pero llenos á la vez del perfume que exhalan casi siempre los restos de los Santos. «Salía, »dice un testigo, de tan preciosas reliquias cierto aroma que impregnaba las manos y vestidos. »sin poderlo quitar; pero no se parecía á los »perfumes más delicados, que suelen respirarse, y era de naturaleza tal que elevaba el alma »á Dios (1).»

Después que los afortunados testigos de esta escena hubieron contemplado, orado y besado también restos tan venerables, colocáronlos en una caja de madera preparada al efecto, apresurándose todos á emprender la marcha en dirección á Roma.

Nada se había dispuesto para que la traslación fuese solemne, antes bien habían convenido en que entrasen sin ruido alguno las reliquias, y que se dejara al Soberano Pontífice el designar día para la fiesta pública; pero, cuando una persona se ha inmolado á Dios, sale de sus huesos

(1) Véase al fin de la obra la nota núm. 4.

santificados, como en otro tiempo del de Nuestro Señor Jesucristo, una virtud que cura, y un celestial encanto que atrae las almas, consolándolas, despegándolas de la tierra y elevándolas á Dios. Bien pronto el pueblo, en un pequeño número, hizo cortejo al modesto carro que llevaba los restos de Santa Mónica; pero al entrar en Roma el entusiasmo subió de punto. Celebrábase aquel día uno de los principales mercados, estando la ciudad llena de gente; y como los labradores y mercaderes de la campiña romana preguntasen qué significaba aquel cortejo, al contestarles que era el cuerpo de Santa Mónica que se traía á Roma, había quienes oían sin interés; pero cuando se añadía, «es la madre de San Agustín», todos prorrumpían en gozosas aclamaciones (1); todos querían ver la caja, tocarla y besarla; y los Comisarios apostólicos, los Religiosos y Sacerdotes de Ostia que como escolta de honor rodeaban el carruaje, no podían avanzar de ningún modo.

Un milagro vino á aumentar el entusiasmo, y á revelar al mundo lo que era esta mujer incomparable, cuyos restos entraban en Roma. Mientras los conductores del carro procuraban, aunque inútilmente, separar la muchedumbre, ésta se abre espontáneamente para dar paso á

(1) Sermón de Martín V. (Nota 4.^a)

una madre que, con su hijo enfermo en los brazos, corría presurosa hacia el cuerpo de Santa Mónica. Los concurrentes hacen esto por un presentimiento misterioso hijo de la fe, y ella entonces se aproxima, acerca el niño hasta ponerle en contacto con la caja, dirige al cielo una mirada llena de confianza, é instantáneamente se apodera del pueblo una emoción indescriptible: el niño estaba curado. Desde aquel momento el entusiasmo no tuvo límites.

Llegados á la iglesia, y cuando se había colocado sobre el altar la caja de madera que encerraba las reliquias de la Santa, sintieron todos mucho haber dejado en la cripta de Santa Aurea el gran sarcófago de piedra, en que San Agustín había puesto el cuerpo de su madre, y que era una segunda reliquia; volvieron, pues, á Ostia, y al día siguiente se trajo triunfalmente á Roma, en medio de un concurso más numeroso aún, que nadie podía contener.

Otro nuevo milagro de la misma naturaleza, pero, si se quiere, más brillante, acabó de dar á conocer la Santa, enseñando juntamente qué gracias podían pedirsele.

Una madre que tenía en cama á su hijo cerca ya de ocho meses, y desesperaba de su salud, sabiendo lo que ocurría, movida por esa viva fe é indomable esperanza que suele tener el corazón

de las madres, coge á su hijo, le envuelve en un paño, corre hacia la tumba de Santa Mónica, le coloca sobre ella, y en pie, llena de confianza, espera que la Santa se mostrara verdadera madre. No esperó en vano esta mujer fervorosa; pues el niño se levantó al instante, y gozoso á la vez que enteramente sano, se arrojó en sus brazos.

«Estos hechos, decía el Papa Martín V en
»una solemnidad en que vamos á ocuparnos, han
»pasado á la vista de todos, y se repiten cada día
»con tal publicidad, que deben inspirarnos muy
»firme confianza en esta sierva de Dios.»

En efecto, otros muchos milagros acompañaron su traslación, y el Papa Martín V se ha encargado de referirlos; pero notemos aquí un hecho que nos da mucha luz sobre el particular. Aparte de los niños curados en los brazos de sus madres, hizose notar que los milagros más frecuentes se operaban en ciegos, devolviéndoles la vista; «sea,
»dice el mismo Martín V, que Dios quisiere por
»este medio glorificar á la madre de San Agus-
»tín sea que quisiese honrar las lágrimas que
»esta mujer admirable había vertido durante
»veinte años, para obtener de Dios que abriera
»los ojos de su hijo.»

Así Santa Mónica, apenas hallado su cuerpo, quiso enseñar al mundo dos cosas; primera: que Dios no resistiría jamás á los gemidos de una ma-

dre que llora por sus hijos; y segunda: que entre los enfermos siempre y muy principalmente interesarían su corazón los ciegos; no tanto los privados de ver la luz del sol, como esos ciegos más desgraciados aún, cuya inteligencia oscurecida por las pasiones, no contempla el brillante sol de la fe.

Martín V se conmovió profundamente, al saber cómo se había verificado la entrada del cuerpo de Santa Mónica; y ya que tal pompa no fué ordenada por él sino hija del entusiasmo del pueblo, juzgando que su deuda no estaba satisfecha, quiso celebrar una solemnidad extraordinaria en la iglesia que guardaba el santo cuerpo, y manifestó deseos de presidirla personalmente.

Fué, pues, el Papa á dicha iglesia entre oleadas de inmenso pueblo, atraído por los milagros que se multiplicaban alrededor de la tumba santa; ofreció el santo sacrificio, y después, poseído de santo gozo, dirigió á los religiosos encargados de custodiar el cuerpo de la Santa y al pueblo que llenaba la iglesia, un elocuente y conmovedor discurso de que, cumpliendo el deber de historiadores, daremos una idea al lector.

«Celebramos hoy, decia, á la madre de ese gran doctor cuya virtud, gracias y victorias son gloria de los cristianos, y cuyo nombre

se ha hecho célebre cual ninguno, doquiera que reina la fe católica. ¿Y cómo no hacer partícipe á la madre de las alabanzas que prodigamos al hijo, cuando todos saben que la bienaventurada Mónica, no solamente ha sido su madre según la naturaleza, sino que á la vez, y más particularmente, fué la madre de su espíritu y de su corazón? En efecto, el objeto único, puede decirse, de las oraciones que Mónica dirigía continuamente á Dios, el fin único de su solicitud era la salvación de Agustín: él mismo nos refiere en sus escritos haberla oído decir repetidas veces, que no deseaba otra dicha sobre la tierra que el ver á su hijo anhelando las cosas celestiales, y despreciando los gozos de la tierra. ¿No tengo, pues, razón para alegrarme hoy que puedo tocar las reliquias de la bienaventurada Mónica, y devolver el santo cuerpo á los hijos mismos que Agustín engendró para honrar á su madre? ¡Oh! ¡cuán grande es, y de qué sublime dignidad está revestida la madre de tal hijo! ¡Dichosas las entrañas, bienaventurados los pechos, mil veces venerables los brazos, digno en fin, de todo homenaje el cuerpo que dió al mundo un hijo tan ilustre!

«Recíbidle, pues, oh Religiosos, con grande amor, tomadle con profundo respeto y llevad

«sobre vuestras espaldas á esa madre de que os
«llamáis hijos. Que vuestro corazón sea siempre
«para Agustín y para Mónica: que no haya sino
«una sola alabanza. Y vosotros también, ciudada-
«nos y magistrados romanos, entregáos al regoci-
«jo por un beneficio tan grande, y no pongáis lí-
«mite á vuestro entusiasmo.»

Después de esta efusión de su alma, empieza el Pontífice á diseñar las virtudes de Santa Mónica, su dulzura, su paciencia y su maternal solícitud, recompensada con el tesoro que nos legó en Agustín. «Poseyendo á San Agustín, exclama, ¿qué nos importa la sagacidad de Aristóteles, la elocuencia de Platón, la prudencia de Varrón, la gravedad de Sócrates, la autoridad de Pitágoras, ni la habilidad de Empédocles? No los necesitamos ya, nos basta Agustín. En él se encuentran reproducidos los oráculos de los Profetas, las enseñanzas de los Apóstoles y las obscuridades de las Santas Escrituras se ven allí aclaradas. En él se ven reunidos el genio y la doctrina de todos los Padres y de todos los sabios. Si buscáis verdad, doctrina ó piedad, ¿hay alguien más solido, más sabio, y, por decirlo así, más santo que Agustín?

«Pues bien; la piadosa Mónica ha sido quien dió al mundo un hombre semejante; esta bienaventurada Madre ha sido también la que pro-

»porcionó á la Iglesia un doctor tan ilustre! ¿Bas-
»tará decir en alabanza suya, que le dió á luz,
»le amamantó y educó como hacen todas las
»madres con sus hijos? ¡Oh, no! porque Mónica
»ha hecho mil veces más: ¿quién no se regocija-
»rá sabiendo por el mismo Agustín, que su ma-
»dre tenía la piadosa costumbre de hacerle pro-
»nunciar en la cuna el nombre de Jesucristo,
»nombre que después en edad más avanzada,
»cuidaba él mucho de poner en los labios de los
»niños? Pues para esta obra comenzada y con-
»tinuada sin interrupción por Mónica durante
»sus días, nada omitió hasta llevarla á cabo.
»¿Quién podrá imaginar las oraciones que día y
»noche dirigía al cielo por Agustín, pidiendo,
»no la salud corporal sino la salvación de su
»alma? ¿Quién contar las lágrimas que vertió, y
»los gemidos que exhalara por amor al hijo ex-
»traviado? Dios puso fin á su aflicción haciéndola
»oir que el hijo de tantas lágrimas no podía pere-
»cer, y que este hijo andaría como ella por el
»camino de la fe y de la salvación. Desde enton-
»ces Mónica no tuvo ya otro deseo ni otra solici-
»tud que la de corresponder al favor divino; pen-
»sando siempre en su hijo Agustín, prometido
»y consagrado á Dios y á la Religión, y siguien-
»do afanosa sus huellas á fin de arrancarle al
»mal y volverle á la virtud.

»No referiré, continúa el Pontífice, las industrias que puso en juego, y gracias á las cuales obtuvo su marido la salud espiritual; viéndose cumplido el dicho del Apóstol en su carta á los corintios: *El hombre infiel deberá su salvación á la mujer fiel*, y consiguiendo así que ningún miembro de su familia falte donde moran los elegidos é inscritos en el libro de la vida.

»Pero ¿quién no admirará la fe y el grande amor que la impulsaron á seguir por mar y tierra á su Agustín? No se crea que este viaje le emprendiese de acuerdo con su hijo, pues él mismo dice que, deseando ausentarse del África, engañó á su madre; mas, cuando Agustín hubo partido para Italia, ella emprende el mismo camino dándose á la vela y siguiéndole con valor muy superior á su sexo. A esta mujer incomparable pueden aplicarse las palabras del Salvador: ¡qué grande es tu fe! ¡Oh, sí, la fe que impulsó á Mónica á concebir tal designio y á afrontar resuelta el mar y sus tempestades, la tierra y sus peligros, hasta abrazar á su hijo que no esperaba tal resolución, esa fe era grande, muy grande. ¿Y cómo expresar ahora la vivísima solicitud de esta mujer fuerte y fiel, para conseguir la santificación de Agustín? ¿Los modos y maneras con que adquirió en Milán la santa

»familiaridad de Ambrosio, de Simpliciano y tantos otros eminentes y santos Padres? En semejantes relaciones no buscaba otra cosa que confiar la salvación de su hijo á los hombres más á propósito, y yo pudiera referir aquí muchas cosas que, con extraordinaria energía, hizo esta madre para traerle á la fe; siendo tantas que no acabaría nunca. Mónica obtuvo, por fin, cuanto deseaba, es decir, vió renacer á Agustín por el bautismo y por los Sacramentos que se administran á los fieles; pareciendo á alguien que la corte celestial, vencida por sus gemidos, no pudo ya relusar la vida y la salud del hijo á los suspiros de la madre: suspiros tan continuos y tan ardientes, que San Ambrosio y Simpliciano estaban fatigados y como propensos á dirigir al cielo esta súplica: alejadla, Señor, pues nos importuna con sus clamores.»

Después de referir la conversión de Agustín, su retiro en Casiaco, las conferencias filosóficas y la parte que en ellas tomó Santa Mónica, después de haber exclamado: «¡Oh! seguramente había en el corazón de esta mujer un espíritu bien diverso del que suele manifestarse en los hombres», el Santo Pontífice continúa así:

«Habiendo acompañado á su hijo, convertido ya, hasta esta ciudad, y habiendo visto las cosas dignas de visitarse, Santa Mónica parte con

»Agustín para Ostia, desde donde pensaba, dando
»un adiós á Italia, navegar hacia Cartago. Pero
»¿qué decir aquí, mis carísimos hermanos? ¿Por
»qué causa no quiso Dios que Mónica saliese de
»Italia? ¿Por qué en ella, y no en su patria, vellegar
»su último día, después de haber seguido al hijo,
»y cuando le mostraba ya las playas de su país
»natal? Allí pudo bien decirle: «Por tí, hijo mío,
»dejo estos lugares y voy á la patria tan desea-
»da, recordándote que sólo en el cielo está la ver-
»dadera y la inmortal, común á todos los Santos:
»que tus votos y todas tus acciones se dirijan ha-
»cia ella, es el único legado que te dejo, y así yo
»volveré á recibirte en mi seno. Ahora no quiere
»Dios que te siga más en la tierra, y pues aquí con-
»cluye mi peregrinación, que aquí también sea el
»término de mi vida mortal y el principio de mi
»inmortalidad dichosa en el cielo. Fuerte con mi
»apoyo y seguro de mi auxilio, marcha tranquilo
»bajo mi tutela. Dichosos tiempos aquellos en que
»tus hijos, y míos también después de traerte á Ita-
»lia, nos guarden á ambos con religiosa piedad.»

»Así, exclama el Pontífice, me parece oír ha-
»blar á la Santa, movida de espíritu profético.
»Sí, hénos aquí en los tiempos que ella predecía
»hace tantos siglos, y ¿cómo no reconocer la bon-
»dad, la misericordia y la providencia de Dios,
»que no ha querido que Italia y el mundo entero

»careciesen de tesoro tan magnífico? Yo dudo,
»en efecto, que muriendo Mónica en Africa, se
»hubieran conservado sus venerandas cenizas, y
»que restos tan preciosos hubiesen podido esca-
»par á las devastaciones de aquel país. ¡Ah! Los
»que habrían perdido al hijo, tan célebre en
»todo el mundo, á no haberle trasladado, menos
»sin duda alguna habrían conservado á la ma-
»dre. ¿Qué digo? en la misma ciudad de Ostia las
»reliquias de los Santos no estarían seguras, si el
»Señor no velara por su conservación. Gracias
»á esto, permaneció oculto el bienaventurado
»cuerpo durante tantos años, y Dios lo ha que-
»rido para que vosotros que con tanta piedad
»venís honrando al hijo, pudierais también ren-
»dir respetuoso homenaje á la madre. Yo me re-
»gocijo y felicito de poderos hacer hoy un pre-
»sente tan magnífico.»

Luego que el Pontífice hubo celebrado las virtudes de la Santa, empieza á contar la historia de la invención: refiere las órdenes que al efecto había dado, las investigaciones que se habían hecho, los milagros que acompañaron la traslación de sus preciosos restos, y terminó de esta manera:

«Recibid, pues, á la madre con el hijo, imitadlos cuanto podáis, porque los dos tienen un solo espíritu, una misma regla y una misma voluntad. Sea para vosotros este día festividad

«solemne, y pues lo permitimos, lo queremos y
«á ello os exhortamos; trasmitidla hasta la más
«remota posteridad, conociéndose por vuestro
«conducto en todas partes el poder y la gloria
«de esta muy santa madre. Conducid ante ella
«los pobres, los lisiados, y los enfermos; invi-
«stadles á que vengan á buscar aquí los socorros
«del Altísimo, y al efecto, publicad lo ocurrido
«estos días entre nosotros, al contacto de ese
«cuerpo venerable. Cierta mujer llamada Silvia,
«presa de vivo dolor en la cabeza, se encomien-
«da á la Santa, é inmediatamente queda libre de
«su mal. Otra, nombrada Mariola, tenía un
«tumor interno, y al contacto sólo de la tum-
«ba, desaparece la abrasadora fiebre que la había
«llevado á las puertas de la muerte. Un niño se
«envenena, y próximo ya á fallecer, apenas sus
«padres hacen votos á la Santa, cuando se
«siente completamente bien. El simple contacto
«del féretro devuelve la salud á una noble ro-
«mana paralítica, y víctima además de la terri-
«ble enfermedad que llaman *caduca*. Y ¿qué de-
«cir de la mujer estéril, esposa del obrero que hizo
«los herrajes del sepulcro? Tan luégo como ora-
«y se consagra á Dios ante la Santa, cesa su
«esterilidad. ¿Y de ese obrero que, casi cie-
«go, hace el mismo voto y recobra una vista
«completa? ¿Y de esa otra joven, que atacada de

»enfermedad mortal, ofrece vestir el hábito de
»vuestra Orden, é inmediatamente desaparece el
»peligro? ¿Habré de citar otros muchísimos que
»por intercesión de la Santa se han visto libres de
»diferentes enfermedades? ¿Y no deberé referiros
»los ciegos á quienes devolvió la vista? No cabe
»duda que Santa Mónica prodiga sus favores con
»preferencia á esta clase de desgraciados; ó por-
»que es la madre de un doctor que ha iluminado
»al mundo con los rayos de su doctrina, ó bien
»porque para obtener á ese mismo hijo la luz
»celestial, ha derramado ante Dios durante veinte
»años piadosas y copiosísimas lágrimas. ¡Dichosa
»madre! Hubo un tiempo en que exclamaba con
»doloroso acento: «¡Ay de mí! ¡yo lloro la cegue-
»dad de mi hijo Agustín!» Pero al presente sus
»gritos son muy diferentes: «¡Qué felicidad la mía!
»¡por medio de mi hijo Agustín doy luz al mundo!»

Después de estas admirables palabras, que pueden considerarse como la bula de canonización que presentaba al culto de la Iglesia esta madre incomparable, Martín V procedió á trasladar sus preciosos restos, colocándolos en la tumba que había sido preparada. Era de mármol blanco, y estaba adornada con esculturas de gran mérito y valor, debiéndose todo á la piedad del Secretario del Papa, Mateo Veggio de Lodi, que la costeó á sus expensas. Dos nobles romanas habían ofrecido

tres lámparas de plata que, encendidas entonces, continuaron ardiendo día y noche ante las santas reliquias.

Pero al depositar en este sarcófago el cuerpo de Santa Mónica, Martín V creyó conveniente reservar su cabeza, colocándola en un relicario de oro y cristal, á fin de que los fieles pudieran contemplar los restos de aquel rostro venerable y frente augusta, que tantas veces había tocado Agustín con sus labios; aquellos ojos, ahora secos, pero de los que habían corrido tan preciosas lágrimas; aquella lengua, que había dirigido á Dios tan fervientes plegarias; aquella faz, en fin, hoy sin voz y sin vida, y que, no obstante, habla aún á las almas, y las consuela cerciorándolas de que Dios no abandona jamás á los que confían en él. Y para que en aquella iglesia hubiese imperecedero recuerdo de la traslación, Martín V dió una Bula que ha llegado hasta nosotros, y comprueba la autenticidad del cuerpo y la glorificación de Mónica (1).

La Bula está fechada en Roma el 27 de Abril de 1430. Sin tardar, aparecerá Lutero desgarrando el seno de la Iglesia, preparando el camino á la impiedad y enseñando al mundo el sentido de los acontecimientos referidos, que no se compren-

(1) Véase la nota núm. 3.

día aún; pues, como ha podido observar el lector, lo que Martín V saludaba en Santa Mónica, y lo que aclamaba entonces la Cristiandad, era la madre del gran Doctor; mientras en los tiempos modernos, lo que se saluda, lo que excita cariño y lleva las generales simpatías, es la madre del joven extraviado. Santa Mónica, pues, en el siglo XV, no había llegado á su verdadero esplendor.

La Santa no tenía ni capilla ni iglesia: sus reliquias fueron colocadas junto al muro del reducido templo de San Trofonio, que estaba servido por los ermitaños de San Agustín, y los peregrinos que acudían en gran número á implorar su protección, no podían dar la vuelta alrededor de la tumba. Mateo Veggio de Lodi, muy devoto de la Santa, quiso completar la obra empezada, pues costeó el sarcófago, hizo construir junto á la dicha iglesia otra capilla y trasladó á ella el santo cuerpo. Afluyeron los peregrinos, y como entre los que diariamente venían á elevar sus manos suplicantes ante este sepulcro, se viese una multitud de madres, y sobre todo de madres afligidas; Eugenio IV, accediendo á los deseos de éstas, instituyó una cofradía de madres cristianas bajo el patrocinio de Santa Mónica, primer paso en la realización de un pensamiento admirable de que nos ocuparemos más adelante, y cuya hora no

había llegado aún, pero que contribuyó á que la devoción de Santa Mónica se abriese paso entre las familias.

No había concluido aún el siglo, cuando de todas partes se pedía la construcción de una gran basílica, digna de guardar el tesoro con que Roma acababa de enriquecerse; y como si Francia, para quien de modo especial salió de su tumba nuestra Santa, hubiera presentado su saludable influencia, anticipóse á todos por medio del Cardenal Estouteville, Arzobispo de Ruán, que hizo edificar la iglesia y puso el sello á la glorificación de Santa Mónica, tributándole así el último honor que la faltaba en la tierra; mas, por un sentimiento de exquisita delicadeza, en lugar de dedicar el templo á la Santa, le dedicó á San Agustín, proporcionando á este gran Santo y tierno hijo el gozo de abrigar en su templo la tumba y el cuerpo de su madre.

A ambos lados del altar mayor hay dos capillas: la de la derecha, (izquierda del espectador,) dedicada á San Agustín, y la de la izquierda, á Santa Mónica, teniendo ambas igual forma y ostentando idéntica belleza, cual la de las dos almas á que están consagradas.

Allí, en la capilla que lleva su nombre, y dentro de una urna de mármol verde, tallada en forma de sepulcro y colocada bajo el altar,

reposa el cuerpo de la madre de Agustín. Una breve inscripción lo dice á los viajeros:

HIC JAC. CORPUS S. MATRIS. MONICE

En esta misma capilla, á la izquierda del altar, se ve la antigua tumba de Santa Mónica, adosada al muro lateral y religiosamente conservada: es un sarcófago de piedra blanca con estrías ó medias cañas, y cinceladuras antiguas de agradable sencillez. Descansa sobre cuatro garras de león, y en la parte superior está la imagen de la Santa (en relieve) yacente y completamente vestida. En la parte baja de la tumba se lee la siguiente inscripción:

IC Δ XC
SEPULCRUM. UBI. B. MONICE. CORPUS
APUD. OSTIA. TIBERINA. ANNIS. MXLI.
JACUIT. OB. IX. EO. EDITA. IX.
EJUS. TRANSLATIONE. MIRACULA. IN
OBSCURO. LOCO. IN. ILLUSTRIOREM
TRANSPONENDUM. FILII. PIENTISS.
CURARUNT. ANNO SALUTIS.
MDLXVI.

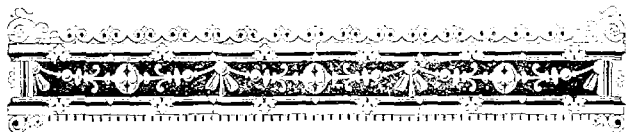
El fondo de la capilla, los muros laterales y las bóvedas mismas están adornados de pinturas al fresco, que representan la vida, ó más bien, las esperanzas y las alegrías de Santa Mónica, &c.

la ve primeramente con los ojos anegados en llanto, pero reflejando ya felicidad cuando le predice un anciano Obispo la conversión del *hijo de tantas lágrimas*. Mas allá, se vuelve á ver la misma figura, sumergida en el dolor también, pero ostentando mayor alegría al oír que el ángel le dice: *Ubi tu, et ille* (1), y que le muestra á lo lejos dos figuras unidas y felices: la de la madre y la del hijo. Más adelante aún, se ve que las lágrimas desaparecen del rostro de la Santa, brillando en sus ojos pura y dulce alegría, representación bella del momento en que Agustín le anuncia su conversión. Después, aparece Santa Mónica sobre el lecho de muerte, despidiendo luz, rodeada de sus hijos, estrechando la mano de Agustín, y expirando sonriente y con la vista fija en el cielo. Dos veces he contemplado estas pinturas, joven todavía y sin conocer las dolencias de la época ni las muchas lágrimas que vierten las madres cristianas, y aunque no me había ocurrido ofrecer á éstas un consuelo y una esperanza publicando la historia de Santa Mónica, siempre he sentido, al visitar dichas pinturas en este santuario silencioso y sombrío, que había sido hecho ex profeso para calmar ó disipar grandes dolores.

(1) *Él vendrá adonde tú estés.*

Precisamente, cuando estas pinturas se terminaban, las circunstancias eran por demás calamitosas. Corría el año 1556: Lutero había muerto después de incendiar la Alemania con sus doctrinas, Enrique VIII había bajado al sepulcro después de asolar la Inglaterra, y Calvino, después de haber turbado la Francia, acababa sus días. Si se exceptúan Italia y España, tranquilas todavía por algunos años, las demás naciones semejaban á un buque náufrago. Los vientos del cisma y de la herejía soplaban sobre el mundo, presagiando huracanes de impiedad y pestes de indiferentismo: todo lo verdaderamente cristiano temblaba, y las madres palidecían al besar á sus hijos, pensando en los peligros que amenazaban á la fe y á la vida misma de éstos. Era ya tiempo de que Dios les enviase alguna señal consoladora, un símbolo de esperanza; y he aquí por qué Santa Mónica salía de la obscuridad en que había estado, y empezaba á resplandecer como arco iris en medio de la tormenta.





CAPITULO XVIII

DESARROLLO DEL CULTO DE SANTA MÓNICA EN LOS
TIEMPOS MODERNOS. — HARMONÍA DE ESTE CULTO CON
NUESTRAS NECESIDADES Y NUESTRAS DESGRACIAS

1576 al 1886.

DURANTE todo el siglo XVI. pero especial-
mente en su segunda mitad, la devoción
á Santa Mónica fué siempre creciendo, no obstante
las multiplicadas apostasias que hicieron tem-
blar á las madres cristianas. No había sido inscrito
el nombre de la Santa en ningún Martirologio,
hasta que le incluyó Baronio en el compuesto por
orden del Romano Pontifice para uso de la Iglesia
universal. Su fiesta, que se celebraba sólo en Roma
y en iglesias de Religiosos que siguen la regla de
San Agustín, comenzó á celebrarse por todas par-
tes; insertándose el Oficio propio en el Breviario

romano, y sus reliquias, conservadas hasta dicha fecha en una sola iglesia, se esparcieron por todo el mundo. El Papa Gregorio XIII envió (1526) un fragmento á Bolonia, y la Cofradía de Santa Mónica, en Roma, pidió una partícula y la obtuvo; Pavia que se gloriaba de poseer el cuerpo de San Agustín, quiso tener, por lo menos, una reliquia insigne de la Santa madre, y recibió de la munificencia de los Papas una costilla; los PP. Jesuitas de Munster y los ermitaños de San Agustín de Tréveris enriquecieron igualmente sus iglesias con algunos huesos de la misma Santa; y durante el citado tiempo, todos los ilustres y santos personajes que la Iglesia formaba con fecundidad maravillosa, demostrando al protestantismo que era siempre la verdadera Esposa de Jesucristo, recomendaban eficazmente el culto y la devoción á Santa Mónica.

Alargaríamos demasiado este relato, si refiriésemos todos los testimonios de piedad y de veneración, que Santa Mónica inspiró á los grandes hombres y á los grandes Santos de los siglos XVI y XVII; pero según hemos prometido, nos limitaremos á uno de ellos, San Francisco de Sales, esperando que los lectores dispensen esta preferencia. El hombre admirable, cuya principal misión parece haber sido la de hablar al corazón de las madres cristianas inspirándoles

ternísimo amor divino, comprendió muy luego en su especial conocimiento de los tiempos y su profunda penetración de los espíritus, la singularísima aptitud de esta devoción para consolarlas y fortificarlas, para hacerles formar idea de su misión sublime y ponerlas en vía de corresponder á ella: por eso en el bello libro *La introducción á la vida devota*, que tan notable cambio produjo en las costumbres cristianas, San Francisco menciona sin cesar á Santa Mónica. Si quiere, por ejemplo, enseñar á las madres cristianas que no hay estado en el cual la mujer no deba tender á la perfección, y que ésta es compatible con toda clase de vocaciones y de profesiones, preséntales á Santa Mónica en su casa (1); si se propone hacerles comprender cuán general es el descuido de formar á tiempo el corazón de los hijos, y que desde los primeros dias, cuando penden aún de su cuello, es necesario imbuirles en la fe y en el espíritu cristiano, mirad á Santa Mónica, les dice, que llevando en su seno á Agustín, le consagró repetidas veces á la religión cristiana y al servicio de Dios, según él mismo atestigua; afirmando que habia ya gustado la sal de Dios en el vientre de su madre. Es muy laudable que las madres cristianas, añade San

(1) *Introducción á la vida devota*, 1.^a parte, cap. III.

Francisco, ofrezcan á la divina Majestad los frutos de su seno, aun antes de haber nacido (1).

Si San Francisco quiere enseñarlas á defender, á proteger, á vivificar ó á resucitar el alma de sus hijos, cuando empiezan á crecer, cuando aparecen las pasiones y cuando las madres tienen necesidad de una vigilancia y firmeza sobrehumanas para conjurar el peligro, también apela á nuestra Santa: «Mónica, les dice, combatió con tal decisión y constancia la malas inclinaciones de su Agustín que, habiéndole seguido por mar y tierra, se siente más feliz haciéndole hijo de sus lágrimas y volviendo su alma á Dios, que haciéndole hijo de su sangre y trayéndole á la vida corporal (2).»

Esto que San Francisco de Sales decía en un libro destinado al público, lo repetía mil veces en sus cartas. Encontraba, por ejemplo, una mujer de esas que viven en el mundo como desterradas, y que, habiendo entregado todo su corazón, no es correspondida; que, sintiendo en su espíritu un vacío inmenso que la lleva hacia Dios y abrasada de su amor, envidia á las Religiosas que viven en clausura: «yo quisiera, le dice, que le-

(1) *Introducción á la vida devota*, 3.^a parte, capítulo LXXXVIII.

(2) *Introducción á la vida devota*.

»jos de pensar así, consideraseis cuántos San-
»tos y Santas se han hallado en vuestro estado.
»y han sufrido con paciencia y gran dulzura.
»Sirvaos de ejemplo Santa Mónica, que su ejem-
»plo os anime y encomendáos sinceramente á sus
»oraciones (1).» Encontraba una madre inquie-
ta, turbada y temerosa del porvenir de su hijo,
como lo están todas, u oprimida de cruel dolor,
como hay tantas: el Santo tenía para ella una
palabra que pronunciada con acento dulce y
penetrante, era ya un consuelo y una espe-
ranza: «Orad, orad»; y después: «leed la vida
»de Santa Mónica y en ella veréis el cuidado que
»tuvo de su Agustín, y otras cosas que os conso-
»larán (2).»

Pero donde más especialmente se descubre el
alto puesto que, según él, debía ocupar la San-
ta en el corazón de la mujer y de la madre
cristiana, es, como ya indiqué, en la larga, bella
é instructiva dirección de la señora Chantal.

Tenía ésta treinta años, cuatro hijos peque-
ños y una gran fortuna. Era muy inclinada á la
perfección, pero sin ninguna idea de la vida re-
ligiosa, en que no había pensado jamás: al con-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, lib. III, carta 26, edición antigua.

(2) *Cartas de San Francisco de Sales*, lib. II, carta 1.^a

trario, ocupábase sólo en educar á su familia; inquietándose por algún hijo en quien, no obstante sus bellas cualidades, se descubrían indicios de grandes defectos, y que, arrastrado por la impetuosidad de sus pasiones, la originalidad de su carácter, la peligrosa adulación de sus amigos y el torbellino de la corte, iba luego á causarle las mismas inquietudes que atormentan hoy el corazón de tantas madres cristianas.

San Francisco de Sales que no creía pudiera ser religiosa la señora Chantal, y que no sospechándolo siquiera, trabajaba exclusivamente para hacer de ella una buena viuda y una verdadera madre, comenzó recomendándole la soledad, el recogimiento y la huída del mundo, cosas á que la inclinaban por cierto los pesares y aflicciones: propúsole se retirara con sus cuatro hijos, y que ocupándose sólo en ellos, convirtiese su casa de recreo en un pequeño monasterio lleno de paz y silencio, donde se olvidaran las cosas de la tierra y se aspirara constantemente á las del cielo. En ese monasterio habrá una Abadesa que presida, la Virgen Santísima: á sus pies trabajará la señora Chantal, la obedecerá como á una madre, recibirá todas las mañanas su bendición y sus órdenes, y para besar la efigie, por ejemplo, ó mirar la imagen, deberá ante todo pedir su venia.

Estas ideas llenan todas las cartas de San Francisco de Sales á la señora Chantal durante la vida de ésta en el mundo. «Valor, hija mía, le escribía, mantenéos firme al pie de
»vuestra santa Abadesa, y pedidle constantemente
»que podáis vivir, morir y revivir en el amor de
»su amado Hijo (1).» «Guardad bien la clausura
»de vuestro monasterio, y no dejéis que el pensamiento divague, disipando vuestro corazón.
»Observad bien la regla, y creed firmemente que
»el Hijo de la Señora, vuestra Abadesa, será todo
»vuestro (2).»

Y en otra carta por Navidad: «¡Ah hija mía!
»¡yo desco que os halléis al presente en el pesebre
»de Belén, cerca de vuestra santa Abadesa! ¡qué
»bien está en sus brazos el precioso Niño! pedid-
»sele, que os le dará; y en teniéndole, tomad á
»hurtadillas una de las lágrimas que brotan de
»sus ojos; este licor es remedio eficacísimo para
»los males del corazón (3).»

Y en otra parte: «Cuando se entra al monasterio, y la novicia tiene necesidad de instrucción
»en la vida religiosa, no hay sólo una Abadesa
»á quien se obedece como á Dios; hay también

(1) Carta del día 31 de Octubre de 1605.

(2) Carta 10 de Julio 1605.

(3) Carta 28 de Octubre 1605.

»una maestra de novicias que nos sigue más de
»cerca, vigila nuestros pasos, nos advierte, nos
»corrige, nos educa y nos forma en la virtud.
»Pues bien ¿cuál será la maestra de la señora
»Chantal, que la enseñe á ser una viuda perfec-
»ta, una verdadera madre y señora del mundo,
»viviendo en él sin amarle, y dejándole sin dis-
»gusto, á la manera de las antiguas cristianas?
»Esta maestra será Santa Mónica.»

¿Y sabéis en qué momentos, en qué circuns-
tancias designaba San Francisco de Sales á San-
ta Mónica, para maestra de la señora Chantal?
Precisamente cuando veía nacer en ésta la idea,
irrealizable á su parecer, de abrazar la vida re-
ligiosa y de retirarse al claustro. Le presenta á
Santa Mónica para decirle: «¿Buscáis la perfec-
»ción? pues mirad; Santa Mónica no abandona
»á su hijo, sino que consagrándose á él por com-
»pleto, llegó al más alto grado de virtud: os la
»doy por maestra.»

Oigámosle á él mismo. «Esos deseos de aleja-
»ros del mundo son buenos, pero os causan in-
»quietud: tened paciencia, y hablaremos de ello
»el año que viene, si Dios nos tiene en el mundo,
»entonces será tiempo oportuno. No he querido
»contestar á vuestro proyecto de abandonar el
»país, ó servir en el noviciado de las jóvenes que
»aspiran á la vida religiosa, porque esto, hija mía.

»es demasiado importante para tratado en cartas: tiempo tendremos. Entretanto hilad vuestro copo, no ya con largos y pesados husos que vuestros dedos no podrían manejar, sino según vuestro corto alcance. La humildad, la paciencia en las contrariedades, la dulzura, la resignación, la sencillez, la caridad para con los pobres enfermos, el perdón de los que nos ofenden y otras prácticas semejantes, se arrollarán bien en el huso, y vuestros dedos le manejarán fácilmente en compañía de Santa Mónica, que está siempre á las órdenes de vuestra Abadesa (1).»

Desde entonces San Francisco ya no las separa, habla siempre de las dos á la vez, «vivid gozosa en Dios, le escribía, y saludad humildemente á mi Señora, vuestra Abadesa y vuestra maestra.» «Vivid, mi estimada hija, con el dulce Jesús y vuestra Abadesa y maestra entre tinieblas, clavos, espinas y aflicciones (2).» «Yo desco mil gracias á vuestros niños y niñas, que tengo como míos en el Señor: son palabras del hijo de vuestra maestra á Itálica, su hija espiritual (3).»

Más tarde, cuando el hijo de la señora Chan-

(1) Carta 8 de Junio 1605.

(2) Carta 30 de Agosto 1605.

(3) Carta 29 de Junio 1606.

tal se extraviaba, empezando la madre á sufrir agudos y penetrantes dolores: »Mirad á vuestra »maestra, le escribía, y leed su vida que os consolará (1).»

Y cuando, después de la muerte de San Francisco, la misma Señora veía á su hijo extraviarse más y más; un día que abrumada de dolor, pensaba no tanto en que su hijo pudiera morir en desafío, como en que á consecuencia de ello apareciese ante el Señor reo de gravísimo pecado; un día, digo, que arrodillada al pie de los altares, desahogaba su afligido corazón en la presencia de Dios confiándole sus penas, oyó una voz imponente, sin duda de San Francisco de Sales que, saliendo de la tumba, ó más bien bajando del cielo, le dice: «Leed el libro de las »*Confesiones* de San Agustín»: la señora Chantal leyó en efecto, y regando con lágrimas las páginas sublimes donde se ve á Agustín salvado por las oraciones de su madre, tuvo el presentimiento consolador de que ella también salvaría á su Celso Benigno, á fuerza de orar, de llorar y de inmolarse por él (2).

Desde entonces, la señora Chantal profesó ternísimo amor á Santa Mónica, aconsejaba esta

(1) Carta 6 de Julio 1615.

(2) *Memorias* de la madre de Chaugy, pág. 470.

devoción y la esparcía por todas partes. Queriendo imitarla en muerte, como la había imitado en vida, al llegar su postrer momento, mandó leer la descripción de los últimos momentos de Santa Mónica; y oyendo aquel período, donde se narra cuán poco le importaba á esta gran Santa morir lejos de su país, estrechó la mano de la señora Montmorency que estaba á su lado, y dijo mirándola con agrado: «He ahí un párrafo »que está escrito para mí.» Así, muriendo lejos de su querido Annecy, se unió en espíritu al último sentimiento de su amada maestra (2).

Lo que San Francisco de Sales y Santa Juana hicieron por extender y propagar el culto de Santa Mónica, lo hicieron más ó menos los Santos de aquella época; y sus palabras, nacidas de iguales sentimientos, despertaban por doquiera los mismos ecos. Así, pues, á medida que las circunstancias se presentaban más afflictivas y tristes, y se oía crecer el ruido sordo de la impiedad que asustaba á Bossuet y hacía temblar á Fenelón, veíase á las madres levantar temerosas sus ojos á Santa Mónica, y agruparse al pie de sus altares: preciso es confesar que nada podía consolarlas, fortificarlas y llenarlas de esperanza, como el ejemplo de esta madre afortunada que

(1) *Memorias* de la madre de Changy, pág. 286.

estrechaba contra su corazón al hijo salvado por sus propias lágrimas.

Mas la devoción á Santa Mónica estaba llamada á desarrollarse en el siglo XIX de un modo especial, por lo que diré. Entre los males de este siglo, hay uno sin precedentes. Háse visto un fenómeno que el mundo no había presenciado, y del cual la antigüedad pagana se hubiera asustado. Hombres sin Dios, sin altares, sin oración ni culto alguno; jóvenes que abdican á los dieciséis años la fe que mamaron en la cuna, llegando alguna vez hasta la tumba sin darse cuenta de que tienen alma, y de que deben algo á Dios que los ha criado; instruídos tal vez en las cosas de la tierra, pero completamente olvidados de la ciencia del cielo; en quienes no hay ni fe, ni esperanza, ni dulces alegrías, ni sentimientos nobles; y que salen del mundo ¡desgraciados! sin saber siquiera qué hay al fin de su camino. Pues, al lado de estos hombres hay casi siempre una mujer, que es esposa, ó madre, ó hija, ó hermana, la cual ve lo uno y presiente lo otro estremecida; sabe ese término inevitable, horroroso, y al verle llegar se abisma en el dolor.

Un mar de lágrimas se fué formando en los corazones durante medio siglo, transcurre algún tiempo más, y llega el 1.º de Mayo de 1850, en que rebosando se desbordó al pie del altar. Algu-

nas madres, las de más alcance y más apenadas de dolor, se reunieron en una humilde capilla de París, Nuestra Señora de Sión, que recientemente había edificado un distinguido sacerdote (1), y acordándose de la palabra de Jesucristo: «Si dos o tres se reuniesen en mi nombre, yo estaré en medio de ellos», resolvieron llorar juntas, para hacer sus lágrimas más potentes: á este fin compusieron una oración por sus hijos, prometiendo rezarla todos los días, y convinieron en reunirse una vez cada mes al pie del mismo altar.

No tardó en verse cuán bien respondía esta piadosa asociación á las necesidades del siglo: pues apenas nacida, obtuvo súbito y grandísimo desarrollo que la llevó por todas partes. Aun no habian trascurrido cuatro años desde su instalación, y ya funcionaba (Enero de 1854) en Lille, en Amiens, en Nantes, en Versalles, en Cambrai, en Valenciennes, y antes de finalizar el año florecia en Belley, en Fréjus, en Tolón, en Burdeos, en Tours, en Contances, en Rouen, en Bayeux: pasando las fronteras, se desarrollaba también en Inglaterra y Bélgica (2).

(1) El Revdo. P. Teodoro Ratisbonne. Superior general de la Compañía de Nuestra Señora de Sión, y primer director de las Madres cristianas.

(2) Memoria de la Sra. Luisa Jasson, presidenta de la Archicofradía, leída en la junta general celebrada el 19 de Marzo de 1855.

El año de 1855 fué más fecundo aún: la nueva Asociación se extendió á Constantinopla, Jerusalén, Pondichery y á la isla Mauricio, en Africa; á la Martinica y á Sidney, en la Ocea-nía; y mientras daba sombra bienhechora á los países de ultramar, echaba profundas raíces en Europa; partiendo de Francia, Londres, Dublín, Liverpool, Stockholmo, San Petersburgo, Odes-sa, Viena, Stuttgart, Fribourg, La Haya, Bo-lonia, Turín, Madrid, Chambery, Florencia, Lyon, Burdeos, Orleans, Amiens y Rouen, cen-tros que llevaban la Asociación á las más peque-ñas villas y á insignificantes aldeas (1).

No habían pasado todavía seis años de hu-mildes oraciones y de lágrimas silenciosas pero fecundas, cuando el Soberano é inmortal Pontí-fice Pío IX, viendo ocupado el mundo por esta Asociación recién nacida, la saluda enternecido y con la satisfacción que se saluda en la tem-pestad el signo consolador que anuncia su fin.

No es posible dejar de enternecerse al con-templar su humilde origen; pero así es como siempre y especialmente ahora, se manifiesta Dios en sus obras. Quien hubiese dicho á los sencillos obreros de Lyon, que el óbolo mendigado por ellos de puerta en puerta produciría millones, para la

(1) Informe dado á la Asamblea general el 13 de Marzo de 1856.

propagación de la fe; les habría excitado á risa. El que hubiera anunciado á los pobres estudiantes del cuartel latino, asociados para servir á los pobres, que eran vanguardia del gran ejército de la caridad que cubriría luego el mundo, les hubiera sorprendido causándoles admiración. El que hubiese predicho al fundador de las «Hermanitas de los pobres», que antes de su muerte se aumentarían tanto que no podría contar el número de sus hijas, no hubiera sido creído. Así pasan las cosas al presente, como si ahora que el hombre orgulloso de su fuerza, de sus caminos de hierro y de sus telégrafos eléctricos, cree no necesitar el auxilio divino; Dios á su vez se complaciese en prescindir de las fuerzas humanas.

Apenas se reunieron las madres cristianas para rogar por sus hijos extraviados, la dulce y consoladora figura de Santa Mónica no podía menos de aparecer. Desde un principio pensaron en ella; pero la Santa ocupaba el último puesto entre seis ó siete Patronos de la Asociación: un poco más adelante su hermosa figura pierde las sombras, y se eleva sobre el horizonte de la Asociación, dejándose ver con luz tan dulce y tan pura, que después de la Santísima Virgen María, á la cual, en el cielo de la santidad, ningún astro igualará, Santa Mónica llega á ser la confidenta,

la patrona, el refugio, el asilo y la gran protectora de las madres cristianas.

Veamos lo que se les enseñó desde el principio. Habiéndose dignado el Soberano Pontífice por breve 11 de Marzo de 1856, elevar á Archicofradía la Asociación de Madres cristianas, Monseñor Sibour, Arzobispo de París entonces, convoca á las señoras asociadas para notificarlas esta gracia, y reunidas en la capilla de Nuestra Señora de Sión, les dirige un discurso, del cual nos permitiremos citar algunos fragmentos que pueden resumirse así: «Señoras, si queréis ser verdaderas madres cristianas, tened siempre la vista fija en Santa Mónica: no la olvidéis un momento.»

«Sí, les decía, seguid el ejemplo de esta santa madre, que con sus oraciones ha conseguido traer el hijo á los caminos de la piedad, y con la gracia de Dios hizo de él un gran santo. Acaso también vosotras tengáis que llorar los extravíos de un hijo, más, no desesperéis, invocad á Santa Mónica é imitadla. Es imposible que la madre de Agustín no recuerde desde su altísimo cielo, las inquietudes que ella tuvo sobre la tierra; es imposible que deje de apiadarse de vuestra pena, y que no os obtenga la conversión de un hijo querido, ó su perseverancia en la virtud.»

Continuando, Mons. Sibour pone de manifiesto ante estas madres la vida de la Santa, sus inquietudes, sus aflicciones, sus amargos dolores, sus fervorosas oraciones; y, cuando ha logrado llevarlas hasta la conversión del hijo, y que se fijen en los inefables goces que á ella siguieron, y en su muerte feliz y dulcísima, mediante la cual, termina en el cielo una vida admirable: «Decidme, señoras, exclama, ¿cuál es la madre que no comprende todo esto, y que no participa de tales sentimientos? ¿cuál la que, si su hijo se extravía, no ruega á Dios, como Mónica, que le convierta? y una vez que este hijo ha vuelto su corazón á Dios y á la fe y á la virtud, ¿qué madre no desearía alejarse de este mundo triste, para irse con su hijo allí donde no existe el error, donde ya no hay extravíos ni pecados, donde no penetran los enemigos, y donde se vive en segura y constante felicidad?»

Exhortábalas después á merecer esta dicha, y á que sólo suspirasen con Santa Mónica por las moradas eternas, diciendo como ella: «¿Qué me queda ya en la tierra? mi misión está terminada.»

No podía inaugurarse mejor la Asociación de Madres cristianas, ni interpretarse más fielmente el sentimiento de sus corazones.

Desde entonces, la Asociación continúa ha-

ciendo progresos que no quiero reseñar, añadiendo á los nombres antes citados los de Génova, Argel, Santiago, Buenos-Aires y las Indias (1). Por todas partes resuena el nombre de Santa Mónica, y no habla en las asambleas un Obispo ó sacerdote, sin que el nombre de la Santa salga espontáneamente de sus labios. He leído bastantes discursos y documentos referentes á la Asociación de Madres cristianas, y en todos ellos hallé palabras de alegre esperanza pronunciadas en sus reuniones: por todas partes he visto también que se elevan fervientes plegarias y calurosas felicitaciones á la incomparable madre, cuya imagen, desolada unas veces y otras alegre, preside tales asambleas, siendo su esperanza y su consuelo.

Cada día se va elevando más ese astro dulcísimo sobre el horizonte: las edades precedentes

(1) Véanse las Memorias anuales tan útiles y tan edificantes. Grandes fragmentos de éstas pueden leerse en el *Manual de la madre cristiana* por el P. Ratisbonna, edición de la casa Olmer, de París. También en la bella edición española de A. P. Dubrull, calle del Pez, número 6, año 1861. Por lo que hace á España, es muy consolador que la Asociación no sólo se ha establecido en Madrid, Barcelona, Burgos, Santander y otras ciudades de importancia, inscribiéndose en ellas las más distinguidas señoras, sino que ha penetrado en las villas, y se extiende con provecho de los labradores y gentes sencillas por gran número de aldeas.

le conocieron menos, porque no eran tan desgraciadas y Dios le había creado para nosotros. Hoy sale de la tumba, é iluminando á las madres cristianas, enjuga sus lágrimas, mitiga sus penas y les inspira cierta constancia invencible, fundada en la certeza de conseguir lo que descan.

No lo dudemos, vendrán mejores días: Dios se apiadará y no podrá menos de atender á cien mil madres cristianas, que oran fervientes por sus hijos. Él, á quien tan profundamente conmovió la viuda de Naín cuando seguía desolada el féretro del suyo, no dejará perecer una generación de hijos, empapada en lágrimas de sus madres.

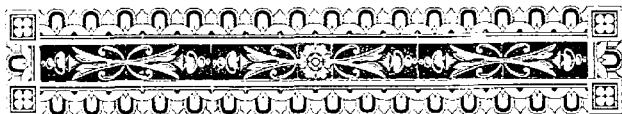
Entretanto, Mónica santa, completad vuestra obra, y desde la gloria donde estrecháis al hijo de quien fuisteis dos veces madre, dirigid vuestras miradas sobre tantas cristianas que cumplen en este momento la noble y dolorosa misión que vos misma habéis llenado. Sostenedlas en las duras pruebas que sufren, y en la empresa de salvar á sus hijos; no permitáis que desfallezcan. ¡Oh madre afortunada! mirad con bondadosa sonrisa sus abundantes lágrimas, y haced que, al leer vuestra vida, aprendan todas que el fuego maligno inflamado á veces en el alma de sus hijos, tiene un enemigo que le domina, en el fuego

sagrado que arde y consume el corazón de las madres.

En cuanto á mí, que con tanto amor como buen deseo he procurado buscar las huellas, demasiado borradas, de vuestro paso por este mundo, ¡oh mujer incomparable! aun cuando mi trabajo no diera fruto, no por eso me arrepentiría de haberle emprendido. Al mostrarme, oh Mónica, vuestro corazón como premio de las tareas, me habéis revelado lo que debe ser el mío. Gracias á vuestras lecciones, sé hoy mejor que antes, lo que cuesta ganar las almas; y que si no se puede ser verdadera madre sin tener corazón de sacerdote, es todavía más imposible ser verdadero sacerdote, si no se tiene corazón de madre. En lo sucesivo, encargado por mi ministerio de traer á Dios tantos Agustinos, no me postraré ya desolado al pie de los santos altares, ignorando como he de conducirme. Vos me lo habéis enseñado ¡oh madre! Dichoso yo si aprovecho tales lecciones, y estimulado por vuestros ejemplos, triunfo de toda vacilación, consagrándome decidido y con más ardor que nunca, al arte sublime de separar las almas del camino de su ruina, para devolverlas á la verdad, á la virtud y á Dios.

APÉNDICE

.



NOTAS

Y DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DE LA HISTORIA
DE SANTA MÓNICA

NOTA 1.^a

SOUK-ARRAS

(La antigua Thagaste.)

Aun cuando parece averiguado, y se tiene por cierto que el Souk-Arras de hoy se halla situado en el mismo lugar que ocupara la antigua Thagaste, vamos á mencionar en este Apéndice los principales documentos que pueden esclarecer un hecho tan importante.

Daremos ante todo conocimiento de una carta escrita por el capitán Lewal, oficial general en el ejército de Africa, dirigida al Presidente de la Sociedad histórica argelina en 17 de Noviembre de 1856.

En ella comunica el hallazgo de tres inscrip-

ciones que lee, estudia é interpreta, creyendo que demuestran perfectamente, lo que decimos al principio de esta nota. Trae después, el juicio de la *Revista Africana* y varias noticias del mismo Souk-Arras, tomadas del *Diario del Ejército*, del viajero Sr. Berbruggner, La Meref y del abate Gudard, que ha recogido allí hasta once inscripciones.

Quien desee ver estos originales y los trabajos sobre las mismas, puede consultar la primera edición española hecha en León, 1878, establecimiento tipográfico de Miñón. No los ponemos íntegros por ser muy extensos.

Por la misma razón y porque están en latín, mencionaremos sólo los documentos contenidos en las notas 2.^a, 3.^a y 4.^a, que los eruditos pueden leer íntegros en la citada edición.

NOTA 2.^a

TRADICIONES RELATIVAS Á SANTA MÓNICA

Se transcriben aquí, en la edición mencionada, algunos documentos litúrgicos de interés: primero, las lecciones de Santa Mónica que están en casi todas las liturgias agustinianas, habiéndolas tomado de un breviario antiquísimo (*Breviarium Canonicorum regularium Ordinis Sancti Au-*

gustini, Parisiis, 1523: in 16, caract. goth.). Después, copia una *sequentia* de la Edad Media que se atribuye á «Adán de S. Víctor», y últimamente, un antiquísimo documento dirigido en forma de carta á una Religiosa «*dilecta sponsa Christi*»: á quien refiere el autor la vida de Santa Mónica.

NOTA 3.^a

Contiene ésta el modo con que se hizo la traslación, descrito por el Secretario del Papa Eugenio y también la Bula que con tal motivo dió el Sumo Pontífice Martín V. Ambos documentos se hallarán en la 1.^a edición citada.

NOTA 4.^a

Se compone del discurso que, en la solemne traslación de las reliquias, pronunció el Papa Martín V. Es de interés, porque escaseaba, y los bolandistas publicaron sólo algunas líneas. Véase la 1.^a edición.

NOTA 5.^aINAUGURACIÓN DE DOS SANTUARIOS
DEDICADOS Á SANTA MÓNICA, EL UNO EN THAGASTE,
Y EL OTRO EN HIPONA

El primer Obispo de Constantina, Monseñor Las-Casas, apenas tomó posesión de la sede de San Agustín, cuando concebía la idea de ofrecer á las madres cristianas dos santuarios sobremanera augustos, el uno en Thagaste y el otro en Hipona.

«Vuestra Asociación, señoras, escribe el Obispo á las madres cristianas, es, según mi entender, la Asociación por excelencia de nuestro siglo. No me admiro, pues, de que haya obtenido tan buena y tan universal acogida, ni me sorprende que, contando pocos años de existencia, haya recorrido las cinco partes del mundo, y reunido en un solo pensamiento é idéntica aspiración á ciento cincuenta mil madres. Por eso, señoras, me considero feliz al añadir un nuevo estímulo á vuestro celo, abriendo dos nuevos santuarios, en donde vuestras maternales súplicas ostenten, más que en ningún otro punto, su poder y su fuerza.

»Thagaste, donde Santa Mónica ha llorado por

tanto tiempo, é Hipona, donde sus lágrimas dieron tan magníficos frutos, tendrán desde hoy dos capillas consagradas á vuestra Archicofradía.

»Establezco y ordeno que en cada uno de dichos santuarios se celebre perpetuamente una Misa diaria por la perseverancia ó conversión de los hijos, cuya salud espiritual tan justamente os preocupa.

»Las indulgencias parciales con que Su Santidad Pío IX se ha dignado enriquecer estas dos nuevas fundaciones, son para vosotras, para vuestros esposos y para vuestros hijos; las trasmito, pues, á todos.

»¡Oh madres cristianas! de esta tierra en otro tiempo tan grande, de estas playas do en anteriores siglos germinaban santos, oraciones de inocentes ó regenerados, que lleguen hasta el cielo; porque Agustín, no lo dudéis, hablará, y su voz será escuchada, Mónica gemirá, y sus gemidos obrarán conversiones.»

Después de palabras tan penetrantes, el venerable Obispo con modestia y benevolencia conmovedora, añade:

«Me complazco en manifestar que la idea llevada por mí á cabo, ha sido muchas veces indicada por otros.

»San Francisco de Sales decía á las madres afligidas de su época: «Señoras, si queréis ser

»verdaderas madres cristianas, no perdáis de
»vista á Santa Mónica.» — Leed la vida de Santa
Mónica, y allí veréis el cuidado que tuvo de su
Agustín, y otras muchas cosas que os consolarán.

»En la biografía de esta ilustre Santa, escrita
por el Abate Bougaud con tanto corazón como
cabeza, he leído un pasaje muy expresivo y que
no ha podido menos de interesarme, por ser anun-
cio de lo que acaba de realizarse. «Desde que las
»madres cristianas se asociaron á fin de pedir por
»sus hijos extraviados, era imposible que la dulce
»y consoladora figura de Santa Mónica dejara de
»aparecer en sus reuniones. Pensóse en ello desde
»un principio y se escogieron seis ó siete patro-
»nos, entre los cuales Santa Mónica ocupaba el
»último lugar; pero á medida que el tiempo avan-
»za, la Santa sale poco á poco de las sombras, sube
»por el horizonte y se viste de una luz tan dulce
»y tan pura, que después de la Santísima Virgen
»María, á la cual en el cielo de la santidad nin-
»gún astro igualará jamás, Santa Mónica viene
»á ser *la confidenta, la patrona, el refugio, el*
»*asilo y la gran protectora de todas las madres*
»*cristianas.*»

»Vosotras, no lo dudo, sabréis apreciar el
valor del magnífico presente que os hago. Así me
lo dice el gozo de muchas madres, que al saber por
mí que podrían en lo sucesivo unir é identificar

sus temores, suspiros y lágrimas, con las lágrimas, suspiros y temores de Santa Mónica, entusiasmadas me han dado las gracias, no hallando palabras con que expresar el ánimo, la firmeza y el consuelo que mi piadoso proyecto les había proporcionado.»

A estas bellas palabras de un Obispo venerable, que caen sobre nuestro libro como una bendición, á la vez acompañada de exquisita delicadeza, nos hemos apresurado á responder con la expresión de respetuoso agradecimiento, consignado en la siguiente carta:

«París 17 de Marzo de 1869.

»MONSEÑOR:

»El estar ausente de Orleans, cuando el Abate Caussanel vino á buscarme de vuestra parte, fué para mí desgracia muy sentida; pero lo ha sido mucho mayor el saber que vos mismo habéis querido verme cuando me hallaba predicando en la Magdalena de París. He perdido, pues, la ocasión de daros personalmente expresivas gracias por la carta pastoral que me habéis remitido, y aún más expresivas por la generosa inspiración que os la ha dictado.

»Sólo á vos, Monseñor, correspondía por muchos títulos tomar tan preciosa iniciativa, y en-

riquecer la Asociación de madres cristianas con los nuevos santuarios de Thagaste ó Hipona, que serán siempre los más augustos. Vos, Monseñor, que habéis vivido en el mundo, sabéis cuanta necesidad tienen las madres cristianas de consuelo; y por otra parte, Obispo sucesor de San Agustín, que al consagraros, habéis recibido el don de apreciar los tesoros de vuestra Iglesia en orden á la Iglesia universal; vos mejor que nadie sabéis lo que ha sido Santa Mónica, y lo que para dar consuelo y esperanza significan estas dos palabras: Thagaste ó Hipona.

»¡Thagaste!... personificación de las penas y desencantos de un matrimonio al cual faltó la fidelidad, personificación de las silenciosas lágrimas que á esto siguieron, de perseverantes plegarias y de punzadoras inquietudes; pero lugar donde hay también satisfacciones por la conversión de un esposo extraviado, é inefables consuelos por la compañía de un marido santificado. Thagaste significa el rescate del alma de un marido y salvación á fuerza de amor.

»¡Hipona! acaso Santa Mónica la contempló en sus arrobamientos de Ostia, y ¿quién sabe que la visión que tuvo y la hizo morir de gozo, no fué la de esta ciudad? De cualquier modo, Hipona no significa solamente el hijo de tantas lágrimas hallado de nuevo; es la virtud, la santidad,

el genio, la penitencia y el amor que florece allí antes de los extravíos; es Agustín sacerdote, obispo, doctor y el mayor de los doctores, dado á la Iglesia por las lágrimas de una madre.

»Las esposas y las madres os bendecirán, Monseñor, eternamente por vuestra feliz idea; y cuando sus ojos bañados en lágrimas, se dirijan hacia esos santuarios de Thagaste é Hipona creados por vos, y cuando se sientan reanimadas, consoladas, llenas de fe y de energía, no olvidarán la tierra africana que les mandó ese consuelo, ni la obra difícilísima que habéis emprendido, ni las iglesias que deseáis edificar, ni las almas que debéis salvar, ni esos huérfanos que el hambre ha puesto en vuestras manos; y tendrán, no lo dudéis, una oración y una limosna para aquel que tan bien ha comprendido el corazón de las madres.

»Dignáos, Monseñor, aceptar la seguridad de mi más profundo respeto y de mi más afectuosa consideración.

»EM. BOUGAUD, *Vicario general.*»



ÍNDICE

	PÁGS.
DEDICATORIA.....	3
PREFACIO.....	5
INTRODUCCIÓN.....	23

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento y familia de Santa Mónica, primeros años de su juventud.—Su matrimonio.

Thagaste, hoy Souk-Arras. Su situación.	64
332.... Por qué Dios colocó allí la cuna de Santa Mónica	65
Estado de la Iglesia en aquella época....	67
Posición social de la familia de Santa Mónica.....	68
Su primera educación.....	70
Su nodriza.....	71
Primeras virtudes.....	73
En medio de tan esplendorosa virtud, aparece una sombra	75
348.... Conversión de Thagaste. Piadoso entusiasmo de la Santa.....	77
A la par que los dones sobrenaturales, se desarrollan en Santa Mónica las perfecciones naturales.....	78

	PÁGS.
Su espíritu.....	79
Su corazón.....	80
Sus cualidades exteriores.....	80
Su modestia.....	81
La Santa es solicitada para esposa.....	81
Cualidades y defectos de Patricio.....	82
¿Cómo pudieron acceder á semejante matrimonio los padres de Santa Mónica?..	86
353.... Mónica se acerca al altar con una virtud tan esplendente que enternece á todos.	87

CAPÍTULO II

Interior de una familia pagana.—Dulzura y paciencia de Santa Mónica.—Dios la consuela dándole tres hijos.—Principia la educación de Agustín.

353.... Penosa posición de Santa Mónica en su nueva familia.....	89
Su madre política.....	89
Violencias y debilidades de su marido...	90
Gran pensamiento de Santa Mónica.....	93
Su plan de dulzura, humildad y discreción ..	95
Aconseja á todas sus amigas que sigan la misma conducta	96
Primeros frutos de este método.....	97
354.... En medio de aflicciones, Mónica es tres veces madre.....	97
Nuevos y mayores dolores. ...	101
Abandonada del marido, Mónica se consagra totalmente á sus hijos.....	102
Principio de la educación de Agustín....	102

	Mónica se dedica, sobre todo, á formar el espíritu de Agustín. Éste promete mucho.....	107
361....	Enfermedad de Agustín. Se ve cuán profunda era la impresión de fe y de piedad que su madre le había infundido.....	110
	Plan peligroso que le impone su marido en la educación de Agustín.....	112
	Mónica redobla su paciencia y su dulzura.	114
	Dulcifica el carácter de su suegra.....	115
	Gana el corazón de sus criadas.....	115
	Echa mano, especialmente para con el marido, de todos los recursos de su paciencia.....	117
	Principia á inquietarse por Agustín.....	119
	Sus esfuerzos para triunfar del mal, cuando se manifiesta por vez primera.....	121
367....	En medio de sus inquietudes, Mónica tiene que separarse de su hijo. Patricio le envía á Madaure.....	124

CAPÍTULO III

Juventud de Agustín.—Principia la crisis de las pasiones.—Sus causas, sus progresos, sus caracteres.—Para consolar á Santa Mónica y socorrer á Agustín, permite Dios que Patricio dé su primer paso hacia la religión cristiana.—Patricio abjura de sus creencias paganas.

367....	Se manifiesta el genio de Agustín.....	127
	Aparecen las pasiones.....	128
	Malas lecturas. Frecuenta los teatros.	
	Imprudencia de los maestros de Agustín.....	129

	PÁGS.
El veneno empieza á circular en sus venas.....	133
Patricio sin inquietarse por el mal naciente, y encantado con los adelantos de su hijo, dispone mandarle á Cartago.	135
Peligros de tal determinación.....	136
Estallan las pasiones.....	137
Gran cuidado de Agustín en ocultar los desórdenes á su madre.....	138
Sus extravíos, y penas que les acompañan.	138
¿Había sido infructuoso el trabajo de Santa Mónica?.....	139
Cuando Agustín empezaba á desbordarse, Mónica conseguía que su marido volviera á Dios.....	141
370.... Patricio abjura públicamente los errores paganos, y hace profesión de fe cristiana.....	143
Lo que faltaba aún á Santa Mónica después de la conversión de su marido ...	144

CAPÍTULO IV

Continúa la crisis de las pasiones.—Santa Mónica se apercibe de los peligros que corre su hijo.—Su conducta.—A medida que Agustín se aleja, Dios permite, para consolarla, que su marido se convierta.—Muerte cristiana de Patricio.

370.... Progresos del mal infiltrado en el alma de Agustín.....	148
¿Qué va á ser de su corazón y hasta de su genio mismo?.....	149
Mónica lo comprende, sus emociones....	151
370.... Mónica va en busca de su hijo.....	152

	PÁGS.
Consejos que le da.....	155
Cómo recibe Agustín estos consejos...	156
Desprecio que hace de las advertencias de su madre.....	157
Marcha de Agustín para Cartago.....	158
Lo que era esta ciudad.....	159
Gran peligro para el espíritu y corazón de Agustín, que estaban ya dañados.....	162
371.... Desconsoladora caída de Agustín.....	164
Aflicción de Santa Mónica al saber los desórdenes de su hijo.....	169
Se teme que sucumba de pena.....	169
Lo que podría llamarse la fiesta de las lágrimas de Santa Mónica.....	
Patricio se asocia á su dolor. Se convierte á Dios por completo.....	172
Pide el bautismo y muere cristianamente.	173

CAPÍTULO V

Santa Mónica viuda.—Impónese los mayores sacrificios para terminar la educación de Agustín.—Romaniano le ayuda.—En medio de sus grandes aflicciones Mónica no pierde la esperanza.—Primer esfuerzo de Agustín para volver á la verdad.

371.... Las grandes santas han enviudado muy jóvenes, ¿por qué?.....	177
Mónica, después de viuda, se remonta á la virtud más sublime.....	178
Huye del mundo y se consagra exclusivamente á Dios.....	179
Su austera mortificación.....	179
Su amor á los pobres.....	182

	PÁGS.
Sus obras de caridad.....	183
Su espíritu de oración.....	187
Su devoción á los Santos y á los Márti- res.....	188
Su fervor al contemplar la Pasión de Nuestro Señor.....	188
372.... Inquietudes de Mónica al descubrir que por la muerte de su marido, acaso se viera obligada á suspender los estudios de Agustín.....	191
Lo que era el genio de éste.....	192
Su corazón y su carácter.....	194
Su exterior y su fisonomía.....	195
Pena de Santa Mónica al ver que no po- día sufragar los gastos necesarios para la educación de Agustín.....	197
Romaniano le ayuda.....	197
Gratitud del hijo y de la madre.....	198
373.... Agustín emprende de nuevo sus tareas. Lee el <i>Hortensio</i> de Cicerón, y queda admirado.....	199 200
Qué habría sucedido si esta emoción la hubiese sentido un año antes. Dos co- sas le resfrían en el estudio de la filoso- fía antigua.....	202
Lee las Santas Escrituras.....	205
No las comprende por falta de humildad y de pureza.....	206
Lo que era el alma de Agustín á los dieci- nueve años.....	207

CAPÍTULO VI

Principio de la crisis maniquea.—Agustín, después de haberse aproximado al Cristianismo, cae en el maniqueísmo por falta de humildad y de pureza.—Conducta incomparable de Santa Mónica.—Dios la consuela.—Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.

373....	Origen del maniqueísmo.....	209
	¿Qué encantos tiene una doctrina tan absurda, para seducir á la juventud?....	211
374....	San Agustín sucumbe, y abdica públicamente de la fe.....	217
	Hácese apóstol del maniqueísmo y arrastra tras de sí casi á todos sus amigos..	218
	Asombro y dolor de Santa Mónica.....	220
	Su energía incomparable. Arroja á Agustín de su casa.....	222
	Sólo Dios puede consolar en semejantes aflicciones. Sueño de Santa Mónica....	223
	Agustín deja á Cartago y traslada su residencia á Thagaste.....	224
	Conducta de Santa Mónica para con su hijo, y de éste para con su madre.....	225
	Mónica suplica á un Obispo venerable por su ancianidad, que éntre en relaciones con Agustín.....	226
	Bellas palabras del Obispo.....	228
	Mónica concibe esperanza y recibe consuelo.	231

CAPÍTULO VII

Restos del fuego sagrado. Llegada de Fausto.—Empieza á verse lo que pueden las lágrimas de una madre.—Fin de la crisis maniquea.

377....	Restos del fuego sagrado en el corazón de Agustín.....	233
	En su espíritu.....	235
	En su carácter.....	236
	De qué modo Agustín llenaba sus deberes.....	237
	La muerte de un amigo hace brotar de sus ojos manantiales de lágrimas, manifestando así que el corazón no está corrompido.....	238
379....	Deja Agustín á Thagaste y vuelve á Cartago, no convertido, pero sí entreviendo la vanidad del mundo.....	244
	El canto de la muerte. Sus dos partes....	245
	Agustín escribe su primera obra.....	248
	Lo que de aquí debió inferir Santa Mónica.....	249
	A los importantes estudios de la poesía y del arte une Agustín el de las ciencias.	250
	Como su madre había previsto, empiezan por la ciencia en Agustín las dudas sobre el maniqueísmo.....	251
	Inquietud de Agustín.....	252
	A fin de calmarle, anuncian los maniqueos que llegaría pronto uno de sus Obispos, llamado Fausto.....	253
	Nuevo pesar de Santa Mónica al saber esta noticia.....	254
	Llegada de Fausto. Su retrato.....	255

Impresión que su presencia produce en Agustín.....	256
Visitas á Fausto.....	257
381.... Pierde sus ilusiones por el maniqueísmo.	258
A qué fué debido este resultado.....	259
Admirables palabras de San Agustín referentes á su madre.....	259

CAPÍTULO VIII

Sale Agustín para Roma.—Enferma en esta ciudad.—Cada vez se ve más á las claras cuánto valen las lágrimas de una madre.—Nueva crisis más terrible que las anteriores.—La duda absoluta.—Apresúrase Mónica á socorrer á su hijo.

383.... Nobles motivos porque Agustín determina trasladarse á Roma.....	262
Al saber Mónica esta noticia, su corazón recibe un terrible golpe. Lo que era Roma en esta época.....	263
Mónica decide que su hijo no parta, ó que irá ella en su compañía.....	264
No era éste el deseo de Agustín. ¿Por qué?.....	265
Medios que emplea Mónica para impedir la marcha de su hijo.....	
Agustín engaña á su madre.....	267
Al saber Mónica que su hijo ha partido, se llena de dolor.....	268
Llegada de Agustín á Roma.....	269
Sus creencias desaparecen.....	271
Estado de la Iglesia en aquellos momentos.....	272

Si Agustín hubiese dirigido sus miradas hacia la Iglesia, se habría admirado.	
Por qué no lo hizo.....	274
Ultimo abismo, la duda absoluta.....	275
Apodérase de él una profunda tristeza.	
Cae enfermo.....	276
Inmenso peligro que corre su alma... ..	276
Se salva por las lágrimas de su madre...	277
Doctrina incomparable de San Agustín..	278
Hace oposición á una cátedra de Elocuencia en Milán, la obtiene y marcha á esta ciudad.....	281
385.... Mónica llena de inquietud, deja el Africa, y va en su busca.....	282
Llega á Roma, cuando Agustín acababa de salir para Milán.....	283
Le sigue.....	284
Por qué Dios la trae en este momento al lado de Agustín.....	285

CAPÍTULO IX

Ultima crisis.—Las dudas de Agustín llegan hasta el extremo.—Santa Mónica llama en su ayuda á San Ambrosio, y redobra el fervor para adquirir la seguridad de que se salvará su hijo.

385.... A más de haber dispuesto Dios que Santa Mónica viniera al lado de Agustín, dispone que éste se relacione con San Ambrosio. ¿Por qué?.....	286
Retrato de San Ambrosio.....	287
Primera entrevista de San Agustín y de San Ambrosio.....	290

Agustín le oye hablar en público. Sus impresiones.....	292
Mónica llega á Milán en tales momentos.	294
Sus temores y sus esperanzas.....	295
Mónica visita á San Ambrosio.....	296
Se pone bajo su dirección.....	297
Procura que las relaciones de Agustín con San Ambrosio fuesen más íntimas.	299
386.... Persecución de la Emperatriz Justina contra San Ambrosio.....	302
Grandeza de alma del Santo.....	303
Introducción del canto de los salmos en la Iglesia de Milán.....	306
San Agustín se entusiasma presenciando tales cosas.....	309
Grande y profunda alegría de Santa Mónica al ver que San Ambrosio se porta como un héroe y como un santo.....	311

CAPÍTULO X

Empiezan á ser oídas las oraciones de Santa Mónica.—Primeros rayos de luz en el alma de Agustín.—Profundidad del plan adoptado por San Ambrosio, y seguido por Santa Mónica.—La tempestad.

386.... Agustín va en compañía de su madre á las instrucciones de San Ambrosio.....	313
Aun cuando San Agustín no tuviese las disposiciones necesarias, iba la luz penetrándole poco á poco.....	314
Primer rayo de luz, tenue y casi imperceptible.....	315

	PÁGS.
Segundo rayo de luz, más vivo y brillante.....	316
Agustín empieza á fijarse en la marcha de la Iglesia católica.....	318
Resuélvese á permanecer simple catecúmeno, hasta que vea la luz en todo su esplendor.....	322
Lo que habría necesitado Agustín para apresurar su conversión. San Ambrosio, al parecer, no se ocupa de ello....	323
Desperdicia las ocasiones.....	325
Explicación de este misterio.....	326
Comprendiendo Mónica la profundidad del plan, le secunda.....	329
Los resultados vienen á justificar la conducta de San Ambrosio.....	330
Lucha incomparable de la pasión y de la conciencia en Agustín.....	
Fuerza admirable de las madres para suscitar tales tempestades en el alma de sus hijos.....	336

CAPÍTULO XI

El verdadero obstáculo.—Energía y delicadeza con que Santa Mónica procura removerle.—Nace la fe en el alma de Agustín.

336.... En qué consistía el verdadero obstáculo.	338
Buenos consejos de Alipio. Agustín los rechaza.....	339
Profunda enfermedad del corazón de Agustín. Sólo había un remedio posible.....	341

Mónica piensa en él incesantemente.....	341
Sus fervorosas oraciones.....	342
Procura casar á su hijo.....	343
Dolor de Agustín al separarse de la madre de Adeodato.....	344
Admirable conducta de ésta.....	
Libre de tal yugo, Agustín recobra la paz.....	345
Proyecto imposible.....	346
Nueva caída de Agustín más ignominiosa que la primera.....	349
Se despiertan todas sus pasiones.....	350
Agustín suspira por el materialismo más grosero.....	351
Felizmente su conciencia protesta.....	352
Su madre llora.....	354
Agustín rompe la segunda cadena.....	354
Dos nuevas y más extensas luces son la recompensa de este sacrificio.....	355
Cuán obscurecida estaba en su espíritu la idea de Jesucristo.....	356
La lectura de Platón hace que empiece á correrse el velo.....	356
Admirable doctrina de Platón sobre el Verbo.....	359
386.... Emoción de Agustín.....	362
San Pablo descorre por completo el velo, mostrándole al Verbo Encarnado.....	365
Nueva y mayor emoción de San Agustín.	366
Llora.....	369
Puede preverse que Agustín no tardará en convertirse.....	371

CAPÍTULO XII

Últimas inquietudes de Santa Mónica ante las vacilaciones de Agustín, no por falta de luz que éste ya posee, sino por miedo á la virtud.—Las lágrimas de esta madre incomparable se convierten en gozo.—Conversión de San Agustín.

386....	Agustín iluminado, pero no convertido..	372
	Lo que le falta para convertirse.....	373
	Cuánto sufre Santa Mónica por este retardo.....	373
	Dos alas, sin las cuales no es posible elevarse hasta Dios.....	374
	Agitado é indeciso, Agustín se resuelve á consultar á un santo sacerdote.....	379
	Quién era Simpliciano.....	379
	El anciano refiere á Agustín la conversión de Victorino.....	380
	Este ejemplo causa en Agustín una gran impresión.....	383
	Mónica cree á su hijo convertido. Su decepción y consiguiente tristeza.....	383
	Visita de Potenciano.....	385
	Historia que cuenta.....	386
	Al oirla Agustín, estalla en su corazón una gran tempestad.....	392
	Advertida Mónica, ora para sostener á su hijo en este último combate.....	394
386....	Ardorosas palabras de Agustín y de Alipio.....	395
	La tempestad que rage en el corazón de Agustín, le lleva á un huerto próximo á la casa de su madre.....	396
	Última lucha.....	396

	págs.
Sus antiguas pasiones le retienen aún...	397
Descubre la casta hermosura de la continencia que le anima á seguirle.....	398
Se avergüenza y vacila.....	399
Suscítase en su corazón una tempestad que descarga en gran lluvia de lágrimas.....	400
Agustín se sienta en el suelo á la sombra de una higuera.....	400
Oye una voz como de niño que canta: <i>Toma y lee</i>	401
Abre las Epístolas de San Pablo. Lo que encuentra en ellas.....	402
Convertido, corre en busca de su madre.	403
Gozo del hijo.....	404
Gozo de la madre.....	406
Se visitan en Milán los sitios donde tuvieron lugar estas conmovedoras escenas.....	407

CAPÍTULO XIII

<i>Casiaco.—Santa Mónica va con su hijo á una casa de campo para prepararle á recibir el santo bautismo.—Mónica asiste á las conferencias filosóficas de Agustín y sus amigos.—La madre del Platón cristiano.....</i>	
386....	Primeras efusiones de alegría y de reconocimiento en Agustín..... 409
	Mónica feliz..... 411
	Madre é hijo habrían querido estar solos para desahogarse mutuamente..... 411
	Razones que tuvo para no dejar la cátedra antes de las vacaciones..... 413

	págs.
Retírase á Casiaco con su madre... ..	415
Siguen á Agustín varios amigos suyos..	417
Adeodato.....	418
Navigio.....	419
Alipio.....	420
Licencio y Trigencio.....	421
Lastidiano y Rústico.....	421
Faltaban dos amigos que por desgracia debían faltar siempre, Nebridio y Ve- recundo.....	422
Santa Mónica era el apóstol de este pe- queño cenáculo.....	425
Como preparación al santo Bautismo, Agustín emprende la lectura de los Salmos. Impresión profunda.....	426
Mónica le dirige en esta lectura.....	430
Después de emplear la mañana en la ora- ción, consagra Agustín lo restante del día á sus estudios filosóficos.....	431
Ilámase á Agustín el Platón cristiano, y lo fué sin duda en Casiaco.....	432
Quiere que su madre asista á las confe- rencias filosóficas.....	434
Razones concluyentes que da para ello..	435
Santa Mónica hablaba en las conferencias.	440
Conferencia tenida el 13 de Noviembre del año 386.....	441
Claro ingenio de Mónica.....	442

CAPÍTULO XIV

Bautismo de San Agustín.—Mónica se contempla feliz asistiendo á esta ceremonia.—Frutos del bautismo en el hijo y en la madre.

387....	Agustín permanece seis meses en Casia-	
	co, preparándose á recibir el bautismo.	458
	Su arrepentimiento.....	458
	Su humildad.....	459
	Empieza á inflamarse en el amor divino.	459
	Su admirable confianza en los méritos de	
	Jesucristo.....	462
	Sus deseos de mortificarse corporalmente.	464
	Triste estado de salud, gastada por el tra-	
	bajo.....	465
	Gran dolor curado por las oraciones de su	
	madre.....	465
	Siente crecer el amor que tenía á Dios..	466
	Mónica gozosa, atiza el fuego prendido	
	por ella en el corazón de su hijo.....	469
	Aproximándose la Cuaresma, Agustín	
	vuelve á Milán y asiste á las explica-	
	ciones del Catecismo.....	469
	Ceremonia del Bautismo.....	470
	El <i>Te-Deum</i>	474
	Agustín sale trasformado de las aguas	
	sagradas del Bautismo.....	475
	Torrentes de lágrimas manan de sus ojos.	477
	Sus deseos del cielo.....	478
	Santa Mónica más trasfigurada.....	479
	Su fe.....	479
	Su esperanza.....	480
387....	Su paz.....	481
	Su amor á Dios.....	481

Qué constituye la inefable belleza de este amor	483
Sus éxtasis.....	483
Agustín vuelve á ocuparse del proyecto de vida religiosa, que concibió en otro tiempo	484
Salida de Milán.....	486

CAPÍTULO XV

Santa Mónica muere gozosa viendo á su hijo convertido.

387.... Poco antes de salir de Milán, Santa Mónica tuvo un arrobamiento	488
La idea del cielo no la abandona.....	490
Mónica parece que se traslada al Africa, y en realidad se traslada al cielo.....	490
San Agustín y su madre se detienen cerca de Pisa para visitar á los solitarios ..	491
Llegada á Civita-Vecchia.....	492
Entrada en Roma.....	493
Santa Mónica vuelve con Agustín á Ostia.	493
Segundo arrobamiento.....	494
Pasado éste, empieza Santa Mónica á despedirse de su hijo	497
Habla de la muerte con gran entusiasmo.	500
Su desasimiento de la tierra.....	501
Mónica cae enferma.	502
Tercer arrobamiento.....	502
Recógese Mónica para esperar la venida del Esposo.....	503
Agustín junto al lecho de muerte de su madre.....	503
Últimas palabras de Santa Mónica.....	503

Su muerte.....	506
Dolor de Agustín	506
Sus esfuerzos para no llorar.....	507
Funerales de la Santa.....	509
Cuando despierta Agustín y se ve solo, no puede contener el dolor.....	510
Riega su lecho con lágrimas... ..	511
Este luto le acompaña toda su vida.....	511
Oraciones por su madre	512
Última página de Agustín referente á su madre, y de belleza incomparable.....	513

CAPÍTULO XVI

El hijo de tantas lágrimas.

387-430. Continuar el estudio de la madre será es- tudiar el genio y la santidad del hijo..	518
Agustín reside un año en Roma después de la muerte de su madre. Las visitas que hace á la tumba de ésta, no son ex- trañas á su progreso en la virtud	519
388.... Parte para Africa é inaugura cerca de Thagaste la vida monástica.....	520
Ordénase de sacerdote en Hipona.....	522
Virtud creciente.....	524
Conducta admirable de su Obispo.....	524
Principia Agustín sus grandes trabajos literarios. Poniéndolos en orden puede delinearse el monumento que ha levan- tado, y es acaso el más sublime de los levantados en honor de Dios.....	525
En el fronsispicio, Dios y el alma.	527
La religión	532
En el centro de la religión Jesucristo ...	533

	Págs.
Como continuación de Jesucristo la Iglesia	538
Establecidas sólidamente las bases, entra á examinar los dogmas.....	541
La Trinidad.....	541
La creación.....	542
La caída.....	543
El origen y la naturaleza del mal.....	545
Las dos ciudades. La de Dios, la del demonio. Su respectivo nacimiento, progreso y fin.....	546
Para entrar en la Ciudad de Dios y vivir en ella santamente, la gracia.....	547
Extraordinaria influencia de los libros de Agustín sobre esta cuestión. La Iglesia entusiasmada le proclama Doctor de la Gracia.....	550
Después de estudiar su naturaleza, examina los diferentes canales por donde las aguas vivas de la gracia se infiltran en las entrañas de la humanidad.....	552
El Bautismo.....	552
La Confirmación.....	552
La Penitencia	552
La santa Eucaristía.....	553
El Matrimonio.	553
La Extremaunción.....	553
Expone después los resultados de esta irrigación divina.....	554
La fe, la esperanza, el amor.....	554
La castidad, la pobreza, la obediencia...	554
La penitencia.....	554
El perfeccionamiento social del mundo, transformado por el Evangelio.....	555
Entusiasmo de los católicos al oír descu-	

briendo las partes de este admirable monumento.....	556
Entusiasmo mayor aún al saber que este genio extraordinario era el más dulce, el más humilde, el más puro y el más santo de los cristianos.....	557
Su pobreza	557
Su pureza.....	558
Su humildad.....	559
La autoridad y la ternura de su celo	560
Su amor al prójimo.....	560
Su gran amor á Dios.....	561
430.... Muere Agustín consumido de tristeza por los males de su país.....	566
Alipio, su antiguo amigo, le cierra los ojos, y Mónica, su santa madre, sale á recibirle.....	567

CAPÍTULO XVII

Principio del culto de Santa Mónica.—Invención y traslación de sus reliquias á Roma.—El Papa Martín V reconoce su autenticidad.

430.... Santa Mónica permanece muchos siglos en la tumba que debe á su hijo, sin recibir culto. ¿Por qué?	568
No es colocada en los altares hasta mediados del siglo XV.....	571
1430... El Papa Martín V manda buscar sus reliquias.....	572
Excavaciones practicadas en Ostia.....	574
Descúbrese la tumba de la Santa.....	574
Trasládase su cuerpo á Roma, en medio del entusiasmo popular.....	577

	Págs.
Carácter de los milagros que acompañan á esta traslación.....	579
Martín V ordena una fiesta extraordinaria.....	580
Va el mismo á celebrar el augusto sacrificio sobre la tumba de la Santa.....	580
Sermón de Martín V que es como la bula de canonización.....	580
Después de este sermón, Martín V procede á la traslación de los preciosos restos á un sarcófago de mármol blanco..	589
1446... Eugenio IV establece una Cofradía de señoras piadosas, bajo la advocación de Santa Mónica.....	591
1480... Construcción de una gran iglesia para depositar la tumba de Santa Mónica...	592
Descripción de las pinturas que adornan esta iglesia.....	593
1566... Tristísimo estado de la sociedad en el momento de terminarse estas pinturas. Santa Mónica, como arco iris, aparece en medio de la tempestad.....	595

CAPÍTULO XVIII

Desarrollo del culto de Santa Mónica en los tiempos modernos. — Harmonía de este culto con nuestras necesidades y nuestras desgracias.

1576-1866. Durante el siglo XVI, la devoción á Santa Mónica va siempre en aumento..	596
Testimonios de piedad y de veneración que Santa Mónica recibe de los mayores Santos en el siglo XVI y XVII....	597

Particularmente de San Francisco de Sa-	
les.....	597
Qué puesto quería el Santo que ocupara	
Santa Mónica en el corazón de una ma-	
dre cristiana.....	598
Cuál en el de Santa Juana Chantal.....	600
En el siglo XIX es cuando más debía des-	
arrollarse el culto de Santa Mónica....	607
Carácter de este siglo.....	607
1850... Nacimiento de la Asociación de madres	
cristianas.....	607
Desarrollo rápido de este pensamiento..	608
En seis años la Asociación de madres cris-	
tianas se extiende por todo el mundo..	609
Qué puesto ocupa Santa Mónica en esta	
Asociación.....	610
Discurso de Mons. Sibour, Arzobispo de	
París.....	611
La figura de Santa Mónica se engrandece	
y brilla cada vez más en las reuniones	
de madres cristianas.....	613
Vendrán días mejores. Dios no dejará pe-	
recer una generación empapada en ma-	
ternales lágrimas.....	614
Conclusión.....	615

APÉNDICE

NOTAS Y DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DE LA HISTORIA
DE SANTA MÓNICA

	PÁGS.
NOTA 1. ^a —Souk-Arras (la antigua Thagaste).....	619
NOTA 2. ^a —Tradiciones relativas á Santa Mónica..	620
NOTA 3. ^a —Documentos relativos á la traslación del cuerpo de Santa Mónica.....	621
NOTA 4. ^a —Sermón de Martín V en honor de San- ta Mónica.....	621
NOTA 5. ^a —Inauguración de dos santuarios dedi- cados á Santa Mónica, el uno en Thagaste y el otro en Hipona.....	622



FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LEÁSE
19	4	ellas	ella
35	9	fin inflamar	fin de inflamar
35	17	otrasse	otras se
45	20	se siente	siente
201	21	veras energía	veras
309	13	emparticipar	en participar
355	10	tempestaden	tempestad en
372	9	a anto	tanto
480	14	casisin	casi sin
565	21	ocupadocon	ocupado con